ATENEO

4
4432

ATENEO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

TOMO OCTAVO

1909

JULIO-DICIEMBRE

Redacción y Administración:
27, CALLE DE SERRANO, 27
MADRID

La psicología religiosa y el antropomorfismo

(Conclusión.)

Con frecuencia habrá oído el lector atribuir á una causa social el desborde del espíritu de simbolismo que da su nota al conjunto sincrético de religiones dogmáticas, en sustitución á la fecundidad estética y fugaz de los mitos. En cuya confirmación, tratando TIELE en una de sus obras especiales la naturaleza de los mitos, y diferenciando los mitos dogmáticos de los que no lo son, dice que la formación de una mitología exige una disposición poética de los espíritus, una época de luchas, de aventuras, de conquistas, una situación épica, una fase de creación y de formación: no una vida tranquila, regular, un estado constituído, un orden civil organizado. Cuando la primera de estas situaciones se prolonga, cuando un pueblo camina lentamente á su organización política y religiosa, y, además, está dotado de espíritu poético, de imaginación viva, de genio creador, su mitología es rica y exuberante; y cuando este pueblo llega á la vida sedentaria, á un estado regularmente constituído, aquella mitología, depositada en su poesía y en su historia, ilustrada por el arte, servirá de punto de partida á su desarrollo filosófico. Si, por lo contrario, la transición es relativamente corta, si bajo el imperio de circunstancias favorables el pueblo pasa pronto de la vida de cazador, de pastor nómada, de conquistador, á la vida sedentaria de agricultor, los mitos se transforman rápidamente en símbolos, y, en el sistema religioso, el simbolismo domina sobre la mitología. (Egipto es un ejemplo.)

Ciñendo la consideración á los antropomorfismos inmediatos, no sin placer advertimos cómo los pueblos de la antigüedad en todos sus dioses representaron ideales de vida, quier sexual, quier guerrera, quier consuetudinaria. En Asiria, al decir de MASPERO, así como *Sardanápalo,* referido á la fabulosa primera destrucción de Nínive, representa el aspecto refinado y sensual de la raza, *Semíramis* encarnó las victorias y las conquistas, al punto que todo lo que hallan los viajeros á su paso por Asiria se atribuye al uno ó á la otra. Ciertos cultos del Asia anterior no pueden explicarse sino como vestigios que revelan el estado de hetairismo social primitivo, pasando por entre las mallas del matriarcado y del patriarcado. Á este estado de pensamiento religioso corresponden, según SALES FERRÉ, esas numerosas díadas de *Isis* y *Osiris,* en Egipto; *Milita* y *Samdon,* en Babilonia; *Baaltis* y *Adonis,* en Grecia; *Ops* y *Saturno,* en Italia, y algunas otras. Y es de notar, como carácter muy singular, que en todas estas díadas el principio femenino es lo principal, lo invariable; el principio masculino, lo secundario, lo transitorio. Así, todas las diosas son inmortales; todos los dioses, mortales. *Osiris* muere á manos de su herma-

no *Set; Samdon* y *Adonis,* heridos por un jabalí en la caza; *Attis,* mutilándose á sí mismo; *Cronos* y *Saturno,* mutilados por sus hijos. Obsérvase además que los dioses son, á la vez que amantes, hermanos, cuando no hijos de las diosas, como *Cronos* lo era de *Goea,* y que los hijos quedan unidos á la madre, no al padre.

Cotejemos unas y otras religiones: la paridad es completa. En todas hallamos una tendencia constante hacia el sexualismo desenfrenado; también hacia su progresiva rectificación. El hombre llegó á avergonzarse de los escándalos celestes consagrados por las primeras mitologías: á la poligamia crapulosa sucedió el primer diseño del matrimonio legítimo y de la familia honrada. A cada dios se le dió su mujer, su diosa *inmanente:* es la época del *dualismo,* que encontramos en todas las religiones. No hablaré aquí más que de un solo dios, el dios de los judíos, que durante mucho tiempo pareció hacer excepción, pero que hoy día, después de los nuevos descubrimientos, no ha podido escapar á la suerte común. Que *Jehovah* no ha sido siempre el empedernido celibatario que conocemos, lo certifica el religionista Réthoré: en el principio ha sido un dios hermafrodita, como los demás. «Esto es—dice también el *católico* Lenormant—lo que atestigua el texto mismo del *Génesis,* allí donde dice que *Yahveh-Elohim* hizo al hombre macho y hembra, á su imagen y semejanza.» Más tarde hubo *separación de cuerpos,* y, según Ganneau, *Jehovah* tuvo desde entonces, como los otros dioses, su compañera. «Entiendo—escribe este sabio—que la concepción del *ruagh,* רוח (soplo, espíritu), como un ser autónomo, hasta corporal, es muy antigua, y que en multitud de pasajes bíblicos en que el *ruagh* aparece, el texto hacía primitivamente mención directa de la *compañera* de *Jehovah,* compañera cuyo nombre ha sido sistemáticamente suprimido.» Más tarde todavía el *divorcio* fué definitivo y completo: la compañera de *Jehovah,* libre al fin, convirtióse en la Virgen hebraica *Astaroth,* cuyos altares eran servidos por mujeres. Tal es lo que resulta evidentemente del pasaje famoso de Jeremías (XLIV, 17): «Ofreceremos sahumerios á la reina del cielo y derramarémosle libaciones, como hemos hecho nosotros y nuestros padres, nuestros reyes y nuestros príncipes en las ciudades de Judá y en las plazas de Jerusalén... Desde que cesamos de ofrecer sahumerios á la reina del cielo (עשתרת, *Aschtôreth,* Ἀστάρτη, *Astarte* = אשרה, *Aschêrâ)* y de derramarle libaciones, nos falta todo, y á cuchillo y á hambre somos consumidos.»

De aquí se deduce que los dioses del judaísmo, como los del paganismo, han sido forjados á imagen y semejanza de sus adoradores; y esto, que es verdad hablando en general, lo es muy particularmente tratándose de los dioses del Celeste Imperio, que antes de llegar á su encumbrada dignidad fueron míseros mortales y tan chinos como cualquiera de sus devotos, por lo que no es de extrañar que los dioses chinos, á imitación de sus paisanos, sean astutos, desconfiados y, sobre todo, amigos de chapetas. Esto lo saben bien sus adoradores, y de ahí que para obtener alguna merced de los dioses les cuenten primero las chapetas que se les ofrecen á cambio del favor solicitado. Pero lo más característico de los dioses de aquel país es el empaque y aire tribunalesco

que en todos ellos se nota. Según la frase del misionero HOSPITAL, el *Olimpo* chino puede imaginarse como un inmenso tribunal donde no se encuentran más que mandarines de todas las graduaciones, con su correspondiente séquito de esbirros y alguaciles. Las diosas forman una minoría insignificante. Todas las ciudades chinas tienen su dios protector, que ostenta en el cielo la misma categoría que representa en la tierra el mandarín de la ciudad cuya guarda le está encomendada. Así, pues, al dios protector de *Tchang Sa,* capital de *Junan,* le compete el título de gobernador, y éste es el cargo que ejerce en el Empíreo; el dios tutelar de *Sang Te Fu* es, ni más ni menos, un prefecto de segunda clase; y el de *Yuen-Chiang,* un mandarincillo de los de tercera fila; y sucesivamente por toda la escala judicial. De igual modo, las dignidades y diversos grados de la milicia terrestre tienen numerosa y lucida representación entre los dioses, empezando por *Cuan Tu Tche,* que es el capitán general de los ejércitos celestiales, y concluyendo por *Uen Pin,* que no pasó de cabo. Lo mismo los demás oficios, artes y profesiones: todos cuentan con algún dios perteneciente al gremio. Los dioses *primates,* á estilo de los grandes mandarines, tienen á sus órdenes un escuadrón de esbirros y alguaciles, que también son dioses, pero unos diosecillos de poco pelo, en los que apenas se fija la gente, que suele decir, como nos informa el citado misionero, que es preferible ser un diablo de los *gordos,* á desempeñar un papel tan desairado como el de esos dioses de perro chico, á quienes se les ve en las pagodas, ó en el último rincón, ó puestos en hilera delante del dios su jefe y superior jerárquico, al que hacen la guardia armados de estacas y chafarotes. ¡Y qué facha, y qué caras, y qué ademanes, y qué actitudes tan iracundas y amenazadoras las de estos divinos satélites!

Largo sería enumerar todas las causas psicológicas, históricas y naturales que transformaron lentamente las supersticiones primitivas en religiones elevadas; me limitaré, pues, á la única observación que juzgo necesaria para poner en claro la manera como se llevó á cabo la depuración dogmática, ya durante esa transformación, ya posteriormente, hasta que los hombres idearon la institución de iglesias. De lo ya expuesto se deduce que la religión es el efecto del sentimiento de nuestros males y del miedo á poderes invisibles; pero estos poderes sólo se han convertido en objetos de culto por el instinto de personificación. Si en nuestra era de exposiciones se abriera alguna vez una de las divinidades de las distintas razas, mucho se parecería su aspecto al que ofreciera una cristalización de las aspiraciones sociales y psicológicas de las razas mismas. Todo caso especial de religiosidad nos fuerza á poner en el lugar de una mera divinidad abstracta un hombre que es colectivo por su sentido propio, y en el que lo ideal, con ser ideal para la concepción, es á la vez real como expresión de las necesidades y caracteres de cada raza. De aquí la conveniencia de determinar con exactitud la naturaleza de las personificaciones divinas por la observación de sus correspondencias y analogías humanas.

Partiremos, pues, de este principio. La religión no puede levantarse por

encima del estado de sus fieles. Esto explica bastante su antropomorfismo. Y para completar las nociones de la sociedad productora de la religión y de la religión reobrando á su vez sobre la sociedad, es menester, conforme á la serie natural de las operaciones intelectuales, llegar á esta conclusión: la religión entera, así como el desarrollo completo de la sociedad, no puede tener otra raíz que el hombre mismo.

Psicológicamente hablando, la religión es lo que es todo lo social y humano: el resultado de la acción de una facultad del espíritu. Pero hay mil modos de entender lo que es esta facultad. La opinión más plausible es, á mi juicio, la que ve en ella el último resultado de tres sentimientos que en un principio fueron esencialmente vitales: el temor á lo desconocido, la curiosidad por lo desconocido y la representación de lo desconocido á imagen de lo conocido. Esta última palabra es bastante expresiva para significar el fondo antropomórfico de las ideas religiosas. EMERSON ha formulado una reflexión bastante exacta: nuestro teísmo es la purificación y refinamiento de la mente humana. El hombre no puede pintar, hacer ó pensar otra cosa que un hombre. En otros términos: el hombre no puede tener ningún Dios que no esté limitado por sus propias concepciones humanas. Cuanto más amplio sea el campo de su visión espiritual, tanto más grande será su Deidad. Porque, como observa á este propósito el profesor HÖFFDING, cabe descubrir lo que los hombres han pensado de este mundo por lo que han pensado del mundo futuro. Hasta el presente no se ha dado descripción del cielo y del infierno cuyos rasgos especiales no hayan sido copiados de la experiencia terrestre. Tan verdadero es esto de los *Infiernos* de HOMERO ó de VIRGILIO como del *Apocalipsis* de SAN JUAN ó de la *Divina Comedia* de DANTE. En la descripción hecha por LAVATER de la venida del *Anticristo* GOETHE ha reconocido la entrada de los electores en Francfort para la coronación de José II.

«Los cielos son siempre de algún modo proporcionados á la tierra», ha dicho EMERSON. El dios de los caníbales es un caníbal; el de los cruzados, un cruzado; el de los mercaderes, un mercader. En los pueblos civilizados el dios de las batallas se decide á menudo por los escuadrones más fuertes; y en ciertas tribus salvajes ese dios de la guerra, dios caballero, no permite que pase nadie ante él á caballo. El alemán, para quien sin música la vida sería un contrasentido, represéntase á Dios disponiéndose á cantar. ¿Y suponéis capaz á ese mismo alemán del pueblo á creer que los alemanes no tendrán en la otra vida otro cielo que los ingleses? Los espíritus independientes más ilustrados obran muchas veces bajo esa inconsciente obsesión de la pasión personal, y no ejecutan la menor obra sin el impulso y la marca de dicha pasión, cuyo imperio es irresistible. MIGUEL ANGEL poniendo á tostar en el infierno al cardenal que le había ofendido, DANTE castigando con vengadoras melodías á todos sus enemigos, y el párroco de la aldea de MONTAIGNE bendiciendo, cuando venía una granizada sobre la villa, el día de la sentencia, y dando doble ración á sus perros, no se elevaban mucho más en lo religioso que aquel andaluz que para explicar lo que era el cristianismo á su compañero de viaje,

le refirió el suceso de la cuchillada que dió SAN PEDRO en el prendimiento de JESÚS.

La historia de antropomorfismos semejantes en la Iglesia católica es muy conocida, y sus efectos lo son más aún. La Roma seudocristiana no es más que una prolongación adulterada de la Roma gentílica. «¡Hay un paralelismo singular en los destinos de Roma!—decía VÍCTOR HUGO—. Después de un Senado que hacía dioses, un Conclave que hace santos.» En las catacumbas, *Elías* era transportado al cielo en el carro de *Plutón,* y *Mercurio Criófore* se transformó en *Buen Pastor*. Y en la actualidad, el Supremo, el Desconocido, el Padre de Gracia y Misericordia y su celestial jerarquía son manejados por la Iglesia católica como si fuesen otras tantas estrellas de teatro ó empleados supernumerarios á salario sujetos. ¡Y esto veinticinco siglos después de que JENÓFANES hablase de semejantes antropomorfismos por medio de la sátira inmortal que ya cité, y que ha sido registrada y conservada por CLEMENTE DE ALEJANDRÍA! Si algún ejemplo irrefutable, si alguna provechosa lección puede presentarse en el mundo de que los dogmas religiosos exotéricos sólo sirven para obscurecer la inteligencia del hombre, es la historia de la Iglesia católica. Diez y nueve siglos nos ha venido inculcando el culto de divinidades, bajo de cuyas alegorías se oculta el respeto hacia las leyes, y que, sin embargo, ha hecho desaparecer la verdad en provecho de las supersticiones más abyectas. Casi parece innecesario insistir más en demostrar que las tendencias rutinarias del catolicismo romano se oponen de todo en todo al espíritu cristiano verdadero. Bien miradas las cosas, el parcialismo no se detiene en la cuestión cultual, sino que llega á graves aspectos del terreno dogmático. En el Vaticano hay un cuadro en el cual está la Virgen María colocada encima de las personas de la Trinidad; hay un cuadro donde se halla sobre el Hacedor, sobre el Eterno, la madre, la generadora del Salvador de los hombres; de suerte que para esos secuaces de la religión en espíritu y en verdad, es antes un ser sobrenatural secundario que el Padre del mundo de PLATÓN, que el Dios viviente de SAN PABLO: lo mismo, exactamente lo mismo que para los anatematizados idólatras y para los aborrecidos gentiles (1). Ha sido patrimonio del catolicismo romano, dice BLAVATSKY, el describirnos al Dios Todopoderoso tomando por modelo la abstracción cabalística del «Anciano de los Tiempos». De los antiguos frescos existentes en las bóvedas de

(1) Entre todos los testimonios en que todavía podría apoyar esta aserción, se me permitirá, á lo que creo, preferir el de nuestro UNAMUNO, en el que se apreciará, sin duda, el lenguaje pintoresco y la exquisita ironía. Entre burlas y veras, UNAMUNO se deja decir: «¿No vemos á este pueblo español endiosando cada día más el ideal de la mujer, á la mujer por excelencia, á la Virgen Madre? ¿No le vemos rendido á ese culto, y hasta casi olvidando por él el culto al Hijo? ¿No vemos que no hace sino ensalzarla más y más alto, pujando por ponerla al lado del Padre mismo, á su igual, en el seno de la Trinidad, que pasaría á ser cuaternidad si no es ya que la identificaran con el Espíritu como con el Verbo se identificó al Hijo? ¿No la han declarado ya Corredentora? Y esto, ¿por qué es? La concepción de Dios que se nos ha venido transmitiendo ha sido una concepción, no ya antropomórfica, sino andromórfica; nos lo representamos, no ya como á persona humana *(homo)*, sino como á varón *(vir)*. Dios era y es en nuestras mentes masculino. Su modo de juzgar y condenar á los hombres, modo de varón, no de persona humana por encima de sexo; modo de Padre. Y para compensarlo hacía falta la Madre; la Madre, que perdona siempre; la Madre, que abre siempre los brazos al hijo cuando huye éste de la mano levantada ó del ceño fruncido del irritado Padre; la Madre, en cuyo regazo se busca como con-

las catedrales, de los misales católicos y de otras pinturas é imágenes, le encontramos hoy día reproducido por el poético pincel de Doré. La majestad terrible y desconocida de aquel á quien ningún «pagano» se atrevió á reproducir en forma correcta, aparece figurada en nuestro propio siglo en la *Biblia ilustrada de Doré.* Andando sobre nubes que flotan en medio del aire, con tinieblas y el caos detrás de él, y teniendo al universo debajo de sus plantas, está un anciano majestuoso, que recoge con la mano izquierda sus flotantes vestiduras, y levanta la derecha en actitud de mando. Ha pronunciado el Verbo, y de su excelsa persona brota un resplandor de luz (la *Shekinah* de los cabalistas). Como concepción poética, su composición honra al artista; pero ¿es un honor para Dios? Vale más el caos que detrás de El existe que la figura misma; porque allí, al menos, tenemos un misterio solemne. Por mi parte, prefiero el silencio de los antiguos paganos. Ante una representación de la Primera Causa tan groseramente antropomórfica, y de añadidura blasfema, ¿quién puede sentirse sorprendido por cualquier iconográfica extravagancia en la representación del Crucificado, de los apóstoles y de los santos? Para los católicos, San Pedro se convierte, como es muy natural, en el portero de los cielos, y está sentado á la puerta del reino celestial ¡como un dependiente de la Trinidad que recoge las entradas! En un motín religioso ocurrido no ha mucho en una de las provincias hispanoamericanas fueron encontrados encima de los cuerpos de algunos de los que habían sido muertos pasaportes firmados por el obispo de la diócesis, y dirigidos á San Pedro, ordenándole *admitiese al portador como á un hijo verdadero de la Iglesia.* Se averiguó después que estos documentos, únicos en su género, habían salido de manos del prelado católico momentos antes de que sus engañados diocesanos fuesen al combate por instigación de sus sacerdotes.

Los filólogos han seguido la evolución del mito y han encontrado la unidad en las creaciones morales de los hombres. Las de los primitivos nacieron de las ideas de los espíritus, del *doble,* de los beneficios y maleficios con todos los atributos humanos y con todas las debilidades y los vicios, susceptibles de aplacarse con dádivas y sacrificios, mezclados con plegarias y humillaciones. Entonces se determinó el culto, y con él poco á poco el sentimiento de la religión, que, sin convertirse aún en idea, empezó á depurar más cada vez las fantasías míticas y las prácticas rituales.

---

suelo una obscura remembranza de aquella tibia paz de la inocencia que dentro de él fué el alba que precedió á nuestro nacimiento, y un dejo de aquella dulce leche que embalsamó nuestros sueños de inocencia; la Madre, que no conoce más justicia que el perdón, ni más ley que el amor. Las lágrimas maternales borran las tablas del Decálogo. Nuestra pobre é imperfecta concepción de un Dios varón con largas barbas y voz de trueno, de un Dios que impone preceptos y pronuncia sentencias, de un Dios Amo de Casa, *Pater familias* á la romana, necesitaba compensarse y completarse, y como en el fondo no podemos concebir al Dios personal y vivo, no ya por encima de rasgos humanos, mas ni aun por encima de rasgos varoniles, y menos un Dios neutro ó hermafrodita, acudimos á darle un Dios femenino, y junto al Dios Padre hemos puesto á la Diosa Madre, á la que perdona siempre, porque, como mira con amor ciego, ve siempre el fondo de la culpa, y en ese fondo la justicia única del perdón; á la que siempre consuela, á la Madre Dulcísima, á la Madre de Dios, á la Virgen Madre. Es la Virgen Madre, es la Madre Purísima, la que no es sino madre y siendo todo lo que hace mujer á la mujer, queda limpia de todo el barro humano para que en ella aliente é irradie tan sólo el soplo divino.»

En toda religión primitiva siempre hubo tres cosas: la solución de un enigma, la satisfacción de un instinto, y un poco de temor. Lo desconocido rara vez quedó como tal para el hombre primitivo. NAPOLEÓN decía que nunca se comprende mejor que el poder de lo desconocido es inconmensurable que cuando éste es presa de la imaginación. Ahora bien: el hombre primitivo poseía esta facultad en mayor grado que nosotros. Por otra parte, en toda superstición y en todo mito aparece el descontento del hombre no satisfecho, el afán de entrar en sí mismo, de realizar sus deseos. De aquí también que el hombre primitivo se hiciese religioso antes de razonar y reflexionar, por un pensamiento instintivo. La religión no se ofreció á su mente por el lado del amor y de la ternura infinita con que hoy la ampliamos, sino por el lado del miedo. En los espíritus, en los poderes sobrenaturales no vió el objeto del amor insaciable del alma y el fin digno de su última aspiración: vió tiranos, verdugos, seres maléficos, que era preciso contentar y aplacar con dones y sacrificios.

Hay desde luego que distinguir entre la creencia en un Creador Supremo y la religión; es decir, entre la religión negativamente apoyada en la ciencia, y la religión apoyada y sostenida por el sentido humano. Claro es que si en el primer caso es lo enigmático de la naturaleza lo que principalmente fuerza á admitir su Supremo Hacedor, en el segundo hemos de tener más en cuenta la naturaleza y la forma de las facultades espirituales. No puede concebirse el comienzo de la religión sin razón, sin inteligencia, y, por tanto, sin la necesidad de buscar las condiciones de cada cosa en las cosas precedentes, y las de todas ellas en una existencia anterior á la que universalmente estén subordinadas. ¿Es esto, empero, prueba de que la religión sea en general una construcción hecha sobre datos racionales, y de que las primitivas religiones se formasen y sostuviesen sin ningún elemento fantástico? Todas las hipótesis se han aventurado, y nadie cree ya ni en la que afirma la falta de inteligencia, ni la que exagera el predominio de la razón, en las primeras dogmáticas concepciones del linaje humano. Para quien mire el asunto sin prevención, el primer momento del sentimiento religioso nació de las sensaciones desagradables é ingratas que, acosando al hombre por todos lados, le produjeron la conciencia de su debilidad, de su abandono y de su miseria. Puede decirse que sin ese vacío que la naturaleza humana ha notado siempre en sus necesidades, el sentido religioso se hubiera muy de otro modo despertado y desarrollado en ella. Pero el hombre se lastima al tropezar con la dura realidad, y se contempla débil y desvalido ante el poder de la naturaleza. De un lado parece ésta favorecerle y asistirle con reparo y cuidado de madre. El sol que calienta, el aire que sopla, el arroyo que liberalmente ofrece sus refrescantes aguas, el árbol que sombra y fruto da, la herida que se cura, los animales que parecen dispuestos para servir de auxiliares al hombre, en una palabra, cuanto éste ve en principio en la naturaleza excita su admiración y su reconocimiento, y su alma hállase dispuesta á tomarlo todo por hermoso, benéfico y perfecto. La experiencia, empero, le muestra muy pronto cuán errado es su parecer.

Por un concurso de especiales circunstancias desaparecen como por encanto las ilusiones que primitivamente formó. La tempestad le amenaza rugiente, la inundación arrastra su choza, las epidemias le arrebatan sus hijos, las fieras devoran sus ganados, el granizo aniquila sus cosechas, la miseria le circunda, el trabajo empieza á encorvarle, la enfermedad le va haciendo declinar hacia la tumba, hasta que al fin sucumbe. Y esta triste experiencia, que por un lado le lleva á desmayar en el rudo batallar de la vida, y por otro le presenta asimismo lanzado en un mundo desconocido para él, sin defensa y sin auxilio, le induce también á reconocer seres que acechan sus movimientos y seres que le abren sus brazos protectores. A esto contribuye, pues, su posición en la naturaleza, que, merced á los contrastes indicados, no alcanza á mirar ni como realmente inanimada, ni como personalmente próvida. Así, para el hombre primitivo la naturaleza fué lo más ininteligible que á su razón se presentó, por lo mismo que fué lo más ininteligente: no podía defenderse de ella ni penetrar en su interior. ¿Qué es lo que necesariamente resultó de aquí? Que su espíritu se rebeló por lógica reacción contra la impasibilidad de la naturaleza. En este segundo momento del sentimiento religioso el hombre se la representa como una potencia ciega y superior á él, que ve con soberana indiferencia el bien y el mal, que se le muestra como un ser extraño y á la cual es extraño también, que no hace nada por él y á la cual él mismo no puede hacer nada. El hombre piensa entonces que la causa de sus dolores y de sus quebrantos deben ser *poderes funestos* á la vez que naturales, pues no se da la inhumanidad en un ser humano. Para librarse de su dañino influjo no puede desafiarles y oponerles una resistencia inútil; no le queda más que un medio: hacerles entrega de su voluntad y contentarles mediante súplicas y sacrificios. Al ver que el mal es muchas veces ocasión y precedente indispensable del bien, y otras muchas su causa directa (como la nube que produce la lluvia, y con la lluvia la abundancia), acabó por conformarse con creer que hay un lazo ó una relación oculta entre aquellas cosas, y que la lluvia y el relámpago, por ejemplo, son manifestaciones del mismo poder, de la misma fuerza, de la misma divinidad. Este poder adquirió también atributos providenciales desde que se convino en que se daba en él una elección de actos encaminados á fines correspondientes á los intereses humanos y al castigo de sus flaquezas, puesto que la experiencia enseñaba que no siempre traían agua bienhechora las nubes, sino que muchas veces desencadenaban sus rayos destructores sobre los mortales. Y aquí viene el tercer momento del sentimiento religioso, el *antropomorfismo sociogónico,* obra maestra de la raza griega. Los dioses moran entonces con los hombres, sirviéndoles de panacea universal, de ayuda en sus relaciones sociales y de garantía en su moralidad propia. Esto era una consecuencia del grado de civilización de la humanidad, que á medida que salía del primitivo estado de la naturaleza para vivir la vida social, sentía la necesidad de referir sus costumbres, sus leyes y sus instituciones á legisladores transcendentes que las representasen y diesen seguridades supraterrenas. De este modo se llegaron á deificar las pasiones y los sentimien-

tos. *Apolo* fué el dios de la música; ***Esculapio,*** el de la medicina; ***Marte,*** el de la guerra; ***Minerva,*** la diosa del saber, etc., etc. La antropomorfización predomina aquí más que en Asia. Para los caldeos, el dios ***Ea,*** en el origen, era el caos, ***Ganna,*** el abismo de las aguas, el barro húmedo y el círculo de los vapores. *Ganna* se convirtió en la forma neo-shumérica ***Chawu,*** que se escribió también *Ghammu,* y más modernamente ***Mummu,*** producto de *Apsu* (= el abismo) y de *Tiamat* (= el océano). Así, entiende HOMMEL que la voz griega χάως (de χάω, χάζω), que HESIODO comenzó á usar, procede del babilonio *Chawu.* El caos, anterior á la tierra, pero que no es su padre, es el principio de tenebrosa humedad, productora de monstruos, que BEROSO coloca en el comienzo de todas las cosas, en un tiempo en que reinaba *Omoroka;* es decir, según la interpretación de LENORMANT, la diosa madre = ***Um-uruk,*** adorada en la ciudad de *Uruk* (Ἔρεχ), que la misma ***Belit,*** la gran deidad, problemáticamente reconstruída por SÁNCHEZ-CALVO en *Um-ero-ja,* doble onomatopeya del calor y del soplo. El resto de la *Teogonía* de HESIODO es, en una gran parte, más que viejo; es infantil, como asevera MURRAY. Nos presenta algunos dioses populares cuyos nombres se encuentran en sánscrito, y que, por tanto, deben ser considerados como provenientes de la época indoeuropea, aunque sean demasiado primitivos para presentársenos en la épica heroica: ***Hestia, Rea, Ortros, Cerbero.*** El tratar esta cuestión á fondo exigiría largos desarrollos que salen del plan que me he propuesto. Quedemos en los principios. Como han notado muy bien los mitólogos, en fantasmas y objetos en fetiques y *manitus,* en *tótemes* y conceptos, en todas partes, de todos modos, desde las ideas rudimentarias hasta las más acabadas expresiones del animismo, las divinidades son *personas.* Como los hombres, éstas agradecen los dones, ablándanse con los ruegos, aplacan su ira, desfogan su cólera con la sangre de un ser cualquiera: de aquí la ofrenda, la oración, el sacrificio. En un principio el hombre coloca su ideal lejos de sí mismo; lo concreta, lo personifica y hace de él un ser sublime y bello de que se dice imagen y que llama Dios. En ese momento de la vida humana la religión, la moral, el arte, lo maravilloso, todo está confundido; y puede decirse con PROUDHON que cuales hayan sido concebidos los dioses, tales serán más tarde los artistas y los poetas. Entre los griegos las primeras imágenes esculpidas fueron las de los dioses; la primera poesía cantada, la que la religión inspiró. Los dioses eran bellos, de una belleza completa; sus imágenes debieron ser, por tanto, bellas, y los escultores cifraron todos sus esfuerzos en darles una perfección típica que, á fuerza de acercarse á la Divinidad, terminó por no tener nada de humano. El culto y el arte se identificaron hasta tal punto, que durante algún tiempo no se hicieron estatuas sino para los dioses: habría sido casi un sacrilegio hacer participar á los feos mortales de los honores reservados á las eternas bellezas. La misma regla siguió todo lo demás. Llamóse á la poesía lengua de los dioses, y hasta los últimos días del paganismo se dijeron en verso los oráculos; hablar en los templos en prosa, es decir, en una lengua profana, habría sido una insigne inconveniencia. Pero volvamos al propósito.

Al través de todas las religiones se descubre un sentimiento único: que en espíritus tiene todo espíritu puestos su temor y su aspiración, y que ningún ser humano es dueño de hacerse superior al mundo externo sin humillarse ante nadie. Es la antropomorfización de un niño transportada á la vida general; y BYRON, en el acto primero de su *Caín,* nos ha compendiado en breves, en sencillas, en elocuentísimas palabras, lo que pensar podía sobre este gran problema la primitiva sociedad. *Lucífer* muestra á *Caín* el mal en todas partes; pero deja pesar entera sobre su Competidor la responsabilidad de su creación. «Tú, con todo tu poder, ¿qué eres?», le pregunta *Caín.* «Quien aspiró á ser el que te ha hecho, y quien no te hubiera hecho lo que eres.» «¡Ah! Tú pareces casi un Dios y...» «No lo soy. Y no habiéndolo sido, nada quiero ser sino lo que soy.» «*Pensaba yo que la Muerte era un Ser*—dice luego CAÍN—. *¿Quién puede hacer tanto mal á los Seres sino un Ser?*» Nótese esta preciosa inferencia de una psicología rudimentaria: todo lo que obra, todo lo que puede hacer mal ó bien, es un ser; pero algo que no es humano ni visible, algo que es invisible y extrahumano, produce en nosotros el frío y el calor, la enfermedad y la muerte, etc.: luego hay fuera de nosotros un mundo de seres distintos de nuestra naturaleza. Tal es para la ciencia de las religiones el punto de partida de la demostración, hoy aceptada, de que no hay ni podría haber religión sin cierta concepción metafísica, sin creencia en un ser, en un poder exterior al mundo ambiente, á una personalidad extrahumana que se manifiesta por fenómenos materiales, en una palabra, sin la creencia en una causa invisible de efectos visibles.

Dejemos á un lado para esta demostración los conceptos absolutos con que se definen los primeros elementos del culto é investiguemos su espíritu. Lo encuentro perfectamente indicado en las siguientes líneas que tomo de SMYTH: Cuando se sepulta á un australiano de nota, cazador ó miembro del consejo, el hechicero, sentado ó acostado sobre su tumba, elogia al difunto y se tiende como para escuchar sus respuestas. «El muerto (dice) ha prometido que si su muerte es suficientemente vengada, su espíritu no rondará la tribu, ni meterá miedo á nadie, ni inducirá á ninguno á seguir falsas pistas, ni pondrá á nadie enfermo, ni producirá ruido por la noche.» SPENCER ve en esta práctica un símbolo *(typyfying)* de la génesis de las concepciones religiosas según su sistema; encuentra ahí la creencia en un ser sobrenatural, un espíritu, reconociendo además los elogios dirigidos á ese ser que se supone escucha. Nótase, añade, que, á condición de que sus órdenes sean obedecidas, promete no hacer mal uso de su poder sobrenatural, ni hacer daño á los vivos, ni engañarlos, ni atemorizarlos. *On condition that his injuctions a e fulfilled, he is said to promise that he will not make mischievous use of his superhumanum powers-will not hurt the living by pestilence, nor deceive them, nor frighten them.*

Tomo los ejemplos más á mano; podría citar muchos otros. No hay necesidad de añadir que el deísmo más elevado cumple el mismo trabajo espiritual del hombre primitivo de una manera enteramente *consciente,* con un antropomorfismo inverso al del psicólogo zoólogista, que busca la paridad entre los

estados mentales del animal y del hombre. Para el deísta filosófico, si existe un espíritu divino, la mejor y la única verdadera concepción que podemos formar de él es la que se forma por la analogía, imperfecta, no obstante, ofrecida por el espíritu humano. Lo propio hace el hilozoísta en sus concepciones cosmológicas. La ciencia no veda, ciertamente, á ningún filósofo que parta de sí propio para hallar la solución del problema del mundo. Nada hay tan accesible á mi pensamiento como yo mismo; pues mientras aprehendo todas las demás cosas sólo como desde fuera, puedo experimentar directamente la mayor parte de los procesos naturales que en mí se verifican. Todo lo que sea querer, comprender, apetecer, percibir por los sentidos, obrar, producir, en fin, ser, como substancia subsistente, sujeto de afecciones variables, todo esto y mucho más conozco dentro de mí mismo por experiencia inmediata. Por consiguiente, cuando veo alrededor mío en la naturaleza fenómenos análogos á los que he experimentado en mí mismo, la ciencia me autoriza, con tal que mis observaciones sean lo bastante detenidas y exactas, á suponer allí la existencia positiva de cosas análogas á las que obran dentro de mí. Además, las morales de todas las grandes teologías encajan unas con otras, y muestran que cada una de ellas es parte de un todo antropomórfico. No es posible negar honradamente que la concepción más elevada de Dios, la concepción moral, es la que en primera instancia implica mayor antropomorfismo. Cuando se trata de afirmar la unidad de Dios, es preciso distinguir dos clases de afirmaciones: la de un Dios aislado en su substancia incomunicable y en su esencia, que se supone absoluta, y la que da á Dios un valor moral. Para el conocimiento de Dios, la concepción primera no tiene más valor que la de una *materia* divinizada; pues es sabido cuán falaz es todo intento de inferir de la unidad abstracta y ontológica de Dios otra cosa que la unidad substancial y material del mundo mismo, del Ser universal. Un criterio mucho más seguro desde el punto de vista práctico es la tendencia á convertirle en un hombre sociable, ó mejor todavía, en una sociedad de espíritus con nuestros atributos esenciales, en una palabra, una *ciudad celeste*. Esta noción, tan importante en las manifestaciones del culto, conduce á la de la sociedad idealizada y erigida en substancia eterna, ó sea, el organismo social considerado en la plena conciencia de sí propio. El error de las causas imaginarias que late en las religiones primitivas no es, cuando se le mira de cerca, error de método ni de finalidad, sino las más veces error de posición y de punto de partida; de modo que el principio de explicación aparece insensiblemente como una tendencia social equivocada y enderezada á un punto fijo.

Mirando de este modo el error de las causas imaginarias, se comprenden no solamente las inducciones ó generalizaciones erróneas, sino las incomprensiones cristalizadas en que abunda el espíritu religioso de las multitudes. Pensadores que sepan apreciar la psicología del niño ó del salvaje (no importa que se coloquen en el punto de vista de NIETZSCHE) reconocerán que toda proposición que formula la moral ó la religión populares contiene en sí misma aquel error, que no consiste, en el fondo, sino en confundir la causa con el

efecto, y que explica por qué los sacerdotes y los legisladores morales han sido en todos tiempos los promovedores de la perversión del instinto de causalidad, inherenté á la mente humana Citaré un ejemplo. El provicario Desgodins nos resume así la cosmogonía imperante entre los budistas: «En el principio no había nada más que agua y espíritus. Uno de los más principales, queriendo un día fabricar la tierra, cogió cinco piedras y metiólas en el agua; con sus oraciones y su poderosa magia las fecundizó, y ellas, desarrollándose, se convirtieron en cinco continentes.» El autor agrega que en 1875 habló en *Bathang* con un lama «instruído y probo», y oyéndole referir la geogonía expuesta le atajó con esta pregunta, que se le hubiera ocurrido á un niño: ¿Dónde halló el espíritu las cinco piedras, pues que no había sino sola agua? El lama no supo qué responder, sino que *había leído cien veces en su libro la historia, sin ocurrírsele dónde podían estar las piedras.*

Afirmar ahora que el error de una falsa causalidad ha desaparecido en nuestra época de entre las multitudes por efecto de los progresos científicos, envolvería una contradicción á las más claras enseñanzas de la experiencia. ¡Cuánta psicología rudimentaria subsiste todavía hasta dentro de las capas sociales en apariencia ilustradas y cultas! Refiere Spencer en su última obra que, obligado por exigencias de su salud á vivir en el mediodía de Inglaterra, pasa desde 1889 los veranos en casas de campo, que pertenecen en su mayoría á labradores cuyas familias y amigos llenan las condiciones por él apetecidas, siendo una de ellas la presencia de gente joven. Yendo acompañado, en sus diarios paseos en coche, de dos señoritas, y no siéndole posible, por regla general, hallar materia de conversación seguida, se le ocurrió proponerlas cuestiones que no podían resolverse sin cierta reflexión. De aquí nació una práctica que pronto sistematizó, y así contrajo la costumbre de dirigir preguntas á las jóvenes, en parte por sondear sus conocimientos, en parte por ejercitar su facultad razonadora. Una de las más sencillas, contestada á veces, fué la siguiente: ¿por qué los carneros, los conejos y las liebres tendrán los ojos á los lados, mientras los perros y los gatos los tienen junto á la frente? De otras menos sencillas y que en su mayor parte quedaron sin respuesta, cita varias el célebre escritor. ¿Cómo puede una alondra cantar sin interrupción durante algunos minutos mientras remonta el vuelo? ¿Cuál es la causa de que en los lugares montuosos los caminos están más bajos que el terreno, mientras en los llanos están á un mismo nivel? En los caminos retirados, y á veces en los principales, hay bandas de césped, más ó menos anchas, á uno y otro lado de la parte destinada al tránsito. Las vacas y los caballos beben como nosotros, mientras que los perros y los gatos lo hacen á lengüetadas. ¿De dónde proviene esta diferencia de hábitos? ¿Por qué el ánade se balancea al andar? ¿Cuál es la necesidad que cumple la particular estructura del balanceo? ¿Cómo el alano puede retener la presa más tiempo que los demás perros? Las cornejas construyen casi siempre sus nidos cerca de las habitaciones humanas de cierta elevación. No parecen ganar mucho con esta vecindad; antes bien, diariamente se alejan á largas distancias en busca de los terrenos donde

se alimentan. Pero, á pesar de todo, persisten en andar en los árboles próximos á las casas, aunque anualmente muchas de sus crías sirvan de blanco á los cazadores tan luego como alzan el vuelo. ¿Qué circunstancias determinan la predilección de las cornejas por lugares en apariencia tan poco adecuados? En nuestras correrías y paseos vemos pocos mirlos ó tordos en despoblado; pero vamos encontrando más á medida que nos aproximamos á las casas, especialmente á las de buen aspecto, aun en las épocas del año en que no puede atraerles la fruta de los jardines. ¿Cómo se explica esto? En las contestaciones dadas á tales preguntas lo más digno de notar, añade SPENCER, era el escaso desarrollo de la idea de causación que suponían, asombrando no tanto por su inexactitud cuanto por revelar un absoluto desconocimiento de las causas generadoras. Así, por ejemplo, al decirle alguien si el que una alondra pueda cantar sin interrupción se deberá á la mayor pureza del aire en las regiones elevadas, demostró, á juicio suyo, una completa ineptitud para concebir las acciones físicas que exige el canto de aquel pájaro. Otras veces las soluciones propuestas adolecían de suma vaguedad, aunque fuesen aplicables; verbigracia: cuando, queriendo encontrar la razón de la distinta manera que tienen de beber los gatos y los perros y de los caballos y las vacas, alguien preguntó si consistiría en alguna diferencia en la estructura de sus gargantas, es evidente que si él hubiese contestado «sí», se hubiera creído que el problema estaba resuelto, sin darse cuenta de por qué aquella diferencia explicaba la desemejanza de hábitos. Evidentemente, concluye SPENCER, las almas que se encuentran en esta situación son campo abonado para las supersticiones. Que es mal presagio el que la sal se derrame, y que la desgracia que amenaza puede conjurarse echando una pulgarada de ella en el hombro izquierdo, ó que el ver la luna nueva á través de un vidrio es presagio de desventuras, son creencias aceptadas sin dificultad por quien no posee ninguna idea racional de causación. Encuentran cómodo alojamiento los dogmas más absurdos en las almas que no han adquirido noción alguna del orden de la naturaleza.

No sucede lo mismo con el orden de la historia. Aquí notamos que las multitudes cambian otra vez su criterio en mal sentido; pues vemos que los hechos particulares que, desligados de su encadenamiento histórico, pueden parecerles inverosímiles, presentados en su sucesión real, toman para ellas el carácter de la certidumbre. El misionero católico GABET, viajero de Tartaria, refiere á este propósito lo que sigue: «Vime obligado á adoptar (respecto á los sacerdotes budistas, en medio de los cuales vivía) una forma de enseñanza completamente histórica... Los nombres propios y los datos bien precisos les hacían mucha más impresión que los razonamientos más lógicos... El encadenamiento que notaban en los datos históricos del Antiguo y del Nuevo Testamento era para ellos una demostración.»

Por dondequiera, pues, que investiguemos, venimos siempre á parar, como único medio de comprender las religiones primitivas, al método *psicológico* desenvuelto por FISKE desde 1873 en sus *Myths and Myth-makers,* y que

se reduce á que no entendiendo el hombre antiguo la virtud de las causas naturales, y experimentando en sí los efectos de sus pasiones, se las atribuía al sol, al huracán, al fuego, al trueno, á la enfermedad, á la muerte, de cuyas atribuciones venían á originarse cuentos largos de hazañas dramáticas que dieron materia á infinitas fábulas. La evolución de estas representaciones primordiales, el paso del símbolo *físico* (mítico) al símbolo *espiritual* (dogmático) se presta á desarrollar la tesis de que la religión es la inteligencia social en cuanto se representa las condiciones del desenvolvimiento de la voluntad social. El comienzo de la religión contiene toda la psicología del culto, porque se ve allí la idea de la adaptación, el sentido de la civilización, sentido cuyas alucinaciones son los mitos. En tal concepto, puede afirmarse que nunca existió la religión de los individuos, la religión engendrada por la conciencia. La religión propiamente dicha nace de lo más hondo de la sociabilidad humana; no es parto de la iniciativa personal. El *yo* siente y comprende, mas no realiza la relación entre el hombre y los poderes sobrehumanos en los que cree.

Bueno es saber que la etnografía presenta sobre este punto los mismos datos que la tradición histórica. Sin necesidad de penetrar escrupulosamente en el sentimiento religioso de los salvajes, en su tendencia á explicar la naturaleza por las fuerzas del espíritu, divinas ó diabólicas, es menester convenir á toda costa en que lo enigmático del universo es la causa que da origen en los mejores de ellos á la fe en un Ser Superior. Leseka, inteligente cafre, dijo en cierta ocasión á Arbrousset: «Lo que me enseñáis me causa alegría; antes de conoceros he buscado esta misma doctrina. Hace doce años, apacentando yo mis ganados un día muy caluroso, me senté en una roca, muy triste, porque no sabía quién había creado las estrellas, ni dónde están suspendidas. Las aguas (me decía á mí mismo) corren sin cesar y sin cansarse; pero ¿dónde están tranquilas? ¿Quién las hace correr? Las nubes pasan y se convierten en lluvia sobre la tierra; pero ¿de dónde vienen y quién las envía? Los demonios no pueden ser causa de la lluvia; yo no los veo subir á producirla. Y el viento ¿qué es, que no le veo? ¿Quién le trae y le hace bramar y causarnos espanto? Yo no sé cómo germina el grano; ¿quién da á la tierra virtud para producir el tallo? No sabiendo responder á estas preguntas, ocultaba mi rostro con mis manos.»

Este pasaje no tiene necesidad de comentario alguno, y confirma mis aserciones precedentes. Esa fe infantil en un Dios espiritual é individual, y la cándida creencia según la que todo lo que no es percibido por los sentidos depende de agentes superiores á las cosas naturales, harto demuestra que la religión en sus primeros pasos fué, como aspiración de descubrir las causas de las cosas, una ciencia imperfecta. Considere el lector que con el pasaje citado doy noticia de los mayores esfuerzos mentales de que el salvaje es capaz. Nótese también (y dicho sea de paso) cómo tales esfuerzos no llevan á nada constructivo en el terreno de la práctica, quedándose en un vago é inconsciente sentimiento de admiración hacia las fuerzas naturales y hacia sus espléndidas

experiencias en la inmensa variedad de los fenómenos físicos y de la vida, sentimiento que con la ciencia no ha hecho sino volverse más concreto y razonado. Causa en este sentido extrañeza que investigadores profundos hayan podido mirar el sentimiento religioso como un producto de energías individuales. Así, STAUDENMAIER ve en la religión «relación consciente y libre y asociación viviente del hombre con Dios», indignándose con los que ven en ella negocio de interés colectivo y le atribuyen origen institucional. Una cosa semejante hace el sociólogo ACHELIS, quien, á pesar de su profesión, trata con gran desenfado á los mitólogos y á los socialistas como STEIN, discutiendo con áspera crítica y rechazando como pura retórica todos los argumentos de esa escuela en pro del carácter solidario de la religión, que el director de los *Archiv für Religions Wissenschaft* intenta probar por muy diverso camino, como teniendo su fuente en la conciencia personal. Pero si queremos pedir á la obra de religiosidad primitiva el documento, debemos tener sólo en cuenta las manifestaciones estrictamente colectivas. La religión no es el sentimiento de los hombres que gozan ó que no han sufrido nunca. La religión es el sentimiento del hombre necesitado de protección y auxilio. «Nos sentimos débiles, y pedimos fuerzas para hacer vida.» El hombre religioso es, como diría cualquier sabio, un pobre hombre víctima de la necesidad psicológica de la protección. Puesto que la insuficiencia personal forma parte de la esencia de la religión, es también preciso que el estado típico religioso, la fe, sea una aspiración social; preciso es que todos los caminos mitológicos, cultuales y litúrgicos que conduzcan á realizarla, sean recomendados por los sacerdocios como procedimientos solidarios. La fe es, en principio, la ciencia misma como ideal supremo de sociabilidad. El pueblo no separa ni ha separado nunca con entera claridad las nociones y los elementos reunidos en la religión; pero siente instintivamente que lo que en ella busca es la unidad de esos elementos y de esas nociones. Como ha observado muy bien LANG y ha repetido HARTMANN, el pueblo ignora lo que es la palabra metafísica, pero sabe que lo que pide á la religión es que le dé la *verdad:* no todas las verdades, tal como están esparcidas por las diversas ciencias especiales, sino la verdad tal como la persigue la ciencia universal, la filosofía, la verdad una y eterna, capaz de satisfacer su necesidad metafísica inconsciente. La institución de la religión, ó, lo que es lo mismo, el anhelo espiritual, realizado y personificado en el mundo, es la misma institución de la verdad práctica, es decir, de la verdad del instinto, en oposición á la indiferencia y á la sequedad de la razón. El sentimiento religioso, según hemos podido ver, es el *deseo* de esta verdad, suministrándole la moral dogmática sus condiciones más esenciales y sus más seguras garantías. En mi obra sobre *El materialismo* he procurado probar que la religión ha contribuído por medio de su culto y de sus ritos al desarrollo de la redención social sobre la tierra. Y esta redención, del todo psicológica, ha servido para fijar el *sentimiento* y el *concepto* de lo divino tanto como para determinar su *deseo:* el problema del primer principio de las cosas se ha resuelto reconociendo, por encima de supersticiones consagradas y de prácticas secu-

lares, que un dios físico y semejante al hombre responde á una idea completamente diferente de la del ser perfecto.

La historia ofrece buenos ejemplos para ilustrar este problema. Citaré, como típico, el que se cuenta del emperador peruano HUANA-CAPAC, con ocasión de la fiesta anual llamada *raymi* y celebrada por los incas en honor del sol. Duraba esta fiesta nueve días, y sólo en uno de ellos, durante todo el año, podían los incas mirar un momento al sol, lo que les estaba prohibido durante los demás días del año. HUANA-CAPAC permaneció, con asombro de todos sus vasallos, mirando mucho tiempo fijamente al astro luminar. El sumo pontífice, que estaba á su lado, exclamó lleno de pavor: «¿Qué haces, inca? ¿No sabes que no es lícito mirar al sol, nuestro padre, de esa manera?» El rey bajó los ojos; pero dominado por su amor propio ofendido, volvió de nuevo á alzarlos, y miró con la misma fijeza y libertad al astro del día. «Mira, señor, lo que haces (añadió el gran sacerdote), porque además de estarnos prohibido mirar de esa manera al gran *Inti,* nuestro progenitor, das mal ejemplo á tus vasallos, siembras una mala semilla en tu imperio.» HUANA-CAPAC replicó con sangre fría: «Voy á hacerte dos preguntas. Yo soy vuestro rey y señor universal. ¿Habrá alguno de vosotros tan atrevido que por su gusto me mande levantar de mi asiento y emprender un viaje?» «¿Quién puede haber que á tanto se atreva?», respondió el gran sacerdote. «¿Y habrá algún *curala* de mis vasallos, por más rico y poderoso que sea, que no vaya, si yo le mando ir, de aquí á Chile á toda prisa?» «No, poderoso inca; no habrá uno solo que no te obedezca, aunque le mandes que se dé la muerte.» «Pues si es así, yo te aseguro que nuestro padre el sol debe tener otro padre, otro jefe ó señor más poderoso que él.» Estas palabras horrorizaron á cuantos las oyeron. «¿Qué es lo que dices? Piensa lo que hablas», exclamó el sacerdote. «Ese poder mayor que el suyo le manda todos los días ese camino que le vemos seguir sin detenerse. No lo dudéis: si él fuera el único, el verdadero señor, alguna que otra vez dejaría de andar, descansaría por su gusto» (1).

Este episodio tan completo me permite abreviar los comentarios. Ha puesto ante los ojos del lector ese estado metafísico inconsciente en que el sabeísta concibe por encima del dios invisible algo más profundo y más general. Se-

(1) Según nuevos datos, parece que el argumento atribuído á HUANA-CAPAC es algo más que un incidente personal, y que de más antiguo creyeron y dijeron los peruanos que el sol y la luna, el cielo y la tierra, fueron creados por otro mayor que ellos, á quien llamaron *Illa-tecce,* luz increada ó Dios eterno. Este *Illa-tecce* parece igual al *El* hebreo, al *Ela* sirio, al *Theos* griego, etc. SÁNCHEZ-CALVO, ansioso de encontrar en todas partes su primitivo *ber* euskérico, ha pretendido (á mi juicio, sin razón) que, en lugar de luz eterna, ese *Illa,* pronunciado *Vla,* es el *El* ó *Er* creador, el calor universal, la tradición de todos los pueblos y de todas las razas, la onomatopeya del hervor. Parece cierto, por otra parte, que uno de los primeros dioses de aquel país fué *Pachacamac,* cuyo nombre lo es del Creador soberano. *Pachacamac* significaba en viejo peruano «el que da ó sostiene la vida al universo». El culto de *Pachacamac* es anterior en el Perú á la dominación de los incas, que, no pudiendo derribarlo, hubieron de consentirlo por política; pues ellos eran verdaderos misioneros del culto del sol en sus conquistas, y su gran Hacedor universal, cuya manifestación era aquel luminar esplendente, se llamaba *Miracocha* ó *Viracocha.* He aquí la plegaria á *Miracocha,* Dios supremo de los incas: «¡Oh *Miracocha!* Tú que has dado la vida al sol y que has ordenado que por él haya un día y una noche, haz que el sol se levante, ordénale que brille, protege ese sol que has creado, á fin de que pueda iluminar á los hombres. ¡Oh sol! Tú que reinas pacífico y venturoso, brilla sobre nosotros, aparta de nosotros las enfermedades, manténnos en estado de buena salud, presérvanos de todo peligro.» Muy recientemente, un sabio peruano, PATRON, ha establecido un interesante paralelo entre *Viracocha* = *Hui-racocha* y el dios *Ea,* de la mitología babilónica.

guramente, el hombre ha creado á Dios á su imagen y semejanza; pero esta afirmación no más que en parte es verdadera, porque si el hombre en general saca de sí mismo las cualidades *morales* que á la Divinidad atribuye, no saca del mismo fondo los atributos *metafísicos* que reconoce en ella: cuando concibe un ser eterno y necesario, sabe perfectamente que él no posee estos atributos, y en este respecto no es antropomorfista. Tampoco lo es por el *procedimiento* que emplea y que es de hecho el mismo que la ciencia sigue, á saber: *la reducción de lo desconocido á lo conocido*. Empero como lo desconocido ha sido, para las religiones míticas, dogmáticas y aun cultuales, la voluntad de uno ó varios seres personales, los sistemas de suprarreligión (Confucio, Zoroastro, Buda, Jesús, Lutero) han logrado ponerse á la altura del criterio científico, rechazando toda personificación religiosa y haciendo de lo divino una realidad inefable. Es más: los antropomorfismos han sido muchas veces degeneraciones de una concepción religiosa más impersonal, complicaciones de decadencia; así, el nombre de *Apolo* significa en realidad «el que destruye el mal», y fué muy tarde cuando se añadieron á su personalidad los atributos del dios del canto, del de la luz, del purificador, del mediador y del dios de la curación. La religión, con respecto á la ciencia, ha sido antropomórfica en general, pero más por el *modo* de apreciar que por el *objeto* á que se ha dirigido; y el antropomorfismo de esta apreciación estuvo en hacer de cada idea un relato, de cada expresión, una escena del drama del universo.

Es, pues, evidente que en el concepto humano de Dios cabe progreso. Dios, no en realidad, pero sí en nuestra idea, adelanta, gana, está en perpetuo llegar á ser. Mas, de otro lado, no creo en modo alguno que esa mejora del postulado divino se deba á las ciencias experimentales precisamente; no me parece absolutamente cierto lo que asegura Fouillée; es á saber: que las ciencias experimentales eliminan de la religión, de la teodicea ó de la metafísica las creencias antropomórficas, como los celos, la cólera, la venganza eterna de Dios. Cayendo en el extremo opuesto, Valera no ve en qué se funde Fouillée para sostener tal cosa, y así pregunta: «¿Con qué experiencia ó con qué observación se ha venido á probar que Dios no se enoja, que Dios no castiga? Y en lo antropomórfico aún es más chistoso el poder eliminador de las ciencias experimentales. El que Dios sea personal ó no lo sea es tesis puramente metafísica, y no física ni química. Y si Dios es persona, ¿cómo nos lo hemos de representar sino antropomórficamente? ¿Conocemos acaso á más personas que á las humanas? Tan antropomórfica es la idea de un bárbaro, para quien la venganza es virtud, más sublime mientras más feroz, que se representa á Dios castigando á quien le ofende con horribles y eternas penas, como la idea del más refinado y culto filántropo, que castiga sólo para bien y educación del delincuente, que no piensa sino en indultos y amnistías, y para quien Dios no tiene infierno, sino todo lo más purgatorio, establecimiento penitenciario ó cárcel modelo, de donde hasta los demonios han de salir al fin purificados y limpios como el oro. Ambos conceptos de Dios son antropomórficos. Desde el momento en que metafísicamente se afirma un Dios perso-

nal, todo concepto de Dios tiene que serlo, aunque elevando á una potencia infinita ó á la perfección cuanto en el hombre nos parece bien, y propendiendo á esa perfección y plenitud que nos falta y á que aspiramos.»

Psicológicamente (y tal parece ser el sentido *esotérico* del pasaje), VALERA está en lo firme. No lo está, empero, el P. MIR, cuando fanáticamente dogmatiza sobre la *saña* del Altísimo, como si Dios participara de las mezquinas pasiones humanas. «La ira—dice—no es pasión mezquina, sino muy noble de suyo; las circunstancias, de pasión la hacen virtud.» He aquí un Dios sometido á las *circunstancias*. LACTANCIO escribió un libro sobre la ira de Dios *(De ira Dei),* al cual remite el P. MIR «á los que se escandalizan de que el Altísimo tome á veces contra nuestros pecados la vara del rigor, como aconteció en el diluvio mosaico». Cuando vemos al P. MIR planteando en estos términos el problema que ha agitado más hondamente á los espíritus religiosos de todas las edades, y que ha sido tratado en la nuestra con una profundidad y una amplitud sin ejemplo por esas mismas escuelas que califica de *impías,* cabe maravillarse de la tranquilidad y seguridad de su dogmatismo, que no asocia á la idea de Dios otros conceptos que los groseros de los viejos semitas, con su *Él,* fuerte ó poderoso; *Eliun,* muy alto; *Moloch* ó *Milcom,* rey; *Bel* ó *Baal* y *Adonai,* señor, etc. La idea de una perfección verdaderamente divina se ha elevado y purificado, y cabalmente todo lo que se ha ido eliminando de esta idea por vía de negación, como el odio, la venganza, el capricho y la arbitrariedad, es lo que prueba que, en el fondo, tenemos alguna idea positiva de Dios. ¿Qué hubiera dicho del P. MIR el P. MALEBRANCHE, que no quería llamar á Dios ni aun *espíritu,* por mostrar positivamente lo que es? ¿Ó SAN JUAN DAMASCENO, en cuyos oídos sonaba el vocablo *Deus* con toda la abominable traza del gentilismo, y hasta propuso sustituirle por la locución ὁ ὤν, *quid est?* ¿Ó FENELÓN, para quien Dios no era más espíritu que cuerpo, ó cuerpo que espíritu? Al recuerdo de las palabras con que en el *Exodo* se anuncia *Jehová* á MOISÉS: «*El que es* me envía á vosotros», y no «el que es espíritu», ¿dónde queda la *ira* del Soberano Ente? Y tal denominación, ¿no envuelve todavía un sentido á todas luces relativo? Indudablemente: sobre el que es *lo que* es está el que lo es todo, el que todo lo produce, lo conserva y lo mueve, sea cuerpo ó espíritu. Dios no es más espíritu que cuerpo, por cuanto no puede estar determinado á un género particular de relaciones. Acaso por una idea semejante JENÓFANES se elevó á la concepción de un principio de unidad que no puede ser el objeto de ninguna percepción sensible. Y nuestra conciencia religiosa debe entenderlo así, si hemos de ajustarnos á nuestra metafísica y á nuestra moral verdadera.

Edmundo González-Blanco.

EL CONTAGIO DE LA VIDA

La Humanidad vive en un perpetuo estremecimiento de terror: el terror del contagio.

Ayer la peste bubónica, hoy el cólera, mañana la fiebre tifoidea.

La Edad Media transcurrió entre dos luchas: la lucha contra los «infieles» y la lucha contra la lepra.

En la época actual, apenas se vence un microbio, cuando aparece otro. Vamos de la profilaxis al contagio y de éste á aquélla en un perpetuo vaivén.

Tal estado de vibración angustiosa, de temor incesante, subleva á veces el invencible sentimiento de justicia que llevamos en el alma.

«La Naturaleza es cruel—exclamamos—; la vida es madrastra.» «Se diría que un poder oculto ha jurado guerra á muerte á la Humanidad.»

Pero los injustos somos nosotros al hablar así; porque si tenemos presente á todas horas el «contagio de la muerte», nos olvidamos, en cambio, del universal, del todopoderoso «contagio de la vida»...

No advertimos, ciegos, que la vida, la salud, la alegría, brotan á raudales en derredor nuestro; que no podemos salir á la calle, ni conversar con nuestros semejantes, ni recibir la luz del sol, sin que este irresistible contagio nos haga presa suya.

Observad al enfermo, especialmente al neurasténico. Sale de su casa maldiciendo de todo, porque todo le parece conjurarse contra él. El mundo es negro; el porvenir está preñado de tormentas. Físicamente, le duele desde la planta de los pies hasta la raíz de los cabellos...

Pero en la calle encuentra á un amigo que está sano, que ríe, que ama la existencia. ¿Qué va á resultar del encuentro de aquel rayo de luz y de aquella mancha de sombra?

¡Vencerá «siempre» la luz!

El sano contagiará con su alegría al enfermo.

«Jamás» el enfermo entristecerá al sano.

Y esto acontece en todos los momentos de nuestra vida sin que lo advirtamos. Nada hay tan contagioso como el optimismo. Vivir con un amigo optimista es encontrar la clave de la felicidad.

El llanto de los otros suele hacernos llorar; pero la risa de los otros, invariablemente, irremisiblemente, nos hará reir.

—¡Qué contagiosa es la risa—decimos—; qué contagioso es el buen humor!

¡Ciertamente! Como es contagiosa la luz, como es contagiosa la confianza, como es contagiosa la fe, como son contagiosos la esperanza, el entusiasmo, el amor...

Estamos tristes; pero al trasponer los umbrales de nuestra morada, un rayo de sol matinal, que es un hervidero de átomos, una vía láctea minúscula en

turbulento torbellino de vida, nos dice: «¡Buenos días!» Y en aquel mismo instante sentimos desvanecerse todas las preocupaciones, resolverse todos los problemas, abrirse todos los caminos.

¡Cómo es posible temer y sufrir y llorar cuando el cielo está azul, y el día es oro purísimo, y la Naturaleza parece en éxtasis ante el sol, y el agua canta, y el aire dice sus misteriosas estrofas aladas!

—¡Vivid!—exclaman las cosas todas en concierto divino—. ¡Vivid; no tengáis miedo!

«La Naturaleza sabe «el gran secreto» y, sin embargo, sonríe...»

Pero nosotros, ingratos, olvidamos este contagio, este supremo contagio de vida, que surge á borbotones hasta de las piedras, y que realiza en un solo instante más curaciones que todos los médicos y todas las drogas y todas las plegarias...

Olvidamos que por cada hombre que pasa á otro su enfermedad, hay cien que van «pegándonos» su energía, su júbilo, sus convicciones robustas y hasta la elasticidad de sus músculos cuando nos animan á marchar con ellos, y hasta la limpidez de sus ojos cuando miran con nosotros el cielo...

¿Pues y la influencia milagrosa de la mujer que amamos, su facultad de disipar con santos sortilegios las sombras que nos asaltan?

No hablemos, no pensemos, no discutamos, por tanto, sino de un contagio, el de la vida, y dejemos pasar á la muerte; su espada no ha de herirnos mientras nosotros no doblemos resignados la cerviz...

Y aun entonces, ¡quién sabe!, ¡quién sabe!

Amado Nervo.

—oOo—

Religiosidad y racionalismo.

Con motivo del Congreso de Educación Moral de Londres se ha removido en los periódicos el asunto más importante acaso de todos los vitales. Gedeón, en un arrebato de optimismo, sentenció: «Los niños de hoy serán los hombres del mañana.» Pero esto fué una obcecación ilusa de nuestro excelso amigo. Raro es el niño que al nacer es «hombre». El procurar que esa sentencia sea realidad es la empresa más digna que puede ennoblecernos.

Yo di hace días mi grito de esperanza, porque veía discutir cordial y activamente estas cuestiones, y no en vano me esperancé, porque de la controversia pendiente entre Ortega Gasset y Maeztu resultó un artículo de este último rotundo, certero y claro. Y téngase en cuenta que Maeztu, á mi modo de ver, era el que presentó al principio más embarullada la cuestión, quizá por la premura periodística; pero á fuerza de réplicas y tanteos logró la fórmula definitiva.

Defendía Ortega Gasset que para mejorar los pueblos sólo hay un remedio que pueda adquirirse como una pócima en la botica: ciencia. Y replicóle Maeztu que eso estaba muy bien; pero que no habría científicos si no hubieran tenido de antemano afición á la ciencia. Esto es lo que yo quería expresar al escribir: «Dos resortes elevarán al hombre: la ciencia y el amor.» Al hombre, ciencia; al niño, amor á la ciencia.

El primer paso y más importante es el modelamiento del niño, la inculcación de ese amor á lo culto, dado que el hombre, por instinto, no da una resultante moral determinada. El ser humano sólo tiene por naturaleza dos instintos: el hambre, el celo; la educación puede anular los demás instintos secundarios (y aun éstos primordiales en parte). El niño será, pues, lo que de él hagamos, salvo las excepciones inevitables, dado que la educación no es una ciencia exacta.

Ya concretado el caso, viene el momento de preguntarse qué técnica será la apropiada para que fructifique en los niños un sentimiento firme de rectitud.

«Y se dice—dice Maeztu, y acojo sus palabras porque traducen la opinión de una mayoría considerable—: *la religiosidad;* el Japón es fuerte porque es religioso.»

Nótese que aquí se está hablando exclusivamente de un problema terreno; que al hablar de rectitud se considera en lo referente á la vida social, y, por tanto, el elemento religioso no es tomado como algo necesario para que ganemos la otra vida, sino como factor positivista que asegure el progreso humano y terrenal.

No se olvide esto, y veamos si es cierto el dicho de «si no hubiese religión, habría que inventarla».

Características buenas del sentimiento religioso

Siguiendo ese concepto positivista, se apresura Maeztu á decir que no confundamos la religión con su expresión dogmática. Muy oportuna la advertencia; pero no están bien deslindados los terrenos para que sea fácil evadir esa confusión. Buena prueba de ello es el reciente libro *Fases del sentimiento religioso,* de W. James, autor caro á Maeztu. En él se ha intentado poner de relieve que todas las religiones tienen un punto común, y que pudiera, por tanto, erigirse, basada en él, una religión natural que comulgara en esos principios comunes á todos, teniendo una tolerancia deferente y respetuosa por los dogmas de cada cual.

No es del caso ver si consigue ó no su objeto; lo que pretendo señalar es que el autor, una de las inteligencias más claras y serenas que conozco, ha juzgado preciso concretar las características y deducir de ellas una definición aproximada del sentimiento religioso.

Sus tanteos pueden reducirse á lo siguiente: «La religión es la reacción total de un hombre frente á la vida. Es decir, todos sentimos, en grado variable, una presencia inmanente y eterna, amable ú odiosa, un parentesco con el cosmos, con el infinito del que somos parte, y que nos lleva á formularnos la pregunta: ¿Cuál es el carácter de este universo en donde nos movemos? Y según nuestro temperamento contestamos á esa pregunta reaccionando contra la vida, y la reacción nos hace réprobos ó impíos, melancólicos ó alegres, fuertes ó indolentes. Y esta clase de sentimiento pertenece á la esfera religiosa, porque, aunque lleve á la impiedad, ésta se toma con la vehemencia de aquel que creía en *Ningún Dios* y lo veneraba.»

«Tal sentido es bastante vasto é inconcreto», dice James con razón; y fijando más, añade: «Lo divino no significará simplemente lo que es primitivo, envolvente y real, sino una realidad primitiva tal, que el individuo se sienta atraído realmente y con gravedad, no con blasfemias y con burlas. Pero la solemnidad, gravedad y todos los atributos emocionales del género—concluye el citado autor—comprenden numerosas gradaciones, é, imagínese lo que se quiera de nuestra definición, debe tenerse en cuenta que nos movemos en un campo donde no existe un solo concepto que pueda ser perfectamente definido.»

Este modo de sentir me parece muy aceptable. ¡Ojalá todos los religiosos lo fueran con arreglo á esa pauta! Yo acogería *religiosamente* una religión que fuera eso, y *que fuera sólo eso.* Por igual motivo recibí con efusión unas palabras de Maeztu inspiradas en una orientación ideal análoga á la que James indica. Decían las palabras:

«Una enseñanza que apele constantemente á la razón de los niños para inculcarles moralidad, carece de perspectiva ideal, de sanciones solemnes, de sutilezas delicadas, de apelación á las profundas necesidades del espíritu; cierra el paso á los horizontes vastos, cuya visión únicamente opera las transformaciones del carácter.»

Esto es certero; de esto sufrimos hambre y sed. Vale más generosidad que justicia; vale más una muerte grande que una vida pueril.

Perspectivas ideales, sanciones solemnes, cánticos de entusiasmo: ¡yo os conjuro religiosamente para que embellezcáis nuestra vida!

Características malas del sentimiento religioso

Pero yo digo: si examinando todas las religiones se puede entresacar un elemento común beneficioso, ¿no puede sacarse también algún síntoma pernicioso que todas ellas manifiesten?

Leyendo las vidas de los santos y las memorias de verdaderos y firmes penitentes, se ve que es común á la mayoría el menosprecio de la tierra. Los creyentes que más nos maravillan por su energía, su insensibilidad para toda miseria física, su inquebrantable esperanza y, por ello, su dicha, son hombres que se han dedicado egoístamente á la salvación de ultratumba, y á fuerza del aislamiento absoluto y de huir todas las seducciones del mundo han logrado en el dominio de sí resultados incomparables.

De este modo solucionaron el conflicto de la existencia, que se nos presenta á todos sin excepción. Cada hombre ve, como Buda, que en la tierra la juventud y los placeres son apariencias deleznables, porque también hay vejez, dolor, muerte. «¡Es preciso evitar todo eso!», les grita el alma. Y los religiosos vuelven los ojos á la otra vida, se recluyen dentro de sí, se abstraen de todo lo que sea menester terrenal, y en contacto continuo y absoluto con su Dios, pasan la vida sin dolor, sin pena por la vejez y contentos con la muerte.

¿Hay algo que oponer, algo que censurar? Dentro de la libertad individual, nada absolutamente. Allá cada cual con su procedimiento: religión, morfina, vino ó filosofía... «¡Embriagaos!», que decía el poeta.

Pero como no estamos colocados en el punto de vista de la moral absoluta, resulta que, considerada la cuestión desde el punto de vista humano y social, esos renunciadores del mundo son los hombres más inmorales, más perniciosos, más repugnantemente egoístas.

¡Queden en libertad de hacer lo que gusten! No es cosa de imponer las ideas fanática y dictatorialmente. ¡Sean respetados! Yo no quiero lastimar idea ninguna (siempre que no me lastimen á mí). Pero no se predique, no se clame jamás por la propaganda de estos seres, si estáis á bien con la vida, la tierra, la patria, etc.

Ó no entiendo bien, ó en las discusiones de los publicistas sociólogos, cuando se dice que hay que mejorar á los individuos, se supone que la mejora es socialmente considerada. Es decir, que un individuo será mejor cuando trabaje por el progreso común, siendo beneficioso á los demás, en vez de ser una rémora; cuando procure ser político, sabio y honrado para legislar con propiedad y tino; y ser científico para descubrir los grandes remedios y los

grandes inventos que han de ahorrar trabajo á los hombres; y ser sociólogo para estudiar métodos por los cuales sea fructífero el dinero que ahorran las máquinas; y hacer un cuadro ó un verso para que el hombre se regocije, descanse y pueda continuar la lucha; inventar el fonógrafo, el aeroplano, la imprenta é incluso el *Don Nicanor tocando el tambor* para que los niños rían... Me parece que se trata de esto... Ya sé que es más difícil lograr así la tranquilidad que mirándose el ombligo ó cantando salmos: es indudable. Pero esto es lo que queremos. Será el tal progreso vanidad, locura; pero esto es lo que queremos, ¿no? Pues el verdadero creyente no sirve para esto (1).

Impropiedad del calificativo religioso

Además, la definición tolerante y adogmática de religión que va expuesta se ha hecho como ensayo de una religión natural. Es un intento lleno de amplitud y buena fe; pero, á pesar de esto, seguramente no lo admite la mayor parte de los creyentes actuales.

Hoy, para casi todo el mundo, la palabra religión presupone creencia en un espíritu superior, personal ó, por lo menos, consciente, que dirige el mundo y ha dictado sus leyes, que premia y que castiga. Esto no es precisamente lo que se da á entender con una religión natural y sin dogmas.

Si, pues, se trata de un concepto muy discrepante del que hasta hoy se admite como religioso, deberá llamarse de otro modo. Lo contrario será dar un sentido harto elástico á los vocablos. Á matices nuevos, nombres nuevos. El verde tiene azul, y no se llama azul por eso.

Tan expuesto es á confusiones, que, ó yo no he comprendido bien, ó el mismo Maeztu se confunde. Voy á citar el caso, porque es muy importante fijar las lindes en terreno tan vago y transcendental.

Según dijimos, Maeztu dió por admitido que el hombre ya entrenado en la moralidad sólo necesita ciencia.

(1) En el momento de escribir estas palabras llega á mi casa una señorita huérfana, beata si las hay, y oigo que está diciendo en la sala: «¡Yo estaba tan confiada en que cuando muriera mi tía iba á meterme en un convento, que ha sido una verdadera contrariedad ver que no tenía vocación, porque allí hubiera estado tranquila, y fuera se sufre demasiado!... Así es que soy muy desgraciada. ¡Claro que me resigno, pensando que ésa es la voluntad de Dios; pero ¿feliz?, ¡no!; feliz no soy, ni mucho menos.»

Son palabras rigurosamente textuales. No puedo menos de reirme ante la coincidencia de testimonió tan oportuno, y cedo á la tentación de contároslo.

Me diréis que nada significa un caso aislado; pero es que de éstos se encuentran á montones; y, en general, pueden presentarse, respecto á los resultados individuales de la religión, dos resultantes opuestas en esta forma:

Positiva.—El débil adquiere, por la confianza de que le apoya quien todo lo puede, una decisión tal, que cumple su cometido sin desmayo y con destreza, llegando al extremo de no apurarse por los pecados, pues sabe que su Dios es la suma sabiduría y se hace cargo de cuán pequeño es, y de que si ha faltado se debe á ser barro, y no á intención de ofenderle.

Negativa.—Ante la grandeza de Dios el hombre se siente ínfimo, teme á cada paso ofenderle, y esto le llena de indecisión; ve por todas partes pecados, y cada uno le anonada, le ahoga de remordimiento, porque lo más criminal es ofender á Dios.

En la realidad hay más de los segundos que de los primeros, y más que de estos dos los indiferentes que se llaman creyentes sin que se trasluzca en la conducta.

Pues bien; después de admitir esa conclusión, citó, alabando, las siguientes palabras de un ex-ministro de Educación japonés: «Nuestra reverencia á los antepasados es algo seguramente religioso. Yo no sé si vosotros la calificaréis de religiosa ó preferiréis llamarla simplemente espiritual. Por ejemplo, si me perdonáis un ejemplo personal: la última cosa que yo hice al salir del Japón, fué visitar la tumba de mis padres y decirles adiós. También hace algunos años, cuando pude hacerlo, recorrí las tumbas de mis antepasados, que estaban desparramadas por el país, y les presenté mis respetos. No pienso que soy religioso en el sentido de creer en ningún dogma; pero creo que el espíritu de nuestros antepasados es algo que vive en nosotros.»

Esto presenta Maeztu como caso ejemplar. ¿Es esto conducirse como hombre de ciencia?

Podrá ser cierto que los muertos nos atienden desde el otro mundo durante las batallas—como dice Maeztu que creyó el almirante Togo—; podrá ser cierto; pero hasta ahora no tenemos el menor dato para creerlo científicamente. ¿Por qué se entretendrán los espíritus en alentar á los guerreros, y, en cambio, tantas miserias de la vida diaria no les llegan y las ven con un cuajo decididamente asombroso? La ciencia no nos lo ha resuelto todavía.

Claro es, sí, que le bastó creer al almirante que los espíritus le miraban, aunque no le mirasen ni por asomo; pero estas creencias arbitrarias no ofrecen garantías para erigirlas en ley. Quizás hayan leído ustedes aquel cuento del oficialito que luchó heroicamente para conquistar un pueblo, todo porque, si volvía á la aldea de donde saliera, tendría que alojarse y dormir en «la casa de los duendes», y esto le daba un miedo horroroso. Según el argumento de Maeztu, debería propagarse la creencia de los duendes, porque hace conquistar pueblos. Pero, ¡ay!, una vez en la ciudad conquistada, se mueren de miedo los héroes cuando van de noche por un pasillo á obscuras.

Quien es pueril en sus creencias hasta el punto de ir á la misma tumba de sus antepasados para presentarles sus respetos, así como quien deja la tarjeta á una visita de cumplido, tal vez encuentre razones para creer en la influencia maléfica del moscardón y en otras tantas manifestaciones que igual pudieran llamarse religiosas. Más de un bravo, sabio, probo y victorioso general romano consultaba los oráculos antes de partir al frente de sus legiones. ¿Los consultaría Maeztu si fuera general?

No; pueden muchas cosas absurdas tener virtud práctica en casos aislados, y no deben erigirse, no las erigimos, como regla y norma. En cuanto al lenguaje de los muertos, mientras no sea un fenómeno francamente objetivo que pueda sujetarse á reglas más ó menos correctas, quedará toda empresa á merced de la interpelación personal. Unos creerán que los muertos les dicen: «Lucha por tu patria»; y otros creerán que les exhortan: «Reza, y gana la otra vida.» ¿Qué son esos adelantos del progreso, esas máquinas voladoras y demás ante la vida eterna? *Si no salieras de tu aposento ni oyeras nuevas, mejor perseverarás en santa paz. (Kempis.)*

No es posible fiarse de voces tan vagas y cambiantes.

Romanticismo

¿Quién que Es, no es romántico?
RUBÉN DARÍO.

Una fe vaga, basada en sí misma, inducirá á caminar; pero no conoce los caminos, y no puede escoger; se encuentra ciega, y le arde en el pecho un anhelo irrealizable de ir en busca del ideal, que no se sabe dónde se encuentra.

La razón y la ciencia serán las que nos indiquen la ruta espiritual, ética, por donde vaya nuestro entusiasmo: la razón y la ciencia, que yerran, sí, pero que guardan un método en sus yerros y nos guían sobre las sombras mejor que otra cualquier creencia escogida al azar, arbitrariamente, por puro capricho ó simpatía imaginaria.

Yo afirmo que la felicidad es compatible con la falta de fe. La mayoría lo niega; y no me extraña, porque á ella, sin un gran entusiasmo por el conocer, teniendo arraigado un modo de sentir, y no el opuesto, es claro que le parezca una desgracia, puesto que no puede concebir lo que va en contra de todas sus costumbres. Es punto sobre el que se debe insistir, porque está generalizada la idea de que para ser dichoso es necesario ser absolutamente bruto y creyente á cierraojos. Nada más erróneo.

James, si bien no opina esto, presenta en favor de las religiones las siguientes palabras, que constituyen, de todos los argumentos que suelen presentarse, el más atendible y serio:

«Hay una enorme diferencia, emocional y práctica, entre aceptar el mundo por necesidad, del modo pálido y frío de la religión estoica, y aceptarlo con la felicidad apasionada del santo cristiano.»

Pero yo no encuentro fundamento para afirmar que esa felicidad apasionada sea exclusiva del santo cristiano.

¿Cómo han de aceptar por necesidad el Universo todos esos que carecen del miedo á la ultratumba y creen que el suicidio les libraría de esa necesidad sin ninguna consecuencia funesta? El descreído luchador—tipo que existe—lucha porque ama, y en ello está su placer. Quizás el creyente firme base su abnegación en la esperanza interesada de la recompensa futura. Pero pensad en esos científicos que trabajan enormemente años y años, y uno pierde un brazo, y otro la vista, y otro se inocula el virus mortífero, y todo, no para encontrar, sino para tratar de encontrar, con la sospecha de que sólo conquistarán errores, pero también con la esperanza de que, en el caso mejor, su yerro servirá para que otro descubra mañana un talismán de alivio; mañana, cuando él ya sea polvo y ni siquiera pueda ver que aquellas penalidades suyas han servido para la supresión de un sufrimiento... ¿Hay algo que más parezca noblemente digno de un Dios, imaginando á Dios todo lo más grande que se pueda?...

¡No es necesario que se llamen religiosos, no! ¿Sabéis lo que hace falta para ser grande? ¡Ser romántico!... La exaltación del amor y el amor puesto

en lo más alto; el eterno símbolo del hombre con los pies en tierra firme, con la frente en los cielos, con la mirada en los horizontes lejanos. Un ideal que ensanche siempre más la esfera benéfica de su acción; una onda de estremecimiento que conmueva á los hombres como una vibración lírica del Universo entero: todo eso, impregnado de sabiduría y de alma, es el romanticismo.

Diréis acaso que estamos llamando la misma cosa con distintos nombres. Pero, aun suponiendo que así sea, insisto; porque mi principal empeño se dirige á que, precisamente por cuestión de nombre, no pueda tomarse un impulso exclusivamente vital, práctico, terrenal y científico, nada que entrañe un incognoscible consciente y personal. Por eso me parece poco satisfactoria la diferencia que señala Jean Pinot en *La Revue* del mes de octubre pasado, llamando á este elemento bueno «religiosidad», para distinguirlo del dogmático «religión». Y también me parece poco aceptable el vocablo, quizá más apropiado aquí, «misticismo», por creer que entra en él demasiado elemento deísta, con todas las consecuencias antedichas.

Por eso, en tanto no haya un congreso de pensadores, y por mutuo acuerdo fijen calificativo para éstos y otros conceptos, como se hace con los tecnicismos científicos, y en espera de otro mejor, me atengo al de romanticismo, porque no puede confundirse con nada *ultramundial,* si bien reconozco que también habrá de concretarse esto de «romanticismo» para no confundirle con el de las niñas cursis que cantan guajiras, leen novelas de Jorge Honet y se ponen pálidas, tristes y ojerosas; aunque—dicho sea de paso—esto á veces es síntoma de una buena predisposición romántica que está falta de cultura que la oriente.

Y como pudiera quedar duda sobre mi pensamiento, fijaré las características de ese ideal que yo llamo romántico, sirviéndome de unas palabras maravillosas del mismo James tantas veces citado, que fijan mi modo de sentir mucho más admirable y claramente que yo podría hacerlo.

Son éstas:

«Decimos que una vida es viril, estoica, moral ó filosófica cuando menos influyen en ella bajas consideraciones personales y está mejor dirigida para fines objetivos que exigen mucha energía, aunque ésta acarree daños y dolores. ¡El aspecto bueno de la guerra es hacer un llamamiento á los «voluntarios»! Y para la moralidad la vida es una guerra, y el servicio del ideal, una especie de patriotismo cósmico que tiene necesidad de voluntarios. Hasta un individuo enfermo, incapaz de luchar exteriormente, puede moralmente batallar en su interior y desviar su atención de su futuro de este mundo ó del otro de un modo inflexible. Puede educarse para llegar á ser indiferente ante los obstáculos que le oprimen, sumergiéndose en todos aquellos intereses que le son accesibles. Puede seguir los acontecimientos públicos y simpatizar con los intereses ajenos. Puede cultivar una aptitud y no hablar jamás de sus miserias, y puede contemplar cualquier aspecto ideal de su existencia que su filosofía sea capaz de presentarle, y practicar todos los deberes, como la paciencia, la resignación y la justicia, que su sistema ético exija; un hombre así

vivirá en el plano más alto y vasto de su existencia. Es un hombre libre, magnánimo, de altos ideales; no un esclavo miserable.»

Léase otra vez ese párrafo. ¿Hay algo más que pedir? Yo creo que no. James cree que sí, y añade:

«Y, sin embargo, le falta algo que tiene en abundancia el cristiano por excelencia; por ejemplo: el santo místico y asceta, que les convierte en seres humanos dignos de una denominación completamente distinta.»

Denominación *distinta,* quizá, pero no *mejor*. Las razones que él tiene para afirmar aquello son éstas:

«... La despreocupación que procede de fuerzas puramente morales exige un esfuerzo de la voluntad; la del cristiano es efecto de excitación, derivada de una fuerza superior de emoción, para cuya presencia no se necesita ningún esfuerzo de la voluntad.»

«Cuando acuden miedos morbosos á la mente—añade—queda el individuo invadido por un sentimiento de miseria irremediable, y entonces sugerirle el esfuerzo y la voluntad es pretensión vana y de realización imposible. El mejor, el más equilibrado puede mañana volverse loco. La muerte derriba al más fuerte. Cuando recordamos estas ideas, todas nuestras acciones nos parecen parodias de aquel bienestar donde deberíamos apoyar nuestra vida.»

Esto viene á decir. Pero yo digo en contra: Para acallar los lamentos no hace falta ser asceta ni estar en perenne tensión. Y como argumento convincente, para mí más que ningún otro, puedo citar un caso personal.

Yo estuve enfermo, al punto de tener la sospecha rayana en la persuasión de que no vería la primavera próxima.

Faltaban para ello cinco meses. No me quejé á nadie. Y pensando en la primavera anterior..., me puse á cantar en verso una tarde feliz: flores en la ventana abierta, cielo azul, besos: un recuerdo de vida sonriente en el pleno esplendor de un mes de mayo en que todo florecía, como florecería en el mayo venidero; de un mes de mayo en que yo estaba sano, como no lo estaría en el próximo... Leí estos versos á personas queridas un día en que por subir veinte escalones me sentía desfallecer.

... Y no me lamenté á nadie; no lloré á solas tampoco...

Todo esto eran... «cosas de la vida». Yo sabía que la existencia tiene bromas pesadas, y ésta era una de ellas. Sé que la vida es miserable..., y no lo es del todo, pues en medio de la desgracia puede un espíritu tener mil triunfos. Creo que nosotros, los enfermos, no debemos ensombrecer á los sanos. Y buscar el aspecto sereno y la sonrisa en medio del dolor es una de las actitudes más gallardas del hombre. Para sentir y aun practicar esto no me ha hecho falta ser asceta. Me basta ser voluntario de la guerra vital: ser romántico.

Los religiosos que han sido luchadores grandes son un aspecto vehementísimo de la fiebre romántica especializada. No hay más que oir la palabra de un misionero: es cálida, lírica, entusiasta; es el verbo de un hombre embriagado de actividad y que tiene en el cerebro la locura incurable de los ideales románticos.

... ¡Locura amada que arde en el Universo eternamente! ¡Cuando arda en un hombre completo se dará el caso más sublime: Dios se habrá hecho carne de nuevo entre nosotros!

Será el hombre que luche por sí mismo y por los demás, que ame la vida, que viva para embellecerla y no tema la muerte; que sepa amar, sepa reir, sepa llorar; que al sufrir busque una apariencia serena; un ser lleno de gracia; lo que se dice un ser entero, con cerebro que analice, convicción que impulse y corazón que cante...

Resumen

Hemos tratado de mostrar cómo la religión, y aun la religiosidad, aunque no sean dogmáticas, encierran mucho de arbitrariamente metafísico, de desprecio terreno, de creencias supersticiosas en fantasmas, en algo desconocido é incognoscible; pero tomando estos misterios, no como hipótesis científicas, no como problemas á resolver, sino como realidades inasequibles y directrices del cosmos. Y siendo esto perjudicial al hombre, pues la teoría nos enseña que da un resultado moral lo mismo que el opuesto, y la práctica lo confirma, deducimos que es inconveniente inculcar al niño religiosidad, toda vez que existen otras direcciones morales—como la que hemos llamado romántica—que encierran igual poder ético y dinámico, sin los peligros que ofrece la religiosidad.

Se me ocurre que puede oponerse una hipótesis de argumento—pues no es argumento razonable—según la cual la religión debiera emplearse para dirigir al niño, aunque de hombre se haga irreligioso, lo mismo que se quita el andamio una vez hecha la obra.

Esto lo podrán sostener los que ignoren cuánto duele el desprenderse de hábitos adquiridos y qué lucha se entabla entre el convencimiento y las sombras que fingen los prejuicios. Y, sobre todo, creyendo nosotros que en la edad infantil es cuando todo lo enseñado abre más surco, sería insensato aprovechar esa aptitud maleable del cerebro para embarazarlo con errores que luego estorban toda la vida.

Madame Necker de Sanssuze ha dicho bien: «Preguntar si la religión es necesaria al niño, equivale á preguntar si es necesaria al hombre.»

Á éste no le es necesaria, no; tampoco le será necesaria al niño, por tanto.

¿Qué se le inculcará, pues? ¿Racionalismo? ¿Se ha de apelar á la razón cuando aún no existe?

No se ha de apelar al racionalismo precisamente. Pero quedan caminos que ya veremos otro día.

Manuel Abril.

Psicofisiología de los pueblos

EL LENGUAJE

Cuando elogiamos la labor literaria de nuestros escritores, influenciados por la absorción fatal del medio ambiente, no tenemos en cuenta la relación directa del lenguaje con el progreso de los pueblos.

Y si nuestro tributo de admiración lo rendimos de una forma fatal, como digo, parecerá *á priori* ineludible efecto de la dependencia de la Humanidad á un fin común; fin predispuesto por la razón misma de los hechos, de cuya senda no puede separarse á pesar de cuantos esfuerzos haga por abandonarla; pero si en la fisiología de la Humanidad notamos este movimiento sincrónico, cuya esencia obedece á una ley de progreso, en la psicología del hombre observamos también una tendencia á obrar conforme á su propio pensamiento: de aquí que, siendo, como es, la literatura de influencia individual, esté en el hombre impelerla progresivamente, teniendo en cuenta su carácter educativo. La dependencia de la Humanidad y la libertad del hombre parecen dos ideas contrapuestas; pero desaparece este concepto al estudiar la herencia individual, que, partiendo de la *unidad á la serie,* ambas convergen hacia un radio de acción idéntico: la evolución.

El lenguaje, ya oral, ya plástico ó gráfico, es el que ha llevado á cabo el desenvolvimiento de los pueblos, pues siendo, como es, la expresión ó representación de las ideas germinadas en nuestro cerebro, por sí solo cumple el elevadísimo fin del progreso humano.

El lenguaje no es otra cosa que un sistema de signos, espejos más ó menos fieles de las ideas, pues hallándose el hombre en un período constante de perfeccionamiento, las concepciones del *ser pensante* no pueden tener sentido absoluto.

Las ideas evolucionan en el mismo orden del cerebro que las produce, obedeciendo al desenvolvimiento inconsciente del medio en que se vive. El pensamiento, pues, progresa á medida que varían las sensaciones que se experimentan.

El habla es como un cristal á través del cual vemos el pensamiento. Cuando el *vidrio* es límpido y perfectamente incoloro, las palabras aparecen en toda su pureza; si es opaco, se esfuma su forma y su sentido no es comprendido.

La palabra significa una *tendencia;* los nombres son *sustitutos* de aquello que significan, y las oraciones, frases y períodos son *sustitutos* de experiencias: ***posibles,*** cuando el complemento es lógico y el *vidrio* es perfectamente transparente; ***imposibles,*** cuando el atributo es una *tendencia* de carácter diferente

á la naturaleza de los *sustitutos* primeros, y, por tanto, el *vidrio* es opaco, y la consecuencia es una razón fuera de la experiencia ó de la concepción.

Las *tendencias* varían con arreglo á las sensaciones, y las *experiencias,* en relación directa con las necesidades. El lenguaje, por estas causas, lazo del ser con el mundo, elemento íntimo, psicofisiológico del hombre, sigue el progreso natural evolucionando inexorablemente, so pena de la muerte.

La misión del literato, si puede ir en su función psicológica tan lejos como su imaginación le lleve, su función fisiológica le impide emplear para la representación de sus imágenes ó concepciones otros signos, otras tendencias que aquellas actuales que flotan en el ambiente de los pueblos.

Antes, cuando las ideas eran representadas de una manera penosa, siendo el lenguaje oral el principal elemento para darles vida temporal, la arquitectura y su auxiliar directo la escultura realizaban el milagro de la inmortalidad. Desde tiempos remotísimos hasta el siglo XV los libros de piedra fundidos en largas etapas daban carácter real al pensamiento de diversas generaciones, y en pueblos como el nuestro, nada mejor que leer á través de sus monumentos su historia, y por ella sus diversas épocas de transición.

De Gutenberg á nuestros días el pensamiento cambia de forma representativa, y al propio tiempo las ideas se inclinan por vertiginosa pendiente, el lenguaje gráfico se enseñorea del mundo, los hombres hacen con facilidad permutas psicológicas, y la evolución de la Humanidad, al cambiar por el libro de papel al libro de piedra, se hace alada.

No pongamos trabas al pensamiento. Conceder á la gramática y á la retórica una importancia decisiva, cultivando únicamente la forma del decir, sin profundizar, cuidar y concretar la forma del espíritu, objeto único del lenguaje, es matar las iniciativas de las generaciones, imponiendo un dique á sus ideas. El insigne Herrera, al pensar en esta orientación, decía: «Y no supieron inventar nuestros predecesores todos los modos y observaciones de la habla; ni los que ahora piensan haber conseguido todos sus misterios, y presumen poseer toda su noticia, vieron todos los secretos y toda la naturaleza de ella, y aunque engrandezcan su oración con maravillosa elocuencia, é igualen la abundancia y crecimiento, no sólo de grandísimos ríos, pero del mismo inmenso Océano, no por eso se persuadirán á entender que la lengua se cierra y estrecha en los fines de su ingenio.»

La misión del literato es educar, y educar es enaltecer.

Para enaltecer se precisa nutrir el cerebro, no de imágenes del rito clásico que nos aporten titanes épicos, sino descubrirles el alto ministerio de la razón y del sentimiento para formar hombres sublimes de realidad moderna, que uncidos á la Ciencia y al Arte, arrastren por doquiera el carro del Triunfo.

Nosotros, los representantes de la generación moderna, nos encontramos expuestos á la corrupción por nuestra actividad, verificando un movimiento inverso, retroactivo; por esto, al rendir nuestro tributo de admiración al literato, hemos de imponer nuestro propio juicio á las influencias del ambiente, y sobre los laureles conquistados por los maestros y consagrados graciosa-

mente por la *multitud,* arrastrar nuestra visión genial mirando siempre al horizonte. Así avanzamos, vamos hacia el ideal, y para llegar habremos de remontarnos á la cumbre.

Tres son las tendencias que en nuestra patria absorben á la literatura moderna: la *arcaica,* la *racional* y la *ecléctica.*

Los primeros son *clasicistas,* nos retrotraen todos los giros y palabras de un tiempo que fué inmortalizado por un padre del arte, ó importan al idioma frases y giros regionales, buscando siempre para el lenguaje un sabor de vetustez. Éstos no tienen en cuenta que el idioma del inmortal Cervantes (Góngora, Quevedo ó Calderón) era un producto de la fecundia de su ingenio, pero que no responde á las ideas del hombre moderno, pues la evolución ha marcado en su vida tendencias distintas, acaso contrapuestas, á las de aquella época (1).

Los *racionales* son lógicos, naturales; con sencillez, sin largos y difíciles períodos, procuramos representar nuestras imágenes fieles á la realidad de los hechos ó de las cosas, y nuestras experiencias ó nuestras concepciones hállanse conformes con las necesidades de la época. Caminamos á paso normal con el espíritu del siglo, y somos progresistas, por cuanto reformamos el lenguaje en el momento que en el orden social nuevas ideas impongan la necesidad de su representación.

Antes de tratar de los *eclécticos* diré dos palabras de una corrupción literaria de gran influencia en la juventud, sobre todo en la mujer, y que llamo *exótica.*

Los *exóticos* demuestran pobreza intelectual, buscan fuera de la naturaleza del habla propia giros que trasplantados pierden el vigor que en su origen tenían, y emplean para su representación palabras raras tomadas de distintos idiomas (muchos de lenguas muertas). Esta tendencia, á la que no debemos llamar escuela, sigue un procedimiento arbitrario, yo creo, privilegio único de algunos explotadores literarios ó vanidosos intelectuales, cuya ignorancia les impide caminar por el sendero de los genios.

La mayor de nuestras desdichas es que algunos de los *maestros,* literatos de gran autoridad, cuyos nombres pasarán con el tiempo á generaciones futuras, lejos de desaprobar tanto el *arcaismo* como el *exotismo* literario, incurren en ellos con alguna frecuencia, aunque en su conjunto sean perfectamente racionales. Gracias á esta protección indirecta, ambas tendencias adquieren influencia popular, perjudicando grandemente á la cultura social. Á esto es á lo que llamo el *eclecticismo* de la literatura.

Además, en nuestra novela moderna, mejor que estudiar una psicología y describir con puros coloridos escenas y hogares reales ó verosímiles, se esfuerzan en un juego cadencioso de palabras, cuya prosa en cada período constituye un canto. El canto es la más fecunda plenitud del pensamiento: en él

(1) Pudiera documentar este trabajo con períodos de nuestros principales escritores; pero me abstengo por creerlo innecesario, dada la cultura y elevación de quienes esto leyeren.

se aúnan los elementos musicales á la expresión de las más sutiles sensaciones, la realidad actual á la realidad utópica, y por él los hombres y los pueblos sienten correr por todo su ser los refinamientos de la belleza.

Las religiones todas hallaron en el canto un auxiliar ineludible, pues á los acordes semisinfónicos que le completan produce la maravilla del éxtasis y de la sugestión. El canto, forma subliminal del sentimiento, puede ser indispensable al poeta; pero á los escultores de pueblos cuyas ideas, construídas por la arquitectónica de la dialéctica, han de descender necesariamente al bajo fondo social para lograr su objeto, ha de serles inútil. Deberán huir de la construcción fonológica para exponer la verdad con llaneza, pues sólo así se consigue formar las generaciones. Aun los mismos poetas, cuando se colocan al nivel del pedagogo, abandonan el canto, toman la forma llana, haciendo así asequibles con fruto las concepciones del pensamiento. Para sublimizar las ideas, antes es preciso presentarlas; y el canto, siendo la más poderosa plenitud del arte, necesita imágenes conocidas é ideas concebidas.

Sujetando el pensamiento en un cerco retórico desaparece la originalidad, y lo que en potencia era vigoroso y genial, toma carácter vulgar, perdiendo su influencia.

Cuidemos el lenguaje, no como arqueólogos del ritmo, sino como modeladores del pensamiento; así la progresión evolutiva será rápida. La experiencia de los pueblos demuestra que, por grandes y soberbios que fueren, desaparecen. El primer síntoma es la decadencia del lenguaje, pues á éste siempre precede la carencia de ideas, el estacionamiento del pensamiento: consecuencias todas de la descomposición de su sociedad.

Segundo de Pujana.

—oOo—

ANTONIO CÁNOVAS

Aún no hace diez años, la publicación del retrato y de la biografía de un fotógrafo en las páginas de una revista de la condición científico-literaria de ATENEO hubiese sorprendido, pareciendo anuncio interesado é importuno.

Porque hace ese tiempo, los fotógrafos, en España al menos, eran meros obreros industriales que, con ayuda de aparatos ópticos, copiaban mecánicamente la forma exterior de hombres y de cosas: algo parecido á los *vaciadores* de las Escuelas de Arquitectura, que hacen estatuas con molde, y no pueden ser nunca, y con razón, considerados como artistas en la más elevada acepción de la palabra.

Pero Antonio Cánovas, pintor en su juventud, aficionado á las Bellas Artes siempre, como lo atestiguan la copiosa biblioteca que ha reunido y sus críticas de arte en *La Época* y otros periódicos, hombre de gusto depurado y gran cultura, ha transformado en tal escala lo que en un principio era, según hemos dicho, hábil manipulación mecánica, que su nombre sobresale de los límites que el aprecio general concedía á los que le precedieron en el ejercicio de su profesión, y ha logrado ascender á la estimación de que gozan los artistas.

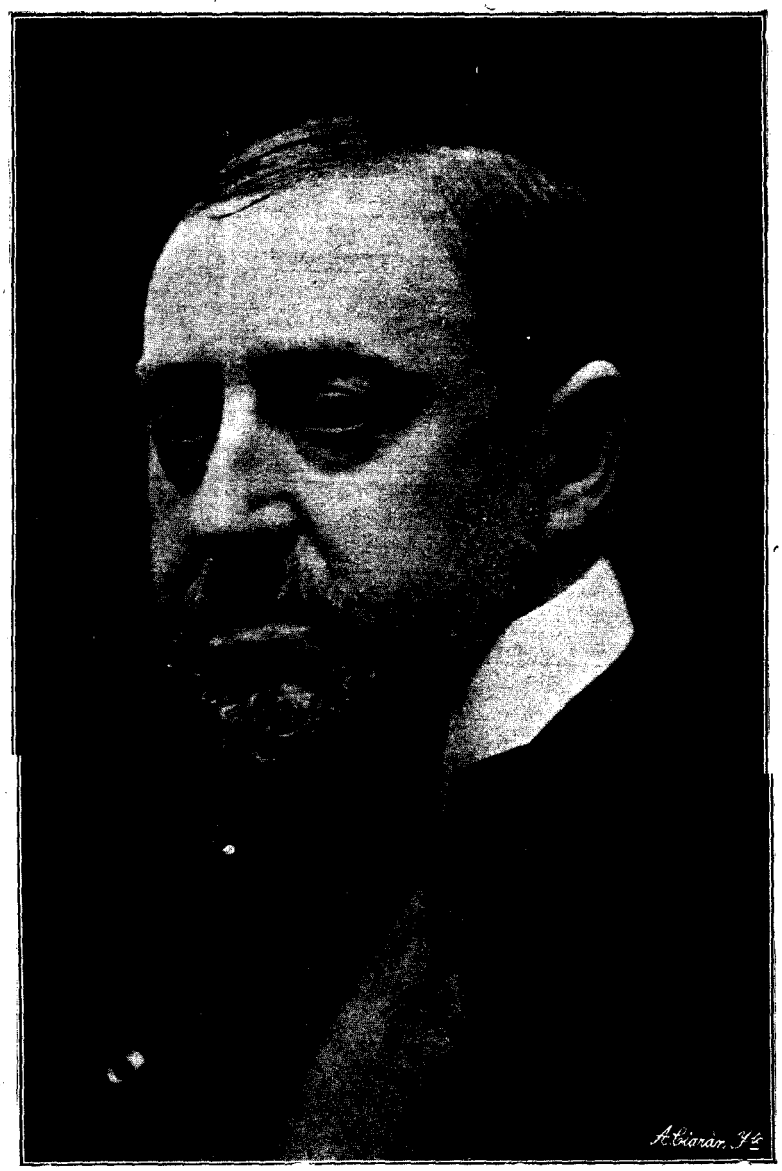
Al concurso de fotografías que tiempo ha celebró en el derruído teatro de la Alhambra *La Ilustración Española y Americana* acudieron los fotógrafos profesionales y aficionados de mayor nombradía.

El primer premio lo concedió *por unanimidad* el Jurado calificador á un simple *amateur* del que hasta entonces no se sabía sino que era diputado, que había sido gobernador, y que colaboraba asiduamente en varios periódicos, ocupándose siempre de Bellas Artes: á Antonio Cánovas.

Las fotografías de éste destacaban con singular relieve entre las mejores, no tan sólo por sus aciertos técnicos, sino por el alto sentido estético con que estaban obtenidas, por la *intención* que á su ejecución había precedido, por la belleza, no tan sólo formal, sino espiritual, que contenían, por las ideas á que daban plasticidad, y la cultura que en el autor revelaban.

Aquellas fotografías (como las que después han consagrado á Cánovas de excepcional fotógrafo) no eran calcos vulgares del natural, sorprendidos con insconsciencia y reproducidos con la frialdad de las máquinas... Eran el natural escogido, bien visto, y descrito ó interpretado á través de un temperamento; es decir, eran lo que las fotografías hasta entonces no habían sido: *obras de arte*.

Cánovas siguió cosechando premios y más premios en sucesivos concursos y exposiciones: algunos fotógrafos le preguntaban antes de ir á ellos si iba á acudir él, para quedarse ellos en casa; y así reunió las *diez y nueve* primeras recompensas de que se vanagloria, y con razón, pues llegó á darse el caso de



Antonio Cánovas.

ganar él solo los cinco premios que ofreció la revista *Blanco y Negro* para ilustrar fotográficamente las *Doloras* del gran Campoamor; victoria quizás única en la historia de esta clase de certámenes.

Así conquistada una indiscutible autoridad, fundó la revista mensual *La Fotografía,* que todavía dirige, y la edición económica de numerosas series de tarjetas postales completó la popularidad, aun fuera de España, del maestro. A propósito de lo que Cánovas ganó materialmente con sus interesan-

tes y bellísimas postales, es dato curioso el de que solamente la ilustración de *¡Quién supiera escribir!...* le valió cerca de *12.000 duros;* es decir, lo que con la misma *Dolora* quizá no ganara el insigne y desprendido poeta, que permitía la libre reimpresión de sus obras.

Retirado Cánovas de la política desde la tragedia de Santa Agueda, y alentado por triunfos que descubrían rumbos nuevos á su actividad y á sus aficiones artísticas, sentó plaza al fin de fotógrafo profesional, implantando desde luego tan radicales cambios en la rutina del retrato, que mientras la crítica le saludaba desde su aparición comercial como un renovador de gran valía, el público le otorgaba el favor más incondicional de que en Madrid disfrutó jamás ningún fotógrafo.

La exposición de Cánovas (ó de *Kâulak)* es una nota saliente y única en Madrid. Cuanto vale, cuanto brilla socialmente en artes, ciencias ó letras, las aristocracias de la sangre y del dinero, allí están magistralmente retratadas. El portal de la calle de Alcalá, núm. 4, es una de las atracciones de la corte. Y no son las bellezas que allí se muestran, con ser tantas y tan excepcionales, lo que caracteriza la exposición de *Kâulak.*

Lo que hace de aquella exhibición de verdaderos cuadros más que de retratos, motivo de estudio para los artistas, es ver llevadas á la práctica las teorías sustentadas por Cánovas en la conferencia que sobre la *Transformación de la fotografía* dió en la cátedra del Ateneo de Madrid (1); es ver obras acabadas, rebosantes de vida, y que, al mismo tiempo, son retratos de exacto parecido.

Ya lo dice la voz pública cuando, al salir de la galería de Cánovas, sintetiza la opinión que sus fotografías le merecen con esta frase:

—*No parecen retratos... Son grabados.*

X.

(1) El Sr. Cánovas fué invitado por la Junta del Ateneo á repetirla.

—oOo—

En defensa del modernismo

CARTA ABIERTA

Á Manuel Machado.

Madrid.

Querido poeta: He leído su libro *Caprichos;* me ha proporcionado un rato delicioso, y sus poesías me encantan. Como poeta, no era usted para mí un desconocido; sí personalmente: de modo que no juzgue ni crea que la sola lectura de esta obrita es la que me hace hablar de su labor literaria.

Empiezo por confesarle que hasta hace pocos años esta literatura que han dado en llamar *modernista,* y á sus intérpretes *decadentes,* no me llamaba la atención ni poco ni mucho; participaba de los prejuicios que contra ella se han levantado, pero sin meterme á averiguar las causas, sólo por seguir la corriente.

Mi cambio de apreciación respecto á este *modernismo* literario tuvo por causa un hecho que voy á referirle; hoy simpatizo con esta nueva doctrina, de la que reconozco en usted á uno de sus mejores sacerdotes, acaso el más iniciado, y que casi pudiera llamar nuestro.

El hecho es éste: Cumpliendo uno de mis deberes profesionales leí un manuscrito, original de un joven literato, y confiésole ingenuamente que después de dos lecturas, en el *análisis* sólo pude decir: «No entiendo el modernismo. Pero si la casa edita por su cuenta la obra, es preciso pedir al autor unas notas aclaratorias, con objeto de que los lectores comprendan lo que esto quiere decir.» Cuando esto escribí participaba de los prejuicios de que hablo más arriba; y tanto disgusto me produjo la tal lectura, que como desahogo escribí estos ramplones versos:

Yo creo que el modernismo
que impera en literatura
es monstruosa criatura
hija del romanticismo.
Hijo que ha sido engendrado
por un padre decadente,
y que aunque viva y aliente,
á muerte está condenado.
Hijo caquéctico asténico
que al fin debe sucumbir
como su padre, y morir
de un ataque neurasténico.

Estas blasfemias brotaron de mi pluma, de las que en la actualidad me encuentro arrepentido. Son disculpables por el violento encontronazo que experimentaron mis creencias y aficiones literarias.

Después me apliqué á despejar la incógnita, es decir, á conocer el origen de esta literatura, en la que reconozco que sólo los verdaderos poetas pueden triunfar y hacérnosla simpática; pero no los que sólo tienen de modernistas sus pocos años. Es innegable que esta nueva tendencia hace tiempo viene iniciándose en la literatura hispanoamericana; que ha pasado inadvertida para la generalidad de los lectores, y que sólo han sabido apreciarla y apropiársela, no diré los poetas-genios, pero sí los que poseen sentimiento estético y una exquisitez de alma privilegiada.

Así, pues, me permitiré exponerle el proceso de esta evolución modernista, tal como yo la entiendo, y los distintos fautores que han coadyuvado á ello.

Haré un poco de historia retrospectiva, no para demostrarle una erudición que estoy lejos de poseer, sino para exponerle las causas del desprecio con que se mira por la generalidad de los intelectuales de aquende y allende el mar esta novísima tendencia literaria.

No ignora usted, querido poeta, cuánta es la predilección que los hispanoamericanos sentimos por la sonoridad del verso, y las lamentables consecuencias que esto ha tenido en la poesía contemporánea. Tampoco ignora que una tirada de versos de nuestros clásicos es siempre un manjar predilecto para nuestros oídos, y que esta factura literaria han venido siguiendo hasta nuestros días poetas y rimadores de verdadero é indiscutible talento. Cuantos imitaron á Calderón, Lope y Moreto, concretáronse á la labor exclusiva del ritmo, y esto los condujo al abandono de las ideas. A éstos siguió la falange de los que se llamaron artífices, ó sea, los poetas *calculistas*. En la actualidad esta sonoridad rítmica tiende á desaparecer, gracias al talento y á la valentía con que vienen luchando ese grupo de jóvenes poetas hispanoamericanos, á los que no sabiendo el vulgo cómo calificar, llama *decadentes,* y lo que no es vulgo, *modernistas*.

Entre los poetas clásicos del siglo pasado, el que preparó en España el advenimiento del romanticismo y sirvió de guía á la juventud de la época, fué el gran Quintana. Que fué clásico en la forma y revolucionario en las ideas, es innegable. Al lado de él merecen ser citados con elogio Nicasio Gallego, restaurador de la poesía castellana, y Alberto Lista, el poeta más conocido é influyente de la nueva escuela, clásico convencido, y quien nos hizo amar á los poetas del siglo de oro.

Toda tendencia innovadora en literatura tuvo sus detractores. El romanticismo contó, entre otros, á Javier de Burgos, el traductor de Horacio, tan amante de las glorias clásicas, que al ver iniciarse el movimiento romántico trató de oponerse á su implantación. Todo fué en vano. La nueva tendencia debía triunfar, y se impuso, como se impone todo lo nuevo; pero más que nada, por el apoyo de Espronceda, el versificador más grande y la naturaleza más poética de aquella pléyade de innovadores; con el de Zorrilla, el cantor

amable y creyente de nuestras empolvadas leyendas y de las glorias patrias; con García Gutiérrez, el lírico; con Rubí y Bretón de los Herreros, que compartían los aplausos del público; con Hartzembusch, que como crítico y poeta lírico hizo que la nueva escuela triunfara en toda la línea, y con otros mil, que con talento y constancia lograron afirmar el nuevo género, que tantos detractores tuvo al iniciarse.

El *clasicismo* seguía imperando, y dignos intérpretes de él fueron López de Ayala, el autor de *Consuelo;* Ventura de la Vega y Tamayo y Baus.

Ya ve usted, mi querido poeta, que la nueva escuela progresaba, y que todo esto era un paso agigantado para llegar á lo que hoy nos regocija.

Echegaray, la personalidad literaria más discutida en la dramática moderna, no de esta que llamamos *modernista,* sino de la que por tantos años fué él su campeón, apresuró el advenimiento del teatro moderno con su *Crítico incipiente,* obra personalísima, de observación, satírica y refinada, real y optimista. Sellés y Cano y Masas siguieron las huellas trazadas por el gran dramaturgo.

He seguido, como usted ve, la evolución literaria de la dramática española desde que apareció el *clasicismo* moderno; hijo de éste fué el *romanticismo,* y al caer este género en desuso cambiaron los poetas de rumbo, y consecuencia de esta evolución son las nuevas tendencias que hoy conocemos como modernistas.

Me ocupé sólo de los dramáticos, porque el teatro, y más el contemporáneo, es espejo de la sociedad en que vivimos, del ambiente que respiramos, y el que afina nuestro gusto y nos orienta en literatura.

Ahora le citaré dos ó tres poetas que con sus genialidades, su escepticismo, su filosofía y su poco respeto por los *antiguos moldes,* no sólo consiguieron crear un género personalísimo, sino que aportaron su óbolo para construir el edificio de la moderna literatura.

El que demostró más independencia de carácter literario fué Campoamor, lo que, unido á su portentosa originalidad, logró crear un género propio: las *Doloras.* Conoció el alma humana hasta en sus más imperceptibles latidos; pero fué un poco materialista y un algo escéptico; mas este escepticismo no tiene nada de sombrío ni de apasionado: sus pequeños poemas son pensamientos puestos en acción; y por esto le considero como el iniciador de la nueva escuela y el que marcó, á mi juicio, los derroteros de las nuevas tendencias literarias.

El poeta de la eterna duda, Núñez de Arce, también coadyuvó con su lirismo y con la realidad que campea en alguna de sus estrofas.

Por último, citaré á Bécquer, el poeta elegíaco, el que salvó con su originalidad los abismos clásicos y románticos é inició la corriente moderna.

Estos tres poetas son, á mi juicio, los iniciadores del movimiento que lenta, pero seguramente, va ganando terreno en la poética actual. Los atrevimientos que ellos iniciaron hanlos recogido los jóvenes poetas, los apóstoles de esta nueva doctrina, y, como se ve, la semilla no ha caído en terreno estéril.

Anticuado el *clasicismo,* muerto el *romanticismo,* debió necesariamente nacer el *modernismo,* y los que en esta creencia comulgan y de innovadores se precian, deben luchar con el ahinco, la valentía y el talento que lucharon los soldados de las legiones románticas.

***

Paso á ocuparme de usted y de su labor literaria. Las composiciones de *Caprichos* son pocas, pero de buena ley; á mí me han sabido á poco.

Reconozco en usted uno de los poetas líricos más exquisitos que hoy tiene España. Le llamo poeta lírico, porque en sus composiciones, sujetando las palabras á una forma artística, expresa, no sólo su estado de alma, sino la más acabada belleza. Es lírico, porque sus poesías no dependen ni del lenguaje ni del estilo: se concreta á la idea, á la concepción y al sentimiento. Es lírico, por el esmero y la animación que emplea en su castizo estilo, por su lenguaje armonioso, en el que campea toda la riqueza y variedad de metros.

Si por la variedad de las composiciones métricas le llaman á usted modernista, hacen mal. Véanse las *Odas* de Horacio; ¿no existen estas variedades, así como también en los poetas de la decadencia? En nuestros clásicos se observa igual lujo en la versificación, y no debe sorprendernos que los líricos contemporáneos se hayan lanzado en busca de nuevas y sorprendentes combinaciones.

El calificativo de *modernistas* con que corrientemente son tildados en la actualidad gran número de poetas, entre los que concedo á usted la palma y jefatura, me parece aplicado con alguna ligereza. Ese tan cacareado *modernismo* yo no lo encuentro en ninguna de sus composiciones. Lo que sí observo, por la simplificación, el sentimiento, la belleza, la dulzura y el lirismo que encierran, es un resurgimiento de la antigua y auténtica poesía castellana; no de la influenciada por el gusto italiano, y más tarde por el francés, sino de la creada por Gonzalo de Berceo, Juan Ruiz, Lucas Fernández y otros.

¿Quién al leer el retrato de Albar Fáñez no dice que está escrito hace algunos centenares de años? ¿Puede pintarse con más ingenuidad y menos palabras el carácter de aquel caballero, valiente, orgulloso, que con dos frases ofrece un reino al rey con la misma tranquilidad y despreocupación que si se tratara de asistir á un paso honroso?

Para mí existe en estas flores *poéticas modernistas* que usted nos ofrece el mismo sabor, perfume y frescura que las que nos legó Berceo cuando dijo:

> Daban olor sobeio las flores bien olientes,
> refrescaban en home las caras y las mientes,
> manaban cada canto fuentes claras corrientes,
> en verano bien frías, en ivierno calientes.

Y en sus letrillas encuentro la misma flexibilidad que en estas cantigas del

célebre arcipreste, quien, acaso fatigado de la monotonía de la primitiva combinación métrica, introduce ésta, tan ligera y alada:

A la decida
di una corrida,
fallé una serrana
fermosa, lozana
e bien colorada.

Á todos los que á usted llaman *modernista* mandaríales que compararan estas poesías con las que usted escribe, preguntándoles si en ellas encuentran más *modernismo* que el del lenguaje. Mejor que *modernista* le considero *casticista* é *innovador,* pues con su vastísima erudición esto es lo que demuestra ser.

Cité únicamente la composición de Albar Fáñez para justificar el adjetivo de innovador que le aplico. Hacer un análisis de cada una de las poesías que contiene *Caprichos,* alargaría esta carta indefinidamente; lo único que puedo asegurarle es que son encantadoras y que me han sabido á poco.

Y ya que me encuentro en el terreno de las confidencias, le hago ésta, pero *sotto voce:* Que el género que usted ofrece al público es muy fino y delicado; que hay oídos y paladares que no están acostumbrados á estas exquisiteces, y que mientras haya quien prefiera el pavo al faisán, porque el primero es más grande, y le agrade más el redoble de un tambor que los suspiros de un violín, los poetas que como usted sienten el arte, sólo encontrarán detractores á su paso.

Pero, paciencia, querido Machado. Cuando se posee su privilegiado talento, se llega muy lejos; usted ha llegado; ahora lo que es preciso es no dormirse sobre los laureles; no olvide que hay muy buenos poetas en la nueva tendencia y que valen mucho.

Sabe le admira

C. Santos González.

SONETOS [1]

MEDIODÍA

Toca el sol en las nubes á rebato,
envolviendo á la tierra en sus fulgores;
á su caricia, tímidas las flores
esconden su belleza con recato.
Con acento piadoso y timorato
una campana lanza sus clamores,
y suben á los cielos tembladores
ecos de un himno fervoroso y grato.
A coro con la tarde esplendorosa,
todo presta su nota de armonía
á la canción solemne y amorosa;
hasta la triste voz de mi agonía
se levanta en los aires dolorosa
y gime sollozante: ¡Ave María!...

ALTA NOCHE

Hay unos ojos por la pena abiertos
sobre una obscuridad torva y ceñuda;
ruedan las horas en la estancia muda
como brisas en ámbitos desiertos...
Aquellos ojos á la dicha muertos
tienen un alma que en la sombra duda,
mientras que lejos una voz aguda
señala de un reloj sones inciertos...
Obediente al clamor de aquella hora,
con misterio de santa maravilla
una visión se yergue encantadora;
¡la obscuridad cobarde se le humilla,
y el alma que dudaba á Dios implora
y dentro de los ojos se arrodilla!

Concha Espina de Serna.

Santander.

(1) Del libro inédito *Dolorosas*.

LA ROMERÍA DE LOS POETAS

Al ilustre iniciador del Congreso de la Poesía, Mariano Miguel de Val.

Al laberinto—de los colores,
jardín eterno—de gayas flores
que ornan el caro—suelo español,
vengan los vates—en romería
á ver la fuente—de la alegría,
á ver la cuna—del propio sol.
Venga de España—lo que más brilla,
todos los bardos—que hay en Castilla,
los de Galicia,—los de Aragón,
los catalanes—y mallorquines,
nuestros hermanos,—nuestros afines
los de Provenza—y el Rosellón.
Los andaluces,—los extremeños,
los montañeses—y los isleños,
los que la cita—puedan oir;
lleguen los vascos—con los murcianos,
salven sus riscos—los asturianos
si es que á mi tierra—place venir.

Que aquí les guardan—rosas los huertos,
almas adictas,—brazos abiertos,
limpios hogares,—amor cordial,
justos honores—la cortesía,
noches que alargan—la luz del día,
plácido ambiente,—cielo estival.
Y aquí los bardos,—los soñadores,
los que sus dichas—y sus dolores
ríen y lloran—junto á un laurel,
sabrán con grata—clarividencia
que el Arte ufano—de mi Valencia
crió á las Musas—en su verjel.
Que la Victoria—la unce á su carro
si copia el iris,—si anima el barro,
si en dulces versos—rinde al Amor:
alma que alberga,—fe que conquista,
de cada seno—surge un artista,
de cada talle—brota una flor.

Lleguen los vates—en romería
á ver la tierra—de la alegría,
á ver la cuna—del propio sol,
al casto nido—de ruiseñores
donde á pensiles—de lindas flores
desciende al alba—por su arrebol.

Vengan de España—lo que más brilla,
todos los bardos—que hay en Castilla,
los de Galicia,—los de Aragón,
los catalanes,—los mallorquines...;
amigos todos,—todos afines,
todos hermanos—del corazón.

Que aquí les guardan—rosas los huertos,
almas adictas,—brazos abiertos,
ojos que queman,—luz celestial;
su regio alcázar—la Poesía,
y cual saludo—de la Armonía
canoras voces,—himno triunfal.

Mas den por fijo—los trovadores
que cien batallas—con vivas flores
y cuerpo á cuerpo—han de emprender,
pues todo rostro—de valenciana
es un capullo—de la mañana
con los matices—del rosicler.

Que aquí no hay rosas—sólo en los valles:
en ramilletes—van por las calles,
y... ya veremos—qué trovador
es el dichoso—á quien Dios inspira
por que nos cante—su dulce lira
cuál se distinguen—mujer y flor.

Antonio de Cidón.

EL HOGAR

I

Sentado muellemente junto al fuego,
escuchando del ábrego el gemido,
mi padre me contaba largos cuentos
de gigantes, fantasmas y castillos,
y á la grata caricia de las llamas
quedábame dormido.
¡Felices noches de mi alegre infancia!
¡Qué pronto han transcurrido,
esperando á los Reyes unas veces,
y otras cantando alegres villancicos!
Así fueron las noches de mi infancia;
las noches de mi infancia, que no olvido.

II

En las noches de invierno, cuando el aire
entona su rugido;
cuando de la alta sierra, hambriento, el lobo
baja hasta los apriscos;
cuando la nieve, inmaculada y blanca,
desciende con sigilo,
me siento junto al fuego
rodeado de los míos,
y ensimismado en la lectura amena
del predilecto libro,
ó haciendo cabalgar en mis rodillas
á mis traviesos hijos,
pasan las noches del helado invierno;
noches felices, que tampoco olvido.

III

Y las postreras noches de mi vida
junto al fuego también paso aterido.
Las veladas transcurren repasando
las gruesas cuentas de un rosario antiguo;

un rosario que en cada cuenta late
un beso y un suspiro.
De mi vejez las noches son muy tristes;
el calor me fué siempre fiel amigo;
mas no sirve el hogar sin esperanzas,
y hay tan sólo recuerdos en el mío.
Sin ilusión, el fuego no calienta;
por eso junto á él muero de frío.

LOS OJOS

Me miraste y te miré.
¿Por qué tus ojos bajaste
y yo los míos cerré?
Algo quisieron decir,
algo quisieron hablar
que no supe traducir,
que no supe descifrar.
Mas si los labios callaron,
si los labios se abstuvieron,
las miradas se expresaron
y los ojos se dijeron
el llanto que derramaron
las horas que no se vieron.
Que Dios, el hombre al hacer,
obró con tanta razón,
que, más aún que para ver,
nos quiso los ojos dar
para no poder callar
lo que siente el corazón.

Juan Guardiola Jiménez.

INFORMACIONES

Carta de gracias

El homenaje al gran poeta de Provenza Federico Mistral ha proporcionado á la revista ATENEO el alto honor de recibir la siguiente carta:

«Maillane (Provence), 27 juillet 1909.

»A l'ATENEO, *revista mensual ilustrada de Madrid,* j'envoie la très vive expression de ma gratitude pour le magnifique hommage qu'il viene de m'adresser au nom de l'Espagne, de la très généreuse et fraternelle Espagne.

»J'ai lu avec émotion et admiration les sympathiques poésies de MM. Rubén Darío, Enrique Díez-Canedo, Carlos Fernández Shaw, Francisco de Iracheta, Manuel Machado, Enrique de Mesa, Ramón Pérez de Ayala, Antonio de Zayas, Mariano Miguel de Val, Adolfo Bonilla y San Martín, et entre toutes, celle de mon vieil ami Teodoro Llorente, et en tête le charmant préambule de l'ambassadeur de France, mon cher compatriote provençal Paul Révoil.

»Et je salue l'Espagne dans son glorieux passé, dans son avenir, et puisse le soleil la voir, de siècle en siècle, heureuse et triomphante!

»Bien cordialement, *F. Mistral.*»

Congreso Universal de la Poesía

Convocatoria.

Para el Congreso de la Poesía que desde el 27 de octubre hasta el 3 de noviembre del presente año habrá de reunirse en Valencia, llamamos y convidamos á todos los poetas que, además de unidos por el sumo vínculo espiritual, lo estén por el de consanguinidad ó por el de afinidad á los poetas españoles.

Á los nacionales y regionales de nuestra Península, así como á los del continente é islas de América; á los franceses, incluyendo entre ellos á quienes cultiven las lenguas *d'oc* y *d'oil;* á los ingleses del país de Gales; á los italianos que hablen dialectos é idioma; á los portugueses de aquende y allende el mar; á los alemanes, á los escandinavos, á los rumanos y á los sefarditas se dirige este llamamiento.

Deseamos, sin reparar en confesiones ni en procedencias, que acudan á la cita los

servidores de la Musa académica y los enamorados de la Musa aldeana; los refinados y los ingenuos; los irónicos y los místicos; los cautivos de lo ideal y los andariegos de la vía pública; todos aquellos, en fin, que posean la gracia comunicante de las palabras armoniosas.

Y al convocar á los oficiantes convocamos de igual modo á los fieles, pues que á una sola comunión pertenecen los que administran y los que observan el mismo culto.

Época de Renacimiento poético es la época actual, no obstante el predominio aparente de los intereses materiales y de las aventuras positivistas. La industria y el comercio han entendido que el arte es su mejor auxiliar; que las grandes empresas é iniciativas no se desarrollan exclusivamente en los libros de caja, y que sin un poco de vapor de alma no funcionan bien las mejores máquinas, ni avanzan con segura velocidad las más potentes locomotoras.

Ya no se considera á la Poesía como el ruido de un viento que, según la frase helénica, pasa desparramando gérmenes por golfos y despoblados. Se la considera como una sembradora que en dondequiera que hay una mota de tierra laborable deposita una semilla generatriz, como una fuerza real que tonifica, embellece y engrandece la vida y el trabajo de los hombres.

Bien venidos serán á Valencia los que á este fraternal emplazamiento respondan, y bien hallados se sentirán en la espléndida metrópoli levantina, en donde á vueltas de cuatro centurias se determina un segundo Renacimiento mercantil, artístico y literario; en donde el ambiente normal es tan propicio á la faena de los brazos como al alumbramiento de las imaginaciones, y en donde, si se multiplican las flores, nada menos se multiplican los frutos.

Ciudad española, amantísima de la patria común, y fiel guardadora de los usos, leyes y hábitos propios, tiene el ánimo hospitalario y civil que debe á su participación histórica en la soberanía del Mediterráneo; gusta de que en sus dos estaciones primaverales se recreen y embriaguen cuantos á sus huertas y playas acuden, y, llena de cordial efusión, abre la casa y los brazos, tanto á los hermanos como á los extranjeros.

Imposible imaginar teatro más adecuado para el Congreso y Fiesta de la Poesía.

Un estadio reverberante de sol y ceñido de flores embelasará á los amantes de lo antiguo que vengan á la nueva Olimpiada. Campos tendidos y aguas mansas evocarán en el alma inspirada de los fervorosos la visión del Capítulo franciscano de las esteras. Y entre las galas de la Naturaleza y los primores del Arte, la Lonja, la admirable Lonja, fuerte como un guerrero de cincelado arnés, y elegante y gentil como una Clemencia Isaura, dirá á todos que, sin perjuicio de la ofrenda tributada á la vida espiritual, conviene é importa mejorar la corporal á favor de inteligencias, acuerdos y pactos mutuos.

Anhelamos concertar los esfuerzos de todos los interesados para asegurar las conquistas modernas y ensanchar las acciones futuras de la Poesía; queremos reforzar los lazos de la simpatía con los del recíproco apoyo entre los poetas de España y los de fuera de España; pretendemos estimular el trabajo, avivar las vocaciones, sostener la fe, alentar la inventiva, y agrupar, en torno de quien sepa hacer sentir, auditorios cada día más numerosos y varios que le escuchen; es nuestro propósito fomentar y propagar un culto á la vez humano y divino, cuyo influjo sobre las conciencias y las inteligencias supera al que ejercen las otras Bellas Artes.

Pero deseamos también que para los efectos de la propiedad intelectual, de la publicidad y de la librería; para el intercambio de la producción nacional y extranjera, y para obtener de los Gobiernos protección análoga á la que alcanzan la Música, la

Pintura y la Escultura en todas sus derivaciones, presenten, discutan y aprueben los congresistas aquellas fórmulas y reglas que mejor conduzcan á los fines expresados.

Sea una ardiente súplica dirigida á los pueblos, á los Gobiernos y á las Sociedades de América, de Portugal, de Francia, de Italia, de Alemania, de Rumanía, de Escandinavia, el cierre de la presente convocatoria.

En beneficio de la paz, de la fraternidad y de la cultura, ya que no en obsequio á la mentalidad española, envíen sus excelsos poetas y sus finos amadores de Poesía al Congreso que, coincidiendo con las últimas fiestas de la Exposición valenciana, se reunirá en la bella ciudad levantina del 27 de octubre al 3 de noviembre de 1909.

No como huéspedes, sino como miembros de nuestra familia, serán acogidos en Valencia y en España. Que, al cabo, hermanos son cuantos practican el único rito ante cuya deidad se inclinan abrazados los hombres de las más opuestas creencias y también aquellos que, por su mal, ya no tienen ninguna.

En Madrid, á 1.° de julio de 1909.—*Alfredo Vicenti.—José Francos Rodríguez.—José Joaquín Herrero.—Manuel Machado.—Gregorio Martínez Sierra.—Amado Nervo.—Antonio de Zayas.—Mariano Miguel de Val,* secretario general del Congreso.

Condiciones.

Para ser congresista, según se desprende del texto anterior, no se requiere más condición que la de solicitarlo y pagar la cuota de inscripción, dirigiéndose al secretario general del Congreso: Serrano, 27, Madrid.

Los congresistas podrán ser, á su voluntad, *protectores,* en cuyo caso abonarán la cuota que deseen, desde 50 á 500 pesetas, ó *numerarios,* cuya cuota fija es de 10 pesetas.

Una vez abonada la cuota de inscripción, los congresistas recibirán numeradas sus tarjetas de identidad, que les darán derecho:

1.° Á la rebaja obtenida del 30 por 100 en los pasajes marítimos y en los ferrocarriles para el viaje de ida y vuelta á Valencia; rebaja esta última para billetes de primera, segunda y tercera, superior á la ofrecida por los billetes kilométricos y los especiales de fiestas.

2.° Á los precios especiales de alojamiento de primera, segunda y tercera en Valencia durante los indicados días del 27 de octubre al 3 de noviembre próximos.

3.° Á localidad preferente en todas las sesiones y actos del Congreso; y

4.° Á una rebaja del 50 por 100 en el precio de las publicaciones del Congreso que deseen adquirir.

Trabajos de organización.

La Comisión organizadora del Congreso está en relación con otra designada ya en Valencia, compuesta por los Sres. D. José Maestre, alcalde de Valencia; D. Tomás Trenor, presidente del Comité ejecutivo de la Exposición; D. Leopoldo Trenor, presidente de *Lo Rat-Penat;* D. Tomás Jiménez Valdivielso, presidente del Ateneo Científico y Literario; D. Clemente Lamuela, presidente de la Asociación de la Prensa valenciana; D. Carlos Textor, diputado á Cortes; D. Alejandro Settier, secretario de la Sección de Congresos; D. José Martínez Aloy, D. Vicente Calvo Acacio y D. Luis Cebrián Mezquita.

Los Gobiernos extranjeros han sido invitados á enviar sus delegados, especialmente los hispanoamericanos, para los que se han obtenido de las Compañías navieras importantes ventajas en el precio de los viajes.

El Ayuntamiento de Valencia invitará á los demás Ayuntamientos de las principales capitales de España para que envíen representaciones, maceros y parejas de tipos populares, con sus trajes característicos, todo lo cual constituirá el principal atractivo de la solemne fiesta de clausura, que se celebrará al aire libre en el estadio de la Exposición, donde se calcula que caben 60.000 personas.

El programa de dicha fiesta lo constituirán representaciones teatrales clásicas, discursos y poesías de los grandes oradores y poetas, y cantos populares.

La presidencia ha sido ofrecida á los reyes de España, quienes, para ejercer las funciones presidenciales de voz y firma, designarán un Consistorio, compuesto por cinco ó más personalidades insignes en la poesía y la oratoria.

Los trabajos que se presenten al Congreso no serán admitidos si antes no han sido solicitados por la Comisión organizadora, la cual tiene en sus estatutos trazado un plan, y especificadas, juntamente con el cuestionario, las personas que han de desarrollar los temas sujetos luego á discusión.

Todo ello se publicará en su día, como también las adhesiones, que son muchas y de gran relieve desde que la iniciativa fué publicada por la prensa.

La Compañía Trasatlántica.—Rebaja en el precio de los pasajes á favor de los miembros del Congreso de la Poesía.—Condiciones.—Fechas de salida de los más importantes puertos.

El secretario general del Congreso de la Poesía, D. Mariano Miguel de Val, ha recibido una carta de D. Juan Ferrer y Puig, administrador-gerente de la Compañía Trasatlántica, de la cual se desprenden las siguientes condiciones:

1.ª La Compañía Trasatlántica concede á los miembros del Congreso Universal de la Poesía la rebaja del 30 por 100 en el precio de los billetes de pasaje en los itinerarios de los Estados Unidos, Argentina, Cuba, Méjico, Venezuela, Colombia, Filipinas, Canarias, Fernando Póo, Tánger, Italia, etc.

2.ª Los congresistas, al adquirir el pasaje, han de presentar la correspondiente tarjeta de identidad que les acredite de tales congresistas. También deberán presentarla al personal del buque en que embarquen, cuando lo requieran las circunstancias.

3.ª Podrán embarcar en los puertos de escala de todas las líneas de la Compañía donde se expendan billetes directos con destino á Valencia, ó con destino á Cádiz y Barcelona, puertos éstos los dos más cercanos á Valencia en los referidos itinerarios. Queda entendido que los que no desembarquen en el mismo Valencia habrán de satisfacer después los gastos del viaje entre el puerto donde desembarquen y la ciudad levantina donde ha de celebrarse el Congreso, si bien disfrutando también del beneficio grande obtenido de las Compañías ferroviarias en favor de los congresistas de la citada universal asamblea.

4.ª Los congresistas que embarquen en el puerto de la Habana ó en los mejicanos del Atlántico no podrán utilizar nuestros buques de la línea mensual que rinden viaje en el Cantábrico, sino los que lo hacen en el Mediterráneo.

5.ª La Compañía Trasatlántica expenderá á los congresistas billetes de ida y vuel-

ta, ó billetes sencillos, tanto de ida como de vuelta. En los billetes de ida y vuelta la rebaja será igualmente del 30 por 100 sobre la suma de ambos trayectos.

6.ª Los billetes de regreso correspondientes á los de ida y vuelta deberán ser utilizados dentro de los sesenta días después de cerrada la Exposición.

***

A la vista de los itinerarios de la Compañía Trasatlántica, advertimos que para llegar á la apertura del Congreso de la Poesía deberán utilizarse, á más tardar, los buques cuya fecha de salida indicamos á continuación:

De Fernando Póo, el 25 de agosto; de Manila (Filipinas), el 7 de septiembre; el 10, de Filadelfia (Estados Unidos); el 12, de Colón (Colombia); el 19, de La Guaira (Venezuela); el 22, de Veracruz (Méjico) por la vía Puerto Rico, y el 26 por la vía Nueva York; el 20, de Nueva Orleans (Estados Unidos); el 27, de Habana (Cuba) por la vía Puerto Rico, y el 30 por la vía Nueva York; el 1.º de octubre, de Buenos Aires (Argentina); el mismo día, de Tenerife (Canarias); el 2, de Nápoles (Italia); con igual fecha, de Puerto Rico; el 6, de Nueva York (Estados Unidos); el 12, de Las Palmas (Canarias); el 23, de Tánger.

Las Compañías de ferrocarriles.—La nueva tarifa.

No hallándose aún aprobado el proyecto de nueva tarifa que las Compañías de ferrocarriles han presentado al señor ministro de Fomento, y que estará vigente en la época de la celebración del Congreso Universal de la Poesía, nos abstenemos, por si sufriera alguna modificación, de publicar sus condiciones. Anticiparemos sólo que las ventajas que se proponen para los viajes por todas las líneas ferroviarias españolas no difieren en nada esencial de las obtenidas con la tarifa vigente, la cual ofrece mayor economía que los billetes kilométricos y los de ida y vuelta especiales de ferias.

Adhesiones.—El Libro de Oro del Congreso.

Continúan en aumento las adhesiones al Congreso de la Poesía, que se reciben de todas partes, figurando ya en lista las más ilustres personalidades de las letras españolas y extranjeras. Más adelante publicaremos dichos nombres, que también se insertarán después en el Libro de Oro del Congreso, el cual se editará con todo lujo, como corresponde á la grande importancia que habrá de tener por los notables trabajos que encierre.

Bibliografía

Literatura jurídica: Códigos de Comercio españoles y extranjeros y leyes modificativas y complementarias de los mismos, ó estudios fundamentales de Derecho mercantil universal, por D. Faustino Alvarez del Manzano, catedrático de Derecho mercantil de la Universidad Central; D. Adolfo Bonilla y San Martín, ex-catedrático de Derecho mercantil de la Universidad de Valencia, y D. Emilio Miñana, del Centro Jurídico Internacional.—Tomo I.

Ahora que ya son visibles, no tan sólo los indicios, sino también las pruebas plenas de que el alma española resucita á la vida general, un libro de la importancia, del aparato técnico y de la amplitud doctrinal que hasta los profanos ó lectores no juristas pueden observar en el compuesto y publicado por los Sres. Alvarez del Manzano, Bonilla y Miñana, cuyo es el primer volumen á que este estudio ha de referirse, colma las medidas de los más exigentes, en punto á dificultades, transcendencia y vigor de los empeños intelectuales en España.

Al leer este primer volumen de la ingente obra filosófica, histórica y exegética, teórica y práctica, en que sus autores se proponen darnos á conocer los Códigos de Comercio españoles y extranjeros, las leyes modificativas y complementarias de los mismos, comentados, concordados y anotados, lo que constituye, en suma, una serie sistemática, experimental ó científica de estudios fundamentales de Derecho mercantil universal, no se puede menos de sentir una impresión de respeto análoga á la que se sentiría en el acto de colocación de la primera piedra de un edicio palaciego, de arquitectura magistral y enorme traza.

Aquí son los materiales de la soberbia construcción los fenómenos jurídicos de la vida mercantil universal, los instrumentos de trabajo, los Códigos de muchísimos países y los idiomas mismos en que esas leyes del comercio han sido escritas, y la aspiración ideal de los artífices, descubrir las divinas armonías de las ideas en un mapa intelectual de concomitancias infinitas, de las que es la resultante final precisamente la obra que los autores construyen.

Con frecuencia se ha dicho que los tiempos actuales no son propicios á la labor cachazuda, de erudición y esfuerzo enormes que estas tareas enciclopédicas suponen. Evidentemente, se incurre al decirlo en un doble error de información y de apreciación, pues nunca como ahora ha tenido la pura ciencia más cultivadores, siquiera la frecuencia del hecho, que era en la Edad Media portentoso, no nos maraville en estos tiempos; ni las ciencias de aplicación han podido jamás servirse, como en el día, de más abundantes, artísticos, variados, estimulantes y completos recursos de vulgarización y propaganda. Lo que en cierta medida ocurre es que la difusión de la cultura, la multitud de hombres instruídos, pero sin vocación científica, y el afán de granjería ó de especulación de las empresas editoriales, dan lugar á que escriban por oficio y publiquen obras por industria autores y empresas, respectivamente, que con harta frecuencia ofrecen al mercado intelectual, ya el *artículo de París* en forma de novela francesa ó afrancesada, la enciclopedia fastuosa de composición abigarrada, de segunda ó tercera mano, ó simplemente el librillo de ciencias seudosociales, manualetes de anarquismo, por ejemplo, ó el *vademécum* de sabiduría lugareña y manida, bodrio mental con que se intoxican y fatigan las meninges infinidad de personas á las que la incompleta educación ha condenado á vivir, si no en la sombra, donde la obligada inmovilidad impide la caída, en la penumbra peligrosa que origina la falsa ó incompleta visión, que en el mundo moral es raíz de todo atraso.

Los Sres. Alvarez del Manzano, Bonilla San Martín y Miñana Villagrasa son, por el contrario, campeones de la ciencia clásica, morigerada y paciente. Nada tienen que ver con los industriales de las ideas, con las empresas editoriales, que lejos de adoctrinar envenenan al público, sino que, fuertes en su doctrina severa, disponiendo de un arsenal completo de medios de investigación para lograr su propósito, no les intimida la

dificultad ni la extensión de su tarea, por lo que ponen al servicio de ella las facultades y recursos de la personalidad de cada uno.

Así, el Sr. Alvarez del Manzano, catedrático de gran experiencia, nos es dado inducir que aporta á la obra que con sus compañeros ha emprendido, no solamente las seguridades de la ciencia jurídica que con especialidad cultiva, sino las preeminencias que hasta en la vulgar dicción se atribuyen á la mayoría de edad, saber y gobierno; el acierto en la selección de datos, aspectos y cuestiones, que el hábito de considerar los problemas de la ciencia proporciona á sus cultivadores veteranos. Virtud es ésta de capital importancia para el adelanto de los estudios, que puede y debe tener un catedrático del saber y de la práctica del Sr. Alvarez del Manzano, porque sin aquel acierto en la selección, el tiempo y la energía se malgastan, y los resultados primordiales que han de obtenerse los desluce, trunca y hasta malogra la puerilidad nimia, según la que son casi siempre los escritores más inexpertos y novicios los más dados á inflar las pompas de jabón de su entusiasmo. Templado, sin duda alguna, estará éste en el Sr. Alvarez del Manzano, que es, por lo demás, astur selecto, de gustos rancios, castizos y señoriles; ejemplar de buena casta española, que afirma con su desdén por lo extranjero inútil; su personalidad á la antigua usanza caballeresca, de distinción de modales, sobrios y correctos, como cumple á un señor que se siente hidalgo y de la vida tradicional é hidalga gusta.

El Sr. Bonilla y San Martín nos muestra la curiosidad multiforme, la diligencia mental infatigable, la variedad de aptitudes; pero no tumultuosas, ni interiormente contradictorias, ni ejercitadas á saltos del temperamento atormentado por la erupción de sucesivos y poco duraderos entusiasmos. Es más bien la exuberancia suntuosa del espíritu robusto, que en un momento de plenitud de su savia se encuentra en el mismo año con la germinación de dos y más cosechas. Un día es el estudio vivificante de Grecia y sus ideas; otro, el de Roma y sus leyes; y cuando aboga ante el Tribunal Supremo sosteniendo un recurso de casación, es que descansa de haber explicado un curso de Historia de la Filosofía española. La generalidad, pues, de sus estudios le evita la estrechez de juicio de los especialistas vulgares, le permite aportar, cuándo de los jardines literarios una flor á los estudios jurídicos, cuándo de éstos á los filosóficos ó históricos una observación sugerida por la eficiencia de las normas legales que á toda realidad intelectual y social alcanzan y transcienden. Llegará seguramente el momento en que toda esta extensión de las labores del Sr. Bonilla se condense en un propósito central que sea la consagración definitiva de su mérito y su esfuerzo. Por el instante nos encontramos en la madura mocedad que afronta las más variadas tareas, y que al fijar su atención en la que acompañado de los Sres. Miñana y Alvarez del Manzano ha emprendido, aprovecha para ella las ventajas de una cultura general, sólida y completa.

El Sr. Miñana, á diferencia de sus insignes colegas, trae á la obra común, con ser ella de complicación insuperable, y él el más joven de los tres autores, un sentido infalible de lo concreto, de las dificultades prácticas, de la riqueza inagotable en datos y cuestiones que la realidad jurídica ofrece al experto. Es un levantino de mejillas en flor, de atención vibrante y sagacidad siempre despierta. Es pulcro, minucioso, perseverante, sutil y convencido de que únicamente el estudio directo, en el idioma original, de los textos legales es el que puede informarnos mejor del espíritu de todos ellos, ó, de todas suertes, servirnos para adquirir, sin los buenos ó malos oficios de los intermediarios, traductores y comentaristas, una convicción personal, fundada á su vez en indagaciones igualmente personales sobre datos ciertos elaboradas. Y esto es, sencillamente, considerar el precepto legal, comprenderlo, escrutarlo, descomponerlo y experimentarlo objetivamente, como si fuera un mineral ó una planta, como un *producto*, en fin, de la actividad social, legislativa ó consuetudinaria, que es ó pudo ser vital, y para averiguar cómo lo ha sido. Esta virtud del procedimiento, más la importancia y cantidad de los trabajos que ha hecho el Sr. Miñana, le aseguran la originalidad y la eficacia de su personalidad en la labor que con los Sres. Alvarez del Manzano y Bonilla ha emprendido.

En las sesiones de trabajo que hayan tenido los tres, habría sido cosa de gusto contemplar la variedad de sus fisonomías intelectuales. En algún momento, llevado el señor Miñana de su amor á los datos, aunque sean minuciosos, multiplicaría hasta el infinito los ejemplos, las previsiones y los casos de aplicación; camino en que el Sr. Alvarez del Manzano le detendría oportunamente, con ademán de buen príncipe, para referir los materiales, tan importantes todos, sin embargo, á un principio general que, por comprenderlos virtualmente, excusaba la mención de los no característicos. El señor Bonilla acertaría siempre á encontrar aspectos variados, no exclusivamente de indagación jurídica, en todo tema á la discusión propuesto, con lo que también el Sr. Alvarez del Manzano, director en jefe de los trabajos, encontraría no poco que reducir ó que orientar á los resultados preferentes de la común labor.

Y véase cómo con la afable y preeminente colaboración del Sr. Alvarez del Manzano, otro catedrático, el Sr. Bonilla, y un publicista de los méritos del Sr. Miñana, han podido, utilizando la primordial labor del primero, amplificarla hasta llegar á la composición de este primer volumen de estudios fundamentales de Derecho mercantil universal, sin que en ningún instante la solidaridad del esfuerzo haya sido perjudicada por el predominio de una tendencia, sino que las tres se han completado, combinándose para producir, en buena paz y compañía, obra tan intensa, tan completa y tan armónica como es la de que se trata, según mostrará la reseña de su contenido que á continuación, y sin propósito crítico, verá el que leyere reproducida.

Según la estructura de este primer tomo de su obra, los autores han contemplado todos los horizontes de su camino. Han considerado necesario exponer el concepto general del derecho y del comercio, y á partir de estos conceptos preliminares, nos han informado de la evolución histórica de la actividad mercantil hasta nuestros días, é igualmente de la de su relación jurídica. Que los autores hayan estado ó no en lo cierto al escribir estas páginas preliminares, que son las notas obligadas en el estilo de las composiciones didácticas, importa poco ó nada; pues lo que resulta es que se han acomodado á las circunstancias de etiqueta de la ciencia oficial, en la que es moda corriente iniciar los tratados con declaraciones solemnes acerca de los conceptos abstractos de la disciplina é investigación, que es después la materia particular del libro. Á esa costumbre de le tores y autores se han conformado los de esta obra, que por eso precisamente, y en sus primeras páginas, casi en nada se diferencia de las explicaciones de un catedrático de Derecho en los primeros quince días del curso.

Lo que sí ofrece novedad es el completo cuadro que á continuación se ofrece del estado de las disposiciones vigentes, ó sea, la mención precisa y detallada de las fuentes legales que en materia mercantil existen en todos los países, más ó menos cultos y tengan ó no Códigos de Comercio. Catálogo éste que por sí mismo, aun siendo tan completo, representaría tan sólo una hazaña vulgar, admiración de simples ó de páparos, si hubiese sido realizada sin propósito científico. Pero los autores no tratan de deslumbrarnos con la exhibición de estos materiales, sino de puntualizar en conciencia el área de sus exploraciones, imponiéndose la obligación de informarnos con sentido crítico, á la vez que del Código de Comercio español, cuyo plan ó distribución de materiales adoptan para la exposición y comentario de las instituciones, de las españolas y las de todos y cada uno de los países (más de cuarenta) que enumeran. Á propósito, pues, de cada institución de Derecho mercantil español, los lectores encontrarán en la obra, con independencia del juicio que los autores de la misma hayan formulado acerca de ella, la fórmula positiva que haya encontrado la institución de que se trate en cuantos países la conozcan y practiquen.

Los estudios de legislación comparada han solido hacerse entre nosotros mediante referencias vagas ó concretas; pero sin la amplitud que en este caso, y, sobre todo, con ausencia casi absoluta de organización de los materiales empleados, para, con su empleo integral, obtener una noción más comprensiva de los problemas del derecho. Hace falta para esto, además de capacidad excepcional en el trabajo, la convicción de que el resorte

más poderoso de la personalidad, si su raquitismo no la anonada, es la contemplación, en numerosos y prolongados viajes intelectuales, de hechos ó casos nuevos, de país á país diferenciados por matices locales, que hasta sin enseñarnos nada nuevo, ó nos confirman en la verdad de que nos creemos poseedores, ó dan rumbos inesperados á nuestros juicios, ó, lo que es igual, dilatan infinitamente las perspectivas de las ideas que el ambiente social, en todas las horas de la historia, nos trae con su influjo ó con su progreso nos extirpa cuando mejor asimiladas y duraderas las creíamos.

Por otra parte, cuando son españoles los autores que tales procedimientos emplean, es que hay en el alma del país, á semejanza de corrientes submarinas, unas misteriosas fuerzas que la conmueven cada vez más, la dignifican y levantan: fuerzas de que son órganos el autor dramático que compone piezas de teatro de un interés mundial; el pintor cuyos cuadros son en Nueva York ó Londres el motivo de exposiciones públicas, regocijo de artistas verdaderos y ocasión para que hagan espléndidas compras los millonarios; el novelista que acierta á componer libros de vida española que la crítica literaria universal va poco á poco estudiando y analizando; el ingeniero que descubre é inventa, y hasta el hombre, en fin, vulgar que trabaja y oye voces nuevas en España que le estimulan á la acción, ó hasta con lenguaje de vituperio le tratan de educar para una vida actual y fuerte. Es que á toda velocidad, pero sin estrépito, por el prestigio de lo grandioso y por la sorprendente y silenciosa vivacidad de lo minúsculo, una España mayor está naciendo, y no ciertamente porque los poderes oficiales la haya engendrado, sino á pesar de las cortapisas, de la estupidez reglamentaria, de la indecisión é ignorancia esencial de esos poderes.

Organos á su vez y en sus estudios de esa bienhechora, acaso balbuciente todavía, pero formidable vitalidad española, encuentro que son los Sres. Alvarez del Manzano, Bonilla y Miñana. Su obra llega en el instante del *risorgimento* del espíritu español, que si volviese á llenar al mundo con la magnificencia de su obra, no emplearía la petulancia de un *parvenu* de la grandeza, pues, sencillamente, podría decir de sí y de su obra que ninguno de los placeres de la gloria ó de la fuerza los encontraba inesperadamente ni los disfrutaba como nuevos.

Y además de llegar en ese instante la obra á que se refiere este artículo, muestra con los elementos de su composición que el pensamiento de sus autores no le determinan exclusivamente, ni de un modo preponderante siquiera, las necesidades nacionales ó locales de un cultivo á la par más intenso y más extenso del usado hasta aquí por los españoles estudiosos. Sin ánimo tampoco de gallardías, que la ejecución mediocre redujera luego á fracasos, es que estos beneméritos autores han acopiado cuantos medios aumenten el interés general de su trabajo. Y luego de reproducir la *Exposición de motivos* del proyecto de Código de Comercio de 1882, base del vigente en España, exponen y comentan el primer título del libro primero, después de indagar las cuestiones á que se refiere, y de relatarnos la historia de las mismas en todos los pueblos donde los progresos de la vida jurídica, ó más sencillamente, las necesidades de la vida práctica han ido presentándolas.

El comentario no es aquí la disertación académica, casuística, deslavazada y comúnmente inútil, al estilo de la mayoría de las glosas que de nuestro pobre Código civil se han hecho. Es el estudio, autorizado con la bibliografía que se ha juzgado indispensable, de cada artículo y de las cuestiones, ya ciertas, ya probables, que contiene; referido, en cada caso que lo pide, al criterio doctrinal que en la introducción á la obra han adoptado sus autores, á la versión de la jurisprudencia utilizable, y muy principalmente—en lo que estriba el interés, más que europeo, de ciencia general de este trabajo—al Derecho vigente extranjero, con exposición anotada de los textos de todas las legislaciones mercantiles del mundo, concerniente á los artículos comentados. Para ello, por la suma aplicación del Sr. Miñana, que habla la mayoría de los idiomas de Europa y todos los conoce, se han hecho traducciones directas de los textos utilizados, así franceses, ingleses, portugueses, italianos, alemanes y holandeses, como daneses, noruegos, suecos, griegos y servios.

Con razón ha dicho una publicación profesional autorizada (1), refiriéndose á esta parte de la obra de que se trata: «Los especialistas en la materia comprenderán lo arduo de la tarea realizada, y el escrupuloso examen y cotejo de textos que suponen las notas puestas al pie de las páginas de legislación extranjera. Los autores han necesitado, para completar esta última, relacionarse con corresponsales de la mayor parte de los países, quienes les tendrán al corriente de las modificaciones que las fuentes de Derecho mercantil vayan experimentando en lo sucesivo. Desde Francia, Italia y Alemania, cuyo derecho es relativamente conocido, hasta el Canadá, Australia y Nueva Zelanda, todas las legislaciones mercantiles de los diferentes pueblos van traducidas, concordadas y anotadas con motivo de cada institución, siguiendo siempre, para mayor utilidad práctica, el orden del vigente Código español de 1885, sin perjuicio de completarlo en cuanto á las materias de que no trata. Así se observa, entre otros fenómenos, el de la uniformidad legislativa comercial, y, como consecuencia, los comentarios á la española resultan aplicables á las de otros países, y especialmente á las hispanoamericanas, cuyos Codigos de Comercio han experimentado de un modo excepcional la influencia de los españoles de 1829 y 1885.

»Constituye, pues, cada tomo una monografía completísima acerca de las instituciones á que se refiere, y puede decirse que, en lo posible, se agota en él la materia á que concierne.

»Y no se limita á lo expuesto la empresa intentada por los Sres. Alvarez del Manzano, Bonilla y Miñana: al final de la obra, y como síntesis de los principios en ella demostrados y de las observaciones que el Derecho comparado sugiere, irá un volumen comprensivo de un proyecto de Código de Comercio, en el cual podrán verse concretamente las reformas de que nuestra legislación mercantil es susceptible, y que, desgraciadamente, en estos últimos tiempos se van realizando en España de un modo incoherente y anticientífico, como consecuencia, las más de las veces, del interés particular de alguna entidad, ó del *hallazgo* casual de algún artículo del Código que se consideró digno de enmienda, sin apreciar su enlace sistemático con el resto del organismo legislativo.»

No es una obra buena más lo que los autores nos ofrecen, ni solamente para «llenar un vacío», como en el modismo inepto de la crítica anticuada se decía, por lo que han trabajado. Aún más que de su propósito, resulta de la calidad y del número de los materiales de indagación que han preparado, que su labor ha de tener una significación universal, y que por ello habrá este caso de citarse entre los de la propaganda por el hecho de la reivindicación de la ciencia española, de su exaltación y de su impulso, como uno de los gloriosos y patentes en esta salida del espíritu español desde su solar, en que yerto dormitaba, á las zonas de trabajo de la civilización general, para ocupar, si lo queremos bien, un puesto de honor en la fila de los pueblos señeros de la tierra. Aquí se trata ahora únicamente, pues la obra total ha de estar formada por muchos más volúmenes, de registrar la aparición del primero de sus tomos, señalándolo á la atención de los científicos en la significación que tiene conforme á los materiales que en él se han reunido y al propósito que del manejo de estos mismos materiales con el sentido de la más elevada crítica se infiere derechamente.

Circunscrito á lo expuesto el encomio y la información, se cumple aquí estrictamente un deber, reservando para cuando existan publicados más tomos de la obra la apreciación que se estime justa acerca de la fidelidad con que los Sres. Alvarez del Manzano, Bonilla y Miñana hayan cumplido su programa Hay en él, como se ha indicado, una dificilísima labor; pero como los que la han emprendido, además de la fuerza, tienen seguramente el entusiasmo y querrán tener la constancia, llegará día en que, viéndola concluída, reciban del público en general, con la cooperación material indispensable, y á la que por toda clase de motivos tienen derecho, testimonios variados de que su intento ha sido estimado, estudiado y comprendido.

Por el momento, sin una relativa sobriedad en el anuncio, se incurriría en lamentable anticipación de apreciaciones críticas.

(1) *Revista Jurídica*, núm. 312, pág. 76.

Ahora cabe tan sólo hablar, como se ha hablado en este artículo, aunque haya sido imperfectamente, de la personalidad científica de los autores de esta obra capital en los anales de la literatura jurídica española, precisando hasta donde lo permiten los datos conocidos la índole de la labor de cada uno de los tres autores.

Si en todo ello la crítica futura que de la obra total se haga encuentra elementos para discernir mejor la solidez y el acierto de los resultados, no serán inútiles estos apuntes, en que el análisis detallado del trabajo de los autores se suspende hasta que la publicación de los volúmenes de que se trata esté más avanzada ó haya concluído.

La energía inicial, el peso específico y la legitimidad dialéctica de las ideas expuestas por los autores ya, y que les han impuesto la ineludible obligación intelectual de ofrecérnoslas por completo y hasta el máximo límite que en su plan se han señalado, nos garantizan la publicación relativamente próxima de los volúmenes siguientes. En estos ingenios no volanderos la paciencia es la forma más espiritual del entusiasmo.

Para que la obra se termine y aparezca con todas las líneas de su figura natural y completa, con todo el ropaje decoroso del pensamiento fundamental y potente que la anima, ¿necesitarán los autores, mejor que del tiempo y antes que del favor del público, de alguna otra cosa? Seguramente: de aquel principio del movimiento, que en el concepto de la filosofía platónica era el alma, el misterioso «músico invisible que hace resonar la lira ó que la rompe».

Knight.

***

La oración al poeta.—Leyendo *La vida loca,* libro de versos del insigne poeta Carlos Fernández Shaw.

¡Bendita de Dios sea la hora en que vino á mis manos profanas este don de tu insigne munificencia! ¡No se cierren mis labios pecadores sin musitar la fervorosa oración de mi ánima en alabanza de esta pluma de ave fénix que copió con justeza las vibraciones de una cítara de oro! Como rayo de sol después de los temporales; como ráfaga tempranera del aire otoñal, que tonifica los nervios, ahitos de bochorno; como canto de esperanza; como aliento de vida, ha llegado tu poesía en tan buena hora, que mis ojos se elevan en sincero éxtasis, y mis manos se juntan en plegaria de gratitud, y mi alma le habla á mi cuerpo de la alegría de haber nacido.

Poeta del amor: yo he cantado *á media voz* la música de tus madrigales al borde de unas lindas orejas del más puro abril, y cuando la princesa entornaba sus ojuelos y escondía sus negras pupilas en un soberbio nimbo de pestañas de seda, me atreví á preguntarle:

—Alteza, ¿cuál es tu sensación?

Y ella, con una risa de infinita dulzura, murmuraba muy quedo:

—Es como si llegara á mis sentidos el aroma de un jardín de rosales.

Poeta del dolor: un triste ha recitado en voz alta los versos de tu melancolía, ha admirado tus acentos de sinceridad y ha gemido tus agonías con la misma ternura que sollozó las suyas, muy grandes, muy amargas. Repitieron sus labios los ecos desgarradores de una copla lejana, que se esfumó en el espacio, tembló con las elegías que de ti mismo enviaste á otro noble poeta de Castilla, coreó con sus sentimientos la cristiana resignación de tu *vox clamantis,* y oyó conmovido el tétrico volteo de unas campanas doblando por tus ilusiones muertas. Y aun cuenta que, abrumado por sus dolores, transido por el fuego de un llanto insaciable, bendecirá su pena, que le está matando, si en tan bellos versos ha de ser esculpida.

Poeta cristano: un teólogo humilde ha consultado textos de los doctores de la Santa Madre Iglesia, y no halló en los de tan preclaros varones mayor fe que en tu plegaria, más firme esperanza que en tu *última verba,* ni tan acendrada caridad como la que fluye en tu romance de los pobres locos. No se vió, á su parecer, con más rara clarividencia la escena del Calvario, ni con una semejante confianza en Dios se cantó á la vida loca.

Poeta rústico: yo, que gusté la vida campesina como don del Señor, me ufano al recordar, regenerándome, aquellos claros días de mayo en que mis males fueron vida y mis desolaciones consuelo por arte del buen

abrazo de la Naturaleza. He clamado á los manes del beatísimo Baltasar de Alcázar, y en el recuerdo de sus frivolidades, escritas con un espíritu de casticismo que no es otra cosa que la misma perfección, te reconozco bien como heredero de aquel donoso y pícaro rimador. La santa paz ha sido conmigo en la lectura de tus versos apacibles, y luego el entusiasmo y el aplauso para tus romances y tus tonadas y tus quejumbres, que huelen á romero, saben á miel y á leche, y suenan como notas de rabel.

Poeta de la tierra: ¡bien haya tu buena voluntad, que con elevados conceptos sabe honrar los estrados donde rodó tu cuna, si no de oro y marfil, como las celebradas por el Hispalense, de claveles fragantes y flores de naranjo! Cantas á tu tierra, como todo buen corazón sentiría ese filial amor, si para todas las buenas almas estuvieran escogidas tus dotes de maravilloso glosador de las gracias innúmeras de tu madre Andalucía. Quiero para mi corazón ese amor que dedicas al terruño, y te imploro con singular encarecimiento una buena memoria para imitar los sabrosos recuerdos con que me has encantado.

Poeta de la patria benemérito: á un viejo soldado de gloriosas guerras le he leído las vibrantes estrofas de tu oda á Castilla. He visto cómo sus ojos, largo tiempo apagados á todas las emociones, revivían brillando con llamaradas de íntimo entusiasmo. Escuché sus palabras de aliento consolador, y al calor de su inspiración me sentí grande, me sentí fuerte: sus palabras no eran de un nuevo discurso; el veterano repetía tus versos, declamándolos con la pasión de un buen artista, sinceramente real. Pero luego recité como supe ese colosal poema de los cíclopes, forjadores de la armadura invencible, y mi viejo soldado, coronado de mirtos y laureles, enmudeció. Se fué el encorvamiento de sus espaldas, se estiraron sus piernas de hércules guerrero, la piel tornó á ser tersa y bien colorida, y empuñando su espada y cabalgando en su potro, corrió, corrió sin descanso á combatir á un enemigo ilusorio.

Y ello fué como los cadáveres helénicos se animaban con vida y nuevo valor, por obra de los cantos de Tirteo, el épico tullido.

Yo te imploro, poeta eminentísimo, la gracia de una buena lección de tu experiencia. Llévame á los lugares donde tan bien acrisolaste las emociones; pon en mis manos los cristales de un raro anteojo que con tan perfecta claridad te ha dado la sensación de la madre Naturaleza; predícale á mi alma para que en ella se asienten las nobles ideas de amor y fe, y cuando, embriagado por tan intensa poesía, me sienta renacer en mí mismo, yo iré á presentarte mi frente, y arrodillado con una insólita piedad por Dios y por el Arte, haré mi súplica humilde, como la de los reyes de Israel á los profetas del Señor:

—¡Maestro, úngeme!

Federico Romero.

***

El libro de Job (poesías), por Francisco Villaespesa. Librería de Pueyo; Madrid.—*El mirador de Lindaraxa* (poesías), por Francisco Villaespesa. Librería de Pueyo; Madrid.

Nunca hallé medio de concretar en unas cuantas líneas, más ó menos, según la pluma esté de apresurada y el pulso de inquieto, la impresión crítica de un libro de versos. Si no gusta, se cierra antes de terminarlo para no volverse á acordar de él; si sorprende, si vibramos con los sentimientos que en él se expresan ó logran subyugarnos las bellezas armónicas que están escritas en el pentagrama de sus rimas hábilmente compuestas, entonces el libro es amigo al que vamos á buscar con frecuencia, compañero de nuestras tristezas ó nuestras alegrías, breviario de nuestro dolor ó cancionero de nuestra risa.

De *El libro de Job* y de *El mirador de Lindaraxa,* que recientemente ha publicado Francisco Villaespesa, sólo he de decir que varias veces lo he leído, gustando aquel extraño perfume que cada una de sus rimas exhala, aquella dulcedumbre sentimental y melancólica que se saborea en sus estrofas repujadamente compuestas, y aquel estremecimiento penoso que se advierte en muchas de sus composiciones.

Por eso el poeta dice:

He llenado mi vaso de agua clara.
Como en tu espejo en él puedes mirarte.
Así mi vida y mi conciencia, para
la emoción cristalina de mi Arte.

¡Música, sí! Pero que cada nota
se ajuste al ritmo de algún sentimiento;
que orqueste ecos de una voz remota,
y no el estruendo gárrulo del viento.

La atracción del Oriente, poéticamente confesada por Villaespesa en el primero de estos dos libros suyos, manifiéstase en muchas de las composiciones del segundo, completado con otras en donde los ojos del poeta sueñan con el cielo, la luz y el campo de su patria, Andalucía, de donde acierta á evocar cuadros de tan poderosa visualidad como aquel que se expone en los siguientes versos:

La carretera se esfuma
en la plana polvorienta
de sol... La lejana venta...
El aire es como una bruma
de asfixia. Sólo chumberas
brotan del ríspido suelo
y esqueléticas higueras,
cuyos ramajes parecen
que agua mendigan al cielo
porque de sed desfallecen.
Entre el polvo, entre las vallas
secas y el rodante estruendo
de cascabeles y trallas,
con rabiosa persistencia,
un perro ladra, corriendo
detrás de la diligencia.

Los libros de Villaespesa son siempre interesantes, dan una nota personal, nos conmueven, nos exaltan, nos impresionan, nos subyugan; son siempre de los buenos, de los queridos amigos nuestros.

José García Mercadal.

***

Lo que necesita el comercio.

Es el utilísimo *Anuario del Comercio* (Bailly-Baillière) para 1909, año XXXI de su publicación, que acaban de poner á la venta los editores Sres. Bailly-Baillière é Hijos; obra importantísima para el que quiera dar amplitud á sus negocios, por cuya razón no dudamos en recomendarla á nuestros lectores, por considerarla de imprescindible necesidad á la industria, comercio, banca, magistratura, etc., por los datos que proporciona para el mejor desarrollo de todas las profesiones.

Basta hojear este libro para reconocer su importancia, pues en él se encuentran cuantos datos, tanto de la parte oficial como de la profesional, existen en España, necesarios para la mejor marcha é incremento de los negocios.

Además, el *Anuario del Comercio* pone en contacto las actividades comerciales de España con las de la América española, exponiendo la forma de gobierno y organización de las Repúblicas americanas, así como las tarifas de Aduanas, puertos comerciales, facilidades que en cada una de sus plazas existen para la importación de nuestro comercio, relación de las profesiones, comercios, etc., con los nombres y señas de los que las ejercen, y cuanto puede ser de utilidad para la mejor organización del comercio entre la Península y América.

Además, el *Anuario* contiene una parte especial dedicada al Extranjero, así como un índice escrito en español, francés, alemán, inglés, italiano y portugués.

Tal es, á grandes rasgos, la obra que tan grandes beneficios presta á todos y que no debe faltar en ningún bufete.

De venta en todas las librerías al precio de 25 pesetas. — Editor: Bailly-Baillière é Hijos, plaza de Santa Ana, 10, Madrid.

Libros recibidos

OBRAS DE LA SERMA. SRA. INFANTA DOÑA PAZ DE BORBÓN

Mi peregrinación á Roma.—Friburgo de Brisgovia, 1903.
Poesías.— Friburgo, 1904.
Buscando las huellas de Don Quijote.—Friburgo, 1905.
De mi vida. Impresiones.—Madrid, 1909.

POESÍA

En las orillas del Sar.—Rosalía de Castro.—Madrid, 1909. (Primer tomo de sus obras completas.)
Ideas y sentimientos.—José María Blázquez de Pedro.—Madrid, 1904.
Rebeldías cantadas.—Béjar, 1905.

VARIOS

El mariscal Soult en Portugal. (Campaña de 1809.)—José Ibáñez Marín. Madrid, 1909.
El ocaso de un Sultán.—Darío Pérez.—Zaragoza, 1909.
Ráfagas del campo.—Teodoro Llorente Falcó.—Valencia, 1909.
El teatro asturiano.—José Francés.—Madrid, 1909.
El alma de los perros.—Juan José Soiza.—Valencia, 1909.

ATENEO

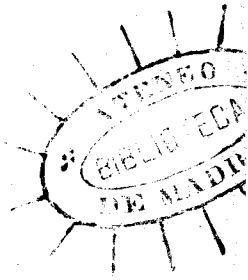
dedicará uno de sus próximos números á la guerra de Melilla, con un interesante Diario y muy notables originales y grabados.

SILBA DE VARIA LECCIÓN

Función de desagravios en honor del insigne Lope de Rueda, desaforadamente comentado en la edición que de sus OBRAS publicó la Real Academia Española, valiéndose de la péñola de D. Emilio Cotarelo y Mori.

CELÉBRALA

EL BACHILLER ALONSO DE SAN MARTÍN



PROEMIO

Después de tres lustros de meditación, la Real Academia Española decidió solemnemente continuar la *Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles,* encomendando á D. Emilio Cotarelo y Mori la delicada tarea de depurar el texto y apreciar las fuentes de las *Obras* de Lope de Rueda, añadiéndoles un *Vocabulario* «donde estén las voces, acepciones y formas de palabras que no figuren en el Diccionario de la Academia, además de las que se juzguen notables por cualquier concepto». Puso manos á la obra el susodicho D. Emilio, y con notable diligencia preparó los dos volúmenes que, con el título de *Obras de Lope de Rueda; Edición de la Real Academia Española,* publicó la librería de los Sucesores de Hernando en 1908.

Nada digo del texto de la nueva edición, porque no es mi propósito, por ahora, examinarlo detenidamente; pero cuando recuerdo lo lastimoso de otras en que el Sr. Cotarelo ha puesto sus manos (como el *Cancionero* de Antón de Montoro, el de Alvarez Gato, la *Comedia Sepúlveda,* el *Lazarillo de Manzanares* y la intolerable *Colección Selecta de Novelas Antiguas Españolas),* doime á pensar que, cotejando el texto ahora editado con el que se dice le sirve de original, habrían de salir por docenas las máculas y equivocaciones.

En cuanto al estudio biográfico y al examen de las fuentes, observo que nada nuevo añade el eximio académico á lo dicho por Pellicer, Moratín, Ramírez de Arellano, D. Narciso Alonso Cortés, Sánchez Arjona, Pérez Pastor, el marqués de la Fuensanta del Valle, Cañete, Rodríguez Marín, Serrano y Morales, A. L. Stiefel, J. L. Klein y otros. Pero la falta de novedad en los datos pudo suplirse por la sobra de mérito en la crítica, y no veo tampoco, por desgracia, que en esta última haya nada digno de loa: antes bien, muchas cosas harto merecedoras de vituperio. Al más pacienzudo lector se le cae de

las manos aquel ingente y mazorral *Prólogo,* donde todo es desmayado, pálido y enojoso; donde ni una sola vez da muestras el colector de haber *sentido* las bellezas del texto; donde la vulgaridad más pedestre se pasea, con tufos de sapiencia, sobre el regocijo sano y de popular enjundia que avalora los *pasos* del gran comediante; donde ni aun las reglas de la gramática se respetan (1).

Y con ser así el texto y el *Prólogo,* parecen dos maravillas editoriales, si se les compara con los *Vocabularios* que van al final. Aquí se salió de sus casillas el colector, de una manera tan descompuesta, como es de ver en las páginas que siguen, en las cuales, del modo más suave que me ha sido posible, he hecho notar las enormidades apadrinadas por la ilustre Corporación encargada de *fijar, limpiar* y *dar esplendor* al idioma patrio.

***

Estoy profundamente convencido de que la institución de las Academias, tal como se halla ordenada entre nosotros, trae consigo muchos más perjuicios que ventajas.

Y voy á demostrarlo, concretándome á la *Española.*

¿Qué fines principales podría cumplir esta Corporación en lo referente al idioma? Los siguientes:

1.° Formar un buen Diccionario de vocablos y modismos del lenguaje actual, del modo más completo y atinado posible.

2.° Publicar Glosarios, con las correspondientes autoridades, del lenguaje antiguo, incluso del latín vulgar hispano de la Edad Media.

3.° Dar á luz buenas ediciones de los grandes escritores españoles (y, al decir *buenas,* no quiero dar á entender únicamente que sean correctas y fieles, sino que por su baratura resulten accesibles á la generalidad de los lectores, en consideración á que todos los españoles contribuímos también con nuestro escaso peculio á la pensión con que el Estado favorece y paga las labores académicas.)

Del modo cómo la Academia Española ha cumplido el primer fin durante todo el siglo XIX y lo que va del XX, no hay necesidad de hablar, porque notorio es á todos. El Diccionario académico, aunque á veces contenga cosas buenas, es, en conjunto, una obra muy mala, no sólo por lo que le falta, sino por lo que le sobra.

En cuanto al segundo fin, todavía espera pacientemente su realización.

Y en lo tocante al tercero..., necesito contenerme, porque la indignación me arrebata y me saca de quicio hasta lo increíble.

Pasen revista, si no, vuesasmercedes á las grandes figuras de nuestra gale-

(1) Véase un ejemplo (nota 1.ª de la página XV):
«Agustín de Rojas Villandrando en su *Viaje entretenido,* de *cuya* obra volveremos á tratar.»
Este *cuya* vale un potosí, señores académicos.

ría literaria, y convencerse han de que las buenas ediciones de sus obras, ó proceden de prensas extranjeras, ó están hechas por españoles no académicos.

¿Cuál es la mejor edición del *Poema del Cid?* La del Sr. Menéndez Pidal, que no era académico, aunque pensase en serlo, cuando la preparó y dió á luz. ¿Quién publicó por primera vez el *Cantar de Rodrigo?* Un extranjero: Francisco Michel. ¿Á quién se debe la primera edición correcta del poema de *Alexandre?* Á otro extranjero: el Sr. Morel-Fatio. ¿Y la de Berceo? Á un norteamericano: el Sr. Fitz-Gerald. ¿Y la de los *Bocados de Oro?* A un alemán: H. Knust. ¿Quién publicó la mejor edición del Arcipreste de Hita? Un francés: M. J. Ducamin. ¿Y las *Obras* de Juan Rodríguez del Padrón? El señor Paz y Melia. ¿Y á Jorge Manrique? El Sr. Foulché-Delbosc. ¿Y la *Celestina?* El mismo Sr. Foulché-Delbosc. ¿Y á Gutierre de Cetina? El Sr. Hazañas y la Rúa. ¿Y á Diego Hurtado de Mendoza? El Dr. Knapp. ¿Y *Lazarillo de Tormes?* El Sr. Foulché-Delbosc. ¿Y el *Quijote?* El Sr. Fitzmaurice-Kelly, cuya biografía de Cervantes y cuya *Historia de la Literatura Española* siguen también siendo las mejores. ¿Y á Juan de Valdés? Usoz y Böhmer. ¿Y *Las mocedades del Cid,* de Guillén de Castro? El Sr. Mérimée. ¿Y á Calderón? J. G. Keil, cuya edición es aún la más aceptable. ¿Y el *Poema de Fernán González?* El Sr. Marden. ¿Y á Boscán? El citado Knapp. ¿Y á Macías? El Sr. Rennert. ¿Y á Juan de Mena? El Sr. Foulché-Delbosc...

Pedid en la librería de la Academia una buena edición de Mateo Alemán, de Góngora, de los *Cancioneros* y *Romanceros,* de Espronceda, de Larra, de Garci-Lasso, de Quevedo, de Gracián, de Luis de Granada, de Fernando de Herrera, de Don Juan Manuel, de los Argensolas, de Martínez de Toledo, de Moreto, de Rioja, de Villamediana, de Tirso, de Rojas Zorrilla, de Santa Teresa, de Timoneda, de Vélez de Guevara, de Mariana, de D. Enrique de Villena, de cualquiera, en fin, tomado al azar, de los más señalados personajes de nuestra historia literaria, y os contestarán que allí no se vende nada de eso, y que os podéis ir con la música á otra parte.

En vista de lo cual, pregunto yo: ¿Dónde están las ventajas de haber sostenido y de seguir sosteniendo una institución como la que nos ocupa?...

J'imite de Conrart le silence prudent,

y dejo al lector los comentarios.

Las listas citadas podrían acrecentarse considerablemente; pero bastan para demostrar la escasísima ó casi nula intervención de la labor académica en la obra de la cultura patria. Sólo le queda la gloria de haber coadyuvado *materialmente* á la colosal publicación de las *Obras de Lope de Vega,* hecha por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, á quien la docta casa ha recompensado negándose á elegirle presidente, satisfacción mínima de las que debía al genio del insigne crítico, único capaz de echar semejante tarea sobre sus hombros.

Para *henchir las medidas,* la Academia reanuda ahora la publicación de la *Biblioteca Selecta* con los dos tomos de Lope de Rueda, á los que corresponden los *Vocabularios* que más adelante examinamos. Y el Bachiller Alonso de San

Martín, viendo que nadie se altera, que ninguno protesta, que todos callan, cree llegado el momento de hacer su segunda salida, á la cual han de suceder otras, *Deo volente,* no menos sabrosas é instructivas, porque todo va por tierra española como por los salones académicos, y está haciendo mucha falta en todos los órdenes un caballero andante que, despreciando los halagos y vanidades mundanas, y resignándose á la pobreza y al trabajo, se ponga la celada, embrace la adarga, tome la lanza, suba sobre *Rocinante,* y vaya por esas tierras buscando aventuras, deshaciendo cualquier género de agravios y poniéndose en ocasiones y peligros, en servicio y honra de su república.

Si, en vez de nacer hidalgo,
liebre llegáis á nacer,
para poderos coger
hubiera sobrado el galgo (1).

GLOSA

Cierto ingenio hizo un alarde
de pasmosa erudición,
y ha soltado un lexicón
que viene con daño y tarde
á darnos la gran lección.
Es un estudio analítico,
estatuario, monolítico,
que sirviera para algo,
si hubierais nacido crítico
en vez de nacer hidalgo.

No he visto en todos mis días
un *maremagnum* igual,
ni mayor galimatías,
ni prosa tan mazorral,
ni tan rústicas folías.
Y, aunque en ello sois modelo,
no parierais con tal celo
más gazapos, á mi ver,
si, por designio del Cielo,
liebre llegáis á nacer.

Cada punto, un tropezón,
cada letra, un resbalón,
por cada palabra, un brinco,
treinta pifias por renglón
y por hoja tres mil cinco;
tanto, que, á puro caer,
en guisa os hemos de ver,
y en tan pocas limpias trazas,
que harán falta unas tenazas
para poderos coger.

Con un olfato canino,
limpiasteis el hueso indino,
sin dejar, ni para huella,
piltrafa de desatino
que no diérades con ella.
Yo juro que no hacen eso
mastín, pachón ni sabueso,
porque si allí estáis, hidalgo,
para limpiar ese hueso
hubiera sobrado el galgo.

---

(1) Véase la página 80.

INCIPIT VOCABULARIUM

Aburro = Entrego.

¡El Dulcísimo Nombre de Jesús me valga! Amén.

Venga vmd. acá, señor hidalgo. ¿De dónde carays saca vmd. que aburrir es *entregar?* Fíjese un poco, hombre de Dios, y convencerse ha de su error. Mire vmd.: en el *Coloquio de Camila* hay dos pastores, Burgato y Quiral llamados, que están metidos en amorosa porfía por una pastora que Camila ha por nombre; é departiendo sobre cuál de los dos habrá de ser favorescido, y como dijese cada uno que él lo sería, llegan á apostar y á proponer un premio para el que salga vencedor. Y ansí Quiral apuesta un cayado y Burgato un sombrero, é al tiempo de apostar Quiral dice: «Ves aquí este mi cayado..., el cual de mi propia gana *aburro,* etc.»; y si vuesamerced no se hallase conforme, vea lo que la Academia trae scripto, de aquesta guisa: «*Aburrir* = Aventurar algún dinero... para lograr una ganancia», la cual plegue á Dios que la tenga vmd. con esta monición.

Sí: ahí la palabra *aburro* significa *apuesto,* y no *entrego,* como quiso vmd., sin duda tentado del demonio.

Por cierto que me chocó la aclaración que puso vmd. entre paréntesis:

«*Aburro* = Entrego (verbo).»

Pues qué, ¿temía que alguien leyese «¡Ah, burro!»?

Teorema. «El Sr. Cotarelo, cuando cree decir algo nuevo, no lo dice.»

Demostración: *Aconhortaos* dice el Sr. Cotarelo que es *alentaos.* Ahora bien; la Academia dice que *aconhortar* es lo mismo que *conhortar,* que *conhortar* es lo mismo que *confortar,* y que *confortar* es lo mismo que *alentar;* y como tres cosas iguales á una cuarta son iguales entre sí, se deduce que *aconhortaos* es igual que *confortaos:* luego el Sr. Cotarelo no dijo nada nuevo, que es lo que se quería demostrar.

Acemilón.

Dice el Sr. Cotarelo: «Calificativo despectivo.»

Digo yo: «Aumentativo de *acémila.* (Véase esta palabra en el Diccionario.)»

Y añado: «¿Está vmd. conforme con el axioma de que tres cosas iguales no difieren entre sí?» Y contestaráme vuesamerced: «¡Por supuesto!»; continuando yo del siguiente modo:

«¡Cogido le tengo, señor mío! ¿No dice vuesamerced, en la página 449 del tomo II, que *Majagranzas* es «palabra usada en desprecio de otro»? Pues si

Acemilón = Calificativo despectivo

y

Majagranzas = Vocablo despectivo,

resulta matemáticamente que, para vmd.,

Acemilón = *Majagranzas.*

Ahora bien; vmd., invocando el Diccionario, asegura que *Majagranzas* = Hombre pesado y necio. Y el mismo Diccionario afirma que *acémila* es: «Mula ó macho de carga.» De donde se infiere (ó Pitágoras fué un porro) que si

Acemilón = *Majagranzas,*

Aumentativo de mula ó macho de carga = *Hombre pesado y necio.*

O, simplificando los términos, según la proporción que corresponde:

Macho de carga = *Hombrecillo pesado y necio.*

¡Oh poder de las Matemáticas!

Acote = Señale.

¡Suelte vmd. esa acepción, que no es suya! ¡Suéltela!... ¡Carape y cómo se levantaba con el vocablo, aprovechando una ocasión en que creyó que nadie le veía! ¡Ea! Restitu-

yámoslo á su dueño, ó, mejor dicho, á su poseedor actual, que no es lo mismo. Y el poseedor actual, no sabemos si á título de *vi, clam* ó *precario*, es la Academia Española, que antes que vmd. había dicho que *acotar* significa «señalar». (Página 15, primera columna, del Diccionario *vigente.*)

Otra que tal baila:

Afufas (según el Sr. de Mori, es) «Fuga».

Afufa, según la Española, es «Fuga».

Adobar gorras.

Y dice el académico: «Debe de referirse á las *de* piel ó *con* felpa, que eran las que solían propiamente *adobarse.*»

¡Medrados estamos! ¿Conque *debe de* referirse á las de piel ó con felpa? ¿Conque *propiamente* sólo se *adobaban* estas clases de gorras?...

Pero vengamos á cuentas: ¿de dónde ha sacado vmd. tan peregrina explicación?

—Pues... no me acuerdo...

—¡Haga vmd. memoria!

—...

—¡Vamos á ver! ¿De dónde sacó lo de *Majagranzas?*

—¡Ya, ya! ¡Del Diccionario! Y el Diccionario dice que *adobo* es: «mezcla de varios ingredientes que se hace para curtir las *pieles* ó para dar cuerpo y lustre á las *telas*»; y también leo en él que es un caldo compuesto de vinagre, sal, orégano, ajos, pimentón...

—Aceite, vino y romero, y con unos cuantos paternostres, avemarías, salves y credos, dos docenas de cruces, una buena olla y una alcuza de hoja de lata, tendrá vmd. suficiente para fabricar un salutífero bálsamo que, aplicado bonitamente y con mucha sotileza, le curará de todos los *chipites-chapetes, con* ó *sin* felpa, que reciba ó pueda recibir en lo futuro, quedando vmd. más sano que una manzana.

—Pero, si no es eso, ¿qué es *adobar gorras?*

—¡Qué pesadez! Vuelva vmd. á ver el Diccionario, vocablo *adobar:* ... ¿qué dice primero?

—... «m. Ladrillo seco al sol...»

—¡Más arriba! ¡Eso es *adobe!*

—... «Carne, y especialmente la de puerco...»

—¡Cristo! ¡Más abajo! ¡Eso es *adobado!*

—... «Componer, aderezar...»

—¡Alto ahí! Ese es el *adobar* que viene á cuento. Empléelo bien vmd., y buena pro le haga.

Agra = Agria (según el Sr. Cotarelo).

«*Agro, gra* = Agrio», según la Academia.

Afrecho = Salvado (dice D. Emilio).

«*Afrecho* = Salvado», dice la Academia.

Sepa vmd., para su gobierno, que una de las circunstancias agravantes de la responsabilidad, según el artículo 10, núm. 18, del Código penal, es la de ser reincidente, y puede que también le comprenda á vmd. la del núm. 5.°, que es realizar el hecho por medio de la imprenta.

Aguaceros torbellinos.

Aquí el glosista se entusiasma y dice: «Hermosa frase para indicar lluvias copiosas con *ventiscas* fuertes»; pero, ¡ay, y cuán poco le duró el contento!, pues vino á sacarle de él y á sumirle en tristura el estacazo horrendo que, en forma de vocablo, descargó sobre su persona el propio Diccionario de la Academia, el cual reza lo siguiente: «*Ventisca* = Borrasca de *viento* y *nieve* que suele ser frecuente en los puertos y gargantas de los montes.» ¡Paciencia, hermano! Si habíais creído que *ventisca* era un viento fuerte y huracanado, sabed desde ahora que nunca lo fué, que no lo es, que no lo será mientras Eolo sea Eolo, y que vuestra versión de la *ventisca* quedará de hoy en adelante como dechado y recuerdo de lo bien que los académicos aprovechan las lecciones de la Casa.

Agua de filibus terre.

Abrió vmd. el Diccionario, y no salió del apuro. Escudriñó en Covarrubias, y nada. Meditó luego vmd. unos instantes..., y nada. Entonces empuñó displicentemente el cála-

mo, copió el texto de Lope de Rueda, y añadió por su cuenta:

«QUIZÁ SEA AGUARDIENTE.»

Sí, señor, sí; ¡ésa es la vida! (ó, mejor dicho: ¡ésa es el *aqua vitae* ú *eau-de-vie*, como decimos en las Galias!) ¡Qué más nos da!...

Quizá sea aguardiente;
Quizá sea vinagre;
Quizá sea agua;
Quizá sea aceite de hígado de bacalao;
Quizá sea vino de Málaga...;
Quizá no sea nada de eso...

Y menos mal que no se acordó vmd. de la frase «no han padecido sino cuatro en el *finibus terrae*» que se lee en *Rinconete y Cortadillo*, porque entonces hubiera sido vuesamerced muy capaz de estampar:

QUIZÁ SEA LA HORCA.

Aguaderos = Aguadores (según el señor Cotarelo).

«*Aguadero* = *Ant.* Aguador» (según el Diccionario).

¡Qué brava labor va haciendo vmd., hidalgo! ¡Y aún no hemos salido de la A!

Vamos andando, que hay mucho que andar; aguijemos el paso.

Aguijemos,

dice el Sr. Cotarelo, no para ir más deprisa, sino para decir que *aguijemos* es «caminemos», y, naturalmente, se equivoca; contestad, si no: ¿quién hubiera creído que la palabra tenía tal significado en esta frase?: «Séfora hermana, *aguijemos*, que, si no me engaño, los porfiados villanos veo al pozo, y no será mucho querernos estorbar el agua como suelen.»

—¡Pepito!...

—Servidor de usted.

—Vamos á ver: ¿qué ha querido decir Séfora en el párrafo que acaba de leerse?

—Que debían ir más deprisa, porque si no, iban los villanos á quitarles la vez para abrevar el ganado.

—Muy bien, hijo mío. Puedes retirarte; pero, ¡guay!, que como has respondido á derechas, seguramente no serás académico en tu porretera vida, como no te enmiendes.

¡Vaya! ¿Lo ve vmd.? Hasta un chiquillo de once años sabe lo que quiere decir *aguijar*, y vmd. debiera saberlo y haber consultado el Diccionario antes de gastar tinta; el cual Diccionario dice bien claramente que *aguijar* es «ir ó caminar deprisa ó aceleradamente», concepto que, si no es del todo exacto, al menos no es un dislate con trece dedos sobre la marca como el otro, porque no tiene más que once; á lo sumo, once y medio.

Aguzadera.

La frase es: «¿Qué hablas ahí entre dientes, lengua de aguzadera?» ¿Tiene algo que decir el Sr. Cotarelo?

EL SR. COTARELO.—«No conviene, á nuestro ver, con las definiciones del Diccionario.»

YO.—¿Al ver de vmd.? ¡Dios nos tenga de su mano! Pero, en fin, mostrad cómo.

EL SR. COTARELO.—«El Diccionario dice que *aguzadera* es lo que sirve para aguzar.»

YO.—¡Beso las manos de vmd.!

EL SR. COTARELO.—Además, trae la acepción de «Piedra aguzadera».

YO.—¿Y no será ésa la que conviene al texto? En mi pobre opinión, *lengua de aguzadera* es como decir *lengua de hacha*, ó cualquiera otra expresión semejante, para denotar que uno tiene mala lengua.

EL SR. COTARELO.—Verá usted. «La *aguzadera* era un listoncito de madera de sauce, álamo ó tejo, sobre el que se pasaba el filo de los cuchillos para afilarlo. Después se usaron, como hoy, de piedra.»

YO.—¡Cáspita! ¡Caspitina! ¿Está vmd. en sus cabales? ¿Pero es que cree vmd. de verdad que con madera se puede afilar el acero? ¿Es que cree vmd. que los griegos, por ejemplo, afilaban sus espadas en sauce, álamo, tejo ó quier alcornoque? En tal caso, tenga por seguro que no habrían dado el primer golpe todavía, y que las guerras del Peloponeso estarían por hacer. Vuesamerced creo que se afeita la barba ó se la afeitan. Bueno; pues pregunte vmd. al maese Nicolás que tenga á su servicio lo que es el *suavizador*, y eso (aunque hoy no se usan de

madera), eso, precisamente, es lo que vuesamerced ha descrito con el famoso listoncito. Hay que aguzar el ingenio, hermano. Además, fíjese vmd. en que *aguzar* no es lo mismo que *afilar,* aunque vmd. crea que los verbos son sinónimos. No se puede decir *aguzar el filo,* ni tampoco *afilar la punta.* Las palabras han de ser aplicadas propiamente. ¡Ah! Y deseo que la navaja que emplee el barbero para afeitar á vmd. no haya sido afilada con el listoncito, porque si no, no volvía vmd. á afeitar en seco á otro literato español.

Ahotas = Á la verdad, ciertamente.

Y agrega el académico, más fresco que una merluza recién salida de las saladas ondas: «Ya era forma anticuada en tiempo de Rueda. La usó Lucas Fernández.»

Sí, señor, sí; la usó Lucas Fernández, y vuesamerced lo sabía muy bien, porque, además, la incluyó Cañete en la edición de las *Farsas y Églogas* de aquel autor. La incluyó Cañete, digo, y dió de ella las siguientes acepciones: «*En verdad, á buen seguro, ciertamente*», de las cuales vmd. se ha contentado con pescar la primera y la tercera.

Por si esto fuera poco, la Academia, en su Diccionario, trae también el vocablo *ahotas* con las mismas acepciones que le dió Cañete (q. s. g. h.).

¡Son *pipudos,* amigo, los descubrimientos de vmd.!

El mejor día estoy viendo que vmd. descubre ese astro misterioso que anda por el espacio sin que nadie haya logrado echarle la vista encima, y que, según el padre Petavio, se llama *Sol.*

Ahuera, *que llevo aceite...*

¡Afuera, que llevo vocablos!, debía haber dicho vmd.

Ajorman = Disponen, ordenan, emprenden.

Veamos el texto, porque esto me huele á *aguzadera:* «Muchas veces *ajorman* los hombres cosas que les valdría más estar cuartanarios...» ¡Basta! *¡Aguzadera* es! Sin duda, creyó vmd. que aquella *j* que trae la palabra era ortográfica, y no prosódica, como lo es, y para demostrárselo fíjese un poco, y vea lo que el Diccionario de la Real Academia Española dice del verbo *ahormar:* «ajustar una cosa á su horma ó molde; amoldar ó poner en razón á alguno»; y ahora, cate vuesamerced si alguna de estas acepciones conviene al párrafo, y si dice que no, vaya vmd. á consultar con un oculista; ¡pero á escape!, porque es señal de que se queda ciego.

Ajorro = Arrastrando.

Arrastrando, sí; arrastrando al idioma por esas imprentas y librerías andan muchos hace tiempo. Y lo malo es que vuestra misma merced reconoce á renglón seguido que la buena escritura sería *á jorro,* que quiere decir *á remolque.* ¿Le parece á vmd. que una errata valía la pena de hacer glosa? Es lo mismo que si, comentando la primera edición de la primera parte del *Quijote,* hubiese topado un académico, al folio primero vuelto, con la palabra *conjeturasverosímiles,* y hubiese dicho: «*conjeturasverosimiles:* una á modo de limonada purgante. La buena escritura sería *conjeturas verosímiles.*» ¡Vaya, vaya! ¡Más formalidad! ¡Más circunspección!

El timo del portugués:

Alárabe = Moro,

soltó el Sr. Cotarelo en un sobre, diciendo al lector paleto que eran billetes de Banco. Y cuando el pobre paleto fué á abrir el sobre, se encontró con una hoja del Diccionario de la Academia, en la que se leía:

«*Alárabe* = Árabe.»

El timo de las uvas:

Albilla = Una clase de uva (dice el señor Cotarelo).

Y agrega el Sr. Mori: «Conservamos el vocablo por el género en que se emplea.» ¿En

qué género? ¿En femenino? ¿Pero es que nadie sabía que se usaba en femenino hasta que vmd. lo descubrió? Permítame vuesamerced que le diga que éstas son bromas que vuesamerced puede permitirse en la Academia y á puerta cerrada, pero no en ningún otro sitio.

¡Señor Cotarelo!, el Diccionario trae la palabra *Albillo, albilla,* diciendo que es «*uva albilla*», como dice vmd.

No caben más que dos hipótesis: ó vmd. no sabía lo que dice el Diccionario, ó vmd., á pesar de saberlo, hizo lo que hizo; y en cualquiera de los dos casos queda muy mal vuesamerced.

Andacá = Anda acá (interpreta vmd.)

¿Está vmd. seguro?

Andenes = Aventuras.

No, señor: *andanzas.*

Apañar (dice el Sr. Cotarelo), cubrir, como si fuera con un paño.

«*Apañar* (dice la Academia) = Aderezar abrigar, arropar.» No estoy conforme ni con Cotarelo ni con la Academia. Y como yo, pecador de mí, no sé hacer definiciones, voy á poner un ejemplo con el cual se comprenderá el significado de la palabra. He aquí el ejemplo: «Hay gentes que se las apañan muy bien.»

¡Tun-turun-tun, turun-tun, turun tun!... ¡Oigan, señores; oigan por vuestras ánimas, que ahora sale lo bueno! ¡Oigan, si tienen oídos, que no han de faltarles para oir maravillas, aunque fuesen sordos! Estén atentos, que ya quiere mostrarse el mayor asombro que se ha visto en barracón de feria desde el tiempo de *Moisén... ¡Tun-turun-tun, turun-tun, turun-tun!...* Aporreaganaderos... *¡Tun-turun-tun!... Aporreaganaderos* es «palabra graciosamente formada para calificar á Moisén (con *n* y todo) en el hecho en favor de las dos jóvenes israelitas». *¡Tun-tu-run-tun, turun-tun!...* Suplico á vuesasmercedes que no me tiren cohombros, pues, á lo sumo, no merezco más que cualque badea ó tal cual naranjazo. ¡Déjenme en caridad, señores, como cristianos que son, que este último nabo que cayó sobre mí hame dejado sin habla! ¡Déjenme ya, y perdonen, que no lo volveré á hacer!

Apuñeteamos = Darse de puñadas.

No, señor; *darse de puñetes. ¡Puñetes,* sí, señor; *puñetes!* Porque si fuesen *puñadas,* hubiera dicho Lope de Rueda *apuñadeamos.* ¿O es que ignora vmd. que *puñada* se dice también *puñete?*

¡Es mucho esto de que vmd. se ha de empeñar en no decir nada á derechas!

Argadijo = Cosa confusa y enredosa.

No hay tal: *argadijo,* según el Diccionario, es igual que *argadillo,* y *argadillo* vale tanto como *devanadera,* y, por tanto, significa todo lo contrario de lo que ha dicho vuesamerced, pues la devanadera sirve precisamente para que la madeja no se enrede al devanarla.

Argamandeles ó Hargamandeles.

Aconséjote, oh curioso lector, que no busques la explicación del vocablo en los comentarios académicos, porque tornarás á topar con el mismo texto de Lope de Rueda, que es lo propio que si hallaras:

Argamandeles ó Hargamandeles = Argamandeles ó Hargamandeles.

Pero el Diccionario te sacará de apuros, diciéndote que la palabra equivale á *andrajo.*

Arguenas.

«La explicación exacta de estas *arguenas* —dice el Sr. Cotarelo – no se halla en el Diccionario.» Vamos á ver cuáles son estas *arguenas.* Aquí están: «No me encontró Dios con unas *arguenas* de pan.» Y ahora, vamos á ver si es verdad que la explicación no se

halla en el Diccionario, porque yo ya no me fío de vos. Abramos el Diccionario, y leamos: «*Arguenas* = Alforjas, angarillas.» ¡Carape! ¡Pues sí que se halla la explicación exacta! ¿Qué más exactitud desea vuesamerced? ¡Vive Dios que hice bien en no fiarme de vmd.!

Arguye.

Léese en Rueda: «Agora no creáis sino el que á riedro vaya ordena unas cosas que no puedo entender dónde diabros las añazga ó las *arguye...*»

Y dijo D. Emilio: «*Arguye.* Parece sinónimo de añazgar.» Y se lavó las manos.

Pero, señor académico: ¿por qué *parece* que *arguye* es sinónimo de *añazgar?* ¿Porque va después de éste, y hay entre ellos una *ó?* Pues vea su merced la página 254 del tomo primero, y allí leerá, si gusta y puede: «Mal siglo le dé Dios, porque no me hizo á mí... cazador de erizos ó melcochero.» Ahora bien; siguiendo el criterio de vmd., si hubiésemos de explicar *melcochero,* diríamos: «parece sinónimo de *cazador de erizos»;* y el diablo, que todo lo añasca, *argüiría* que éramos unos zotes.

Armar = Sentar ó estar bien una cosa ó prenda de vestir.

¡Fíjese su merced; fíjese, le digo! ¿Qué trae el texto?

«¡Qué *bien* le deben de *armar!*»

¡Perfectamente! Pues si eso reza el texto, ¿no echa de ver vmd. que una cosa ó prenda de vestir puede *armar mal,* en el cual supuesto no es razonable escribir que *armar* equivale siempre á *sentar ó estar bien?*

¿Me comprende vmd.?

Artejos = Falanges de las manos.

«Artejo—dice la Academia—*nudillo»;* y dice, si no bien, mejor al menos que el señor Cotarelo, porque los artejos son las falanges de los dedos, y los dedos, propiamente hablando, son los que tienen artejos, ora sean de las manos, ora de los pies.

Asas = Orejas (voz de germanía).

El Diccionario: «*Asa* = *Germ.* Oreja.»

¡Muchos hay que tienen *clisos* y no *diquelan,* y tienen *asas* y no *junelan!*

Asigna...

Muestra de *pesquis* académico:

El ilustre erudito encontró la palabra *asigna* antepuesta á la palabra *acerca,* y dijo: pues, no cabe duda: si la frase es: «Bravamente se nos *asigna* y *acerca* el tiempo, etcétera», *asignar* debe de valer tanto como *aproximar;* y, claro es, erró, creyendo que Lope de Rueda, al modo de los académicos de hoy día, gustaba de poner en sus frases albarda sobre albarda. Erró, digo, y lo demuestro con la significación que el Diccionario da del verbo *asignar,* diciendo que vale tanto como *señalar,* acepción que es la que corresponde al texto copiado, con el cual quiso expresar el poeta que se mostraban las señales del tiempo en que Abruso y Mesiflua habían de verse libres, y que, por eso mismo, veía que el momento de ello se acercaba. ¿Está claro esto, señor don Emilio? Sentiría, por vmd., que dijese que no.

Asmado...

Como no todo han de ser estacas, sino que también ha de hallarse tocino á las vegadas, he de confesar que hallo en el Sr. Cotarelo una cualidad muy apreciable, es á saber: la poca ó ninguna consideración que le merecen los textos publicados por la Academia Española. Porque, en efecto, el Sr. Cotarelo prescinde, como queda demostrado, de la significación que el Diccionario da á las palabras, y se decide á explicarlas á su modo, errando, es cierto, en aquélla, pero no tanto, preciso es reconocerlo, como la Academia suele errar; y, además, prescinde también de lo que han descubierto antes que él los académicos que en el mundo han sido. Ejemplo: la Academia dice en su Diccionario que *as-*

mar es *estimar, comparar;* D. Manuel Cañete, en la edición académica de las *Farsas y Églogas* de Lucas Fernández, escribió que *asmar* era lo mismo que *pensar, discurrir, estimar, imaginar, juzgar, sospechar* (¡buen chaparrón! Dios le haya perdonado); y, en fin, Asenjo Barbieri, en su no menos académica edición del *Teatro completo de Juan del Encina,* dijo que *asmo* equivalía á *pienso, juzgo, estimo.* Como se ve, han reunido los académicos nada menos que *siete* acepciones de la palabreja. Mas cátate que ahora llega D. Emilio y se encuentra con un texto que dice: «¿De dó vienes tan *asmado?*»; y de entre las siete acepciones (doy por sentado que las conocía) no encuentra ni una que encaje al justo; así, pues, rascóse la testa, mojó la pluma, reconcentró el pensamiento, colocó la pluma sobre el papel, fué á escribir, la péñola se había secado, volvió á mojarla en la tinta consabida y dibujó unas letras que decían: «Parece como *quebrantado, dolorido.*» ¡Parece!... El Sr. Cotarelo no se atrevió á afirmarlo. Pues no; no parece, en modo alguno, porque lo que el texto quiere decir es esto otro: «¿De dónde vienes tan *pensativo* ó tan *caviloso?*»

¡Dominus tecum!

Asomado = Ebrio, embriagado.

¡Todavía no, hidalgo; un poco de calma, que todo llegará! Vea, vea vmd. lo que escribió el académico encargado de la papeleta (y que, por la muestra, debía de ser hombre práctico en achaques de *bebora);* vea, digo, lo que escribió, y se convencerá de que *asomado* se dice de aquel que «tiene un principio de borrachera»; pero no del borracho perfecto y acabado, como creyó vmd.

Asombrase = Amedrentase.

No, señor: *asombrase.* Así, se dice: «Se asombró el caballo»; «Tuvo un *asombro* el jaco»; «Se asombró el mundo de que los Estados gasten el dinero, que tanta falta hace, en sostener Academias que, al cabo de los años mil de no dar, al pueblo que las paga, buenas ediciones de sus clásicos, salen con *argamandeles* como el que nos ocupa».

Atetándola = Amamantándola.

Si el texto hubiera dicho *atetándolo,* el Sr. Cotarelo hubiera escrito *amamantándolo;* y si *atetándole, amamantándole.* Además, si en el texto apareciese *le atetó,* el señor Cotarelo diría *le amamantó;* y si dijese *le atetaré,* el Sr. Cotarelo hubiese traducido (para eso sabe las lenguas orientales) *le amamantaré.* También es probable que si Lope de Rueda llega á escribir *le atetaría,* el señor Cotarelo lo interpreta por *le amamantaría;* y son muchos y graves los autores que sostienen que si en la comedia se leyese *yo ateto,* el Sr. Cotarelo hubiese dicho *yo amamanto.*

Á esto, incluso á ser amas de cría, se exponen los glosistas que no saben para lo que sirve el infinitivo, ni saben tampoco que el Diccionario trae desde hace luengos años un verbo que dice «*Atetar* = Dar teta»; y claro es que en dar la teta están contenidas todas las interpretaciones, giros, significados, acepciones y sinónimos que el Sr. Cotarelo ha podido, puede y podrá descubrir con su ya famoso amamantamiento.

¡Salud para criarlo! ¡Y no vaya vmd. á confundir la teta con el biberón!

Atordecido = Desmayado.

Lo dudo mucho, señor; pero ¿cómo reza el texto?

El texto dice así:

«Cabizbajo, *atordecido,*
barba y cabello erizado...»

Pido cinco minutos para reirme de la acepción de vmd.

.....

¡Demonio! ¡Creí que reventaba!

Bueno; pues ahora, dígame vmd.: ¿ha visto, por ventura, á alguno que, después de desmayarse, tenga erizados el cabello y la barba? Porque en verdad que, además de ir contra los cánones fisiológicos, presentaría una catadura capaz de infundir espanto en el ánimo más denodado. Si vmd. no tuviese esa manía de no querer consultar jamás el Diccionario de la Academia, más que para copiarle, sabría que en este libro aparece la palabra *atordecer* con nota de anticuada y

con la significación de *aturdir*. Y, además, estoy seguro de que de cien personas, las noventa y nueve leen el texto como si dijese: *desmayado, aturdido.* Vuesamerced, por tanto, representa en esta proporción el papel del uno por ciento, con lo cual no puede estar de queja, pues aunque sea el uno por ciento de los que no lo entienden, siempre es bueno distinguirse por alguna particularidad.

Avezó = Acostumbró.

«*Avezar* = Acostumbrar», dice la Academia.

Si el texto hubiese dicho *yo avezaré*, etc.

¡Caballeros! ¡Esto va picando en historia! ¡Cuidado con los relojes!

Avisado = Discreto.

«*Avisado* = Discreto», dice el Diccionario.

¡Mucho ojo, señores!

Baldeo = La espada (voz de germanía).

El Diccionario reza: «*Baldeo* = *Germ.* Espada.»

¡Don Emilio de mi alma! ¡Esto es un saqueo en toda regla! ¡Ni Borbón, por Carlos V!

Sigue D. Emilio saqueando sistemáticamente:

Baraúnda = Ruido grande, estrépito.

Y agrega: «Covarrubias no trae este vocablo.»

Covarrubias no, pero el Diccionario *sí*; y si no, escuche vmd.:

«*Baraúnda* = Ruido y confusión grande.»

¡Á ése! ¡¡Á ése!! ¡¡¡Guardias!!!

Becoquín = Papalina ó gorro que cubre las orejas.

No vayan ustedes á creer que con esto ha descubierto algo nuevo el Sr. Cotarelo, pues la palabra, ni deja de hallarse incluída en el Diccionario (como sucede con casi todas las que constituyen el *Vocabulario),* ni es notable por ningún concepto; únicos casos en que, según las bases de la Academia, deben figurar los vocablos en las ediciones de esta clase. Lo único que ha hecho el Sr. Cotarelo con el voquible en cuestión es facilitar ó, mejor dicho, ahorrar el manejo del Diccionario consabido; porque, amigos, ¡se necesita un mapa, una brújula y una paciencia como la de Job, para dar con la palabra en el libro académico! *Becoquín* dice el Diccionario que es lo mismo que *bicoquete;* busquemos *bicoquete.* ¡Ya está aquí! «*Bicoquete:* véase *papalina* en su primera acepción.» Vamos allá; *pab, pan, pao, pap, papa, papada, papahuevos..., ¡papalina!* ¡Loado sea Dios! «*Papalina* = Especie de gorra ó birrete con dos puntas que cubre las orejas.» ¿Lo ven ustedes? ¡Lo mismo que dice el Sr. Cotarelo! Pero es el caso que á continuación de la palabra *becoquín* trae el famoso *Glosario* estas otras: *Becoquín de orejas;* y dice el glosista: «lo mismo que el anterior.» De servir para algo los textos citados, servirían para demostrar que la Academia erró al dar el significado de *becoquín,* pues claro es que si en tiempo de Rueda se usaba unas veces la palabra á secas, diciendo solamente *becoquín,* y otras determinándola con la añadidura «de orejas», es señal evidente de que había una clase de becoquines que no eran *de orejas,* y de que becoquín no es igual que *papalina;* ¡qué ha de ser! *Papalina* vale tanto como *cofia,* y *papalina* viene de *popeline,* que era la clase especial de la tela que se empleaba en la fabricación de aquella prenda, y en la cual tela la urdimbre era de seda y la trama de lana; mientras que *bicoquín* toma su nombre de *La Bicoque,* la ciudad del Milanesado que fué teatro de las luchas entre imperiales y franceses en el año 1522, fecha en la que comienza á ponerse de moda el *bicoquín.* ¡Tome vmd. erudición!

Bermejuelo = Apodo ó sobrenombre de David.

¿Dónde lo ha visto vmd.? Bermejuelo, que es diminutivo de bermejo, llámase ó llamá-

base al que era rubio; pero tengo la evidencia de que si el monarca en cuestión le oye á vmd. decir que le llamaban *Bermejuelo,* le hincha á vmd. *os fociños* de un arpazo. ¡Y le hubiera caído bien!

Besamanos=Cumplimientos, recuerdos, memorias.

Y no sé cómo no añadió su merced «cortesías, expresiones, saludos, afectos, etcétera, etc., etc.»

Pues bien; *¡besamanos* no son nada de eso!

Besamanos son... ¡¡Besamanos!!

Bien acostumbrado.

Aquí el Sr. Cotarelo se sintió psicólogo, y dando una linda muestra de su perspicacia, escribió: «Quizá se diría también «mal acostumbrado.»

Es muy posible; sí, señor, es muy posible. Quizá se diría también «mal acostumbrado», aunque pudo no decirse; pero, diciéndose «bien acostumbrado», ¿quién quitaba que se dijese lo contrario? Según Aristóteles, los contrarios se suponen recíprocamente, y el que conoce al uno, conoce al otro. Si, pues, hubo quien llamó á otro «bien acostumbrado», según todas las leyes divinas y humanas pudo llamar á distinto sujeto «mal acostumbrado». Tan lícito era aquello como esto. «Mal acostumbrado» es lo contrario de «bien acostumbrado». Pero es evidente que Lope de Rueda dice «bien acostumbrado»; luego pudo decirse «mal acostumbrado». Por ahora, en conclusión, tenemos por seguro el «bien acostumbrado»; sin embargo, como con gran sagacidad advierte el Sr. Cotarelo, «quizá se diría también «mal acostumbrado». Es una hipótesis lícita. Cierto que no pasa de hipótesis; pero podría comprobarse, y quizá se compruebe en lo futuro. En el estado actual de los conocimientos académicos, no puede pasarse de una mera suposición, y, *por tanto, lo más prudente es formular* el pensamiento en la forma que lo expresa el Sr. Cotarelo: «Quizá se diría también «mal acostumbrado.» Porque desde el preciso instante en que se descubra un texto de la época en que se lea «mal acostumbrado», ya el «quizá» no es propio.

Lo repetimos: Lope de Rueda trae «bien acostumbrado». De esto no puede caber ninguna duda. Pero estamos autorizados para decir, con el Sr. Cotarelo, «quizá se diría también «mal acostumbrado», aunque (lo volvemos á hacer constar) no estemos seguros de ello, pues, si lo estuviésemos, holgaría el «quizá».

Bimbilindrón.

El Sr. Cotarelo, leyendo el *Paso quinto* del *Deleitoso,* se encontró con este cantarcillo:

«Mala noche me distes,
María de Rión,
con el *bimbilindrón»;*

rascóse la testa, mojó la pluma, reconcentró el pensamiento, colocó la pluma sobre el papel, fué á escribir, la péñola se había secado...

—¿Qué será esto de *bimbilindrón?*—preguntóse.

Pues, como iba diciendo, señores míos de mi ánima, el Sr. Cotarelo siguió leyendo y se topó á poco trecho andado con esta otra copleja:

«Mala noche me distes,
Dios os la dé peor,
del *bimbilindrón,* dron, dron.»

—¡Sopla!—dijo el hidalgo—. ¡Otro *bimbilindrón!*

Se rascó la testa, mojó la pluma, etc.

Al fin cayó en la cuenta, y como quien hace un descubrimiento prodigioso, dijo en el colmo de la satisfacción:

—*¡Eureka, eureka! ¡Bimbilindrón* es una «palabra de capricho para estribillo en el canto»!

—De ese modo — contestó Sancho—, yo apuesto á que vmd., si llega á toparse con aquello que cantan los niños

«que con el oritín, que con el oritón»,

ó con aquello otro de

«Mirondón, mirondón, mirondela»,

hubiera dicho que también es estribillo.

—Así es la verdad—repuso el hidalgo.

—Y si llega á encontrar lo de *Dolondongo, dolondón, tararí, tarará, charrasclás, charrasclás, carabí urí, carabí urá, tantarantán* y otros de este jaez, diría asimesmo que son estribillos.

—Sí diría—replicó el andante—; y me maravillo, Sancho, del seso que vas mostrando por momentos.

—No es menester mucho, señor—dijo el escudero—, para saber lo que en mi pueblo no ignoran los niños de la dotrina; sólo que como los pensamientos de vmd. andan siempre por las nubes, como sacre de altanería, hácenle no parar mientes en aquello que de puro sabido han olvidado ya los rústicos cabreros.

¡Ah, Sr. Cotarelo! ¿Parécele á vmd. que acá somos tan torpes que necesitábamos que vmd. nos dijese que *bimbilindrón* era un estribillo? Pero aguarde un poco, hidalgo, que, ya que tengo el rebenque en la mano, no se me ha de ir de rositas. ¡Fuerarropa! Dígame vmd.: ¿á santo de qué ha dicho *... para estribillo en el canto?* ¿Es que ha creído vmd. que hay otros estribillos que no son para cantar? Pues si tal creyó, creyó mal, porque no hay otros.

¡Cómitre, arrealle de firme!

Borde = Hijo adulterino.

¡Dios de Israel! ¡Qué horrendo disparate! Sabed, hidalgo, que *borde* no es hijo adulterino, sino (según el Diccionario) «el nacido fuera de matrimonio», que es cosa muy distinta. En Aragón aun hoy día llaman *bordes* á los hospicianos.

Vuesamerced, más bien que un académico, parece un veterinario de esos que se anuncian por las afueras pintando en un extremo del rótulo un caballo, en el otro una herradura, y en el centro unos signos que bien deletreados dicen: «Se hierra—ó se *yerra*, que de todo hay—á fuego y á frío.»

Bordonear = Caminar.

Está de Dios que no ha de dar el hombre ni una siquiera en el clavo. *Bordonear*, dice la Academia que es «andar vagando y pidiendo por no trabajar»; y á poco que se hubiese fijado el Sr. Cotarelo, hubiera caído en la cuenta de que *bordonear* viene de *bordón*, que era el bastón ó báculo que usaban los peregrinos, de los cuales se cuenta que por cada uno que lo era por devoción, había ciento que adoptaban tal género de vida por tener los santuarios de España como á «sus Indias y certísima granjería y conocida ganancia».

Y, claro es, el Sr. Cotarelo, que no sabía lo que era *bordonear*, topó con la palabra *bordonera* y no supo tampoco lo que quería decir, aunque tuvo ciertos barruntos de ello. *Bordonera...* Don Emilio, echándoselas de perspicaz, pone la acepción entre dos interrogaciones, de esta guisa: *¿Vagabunda?*, que es como si hubiera dicho: «Señores, no estoy seguro de lo que pienso; pero, ¿por ventura *bordonera* significará vagabunda? Conste, señores, que yo no digo ni que sí ni que no.» ¡Sí, hidalgo, sí; vagabunda significa! Y para este viaje no había por qué hacer tanto aspaviento y tanta salvedad y darle. Abra vmd. el Diccionario, aunque no lo tenga por costumbre, y me dejo cortar la cabeza como á la página 149, columna tercera, penúltima palabra, no se encuentre vmd. con una que dice así:

«*Bordonero, ra*, adj. Vagabundo. U. t. c. s.»

Risum teneatis?...

Bolarménico.

ENTREMÉS FAMOSO

Hablan en él las personas siguientes:

Cotarelo, *académico*.—El Dr. Andrés de Laguna, *médico*.

ESCENA I.

Sale Cotarelo, académico, con medalla y de frac; la una mano metida en la faltriquera; la otra enarbolando unas pruebas de imprenta á guisa de pañizuelo. Da muestras de gran agitación.

COTARELO.—¡Salsufragia y bolarménico!... ¡Salsufragia y bolarménico!...

ESCENA II.

Cotarelo y el Dr. Laguna, con guantes y bastón.

DOCTOR LAGUNA.—¿Qué es eso?... ¿Qué ocurre?...

COTARELO.—¡Salsufragia y bolarménico!

DOCTOR LAGUNA.—*Non sum surdus!* ¡Ya he oído! ¿Y qué?...

COTARELO.—¡Que «son dos palabras»!

DOCTOR LAGUNA.—¡Ya, ya! ¿Y para ese descubrimiento armaba vmd. tanto *alborote?*...

COTARELO.—No; si me refiero á *bolarménico* solamente.

DOCTOR LAGUNA.—¡Psch!... En latín bárbaro, quizá: porque se dice *Bolus Armenus vulgaris;* pero en buen latín llamamos á eso: *Rubrica sinopica*, para distinguirla de la *Rubrica fabrilis* (vulgo almagre). Mas en castellano no es sino una sola voz: *bolarménico.*

COTARELO.—¡Bueno, bueno! Pero el toque está en que esas dos palabras (ó esa palabra, si vmd. se empeña) «era...»

DOCTOR LAGUNA.—Eran, en todo caso.

COTARELO.—¡No me enmiende los voquibles, señor mío, que me atosigará y no podré seguir el discurso! Digo, pues, que era, ó eran «una tierra *traída de Armenia,* que tenía la propiedad de restañar la sangre de las heridas y hemorragias por su virtud astringente».

DOCTOR LAGUNA.—¡En Armenia os vean mis ojos, seor hidalgo, por haber sido capaz de decir semejante desatino! ¿De dónde saca vuesamerced que esa tierra se *traía* de Armenia? ¿Pues no sabéis que es más conocida que la ruda, y que se halla en doscientos mil lugares de España? ¿Queríais engañarme, á mí, al botánico más entendido de cuantos hubo después de Pedacio Dioscórides Anazarbeo? Pues sabed que *bolarménico* es cosa «vulgar y vil», y no traída de extrañas tierras, sino que «nace en las mineras del hierro, y, mezclado con zumo de llantén y la clara de un huevo, y puesto con un pañito encima, y dentro de las narices, restaña súbito la sangre que sale dellas». ¡Y ahora, en pena de vuestra osadía, tomad ahí ese *bolarménico! (Tírale con brío un ejemplar del* DIOSCÓRIDES *impreso en Valencia, por Sorolla, en 1636.* Telón rápido.)

Bolsicón de echar aguinaldo = Covarrubias no menciona esta clase de bolsas.

No, señor; ni tampoco menciona el bolsicón de echar codornices, ni el de guardar guijarros, ni el de echar castañas, ni el de echar pan y queso, ni otros muchísimos, porque, de mencionar todos los *bolsicones* ó *clases de bolsas* que vmd. quiere, no hubiera podido rotular su obra *Tesoro de la lengua castellana,* sino *Tesoro de bolsicones.*

Bonete = Gorro ó sombrero que usaban en el siglo XVI los caballeros, no sólo los clérigos.

Gorro no es lo mismo que *sombrero;* hubiera dicho vmd.: *gorro, sombrero ó mitra,* y resultaría tan confusa la explicación. Tampoco se usó solamente en el siglo XVI, sino también en el XVII. ¿Tiene vmd. un ejemplar del *Quijote,* Sr. Cotarelo? Pues ábralo por la primera parte, capítulo XXXVII, y allí encontrará un *bonete* azul que no *armaría* mal como cubrecabeza del uniforme académico.

Pues ahora verán ustedes hasta dónde es capaz de llegar el hidalgo, en cuestión de acepciones.

Como digo de mi cuento, halló un pasaje en que un pastor que lleva un chivatezno sobre sus hombros, le dice á otro pastor que aquel animal se había perdido y que se determinó á ir á buscarle en vista de «las cuitas y lástimas que la piadosa *bragada,* su madre, con lástimas y clamores, por el perdido hijo hacía...» Don Emilio, al ver la palabra *bragada,* soltó la voz á semejantes razones:

«Vamos á ver, Emilio, hijo, á ver si te luces, que embarcado te hallas en grande empresa. ¿Qué quiere decir *bragada?*... Por lo que sigue, parece que la *bragada* se refiere á la madre. Bien, hijo; hasta ahora vas bien; no te tuerzas. La *bragada* es, pues, la madre del chivo: si averiguas quién es la madre del chivo, averiguado habrás lo que es *bragada.* ¿Cuál es la madre del chivo? Si el chivo no es *borde,* la madre del chivo no tiene más reme-

dio que ser la cabra. ¡Cogida te tengo, doña palabra, que para mí no vale venir encubierta!»

Hecho este razonamiento, el niño Emilio escribió:

Bragada = Cabra.

¡Bien; vive Dios, hidalgo! ¡Os habéis portado como quien sois! Demos una higa al Diccionario de la Academia por atreverse á sostener que *bragado, da,* se aplica «á los animales que tienen la bragadura de diferente color que lo demás del cuerpo», y sostengamos nosotros que el pastor, al emplear la palabra *bragada,* no lo hizo para que el otro pastor supiese por el adjetivo á cuál de las cabras del hato se refería; sospechemos, en fin, y no sin fundamento, que si el Sr. Cotarelo, en vez de glosar á Rueda, emprende la labor de glosar á Cervantes y llega á encontrarse con aquellas frases que el gran hablista puso en boca del cabrero Eugenio, dirigidas á la cabra que se escapaba: «¡Ah, cerrera, cerrera, manchada, manchada, y cómo andáis estos días de pie cojo! ¿Qué lobos os espantan, hija? ¿No me diréis qué es esto, hermosa?... Volved, volved, amiga..., etcétera»; sospechemos, digo, que hubiera glosado de este modo:

Cerrera = Cabra.
Manchada = Cabra.
Hija = Cabra.
Hermosa = Cabra.
Amiga = Cabra.

Adelante, hermanos, adelante, y cantemos como cantan en *Los comediantes de antaño:*

«Al pasar por los breñales,
se enredó mi zagalejo,
y al querer desenredarlo,
se enredó más el enredo»,

porque, en efecto, esto cada vez se enreda más. El Sr. Cotarelo encontróse con la palabra *breñales* y se extrañó sobremanera; tanto, que ni siquiera se atrevió á formular una hipótesis sobre su significado, limitándose á subrayar el vocablo, de esta guisa:

Breñales = Paciendo por estas dehesas, *breñales,* surcos, laderas y riscos.

Que es como si hubiera dicho á los lectores: «Conste, señores, que la palabreja no ha pasado inadvertida para mí; pero como no sé lo que es, ahí queda eso, y Cristo con todos.»

Dígame vmd., hidalgo: ¿es que verdaderamente el vocablo era nuevo para vmd.? Si no lo era, ¿por qué lo subrayó sin decirnos la razón? Y si lo era, ¿por qué no se tomó el trabajo de abrir el Diccionario, en el que, á pocos pasos andados por BRE, se lo hubiera encontrado tan ricamente?

Si, en vez de nacer hidalgo,
liebre llegáis á nacer,
para poderos coger
hubiera sobrado el galgo.

Buche.

¡Señores! ¡Esto es horrible!... ¿Saben vuesasmercedes la explicación académica que va después del citado vocablo?... ¿No? Pues «¡agáddense!», como decía D. Manolito Gázquez, porque la explicación es pindárica.

Dice así:

«*Buche* = Estómago humano.» (¡¡¡ ..!!!)

¡*Animal,* señor; *animal!* ¡Á quién se le ha ocurrido decir que *buche* es estómago humano! Vuesamerced mismo, seor hidalgo, si por ventura padeció alguna vez de dolor de estómago, gritó acaso: «¡ay, mi buche!» No, señor Cotarelo; estoy seguro de que no dijo eso, por escasos que sean sus conocimientos fisiológicos.

Apostara yo veinte ducados á que si vuesamerced se halla en el caso de explicar lo que son *patas,* escribe:

Patas = Extremidades inferiores del hombre.

Continúa el saqueo; esta vez con premeditación y ensañamiento:

Burjaca = Bolsa.

El Sr. Cotarelo añade lo siguiente, como si nadie hubiera hablado de *burjacas* hasta que él encontró la palabra:

«Según Covarrubias, esta clase de bolsa ó morral (¡morral!, ¡morral, ha dicho!) era propia de los peregrinos.» Sería propia si el peregrino poseedor de la burjaca no la había hurtado. ¿Conque, según Covarrubias, eh? ¡Y según la Academia, señor mío! La cual Academia dice que *burjaca* es «bolsa grande de cuero que los peregrinos ó mendigos (no es lo mismo) suelen llevar debajo del brazo izquierdo, colgando de una correa, cinta ó cordel, etc.»

¡Á restituir, hidalgo; á restituir!

¡Preparen!... ¡Apunten!... ¡Fueee... go!
(El piquete, disparando:)

¡¡Calabazón!!

Calabazón en garabato, dice el académico que es... Esperen ustedes, porque, ahora que me fijo, no dice lo que es... ¡Nada, que no lo dice! Era pólvora sola. Limítase á *estampar,* como escriben sus colegas, que «el Diccionario sólo trae *calabazón* como aumentativo de calabaza», y á añadir después, por vía de ilustración, la estimable noticia de que «en las provincias del Norte se suelen distinguir el *calabazón* de la calabaza». Aquí también, hidalgo; aquí también solemos distinguir el calabazón de la calabaza, y aun de los calabacetes y calabacines. ¡No hemos de distinguir! Pregunte, pregunte vmd. por ahí, y convencerse ha de que tales especies de cucúrbitas, no solamente se distinguen entre sí, sino también del género *cabeza (Caput,* de Linn.)

NOTA BENE. He de advertir á los lectores que aquel *se suelen* que figura en el párrafo transcrito no es errata, pues así aparece en la glosa escrita por el Sr. Cotarelo: «... *se suelen* distinguir el calabazón de la calabaza.» *¡Se suelen! ¡Se suele,* hidalgo, *se suele!,* había que decir ahí, porque *se suelen* es disparate con estrambote; á no ser que usarced haya querido dar á entender que cuando en las provincias del Norte se encuentran en un camino un calabazón y una calabaza, la calabaza se suele distinguir del calabazón, y así se lo dice al calabazón, tomando á la derecha, y el calabazón se suele distinguir de la calabaza, y así se lo dice á la hembra, tomando á la izquierda; es decir, que se suelen distinguir mutuamente, tomando cada uno por su lado, para que el calabazón no se dé tono creyendo que es calabaza, ni la calabaza se ponga moños presumiendo de calabazón.

Suum cuique.

Capiscol.

Explicación académica:

«Dignidad eclesiástica. No se determina cuál de las dos (chantre ó sochantre) *que eran las comunes.*»

¡Así, así! Así lo trae, con la sintaxis, prosodia y ortografía beréberes que dejo transcritas.

El *chantre* y su coadjutor el *sochantre* no *eran* el *capiscol,* ni podían serlo, porque el *chantre* ejercía las funciones de director del canto y música, mientras que el *capiscol* era el *maestre-escuela* (el *caput scholae),* y tenía á su cargo la educación é instrucción del clero. Aparte de lo cual, la dignidad de *chantre,* según los canonistas, no era, ni mucho menos, tan *común* como la de *sochantre.*

Carátula = Careta.

¿De veras? ¡Quién lo diría!

Cantará el cuquillo = Frase proverbial que indica lo inseguro y eventual de los sucesos humanos.

¡Señores míos! Confieso ingenuamente que al llegar aquí he sentido vivos deseos de hacer algo parecido á lo que se cuenta de aquel perro de caza que, yendo por el campo con un mal cazador, no tuvo paciencia para aguantar la impericia de éste en achaques cinegéticos, y así, después de haberle visto errar seis ú ocho piezas que le había mostrado, volvióse al cazador, y haciendo *¡Guau!,* tomó la vuelta de la casa.

Lo primero que debía haber hecho el señor Cotarelo es ponerse de acuerdo con el Diccionario, el cual dice que la frase *Por vos cantó el cuclillo* es un «refrán que se aplica al tercero que saca provecho de la riña de

otros dos»; y después de esto, no fiarse de la Academia y echarse á buscar por esos libros, de los que saca tanto jugo como el mundo sabe. Si hubiera hecho esto, quizás hubiese topado con *El Sobremesa,* y es probable que también hubiese encontrado el cuento LVII de la Segunda Parte, cuyo título reza de este modo: «Por qué se dijo *por mi cantó el cuclillo.*» En tal caso, bastaba un adarme de discernimiento para caer en la cuenta de que se trata de una antigua superstición popular, que consistía en creer que oir el canto del cuclillo era de buen agüero. La Academia, tomando el cuento *ad pedem literae,* dijo una tontería de tomo y lomo; pero vmd., seor hidalgo, que no conocíais ni el texto de la Academia ni el del *Sobremesa,* os echasteis por esos trigos de Dios, llevando por fueros vuestros bríos y por prematicas vuestra hidalga voluntad, y, ¡claro!, disteis de bruces, porque en estas cuestiones no basta con poseer la imaginación volcánica de vmd., ni la inventiva á que nos tiene acostumbrados. Siento, pues, tener que decir á vmd. que, al menos ahora, por vos no cantó el cuclillo.

Catar el signo = Decir la buenaventura.

Sí, señor; decir la buenaventura..., ó no decirla; pero *catando* (i. e. mirando) *el signo.*

Comedia.

Reparen vuesasmercedes en el comentario. Dice así, literalmente transcrito:

«242 = Intermédio. Hoy se usa en la forma masculina.»

Esto merece *cargar* un poco en ello la consideración. Si vuesasmercedes leen la citada página 242, hallarán en ella una sola vez la palabra *comedia,* en la antepenúltima línea, en la forma siguiente:

«... todas estas cosas son parte de la comedia, para hacella más graciosa.»

Y, en efecto, á continuación va la primera escena de la *Comedia llamada Medora.*

¿Qué tal? ¿Recuerdan vuesasmercedes ahora la explicación académica? ¿No les parece á vuesasmercedes que es incomprensible? Ni *comedia* es *intermedio,* ni hay en nuestros días ningún desalmado que diga «voy al comedio», en lugar de «voy á la comedia».

¿Qué será esto, cielo santo? ¿Qué le habrá ocurrido en esta ocasión al numen toribiano?... (1).

¡Ah! ¡Ya voy entendiendo! En la línea 15 hallo:

«En este comedio allega la gitana...»,

y aquí, haciendo un pequeño esfuerzo, *comedio* puede interpretarse: *intermedio...*

Pero, ¡voto á tantos! ¿No añade el *vocabulista* que «hoy se usa en la forma masculina»? Pues, ¿no dice el texto *comedio?* ¿No es masculino *comedio?...*

Quizá no tenga yo bien los ojos... ¡Á ver, los quevedos!... ¡Muy bien! Volveré á leer la página 242... ¡Pero si en la línea 15 dice *comedio!*... ¡No cabe la menor!... *¡¡Comedio!!*

¡Señores! ¡Que me *oratizo!* ¡Un médica! ¡Un cataplasmo! ¡¡Socorru!!

Como la mar.

«Parece acepción moderna—escribe el señor Cotarelo—ésta de la frase «como la mar», y, sin embargo, es del siglo XVI.»

¡Graciosidades del Sr. Cotarelo!

La frase á que se refiere es la siguiente: «Me sobra tanto *como la mar.*» Ahora bien; actualmente, ningún cristiano emplea ni entiende semejante frase. Dirá, si acaso, «me sobra *la mar»;* pero *como la mar,* no parece, ni es, acepción moderna, Sr. Cotarelo.

Crego = Cura ó párroco.

Y añade que el Diccionario no admitió esta palabra, no obstante ser tan usada por toda clase de escritores y viva aun hoy en muchos lugares del norte de España. Lo primero, es decir, lo de la no admisión, es verdad; lo segundo lo dudo un poquitín: el que esto escribe conoce bastante los lugares del norte de España, y asegura que no ha oído usar la palabra *crego* como no sea en Galicia, que no es comarca del Norte, y donde

(1) Véase *¡Toribio, saca la lengua!* en el *Vocabulario de madrileñismos,* de D. Roberto Pastor y Molina. *(Revue Hispanique,* tomo XVIII.)

crego, en gallego, naturalmente, significa, no cura ó párroco, como dice el Sr. Cotarelo, sino *clérigo*. Tanto Cañete como Asenjo Barbieri tienen en sus respectivos glosarios la palabra *crego,* lo cual quiere decir que cuarenta y un años antes de que el Sr. Cotarelo hubiese descubierto el vocablo, andaba ya rodando por los textos académicos.

—¿Tan audaz ese hombre es,
que aun á los muertos se atreve?

Cualque = Así como.

¡Qué mal anda vmd. de italiano, Sr. Cotarelo! Y, sin embargo, ese idioma es bastante útil para el que intente hacer un buen estudio acerca del teatro de Lope de Rueda.

Cualque, señor académico de la Lengua, es *cualche,* y *cualche* se traduce: *algún, alguno,* y no: «así como».

Chacotero = Está *chacotero* el mozo.

Sí que lo está, sí, señor, no diciendo lo que significa *chacotero, ni* lo que quiere decir el *chacotear* de la página 223.

Chilladora guitarra; sonorosa guitarra.

Con motivo de los adjetivos aplicados á la guitarra por Lope de Rueda, se le ocurrió al Sr. Cotarelo una reflexión transcendental. Véase:

«Los calificativos aplicados á dicho instrumento prueban que era muy distinto del actual.»

Con la venia de vmd., he de decir á vuesamerced que había *in illo tempore* diferentes clases de guitarras. ¿Sabe vmd., por ventura, lo que eran la *guitarra latina* ó *ladina,* el *morache,* la *guitarra morisca,* la *guitarra serranista?* ¿No? ¡Pues, apréndalo, caray! Y figúrese vmd. si entre tantas clases de guitarras las habría *chilladoras* (como nuestros actuales *guitarros* y *guitarricos*) y las habría *sonorosas* (como nuestra guitarra). Pocos calificativos habrá tan propiamente aplicados como el de *sonorosa* á la guitarra; á vmd. le parece, sin embargo, que la guitarra de hoy no es sonorosa, y no sé á qué atribuirlo, como no sea á algún defecto del tímpano de vmd. En cambio, me explico que crea que la guitarra es poco *chilladora;* es natural: ¡al lado de la gaita gallega!...

¡Chipite, chápete! = Expresión con que se imita el ruido de los garrotazos.

Vuesamerced sabrá.

Chivatezno = Chivo joven.

¡Pero, Señor! ¿Ha visto vmd., por ventura, algún chivo viejo? Claro que no lo habrá visto, porque, como sabe vmd., el chivo, cuando deja de ser chivo, se llama cabrón. Si vmd. se hubiera tomado el trabajo de consultar la última edición del Diccionario de la Real Academia de que vmd. es miembro, hubiera visto que chivo es «la cría de la cabra desde que no mama (debe de querer decir: desde que va á ser mamada) hasta que llega á la edad de procrear (el chivo)»; y, además, enterarse hía vuestra académica merced de que, según el mismo mamotreto ingente, chivato es «el chivo que pasa de seis meses y no llega al año» (no se sabe si porque le matan de cabrito ó porque se muere antes de ser cabrón). De modo, hidalgo, que si vmd. hubiera dicho que chivatezno era diminutivo de chivato, tendría menos que ofrecer á Dios en descargo de sus culpas.

Chirtase (Edic. de Val.)

¡Qué edición de Valencia, ni qué ocho cuartos! Pues ¿no echa de ver vmd. que *chirtase* es errata, por *chirlase?*

Chirlar significa: hablar demasiado y descompasadamente, sin ton ni son, como una cotorra. De ahí el nombre de *chirlito,* aplicado á la pega ó picaza. Al final de cierta carta de la famosa Luisa Sigea al maestro Alvar Gómez, que se conserva manuscrita en la Biblioteca Nacional (signatura antigua R-176), se lee: «Señor, si vmd. quiere un *chirlito* que aquí tengo que no le deje hazer

cosa buena a poder de parlar, yo se la embiare, que me ha hecho borrar dos ó tres veces este escrito, y es Juanita.»

Quevedo usa el vocablo *chirlería* en el sentido de vida buscona y truhanera: «Cenó conmigo el dicho hidalgo, que no traía blanca, y yo me hallaba obligado á sus auisos, porque con ellos abrí los ojos á muchas cosas, inclinándome á la chirlería.» (*Buscón*, capítulo XIII.)

De hoz y de coz = Frase proverbial que indica la posibilidad de hacer una cosa con desahogo, con facilidad.

Dígame, hidalgo: si yo dijese que vuesamerced había hecho la edición de Lope de Rueda de hoz y de coz, ¿no diría una grandísima porrada? A buen seguro que sí; y, no obstante, vmd. ha mostrado al hacerla una facilidad extraordinaria para salir del paso, y un desahogo que le envidiaría el más consumado en el oficio. Pero no es ésta la más negra, amigo; sino que la frase de Lope de Rueda es: *Podría hombre entrar de hoz y de coz...*, y que vos ignorabais que el Diccionario del Katipunan á que pertenecéis dice que meterse ó entrarse de hoz y de coz es «introducirse en alguna parte ó asunto con empeño y sin consideración»; de donde se deduce que si sería disparate decir que vos habíais hecho la edición de Lope de Rueda *de hoz y de coz*, no lo sería afirmar que vos, hidalgo, os entrasteis *de hoz y de coz* por el libro del poeta. Y ahora sólo resta pedir que Dios os lo perdone.

Desacordados = Destemplados.

Suponga vmd., Sr. Cotarelo, que tiene un laúd, y yo otro, y que los *templamos* en nuestros respectivos domicilios. Pues bien; aunque el *temple* sea perfecto, si vmd. y yo nos reunimos para tocar algo, puede suceder, si no estamos *de acuerdo*, que *desacuerden* los instrumentos de un modo horroroso. ¿Ve ahora vmd. cómo no es lo mismo *desacordados* que *destemplados*? Pues ¡adelante con los laúdes!

Desbarbadillo = Muchachuelo atrevido.

Dijisteis, Sr. de Mori, y dijisteis muy mal, rematadamente mal, porque *desbarbadillo*, epíteto que Vallejo aplica al *babosillo* Grimaldo en la *Comedia Eufemia*, es diminutivo de *desbarbado*, y *desbarbado* equivale á *imberbe*, por lo cual Grimaldo contesta al susodicho Vallejo:

«Yo, liebre, no he menester barbas para una gallina como tú.»

¿Ve vmd., señor mío, cómo no es prudente escribir *de hoz y de coz*?

Descabalgar (habla Cotarelo, y dice:) Apearme.

Y me extraña, porque no nos había dicho que fuese caballero, es decir, que fuese cabalgando; pero el caso está en que luego lo aclara con el texto, y añade: «Dos ó tres veces estuve para descabalgar...» ¿De qué, dirán ustedes? Pues oído á la caja:

«... para descabalgar... ¡del asno!»

Si cabalgar es ir á caballo, descabalgar será apearse del caballo (el Sr. Cotarelo ó cualquier otro que cabalgue); pero si descabalgar es apearse del animal en que se va subido, y el Sr Cotarelo iba subido en un asno, debía haber dicho:

Descabalgar = Desasnarme.

Desembracemos = Quitemos.

Mostrad, amigo, el texto.

«Desembracemos los gabanes y cayados. etcétera.»

Dice la Academia que *desembrazar* es «quitar ó sacar del brazo una cosa»; pero me huele que Lope de Rueda no quiso decir que los pastores iban á quitar del brazo los gabanes y los cayados, porque si bien es cierto que parte del gabán va en los brazos y á las vegadas la cayada también del brazo se cuelga, no es probable que Rueda se fijase en estos detalles, pues el gabán, á más de cubrir los brazos, cubre el cuello y el cuerpo, y, en tal caso, lo mismo podía haber dicho *desencollemos* los gabanes ó *desencorpemos* los gabanes. No; ahí *desembracemos* es una con-

tracción de *desembaracemos,* y para convencerse de ello basta con saber que *desembarazar* significa «apartar ó separar uno de sí lo que le estorba ó incomoda para conseguir un fin»; que es, Sr. Cotarelo, lo que los pastores se proponían al despojarse de los gabanes y dejar los cayados, los cuales les estorbaban para la labor de «hinchir las canales de agua». ¿Ve vmd. cómo el sentido común es uno de los más poderosos auxiliares para entender las cosas á derechas? ¿Por qué prescindir de él?

—¡Mírenle, mírenle cómo va agazapado y procurando que no se le oiga ni el aliento!... ¿A que lo pesca? ¿No lo dije? ¡Micho, caray, micho!... ¡Sí, échenle un galgo! ¡Ya va por esos tejados con el hurto, como alma que lleva el diablo!

—Y ¿qué hurtó el minino?

—Un choricejo que tenía la Academia en el puchero, y que decía: «*Deshambrido, da:* muy hambriento.» ¡Miren, miren cómo lo convierte en substancia propia junto á aquella chimenea! ¡Miren cómo maya, diciendo que *deshambridas* es *hambrientas!* ¡Corre, corre, que tú volverás! Y en cuanto vuelvas..., ¡te capo!

Desgaire = Burla.

¡Cá! ¡No diga eso, por su vida! Puede uno estar muy serio, y no mofarse de nadie, y sin embargo *ir al desgaire,* ó sea, «con descuido afectado», como dice el *Mammotrectum* de la Real Academia Española.

Despeado.

Aquí el Sr. Cotarelo y Mori vuelve á dudar y á dar la significación entre los socorridos interrogantes «*Despeado*—dice—: ¿Desherrado?» No sé; pero apuesto algo bueno á que no. Vamos á ver:

Primer texto: «Señor..., será bien que se haga al asnillo una herradura en la mano izquierda, que como trujo media hanega de harina á cuestas, vino el pobre asno á pie despeado.»

Segundo texto: «Que entres en el estabro y sepas dél (del asno)...; y si viene despeado..., etc.»

Vaya, pues no significa *desherrado;* pero, por si acaso, voy á ver lo que dice el Diccionario.

¡Olé, olé! ¡Viva la gracia! Sabed, hidalgo, que también vmd. puede *despearse;* y que si yo le dijese, con causa bastante, por supuesto, que vmd. estaba *despeado,* no podría ofenderse por ello, ni suponer que yo había querido decir á vmd. que se le había caído una herradura, porque no hay tal cosa: *despearse* se puede decir lo mismo de vmd. ó de otra persona que de *cualque* caballería, ora mayor, ora menor, porque *despearse,* según la Academia, y según como se usa esta palabra en Castilla y aun en el resto de España, pues es de uso corriente y moliente, significa «maltratarse los pies el hombre ó el animal por haber caminado mucho». ¡Olé, olé!

Di de mano = Abandoné, desistí.

Y añade el vocabularista: «No hay la frase «dar de mano»; en el Diccionario sólo hallamos «*Dar de manos* = Caerse.»

Disteis de manos, hidalgo; pero no en vuestra acepción, sino en la del Diccionario, al cual citáis.

¡Señores! ¡Se necesita desahogo para escribir lo que hemos copiado!

¡Lo dudan vmds.! Pues abran el Diccionario por el vocablo MANO, y allí leerán:

«*Dar de mano* = Dejar, abandonar.»

¡Alza, Dios, tu ira! (Véase esta frase en el *Vocabulario.)*

Dinerico = Moneda.

No, señor. Diminutivo de *dinero.*

Doña Bruta = Epíteto despreciativo.

¡Don Emilio!

¿De qué clase será este epíteto?

Embaidor = Hechicero, encantador.

«Creo que algún bellaco *embaidor* me la ha encantusado.»

Encantusar, Sr. D. Emilio, no es hechizar ni encantar, único caso en que *embaidor* sería aquel que hechiza ó encanta: *encantusar*, como vmd. bien lo ignora, es «ganar la voluntad de uno con halagos para conseguir de él alguna cosa»; y al que usa tales medios para este fin, llámasele en castellano *engañador,* que es la significación que la Academia da de *embaidor,* así como dice de *embair* que es «embelesar, ofuscar, hacer creer lo que no es, embaucar, engañar»; pero nunca, ¡oh cielos!, hechizar ni encantar. ¡Nunca, digo! ¿Oíslo? ¡¡Nunca!!

¡Ta-tariiiiiiiiii...!

Esto no lo dice el Sr. Cotarelo: lo digo yo, queriendo imitar el toque del cornetín de órdenes llamado *de atención,* porque bien la merece lo que sale ahora. Aquí está ya:

Empozado = Ahogado en un pozo.

Veo que vmd., Sr. Cotarelo, es harto aficionado á anticipar los acontecimientos. Antes, sin piedad alguna, llamó vmd. ebrio y borracho á un pobre barbero que no estaba más que *asomado,* y ahora llama vuesamerced *ahogado* en un pozo á todo aquel que tenga la desgracia de caerse en él. Porque *empozar* es «meter ó echar en un pozo», y *empozado,* por tanto (y si no marra la lógica), será aquel ó aquello que está metido ó le han echado ó se ha echado en un pozo. No obstante, el Sr. Cotarelo y Mori, no solamente desahucia, sino que ahoga á todo empozado. ¡Duro con los empozados!

—Pero—dirán ustedes, y dirán bien—, y si el que se cae en un pozo no se ahoga, porque hay quien acude en su auxilio y le saca, ¿dejará de haber estado *empozado?*

—Sí—respondo yo—; ése es un empozado *ful,* según el Sr. Cotarelo, y sin pizca de formalidad: ¿no cayó en un pozo? ¡Pues á ahogarse, á ahogarse pronto!

—Y si el pozo no tiene agua y el infeliz se mata del golpe, ¿dejará de haber muerto *empozado?*—replicarán ustedes.

Y yo tornaré á contestarles:

—No sean tercos, señores míos; éstos no son *empozados,* y hagan ustedes caso al señor Cotarelo, que sabe más que todos nosotros juntos: los *empozados* son los que se ahogan en un pozo, y cartuchera en el cañón. Y, además, sepan ustedes que si el señor Cotarelo, en vez de hallar el texto que dice «murió empozado..., etc.», se llega á encontrar con estos otros: «murió embarcado», «murió empachado», «murió testado», es casi seguro que glosa de esta manera:

Embarcado = Muerto en un barco.
Empachado = Muerto en un empacho.
Testado = Muerto en un testamento.

Enalbardaré = Engañaré.

Sea así; pero, en tal caso, conste que vuesamerced se ha enalbardado al creer que la edición que ha hecho iba á servir para algo más que para que le zurren la hidalga badana.

Encaramar = Amontonar, agrupar.

Después de dar esta luminosísima explicación, el Sr. Cotarelo pone el texto:

«¡Jesús, y qué ha *encaramado* de disparates!»

Y hace muy bien en ponerlo, porque *encaramar* no es amontonar, ni agrupar, sino «levantar y subir una cosa, ó ponerla sobre otras», como consta en el Diccionario, y como saben hasta los niños de la doctrina.

Encovadas peñas = Parece frase impropia, pues las peñas forman las cuevas, pero no son ellas las *encovadas.*

¿Conque no hay peñas *encovadas?* ¿Conque las peñas *forman* cuevas? ¿Conque *parece* frase *impropia?*

¡Zahúmese vuesamerced!

Engotada = Debe de ser errata, por *engolada.*

Mucho me temo que no, hidalgo... Veamos el texto:

«Sobresaltado me habías...; maldita la sangre que me habías dejado *engotada.*»

¡Lo dicho! *Disteis de mano* nuevamente. Debe de ser lo que es, ó sea *engotada,* porque la frase equivale á ésta: «Maldita la gota de sangre que me habías dejado»; frase á la cual responde otra similar en el lenguaje actual. (Véase el Diccionario, vocablo GOTA.)

Ensañe (Se) = Se arrepienta ó vuelva atrás.

Maestro, me parece un poco fuerte esta interpretación, y, con licencia de vmd., voy á ver el texto que os la ha sugerido.

«... mire que sea eso de presto antes que la novia *se ensañe.*»

También, con licencia de vmd., voy á ver lo que dice el Diccionario: «*Ensañar* = Irritar, enfurecer.»

Y ahora, maestro, ya no me parece fuerte, ni poco ni mucho, la interpretación de vuesamerced, porque me parece error, error crasísimo; ¡muy craso, caray; muy craso!

Entelerido = Entristecido.

¡Por los clavos de Cristo, Sr. Cotarelo! ¡Consulte vmd. el Diccionario de la Real Academia Española, que más obligado está que yo á ello! ¡Consulte, digo! Y allí verá que *entelerido* no es *entristecido,* sino «sobrecogido de frío ó de pavor».

Entenada del Miércoles Corvillo.

Cotarelus dixit:

«Frase proverbial.

»Figura mujeril ridícula, *de muchos pechos* y mal vestida.»

¿En qué quedamos? ¿Es frase, ó es figura? ¿Es proverbio, ó es mujer? ¿Tiene muchos pechos, ó está *tamquam tabula rasa?*

Y, á propósito: ¿Sabe vmd. cuál es el *miércoles corvillo?* Me figuro que no.

Escurribanda = Expedición inquisitiva, ronda.

¡Bien, badajo! ¿De manera que una indagatoria judicial es una *escurribanda?* ¿Una ronda es *escurribanda?* ¿El *Vocabulario* de Cotarelo (que puede considerarse como *expedición inquisitiva)* es otra *escurribanda?*

¡Frescos estamos! ¡Yo que pensaba, con el Diccionario, que *escurribanda* era *escapatoria!*

Escurriduras = Residuos.

EL PRESIDENTE.—¡Señor Cotarelo!

EL SR. COTARELO.—Residuos.

EL PRESIDENTE,—¡Señor Cotarelo! ¡Al orden por primera vez!

EL SR. COTARELO.—Señor presidente, he dicho que escurriduras son residuos, y no creo que...

EL PRESIDENTE *(golpeando furiosamente el pupitre con la campanilla).*—¡¡Señor Cotareloooo!! ¡¡Al orden por segunda vez!!

EL SR. COTARELO.—Me explicaré, señor presidente; al decir que las escurriduras son residuos...

EL PRESIDENTE *(descargando puñetazos sobre la mesa hasta hacerla astillas).*—¡¡¡Señor Cotarelo!!! Retiro á S. S. la palabra.

¡Muy bien, señor presidente! ¡Bravísimo!

¡Vaya! ¿Ve vmd. cómo delante de gente no puede uno permitirse ciertas cosas? ¿De dónde demonios sacó vmd. que las *escurriduras* son *residuos?* Residuo de la combustión, por ejemplo, es la ceniza, y, sin embargo, ¿no sería digno de coroza aquel que dijese que la ceniza es una escurridura? Las escurriduras son las «últimas reliquias ó gotas de un licor que han quedado en el vaso», y el sentido que la palabra tiene en el texto y que ha llamado la atención de vmd., está perfectamente explicado en el Diccionario con la frase «llegar á las escurriduras». ¡Vuesamerced ha perdido un tiempo precioso en buscar explicaciones á cosas que están explicadas desde los tiempos de Labán Arameo!

(Se continuará.)

CONCEPTO DEL UNIVERSO

(ENSAYO FILOSÓFICO)

Filosofía, dicen los entendidos, es investigación del conocimiento del *Ser*, el Absoluto, la causa primera ó raíz de las cosas: *Metafísica;* y es también buscar el conocimiento del ser relativo, ó de las causas segundas de las substancias: *Cosmología;* cuando investiga el de las formas toma el nombre de *Morfología*.

Lo permanente; lo efímero

Conviene recordar, para la inteligencia de lo que escribimos, que cuanto vemos es efímero. Cuando decimos «en el principio fué el *Caos*», queremos decir que cuando todavía la Tierra no estaba dispuesta para producir vegetales y animales, y antes de que cristalizaran los minerales, su estado era de confusión y de mezcla de todos sus elementos; pero no que el *Universo* haya tenido principio: es bueno distinguir. Volverá la Tierra á confundirse con el Sol y continuará existiendo el Universo.

No hay nada más que Dios

El que desea saber pregunta de continuo: ¿Qué es cuanto me rodea? ¿Qué soy yo mismo?

Comenzaré declarando, con muchos grandes pensadores, que Dios y Universo son lo mismo, como lo interno y lo externo es el *Todo*. *Mundo* sonará aquí como la Tierra, planeta que habitamos, partícula del Universo. *Hombre,* actual estado de evolución de las formas animadas en la Tierra, con suficiente conciencia para desear conocerse y mejorar su condición. Y que todo lo que vemos, deseamos y sentimos, lo externo y lo interno, se junta en suprema síntesis vislumbrada hace siglos:

«Todo es uno; no hay nada más que Dios.»

El Universo es la manifestación de Dios: debe ser eterno.

La extendida hipótesis de que el Universo ha sido creado de la Nada sólo puede admitirse en el concepto de que esta *Nada* es el *Todo* sin forma.

Á la vista están las estrellas y los soles de donde procede nuestra vida: la luz que emiten lleva consigo energías sobrantes para estar siempre creando; y cuando ellos se formaron, necesariamente tuvieron que acumularse elementos que no por haber estado en forma muy tenue, fuera del alcance de nuestros toscos sentidos, eran menos reales y vivientes.

Cuanto vemos y tocamos desaparecerá, se transformará; pero no será totalmente aniquilado: sólido, líquido, gaseoso, etéreo, ultraetéreo, existirá.

Lo que está fuera de nuestro alcance es saber cómo pudo formarse la primera estrella; mejor dicho, la primera aglomeración nebulosa; qué fuerzas sostienen agrupadas en determinada dirección las innumerables estrellas de la vía láctea.

Con la hipótesis de la creación *ex nihilo* las consecuencias tienen que ser erróneas y caprichosas; la lógica no tendría razón de ser; y todo indica al estudioso que en la continua evolución que manifiesta el Universo hay causas al alcance de nuestra razón para explicar muchas de las variaciones que presenciamos.

De todos modos, es preferible la sinceridad á la mentira. No sabemos; parece que esta confesión amengua algún tanto el prestigio de los que gobiernan.

Lo que principia, acaba

Si una de las cualidades de Dios es ser eterno, yo también debo ser Dios: vosotros me aseguráis que, según mis obras, me espera un premio ó un castigo eterno; supongo que os referís á mi persona, que nació ayer. ¿Principió ayer y no concluirá nunca? ¡Qué disparate! Lo que principia, acaba: pues me aseguráis la eternidad, extendedla por favor antes de mi nacimiento. Y así es la verdad: me hago á mí mismo, á través de las generaciones y de la evolución, y lo he sido todo: partícula del Único, que se disfraza á menudo con nuevas envolturas.

En cuanto al castigo, ¿lo merezco por haber nacido? ¿Hizo mi padre la semilla de la cual provengo? Se hizo dentro de él.

Mensajero sois, amigo;
non merecéis culpa, non.

El fuego eterno

¿Dónde está este fuego? ¿Está en el Sol? ¿Y hemos de parar allí virtuosos y perversos? Así parece.

Poca libertad observamos en el Universo: la Tierra gira alrededor del Sol; la Luna, alrededor de la Tierra; los animales están sujetos á la necesidad de nutrirse y de combatir con sus rivales ó con los que les impiden vivir... Por este lado poca libertad nos deja la Naturaleza.

Y si no hay libertad, ¿de dónde procede nuestra responsabilidad?

Responsabilidad social

Las sociedades humanas necesitan contener la criminalidad; necesitan combatir lo que les perjudica, en cualquier forma que se presente: fiera de los bosques ó fiera humana; en esta labor se han ideado multitud de sistemas desechados sucesivamente por inadecuados y crueles. La misma pena se ha aplicado muchas veces al inconsciente, al ineducado que al perverso. Se gobierna por el terror, y quizá sea necesario hacerlo así entre salvajes; pero la justicia, allí donde principia á conocerse, produce mejores resultados: eleva la condición del Hombre, aumenta la fuerza social, y lentamente va produciendo en el Mundo un estado mejor.

Los poetas

Los poetas, adelantándose á los descubrimientos de los sabios, idearon un concepto del Mundo que intentaremos reproducir concisamente.

Según ellos—dice *Hesiodo*—, la Tierra no ha sido creada en pocos días; antes de llegar á este estado de relativa hermosura y equilibrio ha sufrido tremendas revoluciones, luchas titánicas entre sus diversos elementos; y poco á poco vemos afirmarse un orden cada vez más lógico y progresivo. Las formas más perfectas se impondrán por fin, después de una larga lucha contra lo anormal y lo monstruoso (selección *darwiniana*).

Esta manera de pensar está justificada por el aspecto mismo de la Tierra: el trastorno geológico, patente todavía, es, según los griegos, efecto de las luchas de las distintas fuerzas de la Naturaleza, oponiéndose unas á otras, y que se simbolizan en los numerosos personajes ó Dioses de su primitiva mitología, que aparecen como agentes y servidores de una Voluntad única.

Historia de la Tierra, según los griegos

En el principio fué el *Caos*, es decir, en el Espacio insondable, *Gea*, la materia todavía sin forma, en estado etéreo; y en ella, *Eros*, la atracción, el deseo de vida en formas diferenciadas. Y no existía el Tiempo *(Cronos)*. Fué lo *Único*.

Han afirmado muchos que *Eros* es posterior á *Gea*. Los que pensamos lo contrario creemos en una manifestación eterna de la vida, con formas que cambian. Pudo ser primero *Gea*, y luego su manifestación; pudo ser siempre, á un tiempo.

Espacio, Éter, Eros: una misma cosa encerrada en tres palabras diversas.

Primera manifestación de la vida, es decir, de la *Idea* traducida en hechos, parecen los primeros soles ó núcleos de los sistemas solares.

Estos soles emiten su propia substancia en forma luminosa de una manera nunca interrumpida, aunque variando de intensidad; y también de tiempo en tiempo, porque el Tiempo nace con las primeras manifestaciones de la vida, se desprenden de ellos grandes masas de materia (Éter agrupado en diferentes formas) en estado gaseoso, que constituyen nuevos soles menores ó astros secundarios, más fáciles de enfriar (perder su substancia luminosa) que los primordiales, alrededor de los cuales giran y hacia los que convergen en el último período de la vida.

Pero mientras viven al calor que sacaron del Sol, que se va concentrando en su interior, se suma el calor que diariamente reciben de su progenitor en la parte que presentan á su acción. Cuando esta temperatura permite la condensación de los vapores acuosos, en la parte no alumbrada por el Sol se produce el Agua. Por eso han dicho los poetas que la Luz y la Noche engendraron á Océano, las aguas en todos sus estados y en todas las formas, desde la gota de rocío hasta la de un inmenso mar; y en estas aguas se darán las primeras manifestaciones de la vida vegetal y animal.

Por eso llama Homero á Océano padre de los Dioses, que proceden de su unión con *Metis,* la Sabiduría.

Océano es representado por una corriente húmeda establecida por la evaporación de las aguas, por las nubes, por las lluvias, por los ríos, por el mar, del cual constantemente salen nuevas evaporaciones. Á esta corriente, concebida en la forma de un inmenso río que envuelve á la vez mares y continentes, se la supone engendradora de la vida, el ente primordial, constante, fijo é inmutable, anterior á todas las formas en la Tierra, que provienen de un principio único.

La obscuridad que reinaba en el *Caos* cesó al formarse los Astros, acumulaciones de materia etérea y difusores de la misma en forma de Luz. Á esta Luz la llaman *Éter* los griegos; y á la de la atmósfera terrestre, suma de la solar y de la de su reflexión en la Tierra, *Hémora.*

Y nótese esta primera aplicación de la palabra Éter, que ha vuelto á sonar mucho en nuestros días.

Bajo la influencia de *Eros,* esta *Luz,* obrando sobre *Gea,* engendra á Urano, el conjunto de los astros primeros y astros menores donde vivirán más tarde las creaciones divinas, ó sean los Dioses secundarios. Y Urano, obrando sobre Gea, engendrará la vida universal.

(Esquilo: *Danaides,* fragmento 108; Ahrens.)

Este es el par primitivo, el par inmortal que vemos celebrado en los poemas védicos.

Su primer hijo es Océano (las aguas); Hiperion es el Sol, que, al parecer, recorre el firmamento; Theia, la aurora, que lo ilumina al amanecer; los Cíclopes, que son el ruido del trueno, el relámpago, el rayo.

Nuevos monstruos nacen del seno de Gea: la Tierra, negras nubes que tratan de obscurecer el Sol, y que Yndra (Vedas) destruye con sus flechas (los rayos).

Urano, padre de tantos seres, se espanta de su número y destruye gran cantidad de sus creaciones.

Gea, compasiva, arma contra su esposo á su último hijo *Cronos* (el tiempo), el cual mata á Urano, tirando á lo lejos los despojos de su virilidad.

Esto es, el Tiempo separa en trozos la vida del planeta.

Sospechamos que esta fábula envuelve una alusión á las distintas y sucesivas épocas geológicas por que ha atravesado la manifestación de la Vida en la Tierra: como una lenta individuación, acentuándose cada vez más; de donde nacerá el supremo dolor (conciencia de separación), cuya única atenuante es la esperanza de reunión en el Único (misticismo).

Aliento de la Vida que en una dirección engendra al Héroe (máximum de diferenciación) y al místico (mínimo de manifestación).

Estos divinos despojos, al caer en el mar, flotarán algún tiempo sobre sus aguas, y á su alrededor se acumulan las blancas espumas de las que nace *Afrodita* (Venus).

Esta aparición de Cronos parece marcar una nueva era en la marcha del mundo: no se suspende la creación de nuevos seres; pero se regulariza, contando con el tiempo. En esta época aparecen ideas y creaciones del orden moral: *Némesis, la discordia, el trabajo, el dolor.*

Cronos sufre la misma suerte que su padre, y es vencido á su vez por *Zeus,* quien le encadena y le obliga á dar nueva vida á lo que fué. Quien todo lo consumía, todo lo verá renacer; la vida no puede interrumpirse.

Los nombres de Dios

En la Teogonía griega Zeus, Júpiter, ocupa el primer lugar, padre común de Dioses y de Hombres, hijo de Cronos y de Urano. Es el ordenador, el todopoderoso, que todo lo ve y todo lo conoce.

Y como así, poco más ó menos, se define nuestro Dios en las escuelas, hemos de reconocer que esta *Idea* difiere poco de la que de *Dyaúspitar* tenían los indos; de *Zeus,* los griegos; de *Jovis,* los latinos. Y no sería verdad la evolución si este concepto no hubiese recibido alguna más extensión en los tiempos modernos.

Respeto merecen tales concepciones; pero la divisa del Hombre es: ¡más allá!

Los que tratan de estancar á la Humanidad en nombre del *Inmutable,* trabajan en vano. Durante un tiempo, demasiado largo por desgracia, se quema á los investigadores, sin distinguir á brujas de pensadores; pero quienes tal hacen, quedan al fin en la impotencia y el descrédito más espantoso; quienes les siguen, sufren la misma suerte; y la *Luz* prevalece, y un Mundo mejor, que nunca será perfecto, se vislumbra cada día más claro.

Ateos se ha llamado á los que piensan que Dios y Universo es una misma cosa; *ateo,* quien niega al Dios antropomórfico, imaginación de la mente atra-

sada (ó maliciosa) del Hombre. ¿Acaso la creación se ha interrumpido? Ella es una evolución lenta de la Naturaleza, que sólo el estudioso comprende.

Vemos destruída por un cataclismo una parte insignificante de la Tierra, que no es destruída, sino modificada en su forma externa, y con ello se creen autorizados los impostores á afirmar que el Hombre es la obra de un momento. La excelsa Voluntad que lo construye no tiene tanta prisa; este día ha podido ser muy bien un período de cien mil años.

El verdadero Dios

Dentro de nosotros llevamos la fuerza, el impulso, el anhelo que ha de modificarnos lentamente, á nosotros y á la especie; este anhelo es *Dios*.

Fuera de nosotros están las fuerzas naturales que actúan sin cesar en la producción y en la destrucción de los seres. Están en nosotros y fuera de nosotros. Están en todas partes; parecen como los agentes de Dios.

Este Dios, á quien queremos conocer, es universal; pero hay otros, inventados para la comodidad en la gobernación, que se parecen á muchos monstruos que ha producido la Naturaleza. Los hay que necesitan sangre, como los tigres. Otros exigen la castración; otros, la esterilidad. Y quizá todas estas cosas fueron alguna vez necesarias; por lo que consideraremos á estos pequeños dioses como provisionales.

Dios, idea del deber

Y ahora, con el deseo de concretar el objeto del breve estudio que precede, diremos que nuestra labor se encamina á llevar al mayor número el conocimiento de que sólo la verdad puede dar frutos de espiritual estímulo para producir una Humanidad mejor. Se engaña á los niños para gobernarlos. Los hombres deben fundar sus acciones en el saber positivo. Necesaria será más de una vez la mentira con los incapaces de alcanzar el conocimiento, con los ofuscados por la pasión. Pero la idea del deber, sacrificio perpetuo en favor de los demás, cada uno en su esfera de acción, debe ser extendida. La verdadera felicidad sólo la da el deber cumplido. Esta serenidad, premio de la virtud, supera en sensación de íntima alegría á todos los demás placeres de un orden inferior.

¡Dichoso quien la alcanza!

Pitágoras

Pitágoras, nacido en Samos (Grecia) 600 años antes de Cristo; filósofo aristocrático, enseñó una doctrina recogida de los conocimientos de su tiempo y de las noticias que pudo adquirir de egipcios, babilonios é indostánicos.

Su discípulo, Moderato de Gades, propagó en España estas enseñanzas. Y más tarde Plotino, neoplatónico, armonizó las pitagóricas con las de Platón.

A través de los tiempos han llegado hasta nosotros, y ahora presentaré un breve extracto de las mismas, con alguna de sus consecuencias, tal cual he alcanzado á comprenderlas.

Para Pitágoras el alma es una armonía que tiene su número; cada alma el suyo; y un número es una suma; y como todo es uno, aunque compongan el alma una suma de elementos al parecer heterogéneos, todos se suman en uno, que es *luz* = luz, que es calor; calor, que es movimiento; movimiento, que es sonido: sonido armónico ó inarmónico; armonía, que es alma; alma, que forma armónicamente su cuerpo, tanto más hermoso cuanto más armónico: y véase cómo esta hermosura parece emitir algo de la luz de la que fué creada; y cómo y por qué se diferencian las almas...; y cómo hemos llegado á este estado de cultura por el esfuerzo virtuoso de los que nos precedieron; y cómo nuestra virtud engendrará el bien para nuestros sucesores.

Y en el camino recto estaremos si cuidamos y educamos nuestro cuerpo y nuestro espíritu, porque del fuerte y del educado pueden esperar algún bien los demás; y como cada cosa engendra su semejante, podremos esperar que nuestros hijos sean la gloria de nuestra vejez, y confirmen la esperanza de un estado mejor para nuestra especie, objetivo suficiente del humano esfuerzo, reflejo de la divina acción.

Cuidaban los pitagóricos de moderar sus pasiones y contener su cólera; moldeaban y domaban sus cuerpos con ejercicios corporales, y serenaban sus ánimos con la música, á cuyo influjo sentían desvanecerse sus almas en el seno de la Naturaleza.

Era su lógica la Matemática, ciencia que acompaña á Dios en la circunstancia de estar en todas partes, considerándola como la clave de la sabiduría y la mejor compañera de la razón.

Creían que las buenas y las malas acciones producían recompensas y castigos, tanto en las almas de los vivientes, cuanto en las de los que vendrían á sucederles; y de este modo enseñaba á construir por la virtud almas mejores, conciencias serenas gozando la estimación de sí mismas, alcanzada por el cumplimiento del deber, no encastilladas en su propia presunción, sino en acción constante de conocer lo mejor, y señalar con actos adecuados á sus fuerzas el interés que sentían por mejorar cada día más las condiciones en que se desenvuelve el hombre.

***

En el número *uno* representaban el principio de Unidad de toda la Naturaleza. Es la *mónada,* origen de todo; es el *Único,* el Universo, el Dios sin nombre, lo incognoscible.

El Único se separa en *dos* partes, Luz y tinieblas: lo manifestado, lo ocul-

to; el día, la noche; es la díada; son los astros emitiendo su substancia luminosa; y es esta misma substancia aglomerándose de nuevo para formar la nebulosa, hasta manifestarse en nuevos soles; es el aliento de la Vida, rítmico y alternado; su símbolo la +, al comprender á los contrarios, lo encierra *todo* en sí.

Viene después el *tres,* la tríada, la trinidad, mínima expresión de lo determinado en el triángulo, y máxima fórmula de los tres aspectos del Único: creación, conservación, destrucción; primera forma y primer principio de las formas, que más tarde será individuación, egoísmo y rotación incesante de la Vida.

Y el primer volumen regular será un tetraedro de cuatro caras triangulares, y la pirámide, de base triangular, será la unión de dos volúmenes primordiales; primer *par,* unido, por donde principia la evolución; y cuando las formas sean los seres conscientes que llamamos *Hombres,* capaces de meditar sobre el *uno,* sobre el *dos* y sobre el *tres,* nacerá la idea mística, el dolor de la separación; y por esta intuición, las religiones, que no son otra cosa que asociaciones de Hombres que buscan un consuelo, y que cultivan la esperanza de una inefable unión con el *Todo,* de donde proceden.

Pero mientras vivan en la Tierra les será preciso atender á su necesidad, guiándose por una moral conservadora de la especie; y ejercitarán su acción, que si ha de ser fecunda y provechosa, será el constante sacrificio por las nuevas generaciones, como hacen las madres por sus hijos; *sacrificio* que exige el continuo *estudio* de la Naturaleza que nos rodea, y la constante *labor* contra sus fuerzas destructoras.

Y sólo en esta incesante práctica de la Virtud, determinada claramente por estas tres palabras, encontrará el combatiente serenidad para su ánimo, y sólo por este camino se alcanzará la victoria sobre el *Dolor*.

Leopoldo Díaz Vallés.

LA RECÍPROCA

(Belisario Roldán.)

Ostentando la más alta representación á que puede aspirar un patriota; llevando un amplio poder del Ejército y la Marina nacionales para rendir justo tributo de gratitud á la colonia argentina de Francia, que ha consagrado la memoria del ilustre libertador San Martín erigiéndole un monumento grande y hermoso en Boulogne-sur-Mer; trayendo á Europa y á la tierra galicana la voz de un Ejército y una Marina poderosos, viene el Dr. Roldán, ilustre argentino, príncipe de la elocuencia americana.



D. Belisario Roldán.

Nadie mejor que él para imponer á Europa con una voz de bronce y adunar con su eco á los hispanoamericanos dispersos; nadie mejor que él para recoger la admiración del mundo por el Gran Capitán de los Andes, y concretar el entusiasmo y el amor y la gratitud y todo el sentimiento que su nombre despierta en un himno peánico que vibre en el espacio y anuncie á todos como una bella epifanía el Centenario de la Libertad.

Será el embajador de una tierra joven que rebosa de vida y asciende en línea recta hacia el progreso el que haga oir su voz, y ante la gloriosa juventud de su talento cesará el clamoreo y la confusa sensación de vida inquieta que impera en toda Europa, y una avalancha de conceptos nuevos é ideales vigorosos de color y de fuerza nos llevará á la luz.

Luego, como en un gallardo desquite, vendrá á España. En Madrid y Barcelona dará conferencias hasta que arribe la fecha del Concurso internacional de Oratoria de Roma, en donde representará dignamente á su nación.

Es la recíproca de nuestras embajadas. Roldán viene aquí porque Blasco Ibáñez y Altamira fueron allá.

Por eso es de interés conocerle, estudiar su personalidad, medir la enorme capacidad de su talento.

***

Mal que les pese á los que sugirieron la habilísima doctrina de Monroe, organizaron la misión de Mr. Root y laboraron para sus designios en el Congreso panamericano de Río Janeiro, las Repúblicas de la América del Sur,

que sienten su fuerza y conocen hoy en día su fortuna, tienden á seguir, más que el dudoso parentesco de un mismo continente, las afinidades de raza y de civilización. De ahí el entusiasmo con que France, Blasco Ibáñez y Altamira han sido acogidos. Pero si en la Argentina la corriente hacia Europa es muy intensa, lo ha sido hasta el presente por el deseo unánime de modelar su espíritu en los sabios troqueles de nuestra vieja y refinadísima cultura, y hacer más perfecta la nueva raza.

Hora es ya de que para aumentar la intimidad de la relación establecida se destaque una voz que nos enseñe y nos diga de su modo de ser, de su nacionalidad y patriotismo, de su vida y de su ambiente.

La definición de Gastón Donnet: *une mosaique anglo-franco-germano-hispano-italienne* y su conclusión *pas d'argentins* ha sido rechazada. Se ha hablado hasta la saciedad de un poderoso crisol de razas. Mas no se ha dicho fijamente nada del sello que á la nueva distingue, ni de su alma, ni de sus ideales. Además, en Europa, aunque sea injusticia notoria hija del egotismo soberbio de todos los viejos, no se conoce el espíritu de América. No se conoce, porque no se estudia. Las estadísticas comerciales son las únicas que la mayoría lee, por el egoísmo que se oculta en todo tráfico mercantil.

Todo eso va á desaparecer. Un hombre que al enhestar la bandera blanca y azul de Belgrano y venir á nosotros nos dice ya cuál es su propósito, dejará oir su voz reveladora. Ante él, oyéndole, viendo la mirada aguda, de taladro, de sus ojos menudos que arden como brasas, y su gesto dominador de multitudes, las nieblas se abrirán, y como el rayo del sol descubre en la blancura hialina de las hilas del agua pluvial la riqueza del iris, su inteligencia luminosa descubrirá en el gayo trapo nacional argentino el infinito colorido de la raza que nace.

El rojo vívido de su sangre joven, el rosa puro de sus amores, el azul de su fe, el verde de su esperanza en el culto fisiócrata, el gualdo brillo de su riqueza, ganada con la santa constancia del trabajo, todos los tonos, en fin, de una gama riquísima, compleja, de alma moderna, que hace del ideal de la juventud—crear y construir, como dice Fauchois—su propio ideal.

Eso hará el Dr. Roldán, cuya elocuencia extraordinaria es un venero mágico de ideas hermosísimas vestidas con un ropaje de poesía dannunziana, exquisita, aristocrática, que, como los cendales de las figulinas de Tanagra, sólo sirve para hacer resaltar más y más la bella verdad de sus conceptos.

Oyéndole, toda la vida argentina irá adquiriendo ante nosotros relieve, color, sonido y movimiento. La majestuosa soledad de la pampa; la olímpica soberbia abrupta de los Andes; la vida libre de las estancias, esos emporios de cultura *en cuyas entrañas es lícito buscar á la patria como se busca la salud en algunas de sus serranías, y tras de cuyos muros, al igual de la nobleza de Francia en la Vendée, parece que tendieran á amurallarse los últimos blasones del patriciado nativo;* el ajetreo infinito de la enorme cosmópolis porteña con su *policromía de cosas deslumbradoras:* todo irá surgiendo á nuestros ojos ante la voz evocadora.

Nos hablará de todo. Una sensación de patria argentina, de pueblo joven, agitará nuestras almas «rudas, orgullosas, apasionadas, á menudo crueles, incapaces de flexibilidad ninguna» (¡!), según expresa Turot. Del Tucumán, «opulento de tradiciones y orgulloso de guardar en su seno, como en una vitrina inmensa, la reliquia veneranda de su historia. Basílica de la libertad de América no obstante su franciscana pobreza, pues que en su seno oficiaron nuestros abuelos la misa mayor de la independencia, un día que debió ser de gala para la América entera, como si el azul de la enseña se hubiera corrido por el espacio para cubrir y amparar á todos los oprimidos circunvecinos...»

De Córdoba «la pensadora, la salmantina, la cerebral; la que un día esparció sobre toda la República el ambiente incontaminado de sus claustros; la que magnificar supo la toga y el entorchado y la sotana en fuerza de producir á su Vélez, á su «manco» y á su Deán; la que al través de las ineludibles transfiguraciones mantiene integralmente el prestigio de la línea originaria, haciendo pensar en una de esas antiguas joyas de plata cincelada, sobre las cuales no pasa el tiempo como no sea para exaltar más todavía la gracia del orfebre peregrino que las buriló; la arcaica, cuya incorporación á las corrientes fecundas del progreso moderno no le ha impedido salvar su fisonomía propia, probando una vez más que un grupo orgánico de hombres libres puede avanzar hacia el porvenir como avanza el Amazonas hacia el mar: conservando la dulzura de sus aguas en medio del salitre circundante...»

Sus períodos redondos, fluidos, brillantes de forma y claros de fondo como arroyos de agua cristalina, adquirirán resonancias de trompa guerrera, acentos de bronce y grandeza de marcha triunfal cuando nos diga, con la limpieza y el vigor de una página de Beltramelli, de la consagración de la heroica jornada de la Independencia.

«Será, no lo dudemos, un día inmenso—sugerirá, como ya lo hizo en Buenos Aires—. Será por lo radiante y por lo vasto un día á la vez ecuatorial y bíblico. Todo el Nuevo Mundo levantará la cabeza para mirarnos; y las viejas civilizaciones habrán de trazar, para vernos bien, una línea visual de perfecta horizontalidad. Estaremos investidos de cumbre. El alba de aquel día se desplegará sobre el caro suelo como un beso propiciatorio; de las florestas lejanas llegará un murmullo solemne, y el Ande inmediato parecerá monologar así:

»—Yo fuí testigo del advenimiento... Mi lomo está timbrado por los cascos de la gran caballería. Hoy resonaron dianas entre mis rocas, como si el libertador hubiera sembrado clarinadas allí, y esta siembra de ruido sagrado se recogiera al fin de la primera centuria... Yo fuí testigo del advenimiento. Era una mañana luminosa. El sol, como una inmensa pupila absorta, se había arrimado á mis picachos para ver de cerca la epopeya, y tan bajo se vino, que las bayonetas en marcha arrancaban pedazos de disco y se embanderaban de astro. Hubo un momento en que el Gran Capitán se detuvo y miró: arriba de su cabeza no estaba sino Dios; á sus pies estaba el mundo. Y la falange ar-

gentina siguió marchando; y cuando cruzaba las hondonadas los abismos se llenaban de libertad... De pronto irrumpió en la llanura un estruendo inaudito, un estampido colosal hecho de todos los ruidos: hecho de pólvora, de grito, de imprecación, de lamento, de clamoreo, de protesta, de blasfemia, de rebeliones, de rupturas, de retumbos, de redobles, de rugidos, de rayos y de rabia; una sinfonía bárbara que pobló mi nada, pegó en mis cumbres, repercutió en mis rocas, gruñó en mis desfiladeros y rugió en mis abismos; una sinfonía bárbara que acabó por aguzarse en una última nota vibrante y metálica; una última nota que rebotó de soslayo en la arista de una cumbre y voló hacia arriba, como si fuera el mensaje destinado á llevar al solio del Eterno el parte sideral de la victoria...

»Y parecerá que la montaña continúa:

»—Después... un resplandor rojizo se divulgó por los cielos, y hasta las criptas más trágicamente negras de mi entraña se tiñeron de esa misma coloración... ¡Era que toda la sangre argentina derramada en el valle acababa de izarse en el espacio para constelar en aurora, la aurora de un nuevo día, la aurora de un mundo libre, por cuya inmensidad estremecida corrió el nombre del redentor, acaudillado por los vientos, aclamado por los mares, saludado por los bosques, bendecido por las selvas y ungido por las almas; y como si en su contacto con cumbres y con águilas, las alas de una, simbólica y magnífica, se hubieran prendido á sus dos flancos de criatura épica, aquel hombre y aquel nombre volaron por toda la órbita de la América libertada!

»Señores:

»Será aquél, repito, un día inmenso. Exhumadas de los museos y carcomidas por el tiempo, volverán á doblar las mismas campanas que cien años antes tocaron á rebato; y el propio son metálico á cuyo conjuro vibró la aldea embriagará de patria á la metrópoli... Flotará en el espacio un frescor de cumbre sagrada. Entre los ruidos del regocijo habrá minutos de un silencio solemne. Seis millones de hombres estarán conjugando sus corazones en un solo latido. La muchedumbre, por instinto, mirará hacia arriba, como procurando definir en líneas precisas el motivo de sus evocaciones fervorosas, y le parecerá que ve materialmente pinceladas fragmentarias del drama épico... ¡Es primero un punto, luego una nube, aquello que aparece de pronto en la cresta de una loma, turbando como con una mancha la blancura de los cielos; aquello que aparece de pronto en la cresta de una loma, que avanza, crece, se agiganta, se precipita, llega, embiste, horada, mata y pasa, en una tan prodigiosa armonía de hombres y corceles, de cascos y crines y penachos, de aceros luminosos como pupilas y de ancas trémulas chispeando bajo el sol, que se echa de menos la detonación que debió preceder al disparo de aquel formidable proyectil de carne y hueso: es San Martín, que carga en Chacabuco; San Martín, que en el momento de la incertidumbre suprema ha hecho á un lado el catalejo con que estaba quemando las espaldas de la infantería entreverada, ha desnudado el sable y se ha puesto al frente de un escuadrón de granaderos que van á hacer rayar sus redomones en los umbrales mismos de

la gloria, signando con su sangre y con su triunfo el alegato más gigantesco que por la libertad humana haya suscrito jamás la espada de un guerrero en todos los días vividos de la vida universal!

»La muchedumbre creerá ver, repito, como esbozadas en lienzos inasibles las escenas salientes del drama glorioso; y los bien amados de su corazón, los varones insignes que complementaron muy luego la obra magna, aparecerán también; y como si un telón se hubiera descorrido, asomará de pronto, allá en la altura, la mansa, la profunda, la evangélica fisonomía de Mitre; y ante la presencia solidaria de sus dos predilectos, pensarán las multitudes, en una última fórmula definitiva y concreta, que el héroe de los Andes fué el Mitre de la epopeya, y Mitre el gran capitán de las instituciones... Estaremos asistiendo á una como enérgica consagración de soberanía. La imagen de los hombres del Cabildo abierto, difundida por el cromo ofrendario, presidirá con severidades de estampa sagrada la mesa larga de los hogares patriarcales; é imagino la cara vieja de nuestros padres, de los que viven aún, al levantar la copa para beber por la patria en la íntima cena de familia, teñirse de un jubiloso resplandor desconocido, como si la aurora de la República, que ellos pudieron ver de cerca en su niñez, se derramara de nuevo en aquel instante sobre el plateado bendito de sus canas... Todo parecerá grande á nuestro alrededor. Los versos del himno, que ahora no llegan hasta nuestra emoción porque tropiezan en nuestra literatura, asumirán ese día una majestad desconocida; y el pueblo repetirá augustamente, como poseído de unción sacerdotal, las palabras legendarias: «Oid, mortales, el grito sagrado...» «Coronada su sien de laureles...» «Desde un polo hasta el otro resuena...», y parecerá que asume tonalidades de trompeta bíblica la voz argentina y fuerte que se levante sobre las otras para decir:

»¡Y los libres del mundo responden:
Al gran pueblo argentino, salud!»

***

Tal es el Dr. Belisario Roldán, embajador que envía el espíritu argentino á la vieja Europa, y en especial á la madre España. Es necesario que los buenos patriotas se compenetren bien de la hermosa intención que encierra el desquite argentino enviándonoslo, y de lo mucho que con él podemos aprender, en nuestro bien y en nuestra utilidad.

Roldán adora en España á la madre que en el esfuerzo de la maternidad agotó su energía. Trae la representación de los que como él nos afeccionan, que son innumerables.

Él mismo lo ha dicho:

«Los argentinos amamos con el alma cuanto es de España.

»Amamos su idioma, que reúne las ventajas de todos, vibrando con majestuosas lozanías y caballerescas arrogancias desde el Fuero Juzgo hasta vuestra magnífica *Barraca,* amigo Blasco Ibáñez.

»Amamos su bandera, en que se unen prodigiosamente la gloria y la poesía, la enseña del triunfador y el manto arrogante de la belleza.

»Amamos en sus maravillosos pintores, desde Velázquez á Sorolla.

»La amamos en sus mismas decadencias, porque necesaria era la triste noche para compensación de tan gigantesco día.

»La amamos en el teatro de Benavente, en su tesoro escultórico, por el cual parece hubiera ocurrido allá la providencia, el genio, cinceles y mármoles; en sus poetas, en sus cúpulas, en sus claustros universitarios, sobre todo el de que pudieran decir todas las Universidades latinas: ¡Salamanca es mi madre!

»Amamos á España en sus estudiantinas, en sus rondallas, hasta en sus plazas de toros, donde nos llena de entusiasmo el fiero bruto que pasea en sus pitones un tercio de Carlos V; en sus balcones floridos, en sus mujeres y en el mantón preclaro que no cubre los hombros de ninguna otra en la tierra, porque la mujer española ha robado el secreto de usarlo como regio manto.

»Amamos á España con adoración de devotos y cariños filiales hasta en nuestras luchas por la independencia, pues la guerra de la independencia argentina no fué sino una guerra civil, como lo demuestra que hubiera españoles y liberales luchando por la emancipación, mientras había criollos reaccionarios luchando á favor de la Monarquía absoluta.

»¿Cómo no llevar lleno de emoción y orgullo á la madre patria este mensaje de los argentinos, si, malgrado la confusión inmigratoria, el alma española sigue compenetrando el alma argentina en todas sus palpitaciones espontáneas y sinceras?

»Hasta la guitarra que alegraba con notas de viril desafío las noches heroicas de Zaragoza, es también la consoladora compañera de nuestro paisano, y dijérase que sus notas llenan de España el espíritu y el espacio inmenso de la Pampa.

»Sí, españoles; nuestro país tiene con el vuestro una deuda de gratitud inmensa, porque todo él, su emancipación inclusive, es la obra de vuestra grandeza.

»El mismo San Martín era un soldado español: Yapeyú fué engendrado en Bailén.

»El guerrero que se batió victoriosamente en Chacabuco y Maipo por la independencia americana, había luchado también por la independencia española.

»Los héroes imaginarios que crean los genios tienen á veces determinada encarnación.

»Y San Martín, que después de engendrar tres repúblicas declara que es peligrosa para la democracia la presencia de un general victorioso, y se retira solo y modesto, es el primer descendiente magnífico y carnal de Don Quijote de la Mancha.

»Con tales impresiones voy á España. Y ni el hábito á los públicos y á la expresión de mis ideas disminuirán la hondísima conmoción que sentiré en

el seno de la adorada y vieja madre; entre aquellos corazones gigantescos, que cuando palpitaban parecían esparcir por el mundo redobles de grandeza y valentía.»

Tal es el Dr. Belisario Roldán, embajador que envía la República poderosísima del Plata á su madre en Europa.

Ahora, los que representan el espíritu patrio en Madrid y Barcelona, las dos bellas ciudades, y los que aún sienten amor por los hermanos libres y cifran en ellos su fe, tienen la palabra para organizar una acogida que equivalga á la que aquéllos dispensaron á los nuestros.

Rafael Vehils.

Barcelona, agosto de 1909.

Contra la difusión de la cultura

(Paradoja improvisada.)

Mateo Arnold define la cultura diciendo que consiste en conocer lo mejor que se ha pensado y se ha dicho en el mundo. Es la crítica de la vida, añade un comentarista (1). Así considerada, la cultura debe repartirse á todos y propagarse en los dominios más amplios que nos sea posible. Porque toda cultura es siempre de grandes grupos y para vastos horizontes. Espejo y flor de toda noble cultura es la actual cultura europea, que considera á Europa, para los fines intelectuales y morales, según dice el citado Arnold, como una gran confederación unida por una acción común, y trabajando en un resultado común, y cuyos miembros tienen como equipo común un conocimiento general de la antigüedad griega, romana y oriental, y unos de otros entre sí.

La propagación de la cultura entraña graves peligros, á pesar de su bondad intrínseca. Ante todo, corre el peligro de resultar estéril esa difusión. Porque siempre será cierto (contra los desvaríos utópicos de los *culturistas)* que sólo un hombre entre cuatro mil puede sobresalir, según los cálculos del antropólogo inglés Galton, y no hay uno entre un millón que tenga algo de esa intensidad de aptitud instintiva, de esa sed ardiente de sobresalir que se llama «genio».

Además, la cultura general de las masas puede perjudicar á los hombres de verdadera genialidad, porque la democracia igualitaria, que lo nivela todo y lo arrasa todo, derriba también las futuras Himalayas en germinación del genio. Donde todo el mundo lo sabe todo, ó quiere saberlo todo, es imposible sobresalir y distinguirse por nada. Ya no hay montañas intelectuales: ya todo es llanura. Y la planicie mental acaba por ser abismo donde todo se ahoga y se anula, y nada grande puede salir á flote. Las multitudes infatuadas de su cultura á medias, de su *mediania ilustrada,* pueden ser altamente perjudiciales al talento poderoso. Con ellas es imposible hacer obra de provecho. Es más fácil influir sobre analfabetos que sobre semicultos.

Los hombres más sólidos de cerebro y más henchidos de cultura no pueden sustraerse al influjo de la multitud, y acatan sus dictámenes, cuando despreciarían aisladamente y uno por uno el juicio de cada individuo de los que componen esa misma multitud. Es una inmensa fuerza, arrollante como la resaca del mar, contra la cual nada valen los esfuerzos de los más intrépidos nadadores. «El peligro de las democracias nuevas—ha escrito Tarde (2)—es la dificultad creciente para los hombres de pensamiento de escapar

(1) *Essays in Criticism,* pág. 237.
(2) *L'Opinion et la Foule,* I, VII, pág. 61; París, 1901.

á la obsesión de la agitación fascinadora. Es difícil descender como campana de buzo *(en cloche à plongeur)* á un mar muy agitado. Las individualidades directoras que nuestras sociedades contemporáneas ponen de relieve son cada vez más los escritores que viven con ellas en continuo contacto; y la acción poderosa que ejercen, preferible seguramente á la ceguedad de las muchedumbres acéfalas, es ya un mentís lanzado á la teoría de las masas creadoras. Mas no es bastante; y como no basta propagar por todas partes una cultura media, y es menester, ante todo, llevar cada vez más arriba la más alta cultura, puede uno preocuparse, con Summer Maine, de lo que ocurrirá en el porvenir con los últimos *intelectuales*, cuyos servicios á largos plazos no hieren los ojos. Lo que preserva á las montañas de ser arrasadas y transformadas en tierras laborables, en viñas ó en prados de alfalfa, por los habitantes de las poblaciones montañosas, no es en modo alguno el sentimiento de los servicios prestados por estos castillos de aguas naturales; es simplemente la solidez de sus picos, la dureza de su substancia, demasiado costosa de volar con dinamita. Lo que preservará de la destrucción y de la nivelación democrática á las eminencias intelectuales y artísticas de la Humanidad, me temo que no será el agradecimiento al bien que el mundo les debe, la justa estimación del valor de sus descubrimientos. ¿Qué será, pues?... Quisiera creer que será su fuerza de resistencia. ¡Guay de ellas si llegan á disgregarse!...»

Creo que es un error decir que la cultura hace á los hombres amigos: *homines ex cultura amici*. Está equivocado el casi siempre clarividente y perspicaz Ortega Gasset cuando dice: «Nuestros cuerpos manan enemistad; nuestros instintos segregan desvío y repulsión. ¡Qué importa! Alojada en el órgano material, cada alma es una hilandera de ideal, productora de hilos sutilísimos, que traspasan otras almas hermanas, como rayos de sol, y luego otras y otras. Lentamente los hilos se multiplican; el tejido de la cultura se hace más prieto y complicado» (1). Nada hay que cree tanta hostilidad como la cultura, porque nada hay que origine tanta infatuación y endiosamiento en cada cual; y el orgullo nos hace encastillarnos en nuestra torre interior y mirar con desdén á los demás hombres. Sobre todo, la cultura mal digerida, engendradora de falsa superioridad, aparta á los hombres unos de otros. La cultura hace secarse el jugo de la bondad y agota la fuente viva de lo espontáneo y de lo primitivo... Crea un yo postizo, superpuesto al yo natural y originario.

Huxley dice (y es testimonio de peso) que se conocen personas que son tan obtusas y estúpidas por un saber mal digerido, como otras lo son por un exceso de carne y de bebida (2). La comparación no puede ser más adecuada, aunque parezca dura. La mucha ciencia hincha, dijo ya San Pablo: *Scientia inflat*. Hincha y congestiona. La congestión se llama también embotamiento y torpidez de las células pensantes y de las fibras afectivas...

---

(1) *Renan: Teoría de lo verosímil*, III; *Los Lunes de El Imparcial*, 8 de marzo de 1909.

(2) *Las Ciencias Naturales y la Educación*, XII, pág. 333, edición francesa; París, 1891.

Hay que oponerse á este sopor general que puede producir la cultura mal distribuída. La cultura es como ciertos medicamentos: á pequeñas dosis, tónicos; á grandes dosis, nocivos. Por la propagación inconsiderada y desmedida de la cultura entronizamos la democracia y el mercantilismo en el arte, y esto conduce al embrutecimiento general... Hacia él marchamos á pasos agigantados. El *conandoylismo* es un signo de los tiempos...

Para el día en que llegue la instauración final de un arte democrático y mercantilista, quede aquí consignada mi protesta firme y altiva. Aborrezco las bibliotecas baratas, el arte *à bon marchè;* abomino de los *cines,* de *La Novela Ilustrada,* de los éxitos de Sherlock-Holmes y de los Manuales Soler...

Andrés González-Blanco.

LA PINTURA DECORATIVA EN GENERAL

Y SUS APLICACIONES A LAS INDUSTRIAS ARTÍSTICAS

Conclusiones de la Memoria presentada al Gobierno de S. M. por el profesor numerario de la Escuela Superior de Artes Industriales de Córdoba D. Manuel Villegas Brieva, pensionado para ampliar sus estudios en París é Italia por Real orden de 6 de junio de 1905 durante el curso académico de 1905 á 1906.

I

Relatado mi viaje lo menos mal que he podido, intercalando los juicios que sugería en mí la observación de las obras de arte decorativo que más directamente interesaban á mis estudios, consignaré ahora—lo más brevemente que pueda—en forma de conclusiones mis personales opiniones sobre los medios para que nuestras artes decorativas entren resueltamente en la evolución felizmente emprendida por los países más adelantados de Europa, en algunos de los cuales ha adquirido ya estado definitivo, mientras que en el nuestro no pasa de ser una aspiración generosa de los menos.

Se puede afirmar que en todas las grandes épocas de arte, tanto en la antigüedad, sobre todo en los pueblos orientales, como después en toda la Edad Media, las artes gráficas y plásticas en todas sus manifestaciones son arte decorativo; es decir, que su misión es de una utilidad siempre determinada; que es un arte de conjuntos en que las especialidades cultivadas por los diferentes artistas que con su obra particular contribuían á la obra total, se superditaban á una sola inspiración, á un solo pensamiento, del que todos participaban, haciendo así desaparecer su personalidad y contentándose con la parte de gloria que les correspondiese en la obra completa, sin perder por eso su libertad de concepto en cuanto á la interpretación y ejecución de la parte á ellos encomendada. Así, pues, para un edificio monumental, el pintor, el escultor, el ceramista, el tapicero, el herrero, etc., etc., identificados con el arquitecto autor de la construcción, aportaban su arte especial con tal unidad de criterio y pensamiento, que á veces parece que la construcción se hubiera hecho para el decorado, en vez de ser éste hecho para embellecer aquélla.

Más adelante se ocurre, sin duda, á los artistas que su arte personal debe ser considerado aparte de la misión que le corresponda en un conjunto; que á la gloria que pueda alcanzar su obra debe ir unido su nombre; es decir, se individualiza, y entonces (ya con el Renacimiento) se inicia esa división de los artistas en dos jerarquías, la cual ha ido acentuándose cada vez más hasta nuestros días, en que la división es completa. La primera jerarquía la forman los artistas que hacen la obra aislada sin destino determinado, el trozo, el

llamado *arte puro;* y la segunda, los que tienen el arte como oficio, y la decoración como medio de industria. Estos últimos, á los que podríamos llamar prácticos de la decoración, como la industria no aprecia en ellos más que la mayor habilidad en la mano de obra, que se traduce en algunas pesetas más de ganancia, pero sin ninguna parte de gloria, no se toman el trabajo de estudiar, y se contentan con seguir las variaciones de la moda, sean buenas ó malas; influídos constantemente por elementos de arte importado, venga de donde viniere, no intentan siquiera el menor esfuerzo personal de invención, y se contentan con eso que ellos llaman el *arte aplicado á la industria.*

Por fortuna, en estos últimos años parece que se está formando una especie de jerarquía intermedia, compuesta de artistas de talento é instruídos que se dedican especialmente á la decoración, y son los que verdaderamente merecen el nombre de *artistas decoradores.*

En mi concepto, no debe establecerse división alguna entre los artistas que hacen el *arte puro* (llamémosle así) y estos *artistas decoradores;* creo que es sólo una cuestión de conocimientos, de instrucción, es decir, de enseñanza.

No participo de la opinión, desgraciadamente bastante generalizada entre los artistas, sobre todo entre los primeros, de no reconocer otra regla de arte que las condiciones individuales, la voluntad y el capricho del artista, afirmando los más radicales que toda enseñanza es, no sólo inútil, sino perjudicial, y contentándose los menos exaltados con reducir su instrucción al conocimiento rápidamente adquirido de fórmulas empíricas establecidas fuera de toda regla y de toda razón. A los que así piensan es inútil dirigirse, por aquello de que el peor sordo es el que no quiere oir; el tiempo se encargará de sacarles de su error. Los que hacen un arte racional y lógico, un arte aplicable y socialmente útil, y los que, más modestamente, ponen su talento y su genio al servicio de las artes industriales, de la decoración de la materia que avaloran, produciendo un aumento de riqueza nacional, mayor elevación de cultura general y de bienestar moral, por el embellecimiento de todos los objetos necesarios á la vida, por modesto que sea su valor; en una palabra, los que realizan con su arte un fin social útil, directo é inmediato, merecen de la sociedad á quien benefician una protección tan directa é inmediata como lo es el beneficio producido. La instrucción de estos artistas es de una necesidad social tan perentoria como pueda serlo la de los agricultores, industriales ó comerciantes.

Su enseñanza tiene que ser intensa, ordenada y, sobre todo, racional; lógica y eminentemente práctica. No es suficiente la enseñanza general de arte que reciben en nuestras escuelas de artes industriales, que se reduce, en la mayor parte de ellas, á copiar desordenadamente estampas y trozos de yeso, y en las que más, algunos elementos amoldados del natural; todo ello sin plan fijo y sin más correlación que la mayor dificultad que presente la copia del modelo con relación á la mayor ó menor facilidad que tenga el alumno. Esta enseñanza da por resultado, en los casos más favorables, conseguir cierto número de alumnos diestros en copiar cualquier objeto que se les ponga de

modelo; destreza que pierden en gran parte de un año á otro, porque durante el largo período de vacaciones no tienen ocasión casi nunca de aplicar á su oficio esa habilidad de mano tan imperfectamente adquirida durante el curso, dando por resultado que, pasados algunos años, el obrero se convence de que la instrucción adquirida en la escuela no le ha servido apenas para progresar en su arte, y abandonando las clases, se contenta con seguir practicando rutinariamente su oficio.

Muy distintos resultados se conseguirían si después de recibir una enseñanza de dibujo, aunque de carácter general, ordenada y metódica, fuesen á las clases de aplicación por especialidades, si no de todos los oficios de arte, por ser esto muy caro, al menos de dos ó tres grupos, cada uno de los cuales comprendería los oficios que tienen entre sí analogías en la aplicación del dibujo y el color, formando entre todos una sección en que estuviese comprendida la decoración de todos los objetos de dos dimensiones, ó sea las superficies, y otra sección formada con los grupos de oficios destinados á la construcción y decorado de los objetos de tres dimensiones; debiendo los alumnos cuyos oficios de arte correspondiesen á este último grupo adquirir en la enseñanza general, á más de los conocimientos de dibujo y color, los de modelado y nociones de construcción.

En estas clases de aplicaciones adquirirían los obreros de arte el conocimiento perfecto de las materias decorables y de las empleadas para la decoración, conocimiento científico-elemental de las propiedades de cada materia, y por la práctica, la técnica de su oficio de arte respectivo; y, como decía en sus conferencias M. Magne, «darles conocimientos de las leyes de estabilidad, armonía y ponderación, leyes que tienen su principio en la razón, que es la que hace la unidad de la obra y atribuye á cada una de las partes su valor y su función relativa en el conjunto; determina, siguiendo los procedimientos de ejecución adecuados á la materia, la forma lógica y las dimensiones de cada cosa, y asigna á la obra de arte un destino conforme á la necesidad de que debe ser la expresión viva».

En suma: una enseñanza de arte aplicado completa es lo que la sociedad y el Estado están obligados á dar á los artistas y obreros de arte, si su importante misión social se ha de cumplir.

II

Es innegable que en las artes decorativas se está operando una saludable evolución que se designa con los nombres de «arte decorativo moderno», «arte nuevo ó estilo moderno».

Sin discutir si estas designaciones son ó no apropiadas, por ser cuestión de palabras, y, por tanto, de importancia muy secundaria, lo cierto, lo evidente es que la evolución se ha realizado con manifestaciones tan positivas é importantes como las llevadas á cabo en la pasada Exposición de Milán por Italia,

y más aún por Bélgica y por Hungría, cuyas impresiones personales indico en esta Memoria al referir mi visita á dicha Exposición. Bien sé que esas importantes manifestaciones ni son las primeras ni las únicas, y que muchos años antes Inglaterra primero, Alemania después, al mismo tiempo que otras naciones, como Austria, Holanda, etc., habían ya emprendido con éxito creciente esa evolución hacia un arte decorativo lógico, racional y cuya fuente única de inspiración es la observación directa de la Naturaleza y la adaptación racional de sus formas á las materias decorables; bien entendido que me refiero sólo á las formas de Naturaleza visibles á simple vista, pues no soy partidario de esas rebuscas de formas de la Naturaleza que necesitan para ser vistas el auxilio del microscopio. Pienso también que tal vez las artes orientales de la antigüedad—sobre todo, el arte egipcio y el japonés antiguo y moderno—sean los verdaderos orígenes de esta evolución; pero como yo he adquirido el pleno conocimiento de su estado definitivo por el estudio hecho de las instalaciones mencionadas en la Exposición de Milán, á ellas me refiero principalmente, y también porque es la primera vez que he visto á los artistas de una nación hacer la afirmación categórica de rechazar de su instalación toda obra que represente una imitación de las formas decorativas del pasado, como han hecho los artistas belgas.

Francia hace esfuerzos desesperados por que esa evolución salvadora de las artes decorativas se arraigue en su país; pero lucha con el pesado bagaje de todo ese arte decorativo de los Luises y el Imperio, que tan profundas raíces tiene aún en el gusto de la sociedad francesa. Yo he presenciado los esfuerzos que realiza constantemente el profesorado de los diferentes centros de enseñanza de arte aplicado, para convencer á los artistas jóvenes de que abandonen toda copia y desistan de toda adaptación de las formas decorativas de épocas pasadas, que ya llenaron su misión y que representan una cantidad terminada, que no puede ni debe prolongarse. Que se inspiren directamente en el natural y adapten las formas verdaderas á las necesidades de la materia, conociendo y estudiando la obra producida por civilizaciones pasadas, pero no tomándola como modelo.

El éxito va coronando los esfuerzos de esos ilustres educadores, en lo que á los artistas se refiere. En cuanto á los industriales y á una gran parte de la sociedad, los primeros por la mayor y más fácil ganancia, y la segunda por su desconfianza y su exagerado amor á las tradiciones de lo que llaman su arte nacional, tardarán aún mucho tiempo en comprender la importancia de esa evolución y en prestarle su apoyo definitivo.

Hay en Francia, que yo sepa, diez escuelas generales de arte decorativo, catorce especiales de artes industriales profesionales y doce de Bellas Artes que tienen sección de arte industrial, á más de las profesionales sostenidas por Sociedades obreras y Asociaciones particulares, que sólo reciben algún pequeño auxilio del Estado. No son muchas, ciertamente, y prueba de que así lo reconoce Francia, es que constantemente va aumentando su número, sobre todo el de las profesionales; pero aun con el número actual, su influencia en

la clase obrera sería mayor si su organización no fuese aún algo arcaica y rutinaria.

En nuestro país esta bienhechora evolución es casi desconocida: nuestros industriales y la mayoría del público encuentran muy bien alimentado su espíritu con las formas decorativas de desecho que toman de los otros países, especialmente de Francia. Apena el ánimo ver que cuando Francia hace esfuerzos por librar á sus artes industriales del peso de su ilógico arte decorativo de los dos pasados siglos, la habitación española que se dice bien decorada sea un remedo torpe ó, cuando más, una copia servil de los estilos de los Luises y del Imperio.

Las escasas manifestaciones de independencia que asoman de vez en cuando en nuestras artes decorativas, son casi siempre copias de obras ya realizadas, que, al desfigurarlas para que parezcan originales, dan esa caricatura que con cierto desdén llama nuestro público «estilo modernista». Hay algún caso excepcional de obras propias de lógica é inteligente decoración moderna; pero precisamente esa excepción hace más patente el estado general.

Todo elemento social que no evoluciona y se transforma en consonancia con las necesidades de su época, tiene que morir por viejo é inútil; y en ese caso se encuentran hace muchos años nuestras industrias artísticas. El comerciante, el industrial y el público sólo tienen una pequeña parte de culpa en esta desdicha. La mayor culpa está en los centros de enseñanza de artistas y obreros de arte. El profesorado, sin hacer demasiado, hace cuanto puede, dadas la carencia casi absoluta de medios y material para enseñar y las constantes reformas en la organización y planes de enseñanza de las escuelas, que como sólo son remiendos más ó menos hábiles, dan como único resultado hacer más patente la vejez de cosa tan frecuentemente remendada. Las innumerables reformas de las actuales Escuelas de Artes Industriales casi siempre han ido encaminadas á organizar, con mejor deseo que eficacia, los estudios técnicos para prácticos y peritos, hasta llegar á los estudios de ingenieros industriales; pero en las enseñanzas que han de formar los artistas decoradores y los obreros de arte, todas las reformas se reducen á reconocer la necesidad de que estas enseñanzas tengan carácter de aplicación, y hasta se crean industrias artísticas con denominaciones á veces bien extrañas, y se ordena la implantación de talleres; creaciones y órdenes que no pasan casi nunca de las columnas de la *Gaceta* á la realidad, porque se recurre siempre al consabido expediente de encargar de esas enseñanzas á los mismos profesores que ya dan la enseñanza general de artes, sin pensar que no es suficiente una orden superior para que los profesores se encuentren en posesión de los múltiples y especiales conocimientos que requieren las aplicaciones del dibujo, el color y el modelado á las industrias artísticas. Por rara excepción ocurre que algunos profesores, llevados de su entusiasmo y afición por alguna industria artística determinada, se encuentran en condiciones al recibir la orden de dar con fruto esa enseñanza—no la de todas las que le encomiendan, sino de una ó dos de ellas—, y suponiendo también que la escuela tenga taller, material y he-

rramientas, ó medios de proporcionárselas (lo que no pasa de ser una suposición), se encuentra con la dificultad insuperable de que en las mismas primeras horas de la noche, únicas en que el obrero puede asistir á la escuela, tiene el profesor que dar la enseñanza general de la clase de que es propietario, y, por tanto, no puede dar al mismo tiempo la enseñanza de aplicación que se le encomienda.

En una de las pasadas reformas se apeló al recurso de nombrar para algunas escuelas profesores de especialidades, que se denominaban: «profesor de tejidos», «profesor de carpintería artística», «profesor de cerámica», «profesor de metalistería»; nombramientos que tenían que recaer, ó en prácticos profesionales sin la necesaria competencia en los estudios generales de dibujo, color ó modelado, ó en artistas competentes en arte general, pero sin competencia en la especialidad. En el primer caso necesitaría la dirección artística del profesor á cuya clase correspondiese la especialidad; y en el segundo, el auxilio del práctico: porque, sin negar en absoluto que pueda existir algún artista que posea en el grado necesario ambas calidades de conocimientos, puedo afirmar que es sumamente difícil; como también es difícil encontrar un profesor de metalistería, por ejemplo, aunque sólo sea práctico profesional, que sepa grabar, cincelar, repujar, fundir, etc., etc.; es decir, cuanto representa el trabajo de todos los metales.

En mi modesta opinión, cuanto se haga en este importantísimo asunto de la enseñanza del artista decorador y del obrero de arte, tratando de soslayo el problema, ó de remediar el mal con paliativos sin eficacia, es perder el esfuerzo, el tiempo y el poco dinero que se dedica á los centros encargados de esas enseñanzas.

A mi juicio, el remedio está en dividir las enseñanzas en dos partes: una de enseñanza general y otra de enseñanza de aplicación. De la primera podrían quedar encargados los actuales profesores, con algunas modificaciones en el régimen de esta enseñanza, principalmente en el orden de prelación de los estudios y en la calidad y extensión de éstos; y de la segunda, artistas (pintores, escultores y arquitectos) que, sobre poseer en el más alto grado posible los conocimientos de su arte, tuvieran además—aunque sólo fuese teóricamente—los de técnica y aplicación del dibujo y el color á todas las industrias artísticas comprendidas en la *decoración de superficies,* en lo que se refiere á los primeros (ó sea, á los pintores), y conocimientos de construcción, técnica y aplicación del modelado á las industrias artísticas que tienen por misión la *decoración de los cuerpos y objetos de tres dimensiones,* en lo que se refiere á los segundos (ó sea, los escultores y arquitectos). Estos profesores estarían auxiliados por prácticos manuales que harían las funciones de maestros de taller, cobrando por jornal y días de trabajo. Teniendo en cuenta que estas enseñanzas de aplicación sólo pueden darse en las Escuelas Superiores de Artes Industriales, que éstas son pocas en número, y que en cada una sólo se establecerían las industrias artísticas que más arraigo tuviesen en la localidad (poquísimas, por desgracia), se comprende bien que el número de estos

profesores y el de los prácticos sería tan escaso, que con poco más de lo que hoy se malgasta en esa farsa de estudios de aplicación que padecen nuestras escuelas se podrían sufragar los gastos que ocasionase la nueva organización, que se reducirían al sueldo de los profesores (igual al de los de enseñanza general) y á una cantidad decorosa para material, con arreglo á las necesidades de cada escuela, de la que se pagaría el jornal de maestros de taller, variable según el tiempo y la calidad del servicio que prestasen. Estas ligeras indicaciones de reforma son la base de un plan completo de implantación en nuestras escuelas de las enseñanzas de arte aplicado, que comprende todas las industrias artísticas y oficios de arte conocidos, agrupados en las dos grandes divisiones de *decoración de las superficies* y *construcción y decoración por el relieve de los cuerpos y objetos de tres dimensiones.*

Este plan, modesto, como mío, y sin ninguna pretensión de inmutabilidad, es uno de los frutos de mi práctica en la enseñanza de estas escuelas, del conocimiento personal de las de Bélgica, Italia y Francia, y de los estudios realizados en estos dos últimos países en el año de mi subvención, de que esta Memoria es el resultado.

III

Las principales industrias artísticas comprendidas en la *decoración de superficies* por el dibujo y el color son: la *decoración de las telas,* tanto á mano como por estampación, incluyendo la *tapicería,* así en el suelo, como en los muebles y los muros, los *tapices,* los *bordados* y los encajes; la *decoración del papel,* en que están comprendidos los *papeles pintados,* los *anuncios* y la *decoración del libro;* la *guadamacilería,* ó sea, la decoración del cuero, su aplicación á la tapicería, al mobiliario, la encuadernación y á cuantos objetos se construyen ó recubren con el cuero; *decoración del vidrio,* especialmente la *vidriería artística* y el *mosaico de vidrio; cerámica* y *esmaltes* sobre todas las materias susceptibles de ser esmaltadas.

La decoración de superficies por excelencia es la pintura mural, y de ella se derivan todas las de superficies menores, cuyas industrias artísticas enumero antes. Las diferencias, pues, sólo están en la distinta naturaleza de cada una de las materias decorables, en la diferente condición y procedimientos de aplicación de las diversas materias colorantes empleadas para su decoración, y en la racional adaptación de las formas de la naturaleza ó del modelo á reproducir á las condiciones especiales de cada una de estas materias; así, pues, las condiciones bases, las esenciales á la decoración de toda superficie por medio del dibujo y el color son análogas, y, por tanto, al indicar las que, en mi concepto, son esenciales á la pintura mural, indico las que lo son á todas las industrias artísticas comprendidas en la *decoración de superficies.*

Considero esencial que el artista calcule lo más exactamente posible, al hacer su composición y al ejecutarla, la distancia y aun la luz á que ha de ser

vista. Que tenga presente que su obra es de relación y complemento, y no obra completa por sí sola, como sucede con el cuadro, y que su misión es, á más del embellecimiento de la materia ú objeto á decorar, el conservar y aun acusar su forma. Así, pues, toda decoración que produzca á la vista la sensación de alteración de la superficie y cambio aparente de la forma del objeto, ó que el motivo de decoración ideado no esté en relación con el destino, uso y condiciones del objeto decorado, es una decoración impropia y defectuosa. La superioridad artística de las artes decorativas de los pueblos orientales de la antigüedad, principalmente de los egipcios, y aun muchas de las realizadas en la Edad Media, que poseían en el más alto grado estas cualidades, lo atestiguan; y la inferioridad de la mayoría de la obra decorativa de parte de los siglos XVI, XVII, XVIII y más de la mitad del XIX, en que se llegó hasta pretender la imitación del cuadro en las vidrieras, los tapices y la cerámica —sobre todo en los dos últimos siglos—, pueden convencer al menos observador de que cuando las artes decorativas se desvían de su misión lógica, buscando falsos progresos irrealizables, sólo consiguen demostrar su impotencia, y á veces hasta la ruina de algunas de las industrias artísticas, como sucedió con la vidriera de arte desde fines del XVI ó principios del XVII.

Bien entendido que me refiero sólo al concepto artístico como arte decorativo y de aplicación. En cuanto al mayor perfeccionamiento en la fabricación, y en algunos casos mayor habilidad en la mano de obra, descubrimiento de materias nuevas, mejores y más sabiamente aplicadas, y en todo cuanto se relacione con la aplicación de las ciencias en general y de las químicas en particular á las industrias artísticas, los progresos realizados en estos últimos siglos son innegables y de gran importancia. Por tanto, no creo aventurado afirmar que estos indudables y siempre crecientes progresos de ciencia aplicada, puestos al servicio de las artes decorativas, al mismo tiempo que se está realizando en el concepto artístico la importantísima evolución que se ha dado en llamar arte decorativo moderno, han conseguido ya en algunas y conseguirán en todas las industrias artísticas un grado de perfección á que nunca llegaron en épocas pasadas.

IV

Sería excesiva la extensión de esta Memoria, y, sobre todo, la de estas conclusiones ó resúmenes—que deben tener como primera cualidad el ser breves—, si enumerase ahora las cualidades de cada una de las materias decorables que se emplean en todas las industrias artísticas antes citadas, las condiciones de las materias colorantes que pueden emplearse en su decoración y los diversos procedimientos de ellas. Estos estudios serán de más utilidad que consignados aquí hechos delante de los alumnos en forma de conferencias; pues considero más conveniente la demostración gráfica en unos casos, la prueba experimental y la aplicación material del procedimiento en otros, que

todas las fórmulas y explicaciones escritas. No quiere decir esto que lo que se escriba sobre estas materias no sea útil: lo es, y mucho, sobre todo cuando se trata sólo de reglas generales comprobadas por la experiencia. En la guadamacilería, por ejemplo, puede asegurarse que todos los cueros son decorables, siempre que se tenga en cuenta la calidad de cada uno de ellos, su grueso y rigidez, su permeabilidad al agua y la materia con que han sido curtidos; y en las aplicaciones del color, puede decirse que casi todas las materias colorantes le son aplicables, siempre que reúnan las condiciones de no destruir el cuero ni reaccionar á su contacto, de unirse bien á un mordiente adecuado, ya sea mezclándose con él ó adhiriéndose al que se haya dado al cuero previamente, ó bien—y ésta es la mejor de todas las condiciones—que la materia colorante se fije al unirse á la materia con que ha sido curtido el cuero, porque de este modo no pierde éste ninguna de sus cualidades; y si bien esos colores son escasos en número, en cambio, son casi todos muy apropiados á la decoración del cuero, en que debe procurarse no abusar de los colores claros y excesivamente brillantes, ni recubrir todo el cuero de colores; defectos ambos que contribuyeron á la decadencia de esta interesantísima industria de arte, puesto que con los colores claros y brillantes se intentaba imitar las tapicerías de tela de moda en los siglos XVI y XVII, y recubriendo toda la superficie del cuero con materias colorantes, oro y plata, no se veía éste y perdía todo el interés artístico, siendo indiferente que la materia decorada fuese cuero, tela, y últimamente cartón ó papel.

Como detalle curioso, aunque sin valor artístico, consignaré que se ha llegado hasta decorar la piel humana. En la Biblioteca Nacional de París hay varios libros encuadernados con piel humana, procedente, según dicen, de los aristócratas guillotinados cuando la *Commune;* y en el Museo Carnavalet, en París, he visto un libro también encuadernado con piel humana, decorado con filetes y una grequita dorada con hierros de encuadernador.

La *vidriería artística,* la *cerámica* en general y los esmaltes sobre metales comunes y su aplicación á las joyas son tal vez las industrias artísticas en que el pintor debe procurarse más conocimientos científicos de la materia sobre que decora, y, sobre todo, de las que emplea para decorar, si ha de llenar su misión con relativa seguridad en resultado. Debe tener en cuenta que los colores con que ha de pintar es indispensable que tengan ciertas condiciones para poderlos emplear; entre otras, ser fusibles á temperaturas determinadas para poderse adherir á la materia, y en algunos casos formar cuerpo con ella, y que esta temperatura sea inferior á la en que sea fusible la materia sobre que decora. Han de tener después de la fusión apariencia vidriosa, unas veces transparente, otras translúcida y otras totalmente opaca, según convenga; tener un grado de dureza suficiente para resistir el roce de cuerpos sólidos; ser insoluble en el agua, y resistir sin gran alteración la acción del aire, de la humedad y de los gases esparcidos en la atmósfera; y, finalmente, estar dotados de un grado de dilatabilidad en consonancia con el que tenga la materia que han de recubrir. Estas materias colorantes son casi siempre óxidos

metálicos, y aun cuando estos colores se los den ya preparados, el artista debe establecer dos divisiones principales: una la que comprende los colores con que ha de pintar, en que la materia colorante está libre y solamente mezclada con un fundente apropiado, según los casos—en forma semejante á la mezcla del aceite con el color en la pintura al óleo—, y que no debe alterar el color; la otra comprende las materias colorantes que, combinadas con el fundente, forman parte integrante de él, y cuya combinación produce un color distinto del que tenía la substancia colorante antes de combinarse con el fundente. Los de la primera división son esmaltes coloreados por mezcla, y se suelen llamar simplemente *colores;* y los de la segunda, esmaltes coloreados por combinación, y se llaman *esmaltes*. Sirven éstos generalmente de fondo, sobre el que se pinta con los primeros.

Estas industrias artísticas y la de los cueros son tal vez las únicas en que el pintor decora directamente sobre la materia; en las demás—comprendidas en la decoración de superficies—el pintor hace el original, que debe ser reproducido por medios mecánicos; pues aun cuando en el papel y las telas se puede decorar á mano directamente, esto no constituye industrias artísticas propiamente dichas, y sí sólo decoración manual, que está comprendida en las reglas de la pintura decorativa de las superficies, y en la que, en general, se emplean indistintamente los colores corrientes mezclados en algunos casos con mordientes bien conocidos. En los originales destinados á la reproducción es suficiente que el artista tenga en cuenta al hacerlos las indicaciones hechas para la pintura mural; pues con los progresos realizados en la química aplicada á las industrias de arte—como, por ejemplo, en la coloración de lanas, algodones y sedas para la confección de tapices, en las materias colorantes para la estampación de telas y papeles, etc.—han hecho desaparecer casi todas las trabas que antes coartaban la libertad del artista al concebir su original en lo referente á los colores que podía reproducir cada una de estas industrias de arte y en los deficientes medios mecánicos de que disponía.

En la decoración del papel, la más personal de sus manifestaciones—á más de la ilustración del libro y el periódico—es el cartel ó anuncio, porque la reproducción del original se ha llegado á conseguir de un modo tan perfecto, que puede juzgarse como el original mismo. Considero un error intentar hacer carteles que parezcan cuadros. El cartel, en mi concepto, debe ser una pintura decorativa con todas las condiciones de la decoración de una superficie, y —á más de su belleza y de tener en cuenta en su ejecución la distancia media á que ha de ser visto—ha de cumplir, como condición esencialísima, el fin á que se destina, que es anunciar con toda claridad una cosa bien determinada, para que el público no tenga que hacer esfuerzo alguno para entenderlo. No debe confiarse en que el texto aclare la ilustración: debe procurarse—en cuanto sea posible—que ésta, por sí sola, llene el objeto del anuncio; y en cuanto á esas letras de formas extrañas, llenas de garabatos, que se ven con bastante frecuencia en las muestras y en los encabezamientos de los carteles, toda censura me parece poco para sus autores; pues por el afán inmoderado de ser

originales, sólo consiguen inutilizar la misión primordial del anuncio —puesto que no puede leerse fácilmente—, dar prueba de su mal gusto y contribuir á la perversión del gusto público.

Terminaré esta ya larga Memoria manifestando que todos los oficios de arte y artes manuales comprendidas en la *decoración de superficies,* de que me ocupo, se ejercen en España; muchas de ellas no llegan á constituir industrias propiamente dichas, pero tienen su representación en manufacturas que ejercen un reducido número de obreros de arte aislados. Casi todas las materias necesarias á su vida existen en nuestro país, si no en condiciones tan ventajosas como en otros, en condiciones aceptables, susceptibles de mejora. Muchas son las causas que dificultan su desarrollo, causas que no son de mi competencia; pero sí me permito afirmar que la insignificancia de nuestras artes manuales y de nuestras escasas industrias artísticas obedece principalmente á la poca suma de arte aplicado á ellas. Nuestros obreros de arte y nuestros artistas tienen suficientemente probadas sus condiciones naturales para estas profesiones; pero no saben, no están enseñados. Su indudable habilidad manual se emplea en realizar un arte de una banalidad ó insignificancia completas.

Manuel Villegas Brieva.

HISTORIA DE UN ESCEPTICO

«EL TRIUNFO»

Con *El Triunfo* selló Alberto Insúa la sugestiva trilogía en que encierra la vida de un escéptico; mejor se diría de un melancólico y perpetuo ocioso. De los tres volúmenes en que dividió su trabajo, el primero nos da á conocer en sus comienzos las gestas de la neurastenia que aflige durante toda la obra al protagonista, y son manifiestas *En tierra de santos*. Después, en *La hora trágica* nos lo presenta en toda la plenitud de su imaginación incoherente. Y, por último, en el tercer volumen, en el cual, bajo el sarcástico título de *El Triunfo,* detalla los esfuerzos que se hicieron, y él consintió sometiéndose indiferente á ellos, para salvarle de su postración y manifiesta nulidad, y á los que pone término el protagonista con el suicidio inesperado y fatal, dadas las condiciones de inercia material é intelectual que le envolvían.

Sencilla y lógicamente va desarrollándose la acción, en que desde el primer momento se nos presenta el héroe como un predestinado al castigo de su falta de voluntad, al de ser como un muerto que ambula entre los vivos y se niega á volver á la vida que ponen ante sus ojos y arrojan en sus torbellinos para curarle cuantos le aman y desean verle libre de la gran pesadumbre, de la gran inacción volitiva, si podemos decirlo así, que pesaba sobre el alma del desventurado Sangil, «débil de voluntad», como él mismo se juzgaba y confesaba serlo á su fiel Bermúdez cuando abandonó Madrid para buscar un refugio en la ciudad de los santos. Porque eso de «profesión de filósofo» es, como quien dice, una redundancia. Si Sangil fuese un tanto filósofo, á la manera que lo entiende el vulgo, tomaría las cosas con más filosofía, y no llegaría, á través de las duras tribulaciones que por su falta de voluntad le afligieron, al término previsto.

Pero Sangil era un verdadero neurasténico, sin decisión, sin ánimo y hasta sin deseos, pues los que sentía, á medias los realizaba y á medias los arrojaba de sí y de su memoria. Así resulta que el caso fisiológico, tratado sencilla y desembarazadamente por el autor, no es más, en definitiva, que un caso de patología social. En él los síntomas son manifiestos, pero el remedio ineficaz. El mismo enfermo estorba la curación, y su fin no podía ser otro que el que tuvo.

Alberto Insúa recuerda respecto de su héroe á Obermann y á Amiel, dos almas afligidas por su vida interior, reflejada en todos sus actos. Con este símil pinta desde luego á Sangil y lo une con aquellos desalentados, por más que haya entre ellos una grande, una manifiesta diferencia. Aquellos dos solitarios, que erraron orillas de los lagos suizos, eran seres encadenados á sus especiales debilidades de pensamiento y de creencias. «Es amargo—dice Amiel—soportar esta larga muerte, cuyas etapas son lúgubres y el fin inevitable.»

Y Obermann: «¿Qué deseo? Esperar, y después no esperar; ser, ó no ser más. He aquí, sin duda alguna, el hombre.» Mas á Sangil no molestan ni piden solución semejantes problemas. Sus debilidades de acción no le importan; sólo le molestan cuando tiene que decidirse. La falta de voluntad es su característica. La inacción es su cruz.

Alberto Insúa puso al lado de Sangil, como un remedio á la «tragedia cerebral» que se desarrollaba en el espíritu de su héroe, la bondadosa y á veces sarcástica piedad de su secretario Bermúdez; duro acicate contra el morboso desaliento que domina al hombre por cuya felicidad vela, y á ella parece haberse consagrado. Él corta en la ocasión favorable, bruscamente y con frases del buen sentido que le es propio, el «análisis interno» que, según Sangil, trabaja su espíritu. Él es fuerza material que intenta á cada paso buscar alivio á los dolores que una «fuerza ciega» que arrastraba á su amigo á la indiferencia, á la indecisión, á la inutilidad de su vida, de sus pasiones, si han de juzgarse tales los instintivos movimientos que le llevaban de una á otra idea, de uno á otro cariño, en todo lo cual no ponía más que el primer impulso.

Porque si hay algo que mejor demuestre la inanidad de nuestro escéptico, son lo que de alguna manera llamaremos sus amores. Nada como su insuficiencia en tal caso. Coge la mujer en donde la encuentra; la ama, mejor dicho, se deja amar, y si la defiende es por dignidad, no por amor. Pero decir que él prefiere, que él escoge entre lo que la virtud y el vicio le presentan, y aun así que distingue la que más ama y la que sólo es digna del aprecio del momento, es tan difícil como inútil. Despojad á Sangil de las riquezas de que le hace dueño el autor de *El Triunfo,* y el Señor sabe lo que duraría aquel hombre irresoluto para todo, sin ánimo para nada, sin ambición, presa de una pasividad deletérea que le lleva paso á paso, irremisible, forzosamente, al término que puso á su vida inútil, á su inútil y dolorosa peregrinación por la tierra.

El héroe que informa las diferentes escenas de la trilogía que presenta á nuestra consideración Alberto Insúa está dichosa, oportunamente escogido. Es el representante de un estado psicológico de algunas almas atormentadas de nuestros días. Más ó menos, todos hemos tenido nuestras horas de desaliento, de amargas decepciones, de pecados que nos atan al carro de la existencia cuando uno desea más separarse de sus ligaduras. El desventurado á quien este mal coge por entero, puede decirse condenado al peor de los tormentos que hieren sin piedad el alma humana. El tedio de la vida es lo más doloroso para el hombre: no es posible hallarle fin más que con la muerte.

Lógicamente buscó Sangil en ella el término en que debían perderse sus huellas en la tierra, en la cual el «filósofo escéptico» arrastró en silencio su gran tristeza, su inutilidad sin límites. Su inteligencia perezosa ó insuficiente no permitió que las acerbas angustias, que las tragedias involuntarias que le cercaron lograsen ni dominarle por entero, ni por entero separarle de sus emociones y de sus recuerdos.

Tal el héroe de la novela, tal el núcleo del argumento de ella, tal el desarrollo de la fábula. De otro modo resultaría incomprensible. No pasa así en

el libro que debemos á Alberto Insúa. Halló el personaje, símbolo, puede afirmarse así, de un estado de ánimo no muy común, aunque fácil de hallar en el medio enfermo que se tiene por un escéptico y no es más que un hastiado. Rico en toda la plenitud de la riqueza, fácil á los goces materiales, pero harto de ellos, sin que las facilidades de su existencia lleguen á satisfacerle ni á llenar el vacío que la nulidad de las sensaciones apenas experimentadas cuando ya desvanecidas, Sangil, que ya no sabe qué desear, se mueve en su medio como un ser inútil para todo, para el impulso del deseo y para el trago amarguísimo de la saciedad. Cuando el hombre llega á tal estado es inútil hablarle de las horas apacibles que pueden esperarle, ni de dirigir sus esfuerzos hacia la empresa más gloriosa. Todo le parece vano, sin objetividad, sin que sus fibras resuenen ni susciten en el alma nuevas emociones, dolorosas ó no, pero que llenen las ansias inapagables, los misteriosos deseos de quien no sabe ya qué desear.

Alberto Insúa, que estudió este caso patológico de la moderna cultura, nos lo presenta en toda su sencillez y en toda su trágica realidad. El drama se desarrolla fácilmente, y la acción, sin sentirse casi, suavemente, apacible gracias á una narración llena de encanto por su fluidez y por la gracia ondulante de un diálogo como pocos animado. En torno del protagonista muévense los personajes necesarios, nada más que los necesarios, para el desenvolvimiento de la fábula. Hombres ó paisajes tomados del natural y contribuyendo al desarrollo de la acción, nos hablan de los lugares que conoce como si fueran propios y de las gentes que los pueblan. No se necesita mucho para conocer Orillamar; mucho menos para comprender á veces la brusquedad, casi siempre la estimación y el buen sentido de Bermúdez, en que puso el autor el contraste con la insuficiencia de Sangil. Bermúdez es el representante de la sensatez del mundo moderno, enfrente de las enfermedades de la voluntad que sufren cuantos piensan que no yendo las aguas por los canales que ellos les abren, no vale la vida lo que cuesta el soportarla.

Y en cuanto á las mujeres y al amor que inspiran y sienten, y vienen á ser para Sangil una cosa que se acepta porque no se puede menos, ha de decirse que ocupan, nada más que ocupan, en la trilogía, el puesto secundario, el lugar que forzosamente se necesita en el drama doloroso que comienza en Avila, toma mayor fuerza en Madrid y termina en Orillamar. Ellas son y ellas obran como era forzoso que fueran y obrasen en las ocasiones en que nos las presenta Alberto Insúa. Desgraciadas á quienes el lujo y la avaricia domina, ó la pasión ata para siempre al hombre á quien se unen por propia voluntad antes que con el sagrado lazo del matrimonio. Así, Luisa es en *El Triunfo* como un rayo de sol en una tormenta, como una sonrisa del cielo en una vida de aniquilamiento.

Por desgracia, no basta esto á Sangil. Si le bastara, estaba salvado.

Tales son los principales personajes; tal el libro, del cual, si hemos de ser justos, ha de decirse que está admirablemente escrito y pensado y que delata en su autor un escritor de raza. Tal vez mañana añada en sus nuevas obras

—á la rápida marcha de la relación que le es tan propia, y con la cual lleva como encadenada la voluntad del lector—una más detallada, una más íntima descripción de pasiones y de paisajes. Mas es tan característica, tan propia y natural en Alberto Insúa lo que podemos llamar *su manera,* que dudamos que sus triunfos actuales le inclinen más tarde á entregarse á un más hondo estudio de los secretos del alma humana, de los cuales hizo en su libro *El Triunfo* un tan notable como curioso análisis.

M. Murguía.

ODA SALVAJE [1]

Selva de mis abuelos,
diosa tutelar de los incas y de los aztecas,
yo te saludo desde el mar, que estremece
todas sus espumas para besarte, como besa
un viejo esclavo
los pies de su reina;
yo te saludo desde el mar, sobre cuyas crines
tus brisas perfumadas se restriegan,
y tus troncos mutilados
señalan á la aventura el camino de las Américas;
yo te saludo desde el mar, que te es amable
como un cacique de barbas luengas,
y que sabe que de los apretados renglones
de tu indescifrable leyenda
sale el árbol hueco y alígero
que lo muerde con la quilla y lo devora con la vela;
yo te saludo desde el mar, selva de mis abuelos,
diosa tutelar de los incas y de los aztecas...

Vuelvo á ti sano del alma,
á pesar de las civilizaciones enfermas;
tu vista me conforta,
porque al verte me siento á la manera
de los caciques primitivos,
que dormían sobre la hierba
y bebían leche de cabras salvajes
y comían pan de maíz con miel de abejas;
tu vista me conforta,
porque tu espesura de ejército me recuerda
de cuando, hace novecientos años,
discurrí á la cabeza
de veinte mil flecheros,
que, arrancándose del éxodo tolteca,
fueron hasta el país de los lagos y de los volcanes,
en donde el Chontal sólo se rindió ante la Reina;
y de cuando transmigré al imperio
del gran inca Yupanqui, y le seguí por las sierras

(1) A la manera de Walt Whitmann.

á las vertientes de Arauco,
en donde con alas de cóndor nos improvisábamos tiendas;
tu vista me conforta,
porque sé que los siglos me señalan como tu poeta,
y recojo del fondo alucinante
de tus edades quiméricas
la voz con que se dolían y exaltaban
en sus liras de piedra
los haravicous del Cuzco
y los emperadores aztecas,
los jempines del Arauco indomable
y los rapsodas que repetían de selva en selva
las historias de los palenkes y tahuantisuyos,
babilónicamente desaparecidos de la tierra...

Ahora que á ti me acerco
y me siento con tu savia en las venas,
creo desenterrar los siglos
y hacerlos desfilar por tu juventud perpetua;
evoco yo los tiempos informes
en que tu primer árbol cuajó sobre una piedra
y apareciéronte todos de repente,
aquí y allá, con el ordenado desorden de las estrellas;
y evoco yo los tiempos
que han pasado en una procesión monótona y lenta,
hasta que tus raíces subxionaron el ímpetu,
y tus troncos se acorazaron en sus cortezas,
y los nudos de tus ramas se desataron
en este himno inacabable de tu única primavera.

Jaula florida de pájaros sinfónicos,
eres como el fantasma de una orquesta:
sinsontes y turpiales
ponen en tus oídos estupefactos músicas nuevas;
y solamente mudo
el quetzal heráldico te ornamenta,
arcoirisando el símbolo de sus largas plumas
sobre las sienes de una gran raza muerta...

Tus mariposas azules y rosadas
se abanican como damas coquetas;
tus cantáridas brillan
como las talismánicas piedras
incrustadas en las empuñaduras

de las espadas viejas;
tus chicharras se hinchan clamorosas
en una fiebre de pitonisas coléricas;
y en la pesadilla
de tus noctámbulas tinieblas
se confunde
el pestañeo de las luciérnagas
con el temblor azufrado
de las pupilas satánicas de las fieras...

Tuya es la danta,
que sorprende en los charcos la deformidad de su silueta
y se va abriendo paso entre los matorrales
al golpe enérgico de su cabeza;
tuyo el jaguar, que brinca,
en el alarde acrobático de sus fuerzas,
á los árboles corpulentos,
para dejarse caer súbito sobre su presa;
tuyo el triguillo, que urde
taimadas estrategias,
para los carnívoros alborozos
de sus dientes de alabastro y sus encías de felpa;
tuyo el lagarto, dios anfibio y vetusto,
que preside las lluvias y las siembras
y condecora con las esmeraldas de sus ojos
las taciturnas oquedades de las cuevas;
tuyo el boa,
que se dijera
un brazo
recortado á las sombras por un hacha dantesca...

Y con ser tan vasta
la vida animal que te puebla,
tu vida vegetal parece una esponja
que hidrópicamente sorbiera
el hierro de todos los músculos
y la sangre de todas las venas
para explotar en el laberinto
de una frondosidad desconcertante y gigantesca:
allí el bélico penacho
de tus imperativas palmeras,
en cuyos lechosos frutos refrescaron su fatiga
las tribus de las malandanzas pretéritas;
allí el dosel legislativo

de tus patriarcales ceibas,
á cuya sombra deliberaron los caciques
sobre la paz y sobre la guerra;
allí el pindárico roble y el bíblico cedro;
allí la caoba madre, en cuya aromática madera
el divino artífice talla,
para las cortes europeas,
los estrados faraónicos de los reyes
y los tálamos salomónicos de las reinas...

Selva de mis abuelos,
diosa tutelar de los incas y de los aztecas,
yo te saludo desde el mar, y te pido
que en la noche—en la noche que está cerca—
me sepultes
en tus tinieblas,
como si me creyeses un fantasma
de tus religiones muertas,
y me brindes, para salvajizar mis ojos
con reverberaciones de fiesta,
en la punta de cada uno de tus árboles
ensartada una estrella.

José Santos Chocano.

Costa atlántica de Centroamérica, 1909.

¡SOLA!...

La vi llorando al clarear del día
en un rincón de la buhardilla obscura,
y al contemplar su celestial figura,
sentí en el alma una nostalgia impía.

Vertieron llanto con tenaz porfía
sus negros ojos de eternal locura,
y por sus labios, que el penar tortura,
brotó una historia montaraz y umbría...

¡Sola!, me dijo con lenguaje cierto;
y yo, que vi su juventud honrada,
dije inmolando un inmortal concierto

después de oir la confesión sagrada:
Si para el mundo tu belleza ha muerto...,
ven á mí. ¡Yo te adoro, desgraciada!

Angel B. Alario.

PELAYO EN COVADONGA

Á Gonzalo de Murga.

Aquel Pelayo, vencedor de Alcama,
en la fragosidad de las Asturias,
viva su afrenta, véngase de injurias
contra Munuza, que traidor lo infama.

En justo galardón, hoy se le aclama
el héroe triunfador de las espurias
hordas de bereberes; por centurias,
símbolo de valor y prez y fama.

Su resistencia á la opresión, baluarte
buscó seguro en la feroz contienda;
«tocó tambor y levantó estandarte»,

y victoria alcanzó tan estupenda,
que, si la Historia la cercena en parte,
la impone y engrandece la Leyenda.

Balbino Dávalos.

Bibliografía

La Economía Nacional.

Hemos recibido un interesante fascículo publicado por la Sociedad de Estudios Económicos de Barcelona, cuyo objeto es dar á conocer la importancia y significación de la revista *La Economía Nacional* en la prensa económica y científica española. El folleto es un *compte rendu* de los siete primeros números de la mencionada publicación—cuyo director es el famoso economista catalán D. Guillermo Graell—y se compone de un detallado extracto de las materias contenidas en los mismos, por cierto muy substanciosas y palpitantes, y de otros escritos, originales y reproducidos, en los cuales se condensa la novísima orientación que sirve de programa á la revista. El conjunto del folleto (32 páginas en 8.°) consigue realmente llamar la atención, y motivar el deseo de conocer y leer *La Economía Nacional.*

Aquellos de nuestros lectores á quienes ésta interese, podrán dirigirse á la Redacción: paseo de Gracia, 115, Barcelona.

***

Pro Infantia.—Revista nueva.

Se ha publicado el primer número de la revista mensual titulada *Pro Infantia,* órgano del Consejo Superior de Protección á la Infancia y represión de la mendicidad.

Contiene, entre otros originales, un trabajo del Dr. Tolosa Latour, secretario general del Consejo, artículo titulado, como la revista, *Pro Infantia.*

En la Sección Oficial empieza á publicarse la legislación vigente, el resumen de trabajos del Consejo desde el mes de enero, y la Memoria redactada por la Junta provincial de Vizcaya, con referencia al año 1908.

En la de Informaciones se publican, separadas por secciones, las más interesantes y de actualidad de España y el Extranjero, y el número termina con una nutrida Sección Bibliográfica (libros, folletos y artículos de revistas y periódicos).

Más cuentos baturros.

Este es el título del último libro de Teodoro Gascón, el popular é ingenioso escritor aragonés.

Es una preciosa colección de chascarrillos de su tierra, contados por él en esa forma amena y personalísima que tanta fama le ha dado y tan alta ha colocado su firma de autor festivo y ocurrente; de todos los cuentos que Gascón ha publicado en su vida literaria, son éstos quizá los mejores, y nosotros, que hemos seguido paso á paso la obra del gracioso baturro desde sus primeros apuntes en *Blanco y Negro,* creemos encontrar en esta su última producción un aumento de gracia y espontaneidad que hace sencillamente irreprochable y divertida la lectura de sus páginas.

Una preciosa edición iniciada con una portada de Sancha, el célebre caricaturista, y avalorada profusamente con dibujos del propio Gascón, tan feliz con el lápiz como con la pluma, se ofrece á los lectores como el mejor antídoto contra la neurastenia y el único excitante de la risa franca y sana.

Completan el volumen, por si esto fuera poco, un gracioso prólogo en verso de Luis de Tapia y un cuento en prosa de Luengo, fácil y castizo escritor. Todo ello por dos pesetas, que, dado el valor intrínseco de la obra, es casi de balde. Se halla de venta en todas las librerías.

***

La Esfinge sonríe...

Con este título enigmático ha publicado Mauricio López Roberts su última novela. En ella se nos presenta el autor de *Las de García Triz, Doña Martirio* y de *La Novela de Lino Arnáiz,* bajo un aspecto nuevo; pues, abandonando los héroes humildes de sus anteriores obras, nos presenta un cuadro de la alta sociedad, que su posición social le ha hecho conocer á fondo. En *La Esfinge sonríe...* la acción nos conduce á los salones

más linajudos, á uno de los más elegantes modistos de París, y concluye con el cuadro brillantísimo de una comida de gala en Palacio.

Las cualidades de novelista que la crítica reconoció en López Roberts desde que publicó su primer libro aparecen en éste con su fuerza de siempre, junto con una delicadísima nota sentimental.

La novela, publicada con gusto exquisito, forma un tomo de nutrida lectura y se vende á 3,50 pesetas en todas las librerías.

***

Momificación y embalsamamiento.

Hemos recibido un ejemplar de la notable monografía que el Dr. D. Rodolfo del Castillo y Quartillers acaba de publicar sobre la momificación y embalsamamiento en tiempo de los Faraones.

Es un trabajo muy interesante, de gran valor histórico y perfectamente documentado é ilustrado.

***

Los Modernos, por Francisco Contreras.

El autor de *Los Modernos* es ya ventajosamente conocido. Ha publicado cuatro volúmenes fuera de éste, de los cuales los dos primeros, *Esmaltines* y *Raúl,* aparecieron en Santiago de Chile hace algunos años, y los dos últimos, *Toisón* y *Romances de hoy,* han sido editados en París, en 1906 y 1907 respectivamente. Esos libros han merecido halagadores juicios de parte de distinguidos críticos ó escritores castellanos y extranjeros He aquí unos cuantos de ellos, que tomamos en resumen de diarios, revistas y cartas:

En Francia el eminente crítico Max Nordau ha escrito acerca de *Toisón:*

«Es realmente un toisón de oro suntuoso, fabuloso, digno objeto de la heroica aventura de Jasón, fin feérico de la navegación del Argos.» «Casi todas las piezas (del libro) están saturadas del éter poético, tienen un aspecto deliciosamente patricio, son superiormente vistas, sentidas y dichas.» «El estudio inicial (sobre la *Evolución histórica del soneto)* es meritorio y casi sin lagunas.» Y después de llamar al autor «noble artista de la palabra», termina diciendo que éste «ha enriquecido el tesoro poético hispanoamericano con un joyel fastuoso».

Federico Mistral, el famoso poeta de la Provenza, ha felicitado cordialmente á Contreras por su libro *Romances de hoy,* en el cual dice sentir «la amplia y libre vida de la América española».

Saint-Georges de Bouhelier, el conocido escritor, gusta particularmente del estudio sobre el arte actual que precede á *Romances de hoy,* y encuentra que en los poemas «la inspiración se mezcla de invención romanesca y lírica, en una combinación muy feliz».

El crítico del *Gil Blas* de París, hablando de *Toisón,* dice: «Es una obra compuesta en su mayor parte de sonetos, de una rara riqueza de factura y de una penetrante emoción.»

El crítico de *La Revue (Ancienne Revue des Revues)* escribe, refiriéndose al estudio preliminar sobre la *Evolución del soneto,* de aquel libro: «Es un resumen sucinto, pero preciso, de la historia del soneto en los diferentes países de Europa, desde los orígenes hasta los poetas más recientes. Contreras conoce bien el asunto y no se pierde en divagaciones como otros, en Francia por ejemplo, lo han hecho antes de él.»

En Alemania el distinguido hispanófilo Juan Fastenrath ha calificado *Romances de hoy* de «originalísimos y preciosos», y ha dicho que ese libro «acredita una vez más (al autor) como un poeta espontáneo y soberano de la rima». Poco tiempo antes Fastenrath había formulado halagüeños conceptos acerca de *Toisón* en un estudio sobre la literatura joven hispanoamericana publicado en Bruselas.

En España Salvador Rueda, el famoso poeta, ha dicho: «Contreras escribe con sus propios nervios y con su propia sangre y no gusta de ser un fonógrafo literario. Su libro *(Toisón),* en que hace la historia del soneto, es una admirable muestra de sus variadas facultades.»

El celebrado novelista Vicente Blasco Ibáñez dice, hablando de *Romances de hoy:* Contreras «es un verdadero poeta, tal como yo me imagino al poeta». «Hay pasajes en esos *Romances* que me hacen pensar en Musset y recordar su modo de concebir la vida.»

En América Rubén Darío, el eminente

poeta, escribe acerca del autor de *Romances de hoy:* «Creo que en nuestra América hay pocos que tengan un tan sincero y hondo fervor de arte. Luego, en medio de ese fervor, es ponderado y reflexivo. No violenta ni la idea ni el lenguaje. Mucho me complace que no se haya dejado arrastrar por las peligrosas tentaciones del versolibrismo. Hay (en él) duplicidad: es un intelectual-sentimental que conduce bien sus designios entre los naturales desequilibrios del talento.»

El distinguido crítico uruguayo José Enrique Rodó, aludiendo á *Toisón,* ha dicho: «Son versos de juventud y sinceridad; sinceridad hasta en sus artificios. Reflejan bien el voluble y gracioso vuelo de un espíritu juvenil entre las cosas, ó mejor, entre sus figuraciones de las cosas.» Y refiriéndose á la forma métrica, el soneto, que predomina en el libro, forma tan cultivada modernamente en América, agrega: «Estos son de los que merecen ser sacados de la multitud, porque manifiestan talento, delicada sensibilidad y con frecuencia, á pesar de descuidos de ejecución, leve y pulcra mano de artista.»

Amado Nervo, el delicado poeta mejicano, califica *Romances de hoy* de «vigorosa y alta nota americana». «Hay en el poema—dice—una melancolía andina y huele á tierra fresca.»

Carlos Bayres, el distinguido presidente del Círculo de la Prensa de Buenos Aires, escribe, refiriéndose al estudio sobre el soneto que posee *Toisón:* «No alcanzo cómo (el autor) ha logrado decir tanto en tan poco espacio, y cómo consigue dar á su prosa una flexibilidad y armonía que, ajustándose á las formas clásicas de nuestro idioma, traduce, no obstante, todas las exigencias expresivas del estilo moderno.» Y analizando las poesías que forman el volumen, manifiesta su preferencia por *El puñal antiguo,* que titula de «nota de arte selecto», y *Tarjeta postal,* que le parece «escrita con pluma de la Regencia».

Finalmente, el celebrado escritor venezolano Pedro César Dominici ha escrito acerca de *Raúl:* «*Raúl* es un poema romántico en donde vagan el misterio, el amor y la muerte, entre suaves rimas pálidas y ricas cadencias voluptuosas. Las musas de Baudelaire y de Musset inspiraron este bello poema doliente y melancólico como las olas del mar en una playa solitaria, á la hora del sueño.» Y á la aparición de *Toisón* ha dicho: «Francisco Contreras pertenece á la generación que nos pinta Catulle Mendès en *Glatigny* y que solía reunirse por la noche en la célebre taberna de la calle de los Mártires bajo el busto de Teodoro de Banville. El autor de *Toisón* debe de amar á Teófilo Gautier, á Baudelaire y á J. M. de Heredia, y hubiese gustado de asistir al estreno de *Hernani,* vestido de corto, apoyada la mano en su espadín de puño de nácar. *Toisón* es un bello libro. El preliminar sobre la *Evolución del soneto* es un magnífico estudio por lo demás, vibran sus rimas extrañamente, cual un collar de gemas que la mano acaricie, y sus ensueños vagan entre pálidos tonos, desde el suave glauco del ajenjo hasta el mórbido blanco del lirio.»

AMADO NERVO

PRIMER SECRETARIO DE LA LEGACIÓN DE MÉJICO EN MADRID

Cuando acaba de ascender en la carrera y el Gobierno de S. M. C. ha tenido el honor de condecorarle, un nuevo libro de poesías viene á demostrar que el peso del uniforme no impide el vuelo. Indico á Amado Nervo.

Este hombre dulce, de cabeza cristiana, porta una espada decorativa. En nada se opone á la normalidad de las cosas que quien ha nacido para monje concluya sus pacíficos días en el noble y ceremonioso cargo de introductor de embajadores, y sustituyan á los ágapes conventuales los áulicos banquetes, y al untoso *benedictine* el *toast* bien recortado.

Aunque Amado Nervo es mejicano, nada en él encontraréis de azteca. ¿Os he dicho ya que se parece á Jesucristo? Mas ahora caigo en la cuenta de que os estoy hablando del Amado Nervo que yo he conocido hace algunos años en París, y cuyo busto, plasmado por el escultor Nava, su compatriota, figuró en uno de los salones. Sí; aquel Nervo tenía, ciertamente, una cara israelita y un aire nazareno. El de hoy, mutilado, pues extirpó su bella barba característica y apartó su amable aire de ensueño, es el que corresponde á las atenciones del protocolo y al diario contacto con su jefe, el notorio mundano y distinguido señor de Beistegui, el mismo que regaló, si no me equivoco, al Museo del Louvre, de París, una famosa colección numismática.

En París pasamos juntos días de ilusión y de alegría, pimentados con el poco de locura y capricho que los bizarros años y el medio nos exigían. Allí tuvimos ciertas relaciones extraordinarias, ciertos amigos fantásticos, entre ellos el pintor Henry de Groux, loco ó genio, pero desde luego un tipo desconcertante, el cual nos fué presentado por otro personaje prodigioso, músico y oculista, que tenía unas hijas encantadoras y nos leía unos alucinantes comentarios del Apocalipsis... Nervo ha hablado en alguno de sus libros, aunque someramente, de esos días incomprensibles. Nuestro contagio se extendió por el barrio latino, adonde fuimos á perturbar la calma de unos cuantos pintores y escultores compatriotas de Nervo y pensionados por su Gobierno.

¡Oh! En diez años, ¡cómo han cambiado el escenario y la corriente de nuestras vidas!

Yo he admirado en Nervo siempre su amor de belleza, su culto misterioso de idealidad. El simbolismo influyó mucho en él. Después, libre su persona-

lidad lírica, fué por todas partes, en vuelo y en armonía. Tras largas complicaciones estéticas, ha llegado á uno de los puntos más difíciles y más elevados del alpinismo poético: á la planicie de la sencillez, que se encuentra entre picos muy altos y abismos muy profundos. Por todo esto, pues, sabéis ya que Amado Nervo tiene mi amistad y mi admiración.

Desde *Perlas negras,* desde *Místicas,* obras suyas primigenias, simpaticé con su suave ideología y con su culta sentimentalidad. Oí sus misas—misas rezadas—con fraternal devoción. Y al llegar á la República Argentina tuve el placer de ser el primero en dar á conocer á mis amigos intelectuales á aquel hermano que hacía cosas muy bellas en la tierra de Moctezuma.

***

Desde la publicación de sus primeros libros hasta el que acaba de aparecer, ***En voz baja,*** la evolución de Nervo ha sido variada, pero siguiendo siempre un solo rumbo. Ha sido un admirable sincero, y por eso mismo es un admirable poeta. Luego, tiene una individualidad. Es de esos poetas privilegiados que ponen algo inconfundible en lo que producen. Para quien conozca su obra, una poesía de Nervo no necesita la firma. Además, es un poeta aristocrático, en el sentido original de la palabra. Su música es de cámara. Ha cantado casi siempre «en voz baja». Condición excepcional ésta en la sonante España y en nuestras Américas españolas, donde hay cada Stentor indígena y cada hombre-orquesta que ensordecen las ágoras. Así, de la risa diríase que no se oye en la producción de este lírico. A él se le ve sonreir, y, como de su tiempo, esa sonrisa es triste. Además, él nos dirá en un dístico:

El proverbio latino harta razón tenía:
Non est magnum ingenium sine melancholia.

El poeta verdadero vive de su propia meditación, y la persecución de lo absoluto es causa de inenarrables angustias. Hay que hacerse un alma de notario ó de ***sportsman*** para librarse de las malas consecuencias que traen las incursiones y exploraciones dentro del propio espíritu. La diplomacia también es bastante útil para el caso.

Nervo, entre sus primeros libros y el que está recién salido de la imprenta, ha convidado á los amadores de bellas flores artísticas á la visión de muy bellos ***Jardines,*** decorados con los primores de su fantasía, y en donde cantan, pájaros de encanto, exquisitas estrofas. También ha dado en prosa narraciones enigmáticas entre ciencia y sueño, y ha demostrado un filosófico humor en páginas sencillas y excelentes.

Nervo está en una edad que en Francia le colocaría entre los muy jóvenes academizables, pero que en Italia le condenaría á ser devorado por los futuristas del poeta Marinetti. Es célibe. Hombre de tranquilidad, de orden, con

instintos de coleccionista y ciertos gustos de abad. Ha sido pronto y justamente ascendido en la carrera que hoy sigue, probando que, como decía alguien, los poetas, además de los versos, hacen tan bien ó mejor que los otros hombres lo que éstos hacen.

Mas bueno será que os halaguen ya algunos sones del ideal instrumento que con tanto arte y sutil elegancia toca este músico singular.

En voz baja se compone de cuatro partes: la primera, que da el título á la colección; *La sombra del ala, Un libro amable* y *Del éxodo y las flores del camino*. El poeta dedica el volumen á su madre:

> Madre, los muertos oyen mejor:
> ¡sonoridad celeste hay en su caja!
> A ti, pues, este libro de intimidad, de amor,
> de angustia y de misterio murmurado «en voz baja».

A una hermana espiritual expresa su deseo de poner en su obra

> el alma triste, arcana,
> sutil y misteriosa
> que tienen los paisajes.

Hay prosas y versos—diríamos en este caso recordando á Flaubert—que quisiéramos estrechar contra nuestro corazón. Nervo no es de los incontenibles; es de los concentradores, de los de calidad. Creo que el poema de más extensión que ha escrito es *La hermana Agua*. El resto de su producción se cristaliza en gemas ó se diluye en reducidos elixires.

Aquí ya da una delicada nota de intimidad amorosa «á una cabecita rubia, nido de amor, rizado y sedeño», ó de otra dirá:

> ¡Es su faz un trasunto de ideal tan completo!
> ¡Son sus ojos azules de tan raro fulgor!
> Sella todos sus actos un divino secreto...
> ¡No le habléis de amor!
> ¡Es tan noble el prestigio de sus manos sutiles!
> ¡Es tan pálido el rosa de sus labios en flor!
> Hay en ella el misterio de los viejos marfiles...
> ¡No le habléis de amor!
> Tiene el vago embeleso de las damas de antaño,
> en los lienzos antiguos en que muere el color...
> ¡No turbéis el silencio de su espíritu huraño!
> ¡No le habléis de amor!

Sus intimismos no tienen relación con los de otros poetas, como Rodembach, por ejemplo. Su *Vieja llave,* hecha de manera tan moderna—¡y tan antigua!—, es de una gracia melancólicamente doméstica; y siendo tan personal, encuentra en el lector un eco de canción conocida y de alto sentido por uno mismo. Son las reminiscencias de la casa de los primeros años, saudades de tiempos

ya lejanos, que con su recuerdo traen al alma una vaga y sutil ternura. Y es algo criollo, algo americano y mansamente señorial al mismo tiempo:

Esta llave cincelada,
que en un tiempo fué, colgada
(del estrado á la cancela,
de la despensa al granero)
del llavero
de la abuela,
y en continuo repicar
inundaba de rumores
los vetustos corredores;
esta llave cincelada,
si no cierra ni abre nada,
¿para qué la he de guardar?

Ya no existe el gran ropero;
la gran arca se vendió:
sola en un baúl de cuero,
desprendida del llavero,
esta llave se quedó.

Herrumbrosa, orinecida,
como el metal de mi vida,
como el hierro de mi fe,
como mi querer de acero,
esta llave sin llavero
¡nada es ya de lo que fué!
Me parece un amuleto
sin virtud y sin respeto;
nada abre; no resuena...
¡Me parece un alma en pena!

Pobre llave sin fortuna
... y sin dientes, como una
vieja boca: si en mi hogar
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

Sin embargo, tú sabías
de las glorias de otros días:
del mantón de seda fina
que nos trajo de la China
la gallarda, la ligera
española nao fiera;
tú sabías de tibores
donde pájaros y flores
confundían sus colores;
tú, de lacas, de marfiles
y de perfumes sutiles
de otros tiempos; tu cantela

conservaba la canela,
el cacao, la vainilla,
la suave mantequilla,
los grandes quesos frescales
y la miel de los panales,
tentación del paladar.
Mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

Tu torcida arquitectura
es la misma del portal
de mi antigua casa obscura
(¡que en un día de premura
fué preciso vender mal!).

Es la misma de la ufana
y luminosa ventana
donde Inés, mi prima, y yo
nos dijimos tantas cosas
en las tardes misteriosas
del buen tiempo que pasó...

Me recuerdas mi morada,
me retratas mi solar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

Esto es delicioso, sencillo y fino. No puede haber expresión más transparente y simple. De más decir que al autor de tales versos se le señala y clasifica entre los llamados modernistas.

En *Hojeando estampas viejas* el lírico tiene la imprecisa sensación de una vida anterior, heroica y amorosa. En *Ruego* pide á un *âme sœur,* como dicen los franceses, piedad y suavidad. En *Tel qu'en songe* becqueriza á su modo.

Expresa extraños sentires que le hacen dudar de si aún existe en este mundo. O recuerdos indefinidos:

¡Es un vago recuerdo que me entristece
y que luego en la noche desaparece;
que surge de un ignoto pasado;
que viene de muy lejos y como muy cansado;
que llega de las sombras de un tiempo indefinido:
¡un recuerdo de algo muy bello que se ha ido
hace ya muchos siglos, hace... como mil años!»

¡Y tantas desesperanzas!

Los alegres compadres protestan y se escandalizan. Es demasiada triste-

za... ¿Qué les pasa á los poetas jóvenes de hoy, á los de la pasada y de la actual generación? ¿No hay cosas risueñas que cantar?

Y los inenarrables de siempre. ¿Cómo? ¡Un poeta americano que sigue las huellas de tales ó cuales desesperados europeos! ¿Y vuestros ríos, que parecen mares? ¿Y vuestros bosques, y vuestros lagos, y la fecunda zona que el sol enamorado circunscribe? ¿Y los libertadores? ¿Y el oprobioso yugo, y el león de España? ¿Y la virtud de vuestras matronas? ¿Y la patria, por fin; y la patria?

Muchas más interrogaciones hay que dejan estupefactos á los cisnes, bajo la sombra, no siquiera de Bonhomet, sino del convencido é inmortal farmacéutico. No—dicen los buenos gustadores—, no hagamos caso de esas preguntas. En este bello breviario, una desolada y encanecida *Bella del bosque durmiente* dice lo irreparable. Hay *languideza* en versos fatigados. ¿Quién dirá que no es hermosamente valiente y castizo ese romance que empieza:

Clavó su castillo el conde
en la roca más hostil
del monte...?

Y remembranzas de la pasada pasión, y cosas que habrían complacido á René y á Olimpio. ¡Un romántico! Sí, Nervo es un romántico. Un romántico del siglo XX. Esto no sienta mal, porque ya sabéis la opinión de Stendhal sobre el particular. El se declaró romántico. Y, además, era cónsul.

Saludemos, pues, á la señorita á quien en este libro se le expresa:

Angélica y Oriana,
Melisandra y Cordelia,
Margarita y Ofelia
te llamarán, hermana.

A lo cual agrega el poeta fatal, haciéndose el viejo—¡no tanto, amigo mío, no tanto!—:

¡Oh! ¡Que no pueda yo, señora mía,
aguardar que el botón se vuelva rosa,
embotando del tiempo que me acosa
la tiranía!...

Toda esta *nonchalance* impera en la primera parte del volumen *Cánticos discretos,* breves en su mayor parte, á la sordina, *en voz baja.*

La sombra del ala debía estar bajo la invocación de Montaigne. Es un conjunto de variaciones sobre el *Que sais-je?* eterno.

... Pero, dí: ¿qué esfuerzo cabe
en un alma sin bandera
que lleva por dondequiera
su torturador ¡quién sabe!
.....

¡Oh padre de los vivos! ¿Adónde van los muertos;
adónde van los muertos, Señor, adónde van?
.....
¡Oh buena hada! ¿Tendrá Dios
piedad de nosotros?
.....

Mas ya todos sabemos que el poeta puede cambiar con el instante, siendo su sucesión de impresiones y sensaciones á veces tan variadas como la Naturaleza misma. De este modo, no causa extrañeza el paso de algunas horas sonrientes y de algunos momentos optimistas. Aprobad, pues, que por estas, por aquellas razones, diga el cantor en veces: «¡Está bien!» Y pues llega *Papá Enero,* estos versos:

Papá Enero, que tienes tratos
con los hielos y con las nieves
(y que, sin embargo, remueves
el celo ardiente de los gatos),

guarda en tu frío protector
el cuerpo y el ánima en flor
de mi niña de ojos azules
(en cuyas ropas y baúles
hay castidades de alcanfor).

Mantén sus ímpetus esclavos,
mantén heladas sus entrañas
(como los *fjords* escandinavos
en su anfiteatro de montañas).

¡Pon en su frente de azahares
y en su mirar hondo y divino
remotos brillos estelares,
quietud augusta de glaciares
y claridad de lago alpino!

Él vive la vida europea. Mas de pronto le asaltan los recuerdos de su tierra. Madrigaliza á una niña de diez y seis años. Á su amigo el ex embajador Casasús, noble poeta, escríbele clásicamente:

Libio, yo estoy prendado de tal modo
de la Naturaleza peregrina,
que, ansiando en mi amor loarlo todo,

le grito ¡bis! al ruiseñor que trina,
¡olé! á la onda que cuajó en espuma,
y ¡hurra! al sol que calienta y que ilumina.

¡Gracias!, digo al clavel que me perfuma
ó al lirio que brotó bajo mi planta,
y ¡bravo! á la oropéndola que empluma.

Y rima otras galanas palabras, y casa otras lindas ideas, con una innegable maestría.

El éxodo y las flores del camino es la parte de verso de un libro en verso y prosa publicado con ese título. Es un corto *reisebilder*. Notas de viaje líricamente expuestas y rimadas. Es su *Parcours du rêve au souvenir;* pero bastante lejos de Montesquieu. ¡Fezensac! ¡Irlanda, Londres, Bretaña; y París, y mujeres, y artistas; y otra vez París; y Flandes, y Lucerna, y Bohemia, ó Italia; y París, y mujeres, y arte; y París, y París!

¿Te acuerdas, mi querido colega, de aquella joven parisiense que en una comida de amigos, en su casa, te cantó unos versos hechos por ella, tan triste y tan dulcemente, versos de adiós, y que poco tiempo después se murió?... Aquélla era una de tantas ilusiones de París. Ahora me he acordado de ella.

Rubén Darío.

SILBA DE VARIA LECCIÓN

(Conclusión.)

Espaciosa = Calmosa, perezosa.

«*Espacioso, sa* = Lento, pausado», dice la Academia.

Y el aprovechado amigo da dos golpes á la palabra, porque, no contento con haberla fusilado en singular, la fusila también en plural de este modo:

«*Espaciosas* = Largas.»

Lo que en singular era *calmosa,* en plural es *largas.*

Lo cual demuestra que, á juicio del señor Cotarelo, basta un cambio en el número de los nombres para que cambie también el significado; ejemplo: *Nacianceno,* natural de Nacianzo; *Naciancenos,* naturales de Cambados.

Cotarelo, en singular, es un académico. Está bien; pero ¿qué será en plural? ¿Qué será, cielos justos? ¡¡Qué será!!

Estada = Se usa en oposición á venida ó llegada.

¿Sospirasteis, Valdovinos?

No, hidalgo, no; no se emplea en semejante sentido, pues como no sea en la Academia Española, lo opuesto á la llegada es la partida, y la *estada,* la situación intermedia entre una y otra. Ya ve vmd. con qué unción y humildad cumplo como cristiano, sin pizca de otra sangre ni mácula en ella, con una de las obras de misericordia. ¡Plegue al Altísimo que caiga en buena tierra!

Estilados.

La frase de Rueda es: «*Estilados* cabellos.» El Sr. Cotarelo la interpreta de este gracioso modo: «Largos ó crecidos.»

¿Sí, eh? ¡Largos años de vida dé Dios á vuesamerced, para seguir publicando *Vocabularios* como el presente!

¿Tiene á mano vmd. el Diccionario? ¿Sí? Pues ábralo por *estilar,* y allí echará de ver que *cabellos estilados* equivale á *cabellos ordenados, cabellos bien compuestos.*

Festejón.

¡Ahora sí que acabó de llenarnos el gorro de guijos! ¿Qué reflexión dirán ustedes que se le ha ocurrido á D. Emilio con ocasión del vocablo que apuntado queda? Pues óiganla ó léanla:

«Si no es alguna clase de fiesta especial, será un aumentativo del diminutivo *festejo;* fenómeno gramatical curioso y que prueba la infinita docilidad de nuestro idioma.»

Aumentativo del diminutivo...

¡Alza, pilili! *La razón de la sinrazón que á mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece...* En cuanto á la *infinita docilidad* de nuestro idioma, no hacía falta, hidalgo, que el *fenómeno curioso* viniese á demostrarla, porque, en efecto, dócil y muy dócil necesita ser nuestro idioma, cuando sus vocablos no se han amotinado ya contra vmd. ni han levantado en fonso contra vos una mesnada compuesta de la *badea,* del *tomate,* de la *patata,* de la *cebolla,* de la *berza,* de la *lechuga,* de la *col,* de la *naranja,* del *nabo,* de la *zanahoria,* de la *berenjena,* de la *remolacha,* del *rábano,* de la *chirivía* y demás hortalizas de armas tomar, con el piadoso fin de darle á vmd. un *festejón* en campo abierto.

¡Ese condenado de gato nos va á dejar sin puchero! ¡Ya arreó con el tocino! ¡Suéltalo, maldito!

Fontanas = Fuentes.

«*Fontana* = Fuente.» (Según el Diccionario.)

¡Habráse visto cosa igual!

¡Ah, minino, minino, morrongo, morrongo! ¿Sabedes vos, acaso, cómo se llama en castellano la acción que estades faciendo? ¿Creedes, por ventura, que esas *fontanas* que os habedes apropiado son bienes adquiridos como Dios manda? ¡Ah, y cómo si no fuérades minino mereceríades la de palo!

Formida = Parece errata—dice el señor Cotarelo—en vez de *fornida*.

Juraría yo que no es errata.

Juraría yo que el calificativo *fornida*, aplicado á una puente levadiza, es harto impropio y desatinado.

Juraría yo que debe interpretarse *formidable*.

Fugetivas = Fugitivas.

Muy bien.

Fuslera = Metal ó azófar.

Que es como si vmd. hubiese dicho, definiendo la *camuesa:* «Fruta ó manzana.»

Venga acá vmd. y dígame: el azófar ¿no es un metal? ¿Ó es que todos los metales son azófar?

Ya que se copie el Diccionario, debe copiarse bien, y transcribirse: «*Fruslera* (ó *Fuslera)* = Metal que se hace de las raeduras que salen de las piezas de latón ó azófar cuando se tornean.»

Galga = Nombre despectivo aplicado á una mujer negra.

¡Palabra de honor que, en letras de molde, consta lo transcrito en la página 320 del tomo I!

Gallejo = ¿Gallo?

No, señor; gallejo.

Ganapán = Debe de ser *de los más antiguos textos* en que se emplea la palabra.

¡Cá; no, señor! ¡Está vmd. muy equivocado! Si vmd. estudiara (que sí debería estudiar) las publicaciones del Sr. Foulché-Delbosc, director de la *Revue Hispanique,* que es persona que ha hecho por la literatura española en veinte años más que toda la Real Academia en ciento veinte, conocería una primorosa edición, publicada por dicho señor, de la lindísima *Historia de Eurialo e Lucrecia,* de Eneas Silvio Piccolomini (cuya versión castellana se imprimió por primera vez en Salamanca el año 1496), y á la página 30 leería el vocablo «ganapán», con todas sus letras, no atreviéndose luego á decir que la cita de Lope de Rueda es *de las más antiguas.*

Garrida = Piropo de una gitana.

¡Eso es! ¡Aunque el autor lo ponga en boca de Aristóteles!

Garrida puede ser piropo de una gitana, ó de un capiscol, según los casos; pero en sí es lo contrario de feo, como es de ver por estos versos de Mingo en una *Égloga* de Juan del Encina (edición académica, página 119):

«Hace tornar mozo al viejo,
y al grosero muy polido,
y al muy feo muy garrido,
y al muy huerte muy sobejo.»

Gismero = Charlatán, chismoso ó chismero.

¡Bueno era el Sr. Cotarelo para encargarse de un Diccionario de sinónimos! ¡Qué paralelos haría!

Pero ¿cree de veras vmd. que *charlatán* es lo mismo que *chismoso?*

Golondrinillo.

Voy á copiar íntegro el comentario, porque es sabrosísimo:

«Muchacho *joven* é inexperto. Como se ve, es diminutivo de otro diminutivo: *golondrino,* el pollo de la golondrina.»

Quedamos en que *golondrinillo* es diminutivo de *golondrino*. Bien. Pero, siendo *golondrinillo* diminutivo de otro *diminutivo,* resulta clarísimo que *golondrino* ha de ser diminutivo también. Y ¿de qué es diminutivo *golondrino?* Cotarelo no lo revela; pero declara que *golondrino* es el pollo de la *golondrina.* Ahora bien: si *golondrino* es diminutivo, *golondrina* lo será también. ¿Será que *golondrina* es la polla del *golondro?* Lo ignoro, y, además, tampoco sé si el *golondro* existe ó no *in rerum natura.*

Volvamos al *golondrinillo.* Equivale, según Cotarelo, á «muchacho joven é inexperto». Luego *golondrino,* en la misma relación, equivaldrá á «muchacho viejo y de experiencia». Pero esto implica una *contradictio in adiecto,* porque un muchacho no puede ser viejo...

¡Golondrina! ¡Golondrinillo! ¡Pollo de la golondrina! ¡Muchacho *joven* é inexperto! ¡Diminutivos de diminutivos!... ¡Qué *burullada!*

Henchí = Henchid.

Perfectamente.

Hinchiría = Llenaría ó henchiría. (Cotarelo: *Obras de Lope de Rueda,* tomo II, pág. 447.)

Hinchir = Henchir. *(Diccionario de la Academia,* pág. 529, tercera columna.)

Si hubiera pena contra estas *apropiaciones* literarias, ilustre amigo, no volvía vuesamerced á pisar la calle en toda su vida, porque supongo que se la impondrían en su grado máximo.

Horas = Libro de rezo.

Quizá sea ésta la única palabra que no sobra en el *Glosario* del Sr. Cotarelo, aunque se le olvidó decir que, como el *crego,* la Academia no la había admitido en el Diccionario, lo cual es indisculpable, porque *Libro de Horas,* ó simplemente *Horas,* son palabras corrientes en el idioma castellano, y usadas hoy por la Iglesia católica y hasta por los editores católicos, que con este nombre publican un libro de devoción. Por cierto, que ya que el Sr. Cotarelo topó con una cosa nueva, no debía haberse limitado á decir, como dice, «libro de rezo», pues un *Misal,* un *Devocionario,* una *Novena,* por ejemplo, son libros de rezo, y, sin embargo, no son *libros de Horas.* El *Libro de Horas* es el que contiene el rezo de las *Horas canónicas,* no con la extensión que el *Breviario,* pero con bastante menos, y por esta razón se conoce también con el nombre de *Oficio parvo.* Y si no, Sr. Cotarelo, vaya vmd. un día al edificio de la Academia de la Historia: allí está instalada la Librería del *Rezo Romano;* rásquese el bolsillo vmd., saque de él siete realicos, precio de la edición más económica, y pida unas *Horas;* verá cómo el librero, sin vacilar, le da un librín, pequeño, es cierto, pero suficiente para que vmd. pueda saber de entonces en adelante lo que son *Libros de Horas* y presentarlos en forma de papeleta en la Academia Española, con lo cual se resarcirá del dispendio; porque hay que pensar en todo.

Hornazos (Pascua de).

Dice el Sr. D. Emilio: «En el Diccionario no hay esta denominación de la Pascua.» Y antes escribe: «Los *hornazos* son tortas con huevos, cocidas al horno, que aun hoy suelen regalarse en dicho día de Pascua.» (Conste que no ha citado ningún *día.)*

Y yo abro el Diccionario por el vocablo HORNAZO, y leo:

«Rosca ó torta guarnecida de huevos cocidos juntamente con ella en el horno. || Agasajo que en los lugares hacen los vecinos al predicador que han tenido en la Cuaresma, *el día de Pascua,* después de haber dicho el sermón de gracias.»

¡Alza, Dios, tu ira!

El Sr. Cotarelo no está seguro de lo que es *hostalero,* y eso que en las glosas correspondientes al primer tomo nos había dicho

que *hostal* es fonda ú hostería. Pues, nada, amigos y señores míos; en el tomo II se encuentra con la palabra *hostalero,* agarra un par de buenos interrogantes, mete entre ellos la significación, como si se tratase de un delincuente cogido *in fraganti* por una pareja de la Guardia civil, y arrea *p'alante.* Fíjense, señores, en el grupo:

Hostalero = ¿Mesonero?

Tu es magister in Israel, et haec ignoras? Es decir, ¿vmd. es académico de la Española, é ignora que en el Diccionario hay un artículo que dice de esta guisa: «*Hostalero* = Mesonero»?

Jareta.

Per signum ✠ Crucis, de inimicis nostris, libera nos, ✠ Deus noster... Circumdet te, nubes. Deus ✠ Pater. Circumdet te, Deus ✠ Filius. Circumdet te, Deus Spiritus ✠ Sanctus. Destruat te, Deus ✠ Pater.

He comenzado con estas palabras del exorcismo *contra imminentem tempestatem, fulgurum et grandinis,* porque esa *jareta* que queda de suso escripta me ha parecido viento que presagia tormenta, pero tormenta de esas que traen rayos de los de allá darás y granizos de á libra.

«*Jareta* = ¿Pollina?»

¿Lo ven ustedes? ¡Ya empieza á caer piedra! ¡Santa Bárbara nos valga! Pero ¿de dónde saca vmd. que *jareta* es pollina? ¿De que se lo dicen á un animal de la especie asnal? ¡Cielos! ¿Tendremos otra parecida á la *bragada?* ¡No, demontre; que es muchísimo peor, y aquellas *bragadas* fueron tortas y pan pintado al lado de estas *jaretas!* Figúrese el ilustre senado que el texto reza así: «¡Arre allá, señora *jareta!...*», y que el Sr. Cotarelo, después de haber preguntado á los lectores «*Jareta* = ¿Pollina?», escribe lo que van á leer: «Estas palabras las dice el bobo, que entra en escena cabalgando sobre...» ¿Sobre qué, dirán ustedes? ¿Sobre una pollina? Pues no, señores de mi ánima, sino «cabalgando sobre *¡¡un asno!!*» De modo que, sabiendo que el vocablo *jareta* va dirigido á un asno, se le ocurre preguntar si el asno es asna, es decir, si *jareta* es pollina. ¡Venga vuesamerced acá, señor hidalgo, que no parece sino que todos los demonios le han tentado á un tiempo! Suponiendo que *jareta* no sea diminutivo de *jaro, ra,* que quiere decir animal que tiene rojo el pelo, y suponiendo que Lope de Rueda no hubiera querido emplear el género femenino en sentido burlesco para ponderar las malas condiciones del asno, ¿no será probable y casi seguro que al llamar *jareta* al pollino haya querido compararle con la *jareta* de costura, para significar lo flaco del animal y lo vacío de su estómago? Puede que sí, hidalgo; puede que sí, y aunque me dé encima una almalafa de dos que tenga, no cambio mi versión por la de vuesamerced. ¡Guárdese vmd. la almalafa, y que ella y la jareta le hagan buena pro!

Jergas...

Un nuevo cuento de Juan de Timoneda, agora nuevamente hallado.—Por qué se dijo: *Eso es hablar en jerga.*—Como fuesen apretando á un académico para que declarase qué quería decir un texto antiguo que rezaba ansí: «Llevaba estotro día una carga de *jergas* al molino batán», y él no lo supiese en ninguna manera, porque, magüer académico, no había rescebido letras en Salamanca, respondió al que le apretaba: «Callad, hermano, que «según esto, la *jerga* no es tela tejida, sino una especie de fieltro.» Contestó el otro: «Y aun eso es hablar en jerga.»

Justo = Jubón (voz de germanía).

¿Sabe vmd. quién fué Ramnusia? ¿No lo sabe, eh? Ya lo suponía. Pues Ramnusia era la diosa de la indignación, á quien otros llaman Némesis y otros Adrastrea. Bueno; pues si yo no fuese de mi natural hombre pacífico y benigno, me hubiera dejado poseer de Ramnusia al considerar cómo vmd. gasta tinta en balde, aunque no le salga de balde á la Academia ni al Estado. Por rara casualidad se halla en el *Vocabulario* de vuesamerced una palabra que no esté ó equivocada ó en el Diccionario de la Academia con el mismo significado que le da vmd. *Excempli gratia* (y creo que ya van muchos por el es-

tilo), la palabra *justo,* de la que dice vuesamerced que es *jubón,* y añade entre paréntesis: (voz de germanía), creyendo hacer un descubrimiento, é ignorando, por ende, que en el Diccionario se lee: «JUSTO || m. *Germ.* Jubón.» ¿Para qué porra, pues, se molestó vuesamerced? Y si lo hizo adrede, ¿cree, por ventura, que trata con bobos? Lo que debiera haber hecho vmd. es aprovechar la ocasión para decir que la Academia yerra grandemente, aunque no más de lo que acostumbra, al decir que *justo* es voz de germanía; y buena prueba de ello es que *justillo* es diminutivo de *justo,* y *justillo* llámase al «vestido interior sin mangas que ciñe el cuerpo y no pasa de la cintura»; es decir, una prenda muy parecida al *jubón* ó *justo.*

Ladrontío = Oficio de ladrón.

Mucho es que no se le ocurrió buscar la etimología y decir: «Viene de *ladrón* y de *tío;* también se dice: *¡Tio ladrón!*»

Lanzaron = Echaron á sus puertas, depositaron.

Decididamente, la *Prosa* no es propicia á vuesamerced. ¿Quién fué *Prosa,* vamos á ver? Se ignora por esos barrios; ¿no es verdad? ¡Sí, sí; ya estábamos en ello! Bien; pues *Prosa* diz que era una deidad que presidía los partos felices, y por eso digo que no le es propicia, porque este último parto de vuesamerced viene tan torcido *(versa oratio),* que no lo entiende ni el mismo doctor Cortejarena, que ha ayudado á nacer á noventa generaciones.

Verá vmd. cómo este *lanzaron* viene de nalgas, que es una de las peores *presentaciones.* ¡Venga el fórceps! Digo, venga el texto.

«Le *lanzaron* á cabo de tiempo una hermosa niña á la puerta.»

Dígame, hidalgo: si *lanzar* es, como dice vuesamerced, «echar á sus puertas», ¿no comprende vmd. que Lope de Rueda no hubiera empleado como complemento del verbo *lanzar* la frase *á la puerta?* Hubiera sido un disparate no concebible en Rueda, que sabía emplear los vocablos, bien como quien conoció el valor que tienen en castellano, pues en tal caso la frase *lanzar á la puerta* sería lo mismo que decir *sangrarle de sangre. Lanzar,* según la Academia, es *echar,* y ahora mire vmd. si leyendo el referido texto: «Le *echaron* á cabo de tiempo una hermosa niña á la puerta», está suficientemente explicado. ¡Ah! Y, además, no vaya vmd. á creer que *depositar* es, como dice vmd., dejar una criatura reciénnacida á la puerta de una casa, porque esto en nuestra lengua llámase *exponer.* ¡Pero, hidalgo! ¿Hasta en las cosas más nimias ha de tropezar? Viénenme á las mientes aquellos versos de Bartolomé L. de Argensola, y que por encajar aquí como de molde no quiero pasarlos en silencio:

«El arte falta do el sujeto sobra;
y el vuestro es tal, señor, que no me deja
para miraros levantar la oreja,
y menos alabar la menor obra.»

Limitados = Cortos.

¿A que no sabe vmd. lo que es *limitado* en el sentido de adjetivo que ahí ha querido darle vmd.?

Limitado (del Diccionario): «Dícese del que tiene corto entendimiento.» Echelo vuesamerced á la *burjaca,* que puede que algún día le haga falta.

Limpiadera.

COTARELO.—«Cepillo de limpiar los caballos.»

YO.—No sería mejor y más breve decir: *bruza?*

COTARELO.—«Covarrubias la usa sólo como cepillo de la ropa.»

YO.—Pero, ¡hombre de Dios! ¿Vive aún Covarrubias? ¿Cree vmd. que se cepilla Covarrubias con bruza?

COTARELO.—«El Diccionario la usa...»

YO.—Eso es otra cosa. Allá se las hayan vuesasmercedes.

Lumbre = Candileja ó farol.

Sí, señor, sí; candileja, ó farol, ó lamparilla, ó vela, ó hacha, ó cirio, ó velón, ó tea, ó

candela, ó pajuela, ó hachón, ó reverbero, ó candil.

Majano = La significación del Diccionario es cosa muy distinta.

¿Muy distinta?... ¿De qué?

Mal alzado = Cosa olvidada ó dejada en abandono por descuido.

«Nunca la palabra suelta
quien estima su valor»,

y, habiendo reparado en el texto, como era obligación de vmd., hubieseis visto, señor de Mori, que si *alzar* significa á veces *quitar*, y se va tratando de hurtos, *mal alzado* significa *mal llevado*, ó *mal quitado*, como guste vuesamerced, porque las cosas pueden estar olvidadas ó dejadas en abandono por descuido, y, sin embargo, no *alzarlas* nadie, ni bien, ni mal.

Mal punto = Exclamación como ¡mal pecado!, ú otra semejante.

U otra semejante; sí, señor; como *¡mal hora!*, y os hubiérades ahorrado, diciendo esto, todo lo demás.

Marré = Equivoqué.

Marrar = Errar.

¡Errar, hidalgo; errar! ¡Parece mentira que en esto marre vmd.!

Masándose = Amasándose (el pan).

¡No, que sería el vientre de vmd., dado caso de que el médico le hubiese sometido á vuesamerced á esta manipulación terapéutica! Pero el caso es que la Academia también trae «*Masar* = Amasar», de donde se desprende que vmd. sigue entrando á saco en el Diccionario de un modo censurable, insólito, desacostumbrado, feroz. ¡Eso no se hace, Sr. Cotarelo!

Matalafes.

COTARELO.—«No conocemos el sentido propio de esta palabra.»

YO.—¡Á ver, hidalgo, á ver! ¿Qué dice el texto?

COTARELO. — «Aguja de ensartar *matalafes*.»

YO.—¿Sabe vmd. el arábigo?

COTARELO.—No, señor.

YO.—Pues apréndalo, que á veces sirve.

Meajica = Diminutivo de *meaja*.

Bobadica = Diminutivo de bobada.
Gansico = Diminutivo de ganso.
Bobico = Diminutivo de bobo.
Zopenquico = Diminutivo de zopenco.
Et sic de coeteris, hidalgo; porque así me comprometo yo á estar haciendo glosas hasta el día en que vmd. se arrepienta y queme todas las cosas que dicen que ha escrito.

Meloja = «Lavaduras de miel», que por lo visto se cocían...»

¡Y se siguen cociendo, hermano!
«... quizá para extraer la cera.»
¿Quizá? ¡Esté vmd. seguro de ello!

Mirlas = Orejas (voz de germanía).

«*Mirla* = *Germ.* Oreja.» (Del Diccionario.)
No cabe duda alguna de que el Sr. Cotarelo está haciendo una labor meritísima, hermosísima y honrosísima.
¡Caballeros!—y lo digo poniéndome fosco, contra mi costumbre—. ¿Qué es esto?

Mirabélicas.

COTARELO.—«Parece palabra de capricho.»

YO.—¡Lo que tiene no conocer el idioma del Lacio! Hubiera vmd. preguntado á su colega Commelerán, y habríale dicho éste que *mirabilis*, en latín, quiere decir: «admirable, maravilloso» (y aun le diera las correspondencias en turco y en samoyedo, sin saber una palotada de estas lenguas); de

donde *mirabélicas* puede significar: «admirables, maravillosas».

Mofar de la tierra.

¡Señor Cotarelo! ¿Por qué interpreta vuesamerced esa frase con esta otra: «Correrla sin respeto á nada»? ¿No ve que eso es escribir con demasiada *presteza?* Si alguien se mofa de vmd. (es un decir), podrá su merced correrse, ó correr, ó ser corrido; pero bien puede suceder que no se corra, que se esté quedo y que no se pasee nadie por vmd., sin que obste nada de esto para la mofa. *Mofar de la tierra,* es *burlarse* de ella, ni más ni menos, andando mucho, ó no moviéndose de un lugar en toda la vida.

Morase = Trasladase.

¡No, por Dios! ¡Todo lo contrario! *Estableciese; fijase el domicilio.* Lea vuesamerced el texto con buenos ojos, y apearáse del cuartaguillo.

Nalgada = Jamón.

Si la nalgada es de un cerdo, no digo que no; pero si la nalgada es de vmd., ¡medrados estamos!

Nasción.

«Naturaleza, país», dice el Sr. Cotarelo en la página 324 del tomo I.

«Criatura animal», dice el ídem íd. en la página 450 del tomo II.

«Ni lo uno, ni lo otro», digo yo en la página 143.

Notomías = Esqueletos.

«*Notomía* = Esqueleto.» (Del Diccionario.) ¡Zape!

Ocurrir = Acudir.

«*Ocurrir* = Acudir.» (Del Diccionario.)

Pues, señor..., ¡bueno se ha puesto vmd. el pancho á costa ajena! ¡Bueno, bueno, bueno; pero bueno!

¿Oyxte? = Debe de ser errata por ¡oxte!

Pero, vamos á ver: ¿no se dijo también *oste,* por *oxte?*

Pues, entonces, ¿por qué ha de ser errata *oyxte* (por *oiste*)?

Pajiza = Pajar.

Disparatasteis, hidalgo. *Pajiza* no es pajar, sino el albergue que está cubierto de paja. Y si se fija el hombre, verá que viene bien al sentido del párrafo, pues el que pregunta: «¿Qué hacíades vos en mi *pajiza?*», es un ganadero (que era igual que pastor de ganado), y los pastores no es frecuente que tengan pajares, pero sí lo es que tengan chozos ó chozas cubiertos de paja.

Parago.

COTARELO.—«Desconocemos la significacion propia de *parago.*»

YO.—¿Qué dice el texto?

COTARELO.—«Esta cara de *parago* por remojar.»

YO.—Qué es ἀσπάραγος en griego?

COTARELO.—No lo sé.

YO.—Yo se lo diré: *asparagus.* Ahora bien: ¿qué es *asparagus* en latín?

COTARELO.—No lo sé.

YO.—Pues, *¡¡espárrago!!...* Y le advierto á vmd. que, según el doctor Laguna, purgan el humor melancólico.

Pasaderas = Piedras puestas en un río ó arroyo de poco fondo para atravesarlo. (¿Al fondo? Porque si es el río ó el arroyo, había que decir *atravesarlos.*)

«*Pasadera* (del Diccionario) = Cada una de las piedras que se ponen para atravesar charcos, arroyos, etc.»

Señor alcalde mayor,
no prenda usté á los ladrones,
porque hay algún *desahogao,*
bin, bilindrón, bilindrón,
porque hay algún *desahogao*
que roba las acepciones.

Pecilgo = Pellizco.

«*Pecilgo* = Pellizco», dice la Academia; y si por acaso llega á no decirlo, el señor de Mori hubiera *ocurrido* probablemente á los interrogantes, escribiendo:

Pecilgo = ¿Pocilga?

Péndola = Pluma.

«*Péndola* = Pluma.» (Diccionario de la Academia.)

¡Ah!... ¿Conque también la pluma la ha *levantado* vmd.? ¿Y la tinta? Supongo que ésta será de vmd.; porque si no, el librito le había salido á vmd. por una friolera. Pero, vamos, si siquiera ha puesto la tinta..., menos mal: ya hay algo propio; porque, en cuanto al papel, creo que fué cosa del señor Catalina y Cobo; por cierto que no es malo, sino detestable; bien que así cabe la esperanza de que dentro de cincuenta ó sesenta años no quedará de la edición más recuerdo que el presente rapapolvo.

Pichel flamenco.

«El *pichel*—dice el Sr. Cotarelo—era, como es sabido, un jarro de estaño con su *tapa fija...*»

¡Carambita! ¿Con su tapa *fija?* Entonces, ¿cómo se destapaba? Si vmd. llegase sediento, y para mitigar su sed le diesen un pichel lleno de agua, pero con tapa fija, ya vería cómo no volvía á confundir la tapa fija con la tapa engoznada en el remate del asa, que es la que tenían los picheles, como la tienen hoy algunos vasos para beber cerveza, y algunas jarras para agua, vino ó licor (1).

Además, dice vmd. que no sabe «qué variedad tendría el pichel flamenco». Vuesamerced será muy capaz de no haber visto los cuadros de Teniers que hay en el Museo del Prado. Bueno; pues véalos, y hallará en ellos más picheles flamencos que gazapos hay en el *Glosario* de vmd.; y creo que es el colmo de la ponderación.

Piltra = La cama (voz de germanía).

«*Piltra* = *Germ.* Cama.» (Del Diccionario.)

¡¡Zape!!, vuelvo á decir.

Poniente = Sombrero (voz de germanía).

«*Poniente* = *Germ.* Sombrero», dice el Diccionario, robando á Cotarelo.

¡Don Emilio, que le roban á vmd.!

Plegarias = Ruegos dirigidos á una persona.

Si hubiese dicho vmd., Sr. Cotarelo, «ruegos» á secas, aún hubiera podido pasar la explicación; pero con la añadidura «dirigidos á una persona»... ¡Lucas Gómez!

En primer lugar, *plegaria* no es *ruego* á secas, sino «súplica humilde y ferviente», como dice el Diccionario; en segundo lugar, *plegaria* se aplica más bien á sujetos de tejas arriba que á las personas terrenales. ¿No ha dirigido nunca vmd. una plegaria á Dios? Pues, á fe mía, que no estará de más que lo haga para que no le deje nunca de su mano en los *andenes* filológicos.

Porradas = Golpes de la voz en los oídos.

«Padre Adán, no lloréis duelos.
Dejad, buen viejo, el llorar,
pues que fuisteis en la tierra
el más dichoso mortal.
De la variedad del mundo
entrastes vos á gozar,
sin sastres ni *cotarelos,*
plagas que trujo otra edad.»

Quevedo no dijo *cotarelos,* y confieso que ha sido *lapsus calami;* pero ahora caigo en que no le va mal al romance, y lo dejo como está.

Quedábamos, pues, en que *porradas* son

(1) El *pichel* recibía también el nombre de *gomboiro* cuando su cabida era de un cuartillo para arriba; los de medio cuartillo llamábanse *gambardinas.* (Vid. *La Hostería de Cantillana,* por el Bachiller Alonso de San Martín. Madrid, MCMII; cap. VI, pág. 76.)

«golpes de la voz en los oídos»; y como *porrada,* según la Academia, equivale á «*necedad* ó *disparate*», quede la interpretación sin más comentario.

Puchas = Puches.

¡Muy bien!

Queja = Duele.

El texto es: «Poco te queja mi pena»; y agrega el Sr. Cotarelo: «Falta esta acepción en el Diccionario.»

¡Esta es garrafal, hidalgo! No la acepción, sino la exorbitancia en que acaba de incurrir vmd. ¿De modo que vmd. desearía que en la palabra *queja* figurase la acepción de *duele?* Está bien: vmd. puede desear lo que mejor le plazca; pero apuradillo se había de ver vmd. si tuviese que justificar la equivalencia de un sustantivo femenino, como es *queja,* con un verbo neutro ó quier reflexivo, como es *doler.* Fíjese vmd. y verá que lo que ha querido decir el autor en la frase copiada es algo así como «poco te *acongoja* mi pena», ó «poco te *aflige* mi pena», ó «poco te *fatiga* mi pena»; y para denotar la acción ó el efecto de acongojar, de afligir ó de fatigar hay en castellano un verbo muy apañado, que es el verbo *aquejar.* Bien puede ser que vuesamerced haya creído que *quejar* es infinitivo de un verbo activo, y, en esa desgraciada idea, haya propuesto la equivalencia con *doler,* colocados ambos en tercera persona del presente de indicativo:

él queja = él duele;

pero me pesa de tener que recordar á vuesamerced que *quejar* no es infinitivo de verbo castellano, porque el verbo, ¡ay!, es reflexivo, y así es preciso decir *quejarse.*

No sé por qué demonios he recordado ahora un cantar que hace tiempo oí en Coirós á un suevo que estaba plantando unas berzas; cantar que decía así:

Teste ti por moi sabido
como si foras alguén;
aunque teste por sabido
moita sabencia non tés.

Quillotrado = Enamorado.

«*Quillotrar* = Enamorar», según la Academia.

Esto es lo que podríamos llamar una *huebra* de errores; porque, en efecto, la Academia y Cotarelo yerran en el mismo surco. *Quillotro,* señores académicos (y, por tanto, *quillotrar* y *quillotrado),* no significa lo que creen ustedes; recuerden, si no, el pasaje del *Diálogo de la Lengua,* de Juan de Valdés, citado por Cañete (q. e. p. d.), y que dice así:

«VALDÉS.—Un *quillotro* decían antiguamente en Castilla, por lo que acá decís un *cotal:* ya no se dice de ninguna manera.

»MARTIO.—¿Ha sucedido algún otro vocablo en su lugar?

VALDÉS.—Ninguno; ni es menester, porque aquel *quillotro* no servía sino de arrimadero para los que no sabían ó no se acordaban del vocablo de la cosa que querían decir.»

¡Estoy asombrado! ¡Resulta ahora que soy tan erudito como el señor de Mori!

¡Claro! ¡Como que para ser erudito al uso no hay como decidirse á *fusilar* á todo bicho viviente y escribiente!

Está visto que Cotarelo no deja ni vestigio de palabra en el Diccionario. Arrambla con todo lo que encuentra.

Quinolilla (dice el hidalgo:) Juego de quínolas.

«*Quinolillas* (dice la Academia:) Quínolas.»

¡Esto es levantar muertos, señor hidalgo!

Rancor = Rencor.

«*Rancor* = Rencor.» (Diccionario.)

Me comprometo á darle á vmd. 50.000 francos en acciones del Banco de Francia, si descubre la diferencia que hay entre ambas acepciones.

Rapagón = No significa ladrón, sino *muchacho de poco fuste.*

¡Válame Dios! ¿Qué entenderá este académico por *muchacho de poco fuste?*...

Pues tampoco significa *muchacho de poco fuste,* sino aumentativo de *rapaz;* porque el lacayo Vallejo aplica dicho calificativo de *rapagón* al paje Grimaldo, á quien por dos veces llama *rapaz.*

Y añade Cotarelo: «La significación de ladrón es posterior.»

¿Posterior? ¿A qué?...

Recolmo = Exceso.

De modo que si yo dijese que la edición que ha hecho vmd. de las obras de Rueda es un *recolmo,* ¿estaría bien dicho? Lo dudo.

¡*Recolmo* con el hombre!

Recuerde = Despierte.

No, señor. Hay que hablar con propiedad y corrección, como aconseja la Real Academia Española. *Recuerde* es: «vuelva en su acuerdo», ó «vuelva á acordarse». ¿No se *acuerda* vmd. de la copla de Jorge Manrique:

«*Recuerde* el alma dormida,
abiue el seso y *despierte*
contemplando»
cómo la Academia olvida
que la hora de la muerte
va llegando;
quan presto dos mil pesetas,
en dos meses, Cotarelo
recibió,
para publicar completas
unas obras que sin duelo
destrozó; etc.?

Red = La capa (voz de germanía).

«*Red* = *Germ.* Capa.» (Diccionario.)

Se ofrecen otros 50.000 francos en las acciones mencionadas *ut supra* y con la misma condición. ¡Animarse, D. Emilio, que en Francia se paga á tocateja!

Reñegado = Malhumorado.

¡Malhumorado me veo yo con semejantes interpretaciones!

Reñegado es *renegado,* como el *derreniegado* de la página 256.

Repastando = Apacentando.

¡Rescaño! ¿Qué habéis proferido, hidalgo? ¿Creéis, por ventura, que *pastar* es lo mismo que *apacentar?* Para vmd. será idéntico; pero Lope de Rueda no hubiera consentido que nadie le dijese que *pastaba,* aunque sí pudo *apacentar* alguna vez.

Añadís que «el Diccionario dice sólo que es «volver el ganado á pastar», y vive *Moisén* que en este caso acierta, y que más vale ir solo que mal acompañado.

Repunta = Parte, principio ó comienzo.

«La *Biblioteca Selecta de Autores Clásicos Españoles,* que desde hace ya bastantes años comenzó á publicar la Real Academia Española...», es una *repunta;* y no me diga que no vmd., porque con tales palabras principia ó comienza la edición á vmd. encomendada.

—Decidme, niño: ¿qué es eso de *Per omnia saecula saeculorum?*

—La *repunta* del *Prefatio.*

—¿Y la sopa?

—La *repunta* de la comida.

—La merluza frita ¿puede ser *repunta* alguna vez?

—Sí, padre; en aquellas casas ó mansiones donde la coman de principio.

—Si hoy fuera lunes y os diera yo unos reales para pasteles, ¿qué diríais?

—Buen *repunta* de semana.

—¿Sabéis, por ventura, con qué palabras comienza la Biblia?

—Sí, padre; con las palabras «In *repunta* creavit Deus coelum et terram».

Rescaño = Residuo.

Es así que vmd. dijo que escurriduras era igual que residuo: luego *rescaño* es lo mismo

que escurriduras. ¡Ahí, ahí, era donde vuesamerced debiera haber empleado su perspicacia para descubrir que *rescaño* es una errata! ¿No olió vmd. el poste, señor hidalgo? Quiero decir: ¿no olió vmd. que el texto dice «... me queda un *rescaño* por dormir»? ¿Y no vió vmd. que aquel *rescaño* es un *restaño* como una loma? *Restaño;* sí, señor, *restaño* ha de leerse, y no *rescaño. Restaño* es diminutivo de *resto,* y palabra empleada hoy en Castilla y en León, y, por cierto, de aquellas que acusan el abolengo ilustre.

Rezongar = Reñir, regañar, disputar.

Ni es reñir, ni es regañar, ni es disputar, Es «gruñir, refunfuñar á lo que se manda», como dice el Diccionario, que bien pudo vuesamerced consultar gratuitamente, pues tuvo y tiene la fortuna de ser académico.

Rodancho = Broquel (voz de germanía).

«*Rodancho* = *Germ.* Broquel.» (Diccionario.)

Esperen, señores, un instante, que voy á ver una cosa. (Yo tenía doce pesetas en el bolsillo: una, dos, tres, seis, siete cincuenta..., once... y doce. ¡Demonio! ¡Buen susto pasé! ¡Hay que andar con cien ojos!)

Rodea = Apresura, aplica.

¡Acertólo vmd., como dos y dos son cinco! ¡Ni lo *juno,* ni lo *jotro,* como decía el gitano! ¡Aquí, *rodea* tiene el sentido de: procurar, proporcionar!

Pero, sigue Cotarelo, citando el texto:

«¡Cómo se *rodea* mi gente en hacer hacienda!» (Dejándose en el tintero un *rodear* de la página 177 que vendría aquí de perilla.)

Y sigue, por su cuenta:

«En sentido irónico, porque están todos dormidos. Quizá sea *regodea;* quizá sea errata.»

¡Ya tenemos otra *agua de filibus terre!*

Quizá sea regodea;
Quizá sea errata;
Quizá sea aguardiente;
Quizá sea merluza;
QUIZÁ SEA LA HORCA.

Rompido = Roto.

Eso es, en efecto; pero no lo diga vmd. delante de gente.

Ronceras = ¿Remolonas?

¡Ah! ¿Pero es que le cabe duda á vuesamerced? Abra el Diccionario, y lea: «*Roncero, ra* = Tardo y perezoso en ejecutar lo que se manda.» ¿Á qué, pues, la duda? ¿Á qué, pues, la glosa? ¿Á qué, pues, perder el tiempo miserablemente?

Rubiarme = Enrubiarme ó ponerme rubios los cabellos.

¿Cómo? ¡Eso hace vmd., señor mío! ¡No lo hubiese imaginado!

Sacabuches = Ninguna de las significaciones del Diccionario conviene con la de Rueda.

Maravíllome, señor de Cotarelo, que hombre de tan buen ingenio como vmd. se atranque en estas pedrezuelas. ¿No dijo vuesamerced, en la página 323 del tomo I, que *Maneras* eran: «lugar *para colocar las manos* ó abertura para sacarlas»? Pues, pecador de mí, ¡qué más tenía vmd. sino decir ahora del *sacabuche:* «lugar para colocar el buche (estómago humano), ó abertura para sacarlo, en algunos hábitos talares»!

«Pastores, ¿no es lindo chiste
que es hoy el señor san Corpus Christe?
Y es el día de las danzas,
en que el Cordero sin mancilla
tanto se humilla,
que visita nuestras panzas,
y entre estas bienaventuranzas
entra en el humano buche.
¡Suene el lindo sacabuche!»

Salsufragia.

¡Aquí tenemos otro *bolarménico!*

En efecto; vuelve nuestro filólogo á las andadas, y escribe:

«*Salsufragia* y *bolarménico* = Quizá sean dos palabras: *sal sufragia,* como *bol arménico.* Covarrubias le llama *salsifrasia,* y el Diccionario, *saxifraga* y *sasafrás,* si bien parece son plantas distintas.»

¡Buena *burullada! ¡Encarrillárades* más nombres, Sr. Cotarelo! Y el caso es que son tantos desatinos como palabras, porque siendo *salsufragia* palabra compuesta, sería de *salsu* y *fragia,* y no de *sal* y *sufragia* (como dice el académico, recordando á Sagasta).

Salsufragia (en italiano *sassifragia,* en latín *saxifragum,* y en griego σαξίφραγον) ó *saxifragia* es una hierba que crece en los lugares ásperos y pedregosos, y que, cocida en vino, sirve, según Dioscórides, contra las calenturas y el mal de orina.

Sanguinidad = Parentesco en general.

¡Cáspita! ¡De ningún modo! Porque el parentesco de *afinidad* no se ha de incluir en el de *sanguinidad,* y, sin embargo, parentesco es.

Santiguadera = Santiguadora.

«*Santiguadero, ra* = Santiguador.» (Diccionario.)

¡Chucho!

Scena.

Advierte aquí el señor de Mori que las *scenas,* en Lope de Rueda, indican grandes divisiones de la obra, «que lo mismo pudieran llamarse *actos* ó *jornadas,* como en el siglo XVII». Y añade que: «La *Discordia de amor* está dividida en *tres jornadas;* pero esta denominación debe de ser obra del editor catalán de 1617.»

¡Loado sea Dios! ¿Tan ayuno está el señor Cotarelo de historia del teatro que no sabe que la división en *jornadas* es muy anterior al siglo XVII, y que la empleó ya Torres Naharro á principios del siglo XVI? ¿Ignora también que la *Celestina,* obra de últimos del siglo XV, está dividida en *actos,* aun cuando, probablemente, la primitiva división fué en *cenas?*

¡Loado sea Dios!, vuelvo á decir.

Sesgo = Sosegado.

«—¿Dijiste?
—Dije.
—Pues vete,
que con pena moriré.
—¿De qué?
—¡De que no te eché
entonces del caballete!»

Esta cuarteta de la comedia de Tirso (quien tiene también que pedir cuentas á vuesamerced, como demostraré en su día), de la comedia, digo, de Tirso de Molina titulada *El Rey Don Pedro en Madrid,* me la ha recordado vmd. con su acepción de la palabra *sesgo.* ¡Oh; válame Dios, y qué sudores, vahídos y vigilias le habrá costado á vmd.!

«*Sesgo* = Sosegado», dice vmd.

«*Sesgo* = Sosegado», dice la Academia.

¡Oh; válame Dios, repito, y qué de cosas tenéis almacenadas en esos aposentos del cerebro!

Servilla = Zapata ó zapatilla de las mozas de servicio.

El Diccionario dice: «Zapatilla de cordobán con una suela delgada.»

El *alzamiento* es probado, pero además es malo, porque:

¿De dónde habéis extraído, oh señor, esa zapata?

¿Dónde habéis descubierto que la servilla,

ora sea una zapata,
ora sea zapatilla,

era propiedad exclusiva de las mozas de servicio?

¿De dónde, digo, sacáis, y en dónde encontráis esas *trónicas?*

Sicas = ¿Guardas, alguaciles?

Así que veo los interrogantes, échome á temblar y quedo *entelerido*, porque huelo la *burullada* que se nos depara.

Veamos el texto. Dice en él el ladrón Honzigera:

«Anda, anda, hermano Panarizo, no te quedes rezagado, que agora es tiempo de tender nuestras redes, que la burullada está en grandísimo sosiego y pausa, y las sicas descuidadas. ¡Ah, Panarizo!»

¡¡Ah, don Emilio!! Vuesamerced, que echó de ver que *sicateros* son los ladrones que cortan bolsas, y aun añadió: «El Diccionario trae *cicatero*», ¿por qué diablos no reparó también en que *sica*, como *cica*, podía significar «bolsa»?

El entendimiento, señor de Mori, tiene por principal función el establecer relaciones entre las ideas, y debe utilizarse tan preciosa facultad con la mayor frecuencia posible. Aparte de que, si se encastillaba vuesamerced en no ejercitarla, pudo ahorrarse trabajo copiando la explicación dada en la página 57 del tomo I de ciertos *Anales de la literatura española* (Madrid, 1904), donde se inserta íntegro el Paso V del *Deleitoso*.

Soletas = Remiendos.

Así se sale muy pronto del paso. Quizá *soletas* sean remiendos, aunque no todos los remiendos consistan en echar *soletas*, sino aquellos que estriban en poner *suelos* ó *suelas* (á las calabazas ó á los zapatos).

Somorgujo = En las provincias del Norte aún se dice *somorguyo* ó *somorgüio*. Covarrubias trae *somorgujo*.

Y vmd. no trae nada que sea suyo, porque aquel *somorgujo* lo *apandó* vmd. en la Academia un día que le dejaron solo en el camarín donde se custodia el Diccionario, y se dió á huir con él: allí quedó el estuche en que se guardaba la joya; y para convencerse de ello, véalo quien quiera en el Diccionario, página 926, segunda columna, vocablo núm. 21.

Tablilla.

Prepárense ustedes, porque el hidalgo va á hacer ahora un pinito de hablista clásico.

«*Tablilla*—repito—: La que usaron los santeros, *amén* de la campanilla.» Amén.

Ese *amén* vale un huevo de pava, por lo menos. Repítalo, hermano, que me huelgo de oir hablar así á vmd. ¡Vamos, no se haga de rogar, que *á la he* que me ha placido!

«La que usaron los santeros, *amén* de la campanilla.»

Viva vmd. luengos años. El *conceto* no es cosa nueva, pues la Academia ya dijo que *tablilla de santero* es la «insignia con que se piden las limosnas para los santuarios y ermitas»; pero como vmd. metió entre medias aquel *amén*, que le va de perlas á la frase, bien puede preciarse de que ha hecho mundo nuevo. Claro es que los santeros llevaban algo más que campanilla; y si no, recuerde vuesamerced lo que escribe Quevedo en el *Buscón* de aquel insigne Polanco que pidió *saco pardo, cruz grande, barba larga postiza y campanilla;* pero, en fin, esto son nonadas, y vuelvo á decir que vmd. lo hizo por extremo al embutir el *amén*. ¡Oh, cuerpo de tal, y cómo lo sabe entender el hidalgo! ¡Vaya un chorizo!

Tanda = Turno.

«*Tanda* = Alternativa ó turno.» (Diccionario.)

¡Don Emilio de mi alma! ¡Esto es una presa, esto es un botín, esto es un expolio sin precedente en la historia del saqueo!

Terrero = Terrado ó terraza.

Terrado es castellano; *terraza* no lo es, aun cuando la palabra haya sido admitida por la Academia; pero da la pícara casualidad de que *terrero* no es ni terrado ni terraza, al menos en esta ocasión. Leamos:

«Nunca asestó mi pensamiento al *terrero* y blanco que tú has enclavado tu rencor.»

Con un poquitín de esto que llaman seso, puede ver cualquiera que sería una porrada decir que una persona había enclavado su rencor en un terrado ó en una *terraza*. Fí-

jese el hidalgo, y vea si aquellas palabras *y blanco,* que vienen detrás del *terrero,* no están diciendo á voces que se trata de una imagen, y que esta imagen consiste en comparar al pensamiento con arma *disparadiza* (apunte vmd., no al blanco, porque suele tener mala puntería, sino el vocablo, que no está en el Diccionario), y al rencor con una flecha ó una bala que ha dado en el blanco. Fíjese vmd., y dígame si ahora no sabe lo que es *terrero,* que no significa, como supone la Academia, el «objeto ó blanco que se pone para tirar á él», sino la tierra amontonada que se pone detrás del blanco para que en ella se emboten los proyectiles.

Silbemos.

Se cuenta que un duque italiano visitó en cierta ocasión á Rossini, y, hablando de música, recayó la conversación sobre los deseos que el prócer tenía de saber tocar el piano.

—Tres años hace que estudio sin descanso—le dijo al maestro—: con la mano derecha hago lo que quiero; pero con la izquierda no logro pasar de la tónica y la dominante.

—Eso—contestó Rossini—revela la firmeza de vuestro carácter.

Una cosa por el estilo le pasa al Sr. Cotarelo: con la pluma en la diestra hace lo que quiere: pero en punto á acompañar el canto, no sale de un mediano bordoncillo, revelando con ello una firmeza de carácter de hormigón hidráulico. *Et probo.*

Tomé á merced = Se entregaron, se rindieron.

El párrafo de donde sacó este pedazo de cemento dice así: «Los cinco maté y los cinco *tomé á merced.*»

Si vmd. hiciese la digestión de los alimentos con la dificultad que digiere los textos, encarecerían, de un lado, el agua de Loeches, la de Carabaña, el aceite de ricino, el sulfato de sosa, la jalapa, la ipecacuana, la sal de La Higuera, las hojas de sem, y, por el otro lado, las calas, los irrigadores y los enemas ó lavativas.

¡Pero hombre! ¿Ignora vmd., por ventura, que la Academia tiene un Diccionario, malo, es cierto, pero Diccionario al fin? Yo apostaría algo á que lo ignora vmd., ó á que, si no lo ignora, desconoce vmd. el modo de manejarlo; y no lo digo por ofender á vuesamerced, sino porque no me cabe en la cabeza que si vmd. conociese y supiese manejar el Diccionario, hubiese dejado de encontrar las frases «darse ó entregarse á merced», que valen tanto como «darse ó entregarse á discreción», y «estar uno á merced de otro», que significa «estar enteramente á sus expensas». Holgaba, pues, el comentario de vmd., como casi todos los que ha puesto al pobre Rueda, que algún delito debió de cometer cuando está sufriendo tan grande purgatorio.

Tomillar.

La Academia sostiene que *tomillar* es «sitio poblado de tomillo». Pero vino el Sr. Cotarelo y exclamó, si es que llegó á ver lo que decía la del *Limpia* (que lo dudo): «*¿Poblado* de tomillo? ¡El tomillo no puebla! Inventemos otra explicación.» Hecho este soliloquio se rascó la testa, mojó la pluma, etc., y al cabo de una buena pieza, ¿qué dirán ustedes que hizo? Pues cogió un trozo de tierra, la cargó de tomillo, y dijo: «Anda, vete y camina por el mundo, que tú ya eres un tomillar»; y en seguida cogió una mata de tomillo chiquitina, y se la entregó á otro pedazo de tierra, diciendo: «Tierra, ateta á esta mata y camina por el mundo, que tú tomillar eres también.»

Y el Sr. Cotarelo escribió entonces: «*Tomillar* = Tierra que lleva ó cría tomillo.»

Y escrito esto, el Sr. Cotarelo reposó de toda su obra que había hecho.

El Sr. Cotarelo, no sabiendo ya qué meter en el tomo, metió el tomo mismo, y dijo:

Tomo = Bulto ó tamaño.

Explicación completamente inútil, baldía, vana, hueca, infructuosa, innecesaria, falta de oportunidad y no menos desprovista de novedad, porque la Academia ya dijo que *tomo* significa *grueso, cuerpo ó bulto de una cosa.*

Topado ha Sancho con su rocín.

Refrán citado por Rueda en la comedia *Los engañados*. El Sr. Cotarelo lo menciona en el *Prólogo* (pág. LXVIII), y añade: «Refrán que, como se ve, es muy anterior á Cervantes.»

Sí, señor, sí; *muy anterior* á Cervantes... y á Lope de Rueda, porque ya en el siglo XV incluyó el marqués de Santillana, entre los *Refranes que dicen las viejas trás el fuego*, uno que decía:

Fallado ha Sancho el su roçin.

Torobisco.

Ahora sí que llegamos al retozar de la risa, al desasosiego de los cuerpos, y, finalmente, al azogue de todos los sentidos.

Empezaremos por el texto de Lope de Rueda. Dice así: «que no empezca el humo, ni el zumo, ni el redrojo, ni el mal ojo, torobisco ni lentisco...»

Y comenta el Sr. Cotarelo:

«Quizá sean dos palabras (¡siempre la tema de *salsufragia* y *bolarménico!*): *toro bisco* ó *bizco*. Como se trata de un ensalmo, no es posible adivinar con certeza el sentido.»

—¿Dice eso? — preguntarán vuesasmercedes.

—Sí dice, en la página 327 del tomo I.

—¿Y todavía vive?

—¿Quién?

—¡El *vocabularista!*

—Sí vive, para regocijo de las Musas.

—Pero ¿lo escribe en serio?

—Muy en serio. Pues ¿qué creían vuesasmercedes? ¿Que el Sr. Cotarelo era, como Estebanillo González, hombre de buen humor?

—Pero ¿no ha leído á Dioscórides Anazarbeo?

—¡Qué ha de leer! Y si vuesasmercedes le preguntan quién fué Dioscórides, les contestará con el consabido *sacabuche:* «Quizá sean dos palabras», etc.

—Mas ¿ignora ese hidalgo que *torvisco* es una planta (conocidísima en Castilla) llamada propiamente en latín *thymelaea*, y que sirve de poderosísimo purgante? ¿No lo ha leído en el Diccionario? ¿Por qué piensa en un *toro bizco*, cielo santo? ¿Estará aojado?

—No sé; pero lo del *toro bizco* me da harto que cavilar... ¿Habrá leído el señor de Mori *La prudencia en la mujer*, de Tirso de Molina? Y si la ha leído, que lo dudo mucho, ¿habrá pensado, por ventura, que el aldeano *Torbisco*, que en esa comedia sale á escena, era también *bizco?* ¡Oh desesperación! ¡Qué *impodio!*

Traspuesta = Comida ó tragada.
Traspuesto = Devorado ó tragado.

¡Hidalgo!... ¡Hidalgo!... No puedo escribir nada, porque me estoy riendo á mandíbula batiente: de manera que, según que lo que se trague tenga terminación de femenino ó de masculino, cambia el concepto de la *tragancia*. Vos, hidalgo, tragáis una píldora, y como píldora es femenino, según vos, aquella píldora os la habéis *comido*. Pero vos, comiendo un pollo, os tragáis un hueso, y como hueso es masculino, resulta que vos habéis *devorado* el hueso del pollo. Otro ejemplo: la sopa la coméis; los garbanzos los devoráis. Otro: el agua la coméis; el vino lo devoráis. ¿Veis, hidalgo, á qué consecuencias tan estrambóticas conduce un momento de irreflexión? Porque si hubierais reflexionado un punto, al leer aquello de «Periquillo los ha *traspuesto*» (refiriéndose á unos dulces que habían desaparecido del sitio en que el amo los guardaba), hubierais también caído en la cuenta de que *trasponer* no es comer, ni tragar, ni devorar, ni nada que tenga relación con la boca, dientes, paladar y tragadero, sino, simplemente, «poner una cosa en lugar diferente del que ocupaba».

Trompeta bastarda = Cierta clase de trompeta, al parecer muy ruidosa.

—Digo, señor mío, que me maravillo de la gran agudeza de su ingenio y de la sotileza que muestra á cada paso en descubrir las cosas ocultas y los logogrifos más laberínticos é intrincados: porque juraría á Dios y á mi ánima que eso de que la *trompeta bastarda* es *cierta clase de trompeta*, lo había sacado vmd. por línea recta al ver que el vocablo que antecede á *bastarda* es *trompeta*, y no *longaniza, jeringazo* ó cualquiera de los

otros de nuestro idioma. Y juraría ansimesmo que lo de que el mentado instrumento era *muy ruidoso,* lo caló vmd. al considerar que Mencieta dice: «Bien será una *trompeta bastarda* para que recuerde.»

—Así es la verdad, amigo.

—Y ansí lo creo yo; sólo que hay *lenguas de aguzadera* que dicen que vmd no supo lo que era la *trompeta bastarda,* y que así, echó por la calle del medio y salió del paso con cuatro palotes de los que hacen los niños cuando empiezan á aprender la escritura.

—Y ¿en qué apoyan los tales sus razones?

—Apóyanlas en que dicen que vmd., que tanto cita á Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua castellana,* se dejó pasar en blanco que al folio 125 de la edición de 1611 hay unas letras que rezan de este modo: «*Trompeta bastarda* = La que media entre la *trompeta,* que tiene el sonido fuerte y grave, y entre el *clarín,* que lo tiene delicado y agudo»; de lo cual quieren barruntar que eso de la *trompeta bastarda* no es ningún misterio ni cosa del tiempo de los godos, que se hayan tragado las fauces de los siglos; y, además, que lo de que fuese *muy ruidosa,* como dijo vmd., tampoco es cierto, porque de Covarrubias se saca la consecuencia de que había otras trompetas que hacían mucho más ruido que la *bastarda,* la cual, por las señas, debía de ser una trompeta de la clase de hidalgos ricos, que ni deslumbran con sus libreas, ni dejan de tener un pasar acomodado.

—Descuido fué, amigo, y no liviano; pero, en fin, ¿dicen más?

—Sí dicen, loado sea Dios, porque añaden que vmd., que es tan sabido, dejóse en el buche tres bravos pasajes que hubieran venido de perlas en esta sazón; uno del romance del *Conde Claros,* que canta:

> «Las trompetas y *bastardas*
> comenzaron á sonar»;

otro de Bernáldez en su *Historia de los Reyes Católicos:* «Los moros fueron mucho maravillados con su venida en invierno (la de Isabel I á Baza), y se asomaron de todas las torres y alturas de la ciudad, ellos y ellas, á ver la gente del recibimiento y á oir las músicas de tantas *bastardas,* clarines y trompetas italianas..., etc.»; y el tercer pasaje está sacado del *Sueño* del marqués de Santillana, donde se lee:

> «Ya sonaban los clarines
> é las *trompetas bastardas*»,

con todo lo demás que se sigue. Yo digo, señor, que todo esto será mentira y juego de gentes ociosas y baldías; porque, si fuera verdad, no pagaba vmd. su culpa con menos de trescientos, dados de buena mano y con pena de clavo al compás de la plática que se suele oir por las acostumbradas en casos semejantes.

Copiemos, Sr. Cotarelo, copiemos, que es dulce tarea. Copiemos del *Paso Sexto:*

«DALAGÓN.—... Comerme la libra de los turrones de Alicante que estaban encima del escritorio.»

Y ahora pregunto: ¿El más meticuloso y lato glosista podía sacar de lo transcrito palabra digna de ser glosada? Respondo: Como el glosista fuese el Sr. Cotarelo y Mori, sí.

—¿De veras?—replicarán ustedes—. *Comer..., libra, turrones..., Alicante..., estar..., encima..., escritorio...* ¿Pero es nueva alguna de estas palabras? ¿No están todas en el Diccionario?

—Sí, señores míos—contesto yo—; todas están en el Diccionario, y ninguna es nueva; mejor dicho, ninguna deja de ser muy vieja, y á título de vejez precisamente, pescó el Sr. Cotarelo, no una, sino tres palabras, y las enfardeló en el *Glosario* famoso.

—¿Será posible?

—Agora lo veredes...

—¿Y cuáles son?

—Estas:

Turrones de Alicante.

—¡Usted se burla!

—¡Es tan cierto como la entrada de Carracido en la Academia!

—Y ¿qué tuvo que decir del *turrón de Alicante?*

—Pues ahí está lo bueno, que no tenía nada que decir; pero como ya se había rascado la consabida testa, mojado la pluma, reconcentrado el pensamiento, etc., no quiso volverse de vacío, y escribió... ¡No me van ustedes á creer!

—¿Qué escribió? ¡Dígalo usted!

—Escribió una bobadina, sin ninguna importancia; pero, vamos, que hace reir, y mucho más en boca de un académico.

—No sea usted pesado, y acabe de decirnos lo que dijo.

—Pues, nada: que el hombre se encontró con los *turrones de Alicante*, y exclamó: «¡Tate! Lope de Rueda conoció el *turrón de Alicante*. ¡Buen hallazgo! ¡Pues no creí que este turroncito fuese tan viejo!» Y en seguida colocó la pluma sobre el papel, fué á escribir, la péñola se había secado, volvió á mojarla en la mencionada tinta, soltó un terno y escribió:

Turrones de Alicante. ¡Rediez! «Ya es antigua esta clase de dulce.»

El «rediez» confieso que lo he puesto yo para imitar el ruido del terno, como el *chipite, chápete* imita el de los garrotazos; pero lo que sigue entre comillas lo escribió el propio Sr. Cotarelo.

¿Conque ya es antigua, eh? ¿Pues qué creía vmd., que era vmd. el primero que había comido turrón en este mundo? ¿Y cree vuesamerced que en tiempo de Lope de Rueda no hacía muchos años que la gente hispana hincaba el diente en esa clase de dulce, como la llama vmd., con frase afortunada al par que sonora? ¿No sabe vmd. que todo eso de turrones y mazapanes son cosas moras y judías? No vaya vmd. á creer que son moras del moral *morus alba*—y judías de mata —*phaseolus vulgaris*—, sino cosas árabes y hebreas, vamos, para que me entienda vuesamerced.

Pero con ser bueno lo que copiado queda, es todavía mejor el remate y contera que el Sr. Cotarelo puso á la glosa sobre los *turrones de Alicante*. Oído á la caja:

«Covarrubias—dice el glosista—habla sólo del turrón en general.»

¡Cá, señor y dueño mío! Covarrubias no habla sólo del turrón en general; habla además de otras muchas cosas, como, por ejemplo, de las *trompetas bastardas*, que no supo tocar vmd.

¡Señores académicos! No se explica que vuesasmercedes autoricen estas porradas, por lo cual creo yo que vmds., que están donde están para hacer una labor común en beneficio de nuestro idioma y para no dejar pasar plato alguno que no haya sido condimentado y servido conforme á las reglas del arte, se han olvidado de su alta misión, y en sus reuniones, en vez de sentarse en mesa redonda, anda cada uno por su lado comiendo de lo que trae, ora sean francolines, ora bodrio indigesto, por lo cual pudiera decirse de vmds. lo que San Pablo dijo en cierta ocasión á los corintios: *Fratres: Convenientibus vobis in unum, iam non est Dominicam coenam manducare. Unusquisque enim suam coenam praesumit ad manducandum.*

No puede dejarse á cada uno hacer lo que le dé la gana, porque se exponen ustedes á ofrecer un espectáculo como el presente. ¿Les parece á ustedes que está bonito ver á un miembro del sanhedrín campando por sus respetos, sentado bajo un chaparro, comiendo abadejo, armado de una bota bárbara, masticando á dos carrillos, llena la barba de pringue, escupiendo la zupia y soltando regüeldos á los cuatro vientos cuando se le ofrece?

Yo creo que eso no está bien.

Vejigadas...

(El *Glosario* dice *vejigas;* pero es errata, como puede comprobarse con el texto.)

Dícese de Torquemada que fué hombre cruel sobremanera, y de la Inquisición, que inventó los mayores instrumentos de tortura que ha conocido el mundo. ¡Ríanse ustedes de la Inquisición y de Torquemada, porque quedan en mantillas al lado del Sr. Cotarelo! El hidalgo ha sabido convertir una sencilla é inofensiva burla de muchachos en un tormento cual yo no se lo deseo. Ya saben ustedes que *vejigadas* ó *vejigazos* eran golpes dados con unas vejigas infladas que el que hacía de bojiganga en las compañías de cómicos de la legua ó en las tropas de titiriteros llevaba atadas á la punta de un palo. Bueno; pues al Sr. Cotarelo, pensando, sin duda, en algún enemigo suyo, se le ocurrió que el más delicado obsequio que podía hacerle era propinarle unos cuantos golpes *en la vejiga*, y tratando de convertir la ocurrencia en realidad, escribió:

«*Vejigadas* = Golpes dados *en las vejigas*.»

¡Qué horror, Dios de Israel, de Leví y de Judá! ¡Ni al mismo demonio se le ocurre cosa

semejante! ¡Vaya un compadre! ¡Ni que hubiera vmd. estudiado el jiu-jitsu con un *toro bizco* de D. Eduardo Miura!

Vericundas.

«Singular calificativo aplicado á las lechugas!», exclama el Sr. Cotarelo, en el colmo de la estupefacción.

¡Permítame vmd. que me ría!

.....

¿Cree, por ventura, vmd que Lope de Rueda quiso decir *vergonzosas* ó *ruborosas lechugas?*... ¡Ja, ja, ja! .. Sí que sería un singular calificativo.

Pero quiso decir: ¡¡VERDES!!

Vida airada = Vida pícara y de prostitución.

«Se hubiera creído más moderna—añade el Sr. Cotarelo—esta acepción de la frase.»

Pero ¿qué se figuraba vmd.? ¿Que todo era de su tiempo? *Iratus,* en el sentido de desordenado y descompuesto, es más antiguo que San Agustín. Y si no, pregúnteselo vuesamerced al Sr. Commelerán, colega de vuesamerced, y él se lo dirá, si lo sabe.

Y ¡venga acá su merced! ¿Por qué se le traspapeló la frase: «¡Hija de mi alma y de mi corazón!», que figura en la página 153 del tomo I? No era ésta una peregrina ocasión de añadir el consabido escolio: «Se hubiera creído más moderna..., etc.» ¡Cómo llorarían de gozo al saberlo las viejas calceteras de mi pueblo!

¡Y á mí, pajas! = Frase con sentido igual á como hoy la usa el pueblo.

¿Qué pueblo? ¿El pueblo soberano? ¿El pueblo bárbaro? ¿El pueblo egipcio?... ¿Ha oído vmd. decir alguna vez al pueblo: «*Y á mí, pajas?*» ¡Qué ha de oir vmd., hombre de Dios, qué ha de oir! ¡Como que no lo dice! Lo que dice el pueblo cuando oye alguna gansada que le tiene sin cuidado es: «¡A mí, *plin!*» Déjese, pues, vmd. de la paja, y vaya al grano, que para paja basta y aun sobra con la que vmd. ha almacenado en las *pajizas* del *Glosario* y en las pocas aunque malas notas del texto y en los escasos pero desaforados comentarios que se le han ocurrido. *¡Y á mí, pajas!*... ¡Á la porra esas pajas! ¡¡Á la porra, digo!!

Dos portentosos hallazgos:

Primer hallazgo:

Zaga (De) = Atrás (dice el Sr. Cotarelo).

¡Atrás, hidalgo—digo yo—, que traigo aquí el Diccionario! «*Á la zaga*—se lee en el Diccionario—. Atrás.» ¡Buen hallazgo habedes fecho, recaray!

Segundo hallazgo:

Zapuzado = Chapuzado (dice Cotarelo).

«*Zapuzar* — dice la Academia —: Chapuzar.»

—Ahora bien—como dice D. Eduardo Saavedra—: si la primera acepción estaba en el Diccionario, ¿por qué la dais como nueva?

—Porque no es lo mismo decir *de zaga* que *á la zaga.*

—¡Metafísico estáis! Y si el Diccionario trae la segunda acepción, ¿por qué osasteis darla como de vuestra académica cosecha?

—Porque el Diccionario pone el verbo en modesto infinitivo, y yo lo pongo en participio contundente y rotundo.

—De modo que si vmd. llega á encontrarse con la palabra *barbarizado,* y ve que en el Diccionario sólo se halla el verbo *barbarizar,* la echa al saco.

—¡Rediez, ya lo creo! ¡A qué estamos!

—Bueno; pero aconsejo á vmd. que no vaya á pedir albricias por las *invenciones* (de *invenio),* al menos allí donde haya personas con tanto así de discernimiento, porque se expone vmd. á salir entre cuatro.

Zoizos = ¿Suizos?

El Diccionario tiene la palabra.

EL DICCIONARIO.—«*Zoizo* = Suizo.»

¡Vaya; ya salió de dudas vmd.!

Si vmd. se hubiese contentado con la pre-

gunta, nada tendría yo que añadir; pero es el caso que vmd. se mete en libros de caballerías y comenta el vocablo de esta suerte:

«... en tiempo de David no había suizos en Judea...»

Y diga, hidalgo: ¿en tiempo de David había chivateznos? Haga el favor de averiguarlo, y vuelva después por acá con lo que encuentre.

Continuemos: «... en tiempo de David no había suizos en Judea; pero nuestros autores no se paraban en esto...»

En lo cual les imita vmd., que no se para en nada: ni en zoizos ni en barras. Adelante, que así me gustan á mí los hombres. La cuestión es salir del paso, sea como fuere.

¡Adelante! ¡Vamos, *recolmo,* no se pare vuesamerced!

«... en tiempo de David no había suizos en Judea; pero nuestros autores no se paraban en esto: los había en España en tiempo de Rueda, y era bastante para su objeto satírico.»

¡Bien, hidalgo! ¡El parrafito os ha salido redondo como una pica! Sobre todo, las nueve primeras palabras son maravillosas.

«En tiempo de David no había suizos en Judea.»

¡Parece una antífona!

El antifonero.—*In tempore David non erant* zoizos *in Iudaea.*

Y el coro podría comenzar así:

Verè non erant zoizos, sed cum hoc audivisset David, ¡porra!, dixit, et eiecit harpam.

Pero con ser la ida de los suizos á Judea muy posterior á los tiempos de David, y la venida de los suizos á España muy posterior á la ida de los suizos á Judea, es todavía mucho más posterior el hecho que constituye el origen del pasaje; pues quiero haceros saber, Sr. Cotarelo, que esos *zoizos* á que se refiere Rueda en la comedia, no eran suizos de verdad; eran tan españoles como pueden serlo el señor marqués de Pidal y el señor conde de Casa-Valencia. Esos *zoizos* eran los individuos pertenecientes á la *zoiza* ó *suiza* (con *s* minúscula), especie de milicia grotesca que se organizaba en algunos pueblos para servir de pasatiempo en épocas de ferias ó de fiestas populares.

Y con esto, beso las manos de vmd.

Zumaque.

Dice el académico:

«*Ensuciaba* las manos de los zapateros.»

¡Y las manos de los que no lo eran, señor mío (por ejemplo: las de los curtidores)!

Y no está en eso todo el daño, sino en que *sigue ensuciándolas,* ni más ni menos que en el siglo de Lope de Rueda

¡Condenado zumaque!

Y aquí salgo de mi cuento, señores míos; no porque le tengan las *lindezas* del *Vocabulario* académico, sino porque no me gusta abusar de la paciencia de mis lectores. Sólo diré, para concluir, que, sumando las acepciones erróneas y los *trasplantes* del Diccionario, no queda ni *óstugo* de vocablo cuya explicación pueda considerarse nueva ú oportuna; ¡y así es como la Real Academia Española, por medio del Sr. Cotarelo, ha honrado la memoria del admirable batihoja sevillano, á quien Cervantes llamó «varón insigne en la representación y en el entendimiento»!

LAVS DEO

EL CAMINO DE LA VICTORIA

Enmarañadas en la vida aparecen las acciones humanas: muchas, con apariencia de virtud, cubriendo el desenfreno de las pasiones más abyectas; algunas, bajo un aspecto poco recomendable, sirviendo á la especie; las más, en una alternativa de consecuencias buenas y malas, cuyo fin es difícil determinar.

Me propongo en este estudio aclarar el camino del bien para los que tienen idea del deber, y convencer á alguno de que éste es, por trabajoso que parezca, el más digno y el que, en todo caso, asegura el inestimable tesoro de una conciencia serena; porque si no todos podemos triunfar en la batalla, muchos podremos conservarnos dignos en la derrota.

Las acciones del hombre, y hablamos de las que verifica conscientemente, pueden serle personal ó familiarmente provechosas, ó pueden ejecutarse en beneficio de los demás; estas últimas son las que más particularmente llamamos virtuosas, porque implican el sacrificio de su natural propensión á emplear su actividad en su propio beneficio. Claro es que las altas inteligencias, penetradas del sentimiento de la inevitable solidaridad humana, casi no llaman virtud al altruísmo, sino deber social, necesidad racional, cuyos beneficios á todos nos alcanzan; y una vez más vense juntos los extremos del sumo egoísmo y del heroico altruísmo, que es, en definitiva, la voz de la especie sobreponiéndose á intereses más secundarios, llevando hasta el sacrificio la afirmación de la virtud, sin la cual es imposible la vida social, aunque en ella sean más frecuentes las manifestaciones del trabajo y del saber.

Vehículo de la virtud es el cuerpo humano, y de ordinario, el sano y bien dispuesto, resultado consciente de la misma virtud. Bien sabe aun el más ignorante los caminos naturales de la salud; y de los misteriosos y secretos hace su continuo estudio y ocupación la ciencia.

He aquí que á todos nos es conveniente la salud del pueblo, porque es muy difícil que en un cuerpo débil ó enfermo arraigue la virtud; y sin virtud en la muchedumbre, instable y precaria resultará la bienandanza de los poderosos: más que pastores de pueblos, vendrán á ser domadores de fieras que, bien tratadas, no desean otra cosa que alcanzar la dignidad de personas.

Y que esta lucha entre directores y dirigidos es un hecho visible, no hay para qué demostrarlo: no es general, claro está, en toda la nación; pero son demasiadas las comarcas en que, por distintas causas, se manifiesta el espíritu de rebeldía, quizás exagerada por pasión respetable en algunas regiones, mas generalmente engendrado en debilidades orgánicas, donde todo vicio tiene su natural crecimiento.

Á remediar tal estado de cosas se encamina este estudio, y ¡ojalá encontraran los imparciales en él algo aprovechable para el bien común!

Elementos de la virtud

Tiene la virtud factores diversos, que encarnan en tres palabras principalmente: *conocimiento, trabajo, sacrificio.*

Ninguna de las tres es independiente de las otras.

Meditando sobre el valor de estas palabras, que necesariamente tienen sus grados relativos, vemos que son la síntesis de la vida.

Y de tal vida, que su acción puede extenderse, y se extiende de hecho, hasta el elemento parasitario ó negativo.

De modo que por la *virtud* se conserva y se renueva la *vida.*

Necesario parece ampliar el concepto envuelto en tan importantes palabras.

Conocimiento.—La cantidad de *saber* que atesora una persona es el resultado de la calidad de su inteligencia, del trabajo de adquisición de los conocimientos que otros tienen ó que se contienen en escritos de hombres doctos, á lo que se llama estudio, y de una facultad variable, cual es el poder en cada momento, mediante la observación, encontrar la fórmula adecuada al caso; discernimiento que es tanto más estimable cuanto menos tiempo necesita para manifestarse dentro ó fuera del individuo.

Que la inteligencia de los seres animados tenga sus grados permite emplear la palabra *calidad,* y así decimos: rudimentaria, superior, etc.

Que por el ejercicio pueda desenvolverse es natural y lógico.

Que el *saber* casi siempre nos viene de fuera es elemental.

Que hay personas capaces de descubrir nuevas verdades se ve por la lectura de la Historia.

Tener conocimiento de las cosas es la primera necesidad de la libertad y de la vida—no tenerlo nos mantiene en evidente condición de inferioridad—, y la *virtud* no es el atributo de los inferiores.

Las partes de esta virtud que nos conducen al *conocimiento* se llaman:

Actividad.—Contraria de pereza.

Humildad.—Idem de soberbia.

Paciencia.—Idem de ira.

Trabajo.—Empleamos esta palabra en el concepto de labor realizada. Que la idea y el conocimiento precede á la obra, y que ésta sea más perfecta cuanto mayor sea aquél, es la opinión más corriente; hay, quizás, en nuestra producción un elemento que se forma en el mismo momento de realizarla, casualidades no previstas, que son el incesante movimiento de la vida—aciertos inesperados, fortuna en la ejecución que acompaña al artista genial—; pero el mayor número, al estudio y al conocimiento deben sus éxitos. La *fe,* la *esperanza* y la *constancia,* aspecto principal de la *fortaleza,* son las cualidades que caracterizan al excelente trabajador.

Sacrificio.—¡Sagrada palabra, eje del mundo y esencia inmarcesible de la virtud!

Por él se renueva y se perpetúa la vida; alentamos y esperamos por él; vencemos el rigor de la muerte; desafiamos al dolor, sobreponiéndonos á nuestra natural flaqueza; vislumbramos la esencia de lo divino; y, comulgando en espíritu con los que dan todo su ser en testimonio de un amor sin límites, alcanzamos las cimas de la más alta dignidad...

Sólo aquellas palabras no formadas—estremecimiento íntimo, sentimiento inefable de unidad, calor suave, purísima luz, abrazo de la madre, éxtasis sin pensamiento—pueden aproximarnos á la noción del sacrificio consciente y voluntario.

¡Cuán necesario el sacrificio en la vida, y cuán hábilmente nos prepara la Naturaleza á él!

Emociones placenteras preceden al estallido del amor. Sin darnos cuenta, de un momento á otro nos sentimos encadenados por tan dulce sentimiento; se olvida toda prevención. ¡Amar y ser amado! ¡Qué programa tan seductor! Ved el rostro de la doncella núbil. Hay algo de santo en aquella modestia angelical. Ante ella se funden las desconfianzas que hasta entonces nos han sido necesarias para vivir. ¡Que no hay rosas sin espinas! ¡Bah, no somos tan tontos que nos pinchemos nosotros!...

Realízase la unión; grave es el contrato. ¡Toda la vida! Y bien; ¿no es una dicha suprema respirar toda la vida el aroma de una flor tan delicada?

Sin embargo..., la primera preocupación nace al salir de la iglesia. Ya cayó fulano, dicen los maliciosos.

Diez meses después salimos del mismo templo de bautizar á nuestro primer hijo: ¡somos padres! Notamos mayor consideración en todos; pero también meditamos seriamente que nuestra responsabilidad es mayor: hay que economizar, en previsión del porvenir; es un pequeño sacrificio...

Sí, es pequeño, como pequeños son todos los principios; pero ya irás notando cómo se agranda. Tu vida ha disminuído; quisieras transmitirla casi toda á tu querido hijo. ¿Será bueno?

Será hombre, y, como tú, mirará hacia adelante; y si es mujer, llegará un día en que todo tu cariño no baste á retenerla junto á ti. ¡Qué dolor tan extraño! Así debieron de sufrirlo los padres de mi amada.

Madeja de la vida, ¡cuántas hebras dolorosas ocultas en tu trama!

***

Y vosotros, numerosa legión de héroes anónimos que pacientemente cumplís vuestro deber, sobrios, silenciosos, dejando poco á poco vuestros cuerpos en las encrucijadas del camino, ¿no habréis de merecer mejores condiciones de vida? Esperemos. El saber y la virtud libertarán al mundo.

¡Oh divina esperanza! ¡Luz de amor que disipa las tinieblas del *mal!*... ¡Siete murallas de tinieblas que se llaman soberbia é ira, pereza y lujuria, avaricia y envidia, y al engañoso amigo que en el vino se encuentra, y al que acude quien vive sin *luz!*...

La lucha

Ya está á la vista el ejército enemigo; su jefe, el *egoísmo*. Llamábase de niño instinto de conservación; también fué la *avaricia* previsión; la *gula,* necesidad; la *lujuria,* amor de lo bello; la *pereza,* desinterés; la *ira*, indignación; la *soberbia,* dignidad; y la *envidia,* noble emulación.

Estimóse también la *desconfianza* como sagacidad; el *no esperar,* como saber; la *cobardía,* prudencia; la *prodigalidad,* nobleza; y la *tiranía,* justicia.

Porque es esencial en la *virtud* huir de los extremos igualmente peligrosos. Y ella reside, no en la soberbia ó en la humildad excesiva, sino en la dignidad; no en la avaricia ó en la prodigalidad, sino en una prudente economía; no en la gula ó en el ascetismo, sino en la templanza; no en la lujuria ó en el estéril celibato, sino en la moderación de la castidad; no en la ira ó en la indiferencia, sino en una noble paciencia; no en la pereza ó en la inquietud constante, sino en una discreta diligencia; no en la envidia ó en el desprecio de sí mismo, sino en la caridad; no en la desesperación ó en una necia confianza, sino en la esperanza; no en la cobardía ó la temeridad, sino en la fortaleza; no en la desconfianza ó la credulidad, sino en la fe; no pródigos ó tacaños, sino generosos; no en la tiranía ó en la anarquía, sino en la justicia.

He aquí treinta y seis palabras que explican por sí solas la desigual condición de los hombres, de las familias, de las naciones.

Nadie tan perfecto que reúna en sí toda virtud; pero desde luego, si á la carencia de ellas se une la postración que al vicio acompaña, natural es que no prevalezca sino por excepción ó por el auxilio que la virtud le preste.

Ya hemos dicho que ella se resume en tres palabras: *conocimiento, trabajo, sacrificio*. Sobre ellas se funda la ciencia, y sus beneficios merecen que nos extendamos en algunas consideraciones.

La ciencia en la sociedad

El esfuerzo de la Humanidad representado por el estudio, por el trabajo y por el sacrificio se emplea tanto en mejorar su situación presente, cuanto en facilitar la vida á las generaciones venideras; cierto que este esfuerzo no es siempre consciente ni acertado: quien experimenta está expuesto al error; pero la tenacidad en repetir la experiencia, hasta deducir consecuencias favorables á la especie, es característico en los mejores.

Así se va constituyendo el patrimonio de nuestro saber, cada día mayor, que legamos á nuestros sucesores, accesible á los estudiosos y beneficioso á la comunidad.

Contrarresta este esfuerzo el egoísmo individual ó colectivo, que desea para unos pocos lo que debiera ser patrimonio de todos; y la desigual condición de los hombres y de las naciones contribuye á aumentar su labor negativa.

Por una parte, el deseo de prevalecer, ley universal de lo organizado; por otra, la falta de amor hacia nuestros semejantes, mantienen una perpetua lucha entre los hombres; y el clamor de los vencidos impide escuchar el himno de la victoria que sobre las misteriosas fuerzas cósmicas va alcanzando la ciencia.

Necesario es este esfuerzo hacia la vida para no ser arrollado por la corriente que á todos nos conduce al no ser; vida que se manifiesta en las nuevas generaciones, en los nuevos adelantos, en la lenta, pero continua, mejora de la especie. Los pesimistas afectan no ver tales progresos: es su egoísmo, que reduce el mundo á su propia persona; el filósofo, aunque sensible á estos dolores, olvidado de sí mismo, goza mentalmente con el espectáculo de la vida universal y con la fundada esperanza de un estado mejor; mayor cada día la facilidad de vivir, de producir, de moverse allí donde se extiende el conocimiento, el trabajo, el sacrificio, espera que estas virtudes llenarán algún día con sus frutos las regiones más incultas y atrasadas.

Elevad vuestros corazones los que creéis en el bien; y si buscáis objetivo á vuestra actividad, emplead en extenderlo todas vuestras fuerzas; si no vencéis al primer empuje, repetid la embestida; y con la palabra, con el escrito, con el trabajo, con el alto ejemplo, emprended, según vuestras fuerzas, la difusión del saber, el conocimiento del hombre y del mundo, el descubrimiento, entre tantas malezas, de los senderos que conducen á ló alto, allí donde residen el *amor* y la *esperanza,* donde puede abrazarse en su conjunto el panorama de la *vida.*

Leopoldo Díaz Vallés.

Misión científica francesa de Sociología y Sociografía musulmanas en Marruecos

Finalidad de la Misión.—Los trabajos de M. Le Chatelier.—La cátedra de Sociología y Sociografía musulmanas en el Colegio de Francia.—Misión científica de Marruecos.—El personal de la Misión.—La biblioteca.—Método de trabajo de la Misión.—Viajes de sus miembros.—Los «Archives Marocaines».—La «Revue du Monde Musulman».

Aleccionada Francia por la experiencia adquirida en Argelia y Túnez, comprendió la necesidad de exigir á sus funcionarios coloniales una preparación científica adecuada al mejor logro de su cometido.

Monsieur Le Chatelier, según su propia afirmación, se propuso, al crear la Misión en Marruecos, «demostrar con hechos, en apoyo de sus teorías, la importancia y la superioridad del método sociológico para el estudio y la solución de las cuestiones musulmanas».

Opina M. Le Chatelier que, para el fin que él y sus discípulos se proponen, conviene desentenderse por completo de toda política indígena, y no tratar más que de adquirir los conocimientos necesarios, sin los cuales no puede haber orientación razonable.

El ilustre maestro del Colegio de Francia recuerda que en materia de origen berberisco estamos aún en el concepto de Ibn Kaldoum y otros geógrafos griegos y latinos que se han ocupado de la antropología é historia de África. Sería absurdo por demás querer introducir una clasificación seria en esta amalgama caótica, pues no pueden ser considerados sólidos los ensayos de generalización hechos hasta ahora. No hay, pues, que comprometerse, según el profesor de Sociología musulmana, en esta vía llena de incertidumbres, sino limitarse á reunir copiosa documentación de detalle, «sin prejuicio alguno».

El principal objeto de la Misión es acumular el mayor número posible de datos y no tratar los asuntos en forma definitiva; esto es, proceder por un método análogo al que se emplea en el estudio de los microrganismos, y hacer observaciones de detalle, sin aventurarse en conclusiones prematuras: éstas pueden sentarse después de haber logrado algo más que impresiones.

La tarea de los miembros de la Misión es, por tanto, labor de observación, de análisis, de preparación. Lo más interesante de sus trabajos es el estudio del Corán, del régimen de la propiedad, de las costumbres locales. Sus investigaciones se refieren á la lingüística, la bibliografía, la historia, la sociología, la etnografía, la arqueología, la epigrafía, la numismática, el *folk-lore*, etc. Sus reglas de trabajo son la descripción y la exposición de hechos, que dan á conocer por medio de publicaciones monográficas.

Pese al pesimismo enfermizo de muchos de nuestros compatriotas, en

España tenemos elementos que unidos, y no dispersos como hoy, pueden contribuir á la interesante labor del ilustre profesor del Colegio de Francia M. Le Chatelier y de sus inteligentes colaboradores. Si, como es de esperar, la poderosa iniciativa del actual jefe del Gobierno se llevara á cabo, por lo que á Marruecos se refiere, importando aquí nuestros propios medios de cultura, podremos nosotros también probar con hechos lo que España está en capacidad de hacer con sus propios elementos.

***

La personalidad de M. Le Chatelier es harto conocida para que precise repetir aquí cuánto le debe el mundo colonial. Antiguo oficial del Ejército, su permanencia en Argelia y Túnez y sus viajes por Marruecos le han servido para acumular una cultura tal, que su nombre figura hoy como una de las primeras autoridades en Sociología islámica.

Nuestros lectores pueden percatarse de ello al recordar los trabajos publicados por el sabio catedrático, y cuyos títulos reproduciremos aquí, puesto que han servido de base para que el Gobierno francés, honrando á Le Chatelier, se honrase á sí mismo, creando para él la primera cátedra de Sociología y Sociografía musulmanas en el Colegio de Francia.

Monsieur Le Chatelier ha publicado:

En 1885, *Le Medagana*. Historia de una tribu del sur argelino: sus luchas, sus emigraciones, su destrucción.

En 1887, *Las Congregaciones musulmanas de Hejdaz*. Organización de las Congregaciones religiosas, sus jerarquías, el movimiento religioso del siglo XIX, el panislamismo; Origen de las Congregaciones y su historia, su importancia desde el punto de vista político; Congregaciones de Oriente y de Occidente, Congregación de los Senoussya.

En 1888, *El islamismo en el siglo XIX*. El islamismo antes del siglo XIX; La reforma de los ouahabitas de Arabia; La orden de los Senoussya, renovadores de la fe; El Mahdi del Sultán y su rebelión; El islamismo moderno, estadística de sus adeptos; El porvenir del islamismo.

En 1889, *El islamismo en el Africa occidental*. (En el prólogo de este estudio combate las conclusiones de la escuela argelina, que había adoptado en sus primeros trabajos, inclinándose á dar á la organización del islamismo y de las Congregaciones un valor demasiado absoluto, estableciendo verdaderas jerarquías. Esta organización es ficticia; en Marruecos ni siquiera existe.) Descripción de la región del Níger; Las razas y su historia; El islamismo y sus conquistas; Renacimiento y propaganda del islamismo en la época moderna bajo la influencia de las Congregaciones Kadyra y Tidjanya; Creación de los reinos del Sudán bajo la influencia del islamismo; Repartición de los musulmanes en el Sudán; Ritos y doctrinas; Porvenir del islamismo sudanés; Francia debe combatir la lengua árabe y sustituirla por el francés; El Corán perecerá.

En 1890, *Resultados de una Misión de Le Chatelier en Marruecos.*

En 1900, *Notas referentes á las ciudades y tribus de Marruecos.* Estadísticas de las tribus del norte de Marruecos (Djebala, R'arb, provincia de Fez y Mequinez); administración, fracciones, pueblos, influencias políticas y religiosas.

En 1903, *Tafilete, Madaghara, Er-Reteb.* La frontera del sur oranés; Historia de los acontecimientos del sur oranés (frontera argelinomarroquí) después de la batalla de Isly; Influencia de las tribus de los Chorfas, de los Marabús; Causa de las rebeliones de 1903 en la frontera oranesa; Medios de prevenir estos movimientos.

En 1904, *La política marroquí.* En este estudio el autor analiza la significación de esta polititica después de los tratados anglofrancés y francoespañol. ¿Cómo se procederá en Marruecos? ¿Se adoptará política Maghzen ó política de tribus? Inclínase á combinar las dos, según los casos.

***

En 1902 se creó, como ya hemos dicho, en el Colegio de Francia la cátedra de Sociología y Sociografía musulmanas, confiándola á M. Le Chatelier. Los gastos de esta cátedra fueron sufragados por el Gobierno general de Argelia y la Residencia general de Túnez.

Durante el curso de 1902-1903 M. Le Chatelier estudió Marruecos, su historia, las influencias, religiosas y sociales, y el porvenir de sus razas berberiscas.

En el de 1903-1904 se ocupó del Sudán y de su islamización, estudiando luego las regiones del lago Tchad.

Los asistentes al curso, poco numerosos al principio, aumentan de año en año. La mayor parte de ellos son alumnos de la Escuela de Lenguas orientales, de la Escuela Colonial, periodistas y aficionados.

Puesto en contacto con la Misión científica en Marruecos desde mi llegada á Tánger, tuve el honor de presentar al Gobierno un informe sobre la utilidad y los trabajos de la misma. Bastante tiempo después de entregada mi Memoria se me pidió parecer sobre la utilidad de agregar (previa la natural autorización del Gobierno francés) dos miembros españoles á esta Misión. Mi respuesta fué hacer resaltar la necesidad que habría de dar á nuestros jóvenes arabistas una preparación adecuada á estudios ulteriores, poniéndoles en condición de seguir los cursos de A. Le Chatelier en París, antes de invitarles á producir ellos mismos colaborando en los trabajos de la Misión.

Posteriormente supe que el Gobierno francés accedería con gusto á recibir en aquel Centro á dos de nuestros compatriotas. Al comunicárselo al señor ministro de España, me permití hacerle observar que para que esta admisión tuviera realmente carácter práctico, y redundara en beneficio del Estado y en el de los propios interesados, sería preciso que los miembros españoles gozasen de ventajas análogas á las que se conceden á los franceses, ó sea, el ingreso

en la Interpretación de Lenguas del Ministerio de Relaciones exteriores *(Drogmanat),* como aspirantes á jóvenes de lenguas *(élèves interprètes),* con un sueldo mínimo de 3.000 francos.

***

Un año después de ocupar M. Le Chatelier su cátedra del Colegio de Francia, sometió á la consideración del Gobierno general de Argelia la utilidad de crear una Misión científica en Marruecos, que debía ocuparse de la Sociología y de sus ciencias afines. Monsieur A. Le Chatelier propuso confiar esta misión al malogrado M. G. Salmon, subvencionándole con 12.000 francos (8.000 del Gobierno argelino, 2.000 del Ministerio de Negocios extranjeros, 1.000 del Ministerio de Instrucción pública y 1.000 de M. Le Chatelier).

Al mismo tiempo se constituyó un Comité, bajo la presidencia del ex ministro de la Guerra M. Etienne, compuesto de políticos y sabios orientalistas, miembros del Instituto. El Comité hizo un llamamiento á todas aquellas entidades y personas que se interesan por Marruecos, para recabar de unos y otros donativos en libros y dinero. Así se formó la biblioteca, cuyo catálogo fué preparado con antelación en París por M. Salmon. Éste fué á Tánger en noviembre de 1903, instalando la Misión en una pequeña casa del camino de Fez. Poco después empezaba la publicación de los *Archives Marocaines,* á expensas de M. Le Chatelier.

En 1904 M. Etienne propuso á la Cámara de diputados la creación de un Instituto marroquí. La Comisión de Presupuestos aplazó aquélla y acordó conceder una subvención de 40.000 francos anuales á la Misión científica de Marruecos. Con este subsidio se aumentó el personal, y los *Archives Marocaines* se convirtieron en publicación mensual.

La Misión, cuyo local era demasiado reducido, se trasladó á una casa de buenas proporciones en el barrio del Marchán, donde tiene su importante biblioteca y una sala de estudio espaciosa para sus miembros. El público puede trabajar en la biblioteca, siempre que solicite la debida autorización.

La Misión se halla compuesta de los siguientes elementos: En París, un Consejo de perfeccionamiento, formado por políticos especialistas en asuntos marroquíes y sabios arabistas. Constituyen la Junta directiva: M. Etienne, ex ministro de la Guerra, presidente; el director de Política del Ministerio de Negocios extranjeros y el director de Enseñanza superior del Ministerio de Instrucción pública, que son vicepresidentes natos; un tesorero, un secretario y el delegado general, M. Le Chatelier.

El personal en Marruecos lo constituyen en la actualidad un delegado, M. Le Chatelier, M. Michaux Bellaire, miembros titulares, miembros corresponsales (no retribuídos) y miembros indígenas.

***

Los trabajos del malogrado jefe y de sus primeros colaboradores fueron tan importantes, que á ellos se debe muy principalmente el prestigioso concepto de que goza hoy la Misión científica francesa. La preparación que á este Centro de cultura llevaron M. Salmon, Joly y Mercier es por demás interesante y digna de ser tenida en cuenta. Antes de ocuparme de sus méritos y servicios, séame permitido expresar en estas páginas, no sólo mi admiración por el ilustre Salmon, sino mi sincera gratitud hacia el bondadoso sabio, que me honró con su amistad, y á cuyos consejos debí más de una vez el interés que puedan ofrecer mis estudios marroquíes. De Salmon cabe decir que nació, vivió y murió por la ciencia: su amor por ella fué tan grande, y la labor que llevó á cabo tan intensa, que, como con frecuencia ha dicho M. Le Chatelier, sus trabajos permitirán á los que de Marruecos nos ocupamos adelantar años la penetración científica en este país.

Monsieur Georges Salmon, antiguo alumno de la Escuela de Lenguas orientales de París y de la Escuela Práctica de Estudios Superiores, fué nombrado en 1899 miembro del Instituto Francés de Arqueología Oriental del Cairo, donde aprendió la Historia y la Arqueología bajo la dirección del ilustre profesor Masperó. Publicó estudios sobre geografía de Egipto, sobre la topografía del Cairo, y una tesis sobre la topografía de Bagdad en la época de los Califas.

Después de tres años de permanencia en Egipto regresó á París, siendo agregado durante un año á la Biblioteca Nacional. Allí aprendió la bibliografía, la clasificación de bibliotecas, la paleografía oriental, etc., etc.; fué, además, encargado de un curso de árabe en la Escuela de Estudios Superiores, y redactó gran parte de los artículos sobre Oriente en *Nuevo Larrousse* ilustrado.

En 1903 se le designó para organizar la Misión científica de Marruecos, con la categoría de administrador adjunto de las zonas mixtas de Argelia en comisión en Marruecos. Después de un año de residencia en Tánger fué nombrado delegado de la Misión científica, con el cargo de jefe de Misión, que ejerció hasta su muerte, acaecida cuando apenas contaba treinta años.

Monsieur Alexandre Joly, geólogo y con diplomas de la Escuela de Letras de Argel (árabe y berberisco), hizo una larga carrera en la enseñanza como profesor en las modernas (colegios árabes) de Argel y Constantina; fué agregado á la Misión Flamand, que se apoderó de Touat en 1900, y posteriormente al Mapa geológico de Argelia. Publicó estudios geológicos y lingüísticos, tradujo poesías de los beduinos de Argelia, etc. Fué nombrado en enero de 1905 miembro de la Misión científica francesa en Marruecos, de la que se separó en 1907. En la actualidad se halla regentando la cátedra de árabe en la moderna de Constantina, y dedicado, como siempre, á trabajos científicos, entre los que merece especial mención el de nuestra campaña de Tetuán en 1859, publicado en los *Archives Marocaines,* tan notable, que supera á cuanto sobre ella se ha escrito hasta hoy como estudio documentado, según la autorizada opinión del distinguido jefe de Estado Mayor coronel D. Servando Marenco, agregado militar á la Legación de S. M. en Tánger.

Monsieur Mercier, alumno de la Escuela de Letras de Argel, de una familia de arabistas é historiadores de Argelia, del Cuerpo de oficiales intérpretes, empezó su servicio en la frontera del sur oranés, publicó una monografía sobre Tafilete, y prestó su colaboración al *Boletín* del Comité de Marruecos y á los *Archives Marocaines*. Fué agregado por el Ministerio de la Guerra á la Misión científica de Marruecos en 1905. La colaboración de M. Mercier en los *Archives Marocaines* pone de relieve la laboriosidad y el talento del joven oficial francés, á quien las exigencias del servicio han llevado á la Legación de Francia en Tánger.

Monsieur Michaux Bellaire ha sido designado para suceder á M. Salmon, de quien fué valioso colaborador durante su misión en Fez.

Los estudios del actual jefe de la Misión científica, entre los cuales algunos, como los *Impuestos marroquíes,* sirvieron para orientar á los delegados de la Conferencia de Algeciras, han consagrado su reputación y son garantía de lo mucho que debemos aún esperar de quien, además, fué entrañable amigo de M. Salmon.

Monsieur Michaux Bellaire lleva cerca de un cuarto de siglo en Marruecos; su profundo conocimiento del árabe, su adaptación á la vida indígena, su facilidad de trabajo y, lo que es más raro aún de conservar después de tan larga permanencia en el país, la particularidad atractiva del *esprit* francés, no adormecido por el continuo contraste de tan arcaico ambiente, hacen del actual jefe de la Misión francesa un elemento valiosísimo y casi insustituíble.

***

La biblioteca fué adquirida en 1903, gracias á la iniciativa de M. Etienne y á la ayuda de los africanistas y de las Sociedades científicas interesadas en el porvenir de Marruecos.

Los fondos reunidos ascendieron á la suma de 7.000 francos, de los que dió 3.000 M. Le Chatelier y 500 M. Loubet, presidente de la República. Las Sociedades científicas regalaron la colección de sus publicaciones.

El catálogo por papeletas de la biblioteca había sido hecho anteriormente por M. Salmon en París. Los libros comprados por M. Le Chatelier fueron encuadernados á su costa y expedidos á Tánger en diciembre de 1903.

El catálogo de la biblioteca se publicó en marzo de 1904, anexo á un informe al Consejo de perfeccionamiento referente á la organización de la Misión. La continuación del inventario aparece, según van recibiéndose los donativos, en las hojas intercaladas al fin de los *Archives Marocaines;* buen número de autores regalan sus obras. Los nombres de los donantes se imprimen en las hojas de referencia. El delegado en Tánger compra las obras precisas y manuscritos árabes, haciendo copiar aquellos que cree dignos de interés.

La biblioteca, que en marzo de 1904 contaba 1.496 volúmenes, posee hoy 4.000.

Se halla dividida en cinco secciones:

Primera. Revistas de Sociedades de Geografía, *Journal Asiatique,* revistas diversas.

Segunda. Islamismo en general (historia y geografía de los países musulmanes, derecho musulmán, lengua árabe).

Tercera. Sección marroquí (obras concernientes á Marruecos).

Cuarta. Sección árabe (obras impresas y manuscritos en lengua árabe).

Quinta. Generalidades (obras no clasificadas en las secciones anteriores: historia, arqueología, numismática, filosofía, literatura, ciencias, etc.).

La biblioteca posee diccionarios en gran número de idiomas y un catálogo de fichas.

***

El método de trabajo de la Misión consiste en estudiar en el propio lugar á los indígenas y sus instituciones, y en buscar en las obras históricas que contiene la biblioteca el origen de la evolución de las mismas; esto requiere, por tanto, un trabajo previo de coordinación que sólo puede llevarse á cabo por medio de fichas.

La Misión tiene para cada uno de los estudios que ha emprendido una caja de fichas, en la cual se anotan los informes logrados de los indígenas y los que sus miembros extractan de las obras publicadas ya sobre Marruecos.

De este modo la Misión, para estudiar una tribu, comienza por acumular todos los datos contenidos en los trabajos de la biblioteca, reuniéndolos en fichas separadas. Además, cada dato tomado verbalmente de los indígenas da lugar á una ficha nueva.

Las fichas se cotejan, y después de clasificadas por su orden, precisa sólo un sencillo trabajo de redacción.

Las fichas á que me refiero se conservan en sus cajas, pudiendo servir más tarde para documentar los trabajos de generalización, ó bien para intercalarlas en monografías referentes á otros temas. La misma ficha puede pasar de una caja á otra, y, según el lugar que ocupe, sirve una vez más para nuevo estudio consagrado á una cuestión diferente de la primera. Este método tiene la ventaja de evitar la busca inútil de documentos, ganar tiempo y proceder con orden en las investigaciones científicas. La redacción puede decirse que se lleva á cabo de este modo por un procedimiento puramente mecánico. Cada ficha debe llevar el origen del informe, el nombre del informador, ó la indicación bibliográfica si se trata de notas tomadas de un libro.

***

Los trabajos de la Misión científica consisten en estudios sociológicos, etnográficos, lingüísticos y estadísticos, como ya hemos dicho, sobre los pueblos y tribus de Marruecos.

Durante el primer año los estudios se han circunscrito á la zona de Tánger; pero poco á poco el círculo se ha extendido, y la Misión ha estudiado primero

la tribu del Fahc, el Qzar, el Kebir, después Tetuán, y, por fin, la región de Lek-Keus y Fez. El principio adoptado por la Misión es no describir sino las cosas vistas: por eso sus individuos tienen obligación de trasladarse á los lugares que describen, viviendo allí la misma vida de los indígenas. Con este fin perciben indemnizaciones de viaje presupuestadas por días, muy modestas para que no tengan interés alguno en prolongar su permanencia en el interior.

En el curso de sus viajes cada una de las personas que componen la Misión se limita á tomar nota, que completa luego y redacta en Tánger, donde dispone de una biblioteca que le permite desarrollar los asuntos que trata. Por regla general, la permanencia en la costa ó en el interior de los miembros de la Misión no suele exceder de cinco meses por año.

Últimamente M. Michaux Bellaire ha tenido la fortuna de hallar en los terrenos adquiridos por la Société Immobilière unas tumbas romanas y varias pinturas de gran interés arqueológico, que han sido conservadas en la arena del mismo modo que los restos de Pompeya en las cenizas. Algunas inscripciones sobre mármol permiten determinar la época del cementerio.

***

De los trabajos de la Misión, los más extensos y de carácter esencialmente marroquí se publican en los *Archives Marocaines,* y los que se refieren al Islam en general, en la *Revue du Monde Musulman.*

Luis Sorela.

Agregado naval á la Legación de España en Tánger.

CREER Y CREAR

(CUENTO)

I

Era la caída de la tarde de uno de los últimos días de otoño; el viento desapacible y frío que reinaba, sacudiendo las escuetas ramas de los desnudos árboles, arrancaba las postreras hojas que, colgando de su débil tallo, pendían de ellos acá y allá, como recuerdo triste de aquella lozanía que desapareció con la estación en que lucieron sus galas. Lanzadas al espacio, revoloteaban sin rumbo fijo hasta que, debilitada la racha de viento que con ellas jugaba, venían á caer entre otras mil macilentas y sucias que, como si tuviesen placer en marchitar su verdoso color, se revolcaban en el fango del arroyo.

Sentada en un banco de piedra, con la cabeza inclinada sobre el pecho en actitud pensativa, y sosteniendo un pequeñuelo en los brazos, permanecía inmóvil una mujer que aparentaba unos veintiocho ó treinta años, como si fuese insensible á las inclemencias del tiempo. Su rostro algún tanto pálido mostraba las hondas huellas del sufrimiento. Un *¡Made, teno fío!*, sacóla de su ensimismamiento, y levantando el mantón, que se había resbalado de sus hombros, arropó con él lo mejor que pudo al niño, y se dispuso á continuar la interrumpida marcha. Pasóse la mano por la frente, que medio oculta entre el negro cabello ondeado parecía más blanca, y sacudiendo la cabeza con cierta languidez, como para disipar alguna idea que la molestara, dió en la boquita un beso á su hijo, y apretándole contra su pecho, le dijo:

—¿Y ahora, *tenes fío?*

—Ya no; *peo* tengo *medo: ámonos* á *tasa*—le respondió.

Y con paso ligero, como si alguno la persiguiese, partió María, que tal era el nombre de la madre, al observar que la noche había cerrado y que una llovizna congelada hería cada vez con más fuerza su rostro.

Un hombre elegantemente vestido, envuelto en rico gabán de pieles, había observado el cuadro y escuchado la voz del niño, y, movido por la curiosidad, siguióla á una distancia conveniente para que María no se diese cuenta del espionaje de que era objeto. Tras de mucho andar, y después de cruzar ese laberinto de calles que encierran los barrios bajos de la villa y corte, entró la madre en el pequeño zaguán de una casa, y la perdió de vista su infatigable perseguidor. Después de no poco rato logró dar don Luis de X. con el sitio fijo donde se había metido aquella mujer que tanto le había chocado, y sacando su cartera, apuntó la calle y número de la modesta casa, y con largo paso trató de alcanzar á un carruaje de punto que con perezosa marcha se dirigía á su

parada. Conseguido su objeto, mandóle parar, y después de dar las señas de su domicilio, sentóse tranquilo, sí, pero entablando un diálogo consigo mismo, constituído por una serie de preguntas á las que no encontraba contestación adecuada:

¿Qué hacía aquella mujer allí? ¿Quién era? ¿Cuál era la causa de aquel sufrimiento cuyas huellas había visto profundamente marcadas en su rostro?

Estas y otras mil preguntas daban vueltas en su imaginación, y terminó, como terminan siempre estos asuntos, diciéndose á sí mismo:

—¡Mañana lo sabré!

Entretanto, el coche que le conducía había salvado la distancia, y paróse frente á un magnífico hotel que, con su jardín perfectamente cuidado y su amplia verja, era su morada. Bajó, y después de dar al cochero el precio de la carrera y una buena propina, atravesó la distancia que separaba la verja de la casa y penetró en ella.

Mala amiga es la curiosidad no satisfecha para huésped de un corazón generoso y noble como el de don Luis. Buscó á su esposa, y tiempo le faltó para referirla su excursión, contándola al detalle todos los pormenores de aquella pobre mujer que, como si fuese imán, le había hecho dar tan largo paseo.

—¡Siempre has de ser igual! ¡Mira qué interés puede tener para ti esa mujer que tan desgraciada te has pintado! Debías de haber nacido poeta. ¡Tiene gracia darte semejante mal rato, con el tiempo que hace, por satisfacer un pueril capricho, sin pensar en que yo estaba intranquila, pues nunca faltas á la hora de cenar! Otro día no me juegues esa mala pasada; y si piensas hacer otra vez lo mismo, manda recado aunque sea con el primer mozo de cuerda que encuentres. ¡Menos mal que se te ha ocurrido llevar el abrigo de pieles, que si no, creo que á estas horas habrías cogido una pulmonía!

—Bueno, mujer, bueno; no te incomodes—le respondió á los múltiples cargos con que se vió abrumado—. Pero has de comprender que la voz del niño me causó tanta lástima, que no pude resistir la tentación. ¡Pobre criatura! ¡Quizá no cene esta noche! ¡Y si vieras qué mono era! Tenía el pelito rizado y rubio, y unos ojos azules tan hermosos, que créeme que casi estuve tentado de acercarme á la madre y pedírselo.

—Mejor hubieras hecho—le respondió ella, algún tanto conmovida con la descripción que su querido esposo le hacía tan al vivo del niño.

—Nada nos falta, tenemos todo cuanto podemos apetecer, y, sin embargo, no somos felices; diez años hace que nos hemos unido con el indisoluble lazo del matrimonio, y, ya ves...., no tenemos hijos á quienes legar nuestros bienes ni nuestro nombre, ni á quienes enseñar yo á santiguarse y á pronunciar tu nombre...

Un sollozo vino á interrumpir este diálogo.

Don Luis, al verla llorar, se levantó de la silla que cerca de su mujer había colocado, y empezó á pasear de arriba abajo, murmurando entre dientes la resolución que había tomado.

Poco después se retiraron á descansar, é inútil es decir que don Luis no

pudo conciliar el sueño. El recuerdo de las lágrimas de su esposa; el pensar que en su vejez, si Dios les concedía esta gracia, no tendrían el consuelo de verse acariciados por las diminutas manos de los nietecitos, que le llamarían *abelo* á boca llena; la desgracia de aquella mujer que tanto le había interesado, eran otros tantos motivos para que el sueño huyese de sus ojos.

A la mañana siguiente levantóse más pronto que de costumbre, y dando orden á un criado de que cuando preguntase la señora por él le dijese que había salido, se vistió con un traje modesto para no llamar la atención, y salió resuelto á realizar su propósito.

Pero las cosas no son tan fáciles de realizar como de pensar, y aunque llegó sin dificultad á la calle y número que apuntado había en la cartera, como, por lo demás, ignoraba el nombre de la persona que buscaba, y carecía de otros datos, no le era tan fácil resolver favorablemente lo que tan sencillo le pareciera la noche anterior.

¿Qué hacer en estas circunstancias? Preguntar si conocían á una mujer y á un niño, era lo mismo que pretender encontrar una aguja en un montón de arena; además, no parecía bien ir habitación por habitación fingiendo cualquier excusa—pues, como era de suponer, la casa carecía de portería—con el objeto de ver si daba con la persona que buscaba; y ¡quién sabe si sería aquélla la casa donde vivía, ó había sido otra próxima en la que entró! Perplejo entre tantas dudas, se decidió á esperar, y paseo arriba y paseo abajo, llevaba ya dos horas sin que ninguno de los transeuntes fuera el objeto deseado, ni por balcón ni ventana saliese el rostro que, aunque algo borrado, conservaba en su imaginación.

Ya iba á marcharse, resuelto á volver á otra hora, cuando de pronto se encontró frente á frente con la mujer á quien buscaba; pero no llevaba el niño. Titubeó un momento; pero, tomando una resolución enérgica, la cedió el paso y la siguió sin que ella se diese cuenta, no decidiéndose á hablarla, porque observó que en el brazo llevaba una pequeña cesta, y, sin duda, iba á comprar los víveres que necesitaba. María entró primero en una tienda de comestibles, y después en una panadería, y se volvió por el mismo camino, penetrando poco después en su casa. Don Luis no la perdió de vista, y, una vez asegurado, entró detrás de ella, y como quien busca algo que no encuentra dejóla que subiese hasta el último piso, y se fijó en el cuarto que de habitación le servía.

Dejó pasar un rato, y resuelto á llevar á feliz término su pensamiento, llamó suavemente á la puerta. No se había engañado; ella era la que la abrió, y sonriendo le preguntó:

—Caballero, ¿qué deseáis?

—Hablar con usted—le respondió don Luis.

—¡Conmigo!—le contestó María un tanto turbada— No tengo el honor de conoceros, ni recuerdo haberos visto nunca.

—No lo extraño; otro tanto me sucedía á mí hasta ayer que os vi sentada y pensativa en un banco de un paseo.

—Pasad, señor; y si en algo puedo seros útil...

—¡Quién sabe! A eso vengo—dijo don Luis.

Traspuso el umbral y penetró en un cuarto reducido, pero en el que á primera vista se conocía la pulcritud de la persona que lo habitaba. Tomó don Luis la silla que le ofreció María, la que, repuesta algún tanto de la primera sorpresa, recobró su naturalidad de costumbre y esperó que su visitante rompiese los momentos de silencio que habían mediado.

—Dispensadme—empezó con un tono afable y cortés don Luis—si tal vez en la ocasión presente me muestro entrometido; pero ayer os vi, como os he dicho, por vez primera, y el sufrimiento que en vuestro rostro se dibujaba me demostró que en el fondo de vuestro corazón había algo que os atormentaba cruelmente.

—Tal vez no os engañasteis—le interrumpió María.

—Así lo creí—continuó don Luis—; y movido por cierta curiosidad, y dejándome dominar de ella, hice cuanto me fué posible para saber dónde vivíais; después las circunstancias de la vida me han impelido á dar este paso, que tal vez juzgaréis imprudente cuando os explique mi deseo.

El rubor enrojeció las mejillas de la joven madre, é instintivamente miró á la cuna, donde, con los bracitos fuera y con la cabecita escondida entre los ensortijados cabellos, dormía aún su hijo.

No pasó desapercibida para don Luis esta mutación, y se apresuró á continuar, diciendo:

—No os alarméis, pues mi deseo no es otro sino que, si os he inspirado confianza, me reveléis el motivo de vuestro dolor, y si podréis acceder á un deseo que, una vez satisfecha mi curiosidad, os manifestaré. Por ahora, sólo os diré que soy casado y que no he olvidado los deberes y principios religiosos que mi madre (q. e. g. e.) me enseñó; sé, por otra parte, que ningún derecho me asiste para presentarme aquí, y menos aún para que accedáis á mi ruego; mas... si tenéis la bondad..., puede ser que encontrase un medio de volveros la tranquilidad á vos y hacer algo por ese niño...

—¡Si no queréis otra cosa, tened por seguro que satisfaré vuestro deseo! ¡Es tan triste sufrir sola!

—¡No sé fingir—respondió don Luis con esa dignidad y nobleza que encierran los corazones grandes—; vuestro dolor será un secreto inviolable para mí!

—Si es así, pocas palabras os lo revelarán; estadme atento. Nací de padres pobres, pero honrados, en esta misma casa donde me encontráis, los cuales me educaron con esmero y me enseñaron á ser buena cristiana. Con el trabajo de mis manos procuré, durante los últimos cinco años de su vida, aliviarlos y hacerles llevadera la vejez; pero la epidemia que hace algunos años se desarrolló en esta ciudad me los arrebató en pocos días. Próxima á expirar mi buena madre, que por cuidar á mi padre se contagió, hizo que me sentase á su lado, y con acento débil me dijo:

»—Hija mía, quizá dentro de breves horas serás huérfana y no podrás escuchar más mis consejos ni experimentar mis cuidados; así que no te olvides

jamás de las últimas palabras que te dirige tu madre sobre la tierra. Te hemos educado cristianamente, y con el ejemplo te hemos enseñado la honradez; guarda bien estos dos tesoros que te legamos, y no te olvides nunca de rogar por los que te dieron el ser y que han vivido siempre por ti y para ti.

»Y dándome un beso, expiró.

»Sola en el mundo, cumplí con ella los últimos deberes; y temerosa de los peligros que para una joven existen en él, algún tiempo después uní mi suerte á la de un joven con quien mis padres querían casarme, honrado y laborioso... Pero... ¡qué cierto, señor, es aquel refrán que dice: «Bien venida seas, muerte, si vienes sola»!, pues á los seis meses una traidora enfermedad me lo arrebató, quedándome encinta y sin más amparo que el de Dios, pues los escasos ahorros habían desaparecido en la enfermedad de mi esposo (q. D. t. e. g.). Luego di á luz, y con el trabajo conseguí ganarme el sustento hasta que hace dos días me despidieron del taller por envidia de otras oficialas que conmigo trabajaban y que consiguieron indisponerme con el dueño; y ayer, señor, fué el primer día en mi vida que supe lo que era hambre. Temerosa de que mi hijito enfermara, pues hacía diez y ocho horas que no tomaba nada, salí con intención de buscar algo para él. Quise pedir; pero... la vergüenza..., señor, cerró mis labios y me senté en el banco en que usted me vió, sin duda, pensativa y triste, sin saber qué resolución tomar. Por mi cerebro pasaron cosas horribles; pero la voz de mi hijito sacóme de la abstracción en que había caído; y acordándome de los deberes que con él me unen y de las últimas palabras de mi madre, regresé á mi casa y oré con todo el fervor de mi alma al Señor para que me socorriese en este trance. Nada más puedo deciros: éstas son mis penas y ésta mi actual situación. Ahora vos, señor, podéis manifestarme vuestro deseo, si por conveniente lo tenéis.

Don Luis, que escuchara sin interrumpirla la historia que María le refirió, emocionado y sintiendo, sin duda, con más fuerza el aguijón de su propia pena, no quiso defraudar los deseos manifestados por María al terminar su triste narración.

—No hay mal que por bien no venga—dijo don Luis—; así que procurad consolaros, pues, sin duda alguna, Dios ha hecho que yo me cruce en vuestro camino para proporcionaros una vida tranquila y hacer feliz á esa hermosa criatura. Soy más que rico, y, sin embargo, no soy feliz, como quizás os habréis imaginado; nos falta tanto á mi esposa como á mí un algo que llene el vacío que en nuestro alrededor sentimos, y ese algo lo puede llenar usted.

Y al decir estas palabras, don Luis miró á la cuna, donde el niño acababa de despertarse.

—No os comprendo, señor—dijo María levantándose para coger al pequeñuelo en sus brazos, que empezaba con sus movimientos á dar muestras de impaciencia.

Don Luis hizo otro tanto, y acercándose con la madre á la cuna, dijo á María:

—¿Me permitís dar un beso al que desde ahora adopto por hijo?

Estas palabras llenaron de confusión á la pobre madre, que estaba muy lejos de imaginarse tanta felicidad, y como única respuesta tomó al niño y se lo entregó mientras enjugaba una lágrima que furtiva rodó por sus mejillas.

—¿Por qué lloráis?—dijo don Luis, algún tanto conmovido.—Usted vendrá con él, y así como hasta hoy le ha cuidado usted sola, desde mañana seremos tres para hacerlo; y, si queréis, desde este mismo momento.

—Tanta es mi ventura, señor, que no puedo negaros nada; únicamente deseo que me deis algunas horas para reflexionar y arreglar las pocas cosas que constituyen mis recuerdos. Dios os envía, y yo no puedo oponerme ni á su bondad ni á la de usted. Yo iré con él lo más pronto que posible me sea—terminó diciendo.

Alargóle don Luis la mano, entregándole un billete para que satisficiera los atrasos que tuviese, y alegre como no lo había estado nunca, salió del aposento y se dirigió á su casa.

II

La casa de don Luis está de fiesta. Los criados, en continuo movimiento, van de un lado para otro cumplimentando las órdenes de dos elegantes damas casi de la misma edad: la esposa de don Luis y María; el salón principal, profusamente iluminado, indica algo inusitado; automóviles de todas marcas y carruajes á cual más lujosos conducen á lo más aristocrático de la sociedad elegante hasta la verja del hotel, desde donde los criados guían hasta la amplia escalinata de piedra á los invitados; los acordes de la orquesta entretienen á los que en el salón esperan el comienzo de la fiesta, y los amigos de los dueños, en unión de las dos damas, van haciendo los honores á los recién llegados.

Pero antes de continuar nos es indispensable echar una mirada retrospectiva á los veinticinco años que han transcurrido desde el día en que, alegre y gozoso, vimos salir á don Luis de la casa de la pobre María.

Ocho días pasaron desde que don Luis expuso á María su deseo, cuando ésta, con su hermoso niño en los brazos y su modesto ajuar, se instaló definitivamente en la rica morada de sus protectores con el carácter de ama de gobierno, pues la sencillez y bondad de su carácter se opusieron á aceptar el de señora de compañía con que los esposos la brindaron. Inútiles fueron cuantos ruegos la hicieron, porque, como buena cristiana, como decía ella, quería ganarse el pan con el sudor de su frente, y como heredera de la honradez que sus padres le enseñaron y legaron como única herencia, se creía en el estricto deber de mirar por los que tanto miraban por ella y su hijito, el cual inútil es decir que á los dos días no parecía el mismo, pues sus nuevos vestidos y los cuidados de aquellos tres generosos corazones hicieron en el pequeño una verdadera transformación.

Dos años transcurrieron sin que ninguna nube turbara la paz de aquel hogar; pero á fines del segundo, doña Elena, á quien llamaba la buena María su Providencia, se sintió indispuesta, y el nacimiento de una preciosa niña, á quien pusieron por nombre Luisa, tuvo á la esposa de don Luis á las puertas de la muerte.

Su esposo y la buena María no se separaron un momento del lecho de la enferma. Lo que rogó á Dios, las promesas que le hizo y los cuidados de los más afamados doctores lograron salvar aquella vida, tan preciosa para todos.

Cuando Elena se encontró completamente restablecida llamó á su amiga, como denominaba á María, y entre sonriente y enfadada la dijo:

—He notado que, contra tu costumbre, estás pensativa y algo proyectas que te lo guardas, y eso no está bien; así es que quiero saber la causa de tus cavilaciones.

Una descarga que hubiera hecho sobre la cabeza de la interpelada no le hubiera producido mayor efecto ni causado mayor sorpresa. En un principio, por primera vez desde que había puesto los pies en aquella casa, pensó fingir; mas el rubor encendió sus mejillas, y sus palabras se ahogaron en la garganta. Al fin rompió á llorar, y ocultando su rostro entre las manos, no supo decir más que estas palabras:

—¡Señora, olvidadme, pues los ingratos no merecen ni compasión ni recompensa, y yo soy uno de ellos!

Sorprendida con estas frases ininteligibles para ella, pues nada había observado Elena en aquel alma noble y amante que pudiese darle luz y que le hubiese ofrecido el menor motivo de queja, se acercó á María, y tomándola las manos entre las suyas, con esa bondad que poseen los corazones cuando llegan á amar de verdad á una persona, la exigió que se las explicase, pues no podía dar en el por qué de aquellas palabras y de aquellas lágrimas.

Serenada algún tanto María, se explicó en estos términos:

—Seis meses hace que sois madre, y mi dignidad me impone el deber de manifestaros el fondo de mi alma. No ignoráis el motivo por el cual vine á esta casa, y como Dios ha llenado vuestras más legítimas aspiraciones, créome en la obligación, señora, de retirarme con mi hijo, pues he observado que éste tiene celos de vuestra hija, y quién sabe si estos celos pudiesen ser funestos con el tiempo para todos; y como, según dice vuestro esposo, es mejor prevenir que evitar, formé en mi corazón, sin atreverme á consultarlo con usted, la resolución de retirarme, buscando un motivo para realizarlo; y ésta, y no otra, es la causa de lo que en mí habéis observado.

Una sonora carcajada cortó el interesante diálogo: era de don Luis, que con el pequeño Rafael montado sobre sus espaldas había escuchado la última parte de la conversación.

—¡Anda, doña Miramientos, ven á quitármelo si puedes!

Detrás apareció el ama, que era una robusta pasiega, con la pequeña Luisa, que hacía esfuerzos monísimos para reirse, y que al ver á su madre vol-

vió la carita hacia ella, y estirando los brazos, pedía según sabía cambiar de asiento.

Este incidente terminó el asunto, y nadie se volvió á preocupar de él.

Según fué pasando el tiempo, Rafael fué pasando también, lo mismo que Luisita, los diversos escalones de la educación y de la enseñanza; y el día en que volvemos á encontrar á nuestros personajes, don Luis es un caballero de sesenta años, pero fuerte y ágil, con su magnífico bigote blanco, como el resto de sus cabellos; su esposa, Elena, representa unos cincuenta, aunque tiene algunos más; la buena María, como seguiremos llamando á la elegante dama que en compañía de la señora hace los honores en el salón, viene también á tener la misma edad; Rafael es un apuesto joven de veinticinco años, y que desde hace dos es cónsul de España en una de las principales potencias de Europa; y Luisa, una joven esbelta, elegante y de unas formas tan agraciadas, que harían inmortal el cincel que llegase á imitarlas.

Satisfecha ya nuestra curiosidad, volvamos de nuevo á encontrar á nuestros protagonistas é invitados, que, al revés de como los hemos dejado, entre el atronador murmullo de cien conversaciones y el ruido de la música, que nadie escuchaba, permanecen ahora en medio del más religioso silencio presenciando la augusta ceremonia con que la Iglesia une los seres y las almas con el inrompible lazo del matrimonio.

La bendición de Dios y de sus padres llenaba de felicidad las almas de Rafael y Luisa y consumaba la obra que don Luis, alegre como unas pascuas, pues ya creía verse rodeado de nietos que le llamaban *abelo* á boca llena, llamaba su *travesura*.

Cuando, pocas horas después, los novios partieron para hacer su viaje y los invitados dejaron solos al matrimonio y á la buena María, ésta, llena de gratitud, quiso arrodillarse delante de ellos para besarles las manos como prueba de su agradecimiento; pero tanto Elena como don Luis lo impidieron abrazándola.

Y don Luis, levantando la voz, le dijo:

—Tú, María, creíste, y has labrado la dicha de nuestros corazones y de nuestra hija. Yo *creo* la felicidad tuya y la de tu hijo. Estamos en paz.

Creer y crear: tal debe ser la única ocupación del hombre sobre la tierra.

Creer en Dios, y crear la felicidad en el corazón de sus semejantes.

Angel Rojí.
Escolapio.

———oOo———

EL LAZO GUALDO Y ROJO

A Rubén Darío.

Mirífico poeta de genio soberano
que en música transformas el verbo castellano,
si sientes por España profunda admiración
y dices en tus versos que mucho nos estimas,
hoy vuelan en las alas de acero de mis rimas
estrofas que saludan tu excelsa inspiración.

***

América española es la hija de la hazaña
más grande que registran las crónicas de España,
es la hija que ahora vive en plena juventud.
España es la matrona que ve que el Nuevo Mundo
por ella siente anhelos de amor grande y profundo...
¡Amarla es deber santo de noble gratitud!

Si lazos de amor puro estrechan hoy sus almas,
yo anhelo que las brisas que besan á las palmas
sus ósculos dividan por siempre entre las dos...
Por lazos de amor puro unidas las banderas,
¡que vengan á nosotros las razas altaneras!
¡Unidos marcharemos de todo triunfo en pos!

América arrogante, América latina,
América española, que igual que bella ondina
surgiste, como Venus, espléndida del mar:
yo anhelo se engalanen tus épicos pendones
con lazos amarillos y rojos, galardones
que expresen que eres hija del íbero solar.

Entonces hasta el cóndor, que allá en la viva lumbre
del sol tostó las alas, oirás que de la cumbre
más alta de los Andes le dice al áureo sol:
«¡Oh padre soberano, si el oro que en ti brilla
fundiste con las glorias inmensas de Castilla,
unidos saludemos el símbolo español!»

Si dices en tus versos que mucho nos estimas,
propala por tu América gloriosa, con tus rimas,
el ansia que descubro, hermano, en mi canción.
¡Quizá sea delirio! ¡Quizá pueril empeño!...
¡No importa; que tu América el fruto fué de un sueño,
el fruto del sublime delirio de Colón!...

Francisco de Iracheta.

LOS OJOS DE AÏCHA

Ojos de Aïcha: imanes de muerte,
suave danza salvaje es su brillar;
espejos de obsidiana, donde inerte
bacante está rendida de gozar.
Ojos de Aïcha: hórridos espacios,
y un globo rojo de ira en el confín;
cavidades de ágata y topacios
que convidan á un trágico festín.
Ojos de Aïcha: lagos de caverna
donde esquife de oro fugaz boga;
espiritualidades, y una tierna
voluptuosidad que nos ahoga.
Ojos de Aïcha: relampagueantes,
tus tempestades son de maldición;
gumías de venganzas triunfantes
—insidias, sangre, incendio y ambición—.
Ojos de Aïcha: nieblas de tristeza
vertidas á una frágil ansiedad;
¡Oh! Fragantes oasis de pereza,
árabe inanidad...

Primitivo R. Sanjurjo.

INFORMACIONES

Crónica de arte

No sé si es realmente la fuga de ideales, ó precisamente la muerte de esta en algunos tiempos maravillosa necesidad, ambiente de otras vidas y gloria anhelada de otros cerebros, lo que veo con la pena de difíciles remedios.

No sé tampoco si de cien personas, noventa y cinco arqueando los ojos y plegando la boca tras un bostezo buscarán asuntos más modernos, más prácticos y más apetitosamente carnales... ¡Hablar de ideales muertos cuando los cerebros están desbordantes de pequeñas ideas que surgen, fluctúan y desaparecen en amalgamado y loco torbellino!...

¡Ideales!... ¡Es decir, luchas nobles, valientes y abnegadas; serenas en los reveses, sublimes en los aciertos, materialmente desinteresadas, moralmente avarientas, leales siempre!... ¡Condolerse por lo desaparecido hoy, que media juventud pide, entre gritos de soberbia y carcajadas histéricas, el fin intelectual de ancianos mantenedores del fuego sagrado á la sublime divinidad!...

Angustia asalta á mi legendaria alma ante el temor de descubrir unos sentimientos que, al mostrarse, mucho me temo sean juzgados como soberanamente inocentes, indiscutiblemente poco prácticos, y ridículamente pasados de moda. ¿Pruebas? Muchas; seguidme con paciencia. Las palabras me dicen, y los hechos me demuestran, lo de «hay que vivir con el tiempo». La masa de la inteligencia toma forma en otros moldes más superficiales, rápidos y juguetones. Se impone desechar las cosas demasiado hondas ó demasiado elevadas, para buscar un convencional medio ambiente que nada analiza, pero que todo lo juzga. Se ha de impresionar con rapidez, sin cuidarse de hacer otro efecto que el momentáneo; algo así como los calmantes, que quitan el dolor y dejan la enfermedad. Nada de arrancar vibraciones al cordaje exquisito del alma, y mucho de lograr cerebrales notas que, si no son poemas, resulten pasacalles. Hacer del amor un sátiro; de la amistad, un Judas; de la dignidad, un máscara; del pensar, un pasatiempo; de la filosofía, una carcajada; de la mujer, un burlesco y cobarde abuso; de las aspiraciones, un libro culinario; y de la nobleza, un llamativo blasón heráldico.

Esto oigo, y esto veo. Sólo encuentro en viejas historias los esforzados capitanes escribiendo la nobleza de sus casas con la pluma de enemigo acero mojada en propia sangre y marcada en propia piel. Sólo aparecen en solitarios archivos, empolvadas bibliotecas y percalinescas ferias, roídos y amarillentos, libros guardadores de momificados clasicismos y de mohosos anhelos de gloria. Solamente admiro las grandezas arquitectónicas á través de negra y descascarillada piedra. Unicamente me extasío ante la pintura sujeta á fuerza de cuidados en un lienzo borrado. De magnates y poderosos, artistas, políticos y guerreros, se conserva la forma en mutiladas esculturas y parchea-

dos lienzos; y su fondo, el espíritu de ideal y patriótica grandeza que los animó en sus conquistas, en el empleo de sus riquezas, en el análisis de sus misterios, en la creación é interpretación de sus obras, en el bienestar y cultura de su pueblo y en el conquistador empleo de sus armas. Me hablan de todo ello las historias y crónicas; de parte de ello, los museos y bibliotecas; y de otra parte, las extranjeras enseñas que acotan pedazos de mundo pertenecientes á la España de otras épocas, allá cuando el sol no se ponía en sus dominios.

¿Es que creéis que pueda ser tan insensatamente inocente ó ciego que niegue valor heroico en el soldado, del jefe al último número de un pelotón? ¡No! La naciente República cubana, como las intervenidas Filipinas, hallarán por muchos años, al rasgar de sus instrumentos de labranza, español y carnal abono arrancado en vida al abandonado suelo peninsular para fecundizar en masa deshecha aquellos campos de derrochadora vegetación. Lo que niego es algo que, poniéndolo los calificativos más benignos, se llama exclusión completa de ideales grandiosos, traducidos por una leal administración, una sabia y justa libertad, un apoyo moral y material para sus necesidades y producciones, y un patriótico amparo y defensa de su suelo. ¿Es que suponéis que no reconozco en contemporáneos cerebros geniales masas, que se llaman Prim, Castelar, Pi y Margall, Moret, Costa, Galdós, Echegaray, Zorrilla, Menéndez y Pelayo, Ramón y Cajal, Benavente, Salvador Rueda, Rosales, Ginert, Pradilla, Sorolla, Benlliure, Querol y Blay, entre otros? ¡Tampoco! Sus obras alientan con nosotros. Lo que no veo es la influencia de la mayoría de ellos por su temple, su política, su novela, su teatro, sus versos, sus investigaciones, sus asuntos, su modelaje y sus paletas, rico polen que no encuentra dónde fecundar, no por falta de plantas similares, y sí por carecer esas plantas de calor en su procreación y de poderosa fuerza asimilable.

¿Qué exposición artística se convierte para nosotros, fuera de la nota de color, contadas veces justa y honrada, en algo así como un santuario cosmopolita donde todo sean manifestaciones de sinceras creencias, no por diferentes menos dignas de respeto, de consideración y razonado estudio? ¡A qué va quedando reducida la verdaderamente idealista y culta misión del artista en general, si oímos que la poesía está llamada á desaparecer; si vemos que el arquitecto, materializado por una época que, entre otros, tiene el tema de «Todo práctico» en su divisa, reduce sus glorias á copiar con fidelidad ó á amalgamar con desenfado los estilos ya creados, como si declarase seco el inagotable manantial de la inventiva; si observamos que el pintor, haciendo parte secundaria del dibujo, concreta sus arrestos creadores á la interpretación de pueriles escenas, en las que únicamente puede demostrarnos un carácter observador muy grande y una riqueza de colores más grande aún, al mismo tiempo que un abandono casi total del filósofo, del pensador, del poeta, del artista, en suma, privilegiado por la Naturaleza, de alma y cerebro creadores, y de envidiables dotes expresivas que lo elevan sobre otros seres á un mundo de exquisiteces, de idealismos y de grandezas!...

Yo quisiera compenetrarme con la parte noble del hombre; esa parte que oculta vergonzosamente por el egoísmo de un vivir más materialmente bien. Yo quisiera analizarle la vida moral y enseñarle que, como ser, tiene el ideal disfrazado de payaso; la fe engañada por falsas, hipócritas y egoístas creencias atentatorias á las ejemplares predicaciones de aquel Jesús, cuyas doctrinas eran las igualdades de un mundo hermoso, y de estos engaños, el desaliento, las luchas rastreras, la desilusión, la muerte del «Yo pienso y razono como debo» para vivir con la esclavitud del «Yo ejecuto de los demás». Esto le mostraría noblemente desnudo para que viera que no tiene el valor indiscutible de ser lo que debe: un bueno, un honrado; en una palabra, ¡un hombre!

No hablo para los escogidos, que, afortunadamente, si pocos, jamás faltarán; me dirijo á la masa general, donde, si existen los fracasados por falta de ambiente y medios realizadores, nunca puede ser causa noblemente justificada para abandonar el camino del trabajo honrado, de la verdad y de las aspiraciones personales y colectivas, todo lo que, reunido, conduce al triunfo moral de un vivir ejemplar, sembrador de la semilla que produce los frutos de la justicia, de la dignidad y del sano ejemplo.

A todos en general pretendo inculcarles, contrarrestando la realidad inhumana que domina con la lógica humana que debe dominar, que el *más vale la razón de la fuerza que la fuerza de la razón,* es el fruto engendrado por el egoísmo bestial y la parte animal del hombre.

Y tanto es así, que á poco que queramos profundizar en el alma é investigar desinteresadamente en nuestra conciencia, ese saturador é igualitario juez que nos tortura y purifica, encontraremos la justa ley de la conservación; pero no solamente de la personal, impropia en tal forma del ser más perfecto de la creación, sino de esa conservación que, teniendo el origen en uno mismo, extiende sus beneficios en bien de la propia familia, de la que es originario y continuador, y en bien de la sociedad, de la que es y debe ser parte activa.

Yo le diría, si me escuchara, que es vergonzoso contribuya con su desprecio, su indiferencia y su burla á acrecentar los anatemas de inocente, antipático, iluso y pobre hombre con que es calificado el que piensa, siente, ama á algo y á alguien, es sincero, es modesto y noble, sin desplantes ni orgullos. Yo le mostraría que esto lo dicen los que cobardemente ocultan su individualidad determinada bajo el patrón de «uno más que es como todos»; los que en una discusión cualquiera razonan sin criterio propio, y sí con el cerebro de aquel que más puede hacer para sus miras particulares; los que se mofan del que suponen no los hace sombra material, siquiera moralmente los eclipse.

Por lo mismo que ya llegamos al siglo de las luces, que iluminan todos los antes obscuros caminos de la investigación y del saber, de las libertades razonadas y la misión individual; por lo mismo que el hombre es más poderoso cuanto más va enriqueciéndose con el inmenso tesoro que tiene en su cerebro, no sería mucho pedirle menos ostentación exterior de su persona, y más desprendimiento de su interior sentir; menos absolutismo en sus ambiciones de un bienestar á costa de todo y de todos, y más alteza de miras y liberalidad abnegada por sus semejantes; menos enmascarada existencia, y más descubierta personalidad; menos intrigas con baño de dulzura, y más lealtad con sabor de franqueza; menos medro á fuerza de arrastrarse, y mayores triunfos por elevación; menos materialismos, que siempre son miserias del cuerpo, y más idealismos, que son riquezas del cerebro y del alma; menos cobardía en sus ideas, y más valor en sus convicciones; menos mirar para el hoy, y más ver para el mañana; menos oratoria escénica, y más acción realista; menos vilipendio, y más honor; menos lástima, y más caridad; menos conmiseración, y más respeto; menos orgullo ignorante, y más llaneza sabia.

Todos estos caminos, que conducen á una regeneración verdad, es necesario emprenderlos con la fe y la constancia que da una aspiración digna que empieza en un mirar más allá, continúa entre sacrificios y dulzuras, y termina en la tranquilidad del deber cumplido, pregonero de una existencia idealmente utilitaria, cuyo epílogo es el grato recuerdo, el agradecimiento y el respeto de sus semejantes.

¡Es más hermoso dirigir la vista á las lejanías que abren las grandezas, donde se ensancha y solaza el espíritu, que cegarse en la contemplación de detalles que empequeñecen la concepción!

Yo digo á los hombres: estad siempre dispuestos á ser los apóstoles de la religión que tiene como un dios el arte en todas sus manifestaciones; sabed que las artes ostentan el hermoso título de *nobles,* y que para pertenecer á ellas como sacerdote ó como fiel convencido, es necesario ser: en primer lugar, noble; en segundo lugar, sincero; y en tercer lugar, entusiasta. Que artista es todo aquel que siente vibrar en su alma la entonación armoniosa de lo bello y grande; es todo aquel que se conmueve instintivamente por la fuerza de un efecto extraño que penetra en su oído y vista, que repercute y toma formas en su cerebro, y que, recorriendo en rápido estremecimiento nervioso todo el organismo, encuentra su verdadero sentimiento superior en el alma, la que exterioriza sus efectos por medio de la expresión.

Este es el artista, que está por encima de las cosas pequeñas y vulgares, siempre dispuesto á perseguir y compenetrarse con la belleza, fuente de todas las venturas, cimentación y pináculo del monumento representativo de todo lo sublime é imperecedero.

No sólo de pan vive el hombre: esta sentencia vulgar y corriente es indispensable ponerla en acción y desentrañar su filosofía, y cuando todos la pongan al igual de las necesidades de la materia, formarán el ser racional y superior.

Ubaldo Fuentes y Redondo.

Congreso Universal de la Poesía en Valencia

REGLAMENTO

I. Se celebrará en Valencia un Congreso de la Poesía, cuyas sesiones durarán tres días, del 27 de octubre al 3 de noviembre próximos, fecha que podrá modificarse si fuese otra la del viaje á Valencia de SS. MM. los Reyes D. Alfonso XIII y Doña Victoria Eugenia.

II. El Congreso tendrá carácter de universal y será presidido por los Reyes de España, quienes delegarán sus funciones de voz y firma en un Consistorio compuesto por cinco ó más personalidades.

III. Podrán ser miembros de este Congreso todos los españoles y extranjeros que lo soliciten y abonen la cuota reglamentaria.

IV. Los congresistas podrán ser, á su voluntad: *protectores,* en cuyo caso abonarán la cuota que deseen, desde 50 á 500 pesetas, ó *numerarios,* cuya cuota fija es de 10 pesetas.

V. Serán considerados también como *protectores,* cuando contribuyan con la indicada cuota:

1.º Los Centros oficiales (Ministerios, Academias, Universidades, Institutos, Escuelas, etc.).

2.° Las Sociedades ó Instituciones literarias ó de otra clase que, por el concurso pecuniario que faciliten, sean consideradas merecedoras de esta distinción.

VI. Una vez abonada la cuota de inscripción, los congresistas recibirán numeradas sus tarjetas de identidad, tarjetas estrictamente personales é intransferibles, que les darán derecho:

1.° A la rebaja obtenida en los ferrocarriles españoles para el viaje de ida y vuelta á Valencia, importante rebaja para billetes de cualquier clase, cuya duración será de veintitrés días.

Los congresistas de Ultramar, haciendo el viaje á España en los vapores de la Compañía Trasatlántica, disfrutarán también á la ida y á la vuelta una rebaja del 30 por 100 en el precio de los pasajes.

2.° A los precios especiales de alojamiento de primera, segunda y tercera en Valencia durante el tiempo de duración del Congreso.

3.° A localidad preferente en todos los actos y sesiones del Congreso.

4.° A una rebaja del 50 por 100 en el precio de las publicaciones del Congreso que deseen adquirir.

Los congresistas protectores que hayan abonado la cuota máxima recibirán gratuitamente todas estas publicaciones.

VII. El Congreso se dividirá en dos Secciones, con sus correspondientes Mesas: la Sección primera, de carácter puramente literario, y la Sección segunda, de condición práctica ó especulativa. Ambas estudiarán importantes temas, cuyo enunciado se hará público oportunamente.

Las sesiones que cada una celebre podrán ser simultáneas en distintos locales.

VIII. Formarán la Mesa de cada Sección un presidente, un vicepresidente, un secretario y un vicesecretario.

IX. El Congreso celebrará dos sesiones plenas, una de apertura y otra de clausura, las cuales serán revestidas de la mayor solemnidad.

X. Los trabajos que se presenten al Congreso no serán admitidos si antes no han sido solicitados por el Comité ejecutivo, el cual, una vez trazado su plan, deberá llevar designadas, juntamente con el cuestionario, las personas que han de desarrollar los temas sujetos luego á discusión.

XI. Los resúmenes orales y discursos en las Secciones no deberán durar más de un cuarto de hora.

XII. Los presidentes de las Secciones podrán, á su discreción, comenzar los trabajos de la Sección respectiva con un discurso inaugural, ó bien hacer un discurso-resumen al terminar la labor de su Sección. Dirigirán el orden de los debates y harán cumplir las disposiciones reglamentarias en lo que al trabajo de las Secciones se refiere.

XIII. El Comité ejecutivo, de acuerdo con el Comité local valenciano, organizará los servicios accesorios, como recepción y alojamiento de los congresistas, distribución de invitaciones para fiestas y agasajos, reparto de la correspondencia, celebración de veladas, excursiones, visitas á monumentos, museos, etc.

XIV. El Comité ejecutivo publicará después, en breve plazo, el libro-resumen de los trabajos del Congreso. Para ello los presidentes y secretarios de cada Sección entregarán al secretario general, dentro de los quince días siguientes á la clausura del Congreso, las actas de las sesiones celebradas por su Sección respectiva. Los trabajos de los congresistas quedarán, con igual objeto, después de discutidos, en poder del secretario general.

XV. El Comité ejecutivo tendrá las facultades y atribuciones precisas para resolver los casos no previstos en este Reglamento y las dudas que pueda suscitar su aplicación.

Madrid, 1.º de julio de 1909.—El secretario general, *Mariano Miguel de Val.*

LOS GOBIERNOS DE LA AMÉRICA LATINA

Una de las más indudables pruebas de que el triunfo del Congreso de la Poesía será un hecho, y de que por sus resultados alcanzará la transcendencia que se le deseaba, es la honrosa acogida de que ha sido objeto por parte de los Gobiernos de la América latina.

Llegando están las adhesiones, y redactadas, por cierto, en términos tan entusiastas y elocuentes, que su publicación en día oportuno seguramente merecerá los plácemes y elogios de cuantos saben lo beneficioso de nuestra unión y estrecha confraternidad con los elementos intelectuales y con las clases directoras de aquellos vigorosos pueblos hermanos.

«Brindemos—se nos dice en una interesante carta que otro día con más espacio publicaremos íntegra—, brindemos por ese grandioso homenaje al IDEAL. En este siglo materialista, nada tan urgente como fortalecer el ánimo y elevar el espíritu con palabras dulces y pensamientos altos.»

He aquí la lista de las adhesiones recibidas:

Méjico.—El ministro de Instrucción pública, Excmo. Sr. D. Justo Sierra, comunica al secretario general del Congreso la adhesión de aquella República y el nombramiento de su delegado á favor del ilustre poeta mejicano Sr. D. Amado Nervo.

Encabezando este número publicamos un magistral artículo de Rubén Darío haciendo el elogio de dicho poeta.

Guatemala.—El Presidente, Excmo. Sr. D. Manuel Estrada Cabrera, escribe al secretario general del Congeso y le notifica la calurosa adhesión de aquel Gobierno y la designación de dos delegados que llegarán oportunamente, provistos de las correspondientes credenciales: los Sres. D. Máximo Soto Hall y licenciado D. Alberto Mencos, ambos ventajosamente conocidos y admirados en España.

***

Sucesivamente publicaremos las demás adhesiones ya recibidas y las que vayamos recibiendo en adelante.

EN VALENCIA

Nuestro director, D. Mariano Miguel de Val, secretario general del Congreso, ha hecho en los primeros días de este mes una nueva visita á Valencia, con el objeto de ponerse en relación con el Comité valenciano para adelantar en los detalles organizadores.

Tanto el ilustre alcalde de aquella ciudad, Sr. Maestre, como el inteligente y ca-

balleroso marqués del Turia y el activo secretario del Comité, Sr. Calvo Acacio, dieron todo género de facilidades al Sr. De Val para el mejor resultado de su gestión.

El Congreso de la Poesía despierta gran entusiasmo en Valencia, y son muchos los festejos que se preparan en honor de los congresistas, pudiendo asegurarse que la época de tan hermosa y original asamblea será al momento culminante de las espléndidas fiestas valencianas.

BILLETES DE FERROCARRIL

TARIFA DE PRECIOS REDUCIDOS

	PRECIOS POR VIAJERO Y KILÓMETRO		
	1.ª clase — *Pesetas.*	2.ª clase. — *Pesetas.*	3.ª clase. — *Pesetas.*
Desde 25 hasta 100 kilómetros.....	0,075	0,056	0,033
De 101 á 200 kilómetros sobre el resultado de los 100 kilómetros anteriores.....	0,07	0,053	0,031
De 201 á 300 kilómetros sobre el resultado de los 200 kilómetros anteriores.....	0,06	0,046	0,027
De 301 kilómetros en adelante sobre el resultado de los 300 kilómetros anteriores.....	0,05	0,038	0,023

Además se percibirá el 10 por 100 de impuesto para el Tesoro.

El precio del billete se establecerá aplicando en cada Compañía el que corresponda á la distancia que dentro de sus líneas se haya de recorrer, como si se tratase de billetes locales.

Condiciones.—1.ª Los billetes se expenderán desde el 22 de octubre al 2 de noviembre, y serán valederos para regresar desde el 28 de octubre al 13 de noviembre.

2.ª Es obligatoria la presentación de la tarjeta de identidad cuantas veces la reclamen los agentes de las Compañías, quienes pueden exigir la firma del interesado para confrontarla y la presentación de la cédula personal á los congresistas españoles.

3.ª Pueden utilizarse todos los trenes que lleven carruajes de la clase que corresponda al billete, excepto los rápidos, de lujo y expresos, así como los trenes ordinarios para los cuales no se expendan billetes de la clase que posea el viajero. Se autoriza la mejora de clase, si hay asiento, pagando la diferencia por tarifa general.

4.ª Las Compañías no vienen obligadas á modificar la composición de los trenes ni á entorpecer el servicio para dar cumplimiento á esta concesión.

5.ª Cuando el congresista se detenga en el tránsito, habrá de presentar la cédula en la taquilla de la estación para que ésta la selle al reanudar su viaje.

6.ª Cada billete da derecho al transporte gratuito de 30 kilogramos de equipaje. Los excesos se cobrarán por la tarifa general en el acto de la facturación y por todo el trayecto que dicha facturación comprenda.

7.ª Cuando exista solución de continuidad para el servicio de viajeros, como sucede

entre Madrid-Atocha y Madrid-Príncipe Pío, ó Delicias, entre Barcelona-Norte y Barcelona-Madrid, Zaragoza, Alicante, los equipajes se facturarán únicamente hasta la estación donde se interrumpa el servicio directo, cuidándose los interesados de la traslación de su equipaje á la otra estación y de la refacturación en dicho punto.

El precio de cada billete se ajustará en esta forma:

Billetes locales.—Con arreglo al número de kilómetros que el viajero recorra á la ida, si el billete es sencillo, ó á la ida y la vuelta, si es de ida y regreso.

Billetes combinados.—Aplicando en cada una de las Compañías que entren en la combinación el precio que corresponda á la distancia que dentro de sus líneas se haya de recorrer, como si se tratara de billetes locales. La suma de lo que á cada Compañía corresponda dará el valor del billete combinado. La interposición de otra Compañía combinada en el billete directo no es obstáculo para totalizar los distintos recorridos de una misma Empresa.

Mínimum de recorrido por Compañía.—25 kilómetros en los billetes sencillos y 50 en los de ida y vuelta, ó pagar por dicho mínimum.

Por mi poeta

Para Mariano Miguel de Val.

«¡Triste bosque aquel del que huyen los pájaros! ¡Desventurada la nación de la que emigran los poetas!»

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

Los picos y las alas de los pájaros son surtidores abundosos de creación poética; la fantasía de los poetas y el ritmo de sus cadentes engendraciones son aviadores potentísimos é indetenibles: en todo pájaro vive un poeta, y en todo poeta vive un pájaro.

Los pájaros y los poetas son los mejores y más veraces educadores de los pueblos, porque educan en amor, en bondad, en dulcedumbre, en libertad, en ingentez, en ideal, en vida. «Para educar á los pueblos tienen más poder los artistas que los sabios», ha dicho con cabal acierto el poeta oral Menéndez Pallarés.

El mérito incomprendido y no bien estimado de los pájaros está en que enseñan á los hombres el camino de la ley natural, eterna é inmutable, de la vida viva, sana y libre, que entraña tanto como enseñarles el camino de la felicidad. El mérito tampoco comprendido y también inestimado de los poetas consiste en que dan al pueblo, en forma la más asequible y atrayente, la fineza sensorial, la culminantez inteléctica, la acrisolación cultural, la hermosura ensoñativa que ganar supieron en la observación, en el estudio y en la convivencia de ese mismo pueblo á quien ofrendan y en quien se inspiran. Los poetas suministran al pueblo, en modalidad bella y para todos accesible,

cuanto el pueblo fué, es, vale, sufre, goza, pretende, hace y espera, y que de ordinario él no acierta á definir y expresar por sí propio. Unos le cantan sus tradiciones, otros sus realidades, quiénes sus cariños, cuáles sus tormentos, éstos sus ilusiones, aquéllos sus vicios, estotros sus luchas, esotros sus aspiraciones; pero todos le dan en cantos unas ú otras partes de su constitutiva esencialidad.

Así, pues, el pueblo quiere y busca á los poetas, á quienes á la par da vida, porque gusta de verse retratado tan artística y sensiblemente. El pueblo que no entiende á los poetas no es un pueblo, y los poetas que no saben hacerse entender del pueblo y emocionarle y orientarle no son poetas.

A más de educación é instrucción, los pájaros y los poetas dan á los pueblos alegría, vitalidad, humanismo, dicha.

Por lo tal, pueblo que maltrata á los pájaros—y á los árboles, que son pájaros mudos y quietos—y que no acierta á sostener y deja emigrar á los poetas en busca del más rudimentario sustento, es un pueblo mal educado, mal instruído, triste, anémico, cruel y desdichoso.

España entra de lleno en la categoría de los aludidos pueblos. En España se persigue de muerte á los árboles y á los pájaros, y señaladísima es la persona que tiene el valor inusitado de oponerse abiertamente á tamaña persecución. En España no se enseña á los niños y á los jóvenes la afectuosidad, ó siquiera el respeto, á los árboles y á los pájaros, y el querer á los poetas, ni en las escuelas primarias, ni en los Institutos, ni en las Universidades, ni en las Academias, ni en las Normales, ni en ningún otro centro docente. En España se interpela en las Cortes por la más chilindrinesca nonada, y no ha habido ni hay un solo diputado ni un solo senador que haya tenido la rara ocurrencia de interpelar acerca de tan importante cuestión, si bien resulte mejor que no la tuvieran. En España los periódicos de todos matices y tamaños se ocupan de todo, por nimio, por vulgar, por insignificante que sea—y hacen bien—; pero no se ocupan de inculcar en los humanos alguna consideración á los árboles, á los pájaros y á los poetas—y hacen mal—. En España se ha considerado á los poetas, hasta por algunos intelectuales, como un lujo de los más inútiles, lo cual es un acentuado y transcendente error, porque ciertos lujos son también necesidades de los hombres, tan apremiantes como el comer, el vestir y todo lo demás. En España la misma prensa—uno de los pocos organismos sanos, aunque no del todo—estima cortamente á los poetas, y les remunera peor que á los prosistas. En España el propietario de una importante revista me escribió que no acostumbraba pagar las poesías. España dejó emigrar á Zorrilla; España consintió que emigrase Curros Enríquez y que en la emigración muriera; España no supo sostener ni apreciar á Vicente Medina y vió impasible cómo emigraba. Y en la emigración continúa. Pero yo, que le reputo el más lírico poeta de los poetas líricos españoles contemporáneos, á la par de Salvador Rueda; que le llamo *mi poeta predilecto,* porque ningún otro me ha hecho sentir tan hondo, no le he olvidado ni olvido.

Y no contentándome con no olvidarle, pido para él—y por ello escribo estos renglones—un puesto digno en el Congreso de la Poesía concebido y propuesto con feliz acordación por Mariano Miguel de Val. Si Medina no puede venir al Congreso, pidámosle su cooperación joyosa. ¿No podría ser él quien redactara la Memoria que un poeta de cada región ha de componer acerca de sus coterráneos colegas? Citada Memoria, edificada por Medina desde la Argentina, estuviese llena de añoramientos un poco melancólicos y de nostalgias un tanto saudadosas, con lo que resultara menos *memorial,* menos árida, más poética.

Creo sinceramente que el Congreso de la Poesía marcará en España un nuevo rum-

bo, reparador de la injusticia cometida por todos hasta el presente con la poesía y con sus cultivadores. Mas creo á la vez que tal reparación no comenzará siendo completa si en ese Congreso próximo falta la participación que al culminante poeta Vicente Medina corresponde (1).

J. M. Blázquez de Pedro.

Béjar (Salamanca).

Estudios americanistas en Barcelona

No es posible fijar fechas. Ante la inmensidad del tiempo y la grandeza que entraña la evolución de todo un continente, marcar los límites de una nueva y general orientación sería quimérico. Pero es cierto: América se orienta; América camina; América nos obliga á fijarla con visual horizontal.

Con su ardiente afincamiento, la despierta y fecunda inteligencia de aquel mundo ha comprendido á Europa maravillosamente. Y comprender es igualar. Pero hay más. Por alguien se ha dicho, previendo la ostentosidad del próximo Centenario: «Estaremos investidos de cumbre.» Y á pesar de ello, porque honrar honra, y el espíritu de raza es una fuerza de cohesión incontrastable, los ojos de diez y nueve pueblos se vuelven á la madre, veneran á España.

La tierra brasileña, esa tierra que sobrecoge el ánimo en sensación de grandeza, á pesar de haber aún en ella un «gegante que dorme», nos estima y atiende con afecto, con todo y ser el parentesco más lejano.

Es un mundo aquel, unido por la paz, que quiere engrandecerse, y abre por eso sus puertas á la vieja Europa. ¡Y todos acuden, todos, y detrás España, la más querida!

***

Se ha venido hablando con insistencia entre nosotros de la «Universidad hispanoamericana». Se ha comprendido que la juventud, que personifica el porvenir, es la llamada á estrechar los lazos de afecto y de concordia con el continente colombino. Se ha visto el afán de los latinoamericanos por venir á perfeccionar sus conocimientos en las fuentes europeas, y el desvío de muchos por los manantiales españoles, cuyos cauces, si no se han derrubiado, no ha sido, como se supone, por endurecimiento y sequedad,

(1) A propósito de Medina, considero necesario advertir á la editora señora viuda de Rodríguez Serra que el tomito *Aires murcianos*, de su Biblioteca Mignón, está agotado hace mucho y no se encuentra un ejemplar ni en las librerías de viejo, siendo, por tanto, muy conveniente su reimpresión.

sino por la apatía reinante en la juventud que fué y el poco amor al estudio, que hacían estéril todo propósito de aumentar la corriente espiritual y trocar el regato en torrente.

«Comprender es igualar—dice, en suma, la filosofía americana—; estudiemos á los poderosos y á los sabios.» Y se van á ellos. Y dejan á España, sin conocerla, por creerla ligada al peñascal de la tradición, cuando, en realidad, se va librando de ella y comienza á trocar sus grisáceas penumbras de historia antigua por la luz clara de intelectos activos é ideas definidas.

Federico Rahola ha sabido recoger la impresión ambiente en este punto doloroso y transcendente. «¿Por qué no aprovechar esos valiosos elementos que atesora España con relación á América—sugiere—, é instaurar una Facultad de estudios americanistas, á la que acudirían, estoy seguro, alumnos de todos los países americanos?»

Cierto. Ahí está la clave redentora. Porque por ella veríase claro el verdadero estado de nuestra nación, no tan ruinoso como un acerbo é infundado prejuicio supone, y al propio tiempo sería remozado nuestro espíritu con los nuevos impulsos y el nuevo sentir de la vida del futuro, que es la vida americana. Una sólida y sana labor de *americanización:* ésa es la orientación salvadora que hemos de adoptar. Como mejora importantísima que complete el rejuvenecimiento; como un fresco oreo de necesaria modernidad; como complemento educativo eficacísimo; como medio de «igualar», que es el resorte mágico de toda amistad entrañable y duradera.

Hay entre nosotros una fuerza poderosa que, á pesar de todo y por encima de todo, labora y adelanta. Convencida de que la vida «es siempre verde», como el concepto goetheano la supone; enemiga, por tanto, de ese sedimento de arcaísmo que ha venido pesando sobre nosotros como una losa, concreta su ideal y clama en esperanzas su grito, que es lábaro de paz y denodado esfuerzo: *¡construir!* Y el grito se cruza en el mar con otro igual que surge de América, y es un lazo de unión y simpatía.

Pero construir no es hacerlo todo nuevo. Porque eso sería renegar de lo existente. Es también mejorar lo útil, lo que en el fondo encierra bondades y energías y quiere florecer.

En Barcelona, la Universidad, merced á una voluntad inteligente que la rige, se ha percatado de su finalidad transcendente y elevada. Ha visto que su misión como institución docente no es precisamente mecánica ni administrativa; que, lejos de encerrarse en ella misma, debe ser su acción dinámica, amplia y generosa, y extender hasta lo posible su zona de influencia. Por eso, cuando la idea que lanzó Rahola de crear en España unos «estudios americanistas» fué recogida; cuando, para realizarla, la Empresa «Mercurio» me honró delegándome; cuando, estudiado el proyecto, se aliaron voluntades para llevarlo á término; cuando, en fin, llegó el momento de su advenimiento como realidad esplendorosa que haga en lo futuro converger en nosotros las miradas de veinte naciones transoceánicas, me dirigí á ella, y la Universidad barcelonesa, abierta siempre á todo estudio sano é intensivo, prohijó el intento.

***

En octubre próximo vendrá á la vida la nueva institucion «Estudios Americanistas». Aunados los esfuerzos de toda la ciudad, pretendemos iniciar el nuevo movimiento. Con nosotros vienen y vendrán todos los que esperan del mañana y sienten entusiasmo y fe en la renovación de España. Sin distinción; de aquí y de fuera; incluyendo á todos; deseando que ese esfuerzo, que no significa en nosotros—los «delanteros» de una iniciati-

va que ha de ser obra inmensa—más que la cristalización de lo que satura y está en el ambiente, sea obra de todos.

A partir de la inaugural en otoño, funcionarán los estudios en la Universidad como en su albergue propio, y por extensión, en cuantos Centros pedagógicos lo soliciten.

Las cátedras serán regulares, amenizadas con proyecciones que hagan completo el conocimiento de los pueblos transoceánicos, y enriquecidas, como engarces de un joyel valioso, con conferencias de «americanos» y «americanistas» ilustres. La biblioteca americana que se fundará proporcionará medios de estudio á los que acudan á comulgar en la nueva fuente de cultura, de paz y de fraternidad. Los premios serán el estímulo que enardezca. La oficina que se cree, un medio de orientación, en su ramo, para los que cifren en América ensueños y esperanzas. Más tarde, en fin, si prospera la obra, si se engrandece hasta dominar todos los ramales del conocimiento americano, si se inicia el cambio de alumnos premiados entre esta Universidad y las transoceánicas, será nuestra labor, en conjunto, atracción de juventud, venero de afectos, baño de modernidad y base de una sólida comunión científica internacional que, haciendo más íntima la vida de relación, llevará en pos de sí, con actividad incalculable, las transacciones y el cambio de riquezas.

Rafael Vehils.
Secretario general.

Bibliografía

Libros de Caballerías.

La casa editorial Bailly-Baillière é Hijos acaba de enriquecer su *Nueva Biblioteca de Autores Españoles,* gigantesco monumento de las letras patrias que dirige el sabio polígrafo D. Marcelino Menéndez y Pelayo, con un nuevo tomo, cual es la *Segunda parte* de los LIBROS DE CABALLERÍAS, por D. Adolfo Bonilla y San Martín, de la Universidad Central.

Comprende este tomo libros tan interesantes como el *Ciclo de los Palmerines,* con sus dos libros, titulados LIBRO DEL MUY ESFORZADO PALMERÍN DE INGLATERRA, *hijo del rey Don Duardos, y de sus grandes proezas, y de Floriano del Desierto, su hermano, con algunas del príncipe Florendos, hijo de Primaleón,* y el LIBRO SEGUNDO DEL MUY ESFORZADO CABALLERO PALMERÍN DE INGLATERRA, *hijo del rey Don Duardos, en el cual se prosiguen los muy dulces amores que tuvo con la infanta Polinarda, dando cima á muchas aventuras y ganando inmortal fama con sus grandes fechos, y de Floriano del Desierto, su hermano, con algunas del Príncipe Florendos, hijo de Primaleón.* Á continuación da á conocer los EXTRAVAGANTES, en los que están comprendidos los libros de *La Destrucción de Jerusalén; La Espantosa y maravillosa vida de Roberto el Diablo; La Historia del muy valiente y esforzado Caballero Clamades, hijo de Marcaditas, Rey de Castilla, y de la linda Clarminda, hija del rey de Toscana; La Historia de los nobles Cavalleros Oliveros de Castilla y Artús d'Algarbe; La Historia del Rey Canamor y del Infante Turian, su hijo, y de las grandes aventuras que hubieron,* y *La Historia del noble y esforzado cavallero el*

Conde Partinuples, emperador de Constantinopla.

Acompañan á este tomo un GLOSARIO, en el que se da á conocer el sentido especial ó la interpretación de cuantas palabras aparecen obscuras en los libros anteriores; un índice de las VARIANTES que se encuentran entre el ejemplar del *Palmerín de Inglaterra* existente en el Museo Británico y el que posee D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y un INDICE DE CORRECCIONES.

Once son con éste los tomos publicados por la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles,* y corresponden á las siguientes materias: *Orígenes de la Novela,* tomos I y II, por don Marcelino Menéndez y Pelayo; *Autobiografías y Memorias,* por D. Manuel Serrano y Sanz; *Sermones del P. Cabrera,* por el padre Mir; *Comedias de Tirso de Molina* no publicadas en la *Biblioteca Rivadeneyra,* tomos I y II, por D. Emilio Cotarelo; *Primera Crónica General de España que mandó escribir el Rey Don Alfonso el Sabio,* por D. Ramón Menéndez Pidal; *Libros de Caballerías,* tomos I y II, por D. Adolfo Bonilla y San Martín; *Historia de la Orden de San Jerónimo, del P. Sigüenza,* por D. Juan Catalina; *Crónicas del Gran Capitán,* por D. Antonio Rodríguez Villa.

Precio de cada uno de estos volúmenes: 12 pesetas en Madrid y 12,50 en provincias. Pídanse en todas las librerías y á sus editores: Bailly-Baillière é Hijos, plaza de Santa Ana, 10, Madrid.

Libros recibidos

POESÍA

Cantares gallegos.—Rosalía de Castro.—Madrid, 1909.
Le Ranocchie Turchine.—Enrico Cavacchioli.—Milán, 1909.

NOVELA

Venus rebelde.—Fernando Mora.—Madrid, 1909.
Una vida al abismo.—Clemente Montón Palacios.—Madrid, 1909.
Ese Sol, padre y tirano.—José A. Vázquez.—Sevilla, 1909.
Regeneración.—Pedro y Maximiliano Raida.—Sevilla, 1909.

TEATRO

Poupées électriques (drama).—F. T. Marinetti.—París, 1909.
Dos héroes y un traidor (drama).—Manuel de Lhotellerie.—Madrid, 1908.

VARIOS

Guía escolar de España.—Unión Ibero-Americana.—Madrid, julio, 1909.

Apuntes sobre la emigración castellana.—Juan Díaz-Caneja.—Palencia, 1909.

La solidaridad social.—Victoriano García Martí.—Madrid, 1909.

Hommage á Frédéric Mistral.—Vicomte de Faria.—Milán, 1909.

Asociación Española para el Progreso de las Ciencias (Congreso de Zaragoza).—Tomo VII. Ciencias Médicas.—Madrid, 1909.

La protección del niño.—Gabriel Romero Landa.—Palma de Mallorca, 1909.

La reforma tributaria.—Fomento del Trabajo Nacional.—Barcelona, 1909.

MADRID

LA GUERRA DE MELILLA

El Rif

Del Rif pudiera decirse que es, como expresión geográfica, una cantidad variable, puesto que los viajeros y los geógrafos, al describirlo, no concuerdan exactamente en los límites que le fijan. De aquí que mientras unos, como Martín Peinador, le asignan una extensión de 15 á 20.000 kilómetros cuadrados, otros, como Campo Angulo, elevan su superficie de 20 á 23.000 kilómetros.

Esto, para nuestro objeto, importa poco. Por ello diremos únicamente que es la porción de terreno comprendida desde la cuenca del Muluya y la frontera argelina, al Este, hasta la provincia de Yebala, al Oeste, y que, teniendo por límites al Norte el mar Mediterráneo, se extiende al Sur hasta unos 80 kilómetros en el Este, sobre 170 en el Centro, y sólo 60 en el Oeste. A estas cifras no se les puede dar más que un valor muy relativo, puesto que no responden á una división administrativa, que no existe en Marruecos, ni están fijadas por accidentes geográficos que todos aprecien de igual modo.

De la orografía y de la hidrografía del Rif hemos de decir poco: primero, porque de una y otra tendremos que hablar con más detenimiento al ocuparnos del valor económico de esa región; y segundo, porque á nada conduciría el escribir una larga serie de nombres, mejor ó peor arreglados (no traducidos) del árabe, ó, para ser más exactos, del dialecto rifeño.

A propósito de los nombres, hemos de lamentar que las Sociedades Geográficas no se hayan puesto de acuerdo (siquiera las de Madrid, París, Berlín y Londres) acerca de la manera de escribir los nombres marroquíes, ó que el acuerdo, si existe, no se cumpla; pues se da el caso, que hace difícil el estudio y consulta de mapas y obras, de que en cada uno de éstos se escriban de distinto modo los nombres de lugares y accidentes geográficos, con lo cual, los que no dominen muy bien la materia, no pueden establecer la relación debida entre los datos de unos y otros. Esto se nota principalmente en los periódicos, produciéndose una gran confusión en el ánimo de los lectores.

Dejando esto á un lado, diremos que el Rif, cuya costa carece de buenos puertos, es una región sumamente accidentada, cruzada por series de montañas que, desprendiéndose del pequeño Atlas, forman ramales casi paralelos en dirección de Sudoeste á Noroeste, con múltiples ramificaciones de mayor ó menor elevación que, formando cadenas de montañas ó colinas y altos picos, se extienden más ó menos hacia el Oeste.

Partiendo de Acbat-el-Cadí, entrada principal del Rif por el Sur, cuyo puerto se abre entre los altos cerros de Beni-Hasán, al Oeste, y de Azrú, al

Este, encontramos los montes de Lemtalsa, á la derecha, y los de Beni-Tuzin, Beni-Ulichek y Tafersit, á la izquierda. Luego hallamos las montañas de Guelaya y las de Quebdana, el Gurugú, las alturas de Frajana, Benisicar y Beni-Said, terminando estas últimas en la península del Cabo Tres Forcas, y rodeando á Melilla de una verdadera barrera, que impide la expansión de la plaza y la domina.

Entre esa serie de montañas, que aun en las inmediaciones á la plaza tienen alturas como las del Gurugú (985 metros), corren multitud de ríos y arroyos, generalmente de bastante anchura, aunque de poca profundidad, pero no fáciles de vadear, porque casi todos tienen el lecho de cantos rodados.

De esos ríos merecen especial mención el Muluya, Uad Muluia, que tiene sus fuentes en el gran nudo del Yebel Aiaxin, y después de recoger en sus 500 kilómetros de curso afluentes como el de Uad Suf-er-Xerg, el Uad Tiunant, el Xeg-el-Ard, el Uad Melillo, el Uad Zá y otros, pasa entre los montes de Quebdana y las alturas de Beni-Snassen, y va á desaguar en el Mediterráneo, á ocho kilómetros de Cabo de Agua; el Kert ó Garet, que baja de los montes de Gsennaia y de Beni-Tuzin, separa la tribu de Guelaya de la de Beni-Said, y después de recorrer 100 kilómetros, va á desembocar por Azanen; el Uad Frajana ó Uad Benisicar, conocido con el nombre de Río de Oro, que baja de Yebel Taruda y va á desembocar á un kilómetro de Melilla; el Uad el-Xernans, ó Zeluán, que recoge todas las aguas del desierto de Garet, y tras de regar una feracísima vega, muere en la albufera de los Areg; el Uad Nekor, que nace en las alturas de Yebel Beniseddan, separa las tribus de los Beni-Tuzin y Tensamán de la de los Beni-Urriaguel, y desemboca en el golfo de los Mártires, etc.

El clima es menos caluroso y más húmedo de lo que podría creerse, dada la latitud del país, debiendo advertirse que existe una notable diferencia entre la temperatura del día y la de la noche. La primera, que es bastante elevada, contrasta con la segunda, bastante baja, siendo esto causa de que los europeos que van á esa región vean frecuentemente quebrantada su salud si no adoptan precauciones.

Los habitantes, de raza berberisca en su inmensa mayoría, son rudos, ignorantes, indómitos y muy amigos de su independencia, hasta el punto de que la soberanía del Sultán ha sido casi siempre nominal en esta región. La agricultura es su principal ocupación, pero no carecen en absoluto de industria; y como en sus montañas abunda mucho la caza, pues hay jabalíes, venados, etcétera, son excelentes tiradores. Entre ellos hay bastantes rubios, y su estatura es alta, robusta su naturaleza, pero enjutos de carnes.

La falta de organización administrativa, y, por consiguiente, de estadísticas, hace que todos los datos numéricos referentes á Marruecos sean inseguros. De aquí que no se conozca con exactitud la población del Rif, que algunos elevan á 1.250.000 habitantes: cifra que generalmente se estima exagerada. Igual sucede con el número de tribus, respecto de lo cual no concuerdan los datos de los autores, en cuya diversidad influye también la que existe respec-

to de los límites del Rif. Hay quien eleva el número de tribus á 30, subdivididas en 105 fracciones, y hay quien lo reduce á 25. Esto último es lo más fundado.

En la zona septentrional, ribereña del Mediterráneo, hay 11 tribus: las de Quebdana, Guelaya, Beni-Said, Beni-Ulichek, Tensamán, Beni-Urriaguel, Bocoya, Beni-Itefit, Beni-bu-Frah, Beni-Gmil y Mtiuia.

En la zona central hay siete, que son: Beni-bu-Yahi, Lentalsa, Tafersit, Beni-Tuzin, Taryist, Zerquet y Beni-Sedat.

Las de la zona meridional son otras siete: las de Ulad-Settut, Gsenania, Beni-Ahmrad, Beni-Mezdin, Beni-Bechir, Beni bu-Nzer y Tarsut.

De todas estas tribus, las únicas que nos interesan son las de la zona septentrional y varias de la central, á las cuales habremos de dedicar algunas líneas.

J. Bécker.

Los rifeños

Las cabilas del Rif, así como sus fuerzas, pueden conocerse por los siguientes datos:

Bocoya.—Tribu marítima, limítrofe de las de Beni-Urriaguel y Beni-Itefit. Puede decirse que ocupa el litoral comprendido entre el Peñón de Vélez y el de Alhucemas. Divídese en cuatro fracciones, á saber:

	Caballos.	Fusiles.
Irammuren	440	750
Azakrán	370	780
Maia	320	555
Taguidit	215	620

Beni-Mesquilda.—Territorio montañoso, entre las tribus de Setta, Beni-Ahmed, Beni-Zernal y Fichtala. Los Beni-Mesquilda son de raza berberisca y viven en poblados. Casi todos son *tolba,* y saben leer; pero no por eso han perdido sus aficiones bélicas y la pasión del merodeo. El suelo es fértil. Comprende tres fracciones:

Dar-el-Guad.

Omana.

El-Argud.

Beni-Msara.—Tribu limítrofe de la ciudad de Uazán, enemiga de éste y de toda disciplina. La gente de Beni-Msara vive en perpetua guerra; saltea las caravanas, roba muchachos y muchachas para venderlos, y niega obediencia al Sultán. Tiene fama de ser aficionadísima al vino.

Comprende siete fracciones, á saber:

	Poblados.	Fusiles.
Beni-bu-Garra	21	805
Beni-Guis	5	700
Beni-Lammal	11	750
El-Hadyera	9	440
Beni-Raus	10	520
Mtiuia	117	970
Beni-Kerla	225	1.520

En total, las fuerzas de las tribus se componen de unos 5.700 fusiles.

Beni-Sicar.—Ocupa la cuenca del río de Melilla y, además, la inculta península del Cabo Tres Forcas, á lo que se añade una muy pequeña parte de El-Feida. La tierra es fértil, y hay muchos huertos muy bien regados. No celebran más mercados que el de Sok-el-Had, en el territorio de los Beni-Armarén. Comprende cuatro grupos, que son:

	Casas ó tiendas.	Fusiles.
Abduna	350	300
Beni-Atmán	600	500
Bordynán	500	400
Beni-bu-Armarén	350	300

La población no pasa de 6.000 habitantes.

Beni-bu-Gafer.—Se halla entre el Kert y el Guad-Ikeracene. Tiene en la costa algunas buenas radas: Azanene y Samer (ésta en la desembocadura del Kert) son las principales.

Comprende los cinco grupos siguientes:

	Tiendas.
Ahl Samer	200
Mojaitin	50
Azanene	300
Chemlala	100
Ulad-Amar ó Hamza	50

Cuentan con 1.200 fusiles.

La población es de 5.000 habitantes.

Beni-Sidel.—Es la fracción más importante y rica de Guelaya. Sus poblados se escalonan desde la orilla derecha del Kert hasta las laderas del Yebel Uksán. El país es llano; el ganado, abundante; la tierra, muy fértil. No tiene más que un mercado: el Sok-el-Arba, en el territorio Ahl-el-Tlet.

Comprende los 10 grupos siguientes:

	Tiendas.
Beni-Dagnel	50
Ahl-el-Tlet	100
Adoicia	300
Beni-Feklán	300
Ulad-Yacine	300
Yuana	300
Ulad-R'Anón	50
El-Atianén	30
El-Rudia	35
Ulad-Amar ó Aisa	20

Cuentan con 3.000 fusiles.

Toda la población asciende á 12.000 habitantes.

Beni-bu-Ifrur (en donde se encuentran las minas originarias del conflicto).—Está al sur de Mazuza. Sus poblados hállanse esparcidos por las montañas de Inrula y Uksán, siendo el pico principal de esta sierra el punto culminante del país (700 metros). No hay más que un río, mejor dicho, riachuelo, intermitente, el Guad-Mesrad, que se pierde en los llanos de El-Feida. El único mercado es el Sok-el-Jemis, bastante concurrido. Comprende esta tribu los grupos siguientes:

	Tiendas.
Zer'enrane	400
Inrula	350
Ahl-Uksán	350
Alahta	200

Cuenta con 2.000 fusiles y una población de 8.000 almas.

Mazuza.—Es la más oriental de las posesiones de Guelaya. Su territorio se extiende desde las vertientes orientales del Yebel Tazuda hasta Tanegmaret y la *rebja* de Bu-Areg, y al Sur por la llanura de El-Feida. El país es fértil y de fácil acceso. Celébranse dos mercados: Sok-el-Tenin, junto á Sidi-Guariach, y Sok-el-Yemaa, en la comarca de Beni-Msar.

Comprende á su vez los cinco grupos siguientes:

	Tiendas.	Fusiles.
Frajana	750	700
Beni-Msar	750	700
Mramir	450	400
Ahl-Nadar	300	250
Berraga	350	300

La población entera se estima en 9 ó 10.000 almas.

La riqueza del Rif

Ateniéndonos á las estadísticas comerciales, no tiene duda que el Rif es un país eminentemente pobre; mas si consideramos las producciones agrícolas, forestales y mineralógicas de que el Rif es susceptible, esta región merece clasificarse entre las más ricas de Marruecos. Á ello contribuye la situación que ocupa en el Mediterráneo.

El Rif no produce sino una mínima parte de lo que pudiera producir, y su comercio de exportación tropieza con mil obstáculos. Muchos de sus productos son llevados á Fez y á la frontera argelina. Algo se embarca por Río Martín, por Melilla y por los Menores; pero es tan insignificante, que no vale la pena de tomarlo como indicio de las riquezas naturales que atesora.

El corcho es uno de los inagotables veneros de riqueza del Rif. Lo hay por doquiera, no lejos del mar y á la margen de los ríos. El Talza, el Nekor, el Kert y el Muluya corren su curso superior por entre magníficos bosques de chaparros. Los montes de Beni-Mechir, de Beni-Medduya, de Beni-Amret, de Beni-Tuzin, de Kzennaya, de Sidi-Ben-Nur, que forman la cordillera meridional del Rif, están cubiertos de alcornoques.

Abundan en las alturas del Rif los abetos, los pinos, los nogales, los cedros, los álamos, los robles y otras maderas de explotación lucrativa, que actualmente se explotan en condiciones detestables.

En las laderas crecen pomposamente el algarrobo, el olivo, el almendro, el avellano, el manzano, el peral, el naranjo, el granado, el mirto. Las naranjas de la cañada del Zgzel, de Beni-Snassen, no conocen rival. ¿Y dónde hallar huertas más espléndidas que las de Tenzaman, las de Talza, las de Beni-Guil y las que dan frondosidad á las de Beni-Urriaguel y de Beni-bu-Frah? ¿Dónde un terreno más fértil, más encantador que el de la falda del Yebel-Haman, con sus frutos de almíbar, sus higueras opulentas, su miel de orégano y sus florestas incomparables?

La chumbera y el áloe, como en el resto de la Morería, parecen invadir el suelo cultivable del Rif, absorbiendo toda otra vegetación; en los llanos y en las mesetas el tenaz palmito extiende sus sólidas raíces: es que sobra la tierra, y en la que el indígena utiliza florecen los verjeles, preñados de todos los frutos imaginables; brotan las hortalizas á granel, y surgen en los campos las plantaciones de trigo, de cebada, de maíz, de habas, de lentejas y de algodón: tales son las feraces llanuras habitadas por los bocoyas y por los tenzaman.

Allá, en el fondo del Rif occidental, al pie del Yebel-el-Arez, que coronan los seculares cedros, prosperan los viñedos, lo propio que en las vertientes del Yebel-Dahdú, en el valle del Uad-Beni-Amret, en M'Talza, en el Ait-Adrar, por donde el Uad-Ghis desciende, y en Sidi-Yahia, sobre los linderos de la planicie de Tafersit.

Famosos en el Mogreb son los olivares de Tizemmurin, en la tribu de Beni-Mezduya, con los cuales compiten los de Beni-Ulichek. La Naturaleza, pródiga y fecunda, derrama sus bienes, que carecen de valor porque nadie les hace caso.

Si en las regiones montañosas impera el corcho, en las bajas cunde el esparto con profusión inverosímil. Quebdana, Ulad-Settut, M'Talza, Beni-bu-Yah, Ait-Daud, Beni-Said, Tigindil, son tierras de espartos, cuya zona abarca la mitad superficial del Rif; corcho y espartos, por sí solos, avaloran este territorio, mucho más si se tiene en cuenta que la abundancia corre parejas con su excelente calidad. Pero el rifeño arrastra una existencia precaria y emigra constantemente por no hallar en el país medio de subvenir á sus necesidades y de adquirir cartuchos.

Un país que produce lo necesario para la alimentación, y que tiene bosques de alcornoques y minas de cobre, hierro, plata y oro, no es un país pobre. Lo que ocurre es que se halla sin explotar; permanece más virgen que las ignotas comarcas del Atlas.

La mujer rifeña

Las fantasías naturales en todo período de agitación, y más aún cuando entre tinieblas de desconocimientos absolutos se desarrollan, hacen voltear á la opinión su rumbo locamente de aquí para allá, sin que logre orientarse fijamente, y dando lugar á esa diversidad de criterios que en el comentario de todo suceso surgen.

Algo de esto nos ocurre á los españoles respecto de nuestros enemigos los rifeños. Por ejemplo: varios días han publicado los periódicos de Madrid la siguiente noticia: «En masa con los rifeños combatientes preséntanse grandes contingentes de mujeres que alientan á los luchadores, cargan sus armas, y aun á veces toman parte activa en el combate...»

Es posible que, por lo anormal de la situación, los moros se hayan decidido á dar lugar preeminente en su acción á la mujer; pero... pongámoslo en tela de juicio, ya que las costumbres de ese pueblo en tiempo de paz nos dicen que, para el rifeño, la mujer es una cosa nimia, despreciable, á la que no conceden la menor atención ni importancia.

De nadie se recatan los moros al decir que en el orden de sus afectos figura la mujer en muy lejano lugar, ocupando un término posterior al fusil, objeto el más apreciado por el hombre, al que siguen el caballo, los hijos y las hijas, el ganado, y, por último, la esposa ó esposas.

Nadie ignora que la esposa de un moro tuvo un precio como cualquier mercancía, precio que á veces es inferior al de un mauser, y siempre al de un

caballo. Para ellos la esposa es un medio de vida, una máquina más, esclava por completo á los mandatos de su voluntad.

El rifeño, moro pobre por lo general, no se permite el lujo de poseer esos harenes de que nos hablan los cronistas africanos, ni esclavas que perfumen el agua de sus abluciones y canten tonadas melancólicas para atraer á su espíritu el reposo. No cubren el cuerpo de la mujer rifeña brazaletes, collares y ricas telas; no perfuman sus negros cabellos, ni bailan ante el señor de su vida con afán de seducción.

La pobre mujer rifeña lleva la carga del hogar: labra los campos, emparejándose no pocas veces con una vaca para tirar del arado; cruza sierras y valles en busca de leña, y la carga sobre sus espaldas en increíbles cantidades; lucha por la conservación del doméstico ajuar, y á un tiempo une á estos oficios de animal de labor, esclava y mujer hacendosa, los de madre, criando á sus hijos en los intervalos del trabajo.

Cae sobre ella el peso todo de la vida, mientras el rifeño, indolente, se sienta al sol cuando no guerrea, y musita cantos tristes y sagradas oraciones que á la mujer misma le están prohibidos. Su categoría social es tan ínfima, que jamás alcanza un puesto en el consejo de la familia, limitándose á acatar y cumplir los mandatos de sus hombres; su condición moral está tan deprimida, que, por grande que su amor sea, no puede subir á sus labios la menor protesta ante la multiplicidad de objetos de amor del que es su esposo.

Bien es verdad que este amor, tal como nosotros lo entendemos en los países civilizados, no existe en los pueblos islamitas, no puede existir, y de ahí la pasiva resignación de las mujeres por todo y ante todo. Cuando apenas cuentan las hembras tres lustros, entre los hombres se concierta su matrimonio, sin darlas de ello noticia; el futuro esposo, en países pobres como el Rif, va pagando el precio estipulado (que nunca excede de un centenar de duros, y las más de las veces no llega ni á la mitad), y una vez terminada de saldar la cuenta, cuando menos se lo espera, cambia de domicilio la hembra y pasa al de su nuevo señor, á quien ve á veces por primera vez en la noche de su boda.

Una abulia forzada reina entre la mujer rifeña; sólo careciendo de voluntad propia puede un ser humano resignarse á tan triste papel en la vida. Mujeres sin amor, sin ilusiones, su vida es bien triste: si no alcanzan el lauro de la maternidad, son revendidas de hombre á hombre, y si, por fin, la larga abstinencia y contención de todos los amores cuaja y anida en el de un hijo de sus entrañas nacido, su dicha no dura mucho tampoco, pues si es varón, desde los diez ó doce años lo ve, armado caballero, partir á la guerra; y si hembra es, ha de consentir su venta para mujer de hombres cuando aún debía ser niña de juegos infantiles.

De un antiguo explorador he oído decir que en casos de peste el hombre es cuidado hasta el último momento, y la mujer, apenas atacada, es condenada á muerte; y en casos de hambre, la mujer que no procura el alimento por cualquier medio á toda la familia, sufre horrendos castigos.

Cesen, pues, las fantasías. Esas mujeres que aparecen en los combates de hoy no están allí enardecidas de odio santo y amor á los suyos; quizás medrosas y apocadas, el retumbar del cañón las dé desmayos y miedos horribles; pero están allí, obligadas á buen seguro, desempeñando un nuevo papel de siervas, ofreciendo un blanco con su cuerpo á las balas, sin la satisfacción de herir al que mata.

Si fuese bien conocida la vida de la mujer mora, ésta sería una de las grandes banderas que el mundo civilizado podría levantar para escudar su acción en África: que esa esclavitud inicua de seres humanos aptos para la vida y, por ende, dignos de felicidad acaba siempre con la civilización, que si es cruel al aplicar sus cáusticos, cura las úlceras radicalmente y sanea la condición del triste, del paria, del mísero de condición y espíritu, no por carencia de energías, sino por la injusticia brutal del más fuerte.

Ruiz Albéniz.

Los casamientos

La obscuridad y misterio en que todavía se hallan envueltas las regiones del interior de Marruecos hacen que sea mayor el atractivo por conocer los usos y costumbres de sus habitantes, máxime hallándose á las puertas de Europa, que tanto interés tiene en abrirse paso á través de sus grandes territorios, é introducir en ellos la gran corriente civilizadora y comercial del siglo XX.

En aquellos campos vírgenes no hay para qué decir que campean también usos y costumbres primitivos y extravagantes que casi llevan el sello de los aborígenes: tal sucede con los singulares ritos nupciales.

Durante el tiempo de lo que por aquí llamamos relaciones amorosas, el novio pone cuidado especialísimo en no ver á los padres de su novia; y si alguna vez llegan á encontrarse, se tapan el rostro, y particularmente los ojos, inmediatamente. En algunas tribus, cuando el novio es de un poblado distinto, se ve precisado á hacer la ceremonia antes descrita con todos los que son del poblado de la novia, salvo algún que otro amigo; y si se ve obligado á pasar por las cercanías de la aldea, tiene que hacerlo con la cara tapada. El ver á las novias no se les permite durante el día, en cuyo tiempo tienen que estar escondidos en casa de algún amigo, y solamente á media noche, cuando todo el mundo reposa, se les permite la entrada en casa de su amada, estando con ella hasta el amanecer.

Toda la noche anterior al casamiento la pasan las novias en la *toilette* de boda, envolviéndose los dedos de manos y pies con hojas de alheña, para que

adquieran un bello color de rosa. Se tiñen los dientes con una mezcla de azul, amarillo y púrpura, y se pintan los párpados y el cabello con sulfuro de antimonio é índigo, adornándose después con profusión de botones, collares y joyas.

En algunas tribus el día del casamiento la muchacha es conducida en un camello á la casa del novio; ella, al llegar, se muestra sorprendida y enojosa y sin querer bajarse; entonces las mujeres chillan, los hombres vociferan, y la obligan, por fin, á entrar en casa del novio. En otros sitios los padres retienen á la joven en casa, y no la entregan sino mediante algunos buenos regalos y donativos que hace el pretendiente, quien después se la lleva á ancas de un caballo que tiene prevenido á la puerta.

En otras tribus el novio se dirige con dos ó tres amigos á la casa de su futura, á fin de sacarla por la fuerza, y después de una escaramuza ó batalla campal en la que todos toman parte á pedrada limpia, la novia se va al fin con el pretendiente. En algunas aldeas se prepara el festín de boda, y durante él los novios tienen que sacar á viva fuerza y estrategia á su futura esposa de entre los convidados. Otras veces la ceremonia del casamiento consiste en sacar el pretendiente la daga y cortar el justillo de la novia.

Esto por lo que hace al casamiento de los plebeyos, pues entre los matrimonios regios antiguos de los moros, merece citarse el del califa Almamún, de Damasco, con la hija del gran visir Hassán, según lo refieren las leyendas orientales. Los festejos duraron diez y nueve días. El día del casamiento la madre de la novia roció sobre la cabeza de su yerno mil perlas de gran valor y sobre una alfombra riquísima tejida con hilos de oro. Millares de bolas de ámbar y almizcle fueron arrojadas al pueblo, y en su interior, en vales de seda de colores, se hacían donativos, á manera de lotería, de hermosas y jóvenes esclavas, pedazos de tierras de labor, parejas de caballos y otras cosas de gran valor, indicándose dónde se habían de recoger. También se arrojaron á la multitud profusión de monedas de oro y plata y huevos de ámbar. El dormitorio de los desposados estaba iluminado con un cirio de ámbar que pesaba ocho libras, puesto en un soberbio candelabro de oro purísimo. Y, finalmente, fueron tales las sumas de dinero invertidas en los festejos, que, según las crónicas, se elevaron á cantidades fabulosas.

Cristóbal Jurado.

Religión

En la tierra rifeña la religión es la depositaria de la cultura. Si preguntáis á un natural por la ocupación á que sus hijos se dedican, os dirá:

Maimón trabaja en la tierra; Kandor compra y vende: los dos son brutos como yo; pero Hab-dú es otra cosa: está aprendiendo en el *seminario*.

Luego añadirá que el *seminario* es el centro religioso donde los marroquíes que lo desean, muy pocos, por cierto, siguen sus estudios coránicos, bajo la dirección del *fraile,* mitad sacerdote, mitad médico, y siempre hombre de gran prestigio, á quien está confiada la suerte de jurisdicción independiente de la del cadí y de la de la Junta de ancianos ó *yemáa.*

La tribu se encarga de sostener al *fraile, kreik* ó *taleb,* pagando un diezmo, con el que se atiende al entretenimiento del culto islámico.

En cambio de esa contribución, que es voluntaria, las familias pueden mandar sus hijos á la *zauia.*

Esta se alza constantemente en lugar señalado ó santificado por la vida ejemplar de un varón virtuoso, bajo cuya advocación funciona.

En esas *zauias* es donde se predica la intransigencia y se mantiene el fuego del fanatismo, del cual ahora nuestros vecinos están dando buena muestra.

Como en los tiempos de la dominación germánica en España, en el Rif existe el derecho de asilo, que es inviolable en la *zauia.* Allí acude el criminal perseguido por los parientes de la víctima, y allí se refugia la mujer liviana, cuyas faltas le cierran para siempre las puertas de su casa, donde impera un régimen severo en materia de moralidad.

En el Rif no son tan numerosas las *zauias* como en otras regiones del Imperio, porque estos indígenas, aunque creyentes, son refractarios á la enseñanza, y ésta no se adquiere sino en el *seminario,* y no hay seminario donde no hay estudiantes.

Mezzián adquirió en algunos de esos centros la saña que nos profesa, y utiliza en estos momentos el prestigio que entre los ignorantes montañeses tiene siempre el hombre de alguna cultura.

La guerra santa en Marruecos

Del Tratado de Derecho público musulmán publicado por el conde de Ostrorog extractamos los siguientes preceptos de los consignados en el capítulo IV, que se refieren á la guerra santa.

La proclamación de esta guerra entre los infieles está sometida á reglas de Derecho que autorizan al enviado que la predica, y que cuando está investido de pleno poder se distribuyen en seis grupos.

El primero es el que trata de la dirección de la marcha del Ejército. Con relación á las tropas, el jefe está obligado á cumplir siete obligaciones.

La primera de ellas es regular la marcha, llevándola á paso moderado, de tal modo, que el soldado más débil pueda realizarla y el más fuerte conserve

la plenitud de sus facultades, y no forzarla hasta hacer perecer á los débiles y agotar el vigor de los más fuertes. El Profeta ha dicho: «Esta religión es de lucha, si os es posible luchar. Cuando combatáis por ella, marchad tomando vuestras medidas. El que se apresura sin franquear grandes distancias, no deja un caballo en pie. Lo peor de las marchas es la marcha forzada.»

También ha dicho el Profeta: «El hombre mal montado conduce las tropas.» Y quiso decir con esto que es necesario regular la marcha por la del jinete cuya cabalgadura es débil.

El segundo de los deberes del jefe es inspeccionar los caballos sobre los que se ha de combatir y los que han de servir de bestias de carga.

No deben admitir como caballos de guerra ni los gordos, ni los grandes, ni los desmedrados ni pequeños, ni los agobiados por la edad, ni los delgados ó enflaquecidos.

Tales caballos no son resistentes, y su debilidad puede ser causa de inferioridad.

Debe también inspeccionar los caballos de carga y de tiro, y rechazar aquellos que no sean útiles, é impedir que se obligue á los demás á conducir más que aquello que puedan soportar sus fuerzas. El Señor ha dicho: «Preparad contra ellos cuantas fuerzas y caballos podáis para atacarlos.» Y el Profeta ha dicho: «Tened caballos en el ataque: sus lomos serán para vosotros una fuerza; su vientre, un tesoro.»

Cuando el jefe se ve en la precisión de despertar el ardor guerrero entre los hombres, le está permitido incitar al martirio á aquellos que se muestran inclinados á él, y de los cuales sabe que su heroísmo puede dar por fruto uno de dos resultados: ó inflamar el valor de los musulmanes, ó sembrar el temor entre los infieles, proporcionándoles el espectáculo de la audacia que inspira la confianza en el apoyo de Dios.

Mohamed-ben-Ishac refiere que en la batalla de Bedr el mensajero de Dios salió del tabernáculo y excitó á combatir á los hombres, sabiendo grabar en el corazón de todos ellos la pequeñez de los riesgos del combate. Y les decía:

—¡Por Aquel que tiene mi vida entre sus manos! ¡No habrá hombre que combata hoy, y que se haga matar con bravura de cara al enemigo, y no de espaldas, á quien Dios no haga entrar en el Paraíso!

Omar-ben-Hassán, de los ben-selama, tenía en la mano dátiles que iba comiendo.

—¡Admirable!—dijo—. ¡Nada hay entre mí y el Paraíso si no es el morir á manos de esas gentes!

Y arrojando los dátiles tomó su espada y corrió al combate, luchando hasta morir. ¡Séale Dios clemente!

Al mahometano le está permitido matar á los infieles hábiles para la lucha que estén en su poder, sean entonces combatientes ó no.

Pero no le está permitido matar á las mujeres y á los niños, ni en el transcurso de la batalla ni fuera de la lucha, en tanto no combatan, porque el enviado de Dios ha prohibido matarlos, así como á los criados y á los esclavos.

Si las mujeres y los niños toman parte en la refriega, se les puede combatir igualmente, y se les puede matar, en tanto hagan frente; pero no se les puede matar cuando hayan vuelto la espalda para huir.

Si en el transcurso de un combate el enemigo coloca delante las mujeres y los niños, para cubrirse con ellos, se debe evitar, al dar muerte á los enemigos, matar á las mujeres y á los niños. Pero si no se puede llegar á dar muerte al enemigo sino matando las mujeres y los niños, estará permitido hacerlo así.

Las obligaciones de los combatientes son cuatro:

La de sostenerse contra el enemigo y no emprender la huída delante de fuerzas dos veces superiores ó de menor superioridad. En los primeros tiempos del Islam el Señor impuso á todo creyente la obligación de sostener la lucha contra dos infieles. Más tarde, el Dios poderoso y magnífico aligeró el deber, entendiendo que el número de sus fuerzas y sus fieles había aumentado, y sólo obliga al creyente á sostener la lucha contra dos hombres.

Sus palabras eran éstas: «Dios ha hecho menor nuestro deber sabiendo que se encuentran entre vosotros hombres débiles. Si cien de los vuestros se defienden, vencerán á doscientos; si mil, á dos mil, con el poder de Dios. Y Dios está con los que luchan. Está prohibido á todo mahometano huir ante fuerzas dos veces superiores á la suya, á no ser en uno de estos casos: cuando huye con el propósito de volver al combate, como cuando lo hace por su reposo ó por astucia, ó cuando huye para unirse á otro núcleo de combatientes.»

Tal es el deber que imponen las palabras del Señor: «Y aquel que en ese día vuelva la espalda al enemigo para otra cosa que para volver al combate ó unirse á un cuerpo de guerreros, aquel volverá con la cólera de Dios.» Es indiferente que el núcleo al cual haya de unirse esté próximo ó lejano al lugar del combate.

El segundo deber es tener como finalidad en la lucha el triunfo de la religión y el aniquilamiento de los demás.

De este modo, las recompensas del Señor serán para el que combate, y le ayudará en la batalla. Pero no puede tener como finalidad de la lucha el botín, porque si así fuera, será un buscador de ganancias, y no tendrá la condición de un combatiente de la guerra santa.

Los guerreros están en el deber de profesar obediencia al que los manda, dejándole la exclusiva dirección de las operaciones y sometiéndose á lo que decida y disponga, de tal modo, que ninguna disparidad de criterios produzca el desacuerdo y rompa la unión de los guerreros.

Otro de los deberes es el de ejecutar diligentemente lo que ordene el jefe, y no hacer en modo alguno lo que prohiba. Si faltan á cualquiera de estas obligaciones, el jefe tiene derecho á castigar su desobediencia sin dureza y teniendo en cuenta las circunstancias en que fué cometida la falta.

El jefe debe, además, perseverar en el combate hasta tanto que resista el enemigo, aunque la resistencia se prolongue; pero de forma de no volver jamás la espalda en tanto tenga fuerzas para ello.

Esta persistencia en la lucha puede sólo cesar por cuatro causas: Primera, que el enemigo se convierta á la religión del Islam. La segunda, que Dios conceda la victoria á los creyentes, aunque los enemigos persistan en sus creencias. Entonces sus mujeres y sus hijos quedan reducidos á la esclavitud, y sus bienes son el botín del vencedor, y los hombres que no queden como prisioneros reciben la muerte.

El jefe tiene derecho á proceder contra los prisioneros, mandándoles matar cortándoles la cabeza, convertirlos en esclavos, libertarlos mediante un rescate ó concederles el perdón.

Al jefe le está permitido, cuando sitia una plaza enemiga, utilizar contra ella las catapultas y balistas, arrasar las viviendas del enemigo, realizar correrías por su territorio é incendiarlo.

Si halla ventaja en cortar sus datileros ú otros árboles para debilitar la resistencia del contrario hasta el punto de asegurar la victoria por las armas ó de obligarle á capitular, puede hacerlo.

Si no encuentra en ello ventaja, debe abstenerse de hacerlo.

Puede también destruir ó cortar los conductos que abastezcan de agua al enemigo, aunque se encuentre entre las mujeres y los niños, porque es éste uno de los medios más útiles para debilitarlo y asegurar una victoria por las armas ó una capitulación.

Cuando un enemigo, impulsado por la sed, pida agua, el jefe puede dársela ú ordenar que se le niegue é impedir que se le dé, y está en su facultad dejarle ir ú ordenar matarle.

De los enemigos nuestros se debe hacer desaparecer los cadáveres, sin que sea preciso sepultarlos. No está, sin embargo, permitido quemar, ni vivos ni muertos, á los enemigos.

En cuanto á los creyentes que perecen en el combate, son conducidos á la tumba con los trajes que llevaban al ser muertos, enterrándoles con estas vestiduras, sin lavarlos ni orar sobre sus cuerpos.

El Profeta dijo: «Enterradlos sin tocar sus heridas. Porque el día del Juicio último resucitarán: de las venas de su cuello correrá la sangre, y el color será el de sangre; pero su olor, el del almizcle.»

Terminada una campaña, no corresponde al jefe organizar la segunda, háyale ó no procurado botín la primera. Pero el jefe está obligado á combatir cuantas veces pueda, dando el reposo necesario á las tropas, y de tal modo, que ningún año transcurra sin guerra santa.

Cómo combaten los moros

La bravura, el desprecio á la muerte, la intuición natural para aprovecharse de los accidentes del terreno, son los rasgos característicos, sobre el campo de batalla, de las tribus rifeñas; en cambio, el desorden, la carencia absoluta de formaciones regulares y el libre albedrío como norma durante el fuego constituyen, por decirlo así, la segunda naturaleza de aquella gente fanática y audaz.

Por regla general, la hondonada, el risco, los matorrales les sirven de resguardo durante el fuego; buscan un emplazamiento ventajoso; descargan sus armas tras del escondite y sobre seguro; no se alejan mientras tengan municiones ó el adversario no les obligue con movimientos bruscos á iniciar la retirada. En sus acometidas suelen ser prudentes; en sus ataques, cuando el enemigo emprende un movimiento de retroceso, ellos avanzan temerariamente, corren, gritan, celebran de antemano el triunfo, más ó menos fundado, y entonces..., ¡infeliz del que caiga en sus manos!

Cuando descienden al llano, siempre que las circunstancias les obligan á batirse á pecho descubierto, su orden de formación viene á ser una extensa guerrilla en forma semicircular; formación que, ante su ignorancia de principios tácticos, les induce á suponer que de ese modo envolverán fácilmente las alas de la línea contraria. Los jefes de cabila, los de tribu y, en general, cuantos ejercen mando se colocan á retaguardia de dicha guerrilla, jinetes en ligeros caballos, y la recorren de continuo agitando banderas ó estandartes, y animando á su gente con el grito de guerra: «¡No hay más Dios que un Dios!»

La caballería, aunque sea numerosa, sólo puede considerarse como una mala infantería montada, y la razón es obvia: los jinetes llevan igual armamento que los infantes; pero de estos últimos ya hemos dicho que la seguridad de sus disparos está relacionada con la elección de los accidentes del terreno, accidentes de los cuales no puede aprovecharse el que cabalga por el monte ó la llanura. Sin embargo, aquellos caballos, de poca alzada, vivos, nerviosos, trepan de modo admirable hasta por las rocas, y de igual manera que el moro nunca suelta las babuchas marchando entre espinos y jarales, rara vez su corcel de batalla vacila y cae en los precipicios por donde emprende la carrera.

En el arranque septentrional de Sierra Bullones, á poca distancia del boquete de Anghera, hay unos cerros pelados, pero cuya cúspide viene á formar una meseta de piedra en declive rápido hacia el mismo boquete: allí subían y corrían los caballos de los marroquíes mientras nuestro ejército de África permaneció á la defensiva en las cercanías de Ceuta.

No hay posibilidad en Marruecos, lo mismo tratándose del ejército regu-

lar que de las cabilas, de imprimir una marcha uniforme, ordenada, sujeta á principios fijos, á cuantos se lanzan á la pelea.

Sin verdaderos elementos de guerra, sin instrucción, con el sentimiento de salvaje independencia latiendo en todos los corazones, únicamente el fanatismo religioso y el deseo del pillaje los lleva á la lid, y, atendiendo no más que á su valor personal, bien podría expresarse que son grandes manadas de leones dirigidas casi siempre por testarudos asnos.

La caballería moruna

El rifeño es un gran tirador; se habla de ellos como temibles guerreros en su primer avance, como hombres sobrios y, por tanto, de gran resistencia para una campaña; pero han olvidado su elemento más poderoso en la guerra: han olvidado al rifeño luchador á caballo.

En el orden de afectos, los moros aman sobre todas las cosas su fusil; después, el caballo; siguiendo luego los hijos, las hijas y la mujer.

Hombres de guerra, viviendo de la guerra y pensando durante los cortos períodos de paz en lo que harán cuando la guerra llegue, el fusil es toda su vida: cuidan su arma más que su propio cuerpo, y prefieren ver una úlcera en sus carnes á una picadura en el cañón de su fusil. El fusil es su herramienta, su miembro complementario. El caballo es su otro yo, su idolatría, emblema de todos los instintos de la raza: orgullo, majestad, poder y gallardía.

Un moro á pie es un ser incompleto: ellos mismos, en su andar á grandes zancadas, suelto, desgarbado, se consideran ridículos, vejados, inferiores; pero cuando sus piernas de bronce oprimen el ijar de un potro, ya es otro hombre, ya se siente grande, invencible, «hijo de Dios».

El caballo moruno, con sus contoneos elegantes, su finura de remos y cabeza pequeña, coquetona, nerviosa, cabeza bélica, llena de furores, de vida, es el único apropiado para el jinete rifeño. Hemos visto moros montados sobre caballos de nuestro ejército, sobre yeguas inglesas, y la gallardía habitual de tales jinetes había desaparecido por completo.

Es preciso la silla roja, con los altos borrenes; los estribos de plata labrada, ceñidos, cortos, dejando al jinete en libertad para ponerse en pie sobre ellos y alzarse cerca de medio metro sobre la silla; con sus bridas de ancho cuero, forrado de paño rojo, verde ó blanco; es preciso las crines hirsutas, la cola que arrastre por el suelo, los belfos sangrantes, encendidos, anhelantes de aire; es preciso ese trotecillo corto, baile de bayadera en el que el caballo no avanza, pero jamás está quieto, dando lugar á las elegantes *fantassias,* de que tan amigos son los moros jinetes.

Así es como se comprende la caballería moruna, y así es, en efecto. Caballo y jinete forman un todo indisoluble. La crin borlea al viento, y chasca el jaique sus flecos en el aire, azotado como extremo de gallardete.

El cuerpo del jinete se dobla sobre el cuello del caballo, abandonan las manos las riendas, y lánzase el animal en vertiginoso galope, en el que la panza llega á rozar el mismo suelo. Súbito yérguese el rifeño sobre los estribos, lanza su estridente grito de guerra, pasa, como malabarista habilísimo, su fusil alrededor de todo su cuerpo, arrójalo al aire, lo recoge y dispara, haciendo blancos increíbles; todo sin detener su vertiginoso galope.

Para atacar en regla de combate, forma la caballería una herradura; á un grito del jefe contestan todos, y arrancan de la parada al galope, y furiosos arremeten, procurando los que cabalgan en los costados (los mejores caballos) conservar la delantera, pues su táctica estriba en envolver al enemigo y llegar á transformar la herradura en círculo, cerrando dentro á los combatientes adversarios.

Ruiz Albéniz.

—o—

La jarka

Nada más original, más estrambótico, que la forma con que los rifeños constituyen sus ejércitos.

En el Rif el servicio de las armas no es obligatorio; es algo más: es voluntario, de propia conveniencia, y todos acuden á las armas, pobres y ricos, á la menor ocasión, porque entre ese pueblo, esencialmente guerrero, el que da pruebas de valentía manda siempre como señor, y el que no demuestra un ánimo fuerte para la lucha pasa á la categoría de esclavo, y sus compatriotas le desprecian, considerándole como *mujera* y haciéndole objeto de toda vejación.

Dicen las crónicas que los rifeños son bravos, y no mienten en este aserto; pero les falta decir que son «el valiente por fuerza», porque, de no echárselas de matones, pasan á la categoría de víctimas. Pueblo es éste en que toda justicia y toda moral social parten del poder que da la fuerza, y la ley de la fuerza bruta es la que siempre se impone. En tiempos de paz luchan unas cabilas contra otras, pueblos contra pueblos, y aun dentro de éstos las familias, sólo porque uno de los dos bandos hizo algún alarde de poder, de fuerza, que, con sólo ser alarde, ya es un peligro para todos los demás. De aquí que los rifeños consideren como una de las mayores riquezas las familias en que hay muchos varones, pues con los brazos de ellos viene el bienestar, no por el trabajo, sino por la fuerza del mismo, que *razzia* y tala á las familias poco numerosas y débiles.

Los caídes y califas (alcaldes y subalcaldes) son siempre nombrados entre

los cabezas de familias numerosas, y todos sus parientes y deudos gozan de unos privilegios á cuyo lado resultarían pálidos aquellos de que nos habla la Historia en los tiempos del feudalismo.

Cuando algún peligro amenaza á una región, un jefe de cabila poderoso convoca á los de otras regiones que le deben favores ó ayuda, y les pide su colaboración en hombres y armas para guerrear. Éstos, á su vez, piden ayuda á sus amigos, y así sucesivamente. Estas ayudas no se prestan sólo por amistad ó gratitud: el primer jefe convocante hace un pacto con los que llama á colaboración, dándoles un tanto por ciento en el futuro reparto del botín; porque no hay que olvidar el papel importantísimo que juega la codicia en cuanto con la vida rifeña se relaciona.

El rifeño, que no se preocupa sino rara vez de los trabajos del campo, y antes que empuñar una azada prefiere fantasear sobre su caballo y jugar á la guerra, acude siempre lleno de alborozo al llamamiento de los jefes. Mientras está en la guerra no se preocupa de nada: roba cuanto puede á sus compatriotas, y vive á costa de los pueblos donde la jarka se instala. Sale de su hogar provisto sólo de un fusil, cartuchos y caballo, si lo tiene; para el camino lleva una torta de cebada y varias cebollas. Llegado al campamento, su único cuidado es buscar provisiones de boca; no le preocupa el plan de campaña: sólo cuando ve á sus compañeros dirigirse al combate lo hace él, retirándose cuando ve huir alguno, y avanzando por propia voluntad.

El primer avance del guerrero rifeño es el más temible: entra siempre en batalla brioso; *poseur* estupendo, cuídase sólo de aparecer gallardo y bravo entre los suyos, y en avanzar con más coraje que nadie contra el enemigo; si éste retrocede á su primer ímpetu, á su orgullo de luchador añádese la esperanza del saqueo, y redobla sus esfuerzos; si el enemigo resiste, se enfurece durante largo rato; pero apenas un combatiente vuelve la espalda, imitan todos su conducta, y atropelladamente se retiran, arreglando sólo su aturdida fuga cuando llegan á la vista de los suyos, entrando en el campamento vencidos en realidad, pero caracoleando en los caballos con gritos de alegría y contando estupendas acciones hijas de su valor.

Los jefes de cabila reúnense en la tienda del más prestigioso de todos ellos, y discuten largamente, entre taza y taza de té, el plan de ataque.

Estas discusiones son originalísimas: como el principio de autoridad es nulo, cada cual emite su opinión cuando en gana le viene; hablan todos á la par, y, las más de las veces, después de cuatro ó cinco horas de *chau-chau* (así llaman los rifeños á sus discusiones acaloradas), cada cual queda con su criterio y libre de poner en práctica su plan.

La misión de los jefes, más que dirigir los combates y campañas, es la de reclutar gentes, por lo cual muchas veces ocurre que se da una batalla sin jefe alguno, porque éstos fueron á otras cabilas á reclutar guerreros.

Cada rifeño agrúpase al jefe de su familia y obedece, en principio, las indicaciones de éste, peleando reunidos los miembros de una familia, por lo general.

Pasados seis ó siete días en la jarka, el rifeño, bien porque agotó sus municiones, bien porque el hambre le echa, abandona el campamento sin previo aviso de nadie, llevándose, por lo general, á toda su familia, y vuelve á su pueblo, donde de nuevo cuenta épicas acciones y victorias asombrosas obtenidas sobre los *arrumis* (cristianos); esto anima siempre á los hombres de la tribu, que, por no ser menos y no quedar postergados, parten á su vez á engrosar la jarka. Lo que casi nunca ocurre es que el que fué una vez vuelva de nuevo, por una sencilla razón:

Ya dijimos antes que el rifeño va á la guerra por orgullo, en principio, para no ser calificado de cobarde, estigma de eterna esclavitud. Ya en el campo de batalla, piensa en el saqueo y la ganancia del botín; pero cuando tras algunos combates se convence de que el enemigo es más fuerte, y que lo del botín sólo es un sueño, piensa en volver á su hogar, ya con fama de valiente, primer fin que se propuso al ir á la guerra, y desengañado de que de ella no sacará nada práctico.

Si alguna vez la jarka presenta un combate serio y sufre una derrota, al retirarse á sus montes da principio una segunda batalla, hija de las recriminaciones. Unos á otros se echan la culpa del desastre, y para depurar responsabilidades no encuentran mejor solución que demostrar su valentía matándose entre sí, familia contra familia.

Los rifeños naturales de la región en donde habita la jarka, cuando ven sus huertas asoladas, sus silos saqueados, la ruina general de sus haciendas, actúan de cizaña, para conseguir por este medio, y sin ser calificados de traidores, que la jarka se disuelva y deje libres sus campos. Indisponen á unas tribus contra otras; crean rivalidades diciendo que el jefe Fulano ha dicho que su gente es más brava que la de Zutano. El recurso suele dar grandes resultados.

Como cada combatiente tiene que proveerse por sí de municiones de guerra y boca, no tardan en desanimarse visto que los gastos son grandes y el botín compensador no llega.

Ruiz Albéniz.

Derecho musulmán: El Charáa

Las fuentes del Derecho hasta la muerte del Profeta son:

1.ª Costumbre protoislámica no suprimida ni modificada por las palabras del texto sagrado, y que, por tanto, debía seguir en vigor.

2.ª Texto coránico que definía todas las novedades jurídicas y alteraciones del Derecho consuetudinario.

3.ª Interpretación auténtica del texto por su mismo legislador, quien estaba siempre dispuesto á resolver las dudas nacidas en la aplicación práctica de los preceptos divinos, ora aclarando conceptos obscuros, ora sentenciando en las diferencias de los fieles.

Las resoluciones de Mahomed ó *hadit* ascienden á muchos millares.

No ya las palabras, sino hasta los gestos de Mahomed eran apreciados por sus compañeros como nuevos versículos del Corán, que aceptaban con reverencia, y que, reunidos, han llegado á la época presente bajo el nombre de Sunna ó tradición escrita.

Muerto el Profeta, sus auxiliares en el apostolado se encargaron de sostener la vigencia del Corán y de continuar la obra de su autor, afianzando el nuevo estado de cosas y educando á muchos discípulos como necesaria garantía del porvenir.

Y de aquí nacieron nuevas fuentes jurídicas, porque las resoluciones de los compañeros de Mahomed y de sus discípulos, cuando eran dictadas por unanimidad, se convertían en reglas á observar.

A esa interpretación, que podríamos llamar cuasi auténtica por su proximidad al legislador y estar hecha por hombres que habían escuchado sus palabras, sucedió la propiamente didascálica, dando origen á la formación de cuatro grandes escuelas de Derecho, guardadoras de otras tendencias islámicas, sostenidas por los célebres imanes Ab-Hanefa, Malek-Ibn-Edris, Chafe y Hambal.

Malek y Hanefa representan la intransigencia dogmática y el positivismo complaciente. Ambos jurisconsultos afirman las verdades fundamentales; pero esa ortodoxia común se manifiesta de modos distintos cuando se trata de puntos menos esenciales y que miran más de cerca á la realidad de la vida.

Tan pensador como creyente, Hanefa daba más valor al espíritu que el Profeta quiso poner en la letra mágica de sus azoras que al sentido material de las mismas, y, hombre enamorado de la lógica, la manejaba con tal fortuna, que, consecuencia tras consecuencia, llevaba el convencimiento á cuantos le escuchaban, resolviendo siempre las cuestiones con arreglo á su criterio tolerante.

Sus obras más importantes son el *Musnad* y el *Maallem*, tratado de teodicea musulmana, en el que asegura que la fe salva á pesar del pecado.

Al empezar la segunda centuria de la Hégira la doctrina hanefita triunfaba, como triunfa siempre lo que es cómodo y útil, no obstante las murmuraciones de los muslimes puritanos; pero no tardó mucho en presentarse la reacción dogmática en boca de Malek, hombre que, más creyente que pensador, lo subordinaba todo al texto del Corán.

En esa lucha técnico-jurídica venció la escuela malekita en el Africa del Norte, manteniéndose la de Hanefa en la India cisgangética, Tartaria, Egipto é Imperio otomano, donde sirvió de base á la redacción de un cuerpo de leyes.

Malek, el discípulo de los «novecientos cheiks», entre los cuales figuraba Hanefa, es autor del *Muhatta* y puede ser considerado como un profeta que

proporciona la revelación derivada, pues afirma que Mohamed se le aparecía del mismo modo que á éste el espíritu de la santidad, ó sea, el arcángel Gabriel.

La ortodoxia malekita llegó, aunque parezca increíble, hasta censurar ciertos preceptos coránicos, cuya tolerancia consideró excesiva, intentando dar un paso atrás en el camino seguido por el Profeta.

Pero aun cuando la generosa interpretación de los juristas hanefitas nos parezca más simpática, más en armonía con el alma de Mahomed, y, sobre todo, más al servicio de la civilización, debemos estudiar principalmente la escuela malekita, que es la que impera en el Mogreb é informa todo el Derecho marroquí.

En cuanto á las doctrinas chafeíta y hambalita, ningún interés ofrecen para nuestro intento, y no tendremos necesidad de acudir á ellas en ningún caso al exponer el *jus* islámico.

Quedan, pues, enumerados los elementos que componen el Charáa ó Derecho musulmán, en el cual encontrarán los lectores rasgos que denotan paternidad romana.

—o—

La pena del Talión

He aquí los preceptos coránicos sobre esta pena que los marroquíes aplican á los delincuentes:

Capítulo II.—Versículo 173. ¡Oh creyentes! Os está prescrita la pena del Talión por el asesinato: un hombre libre por un hombre libre, un esclavo por un esclavo, una mujer por una mujer. Aquel á quien le sea aplazada esta pena (del Talión) por su hermano (otro hombre) debe ser tratado con humanidad, y se debe, á su vez, obrar generosamente *respecto de aquel que le haya hecho el aplazamiento.*

174. Es una suavización de parte de vuestro Señor y un favor de su misericordia; pero todo el que se haga culpable una vez más de un crimen semejante será entregado á un doloroso castigo.

175. En la ley del Talión está vuestra vida. ¡Oh hombres dotados de inteligencia! Tal vez acabaréis por temer á Dios.

Capítulo V.—Versículo 49. En este Código (el Pentateuco) hemos prescrito á los judíos: alma por alma, ojo por ojo, nariz por nariz, oreja por oreja, diente por diente. Las heridas serán castigadas por la ley del Talión. El que al recibir el precio de la pena lo convierta en limosna, hará bien: esto le servirá de expiación de sus pecados. Los que no juzguen según los libros que hemos hecho descender de lo alto, son infieles.

Capítulo 22.—Versículo 59. Y los ha despedazado, efectuado el mayor, á fin de que la tomasen con él *por lo que había ocurrido.*

El Ramadán

El versículo 181, capítulo II, del Corán dice:

«La luna del Ramadán, durante la cual descendió el Corán de lo alto para servir de dirección á los hombres, de explicación clara de los *preceptos* y de distinción *entre el bien y el mal,* es el tiempo en que hay que ayunar. Todo el que vea esta luna debe disponerse en el acto á ayunar. El que esté enfermo, de viaje, ayunará después un número igual de días. Dios quiere vuestro bienestar y no quiere vuestra molestia. Quiere únicamente que cumpláis el número exigido y que le glorifiquéis, porque os dirige por la senda derecha; quiere que seáis agradecidos.»

—o—

Los médicos rifeños

Hipócrates, Galeno y demás maestros célebres en la ciencia de curar se quedan en pañales ante los médicos y herbolarios del Rif. Los medios de curación que emplean actualmente son, con certeza, los mismos de que se valieron los pueblos de Oriente hace dos ó tres mil años. Allí resulta evidente una verdad grandísima que hoy afirma la ciencia moderna, esto es, que la sabia Naturaleza es el factor principalísimo en el restablecimiento de la salud perdida.

Los médicos, santones ó hechiceros, que todo es allí una misma cosa, como sucedía en la antigüedad, van siempre acompañados de una tabla, que sustituye á las libretas de recetas que usan aquí nuestros facultativos. En aquella tabla, ¡oh maravilla!, se encierra toda una farmacia. No puede darse más íntima relación y pasmosa prontitud entre las prescripciones médicas y la aplicación de la fórmula. Todos los tarros de nuestras boticas sobran en el Rif. He aquí el patrón general de las recetas: una vez llegado el curandero á la cabecera del enfermo, escribe unas cuantas oraciones en la milagrosa tabla, lava después lo escrito con agua clara, y la hace beber al enfermo paciente. En algunas ocasiones, y cuando el estado de la persona es grave, hace que el enfermo no se contente sólo con beber el agua salutífera, sino que, para que no se escape ni el más pequeño residuo de la súplica, le obliga á lamer la tabla con avidez, como pudiera hacerlo un perro ó un gato con un plato, hasta dejarla completamente limpia.

Cabe suponer que la afortunada tablita se gastará con el tiempo de tanto lamerse, y que los microbios allí serán todos buenos amigos. Las oraciones

medicamentosas se toman generalmente del Corán. Se advierte por los médicos ó doctores rifeños que estas recetas no preservan de las heridas de fusil ó escopeta, porque como no estaban inventados en tiempos de Mahoma, éste no pudo prever ni comunicar á las plegarias del Corán la virtud de curarlas.

¡Esto tiene mucha gracia!

Otros santones ó doctores de más fama, como si dijéramos, especialistas, algo así como la última palabra, que ya van apartándose de los viejos moldes, en vez de tabla llevan su correspondiente manojo de papeles debajo del brazo, y una vez hecha la receta la dividen en pedazos menudos, que hacen tragar al resignado paciente. En algunas partes se entrega al enfermo una rama de cedro blanco mientras el médico receta las oraciones sanatorias, deshojando al propio tiempo sobre su cabeza una cebolla ó un dátil. Esta receta se usa principalmente en los maleficios.

La terapéutica de las heridas y otras operaciones quirúrgicas es de lo más primitivo y rudimentario. En casos de tal índole el médico se coloca en la boca una bola de algodón ó un pedazo de tela, y chupa la herida del paciente, haciéndole después sus correspondientes lavatorios y la aplicación de vendajes. Este procedimiento debe recordarnos el del griego Plutus cuando sanó de la vista lamiéndole dos serpientes sus párpados, llamadas por Esculapio. Las tribus de la región montañosa del Atlas usan la hierba dragón para las hemorragias y mordeduras.

En las operaciones quirúrgicas los médicos de las cabilas de las inmediaciones del Sahara ponen como antiséptico una mezcla de goma y orín de vaca ó novillo, que después secan con polvo, y enjugan, finalmente, con agua clara.

Los raros procedimientos de que hizo mención Aristóteles se tienen allí todavía para mantener el cuerpo derecho y curar las torceduras. En los dolores de muelas, además de las oraciones de rigor, se tiene el rito de clavar un clavo en una de las palmeras del bosque próximo, designada de antemano. Algunas tribus de Argelia, según refiere Alcolay, verificaron la trepanación en las contusiones é inflamaciones de la cabeza.

En las tribus occidentales limítrofes al gran desierto generalmente se llama también al médico cuando la mujer tiene el primer varón ó hembra, y entonces, y esto es lo más chistoso, como medida provisional y para que no se malogre el primer vástago, se obliga al marido á guardar cama durante la cuarentena, sometiéndosele á una dieta de arroz cocido, y prohibiéndole fumar y usar excitantes. Cuando las mujeres son estériles se les cuelgan zapatetas ó trapos usados que han pertenecido á las fecundas para que se les comunique la virtud prolífica. Mas cuando una mujer trae dos mellizos, toda la gente de la familia se echa á temblar y se pone de mala cara, pues entonces el médico tiene que purificar toda la casa y medicinarlos á todos por ser esta señal de mal agüero, y, además, el marido tiene que guardar cama dos meses lunares en vez de uno. Y aquí cabe lo de «tomar el rábano por las hojas», que diría una cigarrera sevillana.

También tiene mucha sombra el que en las convalecencias se tenga allí

muy presente la sentencia del galeno que afirmaba que el que quisiera engordar no tenía más que comer higos. ¡Nada de tónicos ni elixires, sino higos á pasto!

Generalmente, los honorarios de los facultativos son bastante buenos, sobre todo si cura el paciente, pues consisten en un carnero ó macho cabrío. Así, los médicos del Rif se parecerán á las figuras de los carteles de Matías López después de haber tomado el chocolate, que allí se traduce por buenas piernas de carne.

Según tales referencias, uno de nuestros sacamuelas ó truhanes haría allí prodigios, y con semejantes medios de curación hay que esperarlo todo de las sentencias: «Dios sobre todo», ó «Dios los coja en buena hora.»

Cristóbal Jurado.

—o—

Indumentaria moruna

De *El Telegrama del Rif:*

«Las prendas de uso ordinario para las moras son:

»*Kamiya ó kamicha.*—Camisa larga y ancha de algodón, abierta desde el cuello hasta la cintura, cuya abertura está primorosamente labrada y se abrocha con muchos botoncitos de seda.

»*Zugdun.*—Mangas muy anchas, unidas á la camisa, de gasa ú otra tela transparente, con flores ó sin ellas.

»*Sernal.*—Zaragüelles blancos ó de color, con flores. Los hay de paño fino de varios colores, y algunas los llevan bordados.

»*Bedaia.*—Especie de chaleco ó justillo de seda, encarnado ó amarillo, con bordados de oro y seda en la parte del pecho, y con botonadura semejante á la de la camisa. También se usan de paño.

»*Kaftan.*—De la misma largura y forma que la camisa, diferenciándose en que tienen la abertura de arriba abajo. En invierno se usan *kaftanes* de paño de diversos colores, y los hay de brocado y de tisú para bodas, fiestas, etcétera.

»*Defin.*—Es un traje de la misma forma que el *kaftan,* pero blanco, fino, transparente, de manera que se pueda distinguir bien el *kaftan* que va debajo.

»*H'ezan.*—Faja de seda tejida con oro, doblada, de un jemo de ancho, cuyos extremos, borlas ó cordones, *garasen,* cuelgan como media vara por ambos lados.

»*Mexamer.*—Cordones de seda y oro que sirven para recoger las mangas. Pasan por los hombros y se sujetan en la espalda por medio de un botón ó nudo corredizo; á sus extremos se unen hacia la cintura ó más abajo por medio de otro botón muy grande de la misma materia.

»*Xerbil.*—Chinelas ó babuchas sin talón, para dentro de casa. Las hay de terciopelo bordado de oro, y de cuero encarnado, verde ó amarillo, con bordados de seda.

»*Knákeb.*—Chanclos de madera para el baño ú otros parajes en que haya agua.

»*Sebnia baida.*—Pañuelo blanco muy fino que cubre la parte superior de la cabeza.

»*Benika.*—Especie de almohadilla que se llena de lana de manera que forme en medio como el pico de una capucha, y se pone sobre el expresado pañuelo.

»*Xerbia.*—Especie de faja larga y ancha de seda negra con orla plateada, cuyos dos extremos están tejidos de oro dos palmos ó más de largo. Pónese sobre la *benika,* y su orla de plata viene á caer en medio de la frente.

»*Sebnia el herir.*—Pañuelo de seda que sirve para sujetar lo expresado, y se ata debajo de la barba.

»*Sebnia ed dchab.*—Pañuelo listado, formado por una lista de oro y otra de plata. Pónese sobre todo lo dicho, y una de sus listas de oro viene á caer en la frente sobre la orla de plata de la *xerbia.* Sobre estas dos listas de oro y plata forman otra negra con la misma faja ó *xerbia,* y hecha esta operación, sueltan á la espalda los dos extremos tejidos de oro.

»Todo este aparato es de las mujeres casadas. Las solteras son más sencillas, pues no llevan de ordinario más que un pañuelo de seda, el cabello tendido ó suelto sobre el pecho, y otras veces trenzado á la espalda en dos divisiones, mezclando con las trenzas unos cordones de seda de varios colores.

»Cuando salen á la calle se ponen el *letzam,* pañuelo blanco con que se tapan la cara, menos los ojos; el *haig,* especie de manta ó sábana grande de algodón con extremos de seda, con que cubren la cabeza y todo el cuerpo, menos la cara y los pies; *tuazen,* medias blancas, anchas y truncadas que se ponen sobre los zaragüelles, y llegan por arriba hasta las rodillas, donde se atan: por abajo hasta el tobillo; *sebbat,* zapatos encarnados con talón.»

—o—

La agricultura rifeña

Cuando las lluvias otoñales han esponjado la tierra, los bereberes empiezan sus labores, que no terminan hasta bien entrado febrerillo.

El indígena se ríe de los modernos arados de vertedera, y usa el primitivo, al que engancha con cuerdas uno ó dos caballos, mulos ó bueyes.

Si el labrador tiene sólo un borrico y un camello, los pone en yunta aunque la estética proteste. El asno es enganchado por el cuello, y el camello, por bajo el vientre.

Alguna vez el labrador no tiene inconveniente en tirar él mismo, en compañía de cualquier bestia.

Generalmente, el berebere da una sola labor á la tierra.

Lanzada la simiente, el indígena no se cuida de librar el campo de hierbas dañinas.

Al contrario, cree que eso libra á la planta de grandes daños por parte de los agentes atmosféricos.

El sistema que los labradores emplean para el desgrane deja la paja incapaz de servir para otra cosa que para el alimento del ganado.

En efecto; el trillo es desconocido en el vecino campo.

Basta hacer trotar sobre la mies á las bestias, y en esa operación transcurren días enteros.

Obtenido el grano, se deposita en silos, que son excavaciones practicadas en forma de alcuza cerca de las viviendas. El orificio de entrada se va ensanchando poco á poco hacia el fondo.

Un silo regular puede contener hasta cuarenta quintales de grano, que puesto en esas condiciones es capaz de resistir muy bien diez años.

Muchas veces es peligroso bajar al fondo de esos depósitos, porque la fermentación del grano produce un gas irrespirable.

La paja se coloca formando almiares, y ya pueden los bereberes esperar á que las lluvias de otoño pongan otra vez á la tierra en condiciones de fecundidad.

El descanso de los terrenos no les preocupa, por la sencilla razón de que, según ellos, no se cansan, gracias á que les dan muy superficiales labores.

—o—

El camello

Es el barco de la tierra, según feliz expresión de los árabes: *gareb el berr.*

Trátase de un animal sin el cual la vida de relación parecería imposible entre los pueblos que habitan en las soledades del Sahara.

Sobrio como ninguna otra bestia, sólo se alimenta de las plantas que encuentra en el campo. No conoce la sed, y es capaz de estar varios días sin probar el agua, soportando sin molestia los más grandes calores.

Sus extremidades son muy á propósito para caminar sobre arena, y sus fuerzas le permiten llevar carga mucho más pesada que el mulo. Esto no obstante, el camello requiere sus cuidados, y no vive sino en país que reúne determinadas condiciones.

Necesita un clima cálido y seco; el frío, la nieve y la mucha humedad le perjudican y le matan pronto.

Busca su alimento en determinada forma, y en vano se le querrá sacar de

su aire de marcha habitual. Si trabaja con exceso ó está deficientemente alimentado, desmerece y muere.

Se asusta bastante, y lanza no pocas veces su carga. Cuando es presa de espanto se lanza en medio de la piara y se lo comunica á los compañeros.

Los camellos están castrados cuando se destinan al trabajo.

En general, son mansos; pero en la época del celo se ponen á menudo furiosos, y llegan á ser terribles animales.

Se ha observado que los camellos del Sahara septentrional valen menos en el meridional, y viceversa. Dícese que esto obedece á que no saben distinguir las plantas de que han de alimentarse.

Los inteligentes se hacen cargo de las condiciones del camello examinando su joroba. Si está llena y prominente, el animal es bueno.

Un camello consume de 30 á 40 kilogramos de forraje cada día, y para tomarlo necesita que se le deje pastar cuatro horas cada veinticuatro. No gusta de las plantas mojadas por la lluvia, y en primavera es preciso evitar que vayan al pasto por la mañana.

Cuando ha de hacer una marcha forzada conviene darle algún pienso de cebada de plus. El camello soporta peor la falta de alimento que la falta de agua. En verano bebe cada dos ó tres días, y en invierno lleva hasta diez días sin probar el agua.

Cuando forman los camellos en caravana, debe hacérseles beber cada vez que haya ocasión. Cuando han hecho una gran marcha sin agua, deben abrevar dos días seguidos.

Cada camello debe tener para su uso una albarda especial, que se llama *kteb,* provista de un acolchado para evitar que la joroba sufra con el contacto.

La carga máxima que puede conducir es de 150 á 160 kilogramos, y cuando se trata de marchas largas no debe pasar de 120 á 130.

Cada camello lleva solamente dos fardos, contenidos en un doble saco llamado *rerara,* tejido de lana y pelo de camello.

Las cajas y barriles no son carga á propósito para camello.

El *mehari* es el camello educado. Soporta mejor el hambre y la sed, y en las marchas está sin beber cinco días.

Su marcha ordinaria es de 10 kilómetros por hora, sin que le cause fatiga. Cuando está bien entrenado es capaz de recorrer á esa velocidad de 80 á 100 kilómetros por día.

Lleva una silla de asiento cóncavo, y el jinete se coloca en ella con las piernas cruzadas.

Proverbios árabes

El silencio es de oro, y la palabra, de plata.

—El que domina la verdad consigue más que el que domina la astucia.

—A orador loco, auditorio cuerdo.

—La paciencia es la clave del éxito.

—Soldado sin armas, ave sin alas.

—Infórmate del vecino antes de ver la casa, y del compañero antes del camino.

—Se ama al rico aunque sea un tunante.

—El pobre es un extranjero en su país.

—El que tiene trigo encuentra quien le dé harina.

—El ausente es extranjero.

—Enemigo discreto, mejor que amigo ignorante.

—El que cuenta con su vecino se acuesta sin cenar.

—Ojo que no ve, corazón no sufre.

—Al inteligente con la mirada, y al ignorante con el castigo.

—Escribe despacio en carta urgente.

o

Hidrología rifeña

En la región rifeña existen tres ríos importantes: el Muluya, de curso de 420 kilómetros; el Nekor y el Kert. Para hacer más gráficas estas líneas cabe la comparación siguiente, con objeto de que se tenga una idea de la importancia de estos ríos: Muluya, Tajo; Nekor, Segura; Kert, Jarama. Resulta, pues, un río de primera categoría y dos de tercera. Á más de estos ríos existen otros, que pudiéramos llamar de quinta ó sexta categoría, que son:

Río de Oro, especie de Manzanares, que baña la cabila de Benisicar.

Río Uixán, ó del Caballo, de unos 25 kilómetros de curso, bañando las cabilas de Beni-Sidel, Beni-bu-Ifrur y Mazuza, y desembocando en el lago Bu-Arg, ó Mar Chica.

Río Zeluán, de unos 60 kilómetros, que vierte sus aguas en Mar Chica después de atravesar casi toda la provincia de Ulad-Settut, cabilas de Mazuza y llanuras de Bu-Arg.

Estos ríos tienen aguas constantes. Aparte de ellos, existen en Quebdana más de cien torrentales que sólo llevan agua en invierno y con las grandes lluvias; en Beni-Said, algunos menos; y en Guelaya no llegan á cincuenta.

Tal es la riqueza fluvial de las tres regiones citadas; y si en verdad no es mucha, tampoco llega á la carencia total de que algunos hablan.

Existe, pues, agua; el problema tiene base; la dificultad está en aprovechar estos ríos y riachuelos para la agricultura. Por ejemplo: el río Zeluán corre en su totalidad al atravesar el Rif por inmensas llanuras, y cabe, por tanto, construir canales, pantanos, y fertilizar, en fin, grandes territorios: casi una sexta parte del Rif. El Muluya, en cambio, sólo es aprovechable en sus márgenes, pues va ladeando las sierras de Quebdana y Pequeño Atlas en toda su extensión. Suceptibles de alimentar canales son también el Uixán y el Kert, y sólo el río de Oro, por su corto curso, tiene poca importancia hidráulica. Quedaría siempre una gran extensión de terreno en el Rif (una tercera parte, lo menos) que no podría recibir riegos fecundantes; pero es de advertir que ese terreno, casi en su totalidad, es montuoso y, en gran parte, de rico subsuelo.

—o—

Lo que debe Marruecos

La prensa francesa, tan interesada en esto de las deudas de Marruecos, da la siguiente lista de ellas:

	Francos.
Empréstito francés 1908	62.000.000
Idem alemán 1905	12.000.000
Idem francés 1906	2.000.000
Bancos acreedores	1.000.000
Á Haessner y Joachins Sohn	2.200.000
Á la Casa Braunschwig	3.000.000
Á la Compañía Marroquí	2.700.000
Idem íd. íd	5.000.000
Á la Casa Reus Chaussen	3.000.000
Al Banco de París	2.100.000
Créditos reconocidos por cartas	2.000.000
Idem sin reconocer	15.000.000
Préstamos del Banco de Estado	3.000.000
Idem de varios	5.000.000
Reclamaciones en suspenso	9.000.000
Indemnizaciones de Casablanca	8.000.000
Gastos de guerra en la Chauia y Argelia	60.000 000
Idem de íd. de España en Casablanca y alrededor de sus presidios	6.000.000
TOTAL	206.000.000

Como puede observarse, es bastante crecida la deuda del Imperio marroquí, y, desgraciadamente, aumentará, dadas las circunstancias por que

atraviesa. Por de pronto, ya se asegura que el Gobierno francés se halla dispuesto á conceder un nuevo empréstito de 10 millones de francos á Muley-Hafid; pero exige, entre otras garantías, la concesión de todas las minas descubiertas ó que se descubran en Marruecos, aun aquellas que se encontraran en explotación y los poseedores no presentasen títulos suficientemente autorizados para justificar su propiedad. Estas son las mismas condiciones impuestas por los banqueros alemanes, que ofrecen sólo seis millones de marcos.

El campo de Melilla

Melilla es el centro del sector que forma nuestro campo, y cuyo arco es de 155 grados. Los radios extremos están, pues, casi en prolongación y á lo largo de la costa oriental de la península de Tres Forcas hasta la famosa posada del Cabo Moreno.

El río de Oro corta al sector de este á oeste, entrando en el campo moro entre las cabilas de Frajana y Benisicar. Esta linda con nuestras posiciones por el norte y parte superior occidental, ocupando la península; siguen hacia el sur, y paralelamente al arco del sector, las cabilas de Frajana y Mezquita, ambas al oeste de nuestro campo, y Mazuza, al sur. Más al oeste de Frajana, y con salida á la costa occidental de la península, Beni-Ya-Gar á la izquierda del valle del río, y á la derecha Beni-Sidel, que llega hasta la laguna.

En una tercera línea, pero sólo detrás de las dos últimas, están las cabilas de El-Gada y Bedi-Tund; y todavía más lejos, la Guelaya y Quebdana: en ésta acaban las salinas, que siguen á continuación de la laguna y á lo largo de la costa oriental.

Las defensas del campo español las forman una línea de fuertes: Rostrogordo, al norte del sector, á 700 metros del mar y á 2.700 de Melilla; Cabrerizas Altas, un kilómetro al sur del anterior y á 2.250 metros de la ciudad; Sidi-Guariach, á 2.700 de Cabrerizas y á 3.000 de la plaza; otro distante 2.400 del anterior, y de Melilla 3.300, frente al vértice de la línea de límites, entre Mezquita y Mazuza.

Segunda línea, y siempre de norte á sur:

Horcas, entre Rostrogordo y la plaza, próximamente equidistante de ambos; Cabrerizas Bajas, á un kilómetro de las Altas y á 1.400 metros de Melilla; Camellos, entre Sidi-Guariach y la plaza, algo más cerca de ésta; San Lorenzo, á 600 metros al sur y cerca del mar, y á la izquierda del río.

Además, las torres Reina Regente, Alfonso XIII y Sidi-Baja; la primera entre las Cabrerizas, y las otras dos entre Sidi-Guariach y Camellos.

El radio medio del sector es de 2.850 metros; la anchura del campo, 2.100; y la longitud de norte á sur, 6.000: luego el área es de cerca de 13 kilómetros.

Sigue hacia el enemigo la zona neutral, de 500 metros de ancha; el arco del sector se sustituyó por una línea poligonal inscrita, irregular, de diez lados: tres de ellos forman el entrante, cóncavo hacia Melilla, donde está la mezquita de Sidi-Guariach, que originó los sucesos del 95.

Las posiciones ocupadas por las tropas como consecuencia de las marchas verificadas por terreno enemigo están todas al sur y sudoeste del antiguo campo español y al oeste de la laguna, que tiene 11 kilómetros de largo por más de 1.500 metros de latitud media.

Á la altura de su mitad está el Atalayón, de 100 metros de alto, y al oeste las posiciones del cuartel general, que está en la colina del Yebel-Sidi-Amet, estribación del Gurugú, gran macizo que lleva su falda hasta nuestro primitivo campo.

Delante, ó á vanguardia y á un lado, pues es cosa no aclarada por los corresponsales, hay otra posición; á la izquierda, y á 300 metros del cuartel general, y ocupando la ladera hasta el valle que separa las alturas citadas y el Atalayón, otra; y el monte también depende del jefe de esta tercera posición.

A la derecha, sin que se sepa el intervalo que le separa del cuartel general, hay nuevo núcleo de fuerzas.

La ya célebre segunda caseta, de la que se sabe que está á seis kilómetros del Hipodromo, y éste á dos de la plaza, por lo que puede conjeturarse que se halla casi á la altura de las posiciones más avanzadas, constituye otra más; siguen las de segunda línea, que son la primera caseta; detrás, la posada del Cabo Moreno, de enlace; y, por fin, la reserva en el Hipodromo.

El terreno dominado pertenece á Mazuza y Beni-Sidel. La Restinga queda más al sudeste, al flanco derecho y retaguardia de las cabilas que nos combaten.

Quebdana y sus moradores

El territorio de esta cabila está situado á la orilla izquierda de la desembocadura del Muluya, y forma un triángulo irregular cuyo lado mayor es la costa mediterránea desde dicha desembocadura hasta pasada la parte sudeste de la Mar Chica; otro lado de análoga longitud está trazado por la corriente del río desde el mar hasta cerca de Sidi-Alí-Buker, punto situado entre los Ulad-el-Hach, junto al vado de Zaio; y el lado menor, desde este sitio á la orilla más meridional de Mar Chica.

Antes de la insurrección del Roghí los quebdanas soportaban muy poco la autoridad del Sultán, perteneciendo más bien al Blad-Es-Siba (países independientes) que al Blad-Es-Majzen (países sometidos).

En el centro del triángulo citado, y ocupando la mayor parte de su superficie, existe un gran macizo montañoso, bastante destacado del sistema general, conocido con el nombre de montes de Quebdana, y cuya altura más nombrada es La Peineta.

Esta cadena se acerca mucho al mar desde Muley Alí-Cherif, situado á corta distancia de Ras-Quiviana, hasta seis ú ocho kilómetros de Cabo de Agua, donde están acampadas nuestras tropas.

A un cuarto de legua del poblado de Sidi-Haduf está Sidi-Hal-lak, y entre ambos puntos, el vado principal del bajo Muluya.

El camino Adjerud-Muluya sigue á Cabo de Agua, Sidi-Brahim y Bu-Erg, donde se bifurca, yendo un ramal á Melilla, y otro á Tafersit y Fez.

El vado se hace en Moxera-El-Rahait por medio de ocho barcas, siendo el paso gratis para los del país. Los emigrantes á la Argelia pagan á la ida de dos á cuatro reales, y á la vuelta, de seis á ocho.

Los que conducen ganado, que pasa nadando, pagan diez reales por conductor; el aceite, dos reales por lata; y el azúcar, de cincuenta á setenta céntimos por saco.

Además, existe el importante vado de Guerna, muy cerca de Cherráa, alcazaba situada al otro lado del Muluya, la cual es el centro principal de comunicaciones y comercio de la provincia de Angad.

Al vadear el río, el camino para entrar en Quebdana se fracciona en tres: dirígese uno á Cabo de Agua, hacia Aqueddin; otro, por la orilla abajo, á Ain-Zaio, y de allí á Zeluán; y otro á Tanut.

Habitan en el territorio de Quebdana las siguientes fracciones:

Ber-Kanen.—Ulad-Yusef, Ulad-Ismael, Tacalaichet y Tademucht.

Lehdara.—Ulad-Er-Taleb, Ulad-Mohammed, Zaaya y Auzdada.

Zejanin.—Ulad-En-Nacer, Ulad-Buchâan, Ulad-Lahsen, Ulad-Alí y Ulad-Ihmáa.

Bual-Laten.—Ulad-Ham-mu-Messaud, Alkanách y Ulad-Ijlef.

Beni-Kiaten.—Ulad-Tahar, Karatit, Jetluat, Buaichat y Ulad-Buasen.

Cherauit.—Ulad-Aisa-Ben-Ham-mu, Ulad-Et-Taleb-Alí y Ulad-Ham-mu-Ben Had-dú.

Ulad-Daud.—Feyagna (originaria de Beni-Kiaten) y Ulad-Daúd.

Lahhadára.—Ulad-Alí Ben-Amed, Ulad-Aziz, Ulad-Ham-mu y Laamarcha (originaria de Beni-Kiaten).

Ulad-el-Hach.—Ulad-Musa, Ulad-Ham-mu-Amar, Ulad-Pusef, Ulad-Rahú-El-Hach, El-Herafif y Ulad-Had-dú-Ben-Rahú y Ulad-Alí-Ben-Had-dú (originaria de Zejanin).

He aquí, por último, la distribución de los poblados:

Ulad-el-Hach.—Borch, Taganint (Buhiaten), Yebara, Tasaguin y Timidibuguin.

Beni-Kiaten.—Tamadit, Yurcharkit, Buasem y Telfraut.

Ulad-Daud.—Haci-Aleugor.

Barkanen.—Zalud, Muley-Idris (Tisit) y Tacarbacht.

Lahhadára.—Lahhadára.
Lehdara.—Botuil, Bugriba y Hamuchat.
Bual-Laten.—El-Hafir y Chuaten.
Cherauit.—Zebuch-El-Mahrun, Zania, Bu-Ankud y Timisuguin.
Zejanin.—Ahel-Mars.

Zeluán

Háblase mucho estos días del plan de campaña que á nuestro Gobierno anima en el Rif, y muchos calendarios se hacen sobre el camino que tomará el general Marina cuando cuente con hombres suficientes.

Quién habla de la toma del Gurugú; quién, de la vuelta á Melilla; quién, de la ocupación del Uixán, Tres Forcas y Quebdana, como puntos estratégicos para rodear la rebelde provincia de Guelaya; quién, y éstos son los más y los que parecen mejor informados, hablan de una marcha hacia Zeluán para ocupar este punto.

Y al describir la importancia de este último plan, el que estas líneas escribe ha oído los mayores absurdos, las más fantásticas descripciones de lo que es Zeluán. Unos creen que trátase de una ciudad moruna; otros, de un castillo alzado sobre alta montaña... Y nadie acierta á describir lo que es Zeluán y el por qué de su proyectada toma.

No es nuestro intento discutir desde el punto de vista militar la conveniencia mayor ó menor de llevar nuestras tropas al antiguo cuartel general del Roghí; nos limitaremos á describir lo que en sí es Zeluán, no por referencias, sino por la coincidencia de haber sido de los pocos europeos que han atravesado aquel territorio. Quizá sobre este tema no existan más que ocho españoles que puedan dar noticias fidedignas, y son los Sres. Villanueva, el ingeniero de caminos D. Manuel Becerra, el Sr. Macpherson, el capitán de Artillería D. Cándido Lobera, el catedrático D. Lucas Navarro, el periodista D. Jaime Tur, el teniente de Artillería Sr. Barbeta y el que estas líneas escribe. Todos los nombrados tuvieron ocasión de visitar en mayor ó menor número de veces la alcazaba de Zeluán, y recorrieron sus alrededores en varias direcciones, paso á paso, con verdadero trabajo explorador. (Resulta poco modesto el papel del autor de estas líneas; pero, al fin, esa misma inmodestia servirá para dar á este artículo algo de autoridad, de la que de otro modo siempre carecería.)

La alcazaba de Zeluán fué erigida por Muley-Edriss hace ciento cincuenta años, en ocasión en que el tal Sultán propúsose desalojar Melilla de españoles, creando para ello su cuartel general en el centro de la inmensa llanura de las cabilas Bu-Arg y El-Garet.

Zeluán dista de Melilla unos 25 kilómetros. Hállase, como antes dijimos, en una planicie limitada al este por la sierra de Quebdana (Pequeño Atlas), distante unos 40 kilómetros; al sur, por estribaciones del mismo Pequeño Atlas que forman los montes Uixán y Assara, distante unos ocho kilómetros; al oeste, por los pequeños montes de Afra, Nador y Adlaten, distante el más cercano tres kilómetros; y al norte, por la Mar Chica, distante de Zeluán unos siete kilómetros. La llanura, á cuyo extremo norte figura Zeluán, se extiende al sur por las cabilas de Ulad-Settut, Beni-Ukil y Beni-Buyagi, hasta dar en las estribaciones del Mediano Atlas, ya fuera del Rif.

No existe construcción alguna en el punto denominado Zeluán, á no ser la citada alcazaba, de muros de piedra y barro, de una altura de dos metros y medio, sin techados, y limitando entre sus cuatro paredones una extensión de 200 metros cuadrados. Al abandonar en diciembre último el Roghí la alcazaba, que le sirvió de cuartel general durante seis años, voló gran parte de ella, quedando su costado oeste casi por completo destruído.

Al pie de la alcazaba, y por un cauce pedregoso de diez metros de profundidad, corre el río Tijaud, de abundante caudal (dado lo que son los ríos en el Rif) y agua potable; dicho río nace en los montes de Beni-Buyagi, y vierte sus aguas en la Mar Chica.

Durante la permanencia del Roghí en Zeluán hízose éste punto obligado del paso de los rifeños, llegando á construirse caminos de herradura que llegaban á la plaza en número de seis, procedentes de Melilla, Atlaten, Tazza, orilla derecha del Muluya por Eulad-el-Hach, Arckeman y Cabo de Agua por Ilerkanen.

Quizá sea esta encrucijada de caminos el punto que sirvió de base para los que hablan de la toma de Zeluán, toda vez que allí, lo repetimos, en la actualidad no hay nadie, ni nada.

Zeluán tiene cercanos los siguientes poblados:

Sidi-Hali-Abssani, que tiene un santuario muy visitado y ocupa la falda de un pequeño monte entre Zeluán y Melilla, á cuatro kilómetros de aquél; el zoco El-Jemis, el más importante de toda la provincia, implantado en la cabila de Beni-bu-Ifrur, en los montes Axara, á siete kilómetros de Zeluán, hacia el sur de éste; y el zoco Telatza, también muy importante, en plena llanura, al sudeste de Zeluán y cuatro kilómetros de camino.

Se encuentra, pues, la alcazaba de Zeluán en la región de Beni-bu-Ifrur, rodeada por las fracciones Icsuren, El-Garet, Bu-Arg y Guevania. Es quizás ésta la parte más despoblada del Rif; carece casi en absoluto de vegetación, y en la planicie la aridez arenosa del terreno es un recuerdo ó á modo de vanguardia de las esterilidades del desierto.

Para llegar de Melilla á Zeluán desde Nador (ya ocupado por nuestras tropas) se deja á la derecha los poblados de El-Garb, Afra y Asshaf. El camino es llano, y sólo en una extensión de dos kilómetros está dominado por el monte Afra, que dista del camino unos mil metros. A la izquierda del camino no existe ningún poblado, ni aun huertas, hasta la orilla de Mar Chica. El

paso difícil será á la salida de Nador, porque el camino se interna durante un kilómetro en las huertas de Barraca y Sidi-Mohamed-el-Garib, puntos muy habitados y cercanos á distintos poblados, numerosos sembrados por los montes de Nador, Adlatar, Uixán, Ashara y Afra.

Tal es, en síntesis, la situación de Zeluán, y de estos datos los comentaristas podrán sacar cuantas consecuencias crean oportunas, cosa que no está en la intención discreta que me guió á trazar estos renglones mal pergeñados.

Ruiz Albéniz.

Sidi-Auriach

Este venerado y popular santón, el más venerado y el más popular de Guelaya, cuya tumba se encuentra en los límites del campo exterior, vivió en el siglo VII de la Hégira, siendo originario de los Ulach-Uriach, en los alrededores de Seddú.

Desde su más tierna infancia se hizo notar por su piedad y celo religioso y por la aversión que sentía por todo lo que no era musulmán.

Vivió como un asceta, recorriendo aduares, campos y aldeas, donde era recibido con entusiasmo por las poblaciones fanáticas, ávidas siempre de devotos, verdaderos ó falsos.

Cuando tenía sólo veinte años marchó á España, donde á la sazón reinaban los mahometanos en pleno esplendor.

Para el joven Auriach era depravación la conducta de sus hermanos, el lujo que ostentaban, las galas que hacían de su deber, y el marcado empeño que ponían en ilustrarse y en marchar á la cabeza del progreso.

Su voz se alzó más de una vez para dirigir censuras, pero no fué escuchado; predicó sin éxito las puras doctrinas del Islam, y viendo que sus consejos y exhortaciones no encontraban eco, cruzó de nuevo el Estrecho, decidido á internarse en el Rif, centro de fanatismo y de ignorancia.

En marcha triunfal recorrió los principales aduares, siendo las tribus de Guelaya las que demostraron mayor entusiasmo, por lo que decidió vivir entre ellas. La leyenda le atribuye numerosos prodigios, milagros sin cuento, curas maravillosas, que la tradición ha transmitido hasta nuestros días.

En Guelaya hizo edificar una ermita en el mismo sitio en que hoy se encuentra su tumba.

El zoco de Nador

Nador posee un *suk* ó mercado que tiene lugar dos veces por semana: los martes y viernes. Se halla situado á dos kilómetros al sur del poblado; es una amplia explanada sin edificios ni construcciones, pues los zocos marroquíes se celebran al aire libre. Cercas de piedras marcan los puestos de los asiduos negociantes, de los más ricos, que adquieren ese derecho mediante el pago de cierta suma.

En el extremo norte, no lejos de un pozo de abundante agua, emerge la blanca cúpula de Said-Salem, santón de la región. Los caminantes demuestran su piedad elevando en honor del morabito *kerkus* (pequeñas pirámides de piedra). De ahí la multitud de montículos que rodean el mausoleo de Said-Salem.

El zoco de Nador es muy frecuentado por las fracciones de Kelaia y por las tribus de Beni-bu-Yagi, Ulad-Settut y Quebdana, que llevan granos y los productos de su industria. Allí venden los kelaias café, té, tejidos de algodón, azúcar y otros artículos adquiridos en Melilla, y allí se cotizan las pieles de cabra, las lanas y la miel. Los árabes y los del Gada aportan carneros, bueyes, y algunas veces caballos y mulos. Es un mercado importante, el más importante de Kelaia.

Las mujeres circulan libremente, con el rostro descubierto; ellas llevan las gallinas, los huevos, la manteca y los productos de la alfarería indígena.

Las transacciones se hacen en medio de un griterío ensordecedor: semeja un manicomio suelto, en que todos hablan al mismo tiempo, chillan, gesticulan, ponderan las excelencias de sus mercancías. Los hombres van provistos de fusiles, y á veces las tribus ó los indígenas dirimen á tiros sus diferencias.

Cuando habla la pólvora, el zoco se «rompe», huyen las mujeres y niños, los hombres toman partido por uno ú otro bando, y si los santones no logran calmar los ánimos, se entablan luchas salvajes, verdaderas batallas.

En los zocos no sólo se hacen transacciones: se comentan las noticias de actualidad, se leen públicamente las cartas del Majzen ó de los jefes, y los pregoneros—los gitanos, como los llaman los indígenas—vocean las órdenes de los caídes.

También los *cadís* administran justicia, levantan actas con la cooperación de los *adules* (notarios), y el caid de la región percibe los impuestos conocidos por los nombres de *zekat* y *achur*.

Ahora nadie paga nada: están los rifeños en «república», y los jefes carecen de autoridad para imponer contribuciones. La independencia, que constituye el ideal supremo, el sueño dorado de las tribus rifeñas, es un hecho.

El zoco de Nador tiene una triste celebridad: en él se acordó el salvaje atentado del 9 de julio, causa de los actuales sucesos.

Beni-Urriaguel

Es la cabila *más rifeña* del Rif; la más enemiga de tener amigos, no ya cristianos, sino hasta musulmanes, y una de las que mayores beneficios han recibido de España en estos últimos tiempos.

Con ella tuvimos incidentes fácilmente solucionados, porque entonces no había olvidado la iniciativa del general Marina y del Gobierno español en el asunto de la célebre estafa de Málaga, ni las generosas gestiones del primero, que libraron á la tribu de la miseria y de la ruina.

Hace ahora un año que los caídes de las tribus impetraron nuestra intervención para contener al Yilali y librarles de sus bárbaros castigos. A Alhucemas fué enviada una compañía, al objeto de ganar tierra en la costa vecina tan pronto Beni-Urriaguel nos lo hubiera indicado, para que los soldados españoles, heraldo de paz, pusieran coto á las violencias que se anunciaban.

De cabila en cabila, de aduar en aduar, de choza en choza se divulgó la noble conducta de España amparando la razón contra la sinrazón, al débil contra el fuerte, y creíamos que la semilla sembrada habría de dar ópimos frutos. No ha sido así, y Beni-Uriaguel, como otras tribus del Rif, se coloca frente á nuestra nación.

Es lección que no debe echarse en saco roto para lo porvenir.

Beni-Urriaguel es poco conocida. El siguiente dato lo comprueba: mientras unos autores le asignan una población de 210.000 almas, otros de 36.000; los primeros elevan á 40.000 el número de hombres armados, en tanto que los segundos á 8.000. Ello tiene por causa el carácter de sus habitantes, duros, intratables, huraños, recelosos y de carácter violento. Por excepción concurrían en pasadas épocas á la plaza de Alhucemas, no obstante su proximidad. Gustan del aislamiento, y ven con malos ojos la presencia de gente extraña. Los judíos no se aventuran á internarse en la tribu, por el odio que inspiran.

Cada casa es una fortaleza, muy separadas unas de otras, casi ocultas entre pitas y chumberas. Profesan la teoría de que el vecino es el mayor enemigo, y viven siempre vigilantes. Hoy se ha dulcificado el carácter de esos rifeños, y parecen más asequibles á la civilización.

Hombres de guerra, consideran vergonzoso no tener cinco ó seis cicatrices. Con frecuencia surgen disputas en los zocos, y se oyen gritos de *¡fuera extraños!,* para en familia diezmarse. De aquí que en Beni-Urriaguel haya pocos ancianos.

Contrasta con las diez restantes fracciones la de Ait-Arus (hijos de la desposada), que desprecia la guerra y rinde fervoroso culto á la música y al canto. Las mujeres son consumadas bailarinas. Ellos animan las bodas, bautizos y fiestas de las cabilas. Viven felices, libres de los odios y venganzas que corroen el alma de sus coterráneos.

El territorio de los Beni-Urriaguel ó Beni-Burriaga es muy extenso: cerca de 70 kilómetros de norte á sur y 25 de este á oeste, desde Tansaman á Beni-Bufrag, al sur de Tufis y Bocoya.

El poblado más importante es Ayedir, que tiene cinco mezquitas y mil casas, siguiéndole en importancia Tafrast, Tazurjet, Ait-Musa, Tikert, Ykenien, Tizemurin, Sidi-Yusef y otros.

Las once fracciones son: Ayedir, Ait-Musa, Ait-Zekri, Ait-Hedifa, Ait-Zian, Imrabden, Ait-Arus, Ait-Abad-al-lah, Kemmun, Ait-Udrar, Mechkur.

Celebran siete mercados. Cada fracción tiene un caid nombrado por los yemáa, y prestan por turnos rigurosos guardia en la playa sagrada, en la bahía, donde reposan los santos Sidi-el-Hach-Es-said, Sidi-Mohamed-Aberkan y Sidi-Daud. Por ello está prohibido el embarque de mercancías para Alhucemas, ocurriendo lo que en el Peñón: que los más próximos son los que más impedimentos ponen al tráfico.

Celebran las defunciones con regocijos públicos, obsequiando con una comida á los jóvenes estudiantes que siguen á los cadáveres cantando versículos del Corán.

El terreno, muy fértil, es regado por arroyuelos afluentes del Nekor y del Guis, ríos de importancia que atraviesan la cabila de norte á sur. Abundan las huertas, y la vegetación es frondosa.

Existen yacimientos metalíferos en el monte Hamman (de las palomas), el que dió origen á la aventura del conde de Chavagnac en 1883, á quien engañaron miserablemente, simulando la venta de esos terrenos y de los de Frika y Dadu. La familia Jamrich explotó la candidez del conde Mauricio.

Hay algunos indígenas muy cultos, antiguos estudiantes de Fez.

La vega de Alhucemas

Cuando se tuvo noticia del acuerdo del Gobierno disponiendo la salida inmediata de la división Sotomayor, creyeron algunos, y varios periódicos se hicieron eco del rumor, que se le daría orden de desembarcar en la bahía de Alhucemas, cuyos naturales venían hostilizando desde el mes de julio el islote que pertenece á España.

El rumor fué rectificado: la división Sotomayor desembarcó en Melilla para cooperar á las operaciones del ejército expedicionario.

De la bahía de Alhucemas y de los islotes que la unen á La Puntilla se puede hacer un magnífico puerto.

La vega de Alhucemas es muy rica: es una vega análoga á la de Valencia.

Surcan la llanura dos ríos paralelos importantes que derraman la abundancia en aquellas tierras de regadío, florecientes de vegetación, en las cuales

sobre la vid y las gramíneas se destaca el naranjo, la palmera, el melocotonero, el peral y toda suerte de frutas que la enriquecen.

La sierra forma un inmenso anfiteatro que defiende el valle, abrigándolo del seco viento del Sur. De la cumbre elevada del monte Arez, donde á 1.344 metros se parten las aguas, baja el río Nekor, una corriente voluminosa, pura, potable y fresca. El río Ris desciende del yebel Tiziren, nevado pico de 2.500 metros, arrastrando una límpida masa líquida, y sirviendo su ribera, poblada de aduares, de camino derecho al río Varra, al Sebú y á Fez.

Frente á Alhucemas está Ajidir, pueblo de 1.000 casas, cinco mezquitas, escuelas y un riachuelo. Los beni-urriagueles poseen allí un terreno fértil de regadío, con múltiples fuentes y adelantado cultivo, sombreado por olivos, higueras, almendros, granados, y hasta en el yebel Khiyar dicen los indígenas que hay una mina de oro que quiso comprar una casa francesa, y cuyo barco de exploración fué recibido á tiros por los vendedores.

La bahía de Alhucemas es perfectamente accesible, abordable por la playa de los Mártires; entre el Ris y el Nekor puede colocarse un ejército defendido por el doble foso de estas dos amplias corrientes. Allí no hay sed y hay que comer. Un ejército puede vivir á costa del país, amenazando á Tres Forcas y guardando la espalda á nuestros Peñones.

Zoco El-Had

Zoco El-Had, como todos los de Marruecos, es un despoblado donde se reúnen para comerciar las diversas fracciones de una cabila ó de varias. Por regla general, hay tantos zocos como días tiene la semana, y como los días de la semana se llaman. Por eso hay muchos zocos de El-Arba, de El-Had, de El-Jemis, etc., etc., debiéndose añadir, para mayor claridad, el nombre de la cabila. Así, por ejemplo, el zoco ocupado frente á La Restinga debe llamarse zoco El-Arba, de Quebdana, y el ocupado frente al Hipodromo, zoco El-Had, de Benisicar.

También conviene no confundir cabila con fracción ni con poblado. Cabila viene á ser como un partido judicial; fracción, como un término municipal; poblado, como una cortijada. Es decir, que en una cabila hay varios términos municipales, y en cada fracción, varias cortijadas.

Beni-Sicar, que los moros llaman Beni-Chicar, «silbando» la Ch, tiene cuatro fracciones, que son: Habduna, Bechuya, Beni-Hatman y Beni-Buigomar. Habduna tiene 12 poblados; Bechuya, 10; Beni-Hatman, siete; y Beni-Buigomar, cuatro. Todos pobres, míseros, con casas de tierra y adobes. Además, tiene algunos santuarios.

El terreno de la parte norte, donde ahora operan nuestras tropas, es que-

brado, con alturas que llegan á unos 450 metros; pero poco poblado é infecundo.

Taxdirt y zoco El-Had están al noroeste y sudoeste de Melilla, formando con la plaza un triángulo casi equilátero de unos 7.000 metros de lado.

Taxdirt está á la altura de Rostrogordo, y zoco El-Had á la altura del Hipodromo, pudiendo ser batidas ambas posiciones con cañón desde la línea de límites.

Sólo un error de telégrafo ha podido hacer decir en un parte oficial que la isla Charranes es el límite sur de las posiciones ocupadas. Es el norte, y no es lo mismo, sino todo lo contrario, toda vez que la isla Charranes está cinco kilómetros al noroeste de Taxdirt.

Zoco El-Had está mucho más distante del Gurugú que la segunda caseta y la posada del Cabo Moreno.

Las minas del Rif

Las principales riquezas mineras del Rif están hacia Poniente, en la cuenca del Ulad Nerra, que nace en la montaña de Targuest y desemboca en el Sebú, y en el espacio entre aquel río y la costa occidental del Rif; en otros términos, todos los territorios al oeste del Peñón de Vélez, moros de M'Tina y de Beni-Seddat venden desde remoto tiempo á los joyeros de Tetuán metales auríferos y argentíferos y fragmentos de oro nativo. Es inútil preguntar á esas gentes dónde hallaron su tesoro, porque no os lo dirán. Sólo por hipótesis, atendiendo á la procedencia de los rifeños que presentan los minerales, es posible determinar aproximadamente la situación de estos últimos.

El oro abunda en el Rif. La sierra que forma la divisoria de las aguas de Aud-Uerra y los diversos ríos de menos importancia que afluyen al Mediterráneo, al oeste de Bades, es fértil en terrenos auríferos. Ramificación de esta sierra es el Djebel-el-Hamar (monte de las palomas), donde notoriamente se extrae oro. Los indígenas afirman que toda aquella montaña es oro macizo, por lo que la veneran con una especie de superstición; pero esto puede tomarse á hipérbole oriental expresiva de la fertilidad y de la opulencia de aquella comarca. El Djebel-el-Amaum se encuentra entre el curso del Uad-G'his, que desciende á la bahía de Alhucemas, y del Uad-Bades, que desemboca junto al Peñón. Corresponde á los Beni-Urriaguel, bien que se halle enclavado en las tierras de los Beni-Iteft.

Menos distancia lo separa del Peñón que de Alhucemas. Franqueados los altos de Vélez, que nosotros llamamos monte de la Puntilla y monte de la Silleta, acúdese al hermoso valle de Uad-Bades, por donde pasa la antiquísima ruta comercial de Fez al Mediterráneo. A unos veinte kilómetros del Peñón

—una pequeña etapa de fácil recorrido—está el pueblo de Snada, fundado en otro tiempo por los moradores de la destruída Bades. Huertas magníficas circundan Snada, sita á la margen derecha del río; y remontando éste, llégase, á unos doce ó quince kilómetros más lejos, al pie del Djebel-el-Hamam. ¡Qué buen paseo, qué bello desahogo para la guarnición y los habitantes del Peñón, si hubiésemos sabido atraernos las cabilas fronterizas, en lugar de estar perpetuamente en pugna con ellas! País de cacería, de producciones hortícolas, de manantiales, de ríos, país sano si los hay, ¡qué violento contraste con esa roca sombría del Peñón de Vélez de la Gomera, á la que vivimos agarrados como náufragos, esperando el día en que se derrumbe en medio de las olas!

Detalle que merece consignarse es el siguiente: al tenor de ciertas reservas establecidas en el Tratado francoespañol, relativas al protectorado francés sobre Uazzán y sus dependencias, Snada sería un futuro dominio francés, por contener una importante *zauia* de chorfas de Uazzán en pleno funcionamiento, con su mezquita, sus escuelas, sus tolbas, sus santones vivos, que residen en el santuario, y sus santones muertos, cuyas tumbas blancas salpican el valle. Desde el momento en que Francia entiende extender su protección á toda cofradía de los Tayeb, nada de particular que algún día pretendiera hacer valer derechos sobre el territorio de Snada. ¿Lo consentiríamos?

Una meseta entre las ruinas de Bades y Snada lleva el nombre de Maaden, de donde se colige que allí debe de haber mineral.

Son tantas las leyendas que circulan sobre las minas de Bades, que, sin negar que debe de existir en ello un fondo de verdad, no nos atrevemos á emitir un juicio definitivo. Los yacimientos metalúrgicos de toda aquella región no admiten la menor duda.

Del lado del este del Rif, en los montes de Guelaya, Quebdana y Beni-Snassen, conócense minerales de plomo, hierro y manganeso, y hay quien sostiene haber visto cobre en el monte Ta-Kabett.

Las *zauias* suelen apropiarse el dominio de los terrenos mineros, que de esta suerte son sagrados.

Así sucede en las minas de oro y de plata de Tarzut, que pertenecen á la pequeña cofradía de Sidi-Mohamed-Ajemrich; con las minas de oro del Djebel-el-Hamam, que son patrimonio de Sidi-bu-Jiyar, el más venerado santón de los Beni Urriaguel, y la misma *zauia* tiene aspiraciones sobre el Djebel-Resás (montaña de plomo); así, la familia de Sidi-Brahim, de Quebdana, atribuye á la virtud de aquel santo varón todos los metales que yacen en las entrañas del Djebel-Temeded, cuyas cúspides se yerguen en el espacio frente á las sierras de Almería, de idéntico corte y de análoga formación geológica.

Las de Beni-bu-Ifrur son bien conocidas. De ellas nos ocuparemos al hablar del célebre monte Uixán, cuyas riquezas, cuando sean explotadas, han de contribuir á la prosperidad de Melilla y del vecino campo.

Lo del Uixán

A 800 metros sobre el nivel del mar se alza el Uixán, que encierra el núcleo principal de hierro de las minas.

Forma parte de las sierras de Beni-bu-Ifrur, en las que existen numerosos valles y profundos barrancos. Desde sus crestas más altas se divisa un panorama encantador, y puede contemplarse á vista de pájaro la provincia entera de Guelaya.

Los montes de Mazuza, Beni-Sicar, Beni-Bugafar, Beni-Said-Er-Rif, M'talza, Beni-Bullagi, Ulad-Settut y Quebdana se esfuman en el horizonte, formando un gran arco de círculo de muchos cientos de kilómetros de perímetro, cuyos extremos son Cabo de Agua y el Atalayón.

Dentro de ese gran anfiteatro están las sierras de Beni-bu-Ifrur, dividiéndolo en dos grandes valles: el más extenso es el oriental, donde se halla Zeluán y sus inmensas llanuras. El de Occidente es menor, pero muy accidentado en su segundo tercio; después se ensancha, y las llanuras se unen á las de la vertiente opuesta. Allá en lontananza serpentea el Kert, que desemboca detrás del Cabo Tres Forcas.

Los altos crestones del Uixán son moles inmensas que ofrecen el aspecto del hierro fundido; peñascos, algunos de 400 toneladas, á flor de tierra, que hay que dividir para poder transportarlos. En un collado se encuentran infinidad de piedrecitas que parecen haber sufrido un lavado.

El análisis químico da del 65 al 70 por 100 de mineral puro. Un cubo de un decímetro de arista pesó unas décimas menos que igual volumen de hierro.

En el monte existen las tumbas de dos venerados morabitos, precisamente en los lugares donde los peñascos alcanzan mayor tamaño. Habrá que proceder á su traslado, cosa que, aunque lo parezca, no será difícil conseguir, pues dicen aquellas gentes que cuando la civilización y el progreso penetran en tierra musulmana, el alma de los santones abandona sus sepulcros y huye á otros lugares. Los morabitos consagran la leyenda, y un día la dinamita volará las sepulturas, sin que por ello haya profanación.

Al norte de Uixán se encuentra otro de menor altura y valor, llamado el Azara. Entre ambos corre el Salado, ó el *Er rumi,* torrente profundo que serpentea hasta ganar el valle, y, después de recibir varios afluentes, desemboca en Mar Chica. El nombre de este río y algunos pozos inducen á creer que en la época de la dominación romana debieron de explotarse las minas.

Respecto al interior de las montañas nada puede decirse. Las calizas alternan con óxido de hierro, y sólo en las partes más elevadas se encuentran las pizarras. En una calicata abierta en el fondo de un barranco se pone de relieve la transformación de las calizas en carbonatos de hierro, y la de éstos en óxidos.

Si se hallaran otros filones como los descubiertos, tardaría muchísimos años en agotarse el mineral; caso contrario, será cuestión de quince ó veinte.

Aunque así suceda, hay en la superficie ocho ó diez millones de toneladas, que ya suponen negocio, pues equivalen á otros tantos millones de duros, descontados gastos, por tratarse de tierras metalíferas sin gangas.

En la vertiente del río Salado existe óxido de hierro magnético de mucho valor.

—o—

Las minas de Marruecos

Hasta estos últimos tiempos Francia ha considerado la cuestión de Marruecos principalmente desde el punto de vista político.

Nosotros nos ocuparemos de la cuestión minera, y procuraremos explicar cuál es la situación actual.

El Acta de Algeciras ha reconocido á Francia, con exclusión de toda otra potencia, una situación privilegiada en la zona fronteriza argelinomarroquí; ha concedido análogas ventajas á España en la región de Melilla y Ceuta, es decir, en el Rif; reconoce á Francia y España derechos especiales en la parte occidental de Marruecos, pero con la condición expresa de tener en cuenta los intereses internacionales y de practicar lo que se ha convenido en llamar el régimen de la «puerta abierta». De donde se desprende que el Acta de Algeciras ha dividido, en cierto modo, á Marruecos en tres regiones de influencia: una región únicamente francesa, una región únicamente española y una región internacional, dentro de la cual Francia y España gozan, sin embargo, de cierta prioridad. El artículo 112 del Acta general de la Conferencia estipula: «Un *firmán* xerifiano determinará las condiciones de concesión y explotación de minas y canteras, *firmán* que se inspirará en las legislaciones extranjeras existentes sobre la materia.» Este reglamento, para el cual el ingeniero francés Porché reúne actualmente elementos en Fez, aún no ha sido promulgado.

En la zona argelinomarroquí no se ha presentado todavía la cuestión minera. Nosotros sólo podemos estudiarla en el Rif, es decir, en la zona española, y en el Sous, el Goundafi y el Atlas, ó sea, en la zona internacional.

No puede precisarse cuáles de los diversos grupos que se disputan actualmente el subsuelo marroquí pueden alegar mejores derechos, puesto que no existe legislación sobre la materia, y la anarquía más completa reina en el Imperio. Los unos, si se trata del Rif, afirman tener sus concesiones del pretendiente Bu-Hamara; los otros, en la zona internacional, declaran poseer contratos firmados por Abd-el-Azís y por Muley-Hafid, sultán, ó promesas escritas por Muley-Hafid, pretendiente. Cada uno trabaja en la sombra, con el

mayor sigilo, intrigando cerca del sultán de Taza ó del sultán de Fez, y haciendo la guerra á sus rivales.

Se observa el espectáculo extraño, y á veces divertido, de ciertos accionistas de un grupo que hacen la guerra á otro grupo, en tanto sus asociados, «nadando entre dos aguas», concluyen acuerdos con sus pretendidos enemigos. Es muy difícil conseguir informes exactos de unos y otros grupos, ni de su capacidad financiera; principalmente sobre los de Goundafi, Atlas y Sous, es casi imposible obtener datos claros sobre sus centros de operaciones. Por otra parte, si bien la explotación de minas ha comenzado en la zona española, en cambio, en la zona internacional las minas no representan más que una señal con lápiz azul en el plano, y los interesados esperan mejores tiempos, es decir, el fin de la anarquía y una reglamentación fija.

En la región del Rif se han establecido tres grupos principales: Compañía Norte Africano, Sociedad Clemente Fernández y Compañía y Sociedad Española de Minas del Rif.

La Compañía Norte Africano, con domicilio social en Madrid, tiene un capital de 10 millones de francos; doscientos ó trescientos mil francos se entregaron al pretendiente como derechos de concesión.

El Sr. García Alix, ex ministro, y varios políticos españoles van interesados en este negocio. El Sr. Massenet, ingeniero francés, ejerce en París las funciones de director financiero; M. Alex Baillé *aîné* fué el que negoció la empresa. Esta Sociedad emplea dos geómetras, un capataz de minas y dos obreros, todos franceses, y 200 obreros indígenas próximamente, con un salario de dos pesetas españolas diarias. Desde hace poco tiempo explota esta Compañía, por procedimientos primitivos, minerales de plomo ricos y abundantes á flor de tierra y á pequeña profundidad. Los yacimientos están situados en la tribu de Beni-bu-Ifrur, á 700 metros de altitud y á unas cinco horas de Melilla. La Norte Africano, que parece poco mezclada á las intrigas que hay entre los diversos grupos, es la Compañía minera de la región que tiene sus trabajos más adelantados.

Vamos ahora á tratar de las Sociedades más turbulentas, entre las cuales las intrigas se ramifican al infinito. Aparece el conde de Romanones, de la firma española Figueroa, que juega uno de los principales papeles en las cuestiones mineras de Marruecos. La Sociedad Clemente Fernández y Compañía, cuyo domicilio social está en Madrid, se ha constituído por la unión de las dos entidades Romanones y Clemente Fernández. Un israelita francés de Melilla, David Charvid, sirvió de intermediario. Entre las personalidades importantes de este grupo, además del conde de Romanones, se encuentran D. Clemente Fernández, D. Enrique Macpherson, metalurgista, y Ruiz Pastor, director financiero; los ingenieros Del Valle y Moreno. No conocemos el capital de este negocio, que explota á 25 kilómetros de Melilla, en la región de los Guelayas, una rica concesión de óxido de hierro (Fe_2O_3) á flor de tierra, obtenida del pretendiente mediante la entrega de 400.000 pesetas y la asignación de un 25 por 100 de participación.

La Sociedad Española de Minas del Rif está constituída por cuatro grupos: el grupo Figueroa, compuesto de tres hermanos: conde de Romanones, conde de Mejorada y duque de Tovar; el grupo Comillas; el grupo Macpherson y el grupo Fernández, que figuran también, como acabamos de ver, en la Sociedad Clemente Fernández y Compañía. Esta Sociedad, con un capital de seis millones de pesetas, es un Sindicato de estudios, constituído para poner en valor los acuerdos existentes entre el Sr. Macpherson y el pretendiente.

Hasta aquí hemos visto á los grupos financieros españoles animados de un deseo perfectamente legítimo de dar el mayor desarrollo económico posible á Melilla para preponderar en el Rif. Francia no tiene por qué quejarse de esta actitud, puesto que el Rif es una zona española. Por otra parte, el conde de Romanones, en nombre de las Minas del Rif, ha declarado siempre que, si bien no se admitirá colaboración extraña á España dentro de la zona española, el principio de la «puerta abierta» debe ser reconocido en el Marruecos internacional. Pero la situación se complica, pues la firma Figueroa, compuesta de los hermanos Romanones, Tovar y Mejorada, ó por lo menos uno de sus miembros, el duque de Tovar, se ha unido con el grupo alemán Mannesmann, que intenta con todas sus fuerzas dar el golpe de gracia á la tesis internacional representada por la Union des Mines Marocaines.

Los cuatro hermanos Mannesmann, que se dicen «industriales» en Rheimscheid, cerca de Düsseldorff, poseen una gran fortuna, y desde mucho tiempo están en relación con Muley-Hafid. En época en que el actual Sultán no estaba todavía en el Trono le ayudaron con su dinero; y aun algunos días antes de los asesinatos de Casablanca han jugado un papel más que equívoco, entregando á los jefes del país chauia importantes cantidades de armas bajo el aspecto de regalos. Muley-Hafid les otorga concesiones mineras bastante considerables antes de ser reconocido por Europa. En el mes de marzo del año actual el Sultán, no pudiendo reembolsarles un préstamo de 300.000 pesetas que le exigían pagase inmediatamente, les confirma los privilegios mineros, olvidando el principio de «puerta abierta» proclamado por la Conferencia de Algeciras; y antes de que el famoso reglamento minero se dé á luz, los hermanos Mannesmann, deseosos únicamente de revender caros los *firmanes* xerifianos, propusieron á la Union des Mines Marocaines cederle todos sus derechos mediante una participación del 50 por 100 en el Sindicato internacional. La Unión rehusó.

MM. Mannesmann, apreciando entonces que «su espléndido aislamiento» podía empezar á serles enojoso, buscaron en España un concurso financiero y diplomático. Y lo encontraron en el duque de Tovar, el cual, por sí mismo, ó al menos por sus hermanos, está ligado á la Union des Mines; y asistimos al espectáculo complicado de dos grupos rivales, dentro de los cuales figuran en persona ó por procuración las mismas personalidades. (*Dépêche Marocaine,* 6 de mayo de 1909.)

En tanto que los hermanos Mannesmann se unen (haciendo caso omiso del

Acta de Algeciras) al duque de Tovar para la explotación, que no debía ser internacional, de ciertos yacimientos mineros, ellos hacen una alianza con los grupos españoles del Rif y constituyen en febrero del corriente año la Mannesmann Rif C. S., Sociedad de responsabilidad limitada para la compra de terrenos y minas en Marruecos, conclusión de empréstitos con el Sultán, Gobierno xerifiano y las cabilas, y el fondo social provisionalmente fijado es de 300.000 marcos. Esta Sociedad de estudios parece tener detrás al potente grupo de la Deutsch O Esterreichische Mannesmann Roehren Werke, que comprende representaciones de la Deutsch Bank, del Norddeutscher Lloyd, del Wiener Bankwerein, de la Société Siemens, etc., etc.

Así los españoles, que declaraban rechazar toda ingerencia extraña en el Rif, aceptan para la explotación de esa región los capitales alemanes y la colaboración técnica de grupos que se han señalado siempre por su hostilidad á la influencia francesa en Marruecos.

La diplomacia internacional no permanece indiferente en presencia de estas transacciones. Por una parte, el ministro de España, por sí mismo y de acuerdo con sus colegas francés é inglés seguramente, protestó en abril cerca del Gobierno xerifiano contra la concesión hecha por Muley-Hafid á la marca alemana Mannesmann; por otra parte, el Gobierno español retiraba su apoyo (?) á las Compañías españolas que habían decidido asociarse á una casa alemana, á pesar de los acuerdos internacionales. Un telegrama de Reuter del 13 de abril declaraba que «el Gobierno alemán no prestaba apoyo alguno á la casa Mannesmann, cualquiera que hubiera podido ser la actitud de ciertos funcionarios en Marruecos». En efecto; M. Vassel, cónsul alemán en Fez, era el que había obtenido de Muley-Hafid la confirmación de compromisos anteriores en provecho de sus compatriotas. A pesar de estas declaraciones, las intrigas continúan siempre bajo mano, en contra de la representación de la tesis internacional, Union des Mines Marocaines.

¿Qué es la Union des Mines Marocaines? Es un Sindicato internacional de estudios, con un capital de 500.000 francos solamente, pues, dado el estado actual de las cosas, no hay necesidad de grandes capitales, constituído conforme con el espíritu del Acta de Algeciras. Agrupa las principales Sociedades metalúrgicas de Europa (concediendo á Francia un lugar privilegiado) para la explotación eventual de los yacimientos mineros que no estén situados en el Rif ni dentro de la región argelinomarroquí. Se han adherido á esta unión, por Francia, Schneider et C.°, Société d'Agadir, Mokta-el-Hadid, Compagnie Marocaine, Chatillon Commentry, etc.; por Alemania, Krupp y Compañía, las fábricas Tissen y la Sociedad Metalúrgica; por Inglaterra, Wickers-Maxim; por España, la casa Figueroa (conde de Romanones y duque de Tovar); por Bélgica, la Société John-Cockerill, etc.

Esta formidable agrupación posee, indudablemente, toda clase de garantías de potencia técnica y financiera. Podría ser temible para las pequeñas Sociedades, si un riguroso principio no se hubiera sentado desde su fundación: el respeto absoluto para los derechos adquiridos, y la buena acogida reserva-

da, proporcionalmente á su valor, á todos aquellos que en materia minera han trabajado en Marruecos ó se han comprometido á ser consumidores de mineral. Realiza también lo convenido por el acuerdo francoalemán sobre asociación de capitales y de esfuerzos de estas dos potencias en Marruecos. Hasta nueva orden, el Sindicato internacional ha adoptado la única actitud posible: espera, y completa sus datos y trabajos de información. No negocia con el Sultán, y ninguna negociación es probable antes que éste, con arreglo á lo estipulado por el Acta de Algeciras, y después de haber consultado á las Legaciones extranjeras en Tánger, decrete las leyes necesarias. ¿Cuánto tiempo tardará esto? Sin duda, tanto como el que la anarquía reine en Marruecos, porque, como dice muy bien uno de nuestros corresponsales en Tánger que conoce la cuestión, «se volverá á empezar eternamente el manejo de esta materia blanda que se llama diplomacia marroquí».

Sin embargo, si se fijan las ideas, parece poderse prever para la cuestión minera en Marruecos la solución siguiente: el Gobierno español reclamará y obtendrá para las Compañías españolas que han recibido del pretendiente concesiones mineras, confirmación de estas concesiones. En el resto de Marruecos es poco probable que una Compañía cualquiera obtenga en su favor un monopolio; si el Sultán, siempre necesitado, ó un sucesor, quizá próximo, bajo la influencia de argumentos metálicos, acuerda una concesión bajo la forma de monopolio, acontecimiento perfectamente posible en este país, el Sultán se guardará el dinero, que será para sus gastos, y el favorecido no podrá explotar en tanto dure la anarquía, y cuando ésta termine, las promesas del Sultán tal vez no alcancen valor.

Las minas del Rif

Los ataques no me duelen cuando son justos. Los hombres políticos estamos sujetos á la censura de nuestros actos, y lo que á unos se les antoja superlativamente bueno, á otros les parece malo de remate. Pero no es éste el caso: á mí se me combate ahora con injusticia, no por mala intención, por perfidia, nada de eso, sino por desconocimiento de los hechos, por confusión de noticias. Y para que cese esto y se conozca el problema planteado por las minas y mi intervención en él, haré breve y sincero relato de todo.

Hace algún tiempo se me presentó un ingeniero francés pidiéndome una carta de presentación para el general Marina. Era este favor insignificante, y lo concedí gustoso. Marchó á Melilla, y á poco me escribían de allí noticiándome haberse presentado como mensajero mío y encargado de mis negocios. Supe también que iba para ciertos negocios mineros, y entonces se me ocurrió

que era empeño patriótico no dejar en manos extranjeras lo que para España podía ser imponderable elemento de riqueza.

Envié á Melilla, Tetuán, Ceuta y sus aledaños á dos ingenieros amigos míos. Fruto de su viaje fué una Memoria donde se puntualizaba la esplendidez de los colosales tesoros mineros de aquellas comarcas, y muy singularmente de la de Beni-bu-Ifrur. Calcúlese: montañas enormes de mineral riquísimo; tanto, que dan un rendimiento del 75 por 100 del peso bruto, cuando el de Bilbao no llega al 50; tierras de aluvión al pie de esas montañas, donde la labor de siglos ha ido llevando mineral, hasta el punto de dar un rendimiento de 45 por 100. Y todo ello á las puertas de Melilla, costando una peseta el acarreo de la tonelada de mineral, en tanto que cuesta el transporte del de Calasparra y otros puntos á la costa nueve pesetas.

Mi sangre de minero—toda mi familia se ha dedicado á la minería; yo soy el único político de ella—se inflamó ante aquel inmenso tesoro. Pensé en los beneficios que reportaría á mi patria la explotación de las minas, y como entonces se hablaba mucho de «penetración», pensé en hacerla.

Ese fué el primer yerro mío, que noblemente reconozco. Olvidé la situación de España.

No tuve en cuenta que, en vez de servir nosotros para «penetraciones» en el extranjero, el extranjero nos «penetra», hasta el punto de que en Madrid, centro de España, y en la Puerta del Sol, centro de Madrid, vemos á las Empresas extranjeras dueñas de los tranvías.

Olvidé esto, y di gran impulso á todo. Unido á Güell, Macpherson y Clemente Fernández, constituímos nuestra Sociedad, con un capital efectivo de dos millones.

***

Pronto empezaron las dificultades. Se había constituído en Madrid la Sociedad Norte Africano, que de española no más tiene el nombre, pues todo el capital es francés, y sólo es español su presidente, D. Antonio García Alix. Aquella Compañía tuvo más suerte que la nuestra. Resuelto antes su expediente, comenzó á construir ese ferrocarril minero cuyas casetas han atacado los moros con tanta furia. El nuestro, merced á dificultades de tramitación, comenzó á construirse cuando aquél estaba ya muy adelantado.

Aconteció por entonces que nuestro presidente, D. Miguel Villanueva, hizo un viaje á Melilla y vió las obras del ferrocarril francés, verdadero ferrocarril estratégico, cuyas casetas eran fortines, cuyos anchurosos terraplenes más parecían trincheras que otra cosa, y cuyas características, en suma, le hacían parecer un ferrocarril militar.

Y apenas desembarcado en Málaga, declaró Villanueva á un periodista cuanto viera. Aquellas sus declaraciones causaron disgusto en ciertos elementos de Melilla, y aun hubo ciertas gestiones, en que entendimos dos generales, el Sr. Rodrigáñez y yo. En fin, siguió todo adelante, pues á los franceses

los apoyaban resueltamente el llamado grupo colonial, que capitanea monsieur Etienne, y otras personalidades que tienen residencia en Madrid.

Los trabajos de ambas Compañías se desarrollaban tranquilamente. Parecía confirmarse una de mis deducciones, que es otro de mis yerros: la de creer que los 20 ó 30.000 rifeños que van á Argelia á la siega y ganan en varios días unas cuantas pesetas, con las que viven miserablemente el resto del año, preferirían ganar más sin salir de su territorio. Mi cálculo fué exacto mientras duró la influencia del Roghí; pero las brutalidades de éste exasperaron á las cabilas, y más como protesta contra él que como síntoma de odio á nosotros, paralizaron nuestras obras.

Aquello casi no tuvo importancia. No maltrataron los moros á nuestros trabajadores, y apenas si causaron grandes perjuicios en las obras.

Lleváronse el material, que luego nos devolvieron en gran parte, y se contentaron con robarles unas dos ó tres mil pesetas á los obreros españoles, á quienes enviaron á la plaza sin causarles otra molestia. Pero en seguida acometieron al Roghí.

Entonces—esto era allá á fines del año pasado—tanto el Roghí como sus enemigos carecían de municiones.

El pretendiente quiso que España le auxiliase, y prometió someter á los revoltosos si se le facilitaban 30.000 cartuchos, cantidad más que suficiente, á su juicio, para dominar á sus enemigos, que no tendrían más allá de 10.000. No se le hizo caso, y á poco tenía que huir á uña de caballo.

Con ello se suspendieron las obras de ambos ferrocarriles. Los franceses solicitaron que se les permitiera proseguir las del suyo, sin necesidad de protección militar ni de nada. Lo negó, muy cuerdamente, el general Marina; pero entonces llegó hasta el campo moro, procedente de Argelia, una expedición de gente del país, donde se sabe iban ingenieros disfrazados.

Así las cosas, la casa Krupp y Mannesmann, el antiguo protector de Muley-Hafid, quisieron comprarnos las minas, y no accedimos á ello.

Procuraron después asociarse á nosotros, y tampoco lo consiguieron.

Hay que fijarse en un detalle de suma transcendencia: la lucha industrial de Alemania é Inglaterra sobre el predominio de la fabricación siderúrgica parece inclinarse en pro de la primera. Así, unas minas como éstas, equidistantes de Francia é Inglaterra, muy próximas á Italia, Turquía y España, pueden ser elemento de victoria para la nación que las posea. Francia, aliada de Inglaterra, tenía ya las suyas. Alemania, enemiga de Inglaterra, había llegado tarde.

Seguía la agitación en el campo moro, libre de toda autoridad vigorosa desde la huída del Roghí. Viendo tal, y seguro yo de que sin paz no podía explotarse las minas, cuyo material estaría siempre expuesto á ser destruído á cada paso, resolví separarme de la Sociedad minera. Así lo hice. En la primera ocasión propicia, esto es, cuando, agotado el capital efectivo de dos millones, se pidió á la casa Figueroa (porque es la razón social, y no yo, la que intervino en el asunto) un dividendo de 500.000 pesetas, me negué á darlo. De esto hace ya algunos meses, y lo puedo probar con documentos.

Creía yo acabado todo, cuando supe que se había dispuesto que la Sociedad española reanudase las obras del ferrocarril. Poco tiempo después surgieron los sucesos que hoy lamenta España, y los cabileños, que un semestre antes apenas disponían de municiones, se presentan ahora pletóricos de ellas, así como vemos al Roghí, que también carecía antes de provisiones de guerra, encaminarse á Fez con balas y fusiles de sobra.

¿De dónde han salido? Este es el dato más extraño del asunto, sobre todo si se tiene en cuenta que los moros se presentan con cierto aspecto militar, que establecen en el Gurugú campamentos con tiendas, y que ejecutan movimientos combinados y envolventes.

Sobre esto, que me llama tanto la atención, requiero yo la de todos.

Puedo asegurar que hace seis meses los cabileños carecían casi de medios de resistencia, y seguramente el primer sorprendido de lo que ocurre será el general Marina, que estaba enterado por varios conductos seguros de lo que fué una realidad hasta hace muy poco tiempo.

Esta es la verdad. Yo no tengo que ver nada con el ferrocarril ni con las minas; con todo, para que no se extravíe la opinión, conviene decirle que no es el ferrocarril español el que atacan los moros.

El nuestro está muy poco adelantado en relación al francés.

Por éste circulan las máquinas de la Norte Africano, y en sus trenes van los refuerzos.

¿Qué pasará luego? No lo sé. Probablemente, ya no proseguirán las obras de la Sociedad española, que, como digo, son poca cosa, por el retraso que ocasionó el expedienteo, más ágil para la Norte Africano, Sociedad que de española sólo tiene el nombre y el presidente del Consejo de Administración.

Ahora, para lo que convenga, habrá que decir dos cosas: Maura se negó hace tiempo á proteger las obras del ferrocarril español, y la Sociedad no volvió á solicitar de él nada, como no reclamó luego que se le dejara proseguir sus trabajos. Esto es lo primero que ha de consignarse. Lo segundo es que una Sociedad extranjera llamada Union de Mines Marocaines tiene pertenencias en Ceuta y Tetuán, y no ha desistido de explotarlas.

El conde de Romanones.

El ferrocarril de Melilla

Gran notoriedad ha alcanzado el ferrocarril de Melilla con motivo de los sucesos que en aquella plaza se están desarrollando. Por eso creemos de oportunidad la publicación de los siguientes detalles, á tal obra referentes:

El ferrocarril es de penetración española en la costa norte de África.

Está á cargo del Sindicato español de minas del Rif; pero, á pesar de llamarse español, casi la totalidad del capital es francés.

El Sindicato es concesionario de las minas de Beni-bu-Ifrur, enclavadas en los territorios que de hecho domina hasta la fecha el Sultán.

La línea del ferrocarril en construcción arranca de Melilla, y pasando por Nador, Tazza y Fez, terminará en el Atlántico, entre Larache y Rabat, en el valle del Sebú. Esta y la vía que pudiéramos llamar ferrocarril de la costa, que enlace Melilla con Ceuta, Alhucemas, Peñón y Cabo de Agua (Quebdana), y vaya á unirse con la red argelina en Nemours, son las dos principales para el futuro comercio de Marruecos.

El ferrocarril en construcción enlazará en los límites de Melilla con el concedido á la Junta del Puerto, que arranca del embarcadero de minerales y termina en la posada del Cabo Moreno.

El trazado arranca desde este último punto, y contorna la falda del importante macizo del Gurugú, pasando el contrafuerte del Atalayón por el collado de este nombre, para descender al valle de Uixán, marchando la línea paralelamente á las márgenes de Mar Chica.

En el poblado de Nador se proyecta una estación, pasada la cual sigue el valle del río Uixán, pasando por las huertas de Barraca (cabila de Mazuza), atraviesa las de la cabila de Beni-Sicar, fracción de Beni-Buigamart, en una longitud de dos kilómetros escasos, y entra en la de Bu-Ifrur, desarrollándose esta última parte del trazado, que comprende una longitud de ocho kilómetros, con suaves rampas, curvas de amplio radio y reducido movimiento de tierras.

Se proyectan dos puentes: de 20 metros de luz uno, para el paso del río Nador, y otro, de 12 metros, para el arroyo de Barraca.

La vía es de un metro de ancho, con carriles de 32,50 kilogramos de peso por metro lineal, sentados sobre traviesas de madera de pino creosotado.

Se está construyendo la estación de Nador y un apeadero en Segangua.

La apertura de la línea á la explotación estaba calculada para el mes de abril de 1910.

El futuro puerto de Mar Chica

El ilustre ingeniero Sr. Molini tiene á su cargo el dragado de Mar Chica y su comunicación con el mar, para facilitar las operaciones de nuestro ejército.

Durante su breve estancia en Madrid ha puesto en manos del ministro de Fomento una interesante Memoria sobre la importancia y condiciones de aquel lago interior, y la facilidad con que, á su juicio, puede ser convertido en puerto comercial.

Aprovechó asimismo su estancia en Madrid el Sr. Molini para presentar sus respetos al Rey, y es claro que en la audiencia que S. M. se dignó concederle le hablaría largamente sobre el asunto, y le transmitiría las observaciones que haya podido hacer en el tiempo que ha permanecido en Mar Chica dirigiendo las obras de dragado.

No conocemos aún la Memoria oficial; pero creemos que el juicio del ingeniero ilustre que con tanto éxito dirige en la actualidad las importantes obras de la corta de Tablada, no discrepa mucho del siguiente:

El lago de Mar Chica puede ser, á muy poco coste, el verdadero puerto del Rif.

Los sondeos hechos por el Sr. Molini discrepan algo de los realizados anteriormente por otros viajeros.

Según estos sondeos, tiene el lago, en cuanto se separa de las orillas, profundidades de siete, nueve y once metros. Las orillas son por la parte del mar de playa tendida.

Dos causas producen el envase de agua en el lago: el desagüe de arroyos y ríos y las filtraciones del mar.

Una causa motiva el que se deseque paulatinamente: la activísima evaporación de su caudal por los rayos solares.

Hoy su nivel es 2,35 metros más bajo que el del mar; diferencia que desaparecerá en cuanto se establezca la comunicación con el Mediterráneo, comunicación que no existe aún.

Los sondeos han señalado fondos de arena, lo que permitirá llevar á cabo un dragado barato, de algunos céntimos por metro cúbico.

En tres períodos podrían dividirse las obras susceptibles de ser llevadas á cabo en Mar Chica:

Primero. Obras provisionales para abrir un canal junto á la antigua bocana, á fin de que penetren por él lanchones que aprovisionen al ejército. Están ya en ejecución. Dichas obras quedarán terminadas en el mes de noviembre, hecho el descuento del número prudencial de días en que el Levante impedirá trabajar en ellas.

Segundo. Construcción definitiva del citado canal, de 230 metros, para que puedan penetrar en Mar Chica cañoneros y otros buques de no muy gran calado; y

Tercero. Construcción de un puerto libre, comercial y de resguardo, que sería utilísimo para la navegación por aquella hasta hoy inhospitalaria costa. En este caso habría que ampliar la anchura del canal, construir diques, antepuerto, etc.

Resulta de los rápidos estudios hechos sobre el terreno por el Sr. Molini —sujetos, como es natural, á rectificación—que con muy poco coste podría convertirse el lago en un excelente puerto comercial y de abrigo.

Cierto que los vientos traen del interior nubes de arena; pero la ciencia tiene hoy remedios para ese daño, como los tiene para las dunas. Bastaría, para obviar este inconveniente, con dragar todos los años cantidad aproxima-

da á la de la arena que los vientos puedan acarrear en ese espacio de tiempo. Puede calcularse que con un dragado de duración no más que de un año á catorce meses, y un gasto no exagerado, quedaría habilitada Mar Chica como el verdadero puerto de Melilla y del Rif. La importancia que esto tendría para nuestra plaza y para el comercio no requiere demostración: salta á la vista. Podrían entonces entrar allí buques de 4 á 5.000 toneladas, exportarse con más economía el mineral de las minas de Beni-bu-Ifrur, y dar mucho trabajo y buenos jornales á las cabilas, que de ese modo apreciarían prácticamente los beneficios de la paz y del trabajo; contribuiría, en fin, á civilizar el Rif.

Mar Chica tiene aproximadamente unos 33 kilómetros de largo por cuatro de anchura, y todas las condiciones, como queda dicho, de un excelente puerto natural, como debió de serlo en tiempos remotos.

Hoy el puerto de refugio que está más cerca por aquella parte del Mediterráneo, fuera de Chafarinas, es Bizerta, que dista bastante de la península de Tres Forcas.

—o—

España en Marruecos

Con el título que precede, publica el escritor francés M. Maisonave, en la revista titulada *Cuestiones Diplomáticas y Coloniales,* un interesante artículo, del cual tomamos los siguientes extremos:

Por el Tratado de Mequinez de 1799 se reconoció á los gobernadores de las plazas españolas de Africa el derecho de hacer uso de sus cañones y morteros en casos de demasías continuas de parte de los moros del territorio limítrofe, sin que esta intervención local pudiera perjudicar las buenas relaciones del Rey y del Sultán.

Sin embargo, en 1859, después de numerosas agresiones sufridas por los habitantes de Ceuta, y de la demolición de un *poteau-frontière* á las armas de España, el general O'Donnell, entonces en el Poder, creyó su deber avisar al mismo Sultán para obtener reparación; y el Sultán, como de costumbre, prometió, pero no cumplió.

España procedió á hacerse justicia; pero Inglaterra se adelantó á exigir la promesa de que la expedición no sería seguida de ninguna extensión territorial.

O'Donnell desembarcó en Ceuta con 30.000 hombres, y después de una campaña de cuatro meses y de ver diezmadas sus tropas por el cólera; de librar los terribles combates de los Castillejos y Guad-el-Jelú, y de luchar penosamente contra el fanatismo irreductible de las cabilas, llegó á Tetuán, á 600 kilómetros de la costa, y lo tomó.

No obstante el Tratado de Mequinez, el Sultán envió á la guerra dos de sus hermanos y su Guardia Negra, para tomar parte en la lucha.

El Tratado de Wad-Rás ó de Tetuán, de 26 de abril de 1860, puso fin á esta penosa expedición. En él fueron una vez más confirmados los vencedores en los derechos sobre sus posesiones, y el Sultán se comprometió á tener mehallas de 400 hombres en las cercanías de Ceuta y Melilla, para mantener allí el orden, y á pagar una indemnización de 100 millones, cláusulas jamás cumplidas.

El orgullo español quedó satisfecho; pero costó caro.

Continuaron las agresiones sobre los habitantes de los presidios que osaban arriesgarse fuera de la protección de los fuertes.

En 1893 una agresión más grave que las anteriores motivó la intervención de España.

Obreros ocupados en construir un fortín en los alrededores de Melilla, dentro del territorio español, fueron atacados por los indígenas de la cabila de Frajana, y murieron muchos de ellos.

La guarnición de Melilla salió á vengarlos, y fué rechazada con pérdidas. El Gobierno decidió reforzarla; pero antes de llegar las tropas hubo una nueva agresión y un nuevo descalabro para las fuerzas que guarnecían la plaza.

La opinión pública exigió el envío de 20.000 hombres, que desembarcaron á las órdenes del general Martínez Campos.

Se esperaban las operaciones militares, y el general, instruído por la experiencia de 1859, prefirió negociar. Ayudado por un hermano del Sultán, obtuvo desde luego algunas satisfacciones de las cabilas culpables, y llevando la cuestión á Marrakesh mismo, firmó en 1894 un nuevo Tratado, en que el Sultán prometía á España el castigo de los autores de la agresión de Melilla, el pago de una indemnización de 20 millones, la autorización para los franciscanos de instalarse en Rabat, y el trazado, alrededor del territorio español de Melilla, de una zona neutra de medio kilómetro de anchura.

Confirmó este Tratado la obligación del Sultán de conservar en las inmediaciones de Melilla una mehalla destinada á mantener allí el orden.

España no ganaba gran cosa, con relación al Tratado de Tetuán; pero, al menos, no tenía que deplorar los enormes sacrificios de la campaña de 1860.

Este proceder lo imponían los sucesos: las guerras coloniales, á las que el país consagraba sus mayores esfuerzos. Mas después de los desastres de la guerra de Cuba, cuando España empezaba á reponerse, puede creerse que sus Gobiernos vieron en Marruecos un medio de mantener el viejo sistema que la regía, un campo abierto á la actividad de sus generales, de sus frailes, de sus hombres de negocios. El pueblo encontraría allí un consuelo á sus humillaciones, y la Monarquía, un nuevo prestigio.

Hasta entonces España había retrocedido ante la enormidad de la tarea que parecía llevar consigo la adopción de una política marroquí. Sus esfuerzos se encaminaban á seguir la acción europea, dirigida por Bismarck, que procuraba internacionalizar Marruecos.

Esta política se debió á la prepotencia alemana de 1884 á 1895, y luego á la inglesa de 1895 á 1901, que cedió el sitio á la política francesa.

Los ministros liberales creyeron un momento en la posibilidad de una política contra Francia, y buscaron desde luego un apoyo en Inglaterra; pero les detuvo *l'entente cordiale*.

El emperador de Alemania, después de muchas vacilaciones, no llegó á decidirse: tenía en otra parte otros proyectos.

El Gobierno español, instruído por sus desdichas, deseoso de evitar aventuras, y sintiendo necesidad absoluta de los capitales franceses para su obra de reedificación, se decidió á entenderse directamente con Francia, y firmó los Acuerdos francoespañoles de 1904, que dejan á Francia la mayor responsabilidad en la solución del problema marroquí, y á España la salvaguardia de sus intereses particulares.

Quizás un acuerdo secreto más explícito fija á España la zona de su influencia.

Por segunda vez, y bajo nueva presión de Alemania, volvió á tener la cuestión de Marruecos carácter internacional por el Acta de Algeciras. Sin embargo, España y Francia, siendo las únicas que tienen intereses particulares en el Imperio, se vieron, bajo el *control* de Europa, designadas para ayudar al Sultán á reprimir en su reino la anarquía, perjudicial á los intereses de todos.

Los liberales, no pudiendo realizar directamente su sueño en Marruecos de «todo para España», cambiaron de táctica, y resolvieron rehuir toda política de colaboración.

Los conservadores, huyendo de aventuras, adoptaron en Marruecos la política de abstención, y se contentaron, mirando al porvenir, con aumentar sus Acuerdos con Francia.

Así, durante los primeros años que siguieron á la Conferencia de Algeciras, empujada en este camino por Alemania, no buscó España otra cosa que eludir las obligaciones que había aceptado como carga, por mitad, con Francia, y poner trabas á la acción de esta potencia.

Esta política llegó á su máximum en el momento en que Francia decidió intervenir en Casablanca.

Sin embargo, la lealtad del Rey y la política del Ministerio Maura comprendieron la esterilidad de esta actitud, á lo cual contribuyó mucho el embajador M. Révoil, y España se decidió á cumplir, sin ulteriores pensamientos, la misión que le había sido asignada por Europa, marchando resueltamente de acuerdo con Francia, como lo demuestran las negociaciones de reglamentos para la represión del contrabando de armas, para la creación de la policía y de la *banque*, y, sobre todo, para cuantos actos precedieron al reconocimiento de Muley-Hafid.

Los incidentes entre soldados franceses y españoles, exagerados por la prensa liberal, y el Acuerdo francoalemán, que sorprendió á la nación española, entibiaron momentáneamente esta política de franca y leal colaboración.

Si el Gobierno español parecía tener alguna vacilación para llenar con

Francia su mandato internacional, se decidió pronto á desarrollar sobre la costa norte de Marruecos la situación particular que le reconocían los Acuerdos de 1904 y el Acta de Algeciras, y que emanaba de numerosos Tratados.

El Gobierno creía en esta región ser siempre el dueño de limitar su acción, y, sin embargo, esta acción presentaba probabilidades suficientes para satisfacer aún las ambiciones legítimas de España y aquietar el patriotismo de los que veían con inquietud los progresos de la política francesa.

Desde 1906 este movimiento, acentuado por el Gobierno, se manifiesta creando en Madrid, Barcelona y Tánger Comités hispanomarroquíes y Sociedades financieras con el fin de la penetración económica y pacífica en los territorios vecinos de los presidios españoles, de indudable riqueza minera, sin que jamás, en cuatrocientos años, se hubiese pensado seriamente en dicha penetración.

La actividad de los particulares y del Gobierno concentró la mayor parte de sus esfuerzos en Melilla, que, más que Ceuta, demasiado cerca de Tánger y Gibraltar, parecía susceptible de desarrollo. La situación geográfica de este pequeño puerto le daba su importancia.

Estando 100 kilómetros más cerca de Taza y Fez que Orán, podía llevar á Argelia, donde la acción se hallaba limitada, la salida del comercio del Marruecos septentrional, si los rifeños cesaban de oponerse y no obligaban á seguir la vía tradicional de Oudjda y Marnia.

Si en el porvenir las malas condiciones de la rada de Melilla impidiesen hacer de ella un gran puerto, á diez leguas las islas Chafarinas, el punto más seguro de la costa de Orán á Tánger, podían fácilmente, con poco trabajo, constituir un puerto excelente que, muy cerca de la desembocadura del Muluya, tendría la ventaja de ser un acceso más fácil que Melilla.

Las circunstancias locales parecían prestarse mejor que otras á una política de expansión. Puerto franco desde 1887, Melilla hacía con las cabilas vecinas un comercio de bastante importancia.

El Gobierno buscó por diferentes medios, creando Bancos y enfermerías, dando facilidades para las transacciones, etc., el desarrollo de estas relaciones para hacer de la plaza de guerra un *pôle d'attraction*.

La situación política indígena hacía este programa pacífico de una ejecución difícil, y dió al general Marina, encargado de ella, pretexto para salir de los límites estrechos del presidio. En esta época (1906) España encontraba desde luego enfrente de ella el Roghí.

Este rebelde, creado por la política en 1901, en el momento en que la acción francesa sustituía á la preponderancia inglesa, estaba con intermitencias instalado en Zeluán y era dueño de la región. Sin embargo, enfrente de él, las tropas del Sultán, aún más miserables que las suyas, le libraban de tiempo en tiempo combates sin resultado, más ruidosos que sangrientos. Las cabilas pagaban los gastos de esta lucha estéril, y los soldados de ambas partes se entendían para saquear, cortar los caminos y anular el comercio, en gran perjuicio de Melilla.

Desde fines de 1907 los ministros de España en Tánger habían protestado contra la falta de ejecución de los Tratados que imponían al Majzen la obligación de mantener el orden en las regiones vecinas de los puertos españoles. Sin embargo, como la situación de Abd-el-Azís empeoraba, á petición suya reconcilió el Gobierno español en Tánger los restos de la mehalla del Sultán, que en ningún momento pudo satisfacer esta obligación. (Enero de 1908.)

El-Guebbas y el mismo Sultán negaron formalmente al ministro de España la autorización para ocupar la Mar Chica, que había solicitado como premio de esta reconciliación.

El general Marina, en vista de que el Majzen, por causa que reservaba, no cumplía los Tratados, hizo ocupar en los primeros días de febrero La Restinga, punto situado al este de Mar Chica y antiguo puerto romano. Esta operación, enteramente provisional, tenía por fin impedir el contrabando de armas.

El Roghí, de acuerdo con los españoles, había facilitado la partida de la mehalla del Majzen. Su situación al frente de las cabilas se había engrandecido. Puso esta influencia al servicio de los españoles, y mediante amplios subsidios les dió facilidades de comercio, autorizaciones de *prospecter,* y en seguida concesiones mineras.

Las grandes ventajas pecuniarias que sacaba de su nueva política le impidieron protestar contra la ocupación de Mar Chica, y favoreció además que en 11 de marzo de 1908 se instalasen 500 hombres en Cabo de Agua, enfrente de Chafarinas.

El Sr. Maura declaró en el Parlamento que esta ocupación no tenía otro fin que el de guardar provisionalmente un pequeño depósito de víveres destinado á Chafarinas, y que se había hecho á petición de los de Quebdana, cabila encargada de mantenerla y vigilarla.

Así, la expansión española parecía tomar vuelo. En Melilla el general Marina probaba á formar batallones de rifeños. Dos Compañías mineras, una española y otra francesa, comenzaron á construir caminos de hierro uniendo las minas con Melilla. En Cabo de Agua se hizo un fuerte, y allí enviaron sus agentes y sus capitales casas comerciales de Barcelona.

Pero bruscamente cambia la situación. Los rifeños, los guelayas desde luego, y los quebdaníes después, acusaron al Roghí de haber introducido á los extranjeros en su país por dinero. En junio arrojaron de Ras-Ouck á los ingenieros españoles. Las cabilas agitadas exigen ante todo la evacuación de La Restinga y de Cabo de Agua. Tan sólo los indígenas de las fracciones más inmediatamente vecinas á Melilla eran aún favorables á los españoles. El comercio se paró, y se interrumpieron los trabajos de las minas y del camino de hierro.

El general Marina obtuvo el refuerzo de la guarnición de Melilla, que en junio alcanzó la cifra de 6.000 hombres.

Quizás esperase todavía que la sola presencia de estos refuerzos y una política hábilmente llevada guiase á los rifeños á la avenencia, cuando un incidente vino á precipitar los acontecimientos.

El 12 de mayo M. Massenet, ingeniero de la Compañía Norte Africano, desalentado por las tardanzas de los españoles, partió, por su cuenta y riesgo, de la frontera francesa para ir á instalarse con algunos compañeros en Zeluán, y allí negociar directamente con las cabilas la reanudación de los trabajos.

Llegó á poca distancia del Muluya, y fué recibido á tiros de fusil y obligado á volver pies atrás.

En Melilla los comerciantes vieron en esta tentativa un ensayo de dirigir sobre la frontera francesa la explotación de las minas, y se suscitó un movimiento de opinión; en la Cámara el Gobierno se creyó obligado á decir que estaba decidido á hacer respetar sus derechos; y en Melilla el general Marina declaró que, sucediera lo que sucediere, los trabajos del camino de hierro serían reanudados el 7 de junio, como así se verificó.

El 9 de julio grupos de rifeños, de los guelayas, atacaron los almacenes de material y mataron seis obreros, mientras que los otros se ponían en fuga.

La respuesta del general Marina fué pronta. Salió de Melilla con once compañías, un escuadrón y artillería, y desalojó al enemigo de las alturas donde se había reunido, al oeste del camino por donde iba la vía férrea, y le persiguió hasta las alturas que dominan la llanura de Nador y terminan al borde de Mar Chica, por el pico del Atalayón.

El combate duró una hora, y sus resultados son bien conocidos, como comienzo de la presente campaña.

—o—

Nuestras conquistas en África

Son ahora de tanta actualidad todas las cosas que suceden y han sucedido en el norte de África, que creemos de gran interés dar una noticia de las fechas de nuestras principales conquistas en tierra africana.

Melilla pasó á poder de España el 17 de septiembre de 1496.

Los Gelves, el 28 de septiembre de 1497.

Casaza, Mazalquivir, el 13 de septiembre de 1505.

El Peñón de Vélez de la Gomera, el 23 de julio de 1508.

Orán, el 18 de mayo de 1509.

Bugía, el 6 de enero de 1510. En este año se reconocieron como tributarios los reyes de Argel, Túnez y Tremecén, y las ciudades de Tedelis, Térdoles, Guixar y Mostagán.

Trípoli pasó á nuestro poder el 25 de julio del mismo año.

La Goleta, el 14 de julio de 1535.

Túnez, el 20 del mismo mes.

Bona, poco tiempo después.

Monastir, Mahometo, Calibia, Sfecos y Susa, en 1540.

Tremecén, el 5 de febrero de 1542.

Mehedia, el 10 de septiembre de 1550.

El Peñón fué reconquistado el 6 de septiembre de 1564.

Túnez, el 8 de octubre de 1573, y pocos días después tuvo lugar la conquista de Bizerta.

Larache, el 21 de noviembre de 1610.

Mahamora, en la desembocadura del río Sebú, el 6 de agosto de 1614.

Ceuta fué conquistada por D. Juan I de Portugal, é incorporada con este Reino á la Corona de Castilla en 1580. Legalmente quedó bajo el dominio español por el Tratado que celebramos con los portugueses en 1668.

El Peñón de Alhucemas, el 28 de agosto de 1673.

Mazalquivir fué reconquistado el 30 de julio de 1732.

Al día siguiente lo fué Orán.

Las islas Chafarinas fueron ocupadas el 6 de enero de 1848.

La Restinga, el 14 de febrero de 1908.

Y Cabo de Agua, el 12 de marzo siguiente.

Nuestra plaza africana de Melilla, donde actualmente se desarrollan importantes operaciones militares, dista 130 millas de Ceuta, 79 del Peñón de Vélez de la Gomera, 57 de Alhucemas, ocho del Cabo Tres Forcas, 12 de La Restinga, 27 de las islas Chafarinas y de Cabo de Agua, 115 de Orán, 114 de Málaga y 94 de Almería. El pueblo español más cercano de Melilla es Adra.

—o—

La guerra de África (1859-1860)

También fué un fútil motivo el que la inició. La construcción de una caseta-fuerte á cien metros de la plaza de Ceuta, para cuerpo de guardia que sirviese para vigilar á los presidiarios.

Día 19 de noviembre de 1859.—Ocupación del Serrallo. Tuvieron nuestras tropas seis heridos.

Día 20.—Al empezar á construirse los fuertes de Isabel II y Príncipe Alfonso hubo tiroteo, causándonos los moros catorce bajas, entre muertos y heridos.

Día 22.—Atacan los moros el reducto de Isabel II. Cuarenta y seis muertos y heridos.

Día 24.—Nuevo ataque á los fuertes. Treinta bajas.

Día 25.—Otro ataque muy reñido. En él fué herido el general Echagüe. Nuestras bajas fueron noventa y ocho.

Día 30.—Ataque de los moros á la línea de atrincheramientos. Las bajas fueron trescientas veintiséis, entre muertos y heridos.

Día 9 de diciembre.—El ejército vuelve á ser atacado en sus posiciones. Entre muertos y heridos, trescientas setenta y dos bajas.

Día 12.—La división de reserva que protegía los trabajos del camino á Tetuán fué atacada. Setenta y seis muertos y heridos.

Día 15.—Atacan los moros las posiciones avanzadas del ejército hacia Anghera y Benzú. Nuestras bajas fueron doscientas, entre muertos y heridos.

Día 17.—Tiroteo, que nos causa treinta bajas.

Día 20.—Nuevo ataque de los moros. Ochenta y seis bajas.

Día 22.—Tiroteo. Treinta y siete bajas.

Día 25.—Ataque del enemigo al campamento. Ochenta y siete bajas.

Día 30.—Atacan otra vez los moros, siendo cuarenta y cinco las bajas. Este día se inicia el avance.

Día 1.º de enero de 1860.—Combate de los Castillejos. Seiscientas diez y nueve bajas.

Día 4.—Continúa el avance. Un pequeño combate, en el que tuvieron las tropas españolas veinticuatro bajas.

Día 6.—Paso de Monte Negrón.

Día 8.—Ligero combate en el campamento sobre el río Asmir. Treinta y una bajas.

Día 10.—Atacan los moros al campamento, siendo rechazados y perseguidos. Ciento setenta y siete bajas.

Día 12.—Tercer ataque al campamento sobre el Asmir. Noventa y dos bajas.

Día 14.—Combate del Cabo Negro. Cuatrocientas diez y ocho bajas.

Día 23.—Tuvimos cincuenta y siete bajas.

Día 31.—Los moros atacan el campamento español, siendo rechazados. Cuatrocientas cincuenta y nueve bajas.

Día 4 de febrero.—Batalla de Tetuán. Muertos y heridos, ochocientos treinta y seis.

Día 6.—Ocupación de Tetuán.

Día 10 de marzo.—Ligero combate sobre el pueblo de Samso. Diez y seis bajas.

Día 11.—Combate de Samso. Doscientas trece bajas.

Día 23.—Batalla de Wad-Rás. Mil doscientas sesenta y ocho bajas.

Día 25.—Se firmaron los preliminares de paz.

Total de bajas de la campaña.—Muertos en batalla, 786; muertos de heridas, 366; muertos de enfermedades, 2.888; heridos, 4.994. Total, 9.034, entre muertos, heridos y enfermos. Muertos y heridos, 6.146.

Recuerdos de hace medio siglo

La actual campaña del Rif trae inevitablemente á la memoria de los que ya nos hallamos en el ocaso de la vida esos imborrables recuerdos de la niñez, tanto más dignos de ser evocados, cuanto que se refieren á sucesos que coloca-

ron á nuestra patria á grande altura y despertaron el entusiasmo popular, que á torrentes se desbordaba, formando un cuadro que será siempre una manifestación de aplauso á las grandezas militares españolas del siglo último.

Tal era el aspecto que presentaba Madrid la mañana del 7 de febrero de 1860, en que se recibió la noticia de la toma de Tetuán, que fué, á no dudarlo, el hecho más glorioso de la vida militar y política del general O'Donnell, que tuvo la dicha de conducir al Ejército de victoria en victoria hasta conseguir aquel gran triunfo, el cual puede decirse fué ya el anuncio de la terminación de la guerra, con la sumisión del enemigo en toda la línea, impuesta por los brillantes hechos de armas del vencedor.

El martes 7 de febrero de 1860 será una fecha memorable en la historia contemporánea. La noticia de que la bandera española ondeaba en la plaza de Tetuán se supo en Madrid después de la una de la madrugada, y al amanecer estaban ya las calles completamente pobladas de gente, cual si fuera en las horas de más tránsito.

El día era espléndido, y un plácido sol de invierno de los que iluminan con frecuencia el cielo madrileño parecía que ayudaba á solemnizar el triunfo de nuestras armas. Se dispuso que con tal motivo hubiera tres días de gala, y al día siguiente publicó la *Gaceta* el decreto concediendo al general D. Leopoldo O'Donnell el título de duque de Tetuán, con grandeza de España, para sí y sus descendientes.

Los principales periódicos publicaron números extraordinarios, y la *Gaceta* dió á conocer el feliz suceso en igual forma. Grupos del pueblo manifestaban su entusiasmo vitoreando al Ejército y á su general en jefe, así como á Prim, Echagüe, Ros de Olano, Zavala y todos los demás generales que con su valor y pericia habían contribuído al éxito. Los balcones de las casas se adornaron con vistosas colgaduras, y el pabellón nacional ondeó en todos los edificios, mostrándose orgulloso de representar el emblema de una nación que había colocado su nombre á la altura en que estuvo en los siglos XV y XVI, y que sus hijos de mediados del XIX eran dignos descedientes de aquellos héroes españoles que admiraron al mundo con sus proezas.

La *Gaceta* extraordinaria de aquel día se buscó de tal modo, que en una noticia de *La Correspondencia de España* se cita que en una hora se vendieron más de 20.000 ejemplares.

Había entonces en construcción varias casas en las antiguas calles llamadas de la Zarza y de Peregrinos, muy próximas á la Puerta del Sol, y un numeroso grupo de obreros de los que allí trabajaban quitó el rótulo de la primera, sustituyéndolo con el de calle de Tetuán.

Pero la juventud estudiosa fué la que dió entonces la nota saliente del patrio entusiasmo y del deseo de mostrar su adhesión y afecto al Ejército, que había colocado tan alto el honor español. Tuve la honra, como alumno del primer año de mi carrera, de tomar parte en alguno de los actos que se realizaron, y puedo referir, como testigo, unos sucesos acaecidos hace cerca de

cincuenta años, pero que conserva mi memoria con esa fidelidad con que en la niñez se graban los sucesos.

Reunidos numerosos grupos de estudiantes al comenzar las primeras clases de la mañana en los diversos establecimientos de enseñanza, muy pronto acudieron á la calle de San Bernardo, donde está la Universidad, los alumnos de Medicina y de Farmacia, de algunos Institutos y Escuelas, que respetuosamente solicitaron del rector, que á la sazón lo era el marqués de San Gregorio, les concediese el reunirse en manifestación, como así lo verificaron. Formáronse por ordenados grupos de Facultades y Escuelas, y, para evitar rivalidades en el orden que había de seguirse, se procedió á un sorteo, habiendo correspondido el primer lugar á la Facultad de Teología, y el segundo á la de Farmacia. Fueron ordenadamente en primer lugar á Palacio, á cuyo balcón principal de la plaza de la Armería estaba asomada la reina Isabel II, con toda la Real familia y alta servidumbre palatina; después, á las casas de algunos de los generales que estaban en la campaña, y felicitaron á sus familias, para luego recorrer las principales calles de Madrid, manifestando en todas partes ese entusiasmo y alegría juveniles que atraen las simpatías de todos.

La reunión de aquella juventud alegre y entusiasta, que paseó varios días por las calles de Madrid para celebrar el triunfo de nuestro Ejército, ofreció no pocas notas cómicas. Como es natural, menudeaban los elogios á las jóvenes que había en los balcones ó transitaban por la vía pública, y se mezclaban los vivas á los generales, al Ejército y á la Patria con los requiebros al bello sexo, así como también se tenía la exigencia de que se descubriesen todos los transeuntes al pasar las banderas que llevaban los grupos de estudiantes (algunas de las cuales eran preciosas), ocasionándose con tal motivo no pocos incidentes, alguno de ellos desagradable.

Las manifestaciones estudiantiles se reprodujeron en los días inmediatos al en que se celebraba la victoria de Tetuán, como aconteció muy poco después, cuando llegó á Madrid el entonces coronel Rizo con las banderas tomadas al enemigo, que por cierto fué un día de frío extraordinario, contrastando, como es propio de las naturales variantes atmosféricas del mes de febrero, con la agradable temperatura que se había experimentado cuando llegó la noticia del triunfo de nuestras tropas.

De todas suertes, la conmemoración de estos hechos, donde se manifestó el entusiasmo popular por una causa que tanto enalteció á la Patria, será siempre igualmente grata, lo mismo á los que fuimos testigos presenciales que á las generaciones que se han sucedido, las cuales verán en tal recuerdo un motivo de aplauso á las glorias españolas, que lograron la admiración de Europa entera y el respeto de todos los pueblos.

Aquel día no hubo partidos políticos; sólo hubo españoles, confundidos en estrecho y fraternal abrazo.

Joaquín Olmedilla y Puig.

Prevenciones del general O'Donnell

He aquí las dirigidas al ejército en los comienzos de la gloriosa campaña de Marruecos de 1859:

«1.ª En las marchas nadie se separará de las filas ó del puesto que se le marque, ni aun para hacer sus necesidades naturales, pues para esto se harán altos. Téngase entendido que en África no hacen los árabes prisioneros; todo individuo que es cogido por ellos, después de martirizarlo es despiadadamente asesinado, y sus miembros ensangrentados puestos como trofeos entre las tribus salvajes de que está poblada.

»2.ª El ejército en marcha y campamento estará siempre rodeado de enemigos que acechen el momento en que un individuo se rezague, aunque no sea más de veinte pasos, para apoderarse de él si no les fuese posible asesinarlo. No debe, pues, nadie separarse de su puesto bajo ningún concepto; no debe tampoco en marcha ni campamento salir á hacer leña, traer agua ni otra operación sino después que el campamento esté enteramente cubierto y que se haga la prevención á los señores generales ó jefes respectivos.

»3.ª Jamás irán hombres solos á ninguna faena; deberán ir por batallones, compañías ó pelotones, según determinen los jefes, y en todo caso siempre con armas, que no dejarán de la mano, á menos que por disposiciones expresas no se determinase.

»4.ª Para hacer forraje, leña, traer agua, ó cualquier otra operación que sea, y por próxima que se halle del campamento, el jefe que mande la fuerza no empezará la faena sino después de haber puesto avanzadas, colocando sus centinelas, y cubiertas todas las avenidas y dejando un retén correspondiente, dando de antemano una señal para que todo el mundo se reúna si ocurriese alguna novedad.

»5.ª En los campamentos se tendrá cuidado de haber hecho las comidas y apagado los fuegos al anochecer, para impedir que, sirviendo de blanco, dirija el enemigo á él sus tiros, evitando bajas y desgracias inútiles. Cuando otra cosa pueda suceder, se prevendrá.

»6.ª Las fuerzas que no se hallen de avanzada en grandes guardias ó escuchas, aunque de noche oyeran fuego, no se moverán mientras sus jefes no se lo prevengan. Los que formen la primera línea, únicamente si el fuego adquiriese un carácter vigoroso se sentarán, y esperarán las órdenes de sus jefes en esta disposición. Los de segunda línea no se moverán, á menos de recibir orden expresa.

»7.ª De noche, en cada compañía de segunda línea, en el campamento, habrá siempre un oficial y un sargento de vigilancia, determinando el servicio de modo que turnen en cada una, teniendo horas de descanso y de vigilancia; en las tropas que ocupen la primera línea, ó sea, la cara exterior del cam-

pamento, las clases de cada compañía serán todas vigilantes las horas que les toque, cuidando del orden y quietud de sus subordinados. Los jefes alternarán del mismo modo.

»8.ª Jamás se pondrá en un puesto, cualquiera que sea, un centinela solo; en el mismo campo serán siempre dos, separados en él aunque no sea más que veinte pasos, sea de día ó de noche; el menor grupo que compondrá una observación ó centinela será de cuatro hombres y un cabo.

»9.ª En marchas ó pueblos se respetará la vida y propiedades de las personas que pacíficamente esperen al ejército, con especialidad los ancianos, mujeres y niños, y aun en los combates se hará lo mismo con los heridos que queden en el campo y prisioneros que se hagan, aun cuando el enemigo se conduzca de otro modo. Un pueblo civilizado é ilustrado como el nuestro no debe, ni aun con el carácter de represalias, imitar los instintos feroces de las salvajes tribus que pueblan el suelo africano.

»10. Cuando se encuentren pozos ó balsas de aguas estancadas, especialmente en corta cantidad, no beberán los hombres sin haber hecho que antes lo verifique algún perro ú otro animal, evitándose de este modo los efectos perniciosos que pudieran sobrevenir á las tropas si el agua, por causas naturales ó artificiales, contuviese materias perjudiciales á la salud. En las aguas corrientes no hay motivo de temer.

»11. El sistema y costumbre de los pueblos de África adonde el ejército pueda dirigirse es atacar en medio de una espantosa gritería, con lo cual creen amedrentar á sus enemigos; lo mismo efectúan de noche, cuando quieren fatigar un campamento, en el momento de ser descubiertos. El ejército en todos los casos debe permanecer impasible y mirar con el desprecio que se merecen esas alharacas. En ello se dará una prueba de serenidad y disciplina, y al mismo tiempo se impone al enemigo, á quien nada causa más temor que ver la imperturbabilidad de sus contrarios; silencio, pues, en todos los casos; calma completa, y resolución y energía para ejecutar cuanto prevengan los jefes: esta sola condición es la más segura garantía de la victoria.

»12 y última. Los oficiales que manden guerrillas, los jefes que manden fuerzas destacadas de sus divisiones, no pasarán jamás los límites de lo que se les haya prevenido, ni menos se desmandarán, cualquiera que sea la persecución que se haga al enemigo. Éste acostumbra muchas veces á retirarse con premeditación para ver si imprudentemente se le persigue, y cuando ve las fuerzas separadas de sus sostenes, cae de improviso sobre ellas, y trata de envolverlas. Grandes desgracias ha producido en la guerra el dejarse llevar de un ciego entusiasmo.

»Se prohibe á todos seguir tal ejemplo, y se castigará al que comprometa las fuerzas que mande por olvidar esta prevención.»

Lecciones que contiene la Historia

I

«Los dioses se van», ha dicho Chateaubriand. ¿Por qué se van?

Cuando Diocleciano empuña las riendas del Imperio, en Roma los templos del verdadero Dios comienzan á disputar el incienso á los dioses de los ídolos. Un cuadro condensa todo el pensamiento que contiene y describe siglos en la primera visita de Pío IX á la cripta de los Papas, en la catacumba de San Calixto. Al Papa acompaña el arqueólogo Juan Bautista Rossi. Los mártires atestiguan con su muerte la muerte de una edad que prodigaba el deleite y era norma de injusticias. Pudo suceder esto á lo que no podía ser eterno ni vivir á perpetuidad. Vivió el paganismo hasta que pudieron los descendientes de Sem, Cam y Jafet, después del diluvio universal, conocerse bajo el Imperio de Roma; y en esta gran metrópoli del mundo conocido chocar, discutir, avenirse, principalmente por la ley del más fuerte, y con ella modificarse la vida de período en período de civilización: unas veces elevándose el espíritu á las mayores alturas; otras descendiendo á los más profundos abismos.

Gibbon ha podido formarse idea muy aproximada del famoso Coliseo. El pueblo de Roma, que había degenerado á ser populacho, en sus fiestas ponía principalmente sus afanes. Uno de sus espectáculos era presentar hipopótamos y cocodrilos en los canales que había alrededor de la arena; en cuanto al número de leones, está calculado por cientos. Las cavernas que servían de encierro á las fieras tenían dos salidas: una al exterior y otra al interior del monumental edificio. Había ciertas bóvedas que servían de lugares de prostitución. Prostitución que no puede describirse por ser tanta la profanación de todo sentido moral, por ser tan en grande, tan continua, tan desvergonzada, tan en desprestigio de la mujer y de vilipendio del hombre. Era la prostitución general y con rivalidades cerca de las cavernas de la muerte. ¡Este nombre en el lugar que se quería más vida! Donde las mancebas desnudas y las damas romanas de la más saliente distinción, tomado el ejemplo de los tiempos de Nerón, se practicaba en los tiempos de Diocleciano. Porque no podía ser otra cosa donde el vicio había sido elevado á la categoría divina.

La mujer romana tenía perdido el pleito de la honestidad, que estaba ganado por la deshonestidad. Por otro estilo sucedía bastante de lo mismo, según Amanio Marcelino, á las galas, de brazos blancos como la nieve; demostración de lo que era su hermoso cuerpo. No era su hermosura bastante para conseguir la fidelidad de los hombres. Sólo que, asegura Estrabón, la

mujer gala se consideraba feliz pariendo y criando ella misma sus hijos. Las druidas entre ficción y realidad aparecen á la luz de la Historia; su traje, más que nada, revela el desorden ó predominio de los sentidos. Como tales druidas, con vida por los bosques, con actos de predominio sobre seres irreflexivos, su pasión respetada, la túnica, el velo, los adornos, son símbolos de sacerdotisas que sienten amor. Aman la Naturaleza, y de ella al hombre, como planta principal y soberana, para llegar con los sentidos al colmo. Velada la druida ante el mancebo que la encuentra en el bosque, le dice: «No sé qué embeleso irresistible me arrastra en pos de ti...»

La persecución de los cristianos extiende sus dominios desde las márgenes del Tíber hasta las extremidades del Imperio. Todo su organismo, magistratura, fuerza pública, administradores superiores é inferiores, tienen orden, como si la recibiesen de Atila, de destruir todo nombre cristiano, personas, edificios. El odio se hace oficial; el exterminio, general. El derecho es conculcado, lo mismo el natural que el positivo. Los dioses del Olimpo exigen sacrificios; las cárceles están repletas de condenados; los caminos, señalados por huellas dolorosas impuestas á la inocencia por la ferocidad romana. Las madres y sus tiernos hijos sucumben bajo la férula de cuadrillas que secundan la ferocidad imperial de los Dioclecianos con azotes, ecúleos, garfios, cruz, fieras. Las mujeres, desnudas, son colgadas por un pie para que mueran en suplicio cruel é impúdico. Todos estos tormentos eran el goce que apetecía Galerio, cuidadoso de tener siempre osos feroces, otras fieras que lanzar sobre el inocente cristiano. ¿No es verdaderamente maravilloso ver tantas víctimas que iban á ser el preludio de una reparación universal, poderosa, permanente, inefable?

De etapa en etapa gloriosas camina el cristianismo por arte mágico, por razón filosófica, por cumplirse profecías, por amor al sacrificio.

Es lo cierto que el año 29 de la Era cristiana Octavio Augusto imperaba en Roma con sumisión de senadores y de magistrados. El año 37, de los emperadores de la familia de Augusto, era su representante Tiberio. Como dice Durny, las costumbres habían llegado en Roma al mayor grado de depravación. Las Mesalinas, Agripinas y Sabinas hacían *pendant* con los Calígulas y los Heliogábalos. Entonces, según la Historia, hubo espectáculo de 10.000 gladiadores corriendo la sangre. Los espectáculos obscenos se daban las manos con los de muerte. Sólo se daban ejemplos buenos de las familias proscritas, por mujeres, niños y esclavos. En esta situación se llegó al año 305. Entonces se mandó otra persecución de cristianos. ¡Qué horror! ¡Oh! ¿Cabe dudar de aquella prueba de heroísmo, de la virtualidad de la fe, del progreso cristiano ni del porvenir que esperaba á la doctrina del *Crucificado?* ¿Dudar de que murió en el Gólgota, pero que resucitó por una eternidad?

Las pirámides de Egipto, el Partenón de Atenas, China con sus recuerdos tradicionales, África con sus variadas costumbres, Méjico y Perú, ¿no contienen datos que bastan para creer en una *Edad de piedra,* y que desde ella se viene investigando la vida humana paso á paso hasta la *Edad de hierro?*

¿De la sustitución del politeísmo por el cristianismo puede dudarse? ¿Cabe duda sobre lo que fué la mujer para el hombre cuando aquel culto pagano, y lo que es cuando el culto católico?

El ilustre arquitecto Pavía tiene demostrado: «Que aparece íntimamente unida desde un principio la historia de las *catacumbas* á la historia de la *Iglesia;* que no es posible ocuparse de la primera sin tener que seguir paso á paso el desarrollo del cristianismo.» Por ser éste en la práctica religión de sacrificio; el sacrificio, la palabra lo dice, es caridad; por la caridad ha conseguido siempre el cristianismo sus constantes triunfos; cada triunfo es una aproximación á Dios, y Dios acoge siempre con hospitalidad divina.

San Pedro en Roma, en la memorable casa de Aquila y Priscila, barrio del Transtevere, en días que Octavio Augusto permitió el culto mosaico y de la catacumba hebraica; cuando Pedro vivió en el *vicus Patricius,* huésped del centurión Cornelio Pudens y de su esposa Priscila; cuando los Cecilios y los Pomponios, acompañados de sus esposas, coincidían en la conversión; cuando se registra ésta de Pomponia Grecina, esposa de Aulo Plautinos, su alcurnia entre las más elevadas; cuando atestigua Tácito que el degenerado Claudio sufría desafíos de cristianos en punto á virtudes; cuando un hipogeo situado en el campo, entre las vías Namentana y Salaria *(Cementerio Ostrianum),* cobijó en su seno la verdad, como perla escondida entre las algas de los mares; cuando el Príncipe de los Apóstoles, que estababa iluminado por el Espíritu Santo, puso cátedra de conversión y logró catecúmenos, ¡y qué catecúmenos!; cuando la *catacumba Ostriana* era visitada con veneración en tiempo de Gregorio Magno, por considerarla lugar de enterramientos y santuario de oración.

¿Cabe en lo humano pensar que la *catacumba* situada en la llanura *Vaticana,* entre las vías Triunfal y Cornelia, había, después de veinte siglos, de ser emplazamiento de la grandiosa basílica expuesta á todas las tempestades y por ninguna de ellas quebrantada? La primera señal en la vía Salaria de epitafios cristianos de la familia Pudens, de la memorable *Priscila,* ¿no es repercusión de los acontecimientos de Nazaret? La piadosa *Lucina,* ¿no parece que presiente su celo lo eterno, dirigiendo los trabajos de apertura de catacumbas en predios de la vía Aurelia? ¿Quién sospechar de aquellos paseantes romanos, lo mismo de la República que del Imperio, por la fastuosa vía Apia, que habían de ser plantel de generaciones cristianas? ¿Quién adivinar un Rossi, investigador infatigable y afortunado de otras catacumbas, las de Protextato y de los Cecilios, aquellos días de estruendo del pueblo que llega á llamarse rey, y que después queda esclavo por vicios de organización social?

Error lamentable por su transcendencia el que se cometió en el siglo XVIII, al atacar sectariamente á toda religión, en particular á la Iglesia. Ataques hubo contra el Estado político y á cuanto tuviese relación con la sociedad antigua, descuidando corregir deficiencias de la moderna. Weber dice en su *Historia Universal* que un día en Inglaterra vivió Locke, maestro y amigo del conde de Shaftesbury, y quiso que religión y ciencia estuviesen sometidas á un examen crítico severo. A esto se ha atenido Rossi como arqueó-

logo. Pero los discípulos de Locke, con sátira implacable, con incredulidad manifiesta, han pretendido por el escepticismo predicado en Holanda por Baile, irónicos con los dogmas de la Iglesia, borrados de la creencia humana, de la fe por la razón, del consuelo por el fanatismo, de la moral por un racionalismo protestante. ¡Ah! ¡Si Voltaire con los enciclopedistas, si los ateos de todos los matices hubiesen estado propicios á penetrarse del significado histórico y de los fundamentos filosóficos de una doctrina que por trasplante crece en las catacumbas, y destaca espléndida en catedrales como las de León, Colonia y Milán!

Rossi, con entusiasmo científico, descubre de la antigüedad historia gloriosa para la Humanidad. Voltaire, refractario á entusiasmos sociológicos, no ve ni quiere ver más que una Humanidad descendiente de Caín.

Gibbon acaba su *Historia de la decadencia y fin del Imperio romano* el 15 de octubre de 1764, soñando que estaba sentado en las ruinas del Capitolio. Soñaba el ciego que veía. Pero ¿qué veía? Soñaba Gibbon en la hora que los franciscanos descalzos cantaban vísperas en el templo de Júpiter (convertido y dedicado al culto católico). Soñar en genio tan superior como el de Gibbon no es maldecir: es amar. De Voltaire no puede decirse lo mismo. Sonreía con maldición. Educado en la alta sociedad, era tema obligado que siguiese la moda (el ridículo ingenioso). La poesía satírica de Voltaire (año 1778) había de envenenar más que cicatrizar heridas. No podía dejar ideas aprovechables como son las de Rossi. La *Enriada* de Voltaire es poema que no cabe en la mente de Lamartine describiendo su viaje á Tierra Santa.

Aforismo es que todo pueblo no puede vivir sin religión, y que la única verdadera es la de Cristo.

Las sátiras de Juvenal nada pudieron contra la predicación de San Pedro. Las familias patricias iban convirtiéndose al cristianismo. El *vicus Patricius,* cerca del *domus Pudencianus,* residencia del primer Pontífice, barrio situado entre el Viminal y el Esquilino, hízose sospechoso á la sociedad entregada al paganismo. Su sospecha estaba fundada. San Pedro consagraba entonces obispos á los Santos Cleto y Clemente.

Los judíos, dispersos unos, otros cautivos, éstos fueron empleados en las obras colosales del anfiteatro Flavio. El monumental arco de Tito recuerda también el triunfo de Vespasiano sobre el pueblo judío. Este pueblo disperso desaparecía como nación; pero quedaba como testimonio irrebatible en la Historia. Así como los grandiosos monumentos romanos subsisten para que no se dude de la existencia del politeísmo, mientras que hoy queda sólidamente en pie el catolicismo. Esta es la verdad.

Los acontecimientos se suceden. El hermano mayor del emperador Vespasiano, Flavio Sabino, yerno de la piadosa Lucina, prefecto doce años de la ciudad de Roma. Dos hijos tuvo el prefecto, que casaron cristianamente: uno con Julia Augusta, hija del emperador Tito; otro con Flavia Domicilla, nieta de Vespasiano. La hija de Flavio, Plautilla, entusiasta y admiradora de la predicación de San Pablo. Todos señalaban diariamente orientaciones cristianas.

Domiciano, digno émulo de las crueldades de Nerón, atiza el fuego del martirio. En él sucumben el apóstol San Juan y nobles damas de la familia imperial. Flavia Domicilla, esposa de Flavio Clemens, fué desterrada á la isla Pandataria; una virgen del mismo nombre también fué condenada al destierro (era hija de Plautilla, matrona de gran reputación). A Flavia siguieron al destierro sus amigas Eufrosina y Teodora. A estas tres mujeres se atribuye la fundación del primer monasterio cristiano. Al mismo tiempo las catacumbas iban en aumento, como enriqueciendo la vía Apia. Renombre tienen las de *Pretextato* y de los *Cecilios* cristianos.

Estudio merecen aquellos tres períodos, en los que la mujer desempeña papel importantísimo. En uno figuran las mujeres del Anfiteatro y del templo de Vesta; en otro ocupan lugar las mujeres de la Sinagoga; en otro aparecen, á manera de visión entre el follaje, las mujeres con carácter de druidas. A estas tres clases de mujeres se oponen, y destacan en los primeros siglos de la Era cristiana, las discípulas de los apóstoles Pedro y Pablo, discípulas de la fe en Cristo. ¡La fe! Por ella se desarrolla y vigoriza la virtud. Esta nace de la bondad persuasiva de la doctrina cristiana, que obliga con el ejemplo. ¿Qué más milagro que á un imperio despótico de los sentidos venza otro imperio moral que rinde á su voluntad el espiritualismo? A los líctores, y á cuanto tiránico representan ellos, sustituye la actividad del misionero evangélico; al exterminio, la paz; á la pasión con los más refinados egoísmos, la emoción de las simpatías generosas; á la impúdica doncella, la virgen mártir.

El hombre queda asociado á la nueva vida del bello sexo.

Ciertamente que estaban muy lejanos los tiempos en que Daniel alivió la suerte de sus compatriotas por los inmensos beneficios con que favoreció el reino de Asiria; por cierto agradecidos aquéllos, sin orgullo, en la tentadora y soberbia ciudad de Babilonia. Lejanos iban los tiempos en que por la ley de Moisés eran castigados el adulterio y las profanaciones, como la que fué intentada en la persona de Susana. El legislador divino dice al pueblo hebreo: «Cualquiera que pusiese los ojos en una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio en su *corazón* con ella.» Calígula había pasado por el trono de los Césares, y por el incesto, con violación de su hermana Drusila, queriendo convertirla en diosa y erigirla un templo. Bernardo, en su historia *Los héroes del cristianismo,* dice: «La Iglesia de Jerusalén descansaba sobre la tumba del Calvario cuando San Pedro se encontró por vez primera frente á frente con la sociedad romana.» Mas el gigante del paganismo no arredró al apóstol.

Iba con paso firme y voluntad decidida hasta el heroísmo para evitar la repetición de tragedias: una en la que tomaron parte Claudio, como emperador prostituído; Mesalina, como adúltera; Silio, como sátiro; Narciso, como usurpador. La escena se representó en Ostia. Al mismo tiempo los libertos gobernantes celebraban consejo con sus confidentes en aposento reservado del palacio Palatino. La reina Berenice, hermana de Agripa, desde Jerusalén, donde cumplía un voto religioso, movida á compasión por sus perseguidos compatriotas, imploraba clemencia al cruel Floro. El historiador Josefo murió sin

comprender que había sobre la obra humana otra divina. No vió más que la *Jerusalén* cantada por Tasso; no vió que se trataba del poderío de Roma arrasadora de nacionalidades; que se trataba además de llegar un día que al Capitolio sucediese el Vaticano. Nerón reprende al tribuno Subrio Flavio, de quien tiene que oir: «Te fuí adicto en tanto que mereciste ser amado. No lo mereces después de haber asesinado á tu madre y esposa.»

¿Cómo habían de quedar impunes estos delitos del incendiario de Roma?

La cárcel mamertina, defendida por sí misma—tal era su construcción carcelaria—, estaba además guardada por cohorte pretoriana. Tal cárcel (mansión del terror) sirvió de prisión á los *dos* apóstoles. El jefe de la Iglesia por designación divina, y aquel Saulo convertido en Apóstol de las gentes. Recordaron las palabras del divino Maestro: «Dondequiera que estéis juntos dos ó tres en mi nombre, yo estaré con vosotros.» La promesa está cumplida en la vida de la Humanidad. Pasajeros son el asesinato de Bruto y el suicidio de Nerón; de éste, á su cuerpo dieron sepultura su concubina Actea y su nodriza, mientras que de la gloriosa era de los mártires queda memoria imperecedera. Hasta los luminosos focos científicos de Atenas, Alejandría y Roma quedaron opacos por la luz deslumbradora de los Evangelios. Está bien dicho, con filosófico sentido, que venía el cristianismo á satisfacer una necesidad general, al paso que combatía de frente el edificio entero del pasado. Con edificarse aquél tan sólido, por esto, y con ser el derrumbamiento de éste total, queda demostrada la superioridad orgánica de la Iglesia, no obstante corroerla en parte gusanos destructores.

II

No importan. Dios ante la Humanidad. Dios, que rige el sistema planetario, ¿qué puede ser ni significar para él el globo terráqueo?

Dios en la persona de su Hijo nos ha favorecido con el cristianismo. Todas las invenciones de los hombres, sus errores, cuanto á ellos es perjudicial en primer término. Desde los acontecimientos durante la dominación de los Flavios, todos los dominadores durante siglos, Atila con su inmensa ferocidad, Carlos V con su férreo poderío, la Revolución con sangrientos arrestos, nada puede ser comparable con el pensamiento que contienen estas palabras: *Deus cháritas est;* siendo su principal característica la justicia. Las catacumbas de Santa Cecilia, de Flavia Domicilla, de Santa Petronila, fueron incubadoras de grandiosos monumentos religiosos: dentro de sus muros los espíritus se extasían en plegarias al Altísimo; las campanas de la oración se oyen místicamente; las de Jerusalén en Nueva York, y viceversa.

Dificilísimo es que la Humanidad se convenza. Peor para ella.

La arqueología ha venido á cooperar ventajosamente á favor de las verdades reveladas. En el siglo II sigue desarrollándose la doctrina cristiana. Trajano inaugura la época de los Antoninos. El lema imperial era: «Los que

se confiesen cristianos deben ser muertos por la espada.» Y los cristianos contestaban en todos los tonos y con igual firmeza: «Morir tenemos; ya lo sabemos.» Pensamiento que ha tenido repercusión por los siglos de los siglos. «¡Muerte, tú eres lo único *serio* de este mundo!», ha dicho literato eminente del siglo. ¿Qué es la vida, sino preparación para la muerte? Buena la del justo; mala la del réprobo. Catacumbas se construyeron para los Papas; andando el tiempo, Miguel Angel embelleció la magnífica basílica de San Pedro. Noble patricia romana Santa Cecilia, por las «Actas de esta santa» pudo creerse que pasaría al olvido de siempre. Hoy la santa es cantada por todo el orbe católico.

El único escollo cristiano es la falta de virtudes. Sin embargo, se emprende la excavación del vasto cementerio de San Calixto. Roma tiene ya obispo que puede decir: «Atrás, falsos dioses. La Humanidad merece más, mucho más que vuestras supercherías.» Á ellas, tan inmorales, empiezan á sustituir las máximas morales. Es verdad que la inmoralidad no ha podido desterrarse en absoluto; pero tampoco ha podido continuar teniendo esclavizada la moralidad. Á la influencia de Herodes Atico ha sustituído la de Rossi. Santa Cecilia hubo de comparecer ante el tribunal de Amachius, quien la condenó á encerrarla en el *Caldarium* de la sala de baños de su palacio del Transtevere, para que pereciese asfixiada por los vapores producidos por el fuego lento del ***hipocausto***.

Aquella Cecilia, hija del paganismo, es la misma que veneramos hoy su imagen en los altares católicos. Amachius y los suyos lograron su objeto: apoderarse de la inmensa fortuna de los Metellos. El historiador Eusebio confiesa que el ejemplo del martirio de Santa Cecilia fué provechoso al cristianismo, que vió engrosar sus filas con mártires de elevada alcurnia.

La Historia favorece la verdad á la corta ó á la larga.

Cuando el año 202 de la Era cristiana fué elegido San Ceferino para ocupar el solio pontificio, y fué nombrado San Calixto archidiácono, no obstante su destierro á Cerdeña por Marco Aurelio. Andando el tiempo, pudo averiguarse la vida de Ceferino, al encontrarse en convento griego cuanto se deseaba saber en un manuscrito. San Calixto dió su nombre á nueva catacumba, impidiéndose que los paganos hiciesen estragos en lo que estaba destinado á cripta de Papas. Es de notar los cuidados que se ponían para salvar la idea y enaltecer la doctrina, sin reparar en sacrificios de personas y haciendas. Como todo lo que empieza acaba, las persecuciones legales que empezaron tuvieron su término. Un día ahombró espléndidamente por su mano Constantino los libros evangélicos. Tenía que llegar en la histórica hora del tiempo. Este empezó, para tener otra finalidad, la vía Sacra, el Foro de Trajano, la Basílica Ulpia. Quedó dicho solemnemente á la faz de Imperio: «El Dios de los cristianos es el solo verdadero; que se cierren los templos y se abran las iglesias.» El decreto se dió para ser *eterno*.

Las luminarias gigantescas del incendio de Roma, con que quiso Nerón que se viera su inmensa maldad; aquellas llamas colosales en tamaño y fuerza hicieron ver al pueblo romano á qué malvado estaba sujeto: á Nerón, que per-

sonificaba la religión, la patria, la vida, todos los intereses y todas las voluntades ciudadanas, dioses, magistrados, Senado. Nada quedaba exento de la acción perversa del Emperador. Así lo creyó él. No tenía noción de la potestad de Cristo. A sus súbditos los cristianos la corrupción de costumbres los hacía incompatibles por su vida austera, rodeada de severidades, impuesta, contrapuesta, con los desórdenes morales de las Cortes de Nerón y de Tiberio. Tácito describe horrores de los malos tratos á que estaba sujeto todo ciudadano que se titulase cristiano, señalándole con estigma, mientras que ser deshonesto, vengativo, usurero, desnaturalizado, no deshonraba en Roma.

A tal extremo de vilipendio habían llegado los descendientes del Lacio, con entregar su salvación á Vulcano, Ceres, Proserpina, Juno, etc., etc. Para librar á la Humanidad de tanta degradación la dijo Jesús: *Sed perfectos como mi Padre que está en los Cielos.*

La Humanidad era llamada á nueva vida. No pretendamos que haya respondido fielmente al llamamiento. No podía tenerse la pretensión de que la Humanidad se corrigiese á sí misma, abandonando fácilmente en absoluto viejos abusos (se conserva aún el Carnaval). La consigna redentora simbólica era la que ha llamado Chateaubriand la *voz* de la Iglesia. Desde las torres de los campanarios se llama á los fieles (los dos sexos por igual); dentro del recinto sagrado la oración, la misa, los sacramentos, la caridad es lo requerido. Si no se cumple así, es faltar á preceptos que son los únicos de los que puede recibirse la dicha. Jesús dejó enseñada la manera de sustraerse á la corrupción general; la voluntad con buen fin es la llamada á imponer la regeneración social: no es la voz del pregonero.

Grandiosa obra cumple desempeñar á las conciencias allá en el fuero interno, que puede y debe mandar al exterior manifestaciones que enaltecen en todos los ramos del saber, en todas las inspiraciones artísticas, en todas las emociones del alma, en todas las relaciones de la vida, lo mismo en público que en privado. Veinte siglos de Era cristiana se contienen escritos en el *Año cristiano* con actos de miles de criaturas que han merecido acertadamente los honores de la *santidad*. Para esto se requiere amar á Dios y al prójimo. Amar no puede ser más que por iniciativa anímica, desarrollada la acción espiritualmente, completándose hasta el sacrificio. En todo momento puede suceder así. Amor que no se percibe al tacto; pero que se siente por coincidencias volitivas, actos reflejos que se perciben en el fuero interno, por superior jerarquía á todo lo que es sensibilidad. Nada se excluye en orden al sacrificio, obrándose la acción vital en interés de todos, y de modo que alguno no resulte privilegiado para nadie. A la esclavitud corresponde que sustituya el compañerismo, y que se trabaje para fin tan laudable.

¿Qué misión es la que corresponde desempeñar á la mujer? Homero no sirviera para describir poéticamente la mujer cristiana. Á no ser que tuviese lugar su conversión. Porque historiadas son perversas las costumbres paganas: así resulta según Teócrito y Filón, etc. Cabía alardear de impudicia, y el alardeo que llegase hasta la tumba, como sucedió con el impúdico Diocles.

Todos los años los jóvenes romanos podían acudir á luchas que eran principalmente de disolución de los vínculos morales. La lascivia era coronada, y aceptados los más torpes ultrajes. Dábase el caso de haber dama que ofreciese quinientas esclavas á Venus. Todo este basurero social desapareció á poco de haber Judea tenido que ceder por superioridad de fuerzas los poderes de Jerusalén á los ejércitos de Roma, que violaron por completo culto y nacionalidad del pueblo hebreo al conquistarlo.

Marco Aneo Séneca señala una época en Roma; pero no pudo conseguir con su filosofía purificar ni pensamientos ni obras. Cuando Calígula quiso matarle, una concubina advirtióle «que la salud del filósofo era para morir en plazo breve». Y quedó suspendido el proyecto de asesinato.

Que Séneca filosofó, es indudable. Pero ¿en qué sentido, y cómo se distinguió su filosofía? Elevado á la cuestura, fué desterrado por Claudio á Córcega por atribuirle amistad íntima con Julia, hija de Germánico, y con Agripina. Séneca ultrajó la dignidad del filósofo, porque, adulador del César con vida, le recriminó después de muerto. Las cartas *consolatorias* de Séneca no pueden consolar con la prodigalidad que él quiso tener para mitigar penas de familia, que habían de ser forzosamente humanas, cuando la necesidad que había de satisfacer era divina. Quiso Séneca afirmar el imperio de la razón sobre las pasiones, cuando ni su voluntad tenía esa propensión, ni las leyes la inculcaban en el corazón. De Marcial puede darse juicio parecido con lo que dijo: «Si á la vez me convidasen á cenar César y Júpiter, aun cuando las estrellas estuviesen inmediatas y distante el palacio, contestaría á las deidades: Buscad quien quiera ser convidado por el Tonante; á mí me retiene en la tierra mi Júpiter.» Retención terrenal, con todas sus consecuencias plásticas desmoralizadoras, según la parábola pertinente al caso que contiene el Evangelio, según San Lucas.

Las personalidades de Caracalla y Geta dan la última mano al cuadro horrible que representa en sus últimos años la historia de Roma. Enemistados los dos hermanos, su madre quiso ponerlos en paz. Trabajo inútil. Caracalla mató á Geta en el regazo materno. El siglo III de la Era cristiana señalaba para Roma nuevas complicaciones. De Atajerjes significábase su política por las orillas del Eúfrates. Los germanos trazaban campamentos amenazadores por las proximidades del Rhin y del Danubio. Ya no quedaba eco alguno de aquellas palabras: *Vox pópuli suprema lex est*. No. Sucedía, sí, que Caracalla había hecho un donativo á los pretorianos de 2.500 dracmas á cada uno. Del Senado no tenía que temer. Para contentar al pueblo permitió que se deificase á Geta, diciendo: «Sea dios con tal que no viva.» Y consagró á Serapis la espada con que le había matado.

Afortunadamente, Constantino y su madre quisieron que la Cruz del Gólgota fuese la divisa del Imperio, santificada como había quedado ya la enseña hasta el fin de los siglos.

Al romper el cristianismo con todo lo tradicional religioso implantó la Encarnación, la Redención, la Eucaristía. ¿Qué queda de estos misterios? ¡Ah!

¿Qué ha desaparecido de su grandeza? Las teorías y prácticas de opinión dudosa y escéptica, de terror, fueron sustituídas por las de fe, esperanza y caridad. Las prácticas idolátricas, señaladas por las más repugnantes impurezas, se fueron sustituyendo por ritos de regocijo espiritual. ¿Cómo negar su virtualidad, ni profanar aquello que es amor de santidad, buenas costumbres, esperanzas bienhechoras, gozo de ver sentirlo el semejante? Nada obsceno, ni inhumano, ni descuido, ni agresivo. Y cuando al amparo del cristianismo se ha querido esto, siempre por el cristianismo ha sido rechazado, condenado. *Anatema sit,* como está declarado en los Evangelios. Dice Cantú: «Entre los cristianos, niños, ancianos, mujeres, morían sin orgullosa dignidad de escuela.» Afirmación á la que asiente el racionalista Laurent. Porque comprobado está que los cristianos morían perdonando á sus perseguidores. ¡Y qué perseguidores!...

La persecución politeísta terminó por el triunfo del cristianismo y de los bárbaros. Por haber purificación y dulcificación. Imposición de la conciencia sobre las pasiones, como nuevo y grandioso rumbo.

Laurent, en sus estudios sobre la filosofía de la historia, dice: «La unidad es de Dios, lo mismo que la diversidad.» Añade: «En el orden intelectual y moral esto es evidente. Así como no hay más que un Dios y una verdad. La necesidad de la unidad es incontestable, siendo la primera en manifestarse.» Efectivamente; las verdades de sentido común se imponen en la sociedad. La ciencia, cuando puede pasar de la hipótesis á la teoría, y puede llegar á la verdad demostrada, entonces tiene dicha su última palabra. Este es el caso de la unidad y la diversidad, por una nivelación que señala igualdad natural relativa, y, por consiguiente, las desigualdades naturales que vemos en el catolicismo á su advenimiento en la tierra, al mismo tiempo que sucede el derrumbamiento del politeísmo.

Dedúcese que se impone, en la organización del género humano, que la vida nacional no perjudique la individual, cobijadas por la vida universal. Cuando empezó á dividirse en porciones el Imperio de Roma, y los bárbaros acudieron de diversos territorios, unos del Norte, otros de Oriente, la unidad de miras estuvo vinculada en aquel Pedro, que pasó á ser, de *pescador* de peces, *pescador* de hombres. Es cierto que la herejía sacó también la cabeza; pero la serpiente quedó para siempre sujeta bajo los pies de la *Inmaculada.* La mujer obtuvo título matrimonial, al pasar de virgen á madre. Sin que fuese condenado el celibato. Este quedó en la sociedad como voluntario; acto más honesto, por ser más austero. Negarse á la austeridad es dar gusto al desenfreno de las pasiones. Peor para quienes prefieren á una religión purificadora, otra ó ninguna; que es más que nada desmoralizador no inspirarse en la omnipotencia divina.

Así lo ha entendido la Iglesia, aplicando su criterio á propios y extraños. Mientras que el cristianismo ofreció el único remedio posible para una sociedad que el vicio corroía su existencia. Tal era la sociedad antes de la venida de Jesucristo. Pero ¿no vemos hoy, no obstante tantas deficiencias personales,

que el cristianismo, su Iglesia es la que espiritualiza más? Sobre todo, la que cuida mejor de conservar el rango de la mujer, que es como decir conservarse también mejor el del hombre. ¡Desigualdades de sexo! Pero si son limitadas, solicitándose cristianamente por uno y otro sexo, con más poesía, con más castidad, con más perseverancia, el hombre y la mujer. Y la nivelación social, cuando dice Laurent que toda la Humanidad sabe que la libertad, tal como la deseamos y estipulamos en nuestras constituciones, procede de la raza germánica, y no del cristianismo. Él mismo se refuta al afirmar: «La religión da salud á los hombres, así por la acción individual como por la acción colectiva.» ¿Qué religión? ¿Cuál puede compararse con la cristiana para dar salud moral?

La libertad germánica lo que podrá decirse de ella que fué más apta que ninguna otra para enterarse y hacerse con el secreto de la religión cristiana. Por eso la Iglesia, no siendo más que católica (no política), ha podido organizarse jerárquicamente, sin mancillar la libertad como medio para no eludirse la responsabilidad de ser consciente. ¿Que esa responsabilidad se quebranta? Pues al quebrantamiento sigue la sanción.

Cuando se pide la sustitución de la fe católica por otra fe, se pide escalar los Cielos. Se piensa en una nueva torre de Babel. La Revolución dió origen al socialismo, pasando del estado de nebulosa á otro más comprensivo; viéndose claramente los peligros que se corrían al querèr sacar en bien violentamente alguna reparación social de justicia. Se va en busca de la felicidad, sin la expiación con que nacemos, cuando ya el dolor, expresado por el llanto, es la primera manifestación de aviso en el acto del nacimiento. Cuando las creencias son compatibles con la edad, y la duda se presenta, nos pone en peligro de muerte; el error cerrado nos la da seguramente.

Discurriendo erróneamente Laurent, y con él otros autores de pensamientos tan vastos. Laurent se empeña en que es verdad que hay en la caridad cristiana un vicio que ha hecho degenerase en egoísmo. ¿Por qué? Dice Laurent: «Porque el cristiano no ama á los hombres por los hombres, sino por Dios.» Pero si muchos siglos antes del Calvario, en la ley que fué dictada á Moisés, precursora del cristianismo, se le dijo: *Amarás á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á ti mismo.* Además, ¿cómo amar á Dios, y dejar de amar á su criatura? ¿Cómo amar al buen hijo, y no amar á su buena madre? Gentiles de todas las edades y razas, para haber amor entre los padres, y tenerlo á su descendencia, ¿no necesitan empaparse intelectualmente de las *Tablas de la ley* y de las *Bienaventuranzas?* ¿Qué fueron los germanos antes de hacerse cristianos, y qué han sido después?

Después han conseguido un San Vicente de Paúl y miles de buenos ejemplos.

Laurent, en sus laberínticas ofuscaciones, llega hasta descender á las que ilumina menos la luz de la verdad cuando sostiene que los esclavos no podían ver en el Evangelio una doctrina de emancipación. Precisamente era lo que podían ver más saliente.

El Evangelio, rechazado por el pueblo hebreo, rechazado por el pueblo

gentil, rechazado por los bárbaros, no podía haber encarnado en la Humanidad. ¡Si era para ésta! Al ser así, servía para redimir de la esclavitud. La Orden de la Merced, su finalidad ¿no ha sido la redención de cautivos? Aparte de que no se trata sólo de la esclavitud física: se trata también de redimirse de la esclavitud intelectual y de la moral.

Se ha conseguido por el cristianismo que desaparezca como situación legal la esclavitud. Si resulta en algunos casos, es la excepción, contraviniendo la legalidad cristiana. Ninguna nación civilizada quiere pasar por la vergüenza de tener, no digo esclavos, ni siervos.

Kurth ha pulverizado toda la opinión de Laurent. Este ha dicho en su *Filosofía de la Historia:* «Jesucristo vino á llenar en el mundo occidental la misión que Buda había cumplido en el mundo oriental.» ¿Cómo resistir la comparación el budismo con el cristianismo, no obstante el abolengo de aquél? Pero ¿qué abolengo anterior al del *Padre,* cuyo *Hijo* le representó en la tierra? ¿Qué son China y la India comparadas con Bélgica, ésta tan reducida en extensión territorial, aquéllas de tan extenso territorio? ¿Qué resulta de compararse fuerzas anímicas de Europa con las de Asia? Kurth ha demostrado que los pueblos de las selvas, al ponerse en contacto con las legiones y colonias romanas, hubiesen vivido en lucha de exterminio. Mientras que por el Evangelio, al principio contradicho por todos los pueblos, su virtualidad pudo sobre todo: se sobrepuso. Con el sacrificio, tomado del Evangelio, hubo de conseguirse introducir la *civilización cristiana.*

¡Bendita civilización! De la que es preciso descartar toda la calamidad política, alcance á quien alcance. El mismo Maquiavelo ha impugnado la política de su príncipe protector. A nombre de política internacional ó nacional, cobijándola bajo la bandera religiosa, se ha llegado á las más execrables injusticias. Pero esa conducta no es cristiana. Los Evangelios no hablan del *Dios de los Ejércitos.* Será, si acaso, un humorismo, un eufonismo, un convencionalismo. Los galos, que venció César; los iberos, que venció Escipión, no contradicen: antes al contrario, quedan obscurecidos vencedores ó vencidos por los francos y los godos, que rivalizan en caballerosidad á pesar de sus deficiencias sociales, que, con ser tantas, no descienden hasta negarse los sexos: el hombre como caballero, la mujer como honesta; el honor, sí, el honor, que poco á poco penetró en las mesnadas; muy al contrario de lo que sucedió entre las legiones pretorianas, donde el hogar doméstico no tuvo realidad. ¿Quién había de dársela? ¿Acaso Juno ó Saturno? ¿Buda desde las estepas asiáticas?

El cristianismo quiere la perfección social. La civilización en aquella forma de la sociedad que ofrece á sus miembros mayores facilidades para alcanzar su último fin. Fin ignorado por la sociedad antigua, que desconocía la verdadera misión de la existencia humana, llegando hasta la negación de la razón de ser de la realidad de la vida. Era natural que aquellas naciones de la antigüedad (dominación romana) rechazasen que el divino *Maestro* era *via, vita et véritas* del Evangelio. Grandiosa expresión para cumplirse la misión del género humano. Misión que quedó completada cuando Jesús dijo: «Dad al

César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.» Quedando así deslindado el campo entre las dos potestades, la de la Iglesia y la seglar. Deslinde que explicó el Príncipe de los Apóstoles así: «Vale más obedecer á Dios que á los hombres.» Porque la obediencia á Dios no puede en ningún caso perjudicar á la Humanidad; tanto más, que en el Evangelio está dicho: «Buscad ante todo el reino de Dios, y lo demás se os dará por añadidura», como recompensa á la sumisión divina, que es tanto como la consagración á la virtud de la voluntad humana.

Antes de la venida del *Redentor,* según el Derecho romano, estuvo vigente la *ley regia.* Por ella estaban conjuntos los derechos divinos y humanos, representando la Patria; y ésta estaba como condensada su acción en el Estado. Por eso divertir al pueblo era función del Estado, que delegó en una institución subordinada al orden jerárquico superior. Magistratura especial, ó sea, el tribunado de los placeres públicos *(tribuni voluptatum).* Siendo tan absorbente el Estado, no es de extrañar que se considerase materia imponible toda manifestación de riqueza: el agua, el humo, los muertos. Sin que el Erario se contuviese en su acción perseguidora del contribuyente, por desconocerse la relación que hubiese de haber entre la tasa de los gravámenes y los recursos de los contribuyentes. Como ha escrito Kurth, había en la cumbre del mundo un dios *imperial,* rodeado de un número reducido de elegidos entre el pueblo. Paraíso de la felicidad humana (mundial). «Mientras que el resto del género humano estaba condenado á las gemonías del trabajo y del sufrimiento.» Forzoso era el doble aniquilamiento, por el desgaste de tanto sudor y de tanta sangre.

Natural era debilitarse las fuerzas morales y físicas.

Lo que podía llamarse la Europa bárbara, la Germania, era un país de cielo más que nada sombrío, de vientos fríos y húmedos. Tenían establecido turno abundantes lluvias y fuertes ventiscas. El mar era allí tan impetuoso, que invadía las costas mejor defendidas por la Naturaleza. Bosques impenetrables por muchas comarcas obligaban á la vida pastoril y de caza á los pobladores de lugares de sí muy agrestes. Toda la Naturaleza quedaba envuelta en el aislamiento y en la soledad, con sombrío aspecto y tristón horizonte. La sencillez de las costumbres y la ignorancia de los habitantes preparaban á éstos para recibir la *buena nueva,* si bien con feroz disposición de ánimo. Las regiones del Septentrión eran tantas como desconocidas unas de otras; sobre todo las más lejanas de la dominación romana. Tal vez los bárbaros que eran más vecinos de las fronteras de esa dominación iniciasen el avance después de repetidas pruebas de fuerza. Iniciado el movimiento, hubo de repercutir de bárbaros á bárbaros; ellos mismos hubieron de empujarse los unos á los otros. Del Danubio, del Vístula, del Rhin avanzaron las muchedumbres que poblaban aquellos países hacia el Po y el Tíber, hacia los verjeles de Italia.

Los pueblos escandinavos se concretaron á sus ideales, siquiera fuesen salvajes. Disfrutaban la libertad de este estado, entre patriarcal y opresor.

Las circunstancias del momento decidían de la suerte de las personas y de las tribus.

Acampaban á lo largo del Báltico los germanos, los eslavos, por territorios que comprende la Rusia moderna. Más distantes se agitaban con ferocidad quienes odiaban todo miramiento humano. Jinetes que parecía volaban más que galopaban. Acometían aquellas gentes sin temor de ser vencidas. De serlo, quedaban otras que las vengasen. Los mogoles se distinguieron en impetuosidad y destrucción. A todos el nombre de germanos los señalaba como avalancha que marca su paso destructor. Con el tiempo se vió que los galos eran otros bárbaros. De las más elevadas mesetas del Asia Central descendían á las llanuras civilizadas y corrompidas. Quienes desconocían la cultura no podían, por lo mismo, quererla.

Para los germanos quedaba planteado el problema del paso de la vida nómada á la vida sedentaria. Trance arriesgado por exponerse á zozobrar en los escollos de los mares del deleite, en los nuevos países conocidos. Casas-cabañas, riqueza en ganados, hábitos cinegéticos, iniciativas violentas, desnudez de cuerpos, simpatías sexuales, abiertos los ánimos á todas las ventiscas, ideales tan limitados como confusos, el instinto superior dominando al inferior: organización social bravía. La mujer era necesaria al hombre para la reproducción de la especie. Único móvil de simpatías donde no había dulzura de tratos, percepciones sentimentales, gustos artísticos, dulzuras piadosas, sacrificios laudables. Nada de esto se opuso á que pueblos errantes por los bosques, de todas las latitudes, por impulsos de su misma existencia aventurera, topasen, ó tropezasen, ó se encontrasen con otras gentes muy distintas á ellos: con historias de Grecia, de Egipto, de Italia, de Judea. De Judea, nacimiento de la idea *madre,* capaz de atraerse con benignidad las más encontradas aficiones, las más opuestas historias, las más intransigentes voluntades, para fundirlas todas en un acervo común: el del cristianismo.

La fusión de razas tuvo lugar por el transcurso de los siglos y á fuerza de sufrirse tremendas penalidades. *Comerás el pan con el sudor de tu frente.*

No puede desconocerse que la familia ha existido siempre; lo que no puede decirse del concepto que se ha tenido del modo de constituirla y asegurarla un porvenir que fuese garantía decorosa de la mujer y desarrollo efusivo de la descendencia. Al fin los bárbaros vivían rodeados de fieras, y habían de librarse de ellas con fiereza. Y este ejemplo había de cundir en todas las manifestaciones de su vida. Desde luego había de ser entre los bárbaros obligación inevitable, fatal, vivir sujetos á frecuentes, por no decir constantes, guerras. El estado de guerra tenía que ser habitual; lo nómada, un hábito; la venganza, una ley; los odios, innatos. Dice Kurth: «El hombre que se respetaba colgaba el cadáver del enemigo, á quien había matado, en unos ganchos delante de su vivienda, á guisa de trofeo, pronto á responder de sus actos ante el primero que le pidiese cuenta.» Allí no era comprensible un justicia de Aragón, ni un tribunal como el del *agua* de Valencia, ni un *emplazamiento* como el de Fernando de Castilla.

La historia de los bárbaros ha dado motivo á la opinión sustentada por eminentes sociólogos. Cantú asegura que no estaban los germanos arrastrados por los fogosos instintos predominantes entre pueblos asiáticos. «Apreciaban menos en las mujeres la belleza que la prudencia, el valor y la castidad.»

Recuérdese que está consignado en el cristianismo, como virtudes cardinales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Que es tanto como asegurar con su práctica la normalidad, la corrección, el respeto mutuo, aun cuando fuese resintiéndose su práctica de los rigores que son naturales en todo pueblo salvaje. En Germania dábanse en matrimonio las mujeres en edad madura. Las mujeres germanas contraían matrimonio, á diferencia de las asiáticas, sin atraer caprichosamente, ni por arranques geniales, ni por pasiones pueriles. Las mujeres germanas, por tradición, que parece comprobada, se sometían á obediencia razonable, nada más; ellas conseguían del hombre el respeto que era compatible con su religión y con su educación. El problema era conseguir ascendiente sobre el compañero con quien unían su suerte. Implícitamente estaba declarada la *igualdad* de orden jurídico. Igualdad que en algunas situaciones de la vida llegaba á inspirar amor superior por parte del hombre, en cuanto éste reconocía en su compañera comportamiento más perfecto, que daba más valía al bello sexo. Siempre en el estado bárbaro.

Llegábase á confundir lo que es más perspicaz, perceptiva, con la facultad adivinativa. La adivinación atribuída á la mujer rendía á sus plantas: rindiéndose ante ella el hombre, por considerarla éste adivina, así dominaba: la voluntad del guerrero impetuoso, del pastor tosco, del joven apasionado. Como adivinadora (si se quiere, sacerdotisa), acompañaba la mujer á los ejércitos; casi siempre intervenía en lo que llamamos entre ejércitos modernos la táctica, para que fuese oído su consejo como de mujer sacerdotal, á manera de oráculo. Llegado el caso de conseguir rehenes, eran preferidas las mujeres nobles. No cabe mejor prueba para demostrar la asociación de la mujer con el hombre en su peregrinación por la tierra. Y notemos que, en tales condiciones, las mujeres germánicas venían á participar de la civilización, preparadas para dar buena acogida al cristianismo, en momentos (en siglos, pudiéramos decir) críticos que la sociedad pagana estaba postrada ante el vicio, y la sociedad bárbara era refractaria á la suavidad de costumbres.

La importancia de la mujer germana para la vida pública no excluía el desempeño de su misión en la vida familiar. En el seno de la familia desempeñaba la ocupación que es propia del bello sexo; en la guerra era misión de ésta dar ánimo á los combatientes; pelear, si el ardor del combate y los apremios de un episodio comprometido lo requerían; atender cariñosamente á los heridos que estaban abandonados en el campo de batalla. Aquellas mujeres no tenían noción alguna de nuestro feminismo, ni menos los hombres, rudos por naturaleza, guerreros por hábito, violentos por su medio ambiente, acometivistas por necesidad.

Nota tan simpática como de severidad suma; también de conducta ejem-

plar. La mujer germana, si entregaba incondicionalmente su virginidad ó descuidaba su honestidad, era rechazada por el hombre para el matrimonio, por hermosa y rica que fuese; cogida en adulterio, y bien justificado, sufría severos castigos. Y ¡oh poder de la imperfección humana! La poligamia estaba permitida únicamente al rey y á los grandes; derivándose de ahí con el tiempo el derecho de pernada, que un día suprimió para siempre el cristianismo, después que fué extinguido el feudalismo, aquel privilegio que llegó á considerarse distintivo de honor, derivación del estado polígamo.

Según informaciones sobre la historia de los pueblos de la Germania, el esposo, al serlo, hacía á su futuro suegro donativos que eran peculiares de pueblos salvajes. Se donaban bueyes, caballos enjaezados, escudo y lanza. La prometida regalaba á su novio una armadura completa. Así quedaba señalada la unión por vínculos de amor, queriendo enaltecer éste y afianzarle un porvenir venturoso.

Comparemos tiempos con tiempos. Aquellos de las irrupciones de galos y de francos con los de los franceses de la República y del Imperio. En el año 1907 la Academia Francesa ha laureado sobresalientemente, en el concurso al premio «Arcachon Desperouse», á la eminente escritora Elena Picard; ha otorgado mención honorífica á Berta de Puybusque. En Inglaterra, por el año 1327, señoras y señoritas se dedican á trabajos profesionales, á la literatura general. Así se demuestra el progreso lento, pero progresivo, del bello sexo, contradiciéndose cuantas opiniones son opuestas al reconocimiento á la mujer de facultades intelectuales, de dotes morales, de organismo propio, de alma vigorosa para buscarse la vida decorosamente. Demostrándose una vez más que la mujer tiene una misión que cumplir; el hombre, otra: que para ser verdaderamente fecundas ambas tienen que aunarse, á manera de *hax* portentoso, en resultados grandiosos, los dos sexos.

Por fin hubo un hombre de corazón y de fortuna que fué llamado á influir poderosamente sobre la suerte de la civilización. Constantino hubo de habérselas con los bárbaros en los comienzos del siglo IV de la Era cristiana. Entre sus sucesores en las altas esferas gubernamentales figura Juliano, que se puso enfrente de San Atanasio, condenándole á severo destierro porque volvió á su sede sin permiso imperial; por haberse atrevido á bautizar indebidamente distinguidas damas griegas.

Mas ¿quién era Juliano? Un descendiente de la familia imperial que había escapado del exterminio de su familia en días aciagos. Muerto Constante (año 350), proclamado *augusto* Vetranion, general de ruda valentía. A través de complicaciones políticas por intrigas. Vetranion, coronado por Constantina, hermana de emperadores y viuda de Anibaliano, que dejó huellas crueles de su paso por el gobierno del Imperio. A Galo fué otorgado el título de César, y concedida la mano de Constantina.

Así iban desarrollándose los sucesos. Este Galo se significó por sus crueldades. Otra concesión del César: la otorgada por Constancio á Juliano, casándole con su hermana Elena. De modo que la suerte de los pueblos, pueblos

romanos y bárbaros, venía á ser una misma: decididos á dejarse matar combatiendo alemanes y francos hasta vencer á los romanos.

Los romanos, que pretendían ser invencibles para el cristianismo. Mejor dicho, la tradición civilizadora de Roma y de Constantinopla, metrópolis donde había echado ya raíces la religión del *Crucificado,* ésta tuvo en el emperador Valentiniano un defensor importante de su causa. Valentiniano, al entrar en un templo gentil, el sacerdote, que con unas hojas aspergeaba agua bendita, salpicó el manto imperial. Valentiniano abofeteó al sacerdote idólatra, desgarró el manto, que creyó profanado, y obligó á sacrificios violentos, por las condiciones del mando de Emperador. San Ambrosio aparece en primera fila condenando en Teodosio sus castigos inhumanos. Ello es que por el prelado de Milán el Emperador que reunió en sus manos todo el mundo romano—como dice el historiador Cantú—, tuvo que distinguirse por sus virtudes, cuidándose de retraer al pueblo de las diversiones, más que nada paganas, principalmente en un todo opuestas á las nuevas orientaciones que se descubrían por la actitud de los cristianos, aun cuando éstos estuviesen complicados en herejías, que con dificultad había de destruir la Iglesia. Por otra parte, ésta, entregada á voluntades humanas, que como las hubiese rectas las había también torcidas, medradoras bajo el manto religioso, tenía que sufrirse el daño.

La confusión era de momento. ¿Cuándo ha podido verse el porvenir? Hoy, que se fía mucha parte de la suerte de las naciones á cañones que pesan sesenta toneladas, ¿puede asegurarse que el porvenir sea suyo? ¿No hay millones de seres humanos sin armas tan destructoras?

Inaugúrase el siglo V con la división definitiva del Imperio romano. Parecían sometidos alanos, ostrogodos, visigodos. La fe política guardada era letra muerta. ¡Es ahora, y está tan poco viva! Los hunos, dominadores desde las riberas del Danubio, dominaban en el Volga y el Oder. Rivales Roma y Constantinopla. Esta con rasgos de civilización griega; aquélla teniéndolos latinos. El cristianismo, con arrestos para hacer frente á todas las razas y sus diversos intereses. Aun cuando los hombres introdujesen corruptelas en la Iglesia, corruptelas que ocasionasen complicaciones, los autores de aquéllas podían quedar desacreditados; mas nunca la Iglesia, siempre que fuese intérprete fiel y definidora leal de las verdades, axiomas y prácticas que aconsejan los Evangelios. San Pablo ha podido influir tanto sobre la Humanidad por ser sus epístolas otras tantas *fotografías* evangélicas.

III

La división que del Imperio hizo Teodosio *el Grande* acabó de debilitarle. Á ello contribuyó Alarico, al frente de los visigodos, destruyendo gran parte de lo existente en Tesalia, Beocia, Atica y Peloponeso. El año 396 fué funesto en acontecimientos de devastación. Radagaiso es otro invasor del Imperio romano, mandando vándalos, borgoñones, suevos, alanos. Otros jefes invasores

dirigieron á pueblos bárbaros, como eran los alemanes, hérulos, borgoñones. La grande emigración del Norte, que duró tantos siglos, dió repetidas ocasiones para mezclarse en confusa, imponente y numerosa masa gentes que tomaran el nombre de gente germana, por ser ésta la nación más importante. Ya en el año 450 no dominaban los bárbaros sólo por Europa; además, eran dominadores en aquel territorio africano que representó un día gloriosamente Aníbal, donde hizo proezas bélicas Belisario, y donde San Agustín, acompañado de su madre Mónica, la maravillosa catequística cristiana, fundó la escuela, las misiones, la filosofía, las órdenes monásticas, esparciéndose por toda la faz de la tierra. Tanta virtud bien merece aplausos, oraciones, votos y las mayores alabanzas.

Puede decirse que el tan renombrado obispo y santo, Agustín, murió gloriosamente en el cerco de Hipo. De Genserico dice la Historia, secundándole sus huestes, juntaba la brutalidad y rapacidad de un guerrero del Norte con la astucia y fría crueldad de un tirano africano. Otro competidor de Genserico fué Atila, rey de los hunos. Llamábanse reyes como pudieran llamarse verdugos. Weber encontró bien dicho llamar á Atila *el Azote de Dios*. ¡Qué sería para los hombres! ¡Cómo trataría á las mujeres! Está calculado en medio millón el número de combatientes que siguieron á Atila. Atemorizaron y redujeron á polvo los territorios de Austria, Baviera, Alemania, hasta el Rhin y Worms. Entre pillaje, incendios y mortandad atravesaron Borgoña, Galia, Tréveris, Metz, destruyendo la fusión y convenios que había celebrados entre romanos y anteriores invasores. ¿Qué significaba que en Chalons, sobre el Marne (campos cataláunicos), tuviese lugar una de las más sangrientas batallas que registra la Historia, si Atila pudo conseguir hacer tributario suyo al Imperio romano de Oriente?

Ciertamente que es opinión admitida la de que Atila acabó protegiendo á griegos y romanos en sus dominios, quienes influyeron sobre el ánimo del rey bárbaro para atraerle con su corte al lujo y regalo de los pueblos civilizados. Pero ¿qué lujo y qué regalo? En lugar del arte en su pura acepción, resultó establecerse una mezcla de sibaritismo asiático y de debilidades europeas. Atila quiso que hubiese en el real de su campamento la ostentación que tenían los palacios de Constantinopla y de Rávena. Para ello fué preciso adquirir ricas alfombras, baños, mobiliarios, cuanto el deleite reclama en la vida de pueblos civilizados. Mas ¿con qué derechos disfrutaban todos esos placeres sus mujeres? ¿Qué consideraciones merecían y otorgaban sus generales á su propia familia y á la extranjera? Atila, que se distinguió siempre de infundir por temor la obediencia.

En tiempos (mediados del siglo V) que Valentiniano mata á Aecio, envidioso de sus glorias militares. Recordemos á la viuda del Emperador, que para vengarse del causante de su viudez llama á Genserico con sus vándalos. El vandalismo imperó durante catorce días en Roma: inmenso museo Roma de joyas artísticas de gran valor, gloria del genio, destruída por las manos de la barbarie.

Un episodio histórico que relata Weber retrata fielmente los padecimientos de Italia. Dice: «Doce años había reinado felizmente Odoacro como jefe de los hérulos, cuando Teodorico, rey de los ostrogodos, convenido con la Corte de Bizancio, bajó de la Panonia y la Mesia á la hermosa campiña italiana con 20.000 combatientes, acompañados de sus mujeres y de sus hijos, con sus vituallas. Ellos vencieron á los hérulos, que habían perdido en vigor entregados á los incentivos de otra Capua.» Verona primero, Rávena después, con honrosa defensa y rendición bajo buenas condiciones, fueron entregadas á los ostrogodos, y Odoacro murió á manos de los godos en un convite. ¿Qué convite sería?

Nótase, no obstante, modificación de costumbres, según explica el historiador Casiodoro. La influencia civilizadora dejábase sentir; punto éste transcendental y sobre el que queda aún mucho que estudiar para que pueda asegurarse que está dicha la última palabra. Porque si Teodorico formó el plan de reunir en un todo la cultura grecorromana, las costumbres góticogermanas, para utilizarse bien, era preciso inspirarse en el derecho canónico, en los deberes cristianos, en los actos religiosos, en las costumbres morales, en la vida patriarcal fundida en la vida civilizada, en el hogar doméstico, donde á manera de espejo pudiesen mirarse dignamente en él esposo y esposa, viéndose fielmente representados por su descendencia.

Boecio nos ha dejado el *Consuelo de la filosofía*, de mérito extraordinario por estar escrito cuando estaban muertas la virtud y la filosofía antiguas. De la muerte no habían de resucitar, como pudo conseguirlo Lázaro. Boecio se dirigía estérilmente á quienes rechazaban noción é ideal de una Providencia. Sufríase la incertidumbre de las cosas terrenas, las mudanzas de los bienes humanos; desconocíase la felicidad verdadera en cuanto es posible, lo frágil que es la vanidad, más que nada forma externa, sin contenido substancial. Boecio dirigíase á quienes, en fin, dejábanse llevar de la soberbia y acometían con ira empresas más injustas que justas. Boecio no era comprendido.

Así llegóse al siglo VI, donde tan gran misión tuvo que desempeñar Clodoveo, como rey de los francos. Un día, iluminado por luz divina, ve que la esperanza humana está en creer como su esposa Clotilde (hija del rey de los borgoñones). Creencia según la profesión de San Atanasio, y se convierte al cristianismo acompañado de 3.000 nobles que con él recibieron el bautismo. Así respondió el occidente de Europa al llamamiento cristiano que había hecho Constantino desde Constantinopla el siglo IV.

El cristianismo, en los seis primeros siglos de su historia, tuvo que habérselas con judíos y arrianos, con romanos y bárbaros. Al mismo tiempo tuvo que fundar y que organizar la Iglesia. La labor cristiana fué obra progresiva y á perpetuidad. De donde se ha deducido que la Iglesia ha de estar en constante predicación.

El cristianismo se encontró establecida la poligamia: que no otra cosa revelaba ser la sociedad de Europa, entre galos, germanos, bretones y demás pueblos del Norte. La familia era el plantel de aquella sociedad, donde la

mujer no estaba considerada igual al hombre. Estaba considerado vigente el derecho de éste sobre aquélla y los hijos, de vida y muerte. Todo esto era natural donde los hombres estaban dedicados á la guerra, como su mejor profesión, y las mujeres compartían los trabajos agrícolas y cuantos eran necesarios para el sustento de toda la familia. Los escritores de los germanos coinciden en reconocer la situación de la mujer como esclava. Como tal, había de trabajar para su dueño mientras viviese en este mundo, y acompañarle en el otro para cumplir con él igual destino. La hoguera consumía los restos de la viuda. ¿No es verdad que desde la sociedad actual parecen cuentos de hadas, ó, como se hace ver entre nosotros, espectáculos macabros, aquella vida tan distinta á la presente?

Mujer, ser impuro, era considerada para siempre desterrada del Valhalla, el paraíso inventado de Odín. Mujer, ser degradado según el Código sajón, el cual establecía que «quien mate ó hiera á una mujer, pagará la mitad de la multa que exige la muerte ó herida de un hombre». Es verdad que contribuía á tan desigual é imperfecto orden de cosas el alto concepto que se tenía de la muerte en el campo de batalla. Las mujeres que no tenían valor de seguir á sus esposos al sepulcro eran desconsideradas por demostraciones de tristeza en funerales ceremoniosos. ¡Los hijos! Eran quemados en sacrificio para honra de los dioses. ¡Cuántos actos que eran contrarios á la Naturaleza!

El abate Gaume dice: «Las santas leyes de las familias y los augustos caracteres de la unión conyugal eran también ignorados por los pueblos del Norte; y formaban el estado moral de la sociedad doméstica entre los hunos, los vándalos, los hérulos y los godos, el despotismo del ser más fuerte, el envilecimiento del débil, la poligamia, y la muerte de los hijos.»

Tal ha sido y es la sociedad y la familia fuera del cristianismo. La sociedad civilizada, que está considerada por dar la mayor independencia á la persona, y obliga tener gratitud con la tradición. La sociedad yanqui, comparada con la germana, la mujer y el hombre quieren preferentemente vivir con decoro, con urbanidad, con moralidad. No otra cosa revela la protesta de la opinión de los Estados Unidos contra los mormones. Podrá haber más ó menos naturalismo (falta de afectación); pero las formas decentes, los pensamientos honestos, las costumbres púdicas, el alejamiento del atrevimiento, la previsión contra el pecado, en una palabra, todo lo contrario de como era considerada la mujer por los germanos, es la consideración que merece en los Estados Unidos. Los protestantes desde su punto de vista religioso, los católicos desde el suyo, son intransigentes cuando se trata de ser consecuentes con sus creencias; respetuosos con todas. Roosevelt, como presidente, rodea de consideraciones al catolicismo.

La elegancia distinguida, los entusiasmos artísticos, la sobriedad en las costumbres, la modestia más hermosa, que es la de la caridad sin ostentación, todo es patrimonio cristiano que bendice la Iglesia. Cuenta *veinte* siglos de existencia, con mucha, muchísima historia. En estos siglos no se comprende la vida regular de la Humanidad sin el catolicismo bien entendido, como no se

comprende la claridad del día sin la luz del sol. El catolicismo abarca la historia del pasado y profetiza para el porvenir. Como garantía de la profecía ofrece sus triunfos de todos esos siglos. El egoísmo hace víctimas, y la religión católica hace santos. La mujer católica más descuidada de sus deberes católicos no quiere perder la ilusión de ser cristiana. El hombre que tiene predilección por los vicios no abandona nunca en absoluto la idea de cumplir prácticas religiosas. El *Calvario* será siempre señal de oprobio para los judíos; y la *Inmaculada,* devoción del alma en todos los trances de la vida para los cristianos. El libre pensamiento hará más esclavos que ciudadanos libres; y la fe dispondrá de más adictos para gozar con libertad, puesta la confianza en el Redentor. Vosotros, los que dudáis, recordad las palabras de Jesucristo cuando zozobraba la navecilla en el mar de Tiberíades.

Siempre destaca el aparente contraste de la vida.

El Cristo de Jerusalén entregado á Judas, Pilatos y Herodes, es el mismo que aparece entregado tantas veces á la *Revolución* en el siglo pasado y en el presente. Muchos hombres de ciencia, de ellos algunos genios en toda la extensión de la palabra, son honra de estos dos siglos. Mas ¿son completos esos astros del saber, ó sólo poseen parte de sabiduría del sistema planetario científico? ¿Saben desde dónde puede extralimitarse su pensamiento, y cuándo ha de ser el último día de su existencia? La mujer de hoy ¿puede responder con seguridad absoluta de saber cumplir mejor sus deberes de cristiana que la mujer hebrea? Ésta, al advenimiento de Cristo, hacía coro á príncipes, sabios, fariseos y pueblo, que pedían la muerte del *Justo.* Al mismo tiempo formaban el bando de los sufrimientos otras gentes. ¿No está reproducido hoy el mismo fenómeno político-social? ¿No se da ahora, como en Jerusalén, el caso de recoger menos fruto del campo donde se confiaba recoger más? A poder ser, levántese el paño de la hipocresía, y se verá mucha lepra ignorada corroyendo muchas almas. Y las buenas sufridas en el silencio de la resignación.

Con razón ha dicho Gaume: «El hombre fué creado á imagen de Dios, y la necesidad más imperiosa de su corazón, la primera ley de su ser, es hacerse semejante á su divino tipo; pero el hombre no puede elevarse á la divina semejanza apoyándose en sí mismo, pues la distancia que media entre él y Dios es inmensa.» Mas, con aparentarse tanta diferencia entre el ser de los dos sexos, la comunicación, sin embargo, existe expedita. En orden incomparablemente más elevado del terreno existen términos hábiles de comunicarse la criatura con su *Creador.* Esos términos, *via sacra,* cumple velar por ellos á la Iglesia. Como no bastó al paganismo tener vestales que cuidasen del fuego sagrado, tampoco es bastante que tenga la Iglesia en los monasterios vírgenes en oración. Se necesita hacer más que todo eso. Es necesario enseñar con el ejemplo.

El ejemplo lo tienen dado los Santos Francisco de Sales, Vicente de Paúl, Juan de Dios, José de Calasanz y otros muchos. El ejemplo está dado por muchas santas: Rosa de Viterbo, convirtiendo herejes; Catalina de Sena, de caridad heroica; Genoveva, sacrificándose por su país; Isabel de Hungría,

caridad de enfermos; Clara, de grandeza de ánimo; Rosa de Lima, portentoso eco cristiano del Nuevo Mundo; Teresa de Jesús, doctora única de la Iglesia.

Para los católicos, á la más refulgente luz de la Historia, ellos ven el monte Sinaí; allí las Tablas de la ley; al *Salvador* promulgando el sermón bienaventurado de la Montaña. Después, en el siglo IV, á la emperatriz Elena, que consigue la conversión de Constantino *el Grande,* y los naturales efectos de su ejemplo en el oriente de Europa. En el siglo VI tuvo lugar la famosa batalla de Tolbiae; la suerte favoreció á Clodoveo, y su esposa Clotilde consiguió á su vez del esposo triunfante que se rindiese á la fe católica. El progreso de esta religión es indudable. La mujer ha ido ganando en dignidad, y el hombre en moralidad, por el occidente europeo. De siglo en siglo repercutió la acción de San Pedro sobre Simón Magno, desde cuando éste á aquél le ofreció dinero *por imposición de manos.*

Anselmo Fuentes.

INOCENCIA Y MALICIA

No siempre conviene que la inteligencia del hombre se encuentre absorta por la resolución de ese sinnúmero de cuestiones científicas que ofrece la vida social y política de nuestra época, que, fatigándola con un continuo desgaste de la materia gris, como dirían nuestros modernos fisiólogos, acaban por atrofiarla ó colocarla en un estado tal, que solamente juzga útil aquello que con ellas tiene relación.

Por esta razón, yo me tomaría la libertad de aconsejaros, aunque haciendo el oficio de impertinente entrometido, que de vez en cuando largaseis, amados lectores, á los estantes de vuestras bibliotecas esos volúmenes que os tienen sorbido el seso, y tomaseis en vuestras manos otros más ligeros en el fondo y en la forma, que, encerrando lo útil como la abeja en la colmena la gota de miel, con el sencillo nombre de cuentos, recogen los primeros gérmenes de esos sentimientos desinteresados y puros que son como la base de la formación del corazón y de las facultades anímicas de vuestros hijos, y que á vosotros os proporcionan, á su vez, el esparcimiento tan necesario al ánimo engolfado en serios estudios.

Ved el por qué, dejando por un momento á un lado las arduas tareas de la enseñanza, á la que hace bastantes años me encuentro dedicado, quiero daros el ejemplo y contribuir según mis fuerzas á que llevéis á la práctica lo que en estas líneas, que á guisa de prólogo os endilgo, os aconsejo.

I

La tarde era hermosa. El sol, vestido con sus más ricas galas, lucía con toda la esplendidez que imaginarse puede, en medio de un firmamento azul y limpio como traje de desposada. Los pajarillos, sacudiendo sus alitas, se entregaban gozosos á esa incesante charla encubridora impenetrable de sus emociones y secretos. Un perfume embriagador, exhalado por las mil florecillas del ameno jardín por donde lentamente me paseaba, contribuía en gran parte á que mis ideas se reconcentrasen más y más, hasta el punto de quedarme tan abstraído, que, más que ser humano, debía de parecer uno de esos autómatas que andan sin saber adónde van y sin prever los peligros que en su irregular marcha pueden encontrar. No sabría deciros cuál era el objeto en que pensaba, ni cuál el que de tal modo me abstraía; pero creo que pasaba por uno de esos estados psicológicos en que la imaginación, viéndose suelta, vuela por esos espacios de ilusiones y felicidades ficticias, es verdad, pero que tan agradables y seductores nos hacen aquellos breves momentos en que, agarrados á su brazo, nos dejamos conducir por ella.

Habría andado unos cien pasos por el amplio paseo cubierto por las frondosas copas de los castaños, y bordeado de violetas, jazmines y rosales de las más raras formas y variados matices, cuando una voz vibrante y delgada vino á sacarme de mi abstracción, pues pronunciaba mi nombre entre estrepitosas

risas y alegres palmoteos, y me llamaba para que acudiese con la mayor rapidez que mis piernas, no tan ágiles, seguramente, como las de él, pero sí aún fuertes y ligeras, me permitiesen. Volví en mí, escuché atentamente para orientarme, y, una vez conseguido, me dirigí á largos pasos hacia donde mi presencia se exigía. Doblé por una estrecha senda que unía el paseo central con uno de esos artísticos cenadores tomado por asalto por las trepadoras plantas que los adornan con su frescura y fragancia; atravesé éste, no sin antes saludar á una *miss* que con un libro en la mano recorría con vaga atención sus páginas para no descuidar el deber de mirar y vigilar los juegos de los niños confiados á su cuidado; y salvando un reguero que á modo de cinta de plata serpenteaba entre el lugar que acababa de atravesar y un amplio estanque al que servía de canal de desagüe, me acerqué á los que me habían llamado, los cuales, apenas me divisaron, me dijeron:

—¡Venga, venga corriendo, que si no se va á perder de ver una cosa muy bonita!

—¡A ver, á ver!—les contesté, poniéndome en medio de dos hermosos niños rubios y de ojos brillantes y azules como las aguas en que su blanca y sonrosada imagen se reflejaba.

El más pequeño, Luisito, extendió su brazo, y con su dedito índice estirado me señaló en el fondo del estanque un pececillo que luchaba por tragarse una cortecita de pan, al mismo tiempo que otro trataba de hacer lo mismo; pero un tercero, mayor, sacudió un coletazo y, separando á los contrincantes, se la tragó, dejándolos burlados.

—¡Mire usted el tragón!—exclamó la niña, que, como el nombre que llevaba, Gloria, parecía un trasunto de ella—. ¡Ya lo ha hecho tres veces!—continuó—. ¡No les deja comer á los pequeños! ¡Y yo que los quiero tanto!

Al ver la tristeza que la invadía, y que una lágrima furtiva, hermosa como una perla, arrasaba sus mejillas, le pedí la red y, buscando la vuelta, conseguí pescar á los diminutos peces; se los eché en el cubito que tenía en una de sus manos, y se lo devolví diciéndole:

—Toma; cuídalos mucho.

Loca de contenta echó á correr para enseñárselos á la *miss*, á quien entregó la presa, y volviendo adonde estábamos Luisito y yo empeñados en la penosa tarea de hacer otro tanto con el pez gordo, nos dijo:

—¿Qué hacen?

Y al ver nuestro deseo, exclamó:

—¡Déjelo usted! Ahora ya podrán comer los pequeñitos, y no es bueno que le privemos á él de su libertad; cuando los míos sean grandes, también los soltaré yo.

Accediendo á sus deseos, y viendo que la hora de merendar se acercaba, recogimos nuestras redes, y tomando á los niños de la mano nos dirigimos hacia la casa, seguidos de la *miss:* ellos, preguntándome mil cosas por minuto; y yo, gozoso y contento entre aquellas dos almas inocentes, procurando multiplicarme para darles cumplidas é instructivas respuestas á todo.

II

Han transcurrido veinte años desde que ocurrió lo que de referiros acabo. Los estudios y las exigencias de mi carrera, y otras mil circunstancias que no son del caso, fueron la causa de que apenas volviésemos á vernos, y que aquella amistad íntima fuera desapareciendo, hasta el punto de no saber ni el rumbo que tomaron, ni el destino que la suerte les deparó en tan prolongada ausencia.

Siguiendo mis impulsos me hice sacerdote, y mi afición á los niños me condujo á las puertas de un santo noviciado. Lejos del bullicio de la sociedad, consagré mis energías á la enseñanza de las tiernas inteligencias, y en ella he pasado los días más felices de mi vida, entre aquellas almas inocentes y sencillas, que en más de una ocasión me han hecho comprender lo hermoso que es el alma que Dios puso en cada uno de nosotros, formada á su imagen y semejanza.

Hará cosa de dos años, llamado para asistir á un enfermo, volvía una fría noche de invierno hacia mi casa, cuando al llegar al extremo de una calle de una ciudad que no hay para qué nombrar, y en la que entonces tenía mi residencia, sentí que una voz que no me era desconocida pronunciaba estas palabras:

—¡Padre, una limosna por amor de Dios; me muero de hambre y de frío!

Movido á compasión busqué una moneda, y cuál no sería mi asombro cuando al alargar la mano para entregarla á la mendiga que me la pedía, noté que ésta me la sujetaba fuertemente, la besaba repetidas veces, y con voz ahogada por los sollozos me decía:

—¡Yo os conozco y os necesito; seguidme!

Vacilé un momento. Al ver mi duda, la joven separó el velo que cubría su rostro, y llevándome bajo la farola que débilmente iluminaba la calle, me lo presentó. Al reconocerlo, pues no era otro que el de Gloria, quise hablar; pero ella, roja por la vergüenza, me dijo:

—¡Callad y seguidme; tal vez lleguéis á tiempo!

El recuerdo del cariño puro é inocente que en la niñez nos uniera, la amargura y tono suplicante que encerraban sus palabras, y la esperanza de poder hacer alguna obra buena, acabaron por vencer mis dudas, y una vez repuesto de la turbación que tal encuentro me produjera, le dije con el tono más cariñoso que pude:

—Guía.

Anduvimos largo trecho; cruzamos calles y calles, hasta llegar á una de los arrabales de la ciudad; entramos en un estrecho callejón, y el rechinar de una puerta me indicó que habíamos llegado al término del viaje.

—Entrad—dijo.

Así lo hice, y después de subir una escalera angosta, llegamos al último piso de la casa. Frente á una de aquella serie de puertas paróse la que me sirviera de guía, y sacando una llave del bolsillo, abrió, me cedió el paso, y penetramos en un cuarto ni muy espacioso ni muy pequeño, en cuyas paredes

blanqueadas se destacaban algunos cuadros de exquisito gusto y una imagen de Jesús crucificado delicadamente tallada. Pronto le reconocí: era la misma ante la cual, yo de joven y ella de niña, habíamos elevado nuestras plegarias en unión de los padres de Gloria.

Dirigí una investigadora mirada por la habitación, y en el fondo percibí dos alcobas, una de las cuales estaba tenuemente iluminada por la luz de una vela, y tendido, ó mejor, medio sentado en el lecho, se encontraba un joven de unos veintiséis años, rubio, de hermosos ojos azules, pero demacrado por la enfermedad. Era Luis. Tendióme los brazos, nos estrechamos largo tiempo en apretado abrazo, y después de dar rienda suelta á nuestras lágrimas, y al preguntarle el porqué de aquella angustiosa situación, con voz débil y entrecortada por la fatiga me dijo:

—Permitidme que no os trate como al amigo de la infancia, sino como al ministro del Señor que Él me depara para que antes de morir repare mis yerros.

Sentéme á la cabecera de su cama, y con el alma apenada escuché lo que á continuación os transcribo.

III

—Conocisteis á mis padres, y os consta que eran unos santos; pero en mí no se realizó aquello del refrán «que de tal árbol tal astilla», sino que, á pesar del cuidado que ellos pusieron en mi educación, yo desprecié sus consejos, tomé por compañeros los más perdidos, y no hubo cenagal en que no me revolcase, hasta que en una orgía herí de muerte á un compañero y fuí conducido á la cárcel. La condena no fué tan dura como merecía mi crimen, y al cabo de dos años fuí puesto en libertad, después de haber contraído la enfermedad que me lleva al sepulcro. Una funesta jugada de bolsa arruinó á mis padres, y esto, unido á los disgustos que yo les había proporcionado y á la pena que les causaba ver á esa criatura atender á su subsistencia, les arrebató la vida en menos de seis meses. Este golpe fué para mí de pesar inagotable, pues, aunque vicioso, no tenía mal corazón. Vendimos lo poco que nos quedaba, é hicimos la firme resolución de vivir el uno para el otro. Así lo practicábamos, cuando la enfermedad, hace cerca de un año, me postró en el lecho, inutilizándome en absoluto para todo trabajo; y hubiera ya seguramente muerto de miseria, si ese ángel que Dios puso en nuestra casa para ser el ángel tutelar no hubiese atendido á mis necesidades con el fruto de su trabajo y la limosna que recoge. Dios os conduce aquí hoy para que no la abandonéis; compadeceos de ella y de mí, y salvad su inocencia como hoy salváis mi alma.

Un golpe de tos seguido de un vómito de sangre interrumpió su confesión, y el hilo de aquella vida, tan querida para mí, quedó cortado.

La inocencia de la hermana había triunfado de la malicia y perversidad del vicioso.

Angel Rojí.
Escolapio.

DESOLACIÓN

DRAMA EN UN ACTO

POR

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

DEDICATORIA

Á la precoz actriz Luisa ***.

Como un tal D'Annunzio dedicó uno de sus dramas á las pálidas manos de una tal Eleonora, célebre actriz, por lo oído, yo tengo el capricho—por no decir el apasionamiento—de dedicar este mío á tus bellos ojos negros. Tú no eres célebre—todavía—, trabajas escuramente en un *cine;* pero á ti te pertenece este drama, escrito bajo tu invocación.

PERSONAJES

SOLITA	Niña de catorce años.
DON ALEJANDRO. }	Ancianos padres adoptivos de Solita.
DOÑA TERESA... }	
DORY	Institutriz (veintidós años).
MARIQUITA	Niña de diez años amiga de Dory, y su vecina.
ROSA	Vieja sirviente que se hizo vieja en la casa.

La acción en Madrid.—Epoca actual.

ACTO ÚNICO

CUADRO UNICO

La escena representa un gabinete confortable, adornado con cierta sencillez elegante. Los viejos retratos de los antepasados, colgados en sus flancos, le dan un serio aspecto un poco aristocrático. Á la izquierda, junto al proscenio, un velador con una lámpara muy empantallada. En el fondo, un balcón con visillos. Puertas á derecha é izquierda. Arde en silencio la chimenea. Paz. Búcaros con flores en las rinconeras. Atardece.

ESCENA I

DOÑA TERESA y ROSA.

ROSA. Hágalo la señora... Es una falta de respeto tal, que bien parece un crimen... Es como una profanación en sagrado, porque la señorita era *mesmamente* un ángel...

DOÑA TER. Tampoco hay que exagerar; yo creo...

ROSA. *(Interrumpiendo.)* ¡Válame Dios, señora!... ¡Yo estoy toda en un puño!... No sé qué pensar; pero el ex voto de cera, el propio cuerpo de la señorita, que ofrecí á Nuestra Señora de Langreo en su enfermedad, temo que pierda su gracia, se descuelgue, y sucedan males mayores...

DOÑA TER. Tienes el alma supersticiosa de una aldeana que no hubiera salido de entre sus riscos...

ROSA. ¡Oh mi ama! Hablo por experiencia... Á un hombre que se escapó por milagro de la gangrena, salvándosele la pierna porque su mujer colgó un ex voto á la Virgen, un día que pecó como un réprobo se rompió en las baldosas de la ermita la cera del ex voto, volvióle á enfermar la pierna, y la perdió al cabo... ¡Quiera Dios que las malas mañas de esa mujer queriéndola convertir á su religión no hagan perder su virtud al ex voto!

DOÑA TER. Pierde cuidado, mujer... Si la perdemos, la volveremos á ganar... Nuestra Señora de Langreo tendrá en cuenta que era incauta...

ROSA. Hágalo la señora... Dígaselo al señor...

DOÑA TER. No sé cómo decírselo... Tú sabes que tiene muy mal carácter... Violentaría las cosas... Pero no hay más remedio... El cariño que esa mujer ha creado en Solita es una cosa que puede comprometerla... Hay que confesárselo todo para que me ayude á resolver.

ROSA. Hágalo la señora... No se rompa el ex voto y peligre la niña...

DOÑA TER. Calla... Eso no... Pareces una corneja. ¡Anuncias la desgracia con una tranquilidad!... Comprende que decirle todo junto es demasiado... El novio, primero, siendo un espectáculo presenciado demasiado cerca por la niña... Las relaciones que ha entablado con ellas, olvidando que es su señorita... Ayer esa carta que la has oído dictar... Y ahora esta desfachatez tan grande, peligrosísima, imperdonable... Sí. Dile que venga... Se disgustará mucho, aunque procuraré decírselo lo menos espinosamente... Cuida de no asustarle... Dile que aquí hace más calor que en su despacho... ¡Que se tape la boca al pasar por los pasillos!... *(Pausa. Doña Teresa se pone las gafas, y lee una página en un libro que coge de sobre el velador.)*

ESCENA II

DOÑA TERESA y DON ALEJANDRO. Éste entra muy lentamente en escena, como arrastrándose, encorvado, con ademanes supremos. Se deja caer de golpe en una butaca.

DOÑA TER. Alejandro, no sé lo que siento viendo cómo te violentas... ¿Á qué coquetear á nuestra edad? Bueno sería que por coquetear aún me pusiera ansiosa de recobrar mi esbeltez y mi talle, corsé en vez de faja, ó abandonara mi muletilla...

DON ALEJ. ¡Querrás respetar mi sosiego!... Yo estoy libre de tus chocheces. Tú, al paso que vas, has de necesitar un ama seca... Aun con los años que te llevo, soy un hombre... ¿Entiendes? ¡Sería vergonzoso que me portara como tú quieres!

DOÑA TER. No veo la razón.

DON ALEJ. Me acongojaría mucho verme necesitado de ayo... ¡Mi niñez evocada por otra ridícula y sin porvenir!... Eso subrayaría mi debilidad... ¡Horror! ¡No me someto! ¡Me encontraría mucho más viejo!...

DOÑA TER. Pero ¿y si tropiezas? ¿Y tu angustia? ¿No es eso peor? ¡Déjate de altiveces! La renunciación ayuda á ser feliz. En abandonando los últimos orgullos, viviríamos con más serenidad, más regostadamente... ¡Seamos humildes!

DON ALEJ. ¡Cantinela de viejas! Una cosa es la humildad, y otra la joroba... Me mandas que jorobe mi altivez de espíritu... ¡Y eso no lo conseguirás!... Tú ya sabes cuál es la prevención que tengo á los espejos, porque no quiero saber que estoy quizás arruinado.

DOÑA TER. ¡Siempre presuntuoso! Mira; ahora estaba leyendo un libro que leí por primera vez cuando era joven... Por él me he dado cuenta, como no me la había dado aún, de mi cambio. Quizá porque no me había atrevido aún á mirar frente á frente á mi vejez, ignorante del modo sencillo de hacerlo sin rencor, con bondad... Su autor me lo ha enseñado, y yo he asentido, encantada... Leyendo este libro un día lejano me sentí la muchacha joven, lozana, que figura en el primer cuento. Y al leer ese otro de algunas páginas después, que se titula *Los viejos,* y que hoy me ha conmovido tanto, pasé por él con un amor de nieta... ¡Hoy soy la abuela!... Grave contraste que he visto muy claro, porque aún no olvidé que fuí en otro tiempo la jovencita de las primeras páginas... Tanto no lo he olvidado, que recuerdo acostumbraba yo entonces á emplear su nombre como pseudónimo en las consultas de aquel periódico de modas, tú lo recordarás, *El Faro de la Elegancia*... Léelo: ese cuento es nuestro cuento. Leyéndole se piensa que siendo un viejo bueno y consecuente, la vejez es buena...

DON ALEJ. Sólo puede ser buena para el que olvide sus recuerdos de juventud... Sólo quien no haya sido joven puede ser viejo con esa conformidad... Las mujeres... *(Despectivamente.)* ¡Bah, las mujeres! Casi no habéis sido jóvenes. Vuestra juventud es muy discreta, muy aparente; no se da cuenta de lo que vale, como la de nosotros, que la dejamos en libertad, sin reducirla... Vosotras estáis obligadas á conservar la juventud en silencio, en éxtasis, inmovilizadas; por eso podéis ser viejas de ese modo... ¿Quién dice que no lo empezasteis á ser á los diez y siete años?

DOÑA TER. Tú lee ese cuento sin prevención, y así sabrás sin mal humor que eres un viejo. Así aprenderás á no enfadarte cuando te aconsejo. En él verías las reservas de amor de donde sale ese afán por el bien del esposo anciano... Aprenderías á soportarme...

DON ALEJ. ¡No me someto!... En mi vejez hay un eje juvenil intorcible: el de mis memorias desde los diez y ocho á los cuarenta... Ya lo he dicho: ¡no quiero jorobarme!...

DOÑA TER. Haces mal. Yo con mi sistema ya tengo por muy buena mi vejez. Me siento muy bien en ella... Sólo tú me preocupas...

DON ALEJ. ¿A que vas á protegerme? No te preocupes de mí.

DOÑA TER. ¡Basta de cuestiones de amor propio!... Te debe de hacer mucho daño ese suspiro que te tragas, que escondes cuando caes rendido en una butaca... No creas que no lo he notado. En vez de estallar en un quejido que te consolara del esfuerzo penoso y del asma, te callas; lo malo es que no vale tu hipocresía: inevitablemente surge al fin el suspiro en la conversación, con un disimulo al descubierto...

DON ALEJ. Fantaseas bien... ¡Y tú eres la humilde!... Me hablas como un ser superior...

DOÑA TER. No. Al contrario. Cuando subimos una escalera, tú me dejas retrasada, como un ser más débil, más deshecho, en el descansillo, y siempre llegas mucho antes que yo á la puerta de la casa. Pero ¿por qué, buen viejo mío?... Porque quieres respirar sin que yo te escuche, aunque, mucho más abatido que yo, te irrite el pecho ese suspiro que has callado en el descansillo mientras yo, arrellanada y satisfecha, suspiraba á mis anchas, humildemente. *(Riendo con bondad.)* ¿No es esto lo ridículo?

DON ALEJ. *(Enfadado.)* ¡Eres insoportable!... Me vengo aquí porque me dices que estaba más templado, y me destemplas haciendo de corrigenda... Has de saber que si yo tuviera la completa convicción de que era viejo, me teñiría el pelo de negro, me rizaría los bigotes, y cultivaría en mí al viejo verde... ¿Para esto me llamabas?... *(Trata de levantarse para irse; pero con arduas señales de dificultad.)*

DOÑA TER. No te vayas... Tenemos que hablar de algo que no son nuestros alifafes ni nuestras quisicosas... Algo que está sobre nosotros y que es el calor, el rayo verde de nuestra vejez... Se trata de Solita...

DON ALEJ. ¿De Solita? ¿Á qué inquietarme? Pareces una mujer de teatro: todo lo anuncias en un tono y con un ademán que sobrecogen... Después resultará que todo lo importante es que nuestra hija adoptiva ha adoptado una nueva muñeca...

DOÑA TER. Tú escucha... Atiéndeme, sin indignarte antes de tiempo... Es una cosa que te he ocultado en sus comienzos... Miss Dory tiene

novio; lo tiene hace tiempo... Eso no hubiera sido muy grave, si esa mujer no hubiese hecho á nuestra hija, en vez de su educanda, su confidente... Nuestra niña, asómbrate, es seria, seria como nunca... Muy precozmente... Hace unos días, sobre todo, no la abandona una tristeza muy rara... Anteayer la han visto llorar... ¿A qué crisis obedecían sus lágrimas?... A su edad el llanto, cuando no es el de la mimosa escocida por una prohibición de los padres, es una cosa sospechosa, maligna desde luego...

DON ALEJ. ¡Yo veo tan poco ya!... Muchas veces, entre mis manos su cabeza, la he mirado fijamente; pero sólo he notado en ella una gran inocencia y he creído ver su espíritu á flor de piel... ¡No haber notado nada!... Claro; la creía tan superficial como siempre, y no trataba de explicarme sus cosas... Verdad, sobre todo, que no veo bien.

DOÑA TER. Si te hubieras fijado... Han sucedido cosas que han puesto por sí solas toda la verdad al descubierto... Hace algún tiempo abandonó en la sala su muñeca con el jubón que la estaba haciendo á medio hacer...

DON ALEJ. Con todo esto parece que se me aparta mi Solita, hecha ya mujer... ¡Ya es menos nuestra!... El mismo beso que me ha dado hoy al levantarse, no sé tampoco por qué, me parece que ha sido engañoso.

DOÑA TER. Tienes razón; la niña, al pasar á mujer, se gana para sí, se hace más reservada, más egoísta... Desde hoy sentiremos que sus besos no son tan... tan... espléndidos.

DON ALEJ. ¡Maldita mujer!... Eso que quizá lo estamos abultando todo. ¿No serán sus catorce años, sin otra malicia, los que han arrinconado su muñeca y alguna de sus diabluras?... ¿No sería...? Pero ¿y sus lágrimas, entonces? ¿Por qué ha llorado?

DOÑA TER. Además, ayer oyeron que la institutriz la dictaba una carta para un hombre...

DON ALEJ. Pero ¿es eso cierto? ¡Entonces, despidámosla!... ¡No me hace falta saber más!...

DOÑA TER. Y, sin embargo, sin que haga falta, hay un motivo más para resolver: el peor...

DON ALEJ. ¡Otro!... Mujer... Bien me lo has podido contar todo poco á poco, y no por sorpresa... ¡Ni me dejas con fuerza para indignarme!... ¡Y es que así todo es tan violento!... ¿Qué me vas á decir además de que he envejecido?...

DOÑA TER. No había creído que llegaran las cosas á ese extremo... Esta mañana, maliciada yo por todo lo que ha hecho, al ver que salían más temprano que de costumbre, la he hecho espiar. ¿Y sabes tú adónde la ha llevado?

DON ALEJ. ¿Adónde? ¡No ves que puedo pensar lo más absurdo!...

DOÑA TER. ¡A una iglesia protestante!... Aquel catolicismo que nos aseguró profesar era falso; al fin, su antigua religión: la de su Inglaterra...

DON ALEJ. *(Con un fiero ademán con que parece irse á poner de pie.)* ¡¡Despidámosla ahora mismo!!...

DOÑA TER. ¡Calma!

ESCENA III

Dichos y MARIQUITA. Ésta aparece en escena cariacontecida, arrastrando por un brazo á su muñeca.

MARIQUITA. *(Acercándose á doña Teresa para darle un beso.)* Me voy... No quiere jugar conmigo... Ya no me quiere... Yo ya sé que es de cartón, y que jugamos á hablar de mentira; pero si no fuéramos á jugar con ella por eso...

DOÑA TER. ¿Qué nos quieres decir?

MARIQUITA. *(Mimosa.)* Nada... ¡Adiós!

DOÑA TER. ¿Por qué estás enfadada?

MARIQUITA. Ya no me hace caso Solita... Ya no volveré á bajar para estar á su lado... Tú juegas más con mi muñeca que ella... Ni me ha querido oir el último nombre que la he puesto... Ahora se llama Amparo.

DOÑA TER. ¿Y por qué esa variación?

MARIQUITA. Una amiga le puso el otro á una pepona muy fea; así me lo hizo antipático... *(Se sienta en un sillón.)* Me gusta más este sillón que los de mi casa; es más grande: parece una cama... *(Como recordando su rencor.)* Pero me voy... Hablaban en voz baja, y eso no está bien... *(Muy redicha.)* Eso era decirle á una que se fuera... Papá, además, tiene dicho que ésa es una falta de educación...

DOÑA TER. Pero, mujer, ven; no te enfades...

MARIQUITA. ¡No, no vuelvo á bajar!... Además, no quiero ver llorar á nadie, porque, sin saber por qué, lloro yo también...

DOÑA TER. Pero ¿lloraba?

MARIQUITA. Haz que no lo sabes... La habrás regañado tú... Lo merece... Pero ¡perdónala!...

DOÑA TER. *(Como reflexionando.)* Lloraba...

DON ALEJ. Ya lo has oído...

DOÑA TER. Anda; di á Rosa que te suba á casa.

MARIQUITA. *(Dando un beso á los dos viejos.)* ¡Adiós!... ¡Y si bajo, es por vosotros!... *(Vase.)*

ESCENA IV

Dichos, menos MARIQUITA. Pausa en que los dos viejos permanecen abismados en su desconcertación.

DON ALEJ. ¿Por qué no la has entretenido?... ¿Por qué la has mandado subir?... Oyéndola me sentía sin dolor... Los niños borran un momento nuestras ideas, y si son sombrías, las blanquean...

DOÑA TER. Eres muy sibarita... Ahora no debemos pensar en el halago... Hay que decidirse... Jugábamos con Solita demasiado embobados... Eramos quizá demasiado egoístas, porque descansábamos con una despreocupación increíble en nuestra confianza... Eso era agradable; pero pecábamos por sobrado comodones... Ser menos egoístas hubiera sido desconfiar... Y el mal es hondo; tú lo acabas de ver: ya no juega con María, la muñeca de sus últimos días de juego...

DON ALEJ. Con la frialdad de su país se ha deslizado en la candidez de espíritu de nuestra niña... ¡Miserable!... Ahora lo veo todo claro... Las largas veladas transcurridas conversando en inglés... Ahora me imagino que en esa lengua extraña, junto á nosotros, unos pobres viejos ingenuos, ha cumplido sus designios... *(Pausa.)* ¡Estoy como si acabara de presenciar un drama de sangre!... Decidido; hablaremos con ella y le plantearemos la solución... ¡Ahora sí que soy más viejo!... *(Pausa.)* ¿Hay flores aquí?

DOÑA TER. Sí. En todas las rinconeras. *(Ha anochecido, y la sala está casi á obscuras.)*

DON ALEJ. Me siento mal... Vámonos...

DOÑA TER. Sí... Cierto... Esto atufa á flores... *(Llama al timbre. Se presenta un criado.)*

ESCENA V

Dichos y EL CRIADO.

DOÑA TER. Abra usted el balcón y llévese las flores. *(Se levanta para dar el brazo á don Alejandro.)*

DON ALEJ. Bien puedo yo solo... *(Se levanta con grandes dificultades. Vanse. Silencio. El criado abre el balcón y se lleva en dos veces todos los búcaros. Desaparece. Larga pausa.)*

ESCENA VI

SOLITA y DORY. Es ya de noche; esa noche precipitada del invierno que todo lo entenebrece á las seis y media de la tarde. Dory y Solita aparecen con sigilo. Dory se adelanta y cierra el balcón.

DORY. *(Mientras cierra.)* ¡Con el frío que hace!... ¿Á qué habrán abierto?...

SOLITA. *(Mirando á la calle, los visillos levantados.)* Tienes razón... Desde este balcón se ve mejor.

DORY. *(Angustiada, llorosa.)* ¡Mejor fuera no ver nada! *(Pausa. Las dos mujeres, pegadas á los cristales, observan un balcón de enfrente.)*

SOLITA. Mira... Abren... ¿Por qué abrirán el balcón?

DORY. Es el del gabinete que da á su alcoba.

SOLITA. ¿Y por qué lo abren?

DORY. Porque los pulmoníacos infestan el aire... *(Como celosa, contrariada.)* ¡Por qué habrá tanta gente! *(Silencio.)* El médico se despide.

SOLITA. ¿Cuál de ellos es el médico?

DORY. El del gabán azul... Aquel de la calva. ¡Oh, las distancias! ¡No veo bien sus gestos!... Leería en ellos el diagnóstico...

SOLITA. ¡Por qué se irá!... Siempre se está más tranquila sabiendo que vela junto al enfermo... Se debía haber quedado á dormir... Todos los médicos son muy secos: parecen no tener corazón... Yo en su caso...

DORY. *(Interrumpiendo, atenta sólo á sus preocupaciones.)* Ha llevado á su hermana á un rincón y la habla con misterio...

SOLITA. Quizás otro médico supiera más... ¡Es tan chiquitín ése!... Don Faustino, que me quiere tanto, le pondría bueno... Bastaría que yo se lo pidiera. *(Pausa.)* ¡Podíamos estar tan contentas!... *(Pausa.)* ¡No acaba de volver la criada!... ¡Ya hace bastante rato que se fué!... ¿Adónde iría?...

DORY. ¡No quiero pensarlo!... ¡Todo es terrible en esta ocasión!... ¡Todo atemoriza!... *(Pausa. El reloj que habrá sobre la chimenea da siete campanadas.)* Sobre todo, tengo mucho miedo de que llegue la noche... ¡Es cuando suelen morirse todos!...

SOLITA. Calla; yo te acompañaré... Ya verás; la pasaremos las dos junto al balcón... Nos acostaremos tarde... Cuando se levante Enrique le diremos que le hemos estado velando, y él se pondrá muy contento... Sobre todo, no llorar... El se pondrá bueno...

DORY. Han pasado los ocho días, y el día aventurado de los pulmoníacos es el noveno.

SOLITA. No importa. El es tan arrogante, tan alto, que no se dejará

llevar... *(Admirada.)* ¡Ya ves tú! ¡Me levantaba á mí á pulso!... *(Pausa.)* ¡Sabes lo que se me ocurre! ¿Por qué no vas á verle?

DORY. ¡Niña! ¡Tú qué sabes cómo es la vida!... *(La abraza. Pausa.)*

SOLITA. ¡Bien te podía haber escrito su hermana! *(Pausa.)* ¿Ves? ¡Cuánta luz tienen los focos blancos del bazar! ¡A que no los miras fijamente!... Uno tiene el cristal roto; hace llorar los ojos... Mira; la bola azul de la farmacia se enciende... ¿No es muy bonita? ¿De qué están hechas?... ¿Por qué no la tienen las otras tiendas?... Haría muy bonito que en todas hubiera una diferente... Rojas, rosas, amarillas, verdes...

DORY. *(Atenta sólo á lo que la obsesiona.)* Su hermana arregla el gabinete abierto. No veo sus gestos tampoco... ¡Me lo dirían todo! ¿Llorará? *(Enfadada.)* ¡Por qué será tan ancha la calle!

SOLITA. Si no lo fuera, nos quejaríamos los días de sol.

DORY. ¡Quién piensa ahora en los días de sol! *(Pausa.)*

SOLITA. Con lo de ayer, hoy ya no ha vuelto el organillo... No digas; si tú hubieras querido, él te hubiese consolado. *(Pausa.)* A ratos pierdes la mirada... ¡Si tú te vieras!... No mires tan fijamente á sus balcones... De veras. Tienes á veces la mirada de una loca... Distráete... Mira á la calle... Mira aquel sombrero con los colgantes de gasa sobre la espalda... ¡Qué bonito!... Mira aquella niña con las botas tan altas: parecen los zapatones de siete leguas de mi cuento... Mira el del anuncio en la espalda: parece un cangrejo... ¡Los días de lluvia se debe desteñir!...

DORY. *(Como hablándose á sí misma.)* ¿Por qué habrá tanta animación en la calle? ¡Preferiría vivir en una más solitaria!

SOLITA. Yo, si me mudara, sería por no ver ese casón de la esquina, siempre cerrado, sin inquilinos, con las maderas siempre echadas... No deja de darme miedo... ¿No habrá salido de él el mal?

DORY. ¡Tontina!... *(Pausa.)* Las vecinas del tercero tienen hoy reunión... Míralas; ríen junto á los cristales... ¡Siempre me fueron antipáticas!... *(Pausa.)*

SOLITA. La del segundo ya está asomada...

DORY. Ya le espera... ¡Dichosa ella!... Pero esta noche alguno de los dos debía faltar á la cita... Me dolerá verles hablar...

SOLITA. Cierran... *(Pausa.)* El gabinete no... *(Desazonada.)* ¡Los pájaros y las flores han estado todo el día al aire, y ahora los dejan fuera!... *(Decidida.)* ¡Yo les gritaría!

DORY. ¡Tú eres muy buena!

SOLITA. No dirán eso los papás. Los he dejado solos toda la tarde...

DORY. Estos días, pasados junto á la chimenea, se adormecen... Ayer á las cinco me los encontré dormidos.

SOLITA. Yo les hubiera dado un susto. *(Pausa.)*

DORY. Se acerca la hora de las modistas vecinas de Enrique... ¡Reirán en la escalera, y reirán, al salir, en el portal!

SOLITA. ¡Estás insoportable!... ¿Por qué te quejas de ellas?... Ayer reías de sus risas... ¡Ni que estuvieras de luto! *(Pausa. De pronto las sorprende lo trágico. La campanilla del viático, con su son inconfundible, distinto, se anuncia á lo lejos, casi imperceptible en escena, como en la lejanía. Deberá sonar, para que resulte más apagada, en el foso del teatro.)*

DORY. *(Sorprendida con la primera expresión de duda de los convencimientos dolorosos y terribles.)* ¡¡El viático!!...

SOLITA. ¡A eso había salido la criada!... *(Dory solloza con desesperación, dejándose caer en una silla junto al balcón. Pausa. La campanilla agorera, que traspasa los tuétanos con el escalofrío de lo funesto, se va acercando cada vez más. Se arrodillan las dos.)*

DORY. *(Entre lágrimas.)* ¡Es el final! ¡El final!... ¡Y no podemos detenerle!... *(La campanilla, que ha llegado al portal, se calla. Pausa.)* ¡Me habías engañado! ¡Preparaste al portero!... ¡Y yo te creí!... ¡Está mucho más grave!... *(Llora reclinada de bruces sobre el respaldo de la silla.)*

SOLITA. Eso no quiere decir nada... Por mamá, y ya ves que está ahora tan buena, ha venido dos veces... Por papá, otra... Anda. Ven. Siéntate aquí. El acompañamiento con cirios es muy triste; eso es verdad... Pero no lo veas... Sus hermanas son muy religiosas, tú lo sabes, y han querido tranquilizarse... *(La lleva de la mano á un rincón apartado del salón.)* No llores. El volverá otra vez á acompañarnos en nuestros paseos... Nos volverá á esperar á la vuelta de la esquina para que no le vean los papás al despedirse... Iremos... ¡Oh, qué tonta! Es verdad que ahora no podremos ir al campo; pero iremos á los museos, al *cine:* él vendrá con nosotras. Me atracaré de dulces, porque él querrá echar en todas las automáticas... Le seguirás enseñando inglés, y yo me seguiré riendo de su torpeza... *(Dory continúa embargada.)* Olvida un poco. ¿No le quiero yo también, y, sin embargo, no me desespero?

DORY. ¡Mi niña! ¡Tú no sabes lo que es la muerte! Yo no creía en ella cuando se llevó á mi madre, ni muchos días después; pero cuando pasaron, no la dejé de ver alrededor de mi anciano padre, y desde que cayó enfermo le vi muerto... ¡Ya ves; para mí, mi madre no murió hasta mucho después de haber muerto: yo no comprendía aún la muerte; pero, por lo contrario, mi padre murió para mí algunos días antes de morir!... Cuando me dijo: *May moo-er'tay* (1) era ya el eco lo que oí; un eco retrasado del adiós que había oído ya... Hoy la he visto todavía antes... *(Monolo-*

(1) Pronunciación figurada.

gueando con tristeza.) ¡Para mí, como si hubieran entrado ya en hombros la caja negra!

SOLITA. *(Sollozando.)* ¿A qué hablas así? ¿Qué adelantamos con llorar las dos á coro? *(Silencio.)*

DORY. Alguien viene... ¿Por qué lloras? ¿No ves que lo van á notar?

SOLITA. ¿Y cómo quieres que no llore?... *(Dory se levanta, y se acerca intrigada á la puerta de la izquierda.)*

ESCENA VII

Dichos, DOÑA TERESA y DON ALEJANDRO. Estos aparecen lentamente, avanzando con cautela en medio de la penumbra.

DOÑA TER. ¿Qué hacen?... ¿Qué haces, Solita?... ¿Por qué están con la luz apagada? *(Aparte, á don Alejandro.)* ¡Cómo la caza el milano!... ¡Emplea todas las malas mañas de la intimidación!...

DON ALEJ. *(Alto.)* Hoy no has hecho escalas... Vas á olvidar el piano... Hazlas mientras nosotros nos quedamos con Dory.

DOÑA TER. Si no quieres estar sola, llama á Rosa... ¡La pobre se queja de que la abandonas!...

SOLITA. Haré lo que queráis...

DORY. *(Aparte, á Solita.)* Observa desde el otro balcón... Si sucede algo importante, aparece por cualquier pretexto y dímelo en inglés... *(Vase Solita.)*

ESCENA VIII

Todos, menos SOLITA. Pausa. Doña Teresa toma asiento. Don Alejandro, muy serio, con señales manifiestas de adustez, como encolerizado, se pasea por la escena, que esclarece Dory muy suavemente encendiendo la lámpara empañada, opaca, de sobre el velador. Don Alejandro echa el pestillo á la puerta. De pronto se para en seco é interpela.

DON ALEJ. Miss Dory, ha abusado usted de nuestra buena fe... Confiábamos demasiado en usted, y eso nos ha perdido... Para no dar lugar á una escena de escándalo, en que yo no me sabría reportar, sepa usted, en resumen, que mañana abandonamos sus servicios...

DORY. No entiendo...

DON ALEJ. ¿Es que quiere usted simular? Cuando se plantean así las cuestiones, no hay más salida que el rendimiento...

DORY. Sigo sin entender...

DON ALEJ. Usted ha pervertido el corazón de nuestra hija y ha desviado sus creencias religiosas...

DORY. Explíquese usted... A veces nuestros actos toman aspectos equívocos... Yo sabré disculparme.

DON ALEJ. Me asombra ese empaque de santa dignidad con que quiere usted desorientarnos; pero...

DOÑA TER. Calla, Alejandro; tu indignación no te deja ser razonable... Después de todo, el mal no es tan incorregible, puesto que lo hemos descubierto á tiempo.

DON ALEJ. No es verdad... Sólo relativamente es subsânable... Ese precoz crecimiento de las pasiones por el exacerbamiento de las lágrimas ha comprometido el equilibrio moral de la niña... Traerá en lo futuro... no sé qué cosas; pero fatalmente las traerá... Además, usted nos ha robado unos años joviales, años de niñez, porque sus infantilismos nos hacían niños á nosotros. Ha comenzado á ser joven; pero esto para nosotros quiere decir, más que nada, que ha comenzado á ser vieja...

DOÑA TER. Calma; calla, Alejandro, y usted escuche, pero no quiera negar; sería inútil: son cosas probadas, no son sólo presentimientos... Desde hace algún tiempo usted se ha acercado á Solita demasiado, olvidando su papel de institutriz y olvidando desnaturalizadamente que era una niña. Ha seducido su corazón, comprometiéndola muy seriamente al hacerla mujer en su edad irreflexiva y frágil...

DON ALEJ. Y haciéndola llorar con lágrimas de mujer, esas lágrimas ácidas que marchitan cuando es una niña la que las llora, ¿no la habrá hecho usted para siempre taciturna y febril?

DOÑA TER. Nos consta que usted la ha dictado una carta para un hombre...

DON ALEJ. ¿No es éste un cargo abrumador? Corrupción de menores lo llamaría yo... Pero usted, como es inglesa, quizá no sepa la significación oprobiosa que tienen estas palabras en nuestro país; por eso es probable que no haya adivinado el sentido de esa palabra *seducción* con que la ha tachado la señora...

DORY. Yo no comprendo el encono de sus palabras, aunque ahora sí entiendo de qué se me acusa.

DON ALEJ. ¡Al fin! ¡Si no se podía negar!...

DORY. ¿Para qué negarlo? ¡Eso sería huir, y yo no huyo! ¡Lo hice todo con una gran bondad de intención!...

DOÑA TER. Hacía falta saber qué entiende usted por bondad de intención...

DORY. ¿Es que les parece á ustedes soportable la vida cuando se es joven y se ha pasado por las catástrofes que yo? Necesité primero, recién llegada aquí, recién abandonado el *confort* modesto de mi casa en quiebra, necesité un corazón que me consolara de la añoranza de mis padres muertos; necesité hablar á Solita de mi orfandad, y ella me escuchó tan dolorida, que desde entonces somos hermanas. Yo no supe ó no pude pensar que era mi señorita... Venía de casa de mis padres, y estaba acostumbrada á tratar con amigas... Mi padre, unido al Consulado de Inglaterra en Madrid,

tenía cierta independencia... Desde entonces todas las confidencias, siempre buenas, corazonadas, francas, las hemos compartido las dos... Eso me ha ayudado á vivir.

DON ALEJ. Está bien. Todo lo ha adaptado usted á su egoísmo. No fué para darle á usted una confidente para lo que la trajimos á casa...

DOÑA TER. ¿Y el novio?...

DORY. Yo era sola, estaba deseosa de cariño; él vivía enfrente. Nos veíamos todos los días, y eso nos predestinó... El hombre que pasa es un ser de quien desconfío. . Yo no me hubiera enamorado nunca del hombre que se conquista en la calle...

DON ALEJ. ¡Habla usted con una tranquilidad!... Para usted todo está justificado... Muy bien... Tuvo usted el novio, y unió á su noviazgo á la niña.

DORY. Comprenda usted que á solas con mis secretos hubiera sido desgraciada, y aun la misma alegría del novio hubiera sido lamentable... Sí, créanlo: las mismas satisfacciones se habrían hecho sombrías... La mujer necesita un confidente; si no, se ahoga.

DON ALEJ. Nos habla usted de sí misma, cuando nosotros la hemos hablado de Solita. Usted, por no sacrificarse, la ha sacrificado á ella... Nosotros nos quejamos por eso... Entre los dos sacrificios, el de usted era el justo....

DORY. Es que al no sacrificarme yo, no la sacrifiqué á ella.

DOÑA TER. ¿Y la carta?

DORY. Desde hace algunos días mi novio está enfermo; y como aún no escribo bien el castellano... Es una cosa que la maestra que hay en mí no ha querido confesar... No me critiquen por eso; me faltó el pan del Consulado, y tuve que optar imprescindiblemente por este empleo.

DON ALEJ. ¡Caramba! ¿Y ésa es toda su disculpa?

DORY. Ella me las escribió; es verdad... Unas sencillas cartas sin malicia... De esas cartas que escribimos á los enfermos las mujeres: más maternales que nada... Sin poderlo resistir, en ese caso surge en una la madre, y no la amante.

DOÑA TER. ¡De todas maneras!...

DORY. Ustedes las verán. Yo se las pediré á él. *(Gemebunda.)* ¡Pedírselas á él!... ¿No se lo llevará todo la muerte? *(Pausa.)* Quizás ellas han sido una lección inapreciable para la niña. Todo lo ha sido. Yo no he fomentado en ella el amor al hombre, sino sólo el amor... Esa es la dote que ustedes podrán recoger con una lozanía insuperable... Para ella, mi novio no es el novio: es Enrique, Enrique á secas...

DON ALEJ. Por ese camino, todo ha sido inocente; pero, en ese caso, sepa usted que no era una institutriz torpe la que queríamos... Además, las lágrimas vertidas por la niña... han hecho á su corazón

más abismado. ¡Qué se yo!... Han preparado en él malos histerismos...

DORY. ¡Todo en mí ha sido natural, y usted se vuelve contra la naturaleza, sí!... *(Rompe en sollozos. Se interrumpe al escucharse de nuevo en escena el son deplorable, emocionante, del viático. Pausa. Un momento se escucha con toda distinción su son intercadente. Todos se arrodillan. Los campanillazos se van haciendo cada vez más imperceptibles, hasta que al fin se apagan. Dory se levanta, y en silencio se acerca á los cristales.)*

DON ALEJ. *(Sacándola de su ensimismamiento.)* Aunque fuéramos benignos con esas faltas, hay una imperdonable...

DORY. ¡Más! ¡Queriéndola como la quiero!...

DON ALEJ. Usted, con mala voluntad, la ha tratado de atraer al protestantismo...

DOÑA TER. Usted nos dijo que era católica, y por eso entró en nuestra casa...

DON ALEJ. ¡Y acabemos aquí! ¡Este ya no es un atentado contra ella: lo es contra sus padres y contra nuestros antecesores, todos educados en la religión cristiana!...

DOÑA TER. Hemos sabido que la ha llevado usted á un templo luterano...

DORY. *(Que ha escuchado sorprendida el último cargo de pie, desolada, junto al balcón, avanza y se vuelve á sentar.)* Verdad... Pero ella no sabe dónde estuvo... Yo nada la dije... Sólo me acompañó, y en mi iglesia rezó á su Dios, mientras yo le rezaba de otra forma.

DON ALEJ. Pero ¿por qué la llevó usted allí?

DORY. ¡No quieren comprender nada!... ¡Son ya muy viejos!... Procuren adivinar... Yo, en el fondo, seguía siendo protestante; pero no lo sabía. No crean que cuando me confesé cristiana mentía á sabiendas, no: me creí conversa; para descubrir la verdad ha tenido *él* que estar muy enfermo, en peligro de muerte... En ese momento descorazonante sentí la necesidad de una protección que lo pudiera todo, que pudiera salvarle... Hice tan gran esfuerzo de fe, excavé tanto en mí, que encontré en el fondo las reliquias de mi Dios... Mi credulidad cristiana sólo había acallado mi sentimiento religioso consanguíneo, ya que la credulidad sin parecido de mi niñez en Londres los había profesado... Entonces, como era una petición desesperada de que dependía todo, fuí á la iglesia de mi credo... ¿No ha sido todo recto? ¿No ha sido espontáneo?...

DON ALEJ. Así, así... Pero usted ha violentado el corazón de Solita, y si no lo ha sido, es usted un peligro religioso junto á ella... Compréndalo usted...

DOÑA TER. *(Insinuante.)* Sí, compréndalo... Hay que...

DORY. *(Exaltada, como si no hubiera oído, interrumpiéndola.)* El único perjuicio lo sufriré yo. He traicionado á mi Dios, y Él, como es

justo, es terrible... *(Inmutadísima.)* ¡Le olvidé!... ¡Me castigará!... *(Se arroja de bruces sobre el velador, como rendida al fin, escondiendo la cabeza en el brazo.)* ¡Me castigará!...

DON ALEJ. ¡Vamos, calma! ¡Dios no hace distingos ante el dolor que implora!

DORY. ¡Basta! ¡Hagan ustedes lo que quieran; pero no distraigan mi dolor!... Ya hace bastante rato que me acosan, y así le he sido infiel... ¡Quién sabe si le sostiene en la vida mi gran esfuerzo de voluntad, este cariño mío, que sólo desea imperiosamente detenerle!... *(Pausa. Silencio. Doña Teresa se pone un dedo en los labios, respetuosa y conmovida, haciendo que calle don Alejandro, que sigue paseando muy lentamente por escena. Dory sigue con la cabeza entre los brazos, sobre la mesa, en la actitud de una Magdalena. Pausa. Silencio. De pronto suena el picaporte de la puerta, abatido por una mano que la hubiera ansiado abrir precipitadamente. Después suenan dos golpes apremiantes. Dory llora transportada. Don Alejandro se acerca á la puerta para abrir. Los nudillos, mientras tanto, vuelven á golpear inquietos, terriblemente inquietos. Se abre al fin de golpe la puerta.)*

ESCENA XI

Esta escena ha de desarrollar sus palabras y sus gestos como en un tríptico, de manera que el espectador vea de una vez al mismo tiempo la sensación de los viejos, la de Dory y la de la niña.

Dichos y SOLITA. Ésta entra en escena alocada, descompuesta.

SOLITA. *(Prorrumpe en un grito que parece flotar sobre un caudal de lágrimas, produciendo el efecto fatal de un cadáver portado en alto por un río que se saliera de madre.)* ¡¡ZI JAF DOAR!! *(Los brazos hacia delante, corre hacia Dory, se quiere arrojar en sus brazos; pero ésta la rechaza bruscamente, y mientras llega al balcón, exclama:)*

DORY. ¡Mentira! *(Pero después de levantar los visillos y de mirar hacia la calle se desgarra, musitando apenas un:)* ¡Sí; cerrada! *(Esto dicho, cae abatida, deshecha, como rota al pie del balcón; y después de reponerse, clama enronquecida, atemorizada:)* ¡Me castiga! ¡Me castiga!

Al mismo tiempo, Solita y sus padres en un grupo, junto al proscenio, han sostenido esta otra escena: Solita, abandonada por Dory en su primer impulso de disconformidad, se arroja sobre su pobre madre desolada. Los dos viejos, sorprendidos, la interrogan junto al proscenio:

DON ALEJ. Pero ¿qué ha sucedido?

SOLITA. Sí. Ya creo que puedo decíroslo. Ella no se enfadará por ello; vosotros tampoco, ¿eh?...

DON ALEJ. No... Pero ¿qué la has dicho?...

SOLITA. *(Muy misteriosamente, paladeando con desconsuelo las palabras.)* ¡Que acaban de cerrar la media puerta!... ¡Ya sabéis lo que eso significa!... ¡Se ha muerto *él!*

DOÑA TER. ¿Quién?

SOLITA. ¡Enrique!... *(Abrazándose á su madre.)* ¡Yo sé lo que le quería, porque la he visto llorar!... *(Se desprende de su madre y se acerca á Dory; se baja hasta ella, y mientras la besa, don Alejandro y doña Teresa se acercan muy contritos y se dicen:)*

DON ALEJ. ¡Hemos sido injustos!

DOÑA TER. ¡Es verdad!

SOLITA. *(A Dory.)* ¡Pobrecilla!... ¡Te querré más!... ¡Yo te querré por él!... *(Y los dos viejos, que se han acercado á Dory, despacio, muy apesadumbrados, más encorvados que nunca, añaden con tristeza:)*

DOÑA TER. ¡Y nosotros también!

DON ALEJ. ¡También!

TELÓN RÁPIDO

SOL Y SOMBRA

El clarín ululó; y á lo lejos
fué á perderse en el aire, alargándose, el trémulo son.

En el circo,
que bullía, mitad en la sombra, mitad en el sol,
fué, al compás varonil de una marcha
y entre rojos petardos de seco estertor,
penetrando en diez ralas hileras
la cuadrilla de diestros como una sensual procesión:
ajedrez animado
de figuras envueltas en ascuas de loco fulgor,
evocaba, á través de los siglos,
la áurea pompa en que obispos y oidores
desfilaban á un auto de la Inquisición.
En las gradas del circo estallaron
resonantes palmadas en coro de unánime voz,
que fingían católicos ecos de fiestas crüeles
en que en vano cien roncas gargantas urgían perdón.
Esparcióse la alegre cuadrilla,
cual puñado de trigo que un ágil gañán aventó,
y la arena del circo ostentóse
recortada, mitad en la sombra, mitad en el sol.

El clarín ululó; y á lo lejos
fué á perderse en el aire, alargándose, el trémulo son...

Un bufido
la solemne presencia del toro anunció.
En escuálido potro
enfrentóse á la fiera el empuje de audaz picador,
que, cobrando el perfil de un espectro,
enclavóle en el cuello robusto porfiado lanzón;
pero el toro hundió entonces la testa
en el vientre indefenso del potro, que al golpe cejó,
y paseó en ostentosa carrera en la punta del asta
un despojo sangriento que á veces brillaba en el sol.
En las gradas del circo
hubo un vasto clamor,
que, girando cien veces,
más caballos pedía en un coro de trágica voz.
Más caballos... Los mismos caballos que un día

conquistaron las tierras tendidas al pie de Colón.
Y otro escuálido potro,
bajo otro picador,
cual macabra aguafuerte de Goya,
hacia el toro temblando avanzó.
Y otra vez, y diez veces,
la escena hizo crisis en una hecatombe de vivo color...

El clarín ululó; y á lo lejos
fué á perderse en el aire, alargándose, el trêmulo son...

Un revuelo de capas,
mariposas del Trópico en juegos de mística unción,
reflejóse en los húmedos ojos
de la fiera, que á veces parábase en firme en el sol,
y veía
las figuras gallardas de aquellos atletas girando al redor,
y la turba oprimida en las gradas sangrientas del circo,
y el segmento de sombra en la arena, cual tenue ilusión.
Los atletas,
contorneados en sedas joyantes y envueltos en los
alamares de cuentas preciosas, que ardían
como ojos de amor,
sacudían al aire sus capas sonoras con fina elegancia
y dejaban que el toro pasase bajo ellas como una visión:
parecían galanes de cuadros antiguos,
redivivos á una pretérita voz,
como dignos, por todos sus gráciles gestos,
de tejer en alfombra fugaz rigodón
con marquesas de blanca peluca,
abanico de nácar y cola de espeso rumor...

Pero cuando en la sombra bullía,
aquel grupo tomaba un aspecto de grave expresión:
no brillaban los trajes; los rostros se hacían adustos;
los perfiles borrábanse en aguas de leve temblor;
y en las turbias pupilas del toro
sonreía la lenta mirada de un último adiós...

El clarín ululó; y á lo lejos
fué á perderse en el aire, alargándose, el trémulo son...

Uno, dos, tres toreros
destacáronse en medio del circo. Y el toro los vió...

En las manos nerviosas los diestros blandían saetas
enfundadas en ricos brocados de oculta intención,
tal como áspides dentro
de ramos en flor.
Embistióles la fiera;
y el uno, los dos,
los tres, ágilmente, pusieron las rápidas manos
en el propio testuz, que las flechas al aire agitó.
Y entretanto que el toro corría,
sacudiendo las flechas al aire con vano rencor,
las figuras esbeltas
de los diestros en ángulo abriéronse en fuga veloz,
con el pávido gesto que tienen
los que van orillando los bordes de un antro de horror...
En las gradas del circo el silencio,
á manera de oído que agúzase en una desierta extensión,
recogido mantúvose..., y luego, en aplauso
de olímpico júbilo, á un golpe de sangre, explotó,
cual si todos, sintiéndose libres de un peso,
respirasen al fin con la fuerza de un solo pulmón...
Y el toro corría,
levantando, con súplica inmensa, los ojos al sol.

El clarín ululó; y á lo lejos
fué á perderse en el aire, alargándose, el trémulo son...

Solitario y terrible,
con su estoque de arcángel y el ala de seda de un rojo jirón,
hasta el céntrico punto del circo
un pálido y mudo torero avanzó:
en su faz rasurada y enjuta
crispábase un rictus de heroica expresión,
y en sus negras pupilas
bailaba una hipnótica chispa de frío valor.
Con el ala llamó á sí á la fiera;
y la fiera, por bajo del ala, rozándole el pecho pasó:
revolvióse burlada la fiera en su busca,
y por bajo del ala se estuvo diez veces pasando veloz.
De repente detúvose. El diestro tendió en el espacio
el límpido estoque; los ojos serenos en ella clavó;
y, á la vez que la fiera, lanzóse: fué breve el encuentro;
y el estoque, por entre las astas, buscó el corazón:
el torero quedóse impasible como una escultura,
y girando en un círculo brusco la fiera rodó.

Trepidaron las gradas del circo;
puesta en pie, la fanática turba clamaba á una voz...
Y en un signo de gracia
de divina expresión,
un clavel arrojado por dedos de rosa
en el céntrico punto del circo cayó...

Una marcha tronó; y á lo lejos
fué á esparcirse en el aire, ahuecándose, el cálido son.

José Santos Chocano.

Guatemala, 1909.

SIGFRIDO

Sigfrido es como un rayo de sol en primavera.
¡*Sigfrido!* Tú que fuiste de Wagner la creación.
Tu mano es invencible; tu espada, la primera;
blandiéndola tu brazo, dió cuenta del dragón.

¡Oh intrépido *Sigfrido!* ¡Tocaste al fin la meta!
El premio á tu bravura, magnífica, sin par,
fué digno de que Wagner, el músico-pöeta,
cantara tus virtudes con bélico cantar.

La espada que has forjado te hará señor del mundo.
Tu espléndida figura, simpática y viril,
recuerda cuando el noble, dignísimo *Sigmundo*
mostró con sus hazañas su sangre varonil.

En una choza agreste, fantástica y obscura,
habita un hombre fiero, tiránico y crüel;
su aspecto es el de un ogro; su rústica armadura
compónese del casco, la lanza y el broquel.

Por *Hunding* le conocen. Es dueño de *Siglinda*.
Siglinda, que es su esposa, la imagen del candor,
parece tan serena, tan cándida, tan linda,
figura modelada por mágico escultor.

Siglinda sola mírase. Contúrbase y solloza,
pues teme de su *Hunding*. Suspira con afán.
Sigmundo de repente refúgiase en la choza...
Su voz y su apostura temor y envidia dan.

Sus almas prontamente se unieron juveniles;
se amaron con el ímpetu que da la juventud.
Cantaron los dos jóvenes, gallardos y gentiles,
un himno vigoroso de amor y de salud...

... En noche tenebrosa, de angustias, cuán maldita,
Sigmundo como un héroe sucumbe en brava lid.
Siglinda huye á la cueva que *Mimo,* el gnomo, habita.
El gnomo representa la astucia y el ardid.

En esa cueva humilde nació *Sigfrido* el welsa.
Murió su madre loca; mas *Mimo* le crió,
y en él entonces muéstrase su sangre, tan excelsa,
tan brava, tan altiva, que al gnomo despreció.

Sigfrido: como premio feliz de tus victorias,
te dió el sublime *Wotan* bellísima mujer;
con ella sal, en busca de triunfos y de glorias,
seguro de que al cabo no tornas sin vencer.

Brunnilde es la walkyria que duerme castigada,
envuelta en resplandores de roja claridad.
Sigfrido llega al fuego, lo hiende con su espada,
y encuéntrase á la pura y espléndida beldad.

Despiértala con voces de amor y de alegría,
mostrando con sus frases dulcísima emoción;
Brunnilde, enamorada, se entrega á su hidalguía,
y ofrécele dichosa su ardiente corazón.

Salid, oh fuertes jóvenes, á caza de aventuras;
que alcancen vuestras almas la dicha celestial;
que gocen vuestros hijos de múltiples venturas,
y honréis con nuevas glorias á Wagner inmortal.

Guillermo Fernández Yturralde.

HORA DE LA TARDE

(LUIS UHLAND)

Hacia el ocaso veo nubes llenas
de puros resplandores,
en las regiones del espacio amenas
que besa el sol con tímidos fulgores.
¡Oh, sí!... Un presentimiento
me anuncia que una tarde, en plena calma,
á la puesta del sol de mi tormento,
que hoy me aflige con horas angustiosas,
las sombras que hoy rodean á mi alma
se tornarán serenas, luminosas.

CRUCIFIJO

(VÍCTOR HUGO)

Si lloráis, id á Él, que Él también llora.
Si sufrís, id, que Él cura ó aminora
la pena miserable.
Si tembláis, id; sonriente os dará egida.
Si cruzáis como sombras por la vida,
id á Él, pues que es eterno y perdurable.

Jaime Martí-Miquel.

DESESPERANZA

(Boceto novelesco.)

I

Dicen que estoy enfermo. Y al decirlo me miran con piedad y con amargura; y yo sonrío con una triste sonrisa de cansancio.

¡Enfermo! Mis amigos, esos gratos camaradas de las horas vibrantes y locas, me estrechan las manos largamente, hunden sus ojos en los míos, y con voz trémula y convencida destrenzan unas dulces palabras de consuelo:

—No es nada, Alfredo; pero debes cuidarte: más vale prevenir que curar...

Y yo sonrío otra vez, sonrío siempre. Mis labios pálidos, febrosos, han aprendido amorosamente el heroico dibujo de la sonrisa.

¡Yo enfermo! ¡Yo abatido, desalentado, rendido en este gran sillón, cara á un campo raquítico, y á lo lejos la masa neblinosa de la ciudad! ¡Yo roto y desvencijado, sin ánimo y sin valor!

Por la mañana, cuando dora el sol, y se arrastra hacia mis pies, y se encarama sobre mis rodillas, y viene á besar cariciosamente este pobre rostro mío, siento un gran consuelo, un hálito tibio, confortante, entre cuyos pliegues burbujea la vida, una nueva vida... Mas...

A la tarde, cuando paso á paso va huyendo el sol dolorosamente, voy quedándome triste, muy triste; débil, muy débil: como si se alejara el amor de mi alma; como si me arrancaran jirones de mi carne y sobre la herida cayera una fina lluvia de nieve...: crepúsculo, dolor...

Y luego, en la mansedumbre de mi cuarto, lleno de una melancólica luz siempre igual, voy escuchando resignado, absorto, el tímido latido del reloj y el fragor quedo, lento, dormido, de la casa... Y mis oídos tienen una gran añoranza de ese brusco ruido vibrátil ó inesperado con que el timbre avisa gratamente una cara amiga, un abrazo cariñoso...

Todo es frío; todo es soledad; todo es tristeza...

Pero nada entra tan adentro en nuestro corazón y en nuestra alma como la mirada honda, compasiva, desolada, de nuestra santa madre, y este su mudo gesto emocionado y dolorido...

Hoy ha venido á verme un buen amigo. Ha hablado mucho, mucho...

Los ojos, bravamente negros y audaces, brillaban con alegría; los labios, fuertes y rojos, se extendían victoriosamente entre risas de salud... Cruel, muy cruel: él abrazaba la vida dichoso; yo enfermo por haberla vivido...

Era hermosa la tarde: un sol bondadoso y reidor. En el campo estéril, que pronto la codicia ciudadana hará solar, jugaban bulliciosos unos recios muchachos.

—¿Y te casas al fin?

—Sí, chico; está decidido.

—¡Mi enhorabuena!...

¿Por qué te estremeciste, alma? ¿Por qué sentiste un temblor de ruina? El amor... Oíste á tu lado, alma, un canto de victoria, y á su ensalmo pasaron en tropel las añoranzas...

Mis pupilas de enfermo vieron ante sí el fulgor de otras pupilas que en otro tiempo acariciaron: unas negras, otras grises, otras garzas... Mis labios descoloridos, muertos, recordaron el suave dulzor de otros labios... Mis párpados..., sobre todo mis párpados..., añoraron un beso cálido, consolador, que los cerraba quietamente.

Luego, la charla apasionada, frívola, á pleno sol, en los amplios paseos; y ellas, inquietas, perversas, gentiles, con sonrisas de tentación, aireando sus trajes con un primoroso instinto bellamente armónico; y aquella otra charla confidencial, serena, junto á las rejas y á los balcones, estremecidos los cuerpos con un casto aroma de una remota sensualidad, y soñadoras las almas cabalgando por unos ignorados caminos de quimera...

—Y á ti, Alfredo, ¿qué tal te va con Mercedes?...

—Terminamos...

—¿Terminasteis?

—Sí... Fué mucho antes de enfermar.

De entre toda la caravana de recuerdos galantes y amantes, este de Mercedes era triunfal.

Mi amigo se apresuró noblemente:

—No hablemos de ello, Alfredo.

—¿Crees tú que me duele? No.

¿Por qué mentiste, alma? Quieres fingir, y el dolor va royéndote: un dolor espoleado por este duro trance de tus dolencias...

Á veces, frente á la vida, he preguntado qué cosa era vivir. Vivir—gritóme una voz musical—es querer ser libre, es saber amar. Y yo, creyendo saberlo, no lo supe jamás: por ello mis nervios estallaron líricamente...

Y hoy me encuentro torturado, envuelto en un enorme tedio, espiritualmente envejecido, y en mi cerebro rompe un desentonado concierto doloroso...

Estoy enfermo; decididamente, estoy enfermo...

II

Al doblar la primavera, el médico, mi buen amigo, me mandó al campo. Y en el campo estoy; es éste un viejo caserón humilde, rodeado de pinos y entre grandes montes... Es mucha soledad...

Cuando vine, envuelto en un poderoso gabán, atravesamos campos y pueblos; y en las estaciones iba dejando pedazos de mi esperanza, porque hasta mí llegaban locas risas mujeriles y un gran rumor de vida...

Me acompañó mi padre. Mi padre es ya viejo; es confiado, bondadoso, sencillo; no entiende de complicaciones espirituales ni de modernismos extenuantes... Mejor para él...

Hace ya mucho tiempo que estoy aquí, y mi vida es quieta, dulce, sana, vulgar...; sobre todo, vulgar.

Duermo en el bosque en las horas serenas de la mañana; sesteo bajo los pinos cuando el sol es fogata; me tiendo sobre un ancho canapé de mimbre, en la era del caserón, cuando va muriendo el sol y avanza la noche... Luego, tras la cena apacible y piadosa, duermo otra vez..., hasta que de nuevo descanso en el bosque, sesteo en los pinos, y...

Aburrido. Tristemente, cruelmente aburrido...

Mi madre me escribe unas extensas cartas, inquietas; mis hermanos me mandan postales; mis amigos me escriben con una irónica compasión; mis amigas..., ¿por qué no me escribirán también mis amigas?... A veces me escribe el doctor...

Y sigo enfermo, muy enfermo; en el cerebro me bailotean insistentes unos grandes enigmas; en los nervios brincan y serpean torturantemente unos enormes alfilerazos que los conmueven y les hacen vibrar; el cuerpo me pesa con un gran cansancio...

Las mozas del pueblo, estúpidas y roñosas, se detienen ante mí, y, para consuelo, se dicen en voz alta, en voz que llega á mis oídos como una maldición:

—¡Pobre señorito! ¡Qué paliducho!... ¡Si *ya* parece muerto!

Y yo sonrío, sonrío.

Los labriegos me miran socarronamente, y luego, con una mueca de hondo sarcasmo, se miran unos á otros, y se ven fuertes, vigorosos, rudos, rebosantes... En sus ojos, cínicamente ingenuos, brilla la compasión.

Yo huyo de las gentes. Voy al monte, trabajoso y lento en el caminar. A veces me cruzo con el cura, y el pobre hombre—que es muy viejo y muy denso de magín—me saluda y se aleja, porque mi mal «debe de ser mal de amor ó de diablo»...

La soledad es mi amiga; pero es una amiga perversa, porque así, solo, mis nervios se desatan, y siento en el cerebro, como es más fuerte, más tenaz, el bailoteo desesperante de esos duros enigmas. Parece que en soledad no estoy solo, porque yo, íntimamente, me divido en dos espíritus: uno frío, sereno, cuerdo; el otro divagador, doliente, casi loco... Y de ahí la lucha; una lucha mortal, desasosegada, enervante... Como si batallara la realidad contra un fantasma.

Recuerdo al doctor: mal de nervios, neurosis, haber vivido demasiado y demasiado mal...

Estoy enfermo; decididamente, estoy enfermo.

III

En la paz de la tarde rodó el agudo tintineo de unos cascabeles, y luego oyóse el patear de unos caballos sobre la tierra dura. En la senda corría un sencillo carruaje, y en él se destacaba la esbelta figura de una linda mujer.

La miré curioso, extrañado. Pasó, y sus ojos se detuvieron un instante sobre mí. Yo no sé si fué piedad ó si fué desdén; pero ante mi palidez y ante mi actitud—una triste actitud de indolencia, casi tendido en mi sillón de mimbre—brillaron sorprendidamente sus pupilas. Nos saludamos.

El bosque otra vez vivió su augusta quietud: unas grandes nubes blancas, muy blancas, galopaban heroicamente por los cielos; lejanos acordes de esquilón y alguna que otra voz perdida en el espacio... Calma, reposo, soledad...

Al día siguiente, igual; y como éste, muchos. Un día detuvo su carruaje, y yo, lentamente, fuí á saludarla. Estreché sus manos, finas, delgadas, muy blancas...

Intimamos. Yo le conté mis pesares, mis dolencias, y ella me dijo con su vocecita cariñosa, dulce, que veraneaba en un pueblo muy próximo...

—¿Ve usted? Si subiera esta colina—y extendía la mano graciosamente—, desde ella vería mi casa. Allí vivo, con mis colonos...

Era muy bonita: vestía un pulcro traje blanco con escote; tenía azules los ojos, y el cabello rubio, ambarino; la carne sedosa; aterciopelada... Estaba casada con un rico comerciante de la capital, y el marido venía al pueblo pocas veces...

Intimamos.

Ante ella, á pleno sol, me sentía enteramente otro: bocanadas de vida se agitaban en mi sangre, y tenía unos feroces deseos de hablar; hablar siempre junto á ella, sentir en mi rostro el amable perfume de su aliento, sentir en mis nervios la caricia sedante de su voz...

¿Amor?... He ahí, amigos, una cuestión transcendental. Desde el doloroso desengaño de mi Mercedes, que voy creyendo poco en la mujer: soy un romántico desilusionado... Amor no fué: fué..., algo difícil de precisar es ello..., fué la conmoción de un alma, de un cuerpo perpetuamente enamorado de la mujer, que hoy, cara á cara con sus dolores y por encima de sus pesares, siente el reto de la vida.

Volvemos á lo transcendental: amor, vida... Estas dos palabras sonaban irónicamente á mis oídos; pero no las creían tan burlonas mis pobres nervios.

En mis dos meses de vivir en este poblacho aprendí una gran verdad: que mi fatiga y mi laxitud eran atrozmente desesperantes. Y he ahí que en medio de la estupidez de las gentes surge un don de espiritualidad que me encanta y me abraza fascinadoramente... Ya os he dicho que soy un romántico, aunque desilusionado.

Nos veíamos cada tarde en el bosque; yo llegaba un poco aturdido por mi mal y por los desconcertantes soliloquios que sostenía infatigablemente. Lue-

go, al poco rato, oíase lejos—cuanto más lejos más evocadora y más de ensueño—la voz de mi amiga.

—¡Alfredo!... ¡Alfredo!...—gritaba; y todo el bosque repercutía musicalmente su gorjeo encantador...

Se iba acercando, y en seguida me estrechaba las manos fuerte, muy fuerte...

—¿Qué tal se encuentra usted hoy, Alfredo?

—Bien, muy bien. Mejor que nunca.

Y caminábamos por entre los pinos charlando de mil cosas...

Una tarde me acerqué. Por la mañana me había planteado la cuestión transcendental del amor y de la vida, y estaba yo muy animoso... Le dije..., no sé lo que le dije...; pero la estreché muy fuerte contra mi pecho; oí junto á mi corazón el alboroto de su carne encendida; vi temblarle los párpados, y sorbí en sus labios el susurro tímido de sus palabras confusas, entrecortadas, trémulas...

Fué nupcial la tarde. El misterio de su amor quedó prisionero entre mis brazos. Recuerdo que *después* lloró; un llanto silencioso, vergonzante, que yo sequé con mis besos y que consolé con mis cálidas palabras fervorosas...

Era la vida, que estalló en su sangre, y era el deseo, que vibró en mis nervios.

Cada día nos vimos en la infinita soledad del bosque, bajo el aroma de los pinos, junto á la tierra besada por el sol; un sol hermano, un sol padre...

Y yo sentía cómo paso á paso, muy lentamente, iba naciendo dentro de mi alma un poco de alegría, un poco de ilusión hacia la vida...

IV

La aventura alteró mis costumbres de campo. Me levantaba muy tarde, con el cerebro neblinoso y doliente, porque yo, la verdad, me sentía enfermo, aunque de dicha me brincara el alma.

Anhelaba las horas de la tarde, llenas de un hermoso halago espiritual. ¿Amaba? En este caso, era un amor de enfermo: fué tan grande, tan intenso el amor que tuve á mi Mercedes, que fué tornándome sensualmente escéptico de amor. Mi nueva amiga—se llamaba Isabel—me atraía con el mágico influjo de su carne codiciada; porque yo os aseguro—y he ahí por qué dudo de que esto fuese amor—que desde el primer momento lo que me cautivó fué la mujer, materialmente la mujer. Y cada día la hallé más apetecible, más incitante; y al meditar sobre la causa que me impulsaba á verla, á verla siempre, más que el goce de la palabra tejiendo juntos las quimeras para lo porvenir, soñaba yo con el fulgor de sus azules ojos mirándome en ellos, con el beso lento, apretado, de sus labios en mis labios, y con el temblor de su cuerpo bajo la caricia del abrazo definitivo...

No era amor: era deseo. Y, sin embargo, yo quiero á esa mujer como no he querido nunca á nadie.

Mercedes fué la cumbre donde vertí todos los ensueños de mi alma moceril y apasionada; me engañó, y me ha hecho cruelmente egoísta.

Recuerdo mis amores; sobre todo, mis amores carnales con otras mujeres, y ninguna ha dejado en mi corazón una huella sentimental. En Isabel—sin ahondar en el impulso que la trajo á mí—quiero creer que ha sido amor. ¿Decís que me engaño? Como queráis; yo quiero creerlo porque así place á mi ilusión, y de este modo justifico mi anhelo, mi ansia de que esta mujer sea mía, eternamente mía.

Yo no sé qué extraña voluptuosidad me arrastra hacia sus brazos; yo sé que la adoro sin exaltaciones líricas; la adoro terrenalmente, en un espasmo de enfermo...

Porque habéis de saber que este cariño y este deseo van entonando mi espíritu, atormentado por cien neuróticas aberraciones; que aunque mi cuerpo se dobla desfallecido, mi alma y mis nervios saltan gozosos, ya que no tranquilos.

Es raro, amigos; es raro...

En mis horas de soledad, en el cuarto del caserón, medito sobre mí mismo, y es una loca cabalgata de desvaríos lo que trenza mi mente. Lucho: estoy en el trance decisivo de la victoria ó de la desesperanza; y á veces mis pobres nervios ondulan triunfales, y otras vibran dolorosamente, tendiendo sobre mi fantasía una larga, interminable senda de inquietud...

V

Esta tarde, camino del bosque, tenía yo un triste presentimiento.

Estoy enfermo por haber amado demasiado: mi vida desconcertada, frívola, extenuante, me causó el dolor.

Miré al sol. Lo vi radiante y espléndido... Era silenciosa la tarde. Caminaba pausado, melancólico; de vez en vez espiaba el camino, pues hasta mí llegaron voces del pueblo que sospecha mi aventura.

Llegué al bosque. Soledad. Luego la armonía de la voz lejana arpegiando mi nombre: ¡Alfredo!... Mi sangre se revolvió acariciada, y pronto un abrazo cordial y unos labios mimosos, labios de seda y fresa, que tañeron en mis labios y en mis ojos la melodía de sus besos... Fué nuestro hablar cálido, alegre, expansivo... Todo en paz: nuestras voces eran un generoso aleteo de vida.

Salimos al lindero del bosque. Frente á nosotros serpeaba el camino gris; lejos unos anchos campos rojizos, y en lontananza unas masas difusas. Era muy grande, íntimamente dolorida y soñadora, la melancolía del paisaje. Y ella, mi Isabel, se abatió, lánguida y amorosa, sobre mi pecho...

—¡Alfredo!...

Sonó agriamente la voz en mis espaldas. Isabel se irguió extrañada y retadora. Yo, ligado por la sorpresa, balbucí unas palabras:

—¡Padre!...

Mi padre, que á pesar de su bondad es un impulso y un arrebatado, me cogió del brazo y me separó bruscamente de Isabel.

Iba á gritar, enardecido y violento; pero sentí frío en la sangre cuando tropecé con los ojos centelleantes de mi padre: fué un momento hondo y torturante que no sabría definiros bien. Volteaban en mi cerebro ideas alocadas y estúpidas; me llamé cobarde; temblaba con un temblor epiléptico y doloroso.

Isabel, muda y trágica, palpitante, escondía el rostro entre sus manos. Y mi padre habló con un acerado acorde de desdén:

—¡Mátate, Alfredo; mátate! ¡Consume la escasa vida que te queda! ¡Extenúate!...

La voz saltaba briosa y dolorida. ¿Matarme? ¿Consumir mi poca vida? ¿Extenuarme?...

Yo debía haber ido hasta Isabel, abrazarla y defenderla, porque era mi felicidad, acaso mi misma vida; pero estoy enfermo; oigo junto á mí unas palabras agoreras que hablan de morir, que dicen de mi vida corta, muy corta... Tuve miedo; un miedo enorme de caer rígido en la tierra.

Isabel, muda y trágica, palpitante, me miró dulcemente, con una hermosa mirada de compasión. ¡Gracias, mujer, vida!

Retrocedió lenta, como una virgen que fuera al sacrificio, y yo la vi marchar; vi cómo su altivo y bello cuerpo se inclinaba en una desesperada curvatura, y paso á paso huía hacia lo ignorado.

Ardió en mis venas un deseo de llamarla, de pedirle perdón, de defenderla... Caí convulso y sollozando en brazos de mi padre.

—¡Padre, padre!...

Era mucho dolor.

Estoy en mi cuarto del caserón. Mi padre me ha amonestado largamente por mi aventura. Unas tristes ideas de vida y de muerte flotaron en el aire. Y yo callé cobardemente, sin una palabra para la mujer que me dió su alma y su cuerpo, que iba á ser bálsamo de mis dolores... No era amor: era deseo. Soy un miserable, un egoísta, un abúlico...

Yo veo que mi padre yerra; pero callo: ¡es tan siniestra la idea de morir!

¿Soy un cobarde, ó soy un desesperanzado?

Estoy enfermo; decididamente, estoy enfermo...

F. Mirabent Vilaplana.

INFORMACIONES

Crónica de arte

¿Necesidad, ó lujo?

El arte es una necesidad de exteriorizar el espíritu, y un lujo de facultades del cerebro y del sentimiento.

Dicho esto, que no es ninguna filosófica sentencia doctoral, y sí sencilla lógica de buen sentido, veamos algunas de las infinitas razones en que se funda esa lógica.

Es indudable que una de las primeras manifestaciones instintivas de exteriorizar sentimientos de alegría y dolor en el ser racional, fueron las palabras y las notas: con las primeras dió forma á sus sentires; con las segundas los armonizó artísticamente; con las dos cosas unidas creó la copla y el cantar, la Poesía y la Música.

Ferviente adorador de una fe religiosa, dió forma á su Dios y á su Ídolo, tallando, grabando y esculpiendo en troncos de árboles, en barro, en piedra, en mármoles y metales preciosos la figura tosca ó el símbolo raro representativo del ser superior: de ello nacieron el Dibujo y la Escultura.

Con hojas de todas formas y filamentos de todas clases entrelazó y tejió sus vestiduras. Con plumas de aves, con metales ricos y con pieles y huesos de animales buscó la belleza, el adorno y la distinción de su persona, de su raza y de su jerarquía: de aquí nacieron la moda y el buen gusto. Con jugos extraídos de plantas y flores compuso matices para variar el color de sus ropas y adornos: ello estableció una gradación de tonos. Ahora aprovechando las cavidades naturales del terreno, bien abriéndoselas á fuerza de brazo, ó formándolas sobre la tierra llana con árboles, ramas, piedras y barro, construye su albergue: de donde toma origen la Arquitectura. El empleo de diferentes tonos en su indumentaria lo hace extensivo al interior y exterior de su vivienda, ahora en tintas generales sin forma determinada, ó encerradas y distribuídas esas tintas entre líneas desordenadas y caprichosas: y de esta manera viene á luz la Pintura mural y decorativa.

He aquí cómo el hombre primitivo y rudo tiene la necesidad del arte y la belleza por instinto, por la fuerza de dar forma á ideas, sentimientos é imágenes de su cerebro y alma, obligado por los ojos, que necesitan aprisionar en su retina los tesoros que la investigación y el análisis los van descifrando.

Cuando la raza humana evoluciona, constituyendo la familia, la tribu, el pueblo y la patria, va precedida de un movimiento de avance en las células cerebrales, que descubren otras bellezas y necesidades: primero, las naturales: inmediatamente después, las indispensables para el cambio de productos entre sí y con los demás pueblos, y se establece el comercio como manantial de las diferentes fuentes de riqueza que vierten el líquido de la ilustración y bienestar por toda la tierra descubierta. Esfuérzanse los unos por producir objetos que deslumbren por su hermosura, por su novedad y por su aplicación á los otros, y este afán corre como torrente sin dique, y lo que crean aquéllos lo adquieren éstos, que lo desentrañan, estudian, asimilan y aprovechan.

No pretendo daros un curso pedagógico. No está en mi ánimo poner ante vuestros

ojos las páginas historiables de la necesidad artística demostrada por los pueblos prehistóricos, luego por los egipcios, fenicios, frigios, sidios, por los sublimes griegos, los fuertes romanos, los ardientes y soñadores árabes, los ladinos y supersticiosos vivientes de la Edad Media; por todos, en fin, desde la creación hasta nuestros días. Debéis saberlo. Unicamente pretendo recordároslo y solicitar que cuando oigáis decir que las artes son el emblema del lujo y pasatiempo, lo neguéis. Vuestra negativa tendrá la fuerza que dan la lógica, la justicia y la historia de la Humanidad; tendrá la fuerza que dan la razón de los sentidos, de los sentimientos y necesidades.

Toda imagen que se esfuma en lo recóndito de nuestro ser ansía vivir dentro de una forma para alimento de la materia y del espíritu. La alegría y el dolor, la ira y el abatimiento tienen en el encaje de las notas musicales su lenguaje poético. Cuando nos encontramos en la calle con la música de un regimiento, sus marciales notas, penetrando por nuestros oídos, recorren como corriente eléctrica nuestro ser, é instintivamente el cuerpo se yergue, los brazos se balancean, y nuestros pies marchan al compás del pasodoble.

Cuando penetramos en el vasto recinto de un templo sagrado, y escuchamos los metálicos tonos del órgano, ellos hablan á nuestra conciencia de un algo superior, imperecedero é inmortal que nos subyuga, que nos abate y nos hace pensar en otra vida, puesta en duda, pero imposible de negar.

Cuando en el campo de batalla marcha el bisoño soldado llevando ocupados el cerebro y el alma por el recuerdo de los suyos, que lejos le lloran, el toque de las cornetas y la marcha arengante barren de su retina esas figuras queridas, y los destellos del valor le guían á la victoria. Cuando en horas melancólicas busca el hombre su tranquilo examen de conciencia acudiendo al dilatado confesonario que tiene por techo el cielo y por suelo la tierra, el arte verdad con que distribuye la Naturaleza sus encantos en celajes, en lejanías, en verdores, en fauna y flora, le dan la atenuación de sus dolores, la solución de sus problemas, la esperanza de sus ideales, la tranquilidad de su espíritu, la verdad de sus errores y la templanza en el análisis de sus pensamientos.

Al penetrar en un museo somos, delante de cada cuadro ó escultura, protagonistas de todos y cada uno de los personajes representados, y, sin hacerlo de una manera francamente voluntaria, nos reímos con la figura que se ríe, sufrimos con la que sufre, y nuestra imaginación y nuestra alma, puestas al servicio de la idea representada por el artista, la profundizan buscando su origen y sus efectos; y en una página de dolor vemos todo un largo poema, y en otra de alegría recordamos las realmente por nosotros sentidas.

Todas estas impresiones que hacen vibrar el exquisito cordaje de nuestra sensibilidad no tienen otra causa que la de estar construída la máquina orgánica para toda clase de percepciones: de ellas son intérpretes la vista, el oído, el tacto, el olfato y el gusto. Estos agentes transmiten los efectos recibidos á la razón, que los relaciona y distribuye entre la materia y el espíritu, formándose el efecto interno, que después se exterioriza por medio de los actos.

He aquí, pues, la raya divisoria entre el hombre y los demás seres que pueblan el Universo. Esta raya es la que clasifica el acto por el raciocinio y el acto por la conservación: de los dos participa en grado sumo el hombre; del segundo, los animales y las plantas; y dentro de estos dos últimos géneros no se puede negar la existencia de una marcada inclinación á la libertad, al bien y á la belleza, de que nos dan buen ejemplo los animales con su independencia, dentro de su noble servidumbre, con su amor á los sonidos y con su coquetería nativa, y las plantas y flores que policroman con matices y

embalsaman con fragancia la tierra entera. Todos juntos formamos la Naturaleza, y ésta es desde su creación el cosmopolitismo de las artes.

Perdonad que, arrastrado por el entusiasmo artístico, que tiene vientos de sublimidad, me haya dejado conducir al santuario donde viven con pureza mis convicciones y mis entusiasmos; pero era imprescindible enseñaros mi alma y mi cerebro, porque las palabras que de mis labios salen no van dirigidas para estrellarse y deshacerse en el tímpano de vuestro oído: las mando como visita leal y sincera á los santuarios que como yo tenéis.

Que el arte es una necesidad civilizadora en todas las edades, es de una importante verdad tan grande, como que fueron y serán siempre las artes el título profesional que ostentan con noble orgullo los pueblos que, como bellos y reparadores oasis, alientan en su incesante marcha por el tiempo á la caravana de las generaciones.

Aquellos pueblos que se llamaron déspotas por sus leyes y licenciosos por sus costumbres; aquellos pueblos en que el jefe del Estado era sumo dios terrenal y divino, y, por tanto, el orgullo y poderío radicaban en los más fuertes por el valor personal, por la sangre y por las joyas que constituían su tesoro; aquellos pueblos sublimizaban el arte de tal modo, que los antiguos griegos y romanos prohibían ejercer la pintura á otros que no fueran nobles y patricios, pues decían ser digna sólo de ejecutar por hombres libres y superiores, capaces de alimentar en su alma y cerebro sentimientos é ideas filosóficos y levantados.

En el orden social, político y religioso, nadie supera al artista en desinterés, alteza de miras, libertad de pensamientos, respeto á todas las ideas, amor á las libertades, y culto sin pasión á las creencias.

Él estudia al hombre, no para combatirlo, y sí para interpretarlo. Él analiza las pasiones, los sentimientos y los actos, identificándose íntimamente con sus efectos. Él no está afiliado de hecho á ninguna idea política determinada y esclavizante, que en muchos casos tuerce la sinceridad y la justicia, y que convierte el personal cerebro en una mala impresión gramofónica de un cerebro ajeno. Él escribe con el color y la línea la historia general de los hombres y de los pueblos. Él arranca de un lienzo, de una tabla, de un mármol y de un bronce el espíritu y la forma de la Naturaleza viva ó muerta, legando á la posteridad una enseñanza y una riqueza moral y material. Él sueña con ideales de creador, ideales donde cifra la hermosa esperanza de descubrir bellezas que sean un día la brillante aureola que rodee su nombre; y estos nombres, que resplandecen iluminando con sus destellos los pedazos del mundo, se llaman: Fidias, Zeuxis, Apeles, Policleto, Praxiteles, Protógenes, Miguel Angel, Rafael de Urbino, El Chiotto, Leonardo de Vinci, El Ticiano, Rubens, El Greco, Juan de Toledo, Juan de Herrera, Velázquez, Murillo, Juan de Juanes, Berruguete, Rembrandt, Van-Dyk, Alonso Cano, Alberto Durero, Vicente López, Goya y tantos otros que, si muertos en cuerpo, vivirán eternamente en el alma de sus obras, verdaderas fuentes donde se beben de continuo la enseñanza, la cultura y la belleza.

Ubaldo Fuentes y Redondo.

La guerra y la Bolsa

Antes de la guerra

Á consecuencia de las reformas financieras implantadas por Villaverde á raiz de la conclusión de las guerras coloniales, reconociendo las Deudas de Cuba y Filipinas, primero; unificando todas las Deudas del Estado, después; excluyendo al Exterior español del pago del impuesto sobre la renta, más tarde; y consiguiendo, por último, la liquidación de los Presupuestos con *superávit*, la calamitosa historia de nuestra Deuda, llena de cortes de cuentas en intereses y capitales, y de constante menosprecio de los derechos sagrados de los acreedores del Estado, tuvo un cambio tan radical y de tan saludables efectos, que nuestra nación, que ha figurado durante mucho tiempo, por desgracia, como insolvente, demostró entonces, y ha seguido demostrando después, no sólo que su fuerza productora de riqueza es inmensa, sino también que sabe responder á sus compromisos financieros, imponiéndose cuantos sacrificios sean necesarios para ello.

Bien pronto el crédito público fué, como consecuencia de tan bienhechoras medidas, robusteciéndose dentro y fuera de España; la industria y el comercio comenzaron una etapa de desarrollo y prosperidad, y los mercados nacionales y extranjeros, apercibiéndose de ese movimiento de reconstitución económica, cotizaron en constante alza los fondos públicos de España, hasta el extremo de llegar su interés á aproximarse mucho al que hoy día producen los valores ingleses y franceses, reconocidos como los más sólidos del mundo.

El mercado durante la guerra

Al conocer el mercado las primeras noticias de la guerra, su primera determinación fué suspender la tendencia alcista de los corros y proceder al aligeramiento de las posiciones, no muy cuantiosas, llevadas por la especulación, anticipándose á posibles y funestas consecuencias que pudiera traer á la Bolsa el que las operaciones de Melilla fuesen de considerable importancia, y no una mera función de policía, como el Gobierno conservador afirmaba en un principio.

El interés de la Bolsa lo absorbían casi por completo los fondos públicos Interior y Amortizables del 4 y 5 por 100; los demás valores bancarios, ferroviarios, eléctricos, siderúrgicos y demás industriales y mercantiles quedaron relegados á tan segundo término, que, exceptuando las acciones del Banco de España, los Tabacos y Ríos de la Plata, los demás valores apenas se contrataban, y cuando se hacía algo, era en cantidades insignificantes.

El 29 de julio fué el día en que registró la Bolsa cambios más bajos, llegando el Interior 4 por 100 á 80,85 por 100; el Amortizable 5 por 100, á 99 por 100; el Amortizable 4 por 100, á 90 por 100; los Tabacos, á 370; y los Ríos de la Plata, á 484, como legítima consecuencia de la desgarradora impresión producida en el mercado cuando se conocieron los detalles del combate del 27, que hizo tristemente célebre para España el barranco del Lobo, y los no menos importantes acontecimientos de la semana trágica de Barcelona. Á partir de ese día, el mercado, sin rumbo fijo y con grandes oscilaciones y nerviosidades, fué afianzando cambios y mejorando su aspecto, hasta que, conocida en Madrid el 29 de septiembre la toma del Gurugú, el Interior cotizó su cambio más alto de 87,10, y los demás valores siguieron la norma impresa por la Deuda reguladora, co-

tizando también cambios altos, como puede comprobarse en los cuadros de las cotizaciones de julio, agosto, septiembre y octubre, que por separado publicamos.

La toma del Gurugú causó poca impresión en la Bolsa, puesto que los valores ya cotizaban elevados cambios, y bien pronto llegaron noticias de que el dominio de la famosa cordillera era incompleto; y en sucesivos días noticias de nuevos combates desecharon la idea, ya esparcida por el mercado, del próximo final de la guerra.

Entrada de los liberales

La subida de los liberales al Poder ha sido acogida por la Bolsa con gran entusiasmo, por la creencia de que el desarrollo de una política liberal y democrática ha de concluir bien pronto con la situación anormal de agitación de pasiones, intranquilidades y revueltas que ahogaba al despótico Gobierno conservador; y si los cambios de los valores no han mejorado, débese, única y exclusivamente, á que durante todo el mes de octubre se han volcado en el corro de fecha cantidades bastante importantes de papel contado, aprovechando la elevada doble que ha subsistido, y creándose con ello una liquidación pesada y laboriosa.

Patriotismo de la Bolsa

Procediendo á un detenido examen de las cotizaciones del período comprendido entre 1.° de julio y fin octubre, nos encontramos, comparando los cambios extremos, con que los valores sufrieron las siguientes bajas: Interior 4 por 100, 5,10 por 100; 5,90 contando el cupón de 1.° de julio; Amortizable 5 por 100, 3,40; Amortizable 4 por 100, 5,50; Banco de España, 18; Río de la Plata, 8,50 pesetas por acción.

Como esta baja es de los cuatro meses reseñados, debemos hacer constar que en los meses anteriores á julio ya los valores habían sufrido descenso de consideración, sobre todo el Interior y el Amortizable 4 por 100, pues los mercados siempre se anticipan á los acontecimientos.

El Amortizable 5 por 100 ha sido de los más favorecidos en la baja, á consecuencia de ser un valor que, por su amortización por bajo de la par, no recorrió por completo el camino del alza del Interior en estos últimos años.

Las acciones del Banco Español del Río de la Plata y Altos Hornos de Vizcaya, valores que tanto hemos ensalzado desde esta Revista, han sido de los muy pocos cuya cotización se ha mantenido casi al mismo tipo que antes de la guerra.

El movimiento de baja, en cuanto á su intensidad, no ha sido de verdadera importancia, si se tienen en cuenta las circunstancias y causas que lo han motivado; y en cuanto á su extensión, bien puede comprobarse que sólo durante cuatro ó cinco días han permanecido los precios bajos, reponiéndose bien pronto las cotizaciones.

La baja, aunque rápida, como todas, se hizo con amplitud de mercado y sin que en ningún momento hubiese verdadero pánico, caracterizado principalmente por la total ausencia de compradores, y que tan frecuentes eran en las antiguas Bolsas cuando se presentaban acontecimientos políticos de importancia.

Tanto los intermediarios oficiales como los profesionales, especuladores y rentistas se han mantenido firmes y serenos, teniendo gran confianza en las fuentes de riqueza de nuestra Patria y en la desahogada situación del Tesoro público, habiendo con ello evitado que ocurriera en los mercados, como muy bien pudo ocurrir, un verdadero de-

sastre financiero, toda vez que las circunstancias eran en extremo gravísimas, gravedad que aún no ha desaparecido.

Conducta tan laudable y altamente patriótica no fué secundada, como era de esperar, por los elementos afines del mercado, y así vemos que la banca, sin más dios que el dinero ni más idea que la del lucro y medro personal, proporcionó el triste y lamentable espectáculo de negarse á la doble de valores industriales en los momentos más difíciles del mercado, que quedó reducido á sus propias fuerzas, y dando lugar á que aparezca la idea de la creación de un Banco de dobles que permita una ordenada, constante y regular marcha de los negocios bursátiles.

Francos

La cotización de los francos se ha mantenido, contra lo que se esperaba, alrededor de 109. Los temores de que el Tesoro vendiese su *stock* de oro han impedido su elevación, contrarrestando los efectos que las noticias y marcha de la guerra pudieran haber producido en el corro.

Consecuencias de la guerra

Las consecuencias económicas de la guerra dependen, como es natural, de los gastos que se originen, y éstos, de la duración de la campaña. La guerra, según las impresiones por nosotros recogidas, aún ha de durar bastante tiempo; y si se tiene en cuenta que después habrá de sostenerse una paz armada bastante larga, y que ya han comenzado á construirse fortificaciones de grandísimo coste, los gastos serán, indudablemente, enormes.

El ministro conservador ha calculado en 68 millones el presupuesto extraordinario de la guerra hasta fin de año, y el liberal parece haber encontrado acertado el cálculo. A nosotros nos parece la cifra casi insignificante, y creemos que en ella no están incluídos todos los gastos de la guerra, como en momento oportuno podrá comprobarse.

Si tenemos en cuenta los compromisos contraídos para la construcción de la escuadra, bien pronto, con independencia de los gastos extraordinarios de Guerra y Marina, veremos seriamente amenazado el *superávit,* pues esos dos departamentos ministeriales tienen que sufrir un aumento considerable, así como también lo tendrá que sufrir el capítulo de la Deuda, y habrá que proceder, indudablemente, á nuevas emisiones de papel para solventar los gastos realizados y por realizar.

Desconocemos los proyectos del nuevo ministro de Hacienda para obtener recursos con que solventar la presente situación económica; pero parece indicado proceder á una emisión de obligaciones del Tesoro, solución que tiene la gran ventaja de conceder tiempo á la implantación de un impuesto que, gravitando sobre las clases ricas, cubra el importe total de los débitos contraídos y por contraer, y á que ese impuesto se recaude reposadamente y en un no muy corto período de tiempo, lo cual siempre dulcifica las imposiciones y las hace más llevaderas.

Creemos, por tanto, que la situación económica es difícil; que muy bien puede darse al traste con la política financiera de *superávit,* practicada estos últimos años y que tan buenos resultados ha producido; y que precisa mucha energía en los ministros de Hacienda para contener las demasías de los departamentos ministeriales, ya que ha de ser obra difícil forzar las recaudaciones ni aumentar los ingresos, por encontrarse muy gravadas las riquezas y las industrias.

Cotizaciones del me

CLASE DE VALORES	1	2	3	5	6	7	8	9	10	12	13
Interior 4 por 100	85 95	86 25	86 90	86 85	86 60	86 55	86 50	85 75	85 45	86 10	86
Amortizable 5 por 100	101 40	101 55	101 60	101 90	101 90	101 90	101 90	101 60	101 40	102 00	102
Amortizable 4 por 100	95 50	95 50	95 60	95 60	95 70	95 70	95 30	»	»	»	95
Banco de España	»	462 00	455 00	456 00	457 00	457 00	458 00	459 00	459 00	459 50	459
C.ª Arrendataria de Tabacos	392 00	393 00	393 00	393 50	393 50	393 50	385 00	385 00	385 00	384 50	384
B. E. del Río de la Plata	492 50	493 00	494 00	496 00	496 50	498 00	496 00	492 00	493 00	496 50	495

Cotizaciones del me

CLASE DE VALORES	2	3	4	5	6	7	9	10	11	12	1
Interior 4 por 100	82 70	84 15	83 80	84 40	84 20	85 05	84 10	84 20	84 15	84 20	84
Amortizable 5 por 100	101 00	101 75	100 00	101 25	101 05	101 10	101 15	101 30	101 10	101 15	101
Amortizable 4 por 100	92 00	92 00	92 70	»	93 00	93 00	93 75	94 10	94 10	94 20	94
Banco de España	448 00	449 50	450 00	453 00	458 00	458 00	458 00	458 00	454 00	455 00	»
C.ª Arrendataria de Tabacos	372 00	375 00	377 00	»	385 00	387 00	389 00	390 00	390 00	391 00	»
B. E. del Río de la Plata	489 00	489 00	490 00	492 00	492 00	494 00	496 00	499 00	499 00	498 00	499

Cotizaciones del me

CLASE DE VALORES	1	2	3	4	6	7	9	10	11	1
Interior 4 por 100	85 30	85 20	85 05	85 20	84 30	84 85	85 10	85 15	85 15	85
Amortizable 5 por 100	100 55	100 85	100 90	100 75	100 50	100 95	100 95	100 95	100 95	100
Amortizable 4 por 100	94 25	94 40	94 40	94 35	94 30	94 25	94 10	94 00	94 20	»
Banco de España	456 50	456 50	456 50	»	456 00	456 00	454 00	454 00	454 00	454
Compañía Arrendataria de Tabacos	383 00	383 00	»	»	383 00	»	386 00	387 00	»	388
B. Español del Río de la Plata	492 00	495 00	197 00	500 00	499 00	»	497 00	496 00	»	493

Cotizaciones del me

CLASE DE VALORES	1	2	4	5	6	7	8	9	11	12	1
Interior 4 por 100	85 60	85 50	84 65	85 00	84 80	85 00	85 10	85 15	85 45	85 35	85
Amortizable 5 por 100	101 05	101 10	100 90	100 60	100 60	100 80	100 90	101 05	100 90	101 00	101
Amortizable 4 por 100	93 80	93 90	93 70	93 70	93 60	93 25	93 25	93 20	93 25	93 15	93
Banco de España	455 00	458 00	458 00	457 00	453 00	454 00	456 00	456 00	456 50	456 50	456
C.ª Arrendataria de Tabacos	385 00	385 00	381 50	384 50	385 00	385 00	385 00	385 00	385 50	385 00	»
B. E. del Río de la Plata	495 00	495 50	491 50	495 00	493 00	493 00	494 00	493 00	493 50	493 00	491

e julio de 1909.

DÍAS														
14	15	16	17	19	20	21	22	23	26	27	28	29	30	31
80	85 85	85 90	85 90	85 40	84 30	82 80	82 10	82 95	81 95	81 90	81 20	80 85	83 00	82 70
90	101 90	101 90	101 85	101 75	101 50	100 25	100 00	100 30	100 00	99 60	99 25	99 00	99 75	99 60
75	94 60	94 60	94 60	94 40	94 25	»	93 00	»	93 00	92 50	»	»	90 00	91 00
00	458 00	458 00	457 50	456 00	454 00	452 00	446 00	447 00	445 00	446 00	447 00	446 00	446 00	447 00
00	383 50	383 50	384 50	383 50	382 00	»	377 00	375 00	373 00	»	»	370 00	370 00	370 00
00	494 00	494 50	494 00	493 00	490 00	490 00	490 00	»	489 00	488 00	»	486 00	484 00	485 00

e agosto de 1909.

DÍAS														
14	16	17	18	19	20	21	23	24	25	26	27	28	30	31
35	84 45	85 85	85 20	85 40	85 30	85 15	84 85	84 20	84 25	84 50	84 70	84 75	84 80	85 15
50	100 75	100 50	100 60	100 70	100 65	100 65	100 60	100 35	100 25	100 10	100 20	100 45	100 45	100 45
30	94 35	94 45	94 55	94 50	94 30	94 45	94 50	94 45	94 30	94 50	94 20	94 10	»	94 15
00	452 00	452 00	454 00	»	456 00	456 00	454 00	452 00	452 00	454 00	455 00	455 00	456 00	»
00	390 00	389 00	388 00	386 00	386 00	383 00	382 00	383 00	»	383 00	383 00	»	»	383 00
00	498 00	499 00	»	485 00	»	486 00	487 00	487 00	488 00	492 00	492 50	492 50	491 00	491 00

e septiembre de 1909.

DÍAS														
14	15	16	17	18	20	21	22	23	24	25	27	28	29	30
95	85 05	84 95	84 80	84 85	85 95	85 05	84 95	85 20	85 35	85 60	86 30	87 30	87 10	86 95
95	100 95	100 90	100 80	100 65	100 60	100 65	100 75	100 75	100 75	100 80	101 10	100 75	101 65	101 65
20	94 20	94 20	94 30	94 10	»	94 15	94 15	94 25	94 25	94 35	94 40	94 10	94 30	94 50
00	453 00	453 00	453 00	»	453 00	453 00	»	452 00	453 00	452 00	451 00	451 00	452 00	»
00	»	388 00	387 00	»	387 00	386 00	386 00	386 00	386 00	386 00	385 0.	386 00	386 00	»
»	493 50	493 50	493 50	492 00	492 50	492 50	493 00	494 00	495 00	495 00	496 00	496 00	495 00	496 00

e octubre de 1909.

DÍAS														
14	15	16	18	19	20	21	22	23	25	26	27	28	29	30
05	85 25	85 10	85 00	85 05	84 80	84 60	84 75	84 25	84 50	84 80	84 90	84 85	84 95	85 20
05	101 10	101 05	100 95	101 20	100 80	100 70	100 85	100 65	101 00	101 20	101 20	101 30	101 50	101 50
00	93 00	»	93 00	93 00	92 90	»	92 40	92 25	92 40	92 50	92 40	»	92 60	92 75
00	456 00	458 00	458 00	458 00	»	456 00	455 00	453 00	453 00	455 00	455 00	453 00	453 50	454 00
00	»	386 00	386 00	385 50	385 50	»	385 50	385 00	384 50	385 50	386 00	386 50	385 50	385 50
00	492 50	493 50	496 00	494 00	»	493 50	493 00	491 00	491 50	491 00	491 00	490 00	490 00	486 50

Libros recibidos

POESÍA

Ráfagas.—Dolores del Río Sánchez Granados.—Coruña, 1908.
Teodoro Llorente: Su vida y sus obras.—Florilegio de sus poesías.—Juan Navarro Reverter.—Madrid-Barcelona, 1909.
Cap al tard.—Joan Alcover.—Barcelona, 1909.
Aeroplani.—Paolo Buzzi.—Milán, 1909.
Le Ranocchie Turchine.—Enrico Cavacchioli.—Milán, 1909.
Á través dos séculos.—Zeferino Galvao.—Pesqueira, 1907.
Sendero de humildad.—Manuel Gálvez.—Buenos Aires, 1909.
Versos de una juventud.—Edmundo Montagne.—Buenos Aires, 1909.
Dispersas.—José P. Micoló.—Tampico, 1909.
Remanso.—José Muñoz San Román.—Sevilla, 1909.

TEATRO

Poupées électriques (drama).—F. T. Marinetti.—París, 1909.
Cuento de calleja (drama).—Ramón Gómez de la Serna.—Madrid, 1909.
Beatriz (drama).—Ramón Gómez de la Serna.—Madrid, 1909.

NOVELA

Inri.—El pantano.—Hamlet Gómez.—Madrid, 1908.
Del alma de Andalucía.—Hamlet Gómez.—Madrid, 1909.
Boda y mortaja.—Rafael Pamplona.—Madrid, 1909.

VARIOS

Hernán Cortés.—Marqués de Polavieja.—Toledo, 1909.
Discurso de proclamación y programa de gobierno del Dr. Roque Sáenz Peña. Buenos Aires, 1909.
Roque Sáenz Peña, candidato para presidente de la República.—P. Groussac. Buenos Aires, 1909.
Los yankees del Sud, reconocidos por los yankees del Norte.—Julio Llanos.—Roma, 1909.
Uruguay contemporáneo.—Norberto Estrada.—Valencia, 1909.

EDUCADORES DE NUESTRO EJÉRCITO

ALMIRANTE

A) El general Almirante, sobre su valía, sobre la substancia y robustez de las obras que forman el pedestal de su fama, tiene para la mocedad militar otro aspecto igualmente simpático y agradable. La forma elocuente, viva, nerviosa é intencionada con que expresa las ideas acaso haya removido el gusto de las bellas letras en más de un espíritu de aquellos que en las aulas del Alcázar toledano saboreaban los textos del maestro...

A despecho de los gustos, y contra la voluntad de los que quieren que el escritor trace sus pensamientos como un cálculo matemático en la pizarra, Almirante es y ha sido un tratadista ilustre, un escritor español de «casta y solera», de los que se leen y admiran, y, por último, de los que atraen al lector, imponiéndose á su atención desde el prólogo hasta el índice de sus libros.

***

B) *La guerra francoalemana* es un libro de los que *quedan,* y, además, de los que deben figurar en la mesa del escritor, del literato, del filósofo y, singularmente, del militar (pertenezca á la *cola* ó á la *cabeza).*

El insigne tratadista militar, con la viveza, el aticismo y la *vista* que caracterizan su personalidad, derrocha en su libro todo linaje de enseñanzas. A pesar de sus años, Almirante observa, deduce, adivina, fustiga, juzga, arremete y disculpa con la propia bizarría é intensidad que el más pujante y lozano de las novísimas huestes... Los nobles soldados escritores con más de medio siglo de perpetua fatiga intelectual merecen la hermosa veneración reservada á los varones justos y beneméritos: Arroquia, Almirante, Arteche, hombres á cuyos talentos tanto debe la ciencia militar española, tienen ganado algo más que un puesto en el panteón oficial de las escalas.

Los jóvenes que en los libros de esos maestros aprendimos tanto, y tanto bien intelectual hemos cosechado, guardamos con profunda gratitud su alto concepto, y no podemos caer en la implacable sequedad del Estado. Por eso les ofrecemos el homenaje de nuestra consideración y de nuestro cariño.

***

C) Citar este párrafo de Barado (1):

«Un tanto cáustico en su conversación como en sus escritos, pero siempre discreto y sagaz, muy versado en historias vivas y muertas, como conocedor

(1) *Almirante,* por D. Francisco Barado. *Revista Técnica de Infantería y Caballería,* 1.º de septiembre de 1894.

profundo que era de los hombres por sus escritos, por sus obras y hasta por sus intenciones, Almirante tenía en todas ocasiones un juicio y una frase, no siempre lisonjeros, pero generalmente exactos, para las cosas y la gente de su tiempo. Había vivido lo bastante para conocer los achaques de estas últimas generaciones y de los que las dirigieron, y sabía apreciarlos con la serenidad del que se mantiene alejado de toda lucha candente, haciendo gala en estas ocasiones, á la par que de su talento observador, de las agudezas de la sátira. Y era su conversación tan amena, centelleaban en ella con tal facilidad los rasgos—quise decir los *rayos*—de su ingenio, que las horas se deslizaban á su lado sin sentir... Achacoso, casi ciego y solitario, el ilustre tratadista iba dejándose vencer por la tristeza. «Esto se acaba—decía—: la máquina no quiere funcionar. Me da pena salir por esas calles apoyado en un bastón. Y más dolor aún no poder dedicarme á la lectura. ¡Qué horas más largas y más melancólicas las mías!» Profundo dolor causaba ciertamente la presencia de aquel anciano que con tanta serenidad hablaba de su próximo fin; más profundo todavía habida cuenta de lo que la pérdida de la visión supone para una inteligencia como la suya. Era casi una muerte anticipada; la muerte *sentida,* que ha de ser el más terrible de los tormentos.»

***

D) Del *Diccionario militar* de Almirante dijo la Academia Española que era un libro que estaba llamado á aumentar el número de los que se escriben con fe y con inteligencia y pueden esperar ser manejados con fruto... «Como escritor resplandecen en el Sr. Almirante—así termina el informe de la Academia Española (1873)—las dotes de un estilo didáctico claro y fluido, aunque matemáticamente ajustado, y de una dicción castiza, correcta y, por lo regular, armoniosa.»

Del propio *Diccionario* aseguró la Academia de la Historia que «necesítase para escribirle erudición tan variada, aplicación tan perseverante y cualidades, en fin, de escritor tan notables, que no es extraño se cuenten tan pocos de su género en la literatura militar. Y todas esas cualidades se encuentran en el *Diccionario militar* unidas á un estilo propio, digno y elocuente.»

... Oigamos ahora al autor:

«Esta obra, casi terminada y en disposición de darse á la imprenta—dice en el prólogo—, fué presentada al Gobierno en 31 de marzo de 1865. El lisonjero informe de la Junta Consultiva de Guerra manifiesta lo modesto de la protección que el autor pedía; no la obtuvo, sin embargo.»

«Por fin, en 1869, *siendo ministro de la Guerra el general Prim,* para quien el autor era completamente desconocido, sólo en vista del expediente y del manuscrito, que examinó con detención, dispuso que se imprimiera por cuenta del Estado en el Depósito de la Guerra. El único medio que por desdicha queda de acreditar nuestra gratitud, es dejarla consignada aquí, fervorosa, indeleble.»

Comentario.—Sin la altura de miras de un Prim, ¡sabe Dios cuándo hubiera visto la luz pública el famoso libro de Almirante!...

***

E) Nació D. José Almirante y Torroella en Valladolid el día 17 de julio de 1823. Falleció en esta corte el día 23 de agosto de 1904.

La *segunda subdivisión* de su *hoja de servicios* expresa el curso de su carrera militar del siguiente modo:

ANTIGÜEDAD que le conceden los despachos ó nombramientos.			EMPLEOS Y GRADOS QUE HA OBTENIDO	TIEMPO que los ha servido.		
Día	Mes.	Año.		Años...	Meses..	Días...
24	Agosto....	1831	Cadete de Infantería de menor edad.....	»	»	»
16	Julio.....	1835	Idem de ídem con antigüedad.....	3	1	14
30	Agosto....	1838	Alumno del Colegio de Ingenieros.....	1	11	10
28	Julio.....	1839	Alférez de Infantería.....			
10	Agosto....	1840	Alférez alumno de Ingenieros.....	2	»	4
14	Agosto....	1842	Teniente de Ingenieros.....			
21	Agosto....	1843	Grado de capitán por gracia general.....	2	»	»
29	Marzo.....	1844	Capitán de Ejército por trabajos facultativos.....			
20	Septbre....	1844	Capitán de Ingenieros.....			
10	Octubre...	1846	Grado de segundo comandante por gracia general.....			
13	Abril.....	1849	Segundo comandante de Ejército por trabajos facultativos.....	10	3	14
23	Noviembre.	1852	Comandante de Ejército por ídem íd.....			
23	Noviembre.	1852	Grado de teniente coronel por conversión.....			
4	Abril.....	1855	Comandante de Ingenieros en Ultramar.....			
4	Abril.....	1855	Teniente coronel de Infantería por pase á Ultramar...			
4	Abril.....	1855	Grado de coronel por gracia general, según Real orden de 10 de enero de 1852.....	2	8	3
7	Septbre....	1857	Teniente coronel de Ingenieros en Ultramar.....			
5	Febrero...	1865	Coronel de Infantería.....	9	8	6
13	Mayo.....	1867	Coronel de Ingenieros con antigüedad de 21 de octubre de 1864, que le correspondió á su regreso de Ultramar.	7	»	9
22	Mayo.....	1874	Brigadier de Ingenieros.....	7	8	14
6	Febrero....	1882	Mariscal de campo (luego general de división por nueva denominación, hasta su muerte en 23 de agosto de 1904).	16	7	2

F) Examinada la *cuarta subdivisión,* aparece que sirvió como cadete en el regimiento de Infantería de Almansa, núm. 17, desde el 24 de agosto de 1831 hasta el 16 de julio de 1835. Que de esta fecha al 30 de agosto de 1838 estuvo estudiando en el Colegio General Militar, y desde entonces hasta fin de agosto de 1842, en la Academia especial del Cuerpo de Ingenieros. Que en el regi-

miento de Ingenieros (único á la sazón) estuvo hasta fin de 1843, pasando al Depósito Topográfico, donde permaneció hasta octubre de 1853.

Fué oficial del Ministerio de la Guerra (organización antigua de la Secretaría político-militar) hasta el 4 de agosto de 1854. Pasó á Filipinas en 1855, y allí estuvo hasta el 13 de septiembre de 1858 (de comandante en la Dirección Subinspección de Ingenieros). Vuelto á la Península desempeñó varias comisiones importantes, y en 1869 (junio) se le nombró director subinspector de Ingenieros de Canarias, y luego comandante de Ingenieros de Valladolid (1871). De aquí pasó á secretario del Cuarto militar de D. Amadeo I (hasta 1873).

En 1874 (mayo), ya brigadier, se le destinó de director subinspector de Ingenieros á Castilla la Vieja.

En 1881, y con motivo de haber presentado á examen de la Junta Superior Consultiva de Guerra el *Reglamento de campaña* y el de *guarnición de las plazas,* dicha Junta declaró que los referidos trabajos habían sido ejecutados con el acierto que hacían esperar sus grandes conocimientos militares y las distinguidas dotes que como escritor le adornaban, proponiéndole para una recompensa por la inteligencia é incansable laboriosidad de que tanto en ésta como en otras ocasiones tenía dadas repetidas pruebas.

Como consecuencia recayó la Real orden de 29 de enero, en la que se manifestaba que S. M. el Rey tomaría en consideración en su día los especiales é importantes servicios del brigadier Almirante, y á la vez se disponía redactase un nuevo Reglamento de Ordenanzas para el régimen y disciplina del Ejército, que abrazase los tratados I, II y III de las actuales Ordenanzas, en armonía con lo que había escrito anteriormente, á cuyo efecto debería permanecer en la corte ínterin terminase los trabajos de esta nueva comisión, y pudiera concurrir á las sesiones de la citada Junta Consultiva en el examen y discusión de los citados Reglamentos.

Por Real orden de 8 de febrero se dispuso formase parte de la Comisión mixta que había de entender en la redacción de un Reglamento ó instrucción general para el Ejército y Armada sobre insignias y banderas, honores y saludos.

En 28 de septiembre (1881) se le nombró vocal de la Junta mixta de Codificación y Procedimientos militares, que presidía el teniente general D. Antonio Ros de Olano, marqués de Guad-el-Jelú.

Ascendido á mariscal de campo en 1882, fué destinado (á solicitud propia) de comandante general de Ingenieros á la isla de Cuba, de donde regresó en 1885.

Presidente de la Junta especial del Cuerpo de Ingenieros, lo fué desde mediados de ese año hasta el 23 de agosto de 1889.

Por Real decreto de esa fecha se le nombró consejero del Supremo de Guerra y Marina.

En 3 de agosto de 1891 pasó á la sección de reserva del Estado Mayor General, por haber cumplido la edad reglamentaria: contaba entonces cincuenta y seis años de efectivos servicios.

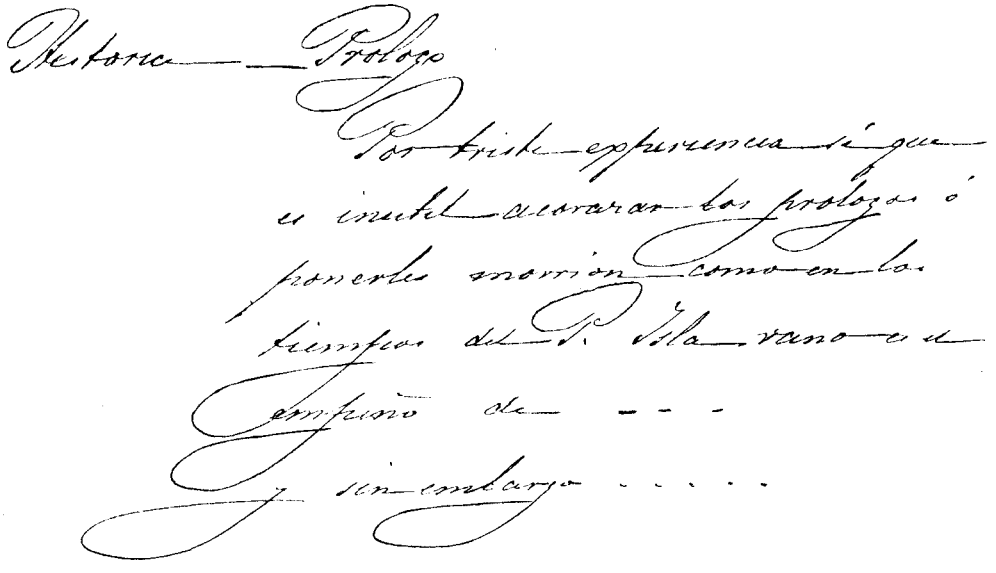
G) Condecoraciones.

Cruz de Isabel la Católica.
Cruz de segunda clase del Mérito Militar.
Cruz de Carlos III.
Gran cruz del Mérito Militar.
Cruz, placa y gran cruz de San Hermenegildo. Era pensionado de 1893 (junio).

En la Exposición de Barcelona (1889) fué agraciado con la medalla de oro por sus obras *Diccionario militar* y *Guía del oficial en campaña.*

***

H) Letra de Almirante:



I) Biografía de César, por Almirante.

Reproducir los siguientes párrafos:

«... Pocos héroes han logrado como él singular privilegio de seguir después de la muerte ejerciendo la misma fascinación con que en vida arrancaron el aplauso, la admiración, la adoración. Entre sus innumerables biógrafos, raro es el que no se confiesa dominado por una invencible simpatía. Lejos nosotros de romper con voz discordante este coro, que crece con los tiempos, afirmaremos que en César ha mostrado la Naturaleza una de sus más completas creaciones, uno de los tipos más perfectos de la especie humana.»

. . . . . .

«Desde el punto de vista favorable á César, por más que sea desfavorable á Roma, justo es conceder que hay en la insondable ambición de aquel hombre cierto sello de grandeza, que sabía imprimir hasta en su misma inmoralidad. Algo, repetimos, debía tener de fascinadora aquella personalidad, para llevar con ventaja suya, y por caminos que costean lo taimado y rozan con lo traidor, aquella peligrosa amistad con los dos poderosos triunviros, indicados por riqueza, posición y anteriores compromisos como sólidos pilares del partido aristocrático, y sirviendo ahora, quizá contra su mismo propósito, los intereses y hasta las pasiones tumultuosas de la democracia. Pero, ¿qué más? El fatuo Clodio, que dos años antes profanó el hogar de César, obligándole á repudiar á su esposa, por aquella célebre razón de que ni aun debía aparecer sospechosa, ese mismo Clodio, arrogante á fuer de patricio, es el que ahora, adoptado por un plebeyo, quedará como fiel agente, vigilando á Cicerón y Catón, á la guarda de los intereses de César. Respecto á Pompeyo, su boda con Julia, hija de César, parecía segura fianza y garantía.

»Dejando estos resortes, de manejo más ó menos ocasionado, forzoso es reconocer como notable y varonil el intento de apoyar su ambición en la dura espada legionaria. No pretende César, como pretenderán sus sucesores, relajar la disciplina, corromper la institución, comprar materialmente con oro el tumultuoso voto de los pretorianos: lo que César quiere es completar su gloria militar, gloria que siempre redunda en provecho de la Patria; lo que César busca, ya cansado de hundir el pie sin encontrar asiento en el suelo fangoso y escurridizo de la política civil, es alzarse sobre el pavés militar, sostenido por robustos brazos; es recibir de la mano callosa del soldado la corona de laurel, que utilizará á la vez con ática elegancia para cubrir su frente, antes de tiempo despoblada. En fin, para hombres como él las enseñanzas del tiempo no son infecundas: los Gracos, por no tener soldados, caen envueltos en las ruinas de una causa popular; Sila vence, abusa, horroriza, y, para colmo de ironía, abdica con la más insolente tranquilidad. Inútil y vana es toda idea sin fuerza que la imponga; y por desconsolador que sea este principio, por poco honor que haga á la dignidad y á la conciencia humanas, victorioso vamos á verlo con César, y triunfante lo seguiremos viendo con Napoleón.

»Allanados estorbos, enviado Catón con frívolo pretexto al fondo de la Tracia, desterrado Cicerón, César emprende la guerra de las Galias sin recelar quizá que le va á costar ocho campañas.

»La primera se abre á principios del año 58 contra los suizos, que, cansados de las continuas incursiones, proyectaban de tiempo atrás emigrar de su país á orillas del Océano. César, sorprendido con una sola legión, corta en Ginebra el puente del Ródano, eleva un enorme atrincheramiento por la orilla izquierda de este río hasta el Jura, cruzan los suizos por este monte, y, al caer sobre el Saona, el procónsul los bate en sangriento choque, obligando á los fugitivos á recogerse en sus montañas. Apenas dado este golpe, el vencedor se encuentra enfrente de Ariovisto, que, con una vanguardia de 120.000 suevos, pasó atrevidamente el Rhin con propósitos iguales á los de los tiem-

pos de Mario. Su sobrino, aún más feliz, en un solo combate (septiembre 58) hace repasar el río á Ariovisto, herido y casi solo; y aplazando así por cuatro siglos la invasión de los germanos. Terminadas dos guerras formidables en una sola campaña, César vuelve á Roma, dejando acantonado su ejército al mando de Labieno. Napoleón I, el más autorizado comentador de los comentadores, si bien encomia las maniobras sobre Pontarlier y Besancon, rebaja el mérito de la campaña por la incontestable superioridad de la legión sobre muchedumbres bárbaras y allegadizas. Desde luego que con algo se ha de compensar la desproporción numérica; pero justamente lo que más enaltece las dotes disciplinarias y de mando en el general romano, es haber disipado en sus tropas las preocupaciones, las supersticiones engendradas por la elevada talla y la fuerza salvaje de los germanos.

»La segunda campaña (57) es contra los belgas, en número de 300.000. Ocupaba la antigua Bélgica ancho territorio entre el Sena y el Rhin, cubierto por numerosas tribus con sendos y revesados nombres que por brevedad suprimimos, y cuyas respectivas capitales venían á corresponder, salvo error, á los siguientes puntos: Soisson, Beauvais, Hainaut, Artois, Amiens, Brabante, San Quintín, Metz, Chalons..., con gran parte de Holanda y tierras germánicas de Colonia, Lieja y Luxemburgo. Con su acostumbrada previsión y actividad César organizó en Italia dos nuevas legiones, que ya con las antiguas subían á ocho, rodeándolas, como siempre, de un enjambre de tropas auxiliares compuestas de los mismos galos, veleidosos, de los inevitables españoles, tan amigos entonces como ahora de verter idólatras su sangre por hombres y causas que nada deberían importarles. Su oficio, como siempre, el de tropas ligeras sueltas, mal avenidas con el orden, la solidez y la disciplina. Tampoco faltaban en estas nubes protectoras de las legiones los célebres honderos de Creta y la incoercible caballería africana. Galba, rey de Soissons, mandaba en jefe la heterogénea masa de los bárbaros, destinada fatalmente á hacerse añicos contra el talento, el valor y la firmeza. A principios de julio rompen las escaramuzas por el Aisne; y á últimos, una batalla ó carnicería por el Sambra, hacia Mauberge, siembra el pánico y disuelve la coalición. El victorioso procónsul en persona, ó por medio de sus hábiles tenientes, entre los que se contaba el hijo de Craso, va luego concluyendo, no sin esfuerzo y peligro, con los miembros separados y palpitantes. Alguna tribu, como la de los nervos (Hainaut), quedó literalmente exterminada; la de los atuáticos (Brabante), la última en resistir, exigió el sitio de Falaise con inmensa contravalación, y toda quedó entre la muerte y la esclavitud. El gran campo de César estaba, según Napoleón I, hacia Pontavert, cerca de Biêves y Chandarte, entre Reims, Soissons y Laon. La Galia quedó aterrada; hasta de allende el Rhin llegaban humildes algunas diputaciones germánicas; mas el prudente romano dejó á invernar siete legiones, enviando una al Valais para que, á través de los Alpes Peninos, abriese más corto camino entre Italia y la Céltica.

»La precaución no era infundada. Estando César en Iliria (56), la Armórica, entre Sena y Loira, se levanta en masa. Corre feroz el romano, y, tras

de victorias navales, sitia y toma á Vannes, arrasando sin misericordia; degüella lo que queda del Senado, y toda la población es vendida en pública subasta. El joven Craso baja hasta el Garona, rechaza un cuerpo mandado por españoles de la escuela de Sertorio (con lo cual se verifica, como siempre, que los haya en los dos bandos), y, sumisa casi toda la Aquitania (Burdeos, Dax, Auch), parece que la Galia entera está ya debelada.

»La cuarta campaña (55) tiene por teatro el Rhin. Los suevos de la orilla derecha pagaron cara su intentona de campear por la izquierda, fiados en los rigores del invierno. César salta por las nieves de los Alpes y los escarmienta sin piedad; mas considerando que no habría quietud posible en las Galias mientras éstas no se aislasen de Inglaterra y Alemania, resuelve invadir esta última pasando el Rhin por el famoso puente, y luego intenta un desembarco en aquélla. Napoleón I censura ambas expediciones por prematuras, insuficientes y frustradas. Del puente echado en Colonia dice que no admite comparación con el «suyo» en Lobau, y que no valía la pena para estar diez y ocho días al otro lado y repasarlo deprisa, quemándolo después. Los temporales, oportunos auxiliares de Inglaterra en todas épocas, entorpecieron el desembarco, alentaron á los isleños, y la expedición romana, amilanada, se apresuró á pisar el continente, con más visos de fuga que de retirada. Motivo más que suficiente para que en Roma creciesen las sátiras contra César.

»Para aplastarlas repitió al año siguiente (54) la invasión por el mismo punto de la costa, llegando hasta donde hoy está Londres. A favor de un campo atrincherado y de la prudencia de las maniobras, pudo sacar en esta quinta campaña, ya que no grandes provechos, algo más altivas las águilas romanas. De todos modos, parecía que el efecto moral sobre las Galias estaba conseguido.

»Nada de eso. Ni la crueldad templada con el olvido, ni el terror alternado con el halago, ni el exquisito tacto y la consumada pericia de César y sus generales pudieron aplacar en los galos el sentimiento del rencor y de la independencia. Las manifestaciones de una sumisión mentida, lleva las al extremo de constituir pacífica asamblea legislativa, sólo tendían á adormecer al romano y cubrir la red de una vasta conspiración, en cuyas mallas habían de caer con toda verosimilitud los trozos del ejército conquistador, dislocados y diseminados en pequeñas fracciones por toda la extensión del minado territorio. César, en efecto, ya por exceso de confianza, ya por escasez de víveres, había acantonado sus legiones con extremada dislocación. El plan galo era, por lo tanto, aprovechar su periódico viaje á Italia, incomunicar á la vez todos los cantones romanos, y exterminarlos sucesivamente. Aunque el secreto fué maravillosamente guardado, un movimiento impaciente ó prematuro de los carnutos (por Chartres y Orleans) detuvo á César en la Galia. Creyéndole al otro lado de los Alpes, Ambiorix, jefe del levantamiento, precipitó el suyo degollando una legión; las demás estaban cortadas. César mismo, en angustiosa incomunicación, pasó doce días sin noticias; pero revolviéndose audaz con 7.000 hombres contra 60.000 que le envolvían, logró restablecer las comunicaciones y descercar los campos romanos, singularmente el de Labie-

no. Con su infatigable actividad reorganiza diez legiones, levanta dos nuevas en Italia, logra del mismo Pompeyo que le preste una, y, sabiendo medir y acompasar hasta los ímpetus de la cólera, mientras con unas la finge apaciguada por la súplica, la deja caer feroz sobre Ambiorix y los eburones (Limburgo) y sus auxiliares los treviros (Tréveris). Por segunda vez pasó el Rhin para escarmentar á los germanos con sangrienta correría; mas, como en la invasión anterior, tampoco fué larga, ni pudo establecer cabeza de puente en la otra orilla, ni aun traer más que vagas y obscuras noticias de la bárbara Germania (53). Ambiorix escapó.»

***

J) Reproducir del *Diccionario militar* las siguientes voces, que demuestran el donaire y soltura del autor cuando estaba de buen humor:

«**Pera.**—Sobre esto, que hoy se tiene por muy militar y muy cazador, en el siglo pasado (hacia 1737) dice el Diccionario de la Academia (primera edición): «Llámase aquella porción de pelo que por gravedad se dejan crecer los »eclesiásticos y doctores en la punta dé la barba. Díxose porque ordinaria»mente es de hechura de una pera.» ¡Lo que mudan los tiempos! A principios de este siglo se arrestó á algún capitán de granaderos por no dejarse crecer el bigote, que á la sazón ellos solamente llevaban. Optamos por la absoluta libertad en punto á barbas, únicos bienes raíces de la mayor parte de los militares.»

«**Reticulata.**—En el *Diccionario militar* de J. D'W. M. se lee: «Antigua »máquina de guerra cuya forma y uso nos es desconocido.» Y á nosotros, hasta el nombre.»

«**Revolcón.**—La palabra es baja, grosera: convenimos; pero si hoy está en boca de todo el mundo, ¿por qué no se ha de insertar en diccionario? Especie, variante *con agravación,* de peluca, réspice, reprimenda, etc. La etimología ya se sabe que es de tauromaquia. Todas las semanas la recuerdan de una manera *gráfica* los picadores en la plaza de Madrid. Dios nos preserve de *salir en una espuerta* cuando entramos en el despacho de ciertos jefes.»

«**Retumbo.**—Eco, resonancia, repercusión del sonido. Retumbar, resonar mucho, hacer mucho ruido y estruendo. Verbo favorito de los poetas, porque rima con zumba y tumba y catacumba, y de los folletinistas que describen batallas sin haber oído un tiro. El boletín del mariscal de Saint-Arnaud, en *Alma,* principia: *Sire, le canon de Votre Magesté a parlé.* Es algo *Luis XIV;* pero tiene *chic...*, en francés, se entiende.»

«**Lithobola.**—*Lithos,* en griego, significa piedra. Así, cuando algún pedante llame *lithóbolo* al moderno *pedrero,* no hay que asustarse: es, simplemente, una simpleza.»

***

L) Comentar: *Accesible* (pág. 7), *Actividad* (pág. 11), *Adhesión* (pág. 14), *Ascensos* (pág. 105), *Militarismo* (pág. 801), del *Diccionario militar.*

M) El nombre y la obra del gran tratadista militar del siglo XIX, general D. José Almirante y Torroella.

Las obras de este ingenio privilegiado son y serán hitos gallardos de la mentalidad militar española; el trazo de ellas en el movimiento general del intelectualismo profesional, visible y hondo; su buen gusto y aticismo, espejo donde habrán de mirarse siempre cuantos de milicia se ocupen.

Ningún homenaje mejor para su preclara memoria que la publicación de alguno de sus estudios fundamentales, porque con ellos, demás de loar su fama, ofrecemos á las nuevas generaciones elementos de instrucción y de regodeo intelectual tan clásicos y tan recios como todo cuanto produjo su saber y su ingenio...

*
* *

NOTA.—Nada más que estos apuntes han podido lograrse. Ibáñez Marín seguramente hubiera consagrado un estudio amplio y luminoso á la figura del escritor insigne que, después de Macaulay, superó á todos cuantos intentaron retratar la figura política del primer Borbón, y que, excepción hecha de Cánovas del Castillo, ahondó más que ninguno en el estudio de nuestras grandezas y decadencias, comprendiendo el significado, carácter y alcance del período de nuestra preponderancia política.

Acarició constantemente la idea de componer la Historia militar de España, y, preparando los materiales para este libro, afirma Barado que allegó los que le sirvieron para el *Diccionario militar* y la *Bibliografía militar de España,* «grandes sillares del soberbio monumento que concibiera allá en sus mocedades». La Historia militar quedó á su muerte en gran parte escrita, y en el *Memorial de Ingenieros del Ejército* se publicó, allá por 1894, el informe que emitió acerca de ella, como ponente, en la Junta Consultiva de Guerra.

Sus obras, además de las nombradas, son:

Guia del oficial en campaña. (Varias ediciones, y entre ellas una para los carlistas.)

Reglamento para el servicio en campaña. (Rige oficialmente en el Ejército.)

Estudio de la última guerra francogermana.

También son suyos:

Proyecto de servicio de guarnición.

Proyecto de Reglamento para el régimen y disciplina del Ejército.

En este último trabajo se lee lo siguiente:

«*Para que la disciplina arraigue hondamente, lo mismo en la pequeña partida que en el ejército más numeroso, es indispensable* LA INDIVIDUALIDAD SOCIAL Y VIGOROSA, *con moralidad austera, con el sentimiento ingénito, instintivo del honor y de la dignidad personal.*»

SOBRE UN LIBRO PÓSTUMO

I

Arteche.—Villamartín.—Arroquia.—San Román.—Almirante.

Era propósito del malogrado Ibáñez Marín ofrecer al juicio de la generación militar de nuestros días una serie de retratos á pluma de los maestros inolvidables que bien puede decirse fueron para ella altos educadores, pues que lograron tocarla en el corazón, así como emancipar de influencias extrañas la doctrina que difundieron, doctrina que tuvo «en lo castizo y nacional sus trazos más salientes».

Iba eligiendo para ello, con el arte que para exponer le caracterizaba, los tratadistas que figuran en esta obra, por desgracia no terminada. A ellos hubieran seguido otros de mérito universalmente reconocido. La reciente y gloriosa muerte del autor deja interrumpida una labor que prometía ser amplia y fecunda.

***

Aparece el primero en la galería el austero *Arteche,* y bien comprendido está que así sea, porque, aparte de su grandeza propia, representó un ideal para la juventud que hace ya un cuarto de siglo, al estudiar con deleite las obras didácticas del narrador insigne de nuestra guerra de la Independencia, aspiraba anhelosa la fragancia divina de virtud militar que exhala el alma briosa de aquel noble y esclarecido soldado.

Nada ejerce influencia tan honda y provechosa en la tarea educadora de los llamados á profesar las armas, como conseguir depositar en corazones adolescentes, mediante la persuasión sencilla que brota del ejemplo hermoso, y la magia del saber que transmite ideas con autoridad y firmeza, las semillas del honor y del culto á la gloria. Arteche alcanzó preeminencia casi augusta en la misión de señalar á la juventud guerrera el único camino que espiritualiza la profesión militar, mientras encantaba á sus discípulos *por el texto* —haciéndoles sestear al borde de algún río famoso—con la descripción de desfiladeros y ondulaciones ó con el relato de épicos sucesos ligados históricamente á tal ó cual fragosa altura.

Fué además Arteche un propagador convencido y tenaz de la idea patriótica, recordada á cada paso, de que descuidan su principal deber cuantos, pudiendo hacerlo, no se consagran al afianzamiento de las instituciones militares. Con la fe profunda que le inspiraba el conocimiento exacto de nuestro glorioso alzamiento de 1808, y sus consecuencias, confirmaba en todo instante aquel aforismo de Napoleón: «La nación que olvida la importancia de un ejército de línea perfectamente dispuesto, y que se confíe á alzamientos ó ejércitos

improvisados, sufrirá la suerte de los galos.» ¡Nadie con mayor prestigio que el historiador de una lucha verdaderamente homérica podía sostener aquí tan grande y profunda doctrina!

***

Luego de Arteche aparece *Villamartín.*

La genial figura del autor de *Nociones de Arte militar,* ¿cómo podía faltar en esta galería? Villamartín representa el amigo admirado. Aun para los que no le alcanzaron sirviendo en filas, el recuerdo todavía fresco en ellas de su paso les hace sentir el compañerismo cual si hubieran convivido francamente con aquel oficial, todo talento, todo originalidad, todo gracia y suave ironía, que se propuso, según la frase de Vidart, *españolizar en España los estudios histórico-militares.*

Una prodigiosa intuición científica le llevó á buscar á través de la guerra la afirmación de principios permanentes y eternos, superiores al continuo mudar de los hechos históricos. Su ingenio peregrino le incitó, más que al estudio concreto del arte militar, al de las relaciones de éste con la política y las ciencias del siglo. Pretendía que de este modo, y no de otro, se analizaba la guerra, que «no puede ser en historia—dijo—un hecho fortuito, ni en filosofía un principio aislado, sino el término de una serie lógica, natural y precisa que recorre toda idea social en su desarrollo complejo, desde que brota en la mente de un hombre, hasta que se encarna en las leyes, en la educación, en los cultos, en las ciencias, en todos los principios de la vida de un pueblo».

¡Qué originalidad la suya al deducir que siendo Napoleón—militarmente considerado—la última individualidad de otros siglos y del espíritu feudal, la guerra, en consecuencia, ya no la hacen los príncipes, sino los pueblos (1), debiendo, por tanto, ser la primera exigencia estratégica la sanción para la guerra de la opinión pública. Este nuevo elemento, el del espíritu público, señor del mundo, le sugirió reflexiones que no deben caer en olvido. «Abrámosle paso—exclamó—, que él es bueno en el ataque, porque va con el Ejército, y magnífico en la defensa, porque está en el territorio; y si no le queremos abrir paso, él penetrará y conmoverá todo.»

Comprendió Villamartín con acierto que el espíritu del siglo había impuesto á la guerra su sello propio, y que la generación moderna quiere resolver en un día el problema de muchas edades. Por algo se aplicó el vapor y se descubrió la electricidad, y la guerra, que de todas las artes se sirve y cambia de ser con los tiempos y las naciones, pide celeridad á todo trance. «En las armas—escribió en 1863—han querido suprimir el espacio, y en los movi-

(1) Pensamiento que entraña la intervención directa de la colectividad nacional en la función bélica, y que luego de Villamartín repitió Molke, adelantándose á los hechos «Las guerras de nuestro tiempo—dijo el jefe del gran Estado Mayor prusiano—llaman á las armas á pueblos enteros; por consiguiente, el pueblo ha de prepararse y organizarse convenientemente para los fines de la guerra.» La actual evolución militar la encarnó antes que ninguna otra nación la poderosa Alemania, y la expone gráficamente von der Goltz en su libro *La Nación en Armas.*

mientos, el tiempo: ya la pólvora es lenta y torpe, y se quiere hallar una cosa que le aventaje; la marcha de los proyectiles es corta y poco precisa: es necesario que la bala llegue mucho más lejos y dé en el blanco exactamente; el tiempo de la carga es un tiempo precioso perdido para la muerte, y se necesitan fusiles que disparen al compás que oscila la péndola del reloj. Ya no se le dice al general *vence,* sino *vence hoy mismo;* ni al soldado *marcha,* sino *llega, lucha,* que tu pueblo impaciente espera, y desde la prensa y la tribuna te dicen con enojo que tardas.»

A través de toda la magna labor de Villamartín resplandece con luz esplendorosa la idea de que así como no hay cuerpo sin alma, no existe Ejército allí donde sólo se produce *materialmente,* mediante la organización, la táctica y el armamento. Le es preciso para vivir que espiritualmente lo anime el ambiente de la nación, con el amor del ciudadano y del patriota: el espíritu nacional, en suma, que, al convertir al hombre en soldado, le impone los austeros conceptos del sacrificio y del deber, cuando se inculcan por la educación en el hogar, se afirman con la cultura, robusteciéndose en las escuelas y en las Universidades, y se consagran en los cuarteles, donde sin transición casi brota entonces el espíritu militar en acción, porque ya se cuenta con él como sentimiento.

***

Arroquia sigue en la galería á Villamartín.

En cierta ocasión (1) expresé que el general D. Angel Rodríguez de Quijano y Arroquia era uno de los pocos supervivientes, á la sazón, de aquella otra generación militar que produjo una oficialidad gallarda, ardiente y briosa, más amiga, por lo común, del corajudo empuje que del acometimiento metódico y reflexivo. Juventud quisquillosa y algo inquieta, como educada en la viril escuela—hija de circunstancias excepcionales en la Historia—que formaron á su ejemplo afamados caudillos de la guerra de la Independencia y prestigiosos generales de las maravillosas y hoy casi ignoradas campañas que sostuvimos á principios del pasado siglo en el continente americano. Juventud que la caracterizaron su decisión para las resoluciones arriscadas y la pronta fiereza con que arrollaba los obstáculos, caldeadas á las veces sus pasiones en el horno de una política implacable y sanguinaria; pero que también brilló por sus arranques caballerescos y por el desdén con que miraba las petulancias de la sabihondez precoz, poniendo toda su fe, á la par que en la práctica de pocas, pero bien digeridas teorías, en la punta y en el filo de su espada.

No nutrió—y así lo hice constar—esa oficialidad, es cierto, con lujo de integrales su meollo, y, sin embargo, tuvo de la vida militar concepto real, pues sin conceder carácter divino á emulaciones científicas de alto vuelo, sabía bien—y esto era suficiente—que en la guerra no todo consistió ni consiste

(1) *Escuela de Estudios Militares Superiores.*—Sesión inaugural de 11 de octubre de 1903.—Centro del Ejército y de la Armada.

en echar el cuerpo hacia adelante, aun siendo cosa tan esencial. Rindiendo tributo de justicia á esa generación, que corresponde á una época que se considera por la crítica implacable poco aficionada á eso que llamamos *intelectualismo,* recordé que sería cerrar los ojos á la evidencia desconocer que, eso no obstante, tuvo por frutos de su lozanía, al par que la figura gallardísima, atrayente y simpática de D. Luis F. de Córdova—quien como militar, según la opinión de Cánovas del Castillo, puede ser comparado con los mejores generales del siglo XVIII, Montemar, La Mina y Ricardos—, otras personalidades de relieve por sus talentos, de diversas maneras acreditados. Ahí están el marqués del Duero, táctico, perspicaz, libre de preocupaciones, innovador atrevido, que eclipsó la fama tradicional de Saldern y de Guibert; el conde de Cleonard, espíritu sagaz, que ha retratado con rico caudal de noticias la fisonomía moral del Ejército español en los distintos períodos de nuestra historia; el marqués de San Román, que trae á la memoria, con sus *Campañas del general Oráa,* la habilidad y elegancia del clásico Melo; el erudito Ximénez de Sandoval, narrador cultísimo de las empresas de los españoles en Africa; Guillén de Buzaran, Calonge, D. Tomás Reina, Servet, O'Ryan, García San Pedro, Sánchez Osorio, La Llave, Mackenna, Mariátegui, Barrios, Corsini, López de Letona; el artillero Elorza, regenerador de nuestra industria militar; el coronel Coello y Quesada, geógrafo de nombradía; el brigadier Luxán, geólogo eminente, y el general Ros de Olano, camarada del inmortal Espronceda. Y terminé proclamando que de las filas de esa oficialidad, «no obstante haber alardeado de más práctica que teórica, de aficionada á la acción antes que á las sublimidades del pensamiento, absorto en la investigación de verdades abstrusas, han brotado—aguardando alguno todavía sucesor—el ático Almirante, el más genial de nuestros grandes escritores militares; el severo Vallecillo, el más profundo de nuestros comentadores; el fogoso Villamartín, el más deslumbrador de nuestros tratadistas; el sabio Ibáñez, el más europeo de nuestros hombres de ciencia; el egregio Arteche, el más ilustre de nuestros historiadores, y el propio Arroquia, digno heredero de la noble tradición de Zarco del Valle, y al que bien podemos llamar el más clarividente de nuestros ingenieros».

¿Cuál fué la aspiración constante de Arroquia en su vida de pensador y de soldado?

Sus obras todas, su labor inmensa, su actividad portentosa, las consagró á la propaganda de una idea salvadora que aquí, por sino fatal, parece cosa difícil que encarne en la realidad. Quería para nuestro país—¡no era nada lo que quería!—una organización militar en armonía con las condiciones de su suelo, su posición geográfica, su misión histórica, el vigor del alma española y «los recursos materiales y de acción de que en forma latente—decía él—sobradamente dispone». Quería, en suma, que hubiera en España lo que—digámoslo con todas sus letras—no gozamos jamás: instituciones militares, de las que sólo aproximado remedo tuvimos, y eso de modo efímero, en los períodos más brillantes de nuestro pasado.

Esa aspiración no la olvidó ni aun dedicado á las tareas predominantemente técnicas de la difícil especialidad á que corresponde la ingeniería. Todos sus escritos, aun los más ceñidos á esas exigencias profesionales, evidencian que aquella honda preocupación patriótica no le abandonaba jamás. Soñaba con que la improvisación, hija de la imprevisión, acabara de una vez para siempre, persuadido de que el secreto de la acción militar radica en el poder extraordinario y maravilloso de los resortes preexistentes, y no de manera exclusiva en la fiebre de la exaltación patriótica, en la furia de un momento, en el grito de entusiasmo, en el sacrificio ciego: cosas todas muy buenas y hasta indispensables para dar vida á aquellos resortes; pero no para confiarles la defensa nacional, sin preparación, auxilio ni elementos.

Lleno de fe, creía que nuestra regeneración se aproximaba, y que sería un hecho si prestábamos atención á reunir los elementos de interés común que tenemos esparcidos por todas las partes del mundo. «La raza, con todas sus condiciones, subsiste en la Península; el hombre capaz de todo lo grande existe como parte integrante, deseoso de utilizar sus energías, sólo atrofiado por no tener campo en que emplearlas.»

¡Espíritu vigoroso que no había perdido la esperanza, y confiaba en el alto genio de España, que—según Eliseo Reclus—se revela históricamente por la duración de sus obras en todos los países en que ha dominado durante un período más ó menos largo de tiempo!

***

El general *San Román* fué hombre de grandes y extensos conocimientos, y que supo marchar á compás de las transformaciones experimentadas por los ejércitos. «Al propio tiempo que condenamos la inquietud y la versatilidad —escribía en 1881 (1)—no nos hemos quedado en el fusil de chispa, clamamos contra el *statu quo* letal é imposible, y... somos francos y paladinamente reformistas, y no temerarios.» Está justificado, pues, que figure en esta galería.

Merecieron de su parte severa crítica los hombres de Estado que declaran *no entender de cosas militares,* y los militares de jerarquía elevada que *afectan desconocer la cosa pública.* De esas ignorancias provienen muchos males que aún lamentamos y sufrimos.

Toda escuela política puede, á su juicio, realizar las doctrinas que informan una nueva constitución militar; juicio acertado y profundo que prueba cómo en San Román el amor á la verdad se sobrepone á las preocupaciones de secta. Sólo de esta manera se consigue convertir en cuestiones nacionales lo que hasta aquí se ha ajustado, por lo común, á las mezquinas conveniencias de bandería.

Aparte su constante propaganda en la prensa y en el Parlamento, encaminada á persuadir, cosa en verdad difícil, á los Poderes públicos de que la defensa del territorio era (y sigue siéndolo) muy incompleta; de que el ejército

(1) *El estado militar de España, y sus necesidades,* por el teniente general marqués de San Román; 1881.

móvil no estaba (ni lo está) dotado del material indispensable, así como que los parques eran insuficientes (y aún lo son), y faltaban muchos cuarteles, edificios y almacenes que construir, y de que el presupuesto de la guerra era escasísimo para la nueva existencia y conservación de nuestro estado militar (todo ello en 1881); aparte de esa característica, ya de por sí verdaderamente digna de recordación, le dan derecho á ser respetado por la juventud que ya está en la madurez, sus esfuerzos en pro del *servicio obligatorio* y su enemiga á los *pronunciamientos*.

Cuando consideró que habían cumplido su tiempo las transacciones entre lo pasado y lo presente—transacciones que se revelan en la ley de Reclutamiento de 1878, pues allí están consignadas—, declaró, á pesar de su significación altamente conservadora, que era preciso acabar con la *injusticia y el defecto* que la ley entrañaba aún. «Mientras *todo español*—afirmó—no tenga en cartera su *cédula militar*, como tiene la personal, en la cual conste que ha servido ó está sirviendo en el Ejército, legal y claramente registrado y explicado, es una ficción el servicio obligatorio..., y no habrá Ejército nacional en que las clases se fundan y confundan en el amor á la Patria, *como garantía la más sólida* para la defensa de todos los intereses del país en el interior, y como antemural *contra toda tendencia pretoriana* ó *tumultuaria*.»

Con respecto á este peligro, que parecía endémico desde que el absolutista general Elío en 1814 señaló el camino al liberal Riego, que lo siguió en 1820, y á la Guardia Real en 1822, y á los absolutistas en 1823, y á los apostólicos en 1827, y á los carlistas en 1833, y á los liberales en 1836, y á los progresistas en 1840, y á los moderados en 1841 y 1843, y á los liberales en 1844, 46, 48 y 54, y á los unionistas en 1856, y á los progresistas en 1866..., y así sucesivamente, hasta que cesó la *malaria*, por haberse infiltrado en el espíritu de la oficialidad, gracias á la educación, á la doctrina y al ejemplo de que jamás sería posible, de no cambiar de ética castrense, que tuviéramos organización, Ejército ni país, sin entrar ahora en consideraciones de otro carácter; desde entonces acá, cuantos en poco ó en mucho han contribuído á crear ese estado de opinión que ha transformado el sentir y el querer de nuestras instituciones armadas, son acreedores á que se les consagre grato recuerdo.

***

Sólo unas cuantas notas han podido recogerse de la semblanza que de *Almirante* se proponía trazar Ibáñez Marín. Y es, en verdad, doblemente doloroso que esto ocurra, porque, dada la admiración que por el insigne maestro sentía, hubiera sido interesante en sumo grado conocer con toda amplitud las ideas que en su entendimiento preclaro evocaron los conceptos y las teorías del gran tratadista, que consideraba más acertado que «apartar de la vista de los pueblos, como si fueran niños ó mujeres nerviosas, la imagen, el recuerdo, el estudio de la guerra..., hacerla entrar, por el contrario, en las ideas y en los

hábitos; dejarla discutir en los comicios y asambleas; popularizar sus prácticas, sus ejercicios, su fácil teoría y su tecnicismo».

Almirante era—como ha dicho muy justamente Barado—un pensador profundo, un escritor originalísimo y castizo, un hombre de erudición bien digerida, perito en las materias de su profesión, pero conocedor de cuantas con ellas se relacionan; hombre de su tiempo, y, sobre todo, muy de su Patria. De aquí el interés con que se leen sus obras, «obras asequibles al profano como necesarias al militar, verdaderos hitos en la historia de nuestra literatura, hermosísima contribución al estudio de la ciencia española».

Se explica, por tanto, que al desaparecer de entre los vivos (1894) el ilustre autor del *Diccionario militar,* de la *Bibliografía,* de la *Guía del oficial en campaña* y de la *Guerra francoalemana,* originara su muerte una grande y profunda sensación de dolor en el Ejército, pero singularmente en las generaciones entonces más jóvenes. Y no podía ser de otra suerte. Almirante fué para ellas verdadero guía, el más comentado, el más deleitoso. Nada de recitaciones monótonas ni de teorías á punta de lanza. Sus enseñanzas eran amenas, de gallardo estilo y alto vuelo. La donosura de su fina crítica hacía de fácil y agradable digestión los más intrincados problemas del arte militar.

II

Ibáñez Marín.

También él fué educador, en el alto sentido que aplicó á los militares ilustres que figuran en esta interrumpida serie; quizá supere á alguno de ellos en la intensidad del efecto producido sobre el alma de la juventud.

Autor de muy leídas obras, tratadista oral en cursos académicos concurridos, conferenciante ardoroso, profesor durante periódicas excursiones á través de históricos campos de batalla, propagandista incansable, logró ser admirado. ¿Por qué, pues, no añadir su nombre en esta relación de varones de nota que él dejó sin terminar, y que hubiera sido extensa y documentada?

No creo hacer nada de más al darle por mi cuenta lugar en ella, ya que su muerte acalla toda suspicacia y realza con majestad indiscutible los grandes méritos de quien deja como soldado y como pensador recuerdo imperecedero.

***

Ibáñez Marín fué, sí, un educador netamente español. El viejo tesón de Zuyderzée, de las Dunas y de Rocroy, el vigor de los tercios castellanos que bregaban con las olas en busca de las naos holandesas, llevando el arcabuz y el frasco de pólvora sobre la cabeza, ó se hacían ametrallar con pasividad amenazadora, cual si fuesen «muros que tuvieran la virtud de reparar sus brechas»; ese ánimo fiero y resistente que produjo leones para la pelea y



Don José Ibáñez Marín, coronel de Infantería, muerto heroicamente al frente del batallón de cazadores de Figueras en la campaña de Melilla el 23 de julio de 1909.

gobernantes en la paz, le impulsó á él durante toda su rudamente atareada existencia hacia el trabajo y la lucha. Con la pluma y la palabra luchó en la cátedra y en el libro cuando la elocuencia y el saber fueron necesarios, y con la espada cuando fué menester pelear con valor, devorado por la fiebre, contra el odio de una tierra ingrata y lejana.

Después de aquellos trágicos sucesos que en las postrimerías del siglo XIX son como una repetición allende los mares de cuanto dos siglos antes ocurrió al desplomarse el hueco imperio español del continente, Ibáñez Marín, en la iracundia de su indignación generosa, no perdonó medio de proclamar con acento inspirado y razones nacidas de un convencimiento profundo, que por carecer España entonces de estado mayor social, careció también de dirección militar, de instituciones armadas, teniendo que suplir frente al problema colonial—como durante la época desdichada en que tras el agotamiento de Flandes acabó nuestra supremacía de gran potencia—, teniendo que suplir los de abajo, pueblo y Ejército, con su esfuerzo personal, su virtud y su heroísmo, lo que faltó á los Poderes de buena política, á los estadistas de acierto en la dirección, á la tierra nativa de medios; cantidades negativas que han sido, son y serán, en materia de la gobernación del Estado, signos de irremediables catástrofes.

Esta verdad, que le exaltaba, ponía toda la actividad de Ibáñez Marín en calenturienta acción. Y allá iban discursos, narraciones, artículos y libros. ¡No sacar fruto de la experiencia que ofrece la Historia al mostrar que, á pesar de mantener España durante tres siglos la artificiosa máquina de su poder con las armas en tantas y tan apartadas tierras, vivió al día, sin hacienda, sin labor ni trabazón nacional y guerrera, resultando, en las agonías, que no existían ni sombras de cuanto constituye fuerza generatriz y colectiva en instituciones, personal, métodos, doctrina, tradición, mientras Francia, aun en los días de los desdichados sucesos que afligieron la vejez de Luis XIV, robustecía orgánica y técnicamente sus medios de acción! ¡Desdeñar el ejemplo de la pobre é incipiente Prusia, que sentó las bases de su poderío con precursores como el Gran Elector y el Rey Sargento! ¡No recordar que hasta el mismo Portugal mostró un sentimiento público y una organización de milicias no sospechada aquí por Felipe IV y sus ministros! ¿Acaso era para caer en olvido que Inglaterra realizó á costa nuestra el espléndido *sea power?* ¿No desapareció en lo pasado, por culpa de la imprevisión, cuanto habían elaborado lentamente el esfuerzo, la sangre y el saber de varias generaciones, todo á causa de los pecados y la ceguera de arriba? ¿Cómo explicar—entre otros síntomas de decadencia funesta—, sino por torpeza de las manos en que habían caído la fuerza y el poder, que en Rocroy, por ejemplo, y en las batallas sucesivas, fueran los jefes de nuestras tropas portugueses, italianos y aventureros de garulla, como los Melo, Cantelmo, Isembaurg y Bek, y que en Portugal y Cataluña los tercios se reclutaran con angustia y á calacuerda? ¿No significa nada el que aunque algunos de éstos los sustentaran las casas de Medinaceli, de Pastrana, del Infantado, de Oropesa y de Morata, *ningún* tercio llevara á su frente—salvo el del mar-

qués de los Vélez—á los titulares de tan rancias é insignes casas? ¡De nada sirvieron estas lecciones!

Por el contrario, saltando de aquellos tiempos al siglo último, profundamente le apenaba hallar que las viejas lacerias, lejos de desaparecer, habían sido aumentadas hasta el punto de que marcháramos de tropiezo en tropiezo, tanto dentro como fuera. «En lo que al dominio colonial se refiere—decía con arranque muy suyo—, fué despeñándose éste en América desde lo alto de nuestra miopía egoísta al profundo del golfo mejicano. En ello colaboraron Constituyentes, Gobiernos, Estamentos, virreyes al antiguo y nuevo uso, funcionarios venales de acá y de allá, militares estultos..., todos cuantos pusieron mano en más ó en menos sobre la parte directiva del negocio. Quien únicamente está libre de culpa es aquel pobre soldado de la manigua, heraldo del vigor y de la ignorancia nacional, cuya última soberbia fe de existencia en el Caney y en las lomas de San Juan brilla y brillará como remembranza de días heroicos.»

Su constante preocupación era, por lo mismo, la necesidad de formar algo compacto y homogéneo que en las alturas de la dirección social del Estado español compartiera la cultura, la fuerza y el poder, y que con desinterés y patriotismo trazara rutas, fomentara viveros de guías altos, fornidos y lozanos, «dando, en suma, el impulso, que se habría de ensanchar, fortalecer y pulir con la ayuda imprescindible de la masa y del tiempo».

Tenía razón sobrada. Y es preciso además que en lo tocante á las instituciones militares, á la preparación para la guerra y á la constitución de la misma, se cumplan condiciones sin las cuales todo resulta de mero aparato; porque ya en los grandes ejércitos modernos no cabe aquella desastrosa imprevisión con que en el siglo XVII, España sobre todo, levantaba huestes y flotas en las cinco partes del globo, «singularmente—como recuerda Almirante—en Flandes y en Italia, para combatir á veces con la Europa coligada, sin recursos ni repuestos en el Erario, sin ley ni forma de reemplazos, sin la menor preparación de material, de artillería, de remonta, de almacenes». Abandono que degenera en esto que el marqués de Santa Cruz de Marcenado decía: «Nunca faltan ignorantes que, considerando á las tropas como un mueble inútil en la paz, aconsejan que se les quiten las exenciones y prerrogativas que gozaban en la guerra; con lo cual, en lugar de inclinar los paisanos á la milicia, inclinan los soldados al paisanaje, que, gozando iguales distinciones, gana más y fatiga menos.»

La magna labor de Ibáñez Marín consiste en no haber olvidado ni aun en sus trabajos de mero sabor literario tan alta finalidad. ¡Qué decir de la tarea verdaderamente gigantesca que se impuso, inspirada en ese mismo propósito, de «trazar la curva seguida por la doctrina de la guerra moderna», dedicando al efecto sendos volúmenes á las campañas del emperador Napoleón, y luego otros á la empresa dificilísima de analizar las contiendas importantes del siglo XIX y de comienzos del XX! De esta manera, aparte del análisis particular de gran guerra que cada estudio significa, se vendría á deducir todo lo que puede un país alcanzar con fe patriota cuando los hombres que le dirigen

saben dar al *deber* su acción plena, y «en orden á la cosa militar, sin miramientos personales y con sólo el interés general por norma», logran «doctrinas y procedimientos vibrantes, sanos, con sentido de la realidad guerrera», colocado en vanguardia «las virtudes, la capacidad y el carácter del mando».

El primer volumen, que él modestamente llamó de tanteo, lo consagró al estudio de la campaña de Prusia en 1806. Se titula *Ièna-Lubeck*. El éxito que ha alcanzado exige que nos fijemos en él con alguna detención.

***

¿Quién, por rápidamente que haya saludado la historia militar, ignora que la campaña de 1806 tuvo por teatro de operaciones el mismo de todas las del Norte: desde el Rhin al Oder, y del mar Báltico á los montes de Bohemia y el río Maine? ¿Quién olvidó que la base principal francesa lo fué la línea del Rhin, de Wesel á Maguncia; y la base accidental el Maine, de Maguncia á Bayreut? ¿Quién, por último, desconoce que las líneas sucesivas de la defensa prusiana eran la Turingia, el Saal, el Elba y el Oder?

Ni los meros aficionados al estudio del arte de la guerra necesitan recordar que sobre el objetivo (Berlín) las líneas de operaciones de Napoleón eran tres: el camino de Wesel á Berlín por Magdeburgo, en la izquierda; de Maguncia á Berlín por Francfort y Erfurt, en el centro; y el camino de Bamberg á Leipzig, por la derecha. Tampoco hay que advertirles que el Emperador hizo demostraciones en las dos primeras y marchó sobre la última, que le ofrecía la ventaja de envolver el ala izquierda prusiana. Prescindamos, pues, de detalles. Bastará indicar que el plan de Napoleón consistía en repetir la maniobra que empleó en 1805 contra los austriacos en Ulma. Por lo que hace al plan prusiano, se reducía á avanzar sobre las comunicaciones de los franceses para ¡sorprenderlos! Creían que andarían éstos diseminados.

Lo que ocurrió, narrado hasta la saciedad se halla por tratadistas y comentadores. Avanzaron los prusianos, y como las tropas francesas, ya concentradas—cosa que se ignoraba en el cuartel real de Federico Guillermo III—, los rebasaban por la izquierda, tuvieron que tomar rápidamente la defensiva, para lo cual ¡ellos sí que no estaban preparados! La ejecución de estas cosas, dichas así lisa y llanamente—á partir de la colocación de uno y otro ejército en las opuestas vertientes del valle de Turingia—, exigió: marchas como la de las tres columnas de Napoleón sobre el Saal, marcándose bien el principio de concentración; contramarchas como la de Brunswick, desde Erfurt á Weimar, para ir luego al desfiladero de Kosen; combates y batallas en Scheleüz, Saalfeld, Ièna, Auerstaedt, Halle y Lubeck; cargas de caballería como la de Blücher; retiradas como la verificada por los prusianos, derrotados, hacia el Elba; persecuciones como la que realizó Murat, el «divino acuchillador»; capitulaciones de plazas y rendiciones de ejércitos; bravuras y torpezas; hechos heroicos y muestras de desaliento; arranques sublimes y actos dignos de severidad histórica. Todos estos sucesos, que representan padecimientos tremendos,

éxitos embriagadores, nombres laureados, alardes de valor, entusiasmos y desmayos, habilidad ó desacierto de los caudillos, sangre á torrentes, furia y pasión..., explicados luego en una clase de *Nociones de estrategia* por cualquier profesor que admire á Jomini, á Rocquancourt ó al sobado Jaquinot de Presle, quedan reducidos, ¡ay!, á la dogmática y campanudamente fría deducción siguiente: «Un ejército que sufre derrota al operar con un frente paralelo á su línea de comunicaciones con su base (siendo esta misma la maniobra del adversario), deja dueño al enemigo de la línea más corta á su objetivo, convirtiéndose su derrota en una completa ruina.»

Esto fué, sencilla y escuetamente explicado, lo que ocurrió á los prusianos en 1806. Pero ¿por qué procedieron así, fatalmente? ¿Por qué fueron y debieron ser derrotados? ¿Qué cualidades reunía el ejército francés? ¿Cuáles eran los métodos de combate? ¿Qué significaban los generales de la escuela napoleónica? ¿Cuál era á la sazón la virtualidad del estado guerrero iniciado por el Gran Elector, forjado por Federico Guillermo I, vivificado y robustecido por Federico *el Grande*, y que se iba evaporando por la acción de las medianías colocadas en la altura del poder? ¿Cómo esta decadencia socavó los cimientos de las instituciones armadas prusianas?... ¡Ah! Esto es lo que exige amplio y profundo análisis.

Conocemos los propósitos que impulsaron á Ibáñez Marín á iniciar su estudio de gran guerra con este volumen, y entre estos propósitos, á cual más elevados, figura el de que nada de eso se olvide—porque olvidarlo es peligroso—, explicando al efecto con alarde de doctrina el por qué de aquellos grandes sucesos.

No cabe aplicar sin distingos á estas cosas de la guerra el método experimental, pero sí el método conexivo, escrutando los hechos precedidos de todos sus antecedentes, escoltados por todas sus circunstancias y seguidos de todas sus consecuencias. El trabajo á que están obligados los verdaderos tratadistas es, huyendo del método subjetivo ó de observación interior, comparar, describir las guerras y las instituciones de cada tiempo, para coordinar luego todos estos modos de actividad en su cambio incesante, y concluir generalizando de una manera fundada, aunque sin olvidar que en ninguna materia, pero sobre todo en la que es propia del arte de la guerra, hay nada absoluto, y que en ninguna como en ella ejercen influencia lo diverso, lo circunstancial, lo imprevisto.

***

Las causas que motivaron la guerra de 1806, los acontecimientos que impulsaron á Prusia, comprometida por Inglaterra, Rusia y Suecia á formar parte de la cuarta coalición, son de tal notoriedad, que por conocimiento elemental se tiene, así como la soberbia de Napoleón entreteniendo, embromando y hasta irritando á la patria de Federico *el Grande* con aquella creación absurda de la «Confederación del Rhin», que alguien quiso justificar convirtiendo en testamentario de Enrique II, de Carlos VII, de Enrique IV y hasta

de Luis XIV al soldado coronado por la Revolución. Todo ello dió motivo al famoso *ultimátum* del 25 de septiembre, que era una verdadera declaración de guerra á la Francia por parte del rey de Prusia. Iban, pues, á verse las caras, de un lado, esta nación, los Estados germanos del Norte (Sajonia el principal), Rusia é Inglaterra; y del otro, Francia, con sus reinos feudatarios—Nápoles y Holanda—y los Estados del Sur de Alemania, que habían caído bajo el protectorado de Napoleón.

En Prusia la superioridad de su Ejército sobre los demás ejércitos conocidos teníase por cierta. Kalkreuth elevó este convencimiento á la categoría de dogma indiscutible. Por modelo de todos proclamábalo Rüchel, inflado de orgullo. Y el espíritu de aquella oficialidad era de tal engreimiento, por el ascendiente aún vivo de cierta exaltación vanidosa y matachinesca, cultivada con amor ciego y consecuencia natural de la guerra de los «Siete años»—memorable como resistencia enérgica y varonil—, que, para satirizar las opiniones en boga, decía Bülow con donaire sarcástico que si se daba crédito á cuanto corría por cuarteles y campamentos, Napoleón no era digno de ser cabo de escuadra en el Ejército prusiano.

Empezó la campaña..., ¡y de qué manera! Contra la *Grande Armée,* que tenía por caudillo al inmenso estratego, al Bonaparte de Tolón, de Arcola, de Egipto, de Marengo y de Austerlitz, personaje extraordinario, monarca cada vez más poderoso, capitán cada día más consumado, artista supremo de rápidas y asombrosas concepciones y general en jefe de arranques inauditos que llevaba á sus órdenes á Berthier, á Duroc, á Bernadotte, á Davout, á Lannes, á Suchet, á Augerau, á Mortier, á Ney, á Murat, á Lasalle..., nombres que uno á uno valían por ejércitos, y que eran resortes mágicos para aquellos soldados que pasaron los Alpes, contemplaron las Pirámides y acababan de derrotar á rusos y austriacos, impulsados por esa fuerza nueva y extraordinaria que Taine advierte se introdujo en la Historia á partir del 93, fuego espiritual que encendía con violencia los corazones militares, subyugados hasta el delirio bajo el ascendiente fascinador del guerrero que Wolseley confiesa que es el más grande de todos; contra tropas superiormente organizadas, de tal modo constituídas y de esa manera mandadas, iba á luchar «un mecanismo viejo, enmohecido, que, contando con excelentes elementos—escribe Ibáñez Marín—para una transformación salvadora, vegetaba penosamente, arrullado por la indiferencia y el egoísmo del medio social».

Ejército era, en efecto, el prusiano en el que gozaban papel preponderante la ciencia militar matemática, el arte de tomar las trincheras con las tablas de logaritmos y el sistema de guerra en ecuación. Ejército «de paso cadencioso» y manejo del arma haciendo sonar las culatas; cuidadoso de repetir sin fin ejercicios cuya «duración y severidad mataban toda iniciativa, originando el atontamiento» (palabras de von der Goltz); en el que cuanto preocupaba al alto mando y valía á los oficiales las más groseras reprensiones y á los soldados los más severos castigos, era «justamente (según nos ha transmitido Behrenhorts) lo que no podía ni puede emplearse en el momento del peligro»,

y en el que la oficialidad, casi en su mitad, la formaban hidalguillos de nacionalidad extranjera que, sirviendo para poder vivir, no tenían adhesión á la causa que defendían, faltos de patriotismo, y eran, si bien bizarros, viejos y achacosos en su mayoría, por razón del sistema de ascensos, que consistía en la antigüedad exclusiva. Ejército en el que se daba el caso de que los soldados—cogidos á lazo cuando no bastaban los vendidos á metálico y los vagos de Europa—recibían al terminar su servicio forzoso (incapacitados por la edad para llevar las armas) un certificado de mendicidad que les autorizaba á pedir limosna, á cuyo permiso se anticipaban algunos, acosados por el hambre y la desnudez, por el mal alojamiento y la escasa paga, hasta el punto de que Marbot asegura que vió más de una vez en Postdam y en Berlín á los granaderos alargar la mano suplicante á la puerta del Rey. Ejército que oyó como un oráculo á Saldern, el táctico de la época, cuando dijo: «Cierto que está prescrita una velocidad de setenta y seis pasos por minuto; pero, después de serias reflexiones, opino que sería preferible la de setenta y cinco pasos»; que se entretuvo en discutir acerca de las relaciones que «hay que establecer entre la extensión de la base y el ángulo formado por la línea de operaciones en su intersección con el objetivo»; que hasta tal extremo había tomado en serio las maniobras de pura fantasía con que después de la paz de Hubertsburg el socarrón de Federico se complacía en desorientar á sus exaltados admiradores, que llegaron á constituir aquellas mojigangas castrenses de los campos de instrucción, y no los verdaderos principios tácticos que perfeccionó el Rey filósofo—sucesor en el arte de la guerra de Gustavo Adolfo—, la substancia y el credo de la tradición venerada por los que, andando el tiempo, todo lo fiaron á las «reglas de etiqueta del Estado Mayor» y al automaticismo del «tacto de codos», esperándolo todo también de la táctica elemental evolucionaria, de las marchas procesionales, de los despliegues descomunales en batalla, de las descargas al unísono, como en Molwitz, y del «adelanten al hombro derecho», característico en el famoso y nunca bien ponderado «orden oblicuo» en su degeneración nimia y reglamentaria.

Y este Ejército, que no había hecho sino dos guerras parciales é insignificantes en cuarenta y cinco años, iba á ser mandado ¿por quién? Frente al gran Napoleón ponía la Prusia al vencido de Valmy, general que «tenía perdida la confianza en sí mismo»; militar apasionado de los detalles hasta caer en el ridículo de la sargentería; no escaso de talento ni falto de vigor físico á pesar de sus setenta y un años, pero inepto para los grandes mandos por su adulación cortesana, «complaciente hasta la caricatura», y por su flaqueza de ánimo ante la desgracia. A Brunswick secundaban en el mando, ó más bien se lo disputaban: el príncipe Hohenlohe, bravo y ambicioso, pero que jamás pensó por cuenta propia; el octogenario Mollendorf, desacreditado desde 1794 como capacidad, aunque conservaba su afición al grito clásico: *¡Frische Fische, gute Fische!,* que había aprendido en Praga; el enfermizo Kalkreuth, mordaz y escéptico, de quien Guilleminot dice que se le creía incapaz de todo; el engreído Rüchel, favorito audaz y de rápida carrera, pues en seis años pasó

de capitán á general mayor, y al que Clausewitz no concede tan altas cualidades como en él quisieron ver sus contemporáneos, sin negarle mérito; el jefe de Estado Mayor General, Gensau, cuyo cerebro no podía elaborar y asimilarse ninguna idea grande y directora, «enterrado siempre bajo una masa de papeles, tozudo y violento además»...; y así seguían, por el estilo, aunque valientes y algunos hasta temerarios, Wartenslebeu, Grawert, Zastrow, Schmettau, Kunheim y otros más, de instrucción anticuada unos, sin la altura necesaria otros, viejos y decadentes casi todos. Aquel glorioso príncipe Luis, el Alcibíades prusiano, orgullo de su raza, heroico y espiritual, tampoco tenía concepto claro de la guerra, ajeno como era á los procedimientos nuevos. En el alto mando, sólo Blücher—no obstante su desgracia—demostró ser gran soldado y patriota. En los puestos inferiores, sólo Schranhorst, verdadero genio organizador, era allí, aunque simple cuartelmaestre del Brunswick, digno por sus cualidades extraordinarias de figurar en el alto mando que otros comprometieron. El tiempo y las circunstancias lo demostraron con plena evidencia.

***

¡Cuán breves días bastaron, sin embargo, para acabar con los altaneros alardes de quienes se adormecieron en peligrosa ignorancia de la realidad! El 7 de octubre—y encontrándose en Würzburgo el emperador de los franceses—comenzaban sus tropas el movimiento envolvente en la dirección de Franken-Wald, y el 27 ya entraba aquél en Berlín como triunfador egregio, á la cabeza de 20.000 granaderos y de los cazadores á caballo de su guardia, vestido sencillamente, llevando escarapela de cinco céntimos en el clásico sombrero, y seguido de un Estado Mayor de gran gala. A su lado iban Berthier, Davout y Augereau. Le precedía Lefebre al frente de la infantería de la guardia, y formaban en batalla en el camino los coraceros de la división Nansouty. La Municipalidad de Berlín le ofreció en la puerta de Brandenburg las llaves de la ciudad. Un sentimiento indefinible, mezcla de dolor, de admiración y de curiosidad, agitaba á la muchedumbre que se apiñaba á su paso. A creer á Méneval, el alma de Napoleón estaba ulcerada y llena de amarguras contra los provocadores de la guerra, porque aquel resultado decisivo, aunque halagaba su orgullo, lo hubiese querido cambiar por una alianza, en lo porvenir ya imposible.

¡Qué lección tan dura fué para esos provocadores imprudentes la ostentosa revista que el vencedor pasó á la guardia imperial delante del palacio real de los Hohenzollern, cerca de hermosos tilos y al lado de la estatua del gran Federico! En menos de tres semanas habían ocurrido: la muerte homérica del príncipe Luis Fernando—«meteoro luminoso en el cielo de los astros militares»—y el desastre de Saalfeld (día 10); las batallas de Iena y de Auerstaedt (ambas el 14); la rendición de Erfurt (el 16); la derrota del príncipe de Wurtemberg (el 17); la capitulación de Stettin (el 21); la rendición de Spandau y la ocupación de Berlín por Davout (el 25); la entrega á Murat de la caballería

que flanqueaba la derecha de Hohenlohe (el 26)..., casi toda la medula de la campaña. Después vinieron: el 28 la capitulación de Prentzlow; el 7 de noviembre la del bravo von Blücher—luego de la encarnizada batalla que duró los días 5 y 6—; y, por fin, el 8 la rendición á Ney de Magdeburgo, llave del Elba, confiada al viejo Kleist, septuagenario animoso, veterano que se hizo levantar un garitón en el centro de la ciudad, y allí, sobre un jergón de paja, atendía á la defensa; pero que, víctima de los egoísmos de la burguesía y del comercio, resultó impotente para dominar—á pesar del valeroso apoyo que le prestó el pueblo—la indignidad y el desaliento refugiados en aquella plaza.

Todo lo demás parece y es secundario, no embargante su mérito intrínseco. Ni la toma de las plazas de Glogau, Breslau, Kosel y Glatz por el 9.° cuerpo, que mandaba el príncipe Jerónimo; ni la capitulación de Küstrin; ni los hechos más culminantes de la persecución; ni la entrega de las fortalezas de Czenstochau, de Hameln y de Plassenburg; ni el desenlace funesto de la marcha en retirada, verdaderamente heroica, del príncipe Augusto—descrita por Clausewitz—; ni la carga atrevida de la brigada Durosnel; ni los éxitos de Bernadotte, auxiliado por Dupont, en Halle...: ninguna de estas cosas singulares, y que tratándose de otra campaña merecería ser considerada como esencial, pasa en ésta de lo meramente episódico. Tan grande era ya la catástrofe á partir del 14 de octubre, que el rey Federico Guillermo III, angustiado por el pánico y dando (el 16) por perdida la causa de Prusia, intentó negociar dirigiendo al vencedor omnipotente frases como ésta: «V. M., que tanto ha elevado la dignidad de los tronos con los resplandores de sus virtudes...» Con razón pudo el 30 de octubre escribir Napoleón al rey de Wurtemberg: «El ejército prusiano ha existido.»

En ese mismo día el *Boletín 23* decía al mundo entero: «Hemos cogido hasta ahora 150 banderas, entre las que se encuentran las bordadas por la mano de la encantadora reina Luisa, beldad tan funesta para los pueblos de Prusia como Elena lo fué para los de Troya...» Y si tales palabras revelan saña soldadesca en el capitán del siglo, cierto es también que no incurrió en pecado de «gasconada» el gran duque de Berg, luego rey de Nápoles, aquel jinete sin rival, Murat, en fin, cuando pocos días después (el 7 de noviembre) daba al César conquistador el siguiente parte: *Sire: le combat finit, faute de combattants...*

¡Caída espantosa de un reino, humillación tremenda de un pueblo, aniquilamiento fulmíneo de un Estado militar, catástrofe memorable por las enseñanzas que engendra! Todo lo que se expresa con estas dos breves palabras: «Iéna-Lubeck.»

***

Examinar en qué respectivas condiciones entraron á luchar los ejércitos combatientes es tarea que Ibáñez Marín acomete con soltura y limpieza de maestro. ¡Qué aguda observación en ese trabajo de política general y militar de la época, en lo que afecta á los pueblos interesados en la sangrienta contienda! Trabajo abundante y documentado, revelador de copiosa bibliografía,

erudición oportuna, selecta lectura, sutil entendimiento, crítica serena, que llega á lo hondo de la psicología militar de los combatientes y pone de relieve las diferencias que hubo en la valía respectiva del alto mando, en el espíritu de la oficialidad, en la organización de las tropas que lucharon, en la importancia de los elementos disponibles, en los errores y en los aciertos, en el estado, en fin, de preparación y constitución en que llegaron á las manos unos y otros, así como en el carácter que por ambas partes tuvo el desarrollo de los sucesos.

Adviértese á poco de empezada la lectura, y por lo que á la esencia de la guerra moderna afecta, la influencia de Clausewitz. Ibáñez Marín procura hacer resaltar la importancia capital de la preparación, tanto en lo que se refiere al mando, como en lo que guarda relación con el elemento material, que en conjunto Lewal ha llamado el *outillage*. La constitución de la lucha también la analiza detenida y sagazmente. Concediendo á la técnica profesional su creciente importancia, tiene en cuenta, para apreciar el valor ético de los contendientes, el carácter del mando y el estado del alma nacional en uno y otro; porque sin conocimiento exacto de estos factores primordiales no es fácil explicar muchos sucesos. La guerra, á partir de la Revolución, señala la propotencia de la masa multiplicada por la velocidad, y el problema se resuelve en choque decisivo y brutal que aniquila al vencido... Lo demás viene como corolario.

Ser siempre muy fuerte es la mejor de las estrategias. Primero de una manera general, después «sobre el punto decisivo», como quería Napoleón. Las fuerzas no están bien dirigidas sino cuando su distribución para marchar es tal que pueden concentrarse rápidamente bajo una sola mano, en una sola unidad acometedora, en un ejército resuelto á combatir y apto para destruir al enemigo.

Estas ideas son las que Clausewitz deduce de la energía napoleónica y revolucionaria; ideas que, metodizadas, originaron, con las alteraciones consiguientes á los adelantos en las armas, la teoría acerca de la guerra iniciada en Prusia á raíz de la catástrofe de Iéna, y cultivada allí desde entonces como doctrina del mando. Porque bueno será advertir que el autor celebérrimo de *Hinterlassene Werke über Krieg und Kriegführung* no hizo más que seguir al precursor y maestro del arte moderno: el gran Scharnhorst, aquel jefe de Estado Mayor de Brunswick, aquel filósofo soñador zaherido por los frívolos y bravucones, soldado sin igual, que en Auerstaedt peleó como un león y que más tarde se hizo matar en Bautzen.

Scharnhorst preconizaba el estudio de los casos concretos (campañas ó batallas), muy documentados y detenidamente analizados. Así lo hizo Clausewitz, al que imitó Willisen. Y eso hacen ahora, respecto á todas las campañas de Federico y de Napoleón, y con el estudio de la de 1866 y la de 1870-71, los más ilustres generales que allí cultivan las ciencias militares, en las que han alcanzado fama universal. Así escriben von der Goltz, von Janson, von Lettow-Vorbeek, colaborando en esta gran empresa miembros insignes del *Grossen*

Generalstabe. ¡Gran ejemplo el de estos infatigables militares y pensadores, que no consideran el sueño y la indolencia condiciones inherentes á las alturas!

Las catástrofes de Sedán y de Metz hicieron salir de su apatía á los franceses, quienes tuvieron abandonado durante largo tiempo el estudio de la gran guerra. El malogrado capitán Gilbert, notabilísimo escritor, demostró en su estudio de psicología militar sobre Clausewitz, y sobre todo en su hermoso paralelo entre *Septiembre-Octubre de 1806* y *Julio-Agosto de 1870,* que á la Revolución y al Imperio debía el gran Estado Mayor alemán la esencia de la doctrina que constituye la gloria y la fuerza de aquel Ejército. Bonnal (teniente coronel entonces, hoy general), profesor reputado de la Escuela de Guerra de París, comenzó con extraordinario vigor y altura el análisis documentado. Aplicó el método á la campaña de 1866, á las batallas de Froshwiller y Saint Privat, á las guerras de 1806 y de 1805, á la maniobra de Ladshut en 1809. Con clarividencia verdaderamente admirable, transformó en Francia la enseñanza del arte y de la historia militar y ha formado escuela. Tras él han ido Joch, Laurenzac, Colin y otros pensadores de nota en el intelectualismo universal, sin olvidar á Foncart, ni á Balagny, ni á Saski. Gracias á ellos, las campañas del gran Emperador son conocidas tal como él las pensó y desarrolló. Todas las maravillas del genio napoleónico, y también sus flaquezas, dejan huella luminosa en el análisis concienzudo.

Acumulados elementos de prueba en lo propio del ejército que se estudia, y si, como es imprescindible, se tiene también á la vista la documentación del adversario, la investigación y el análisis resultan completos. Método es el tal que va formando sedimento de ideas y renueva la sangre. Cada cual ve, medita, compara, deduce, según el personal raciocinio, ciñéndose con rigor verdaderamente científico á lo que ofrecen los elementos analizados y contrastados.

Y aunque ni en la táctica misma, que es todo ejecución, se puede llegar á fórmulas aplicables á todas las circunstancias y á todos los ejércitos, porque, como observa con su autoridad indiscutible Brialmont, «la naturaleza física de los hombres (espontaneidad fisiológica), su carácter propio (espontaneidad intelectual) y su grado de preparación deben necesariamente influir en la manera más acertada de conducirlos al combate», es evidente—prescindiendo de estas descontadas inseguridades—que nadie niega que entre todos los hechos que concurren más directa y eficazmente al éxito de una empresa militar, ocupa la «preparación» el primer lugar.

«Indudablemente—escribía (en 1867) Trochú—, el genio del hombre que dirige la guerra puede dominar alguna vez los acontecimientos; pero nunca los domina más que en cierta medida y por limitado tiempo. La Historia nos muestra que los mayores genios militares del mundo, César, por ejemplo, y Napoleón, que con tanta razón podían fiarse en su inspiración y su fortuna, lejos de desdeñar la «preparación», se aplicaron á ella con toda intensidad, creando una ciencia profunda á la que siempre pidieron mucho.»

Bastan esas palabras para persuadir á cualquiera de que se incurre en pecado mortal descuidando la preparación: conduce derechamente á la catástrofe. Lo mismo ocurrirá también siempre que no se tengan en cuenta aquellas reglas que enseñan Montecuccolli, Feuquieres, Mauricio de Sajonia, Lloyd, siguiendo la doctrina romana, que consistió siempre en «constituir bien la guerra»; otra condición esencial para la vida de los pueblos.

Y si una buena «constitución de la guerra» ha de presidir la organización política de los ejércitos y la militar del país, es decir, todo aquello que influye moralmente como principio constitutivo ó como elemento de muerte y descomposición en la fuerza material de las naciones, la «preparación de la guerra» consiste en organizar sólidamente las fuerzas activas y las de reserva, asegurando la posibilidad de las primeras ventajas, cuya importancia es capital, pues originan lo que puede llamarse la «moral de la guerra» y prejuzgan muchas veces el resultado de la campaña. La preparación, además, ha de disponerlo todo; preverlo todo; acumular todos los elementos físicos, materiales y morales; escalonar en las direcciones que convengan los recursos y los medios todos; crear y organizarlo también todo, en vista de las previsiones admitidas.

Y si en la «preparación de la guerra» entran el arte de adaptarse oportunamente á la evolución de los procedimientos y medios progresivos de la guerra, la constancia de estudiar sus condiciones atentamente durante la paz, la posesión del secreto á voces de la mayor parte de las causas que aseguran el triunfo, y el patriotismo firme que hace de estas causas oportuna y resuelta norma de organización salvadora, la «constitución de la guerra» es, á su vez, el estudio de ésta, ya en abstracto, ya de guerras de distinta naturaleza y forma política, el análisis de las virtudes necesarias á la vida de los ejércitos, el conocimiento de las leyes militares, el examen de las relaciones que deben existir entre el ejército y el enemigo, el pueblo y el pueblo enemigo... ¡A qué seguir! La preparación y la constitución de la guerra comprenden desde la capacidad y el prestigio del general hasta el vigor físico y la iniciativa individual del soldado; desde la tradición gloriosa hasta la ley penal que presiente debilidades peligrosas; desde la política y la historia hasta la menguada *cartilla* de uniformidad; desde la frontera inexpugnable á fuerza de millones gastados y de gigantescos cañones con poder destructor enorme, hasta el extracto de carne que ha de alimentar al combatiente; desde el plan fundamental de campaña hasta las indicaciones gráficas para llevar los partes al paso, al trote ó al galope; desde la estrategia que preside los movimientos de las tropas en el teatro de operaciones, y la táctica, que es el arte de combatir, de combinar en un modo dado la acción de las diferentes armas, hasta la instrucción del recluta boquiabierto y pelotonado; desde las funciones intelectuales del Estado Mayor hasta el acarreo de los equipajes; desde el progreso de las armas hasta la palabra ardorosa del capellán, vibrando en el fragor del combate, ofreciendo la vida celestial á los moribundos y exaltando á los vivos para morir con heroísmo. Todo esto y mucho más es lo que da por resultado la grandeza ó la ruina de las naciones, según la proporción en que entran ó faltan tales compo-

nentes de orden moral, intelectual y material cuando se rompen las hostilidades.

Todo eso se ve y se explica en el notable libro del ilustre Ibáñez Marín, modelo en su género; libro que aún tiene otro aspecto más importante: el análisis de la decadencia del reino de Prusia. La caída espantosa del Estado patrimonial fundado por el Gran Elector, vigorizado luego por aquel reclutador de colosales granaderos que hizo de Berlín la Esparta del Norte, y que consolidó al fin el monarca guerrero que si puso la *Henriada* al lado de la *Eneida,* supo, en cambio, convertir en héroes soldados sin entusiasmo patriótico ni religioso, revelándose como genio militar en la batalla de Hohenfriedberg; esa caída, examinada por Ibáñez Marín, encierra un propósito que será fecundo... más ó menos tarde.

Haciendo comprensible y evidente de qué manera pudo, después de aquella liquidación humillante, elevarse sobre las ruinas de tantas grandezas perdidas la Alemania moderna, y cómo el esfuerzo común de las universidades, de la aristocracia, del clero, de la política y de los príncipes, preparó la lucha que sostuvo siete años después el vencido de 1806 contra su vencedor implacable; resaltando con vigorosos trazos el mérito extraordinario, por lo alto de la empresa y la maravilla de los resultados, de toda la obra inmortal de los Stien, de los Hardenberg y de los Schon, en el orden social, político y económico: de los Fichte, los Humboldt, los Pestalozzi, los Niebur y los Jahn, en la enseñanza: de Schlefermacher, moviendo el celo religioso y nacional desde el púlpito: de Scharnhorst, de Gneisenau, de Boyen, de Grolman, transformando totalmente un ejército cuyo motor era la disciplina ruda y violenta que incrustaba en la fila al soldado como el marisco á la peña, en otro ejército movido por la más invencible de las fuerzas, el sublime amor á la Patria, y organizándolo en las condiciones que exige la guerra moderna; con ese entusiasmo por la obra regeneradora ofrece en su libro Ibáñez Marín un ejemplo digno de ser imitado por todos aquellos que tengan oídos para escuchar y ojos para ver, y lo ofrece con anhelo de soldado y de pensador que sueña con un ideal sagrado: lograr vigor, consistencia, capacidad y flexibilidad para las instituciones militares que deben ampararnos.

***

Nació D. José Ibáñez Marín en Enguera (Valencia) el día 8 de marzo de 1862. Ha muerto, pues, á poco de cumplir la edad de cuarenta y siete años.

Cadete de 1880 (31 de agosto) en la Academia de Infantería, luego de los tres cursos anuales reglamentarios estudió el semestre de ampliación en la Academia General Militar. Promovido á alférez en 1883, ascendió á teniente por antigüedad el 17 de agosto de 1887, habiendo servido en los regimientos de Tetuán, núm. 47, y Wad-Rás, núm. 50, y en el batallón de cazadores de Puerto Rico.

En 1892 pasó, en comisión del servicio, á Francia, Bélgica, Italia, Austria, Alemania y Rusia, terminada la cual fué destinado al Ministerio de la Guerra, y en 1895 á la campaña de Cuba, embarcando el 22 de noviembre para la Habana, y saliendo á operaciones á su llegada. En 6 de diciembre ascendió á capitán por antigüedad, y siguió operando por la trocha de Júcaro á Morón hasta el día 10 de enero del siguiente año, que con la columna de que formaba parte embarcó para Batabanó, continuando las operaciones todo el mes por la línea férrea desde Batabanó de Rincón y zonas de Guara, San Felipe y Durán, y en febrero por la costa sur de la provincia de la Habana, término de Alguizar y Guira de Melena, asistiendo al combate de La Luz el día 2, al de Neptuno el 4, y á la sorpresa y toma del campamento de La Aurora el 7. Por los términos de Managua, Calabazas, Quincán, San Felipe y Guníes estuvo en persecución de las partidas de Máximo Gómez y Antonio Maceo, asistiendo el 14 al combate del «Vapor» contra Maceo, y el 16 á la toma del poblado de San Antonio de las Vegas. Su distinguido comportamiento en este combate mereció ser citado en el parte, y obtuvo la cruz roja de primera clase del Mérito Militar.

Asistió luego al combate de La Vigra, y continuando por Tapaste, Catalina y Guníes, tomó parte directa y personal en la captura y prisión del cabecilla *Inglesito*. En Las Villas se halló en los combates de Stato, Potrero y Cabeza de Toro, y destinado al regimiento de Zamora, núm. 8, operó en las provincias de Matanzas y Santa Clara, habiéndose encontrado los días 9 y 10 de marzo en los combates contra las partidas de los cabecillas Máximo Gómez, Alberto Rojas y Aniceto Hernández, en el sitio denominado Las Vegas de San Vicente y La Requeta; del 11 al 16, en la zona de Santa Isabel de las Lojas é ingenio Flora; del 16 al 24, en las operaciones de La Siguanea y combate de La Hanabanilla; el 19, en las acciones contra las partidas de Rego y Castillo; el 21, en el río de los Negros; el 25, en el combate de Minas Bajas; y el 27, en el de la Solapa contra la partida de Bellico. Por dichas acciones obtuvo la cruz de primera clase del Mérito Militar roja, pensionada. A las órdenes del coronel Segura, jefe de media brigada, siguió las operaciones de campaña por Cienfuegos; el 11 de marzo asistió al combate de Potrerillo y Piedras, y operando por las jurisdicciones de Remedios y Sancti-Spíritus, tomó parte en los fuegos habidos sobre el río Zazo y en el Managuaco. El 7 de abril se halló en el combate de Cienaguta; el 9, en el de Santa Rosa con las partidas de Carrillo y González; el 12, en Ciego Romero (Santa Clara); y el 13, en Arroyo Palma. Por su comportamiento en estos combates se le concedió la cruz de María Cristina. Asistió en Las Villas al combate de la Julia en la loma de Viafacas, y al del paso del río Amirao. En junio operó por Cienfuegos, Sagua y Santa Clara, teniendo fuego y tiroteos, y en julio por Cienfuegos, embarcando el 9 con la columna para Manzanillo, tomando parte el día 16 en el combate de La Joya (Bayamo). El 16 de agosto salió á operar por Pinar del Río, asistiendo el 20 al combate del río Isabela, y el 21 al de Sabana Maíz; en septiembre operó por Guanajay y Cayajabos; en octubre,

en la segunda zona de la trocha de Mariel á Majana, hasta el 4 que salió para Candelario, operando por las inmediaciones de la vía férrea. Incorporado al batallón de Mallorca el 21, asistió el 24 y 25 al combate de Soroa con las partidas capitaneadas por Maceo, y en noviembre al combate de Oleago y á los de menor importancia de Brazo Nogal, El Burjo y Hoyos. Formó luego parte de la columna del general en jefe, operando por San Cristóbal, Los Palacios, Santa Cruz de los Pinos, Río Navelo y Tacotaco; asistiendo el 2 de diciembre al combate de Sabana Maíz y á reconocimiento en Rangel; el 25 al de Cabezas de Río Hondo, y el 26 á los que se sostuvieron en El Brujito. Ascendido á comandante por su comportamiento en el combate de Río Isabela, fué destinado al batallón de cazadores de Mérida, núm. 13, hallándose el 11 de enero de 1897 en los fuegos sostenidos contra los insurrectos en Lomas del Brujo, el 12 en La Rosina, y el 13 en Los Hoyos.

Elegido ayudante de campo por el bravo general D. Enrique Segura, é incorporado á la columna del general en jefe, operó en febrero, desde el 1.° al 18, por Cienfuegos, Santa Clara, Remedios y Sancti-Spíritus; el 19, desde Sancti-Spíritus, por Covadonga, El Majá, La Herradura, Juan Criollo á La Reforma, sosteniendo el 21 un combate, y otro el 22 en Santa Teresa, continuando las operaciones, que duraron hasta mayo, por Arroyo Blanco, El Dagamal, Manaquitas, Las Damas y Placetas, Guaracolullo, Las Nueces, Enconada, Suazo Provincial, Ranchuelo, San Juan de las Heras, Serbabo el Escambray y Hagabama, las faldas septentrionales de La Siguanea, términos de Manicaragua y Fomento, la cuenca del río Sagua, Palo Prieto de Báez, Minas Bajas y Mari-Rodríguez, lomas de Escambray, Palo Prieto de Manajanabo y Placelos. El 24 de mayo emprendió la marcha en la Trocha, por Cabaiguan, Nieva, Las Vueltas, Remate, Mañacas de Jobón, San Marcos, Los Ramones, Guadalupe, Chambas, Ranchuelo, Morón, Piedras y Ciego de Avila, prosiguiéndolas en junio, llegando á Sancti-Spíritus. El 26 de dicho mes se le confió el mando (en comisión) del batallón de Albuera, núm. 26, al frente del cual operó, cooperando á la recogida de ganado y demás servicios, hasta el 12 de noviembre que marchó á la Habana, regresando el 24 á Sancti-Spíritus, embarcando el 9 de diciembre para Manzanillo y saliendo con un convoy á Bayamo y Jiguany, asistiendo el 16 al combate de los altos de San Francisco.

A principios de 1898 regresó á la Península, al propio tiempo que el general Segura, de quien aún era ayudante.

Cuando se organizó la brigada de Infantería de Gran Canaria formó parte de ella hasta su disolución. En 1899 se le nombró jefe de las Secciones de Ordenanzas del Ministerio de la Guerra, cargo que ejerció hasta que en 1907 fué elegido ayudante de campo por el capitán general de Ejército D. Fernando Primo de Rivera.

Ascendido á principios de 1908 á teniente coronel por antigüedad, pasó en julio á mandar el batallón de cazadores de Figueras, núm. 6. Un año después, y al frente de su batallón, moría gloriosamente en la campaña de Melilla.

Además de las cruces que ya se han expresado, tenía otras, nacionales y extranjeras, tales como la de Carlos III, por sus trabajos en la *Revista Técnica de Infantería y Caballería;* la de María Cristina, por las acciones de Santa Rosa y Ciego Romero; la del Mérito Militar de tercera clase, roja, por diversas operaciones de guerra en junio de 1897; la de segunda clase de María Cristina, por méritos de campaña en septiembre de 1897; la encomienda de Villaviciosa, de Portugal; la de San Hermenegildo y la cruz de segunda clase del Mérito Militar, pensionada, y la placa francesa de la Estrella Negra. Tenía concedidas las «Palmas d'Officier d'Académie».

Era una personalidad de primera fila en el orden de la cultura nacional, además de jefe brillantísimo, bibliógrafo, historiador, escritor de nervio como pocos, y «un trabajador hasta límites que sólo sabemos los que de cerca le tratábamos», ha dicho de él Eliseo Sanz. «Gastaba—añade—sumas crecidas en aumentar una biblioteca de miles de libros, á menudo consultados; comentarista y tratadista, militar y literato: éstos eran unos cuantos rasgos del hombre que España ha perdido.»

«Sus obras—dice Rey y Joly—fueron siempre leídas con deleite y *amore.* Deja muchas sobre educación militar: *Consejos á los reclutas, El monumento á Martínez Campos, Lusitania y su primer coronel, Columna volante, Los héroes de la Manigua, Estudios militares y políticos, Don Quijote y las armas, La defensa del comandante militar de Cristo, Los cadetes* y otras...» Y luego recuerda que de subalterno hizo con el malogrado Berenguer resucitar la memoria del heroico teniente Ruiz, consiguiendo ver alzado el monumento que existe desde 1890 en la plaza del Rey, de esta corte, y, por último, llevar á reposar sus cenizas desde Trujillo al Campo de la Lealtad, al lado de las de los inmortales Daoiz y Velarde. Creó, fomentó y presidió la Sociedad Militar de Excursiones, habiendo realizado varias notables á los picos de Guadarrama, á Sierra Nevada á estudiar la campaña de Medellín, y últimamente á Portugal para estudiar también la invasión de Soult en Galicia, publicando una preciosa Memoria que recibirían algunos de sus amigos por el correo casi al mismo tiempo que él sucumbía en el campo de batalla.

«Es una pérdida, una pérdida que afecta al Ejército y á la Patria—escribe en *El Día de Palencia* el coronel Prestamero, que manda el regimiento de Caballería de Talavera—, porque Ibáñez Marín, además de soldado valeroso é ilustrado, era un español neto, de enjundia y de empuje. Yo, que tuve el honor de ser su amigo y me envanecía con la idea de estar en comunión perfecta con su espíritu, créome en el caso de poder decir que si se le hubiese dado á elegir el trance de su muerte, no hubiese elegido otro seguramente que el de morir en honor y provecho de la Patria al frente de sus soldados.»

Severo Gómez Núñez, el ilustre artillero, autor de notables obras, en un precioso artículo hace constar que, terminada la campaña de Cuba, Ibáñez Marín, entonces comandante, tenía pendientes varias propuestas de recompensa y dos juicios de votación para el ascenso. «No se cuidó—dice—de impulsarlos; dejó correr las cosas. Las amarguras del desastre le hacían ver con

indiferencia el avance personal. Su espíritu elevado y su corazón grande se aferraron de nuevo al trabajo, y escribió sin tasa revistas, folletos, libros de mérito, todo dirigido al objeto de sus amores: al Ejército, á procurar su engrandecimiento, á mejorar su organización, á robustecer el alma militar de nuestro pueblo.» Es verdad. Nadie como yo puede testimoniarlo.

De un sentidísimo escrito que lleva la firma augusta de la infanta doña Paz entresaco unos párrafos que me han producido honda emoción, porque se trata en ellos á Ibáñez Marín con sencillez tan admirable y elocuente, que se ve el alma de mi inolvidable amigo á través de esas líneas salidas del corazón:

«... ¿Será una equivocación? Eso me pasó al oir decir que entre los que habían caído «estaba un coronel: Ibáñez Marín»... No sé qué es lo que dije, ni qué cara puse; sólo sé que la persona que leía me dijo: «Perdone...; yo no sabía...» Yo quería todavía convencerme de que no era posible, de que no tenía tiempo de haber llegado á Melilla; pero cuando leían la descripción de lo bien organizado que estaba su plan de batalla, me decía el corazón: «Es él; no cabe duda.» Y él fué. Murió por la Patria: una muerte digna de él; ¡pero la Patria lo necesitaba tanto! Una de mis grandes esperanzas, cuando pensaba en el porvenir de España, era Ibáñez Marín.

»Hace algunos años me regaló el marqués de Aguilar de Inestrillas la historia del regimiento de Lusitania; leí el prólogo, y pregunté entusiasmada á mi hermana Isabel: «¿Quién es Ibáñez Marín?» «Naturalmente, alguien que tienes que conocer», me contestó; y lo mandó llamar. Desde que cambiamos algunas palabras, es decir, una sola: «España», nos comprendimos. No fué sólo una amistad la que se formó entre nosotros: fué una alianza para servir á la Patria. El año pasado, cuando fué nombrado teniente coronel del batallón de Figueras, me escribió todos los proyectos que tenía para que «el cuartel fuese para sus soldados la continuación de la familia». Quería instruirlos divirtiéndolos. «Yo le prometo que ninguno volverá á su pueblo sin saber leer y escribir», me decía.

»Una tarde, antes de que mis hijos Fernando y María Teresa se volviesen á España, fuimos todos al depósito de material para las escuelas, á escoger cosas para llevar de muestra á Ibáñez Marín: mapas del mundo, tipos de las razas humanas, estampas representando acontecimientos históricos; yo quería que lo viera todo. Todo lo que encerraba una idea patriótica, aunque no fuese más que una tarjeta postal, iba á Ibáñez Marín.

»Ultimamente, cuando mi hijo Fernando pasó por Munich, de vuelta de su Embajada en Viena, le dí una cartulina enrollada. «¿Qué es esto?», me preguntó. «Para Ibáñez Marín», le contesté. Era una estampa que dan los dragones prusianos á sus soldados como recuerdo cuando acaban el servicio.

»Había en ella el retrato del Emperador, el de mi marido como coronel honorario, el del coronel efectivo, vistas del cuartel y la ciudad donde está de guarnición, y en el centro el lugar destinado para el retrato del soldado. Yo ya pensaba en lo que haría Ibáñez Marín, como recuerdo para los cazadores de Figueras.

»Ahora tendrán todos ellos siempre presente la muerte gloriosa de su coronel, y aquella madre de uno de sus soldados que él llevó de la mano de coche en coche para que se despidiera de su hijo cuando salía el tren, rezará todos los días por él.»

.....

Muchas veces oímos á Ibáñez Marín sus amigos condolerse de que en la vida moderna soplara el viento helado de un procaz escepticismo... «Se lanza —decía—á la discusión el ignorante, porfía el fatuo y molesta el impertinente; arrolla con su atrevimiento el lenguaraz, y desde la cátedra al club, desde la tribuna al Consejo, rueda el hálito congelado de la negación, y Dios, religión, idea y tradiciones, abolengo, casta, bandera, gloria, Patria, semejan algo así como un residuo de la retorta, incapaz para fructificar, estéril para el bien.»

«¡Lástima grande—exclama en *Creyentes y soldados* (1)—que el estómago marrullero de Sancho Panza se haya impuesto á las brillantes hidalguías de Don Quijote! De no haberse enfrascado en lo contingente y terreno de las bastardías humanas, tendríamos hoy frente á Alah y Mahoma, con sus sectarios robustos, acometedores é indomables, la idea de la Patria, símbolo de religión, manto de piedad y de bien, fuente de maravillosas energías, que trocaría al bisoño en veterano, al imberbe en granado atleta, y á las masas regidas por las imposiciones de una táctica convencional, en huestes huracanadas, bravas como las olas atlánticas, duras como las crestas rocosas de nuestras cordilleras...»

Esta idea la perseguía en todos sus escritos, en sus discursos y hasta en sus conversaciones. Los milagros en la vida del Estado no los esperaba sino de un resurgimiento de la voluntad nacional, alentada por la fe en alguna creencia ó en algún fin noble que levantara los corazones. Sus miradas se volvían melancólicamente hacia esos pueblos que transformáronse en pocos años, por el tesón de sabios y soldados, por la viril energía de todos, en el hogar como en el palacio, porque desde el misérrimo campesino al obrero bien retribuído, desde el hidalguillo con los tacones torcidos hasta el opulento gran señor, dijeron en el taller, en la escuela y en el cuartel que el amor á la Patria está sobre todas las cosas, que el deber de todos es contribuir á que la Patria sea poderosa y grande, y que la esperanza de conseguirlo anima al trabajo con fuerza moral extraordinaria.

¡Qué impresión más profunda produjeron en mí las palabras que, según nos refiere Armiñán, pronunció días antes de partir para Melilla!:

«Esos (señalando á sus soldados) sólo tienen que cargar con el peso de su fusil... Nosotros, con el de la responsabilidad enorme del mando... Vamos á vencer ó morir. Es el deber nuestro, y nada, amigo mío, más hermoso que llevar la conciencia limpia de toda culpa... Pueden ser duros los primeros momentos. Lo serán seguramente. *El espíritu militar es algo que, como los viejos vinos, necesita solera.* Los pueblos de combatientes tienen que tener

(1) *Columna volante*, por José Ibáñez Marín; Madrid, 1902.

espíritu viril. El valor es algo que no se vende... A un pueblo al que se le diga que sólo en paz se medra, que la guerra es algo fatídico, funesto, que á todo evento hay que evitarla, aun cuando suba á veces el color á la cara; á ese pueblo se le enseña, como á los chicos, á tener miedo de todo... Creo en la victoria ciegamente; pero creo que será necesario demostrar con el ejemplo que la muerte no es sino el último episodio de la vida...»

Mediten los que deben meditar acerca de la *solera*.

Federico de Madariaga.

SONETO

Juguete de un ensueño no logrado,
sin rumbo por la vida voy perdido,
anhelando vivir lo que he sentido
y queriendo alcanzar lo que he soñado.

Ni una voz..., ni un suspiro... No he encontrado
lo que regala, en mi ilusión, mi oído,
y buscar unos ojos he querido
como Dios en el mundo no ha creado.

¡Oh mujer! ¡Oh mujer! Con los colores
te envuelvo de mis pálidos amores;
miro brillar cuanto tu cuerpo toca,

y como á un Dios te adoro en mi embeleso;
temblando de placer llego á tu boca...,
¡y siento el desencanto al primer beso!

Benigno Iñiguez.

VICENTE MEDINA, POETA

En el mundo literario hay que huir de lo deslumbrante y llamativo, de lo que nos atrae con resonancias de charanga elogiástica. Si queremos gustar emociones tranquilas es preciso convertir nuestras miradas á los pacientes y animosos luchadores provincianos que, apartados del centro, componen su obra literaria filtrando en ella á través de sus cerebros privilegiados el espíritu característico de la tierra amada.

En la corte hay demasiado ruido y extremosa afectación para que el escritor pueda pensar serena y llanamente. Ocupan mucho tiempo las tertulias donde se discuten el último estreno y el libro reciente, cuando la política y el amor dejan algún espacio. Y en esas tertulias, donde se dan pasaportes de celebridad á los osados que llegan de provincias con el desprecio en los labios retadores, no se hace caso del provincianismo literario, que tanto respeto guarda para las firmas madrileñas.

¡Oh engañoso espejismo de la distancia, que prestas falaces aureolas de genios á los que, vistos de cerca, decaen y se anulan por su propia insignificancia! Tú eres un sutil espíritu que emborrachas en admiración la cabeza de los provincianos artistas que duermen todas las noches soñando con Madrid. Y contra tu influencia deben combatir cuantos intenten levantar el prestigio de las letras españolas, ensalzando á los que por sus méritos deben ser ensalzados, pero haciendo el silencio en torno de los que nada son ni nada merecen.

Por eso, el que desde el fondo de una provincia concierta en torno de su obra las alabanzas de los primates de la crítica cortesana, que ni de vista le conocen, y logra que su nombre sea citado entre los primeros sin acudir al concurso de los intrigantes que en Madrid se dedican á sobornar la gloria, merece, no sólo el respeto y la consideración de todos, sino también el que se le tenga por uno de los elegidos, atendiendo á las condiciones difíciles en que supo imponerse. Porque no es lo mismo escribir en una capital de tercer orden para que nos lean y discutan los amigos, que hacerlo en la corte, logrando en fuerza de solicitudes y recomendaciones que los principales periódicos admitan nuestras crónicas ó nuestros versos. El público se hace á lo que ve; y aunque la insulsez no engaña más que á los tontos, como éstos son mayoría, y mayoría considerable, es fácil lograr una reputación por el solo hecho de publicar con frecuencia artículos que nadie lee. Lo meritorio es salir de la obscuridad sin padrinos ni empujadores, sin cabildeos de redacción en redacción y de periódico en periódico; y esto tan sólo está reservado á los señalados del mérito, á los que reúnen las condiciones del verdadero genio.

Tal Vicente Medina, nombre obscuro que se dió á conocer con sus *Aires murcianos,* que todos hemos saboreado, y que al continuar su obra no hizo sino refrendar sin superarlo el éxito alcanzado por su primer libro.

***

La historia literaria de Medina es un triunfo de la constancia y una victoria de la voluntad, guiadas por el entusiasmo que florece en el corazón de los artistas. Con sencillas palabras nos la ha contado él mismo en el prólogo de su libro *La canción de la vida,* y habré de extractarla para no alargar demasiado este estudio, remitiendo allí á los que con más prolijidad deseen conocerla.

Hijo de modestísima familia, pues su padre, después de desempeñar menesteres humildes, tuvo un puesto de libros y periódicos en el balneario de Archena, comenzó á ganarse la vida ayudando á su padre en la venta de periódicos por calles, fondas y cafés mientras el balneario estaba abierto, por los pueblos de la comarca cuando aquél se cerraba, con lo cual desarrollóse en él una gran afición por la lectura, conociendo incompletas las obras de Zorrilla, Espronceda, Bécquer, Narciso Serra, Campoamor, Núñez de Arce, Fernández y González, Alarcón, Valera, Trueba, Balzac, Lamartine, Víctor Hugo, Zola, Dickens, Julio Verne..., que le dejaron en disposición de lanzarse á volar por sí propio.

Llegó á Madrid á los trece años, y de criado de un procurador pasó á hortera, abandonando el comercio antes de los dos años. Volvió á su pueblo, y en una reja florida sus diez y seis años dejaron sus primeros versos escondidos entre flores. Tornó á vender periódicos, cambióse luego por mancebo de botica, y acabó por sentar plaza y marcharse á Filipinas, sin que las armas le hicieran nunca olvidarse de las letras, haciendo versos y más versos por propia necesidad de su espíritu poeta, sin que nadie le dijese si eran buenos ó malos.

Regresó de Filipinas, tomó la licencia, y volvió al pueblo con sus veinticuatro años, intentando vivir con una pequeña tienda de tejidos, y disponiéndose luego á embarcar para Orán, en vista de lo difícil que se le hacía la existencia en la Península, con intención de dedicarse en tierra africana al negocio de las publicaciones. Algunos amigos abortaron su emigración colocándole en una oficina comercial de Cartagena cuyo dueño era al mismo tiempo propietario de dos periódicos. La amistad con José García Vaso, joven crítico del *Diario de Cartagena,* decidió la orientación literaria del poeta. Sus consejos diéronle norma, sus alabanzas hiciéronle trabajar incansablemente, y en turbión fué escribiendo de todo, versos y prosas, y más tarde teatro regional, del cual fué su primera obra el drama *El Rento.*

«Cuando tuve esbozado *El Rento*—dice Medina—me propuse hacer unos estudios del lenguaje que iba á emplear en él, escribiendo algunos romances en el habla de la huerta. El primero de estos romances fué *La barraca,* y animado por el éxito que alcanzó entre mis amigos, le siguieron en *La cieca, La novia del sordao, Isabelica la guapa, Carmencica...* Gustaban siempre, y me animé. Habían nacido los *Aires murcianos.*»

La aparición de la «Biblioteca Mignón» hizo conocer en toda España el nombre de Medina. Sus *Aires murcianos* eran la cédula literaria de un poeta cuyo carácter él mismo expresa claramente: «Géneros, la poesía y la dramática; escuela, la naturalista; asuntos, la vida actual, sus luchas, sus dolores,

sus tristezas; tendencias, radicales. En mi labor, dos literaturas, al parecer: regional y general; á mi entender, una sola: la popular.»

Los críticos de más renombre ensalzaron sus obras; los escritores de más prestigio aplaudieron su labor y animáronle á proseguirla en cariñosas cartas; y los periódicos de más circulación le abrieron sus columnas. Pero poesías se publican pocas, se pagan menos, y las que se cobran..., ¡es tan poca cosa! En el teatro sus obras encontraron, á pesar de su nombre, la barrera de los privilegiados, defensora del trimestre, y por eso el triunfo artístico tuvo poca traducción material para el desahogo pecuniario de su hogar.

Bien lo indican los siguientes párrafos que Medina escribía en 1902, triste augurio de lo que había de suceder más tarde:

«Vivo y sostengo mi familia, como entonces, trabajando ocho ó nueve horas diarias en dos oficinas, una comercial y otra del Estado, con lo que reúno el modesto sueldo de 200 pesetas mensuales. Desde aquellas épocas he producido, además de los libros que se conocen, tres tomos de poesías y varias obras dramáticas, aún sin editar. Tenía la esperanza de que con los rendimientos de una obra dramática que tuviese éxito podría emanciparme; pero no consigo lo principal, que es estrenar obras en Madrid. En cuanto á los libros, no se venden: excepto el tomo Mignón, todos están editados por mi cuenta, y ellos se comen, no solamente lo poco que cobro por la publicación de periódicos y revistas, sino algo también de lo que gano escribiendo cartas comerciales y haciendo guarismos y facturas. En estos momentos acabo de editar *El alma del molino,* drama de costumbres murcianas... Para ayudarme á pagar la edición escribiré una cartita á los treinta ó cuarenta amigos (creo que no son tantos los que tengo), rogándoles que acepten un ejemplar de la obrita y me envíen su importe de una peseta.»

Fuí uno de esos treinta ó cuarenta amigos, y conservo algunas cartas en las que Medina me contaba sus pesares, los desmayos de su lucha por la vida. Como tantos otros, el poeta debió sentirse un día desalentado, y sintiendo nacer en su corazón la esperanza de otros países donde el trabajo material logra victorias pecuniarias cuando es sostenido por una voluntad firme, y donde el mérito intelectual es más considerado cuando tiene los quilates del de Medina, vióse forzado á partir para América, desgarrado su corazón al perder de vista la tierra de sus amores, la huerta murciana de sus versos.

Desde entonces no he sabido más de él. Pero sobre mi mesa quedan sus libros, los hijos de su alma, y de ellos quiero escribir para renovar espiritualmente y por encima de los mares aquella amistad que nació de unas rimas, y expresar en sinceras palabras los fervores entusiastas de mi admiración siempre constante.

***

Las características de la obra de Medina son la ternura, la ingenuidad y la sencillez, siendo tan comprensivo para todos y de todos tan amado porque usa en ella el lenguaje de todos los hombres y trata siempre asuntos para todo

el mundo simpáticos. Ostentando su obra tales características, no parecerá extraño que cuente Medina gran predicamento entre sus paisanos, y sea antes que nada un poeta popular que ha sabido dar en todos sus escritos una emoción intensa.

Es el poeta de Murcia por antonomasia. «Le cabe la gloria—ha dicho el distinguido cronista sudamericano Manuel Ugarte (1)—de ser el verbo de una región. Retrata el alma de su provincia, y expresa en palabras de oro las ideas y los sufrimientos de esas buenas gentes murcianas que me decían cuando pregunté por él al llegar á Cartagena: «¿Don Vicente Medina? ¡Vaya si le cono»cemos! Todo cuanto escribe lo llevamos nosotros en el corazón. Adivina lo »que sentimos. *Parece* que nos hubiera creado...» Los que mañana quieran conocer la mentalidad del pueblo de Murcia tendrán que leer los *Aires,* la *Canción* y cuanto ha escrito este hombre sencillo, que, como Mistral, ha renunciado á fáciles generalizaciones y ha cavado tan hondo, tan hondo en su pequeño jardín, que ha llegado hasta las raíces mismas de la vida. Tiene para mí condiciones inapreciables: ha comprendido que para ejercer alguna influencia en nuestro siglo es necesario ser sincero y natural, que cada día que pasa nos aleja más de lo artificioso, y que en el más modesto rincón del mundo se puede ser grande y hacer bien. Esos tres méritos valen un pedestal y una corona.»

El carácter popular que tiene la poesía de Medina hace que, como ha señalado el joven y notable crítico Andrés González-Blanco (2), cada libro suyo no sea una nueva evolución de su arte, sino que siempre sea idéntico el tema emocional, y uno mismo el escenario de todas sus composiciones.

¿Es esto un defecto? A mi ver, no, sobre todo cuando se ha llegado á incautarse del alma de una región del modo que ha conseguido hacerlo Vicente Medina. Aunque el escenario sea siempre el mismo, y los mismos ó parecidos los personajes de sus cuadros, el poeta puede desenvolver dentro de aquél ampliamente sus extraordinarias facultades, y su acierto estará en abarcar dentro de sus composiciones los matices todos de la especial psicología de sus paisanos. Si consigue esto, si logra que en las páginas de sus libros se vea fielmente retratada la humanidad viviente que le rodea, habrá alcanzado un triunfo enorme, habrá logrado una victoria que tan sólo le es dada á los elegidos, y su nombre merecerá figurar entre los de aquellos que más honraron á la tierra en que Dios le hiciera nacer, por haberle rendido el mejor galardón de su vida al consagrar á ella los desvelos y los trabajos de su privilegiada inteligencia.

Porque Medina es de aquellos hijos que sienten, más que amor, adoración, ceguera, idolatría por la tierra que les vió nacer. Para ella son todos sus entusiasmos, para ella todos sus apasionamientos; al solo nombre de ella vibra entero su corazón y su alma. Medina ha llevado á la historia de la literatura española el brillo del sol esplendoroso que espolvorea sus oros sobre la huerta

(1) Manuel Ugarte: *Visiones de España,* pág. 123.
(2) Andrés González-Blanco: *Los contemporáneos,* tomo II, pág. 263.

murciana, la frescura de los regatos que saltariquean bajo los abiertos abanicos de las palmeras, y la nobleza de sentimientos que resplandece en el corazón de las gentes humildes que viven en las blancas barracas guarecidas bajo el follaje.

«Yo soy—ha dicho en una sincera confesión, que es toda su alma (1)—, en mi cariño por la huerta, como quien está locamente prendado de su amada, y os habla de ella con pasión á todas horas, y os muestra su retrato delicadamente, como una reliquia...

»Porque la adoro, os hablo á todas horas de la huerta, de mi amada, con sus ímpetus pasionales, con sus ternuras, con sus melancolías, y os cuento las cosas, para toda ilusión, como ella me las cuenta, imitando su habla dulce.

»Porque la admiro, os muestro sus retratos, que, enajenado, tomé yo mismo de su belleza, y de los cuales jamás ninguno me pudo dar toda la verdad, la adorable visión de todo su encanto...

»¡En mi pasión por ella, en mis ansias de Naturaleza y verdad, la quisiera poseer toda entera en mis libros, que fuesen como exquisitos frutos de ella misma!...»

¿Cabe amor más grande que el que estas líneas expresan?

***

Es para Medina la huerta el germen de donde nace toda su poesía. Por eso canta el alma del pueblo, los aires de la tierra, toda su canción. Por eso ha dicho en uno de sus más lindos cantares:

¡es el mentarme la huerta
como mentarme la gloria!,

y ha cantado los sentimientos de las gentes que viven en las casitas blancas alzadas junto á los huertos floridos, y teniendo siempre como escenario de sus composiciones la vega incomparable de Murcia, que le inspiró aquellos versos que empiezan diciendo:

Cuando aspiro de tu huerta
los azahäres,
su aroma en mí despierta
dulces cantares...
¡Ay, huerta mía,
huerta de Murcia, germen
de poësía!

Y como su sentir poético arraiga hondamente en el corazón de la tierra que le vió nacer, ella le inspiró los versos que le dieron renombre, como si hu-

(1) Prólogo de *La canción de la huerta*.

biera querido manifestar sus bellezas naturales á través del espíritu artista de Medina y en aquellos sus inolvidables *Aires murcianos,* que nacionalizaron su nombre dentro del mundo de nuestras letras contemporáneas.

Por ellos fué Medina aclamado poeta, y unánimes fueron los elogios que de todas partes llegaban á ensalzar la frescura y naturalidad que fluía á lo largo de sus versos, la sencillez encantadora que oreaba las páginas de su libro. Y aquella tristeza que impregnaba siempre sus asuntos, y aquel contraste de las imágenes llorosas sobre el fondo asoleado de la vega, gustó á todos, y todos nos sentimos, de una parte, angustiados por los dolores y amarguras de aquellos miseriosos huertanos que Medina nos daba á conocer; de otra, entusiasmados y subyugados por las bellezas de aquella huerta en que las pobres gentes vivían.

Su *Cansera* es, según declaración de un crítico español de tan estrecho criterio que no concedió á la lírica española de su tiempo más de dos poetas y medio (1), «una de las más *reales* poesías de la lírica española en el siglo XIX».

Resulta imposible, cuando de Vicente Medina se habla, no recordar aquella breve y delicada composición, llena de amargura, poema del desaliento que consume el espíritu campesino cuando ve la tierra desnuda, la cosecha perdida, los campos vestidos con el pardo sayal del eriazo. Resulta imposible no recordarla; y por si alguno hubiere que de ella no guardase memoria, ó nunca la hubiera leído, quiero aquí reproducirla para que haya algo bueno en este estudio. Dice así:

CANSERA

—¿Pa qué quiés que vaya? Pa ver cuatro espigas
arrollás y pegás á la tierra;
pa ver los sarmientos ruïnes y mustios,
y esnüas las cepas,
sin un grano de uva,
ni tampoco, siquiá, sombra de ella. .;
pa ver el barranco,
pa ver la laëra
sin una matuja... ¡Pa ver que se embisten,
de pelás, las peñas!...
Anda tú, si quieres,
que á mí no me quëa
ni un soplo de aliento,
ni una onza de fuerza,
ni ganas de verme,
ni de que me mienten siquiá la cosecha...
Anda tú, si quieres, que yo pué que nunca
pise más la senda,

(1) Leopoldo Alas *(Clarín).*

ni pué que la pase, si no es que entre cuatro
ya muerto me llevan...
Anda tú, si quieres...
No he d'ir, por mi gusto, si en crus me lo ruegas,
por esa sendica por ande se fueron,
pa no volver nunca, tantas cosas buenas...
Esperanzas, quereres, suöres...
¡tó se fué por ella!...
Por esa sendica se marchó aquel hijo
que murió en la guerra...
Por esa sendica se fué la alegría...
¡Por esa sendica vinieron las penas! ..
No te canses, que no me remuevo;
anda tú, si quieres, y éjame que duerma,
¡á ver si es pa siempre!... ¡Si no me espertara!. .
¡Tengo una cansera!...

La impresión que produce esta poesía la primera vez que se lee es inolvidable. El hondo desconsuelo de que está impregnada nos invade el alma: la tristeza de *la sendica* por donde las alegrías huyeron para no volver á apoderarse de nosotros; y sometidos al dominio sugestionador del poeta, que se hizo dueño de nuestro espíritu con las sutilezas de su arte exquisito, con el acierto psicológico de su tristísima evocación, no podemos menos de sentir con él la desventura del labriego descorazonado, el aplanamiento agotante del que comprende la inutilidad de sus esfuerzos para vencer las contrariedades de la vida, y proclamar poeta, y poeta de los buenos, al que de modo tan sugestivo y de una manera tan sencilla supo presentarnos el cuadro que hizo cruzar por nuestro corazón una ráfaga de inquietud, un estremecimiento de amargura, una sensación de dolor y de tristeza.

Otra impresión de honda tristeza, de una desconsoladora actualidad en aquellos días luctuosos, aparecía expresada en las páginas del pequeño libro. Eran los días aquellos que precedieron al desastre; cuando la madre patria lloraba la ausencia de los hijos que cruzaron el mar para defender en tierras adversas el honor de su bandera, y cuando en todos los hogares esperábanse las noticias de la guerra con impaciencia y temores; era cuando podía sentirse aquella estrofa que dice:

De las cosas que esjarran el pecho,
te digo que es una pasar por la güerta:
¡ni siquiá un mocico!,
¡toícos pa la guerra!
¡Las casas, solicas!... ¡Los padres, llorando!...
¡Se siente una pena!...

Y de esa pena era fiel intérprete el delicado poeta; y aquellas lágrimas de los pobres viejos sentados á la puerta de sus barracas, cavilosos y desconso-

lados, parecían humedecer el papel del libro donde la tristeza hallaba su expresión artística.

Pero aún quedaba algo de más valor artístico, algo de más señalado interés y más profunda impresión, algo que era síntesis, y síntesis hermosa, del estado de alma del poeta, y ello era la sentida elegía que llevaba por título *La canción triste.* Es una composición breve: no son más que seis estrofas cortas; pero hay en ellas encerrado un mundo tal de sentimientos, un caudal tal de emoción, que ella sola es mérito suficiente para proclamar poeta á un hombre.

Toda la poesía melancólica y sugestiva que envuelve á esos cantores vagabundos que, venidos de no se sabe dónde, aparecen de tiempo en tiempo por los pueblos cantando canciones llenas de amargura, aparece reproducida en estos versos sencillos, en los que la figura del cantor aparece poetizada hasta convertirle en un ser de leyenda:

D'aquel hombre extraño
que esta mañanica se arremaneció,
la gente en un corro
s'apina alreor.
Páece que de tierras lejanas el probe
dista aquí llegó;
tié la barba blanca,
los ojos azules y durse la vos...
¡Los ojos azules y hundíos, que miran
que da compasión!
De toico lo c'habla
ni una palabrica siquiá se entendió;
pero entorna los ojos y, triste,
canta una canción...
¡más triste!, ¡más triste!...,
¡como nunca de triste se oyó!
Mienta cosas, cantando, que naide
por aquello q'ice sabe lo que son;
unas palabricas llenas d'amargura,
y otras palabricas llenas de dulzor...
Pero por el dejo tan triste, ¡tan triste!,
llega al corasón;
y es verdá que nenguno lo entiende,
¡pero lloran tós!

Estas dos poesías, *Cansera* y *La canción triste,* son las que hicieron que España entera conociera á Medina, y vienen á ser, reunidas, como su manifiesto artístico. Después de ellas su obra ha refrendado su mérito; pero no ha logrado superar la impresión de aquellas dos joyas de la lírica española contemporánea.

La obra de Medina es siempre la obra de un hombre bueno, de un corazón que sufre con todos los dolores de los hombres y llora por todas las desgracias de la tierra. Y como los humanos dolores son muchos, y las tristezas terrenas

no son menos, Medina tiene amplio campo donde recoger sus observaciones, extensos páramos de dolor y miseria hacia donde enfocar el objetivo de su inquisitiva atención artística; por eso, cuando no es en verso, en prosa nos presenta de modo sencillo la amargura de las injusticias sociales, como si quisiera hacer más patente el desamparo y presentar más desnuda la pobreza de los desgraciados.

Sus primeros versos, reunidos en 1900 bajo el título de *Alma del pueblo,* aparte incorrecciones y desaliños propios de la inexperiencia, descubren lo que más tarde había de llegar á ser el autor. Sobre todo, aquel hermoso cantar que dice:

No he tenido carta tuya;
pero de mi madre, sí...
¡Y aún no le he escrito á mi madre,
y otra vez te escribo á ti!

Y la ternura de su corazón también se manifiesta claramente en aquellas composiciones cortas, pero sentidas y vibrantes, que el autor reúne bajo el nombre común de *Sectarias,* y que son breves notas en verso de una realidad amarga y dolorosa.

Con la diferencia de estar escritas en prosa, su *Canción de la muerte* no es más que eso: notas escuetas de una realidad impresionante. Su pluma tiene ternuras para todo lo que está envuelto por la tristeza, para todo lo que se ve despreciado por el olvido, y que si aquí acude á enjugar unas lágrimas silenciosas que pasan inadvertidas, más allá entona una oración por una muchachita que murió en el hospital sin que hubiese consuelo junto á su cabecera. Es el hombre de noble corazón que se emociona como un niño, y canta y escribe lo que su corazón le dicta. Por eso le amamos: porque entre el turbión del indiferentismo que nos aparta de las desgracias sociales, él abre los ojos, y cuenta lo que ve á través de sus lágrimas.

Por eso han tenido su cantor las mujeres que prohijan inclusos para darles el cariño de un hijo que se les murió, los desventurados que buscan trabajo y no le hallan, los pobres que piden limosna cuando nadie que dé se atreve á salir á la calle, las hermanas de la caridad, los huerfanitos que viven y crecen en el abandono, los emigrantes que dejan el suelo nativo por no serles en él posible la vida, los sin-hogar que errantes trampean el hambre, los que un día piden pan y son perseguidos á balazos por los que tienen llena la despensa, y tantos otros que constituyen un mundo que parece de pesadilla para los poderosos, pero que vegeta y se rebulle en los bajos fondos sociales.

La musa triste y plañidera del poeta que dedicó un libro entero á cantar la muerte, había dedicado dos años antes otro libro á cantar la vida.

La canción de la vida, que, como ya dijimos, va precedido de una autobiografía del poeta, es un libro donde se recogen varias de aquellas composiciones que, sin pertenecer á la clase de *Aires murcianos,* más alto ponen el nombre de Medina: entre ellas, la titulada *Mi reina de la fiesta,* que fué premiada con la flor natural en los Juegos florales de su tierra.

Perenne la tristeza vive en el alma del poeta, cuya vida es una sola y constante canción; y aunque alguna vez la risa brote de sus labios y haga brillar sus ojos, por bajo la melancolía estanca sus aguas letales como manantiales de perdición que cubren sus espejos malditos con verdes enramadas de engañosa belleza salvaje. Tal expresa en la estrofa siguiente:

Cuando infantiles
mis carcajadas suenan alegres;
cuando es mi risa la mariposa de inquietas alas
que sobre todas las flores vuela,
no es que las negras aves se fueron del árbol triste;
también entonces amargamente canto, bien mío;
¡le canto amores
á una alegría que yo idolatro, pero no encuentro!...

Las aguas vuelven siempre á sus cauces primitivos, y así Medina volvió en un nuevo libro á los moldes áureos de sus *Aires murcianos*. *La canción de la huerta* presenta, con lujosa vestidura, nuevos hijos que tienen el mismo semblante y la misma hermosura de los antiguos. En sus páginas, artísticamente ilustradas con fotografías tomadas del natural, palpita viva la impresión de la hermosa huerta murciana. *La carta del soldao, Naide, El esgince* y alguna otra son trozos poéticos de una fuerza tal que pueden colocarse al lado de *Cansera* y *La canción triste* Este es su mejor elogio.

Observábase una dispersión funesta al juicio definitivo en la obra completa del poeta murciano. Se hacía necesario reunir en un solo tomo sus mejores versos, seleccionados y corregidos por él mismo, y esta necesidad vino á satisfacerla la publicación de su libro *Poesía,* en el que se ha reunido la labor principal del poeta, y no sólo esto, sino la sanción crítica que mereció á los hombres ilustres de su tiempo.

Poesía es toda su obra poética; y al frente de ella, á manera de corona de laurel que ciñe la frente del hombre sencillo y bueno, los juicios críticos, las palabras animosas y las declaraciones sinceras que sus versos merecieron de algunas ilustres personalidades de nuestras letras.

Los nombres de *Clarín,* Valera, Unamuno, Pereda, González Serrano, *Azorín,* Bonafoux, Maragall, Llorente, Corominas y algunos otros aclaman al poeta y ensalzan los méritos del artista.

¡Qué tristeza da pensar, después de leer todo, que Medina ha tenido que abandonar *su huerta* porque no podía ganarse en ella la vida de los suyos!

***

Si la poesía no pudo impedir que el poeta se expatriase, el teatro debió de retenerle si hubiera conseguido que sus obras dramáticas se estrenasen en Madrid. Pero Medina tropezó con la barrera en que tropiezan todos los esfuerzos provincianos de la misma especie, y tuvo que rendirse.

Sus obras publicadas, *El Rento, La sombra del hijo, El alma del molino* y *¡Lorenzo!,* demuestran que Medina hubiera triunfado si hubiera logrado hacerse oir. Las hondas tragedias de sus dramas le hubieran hecho un puesto entre las simpatías del público que llena los teatros, si las intrigas de entre bastidores y las preferencias de saloncillo no le hubieran cerrado el único camino lucrativo de las letras.

Los rendimientos de sus dramas hubieran podido aclarar las negruras económicas de su existencia, si en Madrid encontrasen la ayuda que debieran encontrar todas las iniciativas del teatro regional, sobre todo cuando estas iniciativas se alzan y mantienen con la briosidad que Medina lo hace en sus obras. Pero fué todo lo contrario: apenas si logró estrenar algo en el rincón de su pueblo; y aun siendo abundantes los aplausos, no lograron hacerse oir en Madrid.

De este modo sucedieron las cosas, y nada pudo evitar que Vicente Medina, el cantor excelso de la huerta murciana, abandonase su tierra con las lágrimas en los ojos y buscase amparo en la tierra americana. Vaya hasta él nuestro saludo y nuestra admiración por su obra de bondad y nobleza.

José García Mercadal.

La filosofía de la naturaleza según un libro reciente

Publicista al modo sabio, polígrafo en quien el instinto enciclopédico está asesorado y equilibrado por una paciencia de benedictino, ha sido siempre el mayor de los González-Blanco. Ha escrito de todo: literatura, filosofía, teología, sociología, historia, antropología, lingüística... Ha hecho traducciones de varios idiomas, algunas de las cuales han adquirido verdadero éxito. Es todo un pensador que sabe escribir con verdadera amenidad y saca fruto de muchas y variadas lecturas. Erudito además, idealista hasta la punta de las uñas, y, como se alaba él mismo, «sin título alguno académico», lo que le permite alardear por todas partes de su autodidactismo feroz, nadie como él para dar interés y animación á problemas de suyo complejos y áridos.

Edmundo González-Blanco se presenta á los ojos de la crítica en las páginas del libro sobre *Filosofía de la naturaleza* (1909; Victoriano Suárez, editor) á manera de original y experto innovador que fundamenta el sentido de las doctrinas que expone en la meditación profunda del orden universal; á estilo de analista perspicaz que estudia los hechos antes de formar las concepciones, y que no trata temerariamente de imponer á la ciencia contemporánea postulados contrarios á sus cánones empíricos. El autor de la *Filosofía de la naturaleza* nos revela en el prólogo que se propone escribir una serie de conferencias cosmológicas á las que atribuye la condición de «definitivo ensayo de síntesis sobre una materia de las más importantes, que son hoy en día blanco de la polémica agnóstica» (1). Agrega que no es su mira proporcionar á quien le lea «un bosquejo ni una descripción de la naturaleza», sino que pretende dar «la interpretación de sus más universales operaciones, la explicación de sus más constantes fenómenos»; y declara, por último, que para conseguirlo seguirá, en el desenvolvimiento de su plan, el criterio especulativo, «induciendo, con inducción comprensiva, con arreglo á los elementos sucesivos constantes del universo material» y «ahondando en el *pantarei,* clave de la interpretación cosmológica» (2). Se trata, pues (según éstas y otras declaraciones que las aclaran, del autor), de una tentativa de renovación experimental de la metafísica, de las tendencias y direcciones del modo de pensar que hoy prevalece en las grandes escuelas del mundo. «Bajo la denominación de *filosofía de la naturaleza* comprendo *la ciencia que tiene por objeto el estudio de las cuestiones que se presentan en el campo de la especulación cósmica ó biológica, y cuya solución depende exclusivamente de ciertos conocimientos físicos previos*» (3). «Por *filosofía de la naturaleza* entiendo, *no una investigación empírica que tenga por objeto la naturaleza, sino un modo de pensar que emerge de las ciencias naturales y se basa sobre las mismas.* La filosofía de la naturaleza

(1) *Filosofía de la naturaleza,* tomo I, prólogo.
(2) Ibidem, páginas 11-18.
(3) Ibidem, pág. 12.

es tan poco la ciencia natural, como la filosofía de la religión es la ciencia teológica. Hay, pues, una filosofía de la naturaleza, hay una filosofía de las ciencias naturales; pero no hay una ciencia natural filosófica» (1).

Dentro de estos límites que tan juiciosamente establece, nuestro autor examina sucesivamente las vicisitudes por las que el concepto correspondiente al término *filosofía de la naturaleza* ha pasado en la Edad Media, en la escuela de Padua, en la cultura inglesa del siglo XVII, en el siglo XVIII francés y en la metafísica alemana postkantiana (2); las definiciones de la palabra naturaleza (3); las diferencias entre la naturaleza y el arte (4) y las concepciones históricas generales de la naturaleza (5). Para él, las más generales son la concepción latina del todo, *mundus* (sistema *matemático),* y la concepción griega del cosmos, *physis* (sistema *dinámico).* Sin embargo, ya en parte en Aristóteles, y más decididamente en Lamarck (1815), se nos ofrecen ampliamente armonizados los conceptos latino y griego del universo y de la naturaleza. La naturaleza es el universo dinámico y formador; el universo es la naturaleza matemática y material. Sólo hay que dar un paso más para admitir que, en el fondo, la naturaleza contiene al universo, no éste á aquélla; que la vida universal es anterior á su cuerpo cósmico, como la función al órgano; en suma, que el universo físico, con todas sus leyes matemáticas, es una naturaleza imperfecta, una condensación ó forma visible de la verdadera naturaleza espiritual. Este paso se ha dado en Europa, al renacer el idealismo, á mediados del siglo último, con Lotze y Max Schasler; un poco después en Francia, con Rawaisson, Vacherot y Boutroux. González-Blanco viene ahora á dar en España el segundo paso; y, al efecto, aprecia y discute, con gran extensión y sutilísimamente, el naturalismo crítico (Kant) (6), el naturalismo positivista (Comte) (7), el naturalismo empírico (Stuart Mill) (8), los primeros principios del naturalismo (9), las bases de la especulación naturalista (10), los procedimientos naturalistas de especulación (11), el genio de la especulación (12) y las relaciones entre la especulación y la ciencia natural (13). Un gran espectáculo, digno de la atención de todo hombre pensador, ofrece González-Blanco pintándonos con colores vivísimos el desarrollo de la filosofía de la naturaleza. Todo lo invade esta filosofía, dada la amplitud de su objeto y la de sus recursos. Nuestra época es enemiga del espiritualismo *contra natura,* de la tendencia abstracta en la ciencia; y en la preponderancia de una idealidad cósmica

(1) *Filosofía de la naturaleza,* tomo I, pág. 26.
(2) Ibidem, pág. 13.
(3) Ibidem, páginas 18-20.
(4) Ibidem, páginas 16-18.
(5) Ibidem, páginas 21-26.
(6) Ibidem, páginas 40-97.
(7) Ibidem, páginas 97-155.
(8) Ibidem, páginas 155-206.
(9) Ibidem, páginas 206-273.
(10) Ibidem, páginas 378-440.
(11) Ibidem, páginas 440-467.
(12) Ibidem, páginas 467-517.
(13) Ibidem, páginas 517-561.

brotando del fondo mismo de la realidad fenomenal, de una fe natural sustituída á la sobrenatural y opuesta al racionalismo escéptico y pesimista, ve el triunfo del progreso de la eterna evolución, que implica el renunciar á estudiar la naturaleza en un teatro estrecho, y, por lo mismo, asimilable al mecanismo, para considerarla en un teatro infinito, donde se nos figura que desaparece, porque ya no se manifiesta sino por leyes informulables.

Así como á los egipcios de antaño toda su vida les servía para el resultado final de un juicio, el de los muertos, á González-Blanco toda su ciencia le sirve para la síntesis última de una metafísica: la de la finalidad. Lo que González-Blanco ensaya no es una explicación del mundo por medio de la experiencia, sino una *revisión constructiva* que intenta referir á un destino transcendental el conjunto de los fenómenos admitidos y comprobados, haciendo converger las ciencias todas á la teleología universal. Sólo después de reflexionar con detenimiento se comprende bien la importancia de esta concepción de la naturaleza, que ve en ella, no un hecho brutal y externo, puro y simple, sino la expresión de la inteligencia racional en su esencia íntima. Cuanto más se profundiza en el estudio de los datos que González-Blanco pone á contribución, tanto más claramente se revela el hecho de ser el cosmos un reino de designios finales que existe por causa de algo. Porque, según la enérgica expresión de González-Blanco, «las obras de la naturaleza no poseen en sí mismas la causa última de su finalidad intrínseca y del orden que realizan» (1). Esto equivale á afirmar que el presente no es un mero brote del pasado, sino que se da siempre con relación á un futuro. En semejante concepción, por consiguiente, el problema de más difícil solución no es el de cómo fluye la actividad cósmica, sino el de cómo persiste; pues no sería concebible ni posible que la naturaleza soportase sin cansancio la continua admisión de las formas, la no interrumpida admisión de las individualidades, la constante eflorescencia de la vida durante un tiempo indefinido, si su esencia, si sus raíces no estuvieran colocadas en una esfera superior al tiempo (2).

«Todos los problemas que los metafísicos se proponen resolver, si prescindimos en ellos de las abstracciones ideológicas, de los delirios y del ontologismo, pueden condensarse y reducirse á dos problemas principales: primer problema, reducir la realidad; segundo problema, deducirla. El primer problema encierra la cuestión del *mechané;* el segundo contiene la cuestión del *telos*. En el primer problema se trata del conocimiento de las fuerzas; en el segundo, de la explicación de sus productos. Del exacto conocimiento de las fuerzas resulta la ciencia rigurosa, la fórmula física; de la recta explicación de sus productos, la interpretación transcendental. Por recta interpretación debe entenderse, no una interpretación unitaria ó panteística, sino una interpretación armónica. La unidad real, primera, es la armonía» (3).

Para más clara inteligencia de esta doctrina de finalidad transcendente,

(1) *Filosofía de la naturaleza,* tomo I, pág. 280.
(2) Ibídem, pág. 714.
(3) Ibidem, pág. 372.

González-Blanco advierte dos cosas, para que mejor se entienda lo que después pone empeño en inculcar. La primera cosa que advierte es una cosa muy recibida entre zoólogos, y es la *unidad de tipo* en el proceso de la creación (1). En el mundo orgánico, la diferencia universal de estructuras, que es fácilmente explicable por la armonía de las contingencias, muestra innumerables pruebas de semejanzas en especie, que han sido formadas por la acumulación de las de su género. La homología del esqueleto en los vertebrados indica un principio independiente de la teleología concreta, pero que constituye, racionalmente, la base sobre la cual ésta trabaja, ó bien el material para sus obras futuras. De un polo á otro, bajo todos los meridianos, los mamíferos, las aves, los reptiles, los peces, revelan un solo y único plan de estructura, y la misma uniformidad se observa entre los moluscos, articulados y zoófitos. Semejante plan denota concepciones abstractas del orden más elevado, pues no basta argüir que la unidad es el todo, y que la variedad se explica por la diversidad de regiones, de climas y de circunstancias; en contra de esto, observó ya Agassiz que se encuentran tipos muy diversos en los mismos medios. Y si hay unidad y armonía en una variedad casi infinita, ¿cómo podrá explicarse aquel plan sin una inteligencia que lo haya concebido y lo haya puesto en práctica?

La segunda cosa que advierte es que no podemos eludir la consecuencia anterior apelando á la concepción vaga de un *alma del mundo,* concepción contra la cual dirige González-Blanco cinco argumentos irrefutables (2). Asimismo refuta la teoría de la *finalidad inmanente é inconsciente,* como indigna de una filosofía juiciosa. «En tal coyuntura ha venido esta teoría del *zoomorfismo* á sustituir al supuesto *antropomorfismo* de la telcología tradicional, cuando los nuevos descubrimientos van mostrando ó pretenden mostrar que el instinto es un paso ó término medio entre el mecanismo y el pensamiento; en día tan especial amaneció, que los monistas más avisados niegan que presida al origen de las cosas una facultad, resultado de evolución gradual y lenta, llámese instinto ó pensamiento; y en circunstancias tan significativas, desautorizar el pensamiento, apelando á una cualidad oculta como el instinto; explicar lo inferior por lo intermedio, rechazando lo superior; desdeñar lo simple (mecanismo) y lo complicado (pensamiento) y atenerse á lo obscuro (instinto), convirtiendo en inconvenientes las ventajas, parece, sobre incomprensión, extemporánea actitud» (3).

Expone á continuación las razones experimentales que le impiden adoptar esta actitud, y revolviendo sus armas victoriosas contra el monismo, sostiene que la última palabra de esta concepción del *cosmos* es la proclamación del *caos*. Partir de un principio del cual se saquen y por el cual se prueben las múltiples categorías de la realidad, haciendo ver que estas categorías son evoluciones del principio mismo, no es, para una teoría, ningún error de método,

(1) *Filosofía de la naturaleza,* tomo I, páginas 589-592.
(2) Ibídem, pág. 575.
(3) Ibídem, pág. 572.

sino una alta y magnífica posición. Pero reducirse á proclamar un principio vago, negativo é incomprobable, y amoldar á él subjetivamente ciertos fenómenos ó ciertas conjeturas de la mente, es, seguramente, un error, y el más grosero de todos. Del caos nada se deduce; á ello se opone la ley racional de identidad: *caos = caos*.

Cuando se trata de la generación del mundo, es necesario no olvidar que, según las exigencias de la lógica, un pensamiento caótico es incapaz de dar nacimiento, no ya á mundos infinitos, pero ni á un mundo cualquiera. El caos equivale al azar, y el azar nada sistemático puede producir; pero un mundo es un sistema. Ahí está el error. La indeterminación absoluta excluye la determinación sistemática. Hacer que de la negación de todo pensamiento surjan sistemas de existencia, envuelve el más loco de los contrasentidos, la más horrible de las contradicciones.

Quien admite una infinidad de mundos admite una infinidad de dioses, y en el monismo moderno una infinidad de caos. Estamos, pues, en presencia de lo inexplicado. El monismo deja de ser monismo, y los verdaderos monistas nos resultan los viejos Platón y Aristóteles, los cuales comprendieron que no podía haber más que un solo mundo, aun considerándolo eterno. Quien dice mundo, dice realización ó acto de una misma y simple posibilidad; en otro caso, venimos á parar al absurdo de muchos seres absolutos.

Hay más: no sólo protesta toda razón contra el círculo eterno y la posibilidad múltiple, sino que la experiencia misma impide aceptar ese *circulismo* caótico, que no tiene base física en que apoyarse, como testifica un especialista en astronomía evolutiva, Epping. Aunque un cúmulo de astros se hubiese formado de una niebla, y aunque la gravedad llegara á realizar la reunión definitiva de todas las cosas, no es posible que, sin auxilio de fuerzas extrañas al sistema, se formase una niebla equivalente á la primera, ó sea, que poseyera igual cantidad de energía, lo cual se requiere incondicionalmente para que el movimiento vuelva á iniciarse. Por otra parte, la teoría de un *devenir,* en sentido caótico ó por la virtud de una acción intrínseca y fortuita del universo, está *á priori* en contradicción con la noción monística de que hasta un momento dado ha transcurrido un lapso de tiempo infinito, por cuanto, en tal caso, todo lo que había de acaecer con el tiempo debería ya existir.

De aquí que los monistas se vean precisados, aunque con despecho, á capitular. «Todo el aparato científico de sus disquisiciones, todo el amasijo de ejemplos que acumulan hasta la saciedad, toda su terminología mecánica y dinámica, nada puede enmascarar ni impedir este resultado brutal y banal, único que cabe inferir de sus amplificaciones difusas, á saber: el universo es el caos: *chaos firmatum est!* Una mezcla informe y disforme de cosas, donde todo es desorden, confusión y horror: he aquí el ídolo que se adora en tantos centros de la cultura europea; ¡he aquí el término á que han venido á parar cincuenta años de crítica, de sabias investigaciones, de invenciones atrevidas é ingeniosas!» (1).

(1) *Filosofía de la naturaleza,* tomo I, pág. 606.

El pluralismo es para González-Blanco una tesis demostrada en ontología, en psicología, en biología y en química (1).

La ontología, desde Herbat y Fríes, conviene en ver en cada τόδε τι aristotélico, y hasta en cada percepción, una *posición absoluta*. Toda existencia es idéntica á sí misma, es un concepto indivisible; y todo es perfecto, porque todo en su individualidad constituye un ser que no está limitado por ningún otro. Tal es la medida interna de la perfección.

Hace tiempo que la psicología ha probado que ni pensar es sentir, ni la sensación un hecho mecánico, viendo por ello en el alma una posibilidad permanente de sensaciones, y en la individualidad psíquica un centro vector del torbellino vital.

En biología, como en matemáticas, se admite (Wirchow, Weissmann, Rolph, Quinton) que el carácter esencial de la unidad viviente es la *inevolubilidad* ó incapacidad de evolución. La unidad, como tal, no puede ser desenvuelta potencialmente. La unidad positiva *(individuo)* es incapaz de evolución en el concepto de la cualidad, aunque no en el de la cantidad. La unidad negativa *(especie)* es también eminentemente voluble en el concepto de cantidad, é inevoluble en el de cualidad.

Por último, las tendencias dinámicas de la química conspiran, sin perjuicio de rectificar el atomismo y aun de rechazarlo como sistema material del mundo, á negar la divisibilidad infinita de la masa cósmica y á resolver la discontinuidad atómica en centros de fuerza, en posibilidades permanentes de movimiento.

Todo esto se declara maravillosamente en aquel lugar donde se dice (2) que debemos rechazar los delirios de esos metafísicos ebrios que «no respetan la inviolable unidad y la subsistente substancialidad de cada ser, aun el más ínfimo»; que debemos saludar con júbilo, «penetrando con el pensamiento en todas las mónadas del cosmos, á nuestros hermanos menores, animales y plantas, astros y piedras, células y átomos, inmensamente dispersados por la gran tormenta mecánica sobre planos naturales tan diversos. En todos ellos late la vida; todos ellos tienen un alma. Y este alma, pródiga de variedades, ávida de innovaciones, participante limitada de la infinita energía creadora, diversifica en la materia y somete á un íntimo proceso la vida, asignándola, en algunas condiciones muy complejas y muy sostenidas, un límite que ni cada substancia puede franquear, ni la bruta máquina del mundo externo destruir. Aunque el tiempo desaparezca y el espacio se pliegue como la tienda que el pastor nómada quita por la mañana para seguir en el desierto su incierto camino, las almas del universo no perderán la más mínima parte de su realidad. Y cuando llegue la consumación de los siglos, el universo podrá decir á su Causa como el Cristo á su Padre: *Ni uno solo perdí, ¡oh Dios!, de los hijos que me entregasteis!*»

---

(1) *Filosofía de la naturaleza*, tomo I, páginas 656-659, 696-702.

(2) Ibídem, pág. 704.

Con todo, la tesis de la pluralidad, mal entendida, hecha independiente del principio de acción y reacción, conduce á negar las relaciones de los seres y sustituye á un monismo universal monismos atómicos indefinidos; en ella cada substancia tiende á perseverar en su independencia y en su simplicidad absolutas, y su operación se manifiesta á todo más en la resistencia que opone á dejarse influenciar por las demás substancias. Los principios hilozoísticos de continuidad prasológica de la existencia y universalidad potencial de la vida salvan esta laguna, dando un fundamento sólido y positivo al principio de acción y reacción.

La concepción hilozoística, combinada con la pluralística, destruye ese negro fantasma del monismo que se llama el caos; sustituye á una confusión unitaria é inconcebible una actividad armónica y comprobable.

La misma combinación de ambas concepciones salva el abismo que el dualismo coloca entre la naturaleza y su causa, esa nada que divide á Dios del mundo, como identifica á uno y otro el caos monístico; porque todo dualismo, cuando es esencial y profundo, absoluto, cuando se oponen diametralmente sus términos, contradiciéndose, negándose de todo punto, no tiene solución posible, si uno de aquéllos no desaparece y se aniquila bajo la exclusiva afirmación del otro: el dualismo es el padre del panteísmo.

Para democratizar el género humano, suprema aspiración de toda filosofía en la práctica, es preciso antes haber democratizado teóricamente el universo. El hilozoísmo y pluralismo combinados cumplen esta elevada misión, toda vez que, dentro de sus postulados, todo ser es inviolable, respetable por sí mismo, y el orden universal, el gobierno universal de la naturaleza no resulta de la unión accidental y externa de las substancias, sino de la constitución del mundo entero y de la esencia del Ser Supremo, único y perpetuo autor y renovador de la vida en su conjunto (1).

Ya en este terreno, González-Blanco emprende la tarea más espinosa quizás y más difícil de toda su obra: la tarea de probar que la masa cósmica es en cantidad finita, y que el universo tiene un origen transcendental. Según él, todos los argumentos en favor de la ilimitación del universo son argumentos puramente negativos, razones de congruencia, apelaciones á la posibilidad. Los argumentos contrarios son argumentos positivos, lo mismo en el terreno de la metafísica que de la física. Tras una larga y penosa discusión geométrica y astronómica, González-Blanco cree dejar bien esclarecidos los dos extremos siguientes de la especulación filosófica en sus comprobaciones físicas: que si se trata de la limitación espacial del cosmos, pertenece ésta y entra directamente en el cálculo matemático, á causa de su conexión natural con la limitación de números ó cuerpos, de la cual viene á ser un corolario legítimo; y que, á su vez, la ciencia positiva afirma y establece esa limitación, si no con demostraciones rigurosamente tales, con argumentos y razones de tal peso y fuerza, que hacen de la finitud cósmica una tesis, por lo menos, mucho más

(1) *Filosofía de la naturaleza*, tomo I, pág. 745.

probable que la tesis contraria (1). Por otra parte, la imposibilidad de un número actualmente infinito conduce á proclamar un comienzo absoluto del universo; y González-Blanco establece y prueba que, según la *ley del número determinado* (2), el conjunto de las cosas presenta cierto número determinado ó perecedero de partes destructibles en el tiempo, lo que supone que su existencia no es eterna ó inmortal.

Pasaron ya el materialismo y el mecanicismo, que representaban, sobre todo este último, un predominio de la experiencia que quiere dar explicación sensible de todo, y que falsamente formula como postulado universal la transformación ó equivalencia de las fuerzas físicas; se ha abusado del evolucionismo, sin reparar que, si ha de realizar su obra esta filosofía, es absolutamente indispensable exigir conciencia á la masa primordial del universo (nebulosa ó no), siendo la solución más directa suponer todo átomo animado. Así es que del conjunto de observaciones de González-Blanco resultan, como lógica consecuencia, importantes corolarios, que él brevemente resume, y el principal de los cuales es que, mientras el monismo quiere probar demasiado, y es inducido por esta razón á un dogmatismo monstruoso, el dualismo quiere probar demasiado poco, y queda, en tal concepto, fuera de la verdadera metafísica, representando un conjunto inconciliable de física y de teología. El verdadero filósofo debe conceder más importancia que el dualista al lazo de unión del universo con su Causa, considerando que un ser tan antinómico y espiritual como el hombre no hubiera podido florecer más que en una naturaleza externa, dotada de alma, de vida, de actividad propia (3).

La originalidad de nuestro autor es lo suficientemente marcada para que ni por un instante se la discuta. No aparece influída su obra por ningún filósofo español antiguo ni moderno. Si á alguien se parece González-Blanco, es á Bontroux, en su criterio, y á Lotze, en su método; pudiera añadirse la influencia de la concepción pluralística de Herbart, que él amplía y corrige con su hilozoísmo. No da una sola nota de positivismo inglés, ni se asemeja á ningún pensador italiano. Y puede añadirse, por ser la verdad, que en nuestra patria, hasta ahora, ningún pensador ha removido hasta tal grado los grandes problemas cosmológicos, ni obligado con mayor vigor al escepticismo á rendirse á discreción. En medio de los datos experimentales que en su obra acumula y de la discusión serena de los hechos científicos, los ojos del autor, clavados en el infinito siempre, parecen ir descubriendo misterio tras misterio en regiones remotas, adonde nunca llegará la inteligencia del hombre.

Hay en González-Blanco el idealista y hay el filósofo. Con ser el primero tan personal, tan peregrino, tan abundante en pensamientos grandiosos, yo aprecio mucho más al segundo, avaro en frases y fecundo en argumentos, nacido con una tendencia á hacer más cosas que aquellas para las que están preparados sus lectores españoles. La mayoría de las obras de nuestros filóso-

(1) *Filosofía de la naturaleza*, tomo I, pág. 806.
(2) Ibidem, pág. 827.
(3) Ibidem, pág. 650.

fos (Balmes, el P. Zeferino, Moreno Nieto, Giner de los Ríos) deben quizá su éxito en España á la parquedad en el escribir y á lo sumario de las ideas esparcidas en sus obras. Pero en González-Blanco el número de ideas que se entrecruzan es tan enorme (como que sus obras son siempre el fruto de penoso estudio), que abrumarían al lector ordinario, si no sirviesen de poderoso estímulo al lector entusiasta, al que busca que se le remueva el pensamiento antes que el que dogmáticamente *se le instruya*.

Puesto á la venta en las peores condiciones editoriales para su éxito de librería, este tomo I de la *Filosofía de la naturaleza,* que debiera ser uno de esos acontecimientos literarios llamados á constituir efeméride en la historia de la ciencia española, apenas ha llegado al gran público. Ni en las revistas mensuales ni en las discusiones del Ateneo se ha hablado de él todavía. La prensa periódica (salvo dos ó tres rotativos que le han concedido los *honores* de una ligera noticia) ha guardado silencio. Verdad es que su autor es un sabio y un hombre de verdadero mérito, alejado de Madrid por sistema, y varón de una modestia tal, que raya en abandono. En cambio, varias revistas alemanas é italianas se han ocupado ya con elogio de producción tan importante.

Hay que añadir que el tomo II aún no ha visto la luz, y que en este tomo es donde la verdadera *Filosofía de la naturaleza* ha de explanarse con arreglo al siguiente plan que en la introducción se da á conocer:

Dinamología ó teoría de las *fuerzas* naturales, según el método de *observación empírica.*

Craseología ó teoría de los *cuerpos* naturales, según el método de *inducción comparativa.*

Nomología ó teoría de las *leyes* naturales, según el método de *deducción matemática.*

Biología ó teoría de las *especies* naturales, según el método de *análisis regresivo.*

Teleología ó teoría de los *fines* naturales, según el método de *síntesis ontológica.*

Esperemos que cuando la obra aparezca completa sea la crítica más justa con un pensador de los alientos de Edmundo González-Blanco, que por instinto huye de ser escritor popular, y por vocación se dedica á la más difícil y excelsa de las disciplinas científicas. Y por si algún superhombre sale chillando que yo me meto á calificar y clasificar á quien profesa una disciplina muy alejada de mis propios estudios, me apresuro á reconocer que, en efecto, carezco de la autoridad necesaria para dar en tal materia un fallo definitivo. Vengan, pues, críticos de altura que revelen lo que hay de deficiente y avaloren lo que hay de grandioso en este alarde intelectual, único en su género dentro de la mentalidad española contemporánea.

Mariano Miguel de Val.

INFORMACIONES

Política

Las elecciones municipales

Los errores ó los aciertos de los jefes de partido refléjanse de una manera clara y evidente en el cuerpo electoral. Ni los juicios más ó menos discretos de la prensa, ni la particular opinión de personalidades duchas en la ciencia política deben tenerse en cuenta en la apreciación de ciertos actos gubernamentales.

Cuando el Sr. Maura pronunció en el Senado aquel su famoso discurso declarando la guerra á los liberales, las inteligencias más preclaras del periodismo y de la política, unas en pro y otras en contra, comentaron largamente el hecho, reputándolo de transcendental. Los conservadores, por disciplina unos, otros por convencimiento, aprobaron el acto del jefe; sólo una minoría, de la que Sánchez de Toca era cabeza visible, reputó como peligrosa, insólita y anticonstitucional la ruptura. El conde de Esteban Collantes también ha expuesto su opinión, contraria á dicha ruptura. Los liberales, unánimemente, juzgaron equivocadas, fatales para el régimen las gallardías del Sr. Maura, y fiaron al tiempo la demostración del gravísimo error cometido.

Discutiéndose con calor la belicosa actitud de los conservadores llegó el momento de constituirse las Diputaciones provinciales. ¿Sostendrían aquéllos las iracundias del jefe? ¿Atenuarían algo y aun algos sus rencores? Aquélla era una magnífica ocasión para que los liberales y los amigos de Maura preparasen la reconciliación, porque en muchas Diputaciones contaban los conservadores con mayoría, y si cortésmente se iba á la distribución equitativa de cargos para facilitar la obra de gobierno, éste había de olvidar en lo sucesivo la *implacable hostilidad* de los contrarios.

Malas impresiones debió de recibir el jefe de los liberales respecto al modo en que iban á proceder los conservadores, cuando rogó á sus amigos de algunas provincias, la de Valencia, por ejemplo, que constituyesen liberalmente las Diputaciones, sin alianzas ni componendas. Y el Sr. Moret no se equivocó: los conservadores coparon allá donde tenían fuerzas para ello, y *pactaron*—haciendo en su provecho caso omiso de la voluntad del jefe—donde los particularismos ó la flojedad de los lazos de disciplina de los liberales lo consintieron.

¿Era este modo de proceder nuncio de cordialidades para las futuras elecciones concejiles? La imparcialidad obliga á confesar que nada hizo el Sr. Maura de su parte para deshacer ó, por lo menos, atenuar la belicosa cohesión de sus enemigos; natural es que al rencor se conteste con el rencor, á la hostilidad con la hostilidad. ¿No recuerda el Sr. Maura que ha establecido una para él infranqueable línea divisoria entre los que siguen su política y los que simpatizan con la liberal? ¿No sabe que, consciente ó inconscientemente, ha sembrado un odio feroz contra el partido que dirige un hombre tan discreto, tan gubernamental como el Sr. Moret? En la calle, en los centros de recreo, aun en los hogares repercuten las injustas apreciaciones, las sangrientas diatribas propaladas contra el partido liberal, contra todo lo que huela á progresivo; y nada une tanto como el agravio á las ideas y á los hombres que las representan.

A las izquierdas se les presentaba, pues, este dilema tremendo: acusar su vitalidad

*

incontrastable, ó sufrir el más espantoso de los ridículos. Es inútil llamar la atención acerca de la torpeza del procedimiento ó de los procedimientos que han obligado á los que piensan en liberal á mirar por su propia existencia. Un hombre de gobierno, sobre todo un convencido monárquico, no debe jamás dar motivo á que se libren batallas como la del domingo. Porque son batallas que nunca gana el que las inicia, si es que quiere llamarse devoto de las instituciones y tiene por deber el defenderlas. ¿Triunfan las derechas? Ello daría lugar á una crisis peligrosísima, cuando no á revueltas difíciles de sofocar. ¿Triunfan las izquierdas, como así ha sucedido, porque *debía* suceder, dada la excitación de los elementos radicales? Entonces las consecuencias para quien con sus provocaciones facilitó el triunfo no pueden ser más fatales. Las palabras *anulamiento, retirada, fracaso,* aplicadas á un hombre y á una política, no se escucharían si ese hombre, antes de la declaración de guerra, tomase el pulso á la opinión pública y á la de su propio partido.

Hago la justicia de no adjudicar toda la culpa de lo sucedido al Sr. Maura. Es tan elemental, tan claro el problema que con la ruptura solemne, completa, con los liberales se le presentaba, que no parece obra suya; quizá por primera vez en su vida política fué débil, cedió á la sugestión de alguien que no tiene como el jefe de los conservadores conciencia de lo que es la responsabilidad, mucho menos de lo malas consejeras que son las pasiones en los hombres de gobierno.

El triunfo ruidoso de los liberales y, en general, de las izquierdas estaba descontado, aunque no en la medida que ha ocurrido. ¿Fuera otro el resultado sin la ruptura de los partidos monárquicos? Seguramente; el cuerpo electoral, perezoso, remiso cuando no se le hostiga, muévese con inusitado vigor al tratarse de peligros reales; además, no cabe dudar que, de luchar juntos ó aislados los elementos monárquicos, el éxito para ellos había de ser distinto.

Un distinguido periodista, Martínez Ruiz, adjudica *toda* la responsabilidad del triunfo de republicanos y socialistas al partido gobernante. Pero ¿ha olvidado *Azorín* las órdenes severas, las terribles prohibiciones del Sr. Maura? ¿No fué la idea única de este ilustre político aislar á los liberales, hacerles el vacío, negarles toda concomitancia con los elementos de orden? Y si éstos son tantos que pueden influir en el resultado de la lucha, ¿no sería, por lo menos, más justo adjudicar la culpa á unos y á otros, aunque en mayor cantidad á quien decretó el divorcio?

Es pueril hacer cargos al partido que gobierna por haber dado entrada en los Concejos á republicanos y socialistas, porque, aparte la mucha responsabilidad que en ello cabe al Sr. Maura, no perdamos de vista que los respetos á la pureza del sufragio vedaban á los liberales falsear la voluntad de los votantes. Si en las presentes elecciones, y sólo en Madrid, hubo 12.000 electores más que en mayo, tómese dicho aumento como protesta á determinada política, como legítimo deseo del pueblo de hacer uso de sus derechos, y como inclinación de las clases neutras hacia las izquierdas. Precisamente uno de los anhelos del Sr. Maura—por ello merece sinceras alabanzas—era sacudir la indolencia del cuerpo electoral: de ahí lo del voto obligatorio. Recuérdese también que, á pesar del decantado triunfo de republicanos y socialistas, y del notable aumento de votantes, no han ido esta vez á los Concejos las izquierdas en mayor proporción que durante la época conservadora.

Hablar de peligros para la Monarquía es un argumento inocente. La estadística electoral acusa 1.469 concejales liberales monárquicos y 539 de las izquierdas antidinásticas; con los elementos liberales solos bastaba para velar por los intereses dinásticos; añádanse á los munícipes adictos los 750 conservadores, y, aun no contando con el

reaccionarismo afín, la victoria monárquica no puede ser más evidente. ¿Dónde está el desamparo, la indefensión del actual régimen?

Las pasadas elecciones municipales fueron una durísima lección, que seguramente servirá, no sólo al Sr. Maura, sino á cuantos él ha deslumbrado con su política, para desconfiar del propio convencimiento en la apreciación de los problemas políticos latentes. La verdad es una; *crear la verdad* fundamentándola en los espejismos gratos que el propio error produce, es absurdo y peligroso. Maura creyó que toda España era *su* partido, que contaba con una formidable fuerza de opinión, que un solo gesto suyo hacía trizas una fortaleza espiritual levantada por la Humanidad á costa de inmensos sacrificios de todas clases, y ha visto que eso es tan imposible como absurdo.

El jefe de los conservadores deberá á sus recientes equivocaciones una inestimable cautela para el porvenir: las derrotas son para los hombres de talento preceptoras de la vida. Hubo un sabio que reía sus errores y lloraba sus aciertos, porque, según él, aquéllos le enseñaban, y éstos le distraían ó llenábanle de funestas vanidades.

Vicente Calvo-Acacio.

Madrid. 14 de diciembre de 1909.

Congreso Universal de la Poesía

Aplazamiento.—Nuevas adhesiones.—El distintivo

Las pasadas circunstancias de guerra en el Rif y el cambio de Gobierno resolvieron el aplazamiento del Congreso de la Poesía, como también el de las Ciencias y otros de los que se habían anunciado para el finado mes de noviembre.

La Exposición de Valencia ha sido prorrogada también hasta el año próximo, en cuyo mes de mayo se inaugurará con carácter nacional, á cuyo fin el actual Gobierno ha ofrecido subvencionarla con dos millones de pesetas.

Las razones, pues, del aplazamiento de los citados Congresos saltan á la vista. La Exposición valenciana tendrá mayor importancia en 1910. Hecha la paz en el Rif, donde nuestras valientes tropas han extendido el suelo patrio, y coincidiendo con la época del año más exuberante y hermosa, el atractivo de la Asamblea de la Poesía en Valencia será mayor, y el espectáculo que podremos ofrecer á los delegados y congresistas extranjeros, más grandioso y completo.

Inmediatamente después de comunicar el aplazamiento á todos los congresistas se prosiguió la obra de organización nueva, á fin de disponer del mayor tiempo y lograr que no deje nación alguna de estar representada en el Congreso.

No hace mucho, la República de Cuba, por conducto oficial, comunicó la designación del ilustre poeta Sr. D. Manuel Serafín Pichardo, y á la delegación especial que envía el Gobierno de Guatemala ha sido agregado el brillante literato D. Carlos Meany.

Continúan recibiéndose adhesiones de poetas españoles y notables poesías para el *Libro de Oro.*

El distintivo de los congresistas, que lo será también de la Academia de la Poesía, ha comenzado ya á repartirse. Es una verdadera obra de arte: consiste en un sol de oro rodeado de palma y laurel y coronado de castillos y fortalezas, claro símbolo de la defensa del Ideal. La medalla pende de una cinta morada, que sujeta un doble pasador del mismo metal. El primero de estos distintivos fué entregado solemnemente por D. Mariano Miguel de Val al Excmo. Sr. D. Teodoro Llorente en el grandioso acto de su reciente coronación en Valencia. El maestro Llorente, que posee grandes cruces, no quiso ostentar aquel día en su pecho otra insignia que aquella de Caballero del Ideal, avalorando así el honroso distintivo.

—o—

Libros recibidos

POESÍA

Trianeras.—C. José de Arpe.—Prólogo de Salvador Rueda.—Dibujos de Benlliure, Huertas, Blanco Coris, Alberti, Agustín y Garrido.—Fotografías de Alfonso, Alhassá, Ernesto, Enrique, Castillejo y Fémina.—Madrid, 1909.

NOVELA

Trini.—Manuel Valcárcel y Julián Martín Salazar.—Madrid, 1909.

VARIOS

Fisiología general.—L. Rodrigo Lavín y A. Pi y Suñer.
La verdad de la guerra.—Víctor Ruiz Albéniz.

—oOo—

ÍNDICE DEL TOMO OCTAVO

1909

ÍNDICE DE MATERIAS

Números.		Páginas.
	Sección doctrinal.	
I	*La psicología religiosa y el antropomorfismo.*—Edmundo González-Blanco	5
	El contagio de la vida.—Amado Nervo	23
	Religiosidad y racionalismo.—Manuel Abril	25
	Psicofisiología de los pueblos: El lenguaje.—Segundo de Pujana	34
	Antonio Cánovas.—X	38
	En defensa del modernismo.—C. Santos González	41
II y III	*Silba de varia lección.*—«El Bachiller Alonso de San Martín»	65 y 137
II	*Concepto del Universo.*—Leopoldo Díaz Vallés	88
	Belisario Roldán.—Rafael Vehils	96
	Contra la difusión de la cultura.—Andrés González-Blanco	103
	La pintura decorativa y sus aplicaciones á las industrias artísticas.—Manuel Villegas Brieva	106
	Historia de un escéptico.—Manuel Murguía	107
III	*Los diplomáticos poetas: Amado Nervo.*—Rubén Darío	129
	El camino de la victoria.—Leopoldo Díaz Vallés	156
	Misión científica francesa de Sociología y Sociografía musulmanas en Marruecos.—Luis Sorela	161
	Por mi poeta.—J. M. Blázquez de Pedro	186
	Estudios americanistas en Barcelona.—Rafael Vehils	188
IV	LA GUERRA DE MELILLA:	
	El Rif.—J. Bécker	193
	Los rifeños	195
	La riqueza del Rif	198
	La mujer rifeña.—Víctor Ruiz Albéniz	199
	Los casamientos.—Cristóbal Jurado	201
	Religión	202
	La guerra santa en Marruecos	203
	Cómo combaten los moros	207
	La caballería moruna.—Víctor Ruiz Albéniz	208
	La jarka.—Víctor Ruiz Albéniz	209
	Derecho musulmán: El Charía	211
	La pena del Talión	213
	El Ramadán	214
	Los médicos rifeños.—Cristóbal Jurado	214
	Indumentaria moruna	216
	La agricultura rifeña	217
	El camello	218
	Proverbios árabes	220
	Hidrología rifeña	220
	Lo que debe Marruecos	221
	El campo de Melilla	222
	Quebdana y sus moradores	223
	Zeluán.—Víctor Ruiz Albéniz	225
	Sidi-Auriach	227

Números.		Páginas.
	El zoco de Nador	228
	Beni-Urriaguel	229
	La vega de Alhucemas	230
	Zoco El-Had	231
	Las minas del Rif	232
	Lo del Uixán	234
	Las minas de Marruecos	235
	Las minas del Rif.—Conde de Romanones	239
	El ferrocarril de Melilla	242
	El futuro puerto de Mar Chica	243
	España en Marruecos	245
	Nuestras conquistas en África	250
	La guerra de África (1859-1860)	251
	Recuerdos de hace medio siglo.—Joaquín Olmedilla y Puig	252
	Prevenciones del general O'Donnell	255
V	*Lecciones que contiene la Historia.*—Anselmo Fuentes	257
VI	*Educadores de nuestro Ejército: Almirante.*—José Ibáñez Marín	321
	Sobre un libro póstumo.—Federico de Madariaga	331
	Vicente Medina, poeta.—José García Mercadal	357
	La filosofía de la naturaleza según un libro reciente.—Mariano Miguel de Val	368

Cuentos.

III	*Creer, crear...*—Angel Rojí	169
V	*Inocencia y malicia.*—Angel Rojí	279
	Desesperanza.—F. Mirabent Vilaplana	305

Poesías.

I	*Mediodía.—Alta noche.*—Concha Espina de Serna	46
	La romería de los poetas.—Antonio de Cidón	47
	El hogar.—Los ojos.—Juan Guardiola Jiménez	49
II	*Oda salvaje.*—José Santos Chocano	121
	¡Sola!—Angel B. Alario	125
	Pelayo en Covadonga.—Balbino Dávalos	125
III	*El lazo gualdo y rojo.*—Francisco de Iracheta	177
	Los ojos de Aïcha.—Primitivo R. Sanjurjo	178
V	*Sol y sombra.*—José Santos Chocano	299
	Sigfrido.—Guillermo Fernández Yturralde	302
	Hora de la tarde.—Luis Uhland.—Traducción de Jaime Martí-Miquel, marqués de Benzú	304
	Crucifijo.—Víctor Hugo.—Traducción de Jaime Martí-Miquel, marqués de Benzú	305
VI	*Soneto.*—Benigno Íñiguez	356

Teatro.

V	*Desolación* (drama).—Ramón Gómez de la Serna	283

Números. Páginas.

Informaciones.

I *Carta de gracias.*—Federico Mistral 51

I, III y VI *Congreso Universal de la Poesía* ..... 51, 182 y 379

Convocatoria.
Condiciones.
Trabajos de organización.
La Compañía Trasatlántica.
Las Compañías de ferrocarriles.
Adhesiones.
El Libro de Oro del Congreso.
Reglamento.
Los Gobiernos de la América latina.
Aplazamiento.
El distintivo.

III y V *Crónicas de arte.* —Ubaldo Fuentes y Redondo ..... 179 y 312

V *La guerra y la Bolsa.*—José María del Valle 315

Antes de la guerra.
El mercado durante la guerra.
Entrada de los liberales.
Patriotismo de la Bolsa.
Francos.
Consecuencias de la guerra.

VI *Las elecciones municipales.*—Vicente Calvo-Acacio 377

Bibliografía

I *Códigos de Comercio españoles y extranjeros,* de Faustino Alvarez del Manzano, Adolfo Bonilla y Emilio Miñana.—Knigt 56

La vida loca, de Carlos Fernández Shaw.—Federico Romero 61

El libro de Job, El mirador de Lindaraxa, de Francisco Villaespesa.—José García Mercadal 62

Anuario del Comercio 63

II *La Economía nacional* 126

Pro infantia 126

Más cuentos baturros, de Teodoro Gascón 126

La Esfinge sonríe, de Mauricio López Roberts 126

Momificación y embalsamamiento, de Rodolfo del Castillo 127

Los modernos, de Francisco Contreras 127

III *Libros de Caballerías,* de Adolfo Bonilla y San Martín 150

I, III, V y VI *Libros recibidos* ..... 64, 191, 320 y 380

ÍNDICE DE AUTORES

Números.		Páginas.
I	Abril (Manuel).—*Religiosidad y racionalismo*	25
II y III	«Bachiller Alonso de San Martín».—*Silba de varia lección*....	65 y 137
IV	Bécker (J.).—*El Rif*	193
	Benzú (marqués de). Véase Martí-Miquel.	
III	Blázquez de Pedro (J. M.).—*Por mi poeta*	186
II	Buey Alario (Angel).—*¡So'a!* (Poesía.)	125
VI	Calvo-Acacio (Vicente).—*Información política*	377
I	Cidón (Antonio de).—*La romería de los poetas.* (Poesía.)	47
II	Chocano (José Santos).—*Oda salvaje.* (Poesía.)	121
V	*Sol y sombra.* (Poesía.)	299
III	Darío (Rubén).—*Los diplomáticos poetas: Amado Nervo*	129
II	Dávalos (Balbino).—*Pelayo en Covadonga.* (Poesía.)	125
	Díaz Vallés (Leopoldo).—*Concepto del Universo*	88
III	*El camino de la victoria*	156
I	Espina de Serna (Concha).—*Mediodía.*—*Alta noche.* (Poesías.)	46
V	Fernández Yturralde (Guillermo).—*Sigfrido.* (Poesía.)	302
	Fuentes (Anselmo).—*Lecciones que contiene la Historia*	257
III y V	Fuentes (Ubaldo).—*Crónicas de arte*	179 y 312
I	García Mercadal (José).—*El libro de Job* y *El mirador de Lindaraxa,* por Francisco Villaespesa. (Bibliografías.)	62
VI	*Vicente Medina, poeta*	357
V	González de la Serna (Ramón).—*Desolación.* (Drama.)	283
II	González-Blanco (Andrés).—*Contra la difusión de la cultura*	103
I	González-Blanco (Edmundo).—*La psicología religiosa y el antropomorfismo*	5
	Guardiola Jiménez (Juan).—*El hogar.*—*Los ojos.* (Poesías.)	49
V	Hugo (Víctor) —*Crucifijo.* (Poesía.) Traducción de Jaime Martí-Miquel, marqués de Benzú	305
VI	Ibáñez Marín (José).—*Educadores de nuestro Ejército: Almirante*	321
VI	Íñiguez (Benigno).—*Soneto*	356
III	Iracheta (Francisco de) —*El lazo gualdo y rojo.* (Poesía.)	177
IV	Jurado (Cristóbal).—*Los casamientos*	201
	Los médicos rifeños	214
I	Knigt.—*Códigos de Comercio españoles y extranjeros,* por F. Alvarez del Manzano, A. Bonilla y E. Miñana. (Bibliografía.)	56
VI	Madariaga (Federico de).—*Arteche, Villamartín, Arroquia, San Román, Almirante é Ibáñez Marín*	331
V	Martí-Miquel (Jaime).—*Hora de la tarde,* de Luis Uhland. (Poesía.) Traducción	304
	Crucifijo, de Víctor Hugo. (Poesía.) Traducción	304
	Mirabent Vilaplana (F.).—*Desesperanza.* (Boceto de novela.)	305
I	Mistral (Federico). - *Carta de gracias*	51
II	Murguía (Manuel).—*Historia de un escéptico*	107
I	Nervo (Amado).—*El contagio de la vida*	23
IV	Olmedilla y Puig (Joaquín).—*Recuerdos de hace medio siglo*	252
I	Pujana (Segundo de).—*Psicofisiología de los pueblos: El lenguaje*	34

Números.		Páginas.
III	Rojí (Angel).—*Creer, crear...* (Cuento.)	169
V	*Inocencia y malicia.* (Cuento.)	279
IV	Romanones (Conde de).—*Las minas del Rif*	239
I	Romero (Federico).—*La vida loca,* por Carlos Fernández Shaw. (Bibliografía)	61
IV	Ruiz Albéniz (Víctor).—*La mujer rifeña*	199
	La caballería moruna	208
	La jarka	209
	Zeluán	225
III	Sanjurjo (Primitivo R.).—*Los ojos de Aïcha.* (Poesía.)	178
I	Santos González (C.).—*En defensa del modernismo*	41
III	Sorela (Luis).—*Misión científica francesa de Sociología y Sociografía musulmanas en Marruecos.*	161
V	Uhland (Luis).—*Horas de la tarde.* (Poesía.) Traducción de Jaime Martí-Miquel, marqués de Benzú	304
VI	Val (Mariano Miguel de).—*La filosofía de la naturaleza según un libro reciente*	368
V	Valle (José María del).—*La guerra y la Bolsa*	315
III	Vehils (Rafael).—*Estudios americanistas en Barcelona*	188
II	Villegas Brieva (Manuel).—*La pintura decorativa y sus aplicaciones á las industrias artísticas*	106
I	X.—*Antonio Cánovas*	38

ÍNDICE DE GRABADOS

Retratos.

I	Cánovas (Antonio)	39
VI	Ibáñez Marín (José)	338
II	Roldán (Belisario)	96